

George Orwell

Matar a un elefante y otros escritos

(The collected essays. Journalism and letters of George Orwell)

MATAR A UN ELEFANTE

En Moulmein, en la baja Birmania, fui objeto de odio por parte de gran número de personas. Ha sido la única vez en toda mi vida en que he sido tan importante como para que me sucediera una cosa así. Yo era el oficial de policía de la subdivisión responsable de la localidad, donde, aunque de un modo difuso y mezquino, eran entonces muy agrios los sentimientos contrarios a los europeos. Nadie tenía agallas suficientes para alzarse en rebeldía abierta, pero si una mujer europea iba sola a pasear por los bazares, lo más probable era que alguien le lanzara un escupitajo de jugo de betel ensuciándole el vestido. Como oficial de policía, yo era diana evidente de ese odio y, siempre que no hubiera riesgo para el provocador, víctima de un constante hostigamiento. Cuando un ágil birmano me zancadilleó en el campo de fútbol, y el árbitro (otro birmano) miró hacia otro lado, el gentío que presenciaba el partido prorrumpió en repugnantes carcajadas. Esto me sucedió en más de una ocasión. Al final, las caras burlonas y aceitunadas de los jóvenes que me salían al paso en cualquier parte, los insultos con que me increpaban cuando estaban a distancia segura, terminaron por atacarme los nervios muy en serio. Los jóvenes monjes budistas eran de largo los peores. Eran varios miles los que había en la ciudad y ninguno parecía tener otra cosa que hacer, aparte de plantarse en las esquinas a mofarse de los europeos.

Todo esto era para mí motivo tanto de perplejidad como de irritación. Por aquel entonces, yo había tomado ya la determinación de que el imperialismo era mala cosa, y de que cuanto antes renunciara a mi empleo y me largara de allí, mejor que mejor. Teóricamente —y en secreto, claro está—, estaba a favor de los birmanos y en contra de sus opresores, los británicos. En cuanto al trabajo que desempeñaba, lo odiaba con más amargura de la que posiblemente sabré expresar con claridad. En un empleo como ése, uno ve muy de cerca el trabajo sucio del Imperio. Los desdichados prisioneros que se hacinaban en las apestosas jaulas de las cárceles, las caras grises y acobardadas de los presos con largas condenas, las nalgas destrozadas de quienes habían sido azotados con cañas de bambú, todo ello me causaba una opresión redoblada por un intolerable sentimiento de

culpa. Pero no era capaz de poner nada en su justa perspectiva. Yo era joven, carecía de una educación apropiada, había tenido que resolver mis problemas en el total silencio que se impone sobre cada inglés en Oriente. Por no saber, ni siquiera sabía que el Imperio británico se está muriendo, y menos aún que es bastante mejor que los jóvenes imperios que vienen a suplantarle. Todo cuanto alcanzaba a saber con claridad es que estaba atrapado entre mi odio contra el imperio a cuyo servicio trabajaba y mi ira contra el espíritu malvado de las bestezuelas que trataban de hacerme la vida imposible. Una parte de mi ánimo consideraba el Raj Británico como una tiranía de la que era imposible huir, algo cerrado a cal y canto, in *sæcula saeculorum*, impuesto sobre la voluntad de los pueblos postrados; con otra, pensaba que la mayor alegría del mundo sería seguramente clavarle una bayoneta en las entrañas a un monje budista. Esa clase de sentimientos son efectos normales del imperialismo; pregúnteselo el lector a cualquier funcionario anglo-indio, si logra encontrarlo cuando no esté de servicio.

Un día sucedió algo que de un modo indirecto fue esclarecedor. Fue en sí mismo un incidente mínimo, pero me permitió atisbar con más claridad que nunca la verdadera naturaleza del imperialismo, los motivos reales por los cuales los gobiernos despóticos actúan como actúan. A primera hora de la mañana, el subinspector de la comisaría de policía de la otra punta de la ciudad me llamó por teléfono y me dijo que un elefante había escapado y estaba causando graves estropicios en el bazar. ¿Tendría yo la amabilidad de acercarme y ver si se podía hacer algo? No sabía yo qué podía hacer, pero tuve ganas de ver lo que estaba ocurriendo, de modo que tomé un caballejo y me encaminé hacia allí. Me fui con mi escopeta, un viejo Winchester del calibre 44, demasiado poca cosa para matar a un elefante, aunque sí pensé que el ruido de los disparos podría ser útil *in terrorem*. Varios birmanos me pararon por el camino y me hablaron de las fechorías del elefante. No era, obviamente, un elefante salvaje, sino domesticado, que se había vuelto majareta. Había sido encadenado, como sucede con los elefantes domesticados cuando se espera que les sobrevenga el consabido ataque de locura más o menos pasajera que por aquellas tierras llaman *must*, pero la noche anterior había roto la cadena y había escapado. Su *mahout*, la única persona capaz de lidiar con él cuando se hallaba en tal estado, había emprendido su persecución, pero tomó una dirección errónea y se encontraba a doce horas de camino. Por la mañana, el elefante había irrumpido en la localidad. Los birmanos de la población no disponían de armas, estaban desamparados ante el animal. Ya había destruido una choza de bambú, había acabado con una vaca y saqueado algunos puestos de fruta, devorando cuanto encontró a su paso; también había tropezado con la camioneta municipal de recogida de basuras, y cuando el conductor saltó y puso pies en polvorosa, dio un vuelco a la furgoneta y prácticamente la destrozó.

El subinspector birmano y algunos policías indios me estaban esperando por el barrio donde se vio al elefante. Era un barrio muy pobre, un laberinto de sórdidas chozas de bambú, con techumbre de hojas de palma, que se enroscaba por las empinadas cuevas de una ladera. Recuerdo que la mañana era nublada, calurosa, al comienzo de la estación de las lluvias. Comenzamos a preguntar a los transeúntes por dónde se había ido el elefante, lo cual, como de costumbre, no sirvió para obtener ninguna información concreta. Así sucede en Oriente de manera invariable; un relato parece bastante claro a cierta distancia, pero cuando uno se acerca a la escena de los acontecimientos se va tornando más impreciso. Algunos dijeron que el elefante había ido hacia allá, otros indicaron la dirección contraria, y hubo aun otros que afirmaron no haber siquiera oído nada de ningún elefante. Casi había tomado la resolución de que todo era un simple atajo de mentiras cuando oímos chillidos a

escasa distancia. Se oyó un grito a voz en cuello, un grito escandalizado: “¡Márchate, niño! ¡Largo de aquí ahora mismo!”. Una anciana con un palo en la mano apareció a la vuelta de una choza, espantando con violencia a un enjambre de niños desnudos. La siguieron algunas mujeres más; chasqueaban la lengua y exclamaban todas a la vez; era evidente que los niños habían visto algo que no deberían haber visto. Rodeé la choza y vi el cadáver de un hombre tendido en el barro. Era un indio, un culi negro, dravídico, casi desnudo. No podía llevar muerto muchos minutos. La gente decía que el elefante se le había abalanzado a la vuelta de la choza, lo había sujetado con la trompa, le había puesto una pata encima de la espalda y lo había incrustado en la tierra. Estábamos, como digo, en la estación de las lluvias, por lo que el terreno estaba reblandecido. La cara del hombre había abierto un surco de dos palmos de profundidad y un metro de largo. Estaba tendido boca abajo con los brazos en cruz y la cabeza retorcida hacia un lado. Tenía la cara recubierta de barro, los ojos como platos, los dientes al aire, y una expresión de insufrible agonía. (Que nunca me venga nadie, por cierto, con eso de que los muertos parecen estar en paz. La mayoría de los cadáveres que he visto parecían diabólicos). La fricción de la pata del enorme animal le había despellejado la espalda igual que se desuella a un conejo. Nada más ver al muerto, mandé a un ordenanza a casa de un amigo, a pedirle prestado un rifle para elefantes. Ya había devuelto el caballo, pues no tenía ganas de que le entrase un susto de muerte y diera con migo por tierra si olfateaba al elefante.

Regresó el ordenanza al cabo de unos minutos, con el rifle y cinco cartuchos. Entretanto, llegaron algunos birmanos y nos dijeron que el elefante estaba en unos arrozales, a pocos centenares de metros de allí. Al emprender yo la marcha, prácticamente toda la población del barrio salió de sus casas y me siguió. Habían visto el rifle y todos gritaban excitados que iba a matar al elefante. No habían mostrado demasiado interés por el elefante mientras se dedicó a destrozar sus hogares, pero la cosa cambió en cuanto se supo que iba a ser muerto. Aquello era un entretenimiento evidente para todos ellos, como lo habría sido para una muchedumbre de ingleses, pero es que además querían la carne del animal. Eso me producía una vaga inquietud. Yo no tenía la intención de disparar contra el elefante; tan sólo había pedido que se me trajera el rifle para defenderme en caso de que fuera necesario, y resulta siempre desconcertante que a uno le siga una multitud. Bajé por la colina con toda la pinta y toda la sensación de ser un idiota, con el rifle al hombro y un creciente ejército de personas pegadas a mis talones. Abajo del todo, al alejarnos de las chozas, arrancaba un camino de gravilla y, más allá, una extensión envuelta por la bruma de los espejismos, los arrozales, tal vez de cerca de un kilómetro de anchura, todavía sin arar, aunque ya encharcados por las primeras lluvias, y salpicados de hierbas bastas. El elefante se encontraba de pie a menos de diez metros del camino, dándonos el flanco izquierdo. No reparó en absoluto en la llegada del gentío. Arrancaba manojos de hierbas, que golpeaba contra las rodillas para limpiarlos antes de embutírselos en la boca.

Me había detenido en el camino. Tan pronto vi al elefante supe con total certeza que no debía disparar contra él. Es un asunto grave disparar contra un elefante que aún puede servir de bestia de carga; es algo equiparable a destruir una máquina enorme y costosa; era evidente que había que evitarlo a toda costa mientras fuera posible. A esa distancia, paciendo en paz, el elefante no parecía más peligroso que una vaca. Pensé entonces, y sigo pensándolo ahora, que el ataque de locura debía de estar ya remitiendo, en cuyo caso se limitaría a errar inofensivo hasta que llegara el *mahout* y se lo llevara. Por si fuera poco, de ninguna manera deseaba disparar contra el animal y matarlo. Decidí observarlo un rato para asegurarme de que no se tornaría de nuevo agresivo, y que después me iría a casa.

Pero en ese instante me volví a mirar al gentío que me había seguido. Era una muchedumbre inmensa, dos mil personas al menos, que crecía por momentos y bloqueaba la carretera durante un trecho muy largo, a uno y otro lado. Contemplé aquel mar de rostros aceitunados que remataban las ropas de colores chillones, rostros todos contentos de excitación ante aquella diversión inminente, todos convencidos de que el elefante iba a morir de un tiro. Me observaban como observarían a un mago a punto de obrar un truco de magia. No me tenían el menor aprecio, pero con el rifle mágico en las manos valía la pena mirarme durante unos momentos. Y de pronto caí en la cuenta de que tendría que matar pese a todo al elefante. Toda aquella gente esperaba que lo hiciera; tenía, por tanto, que hacerlo. Notaba la presión de sus dos mil voluntades empujándome de un modo irresistible. Y fue en ese momento, allí de pie con el rifle en las manos, cuando por vez primera capté la vacuidad, la futilidad del dominio del hombre blanco en Oriente. Allí estaba yo, el hombre blanco, de pie, al frente de un ejército de nativos inermes, cual si fuera el actor principal de la pieza, cuando en realidad no era más que una absurda marioneta manejada por la voluntad de aquellos rostros aceitunados que tenía a mis espaldas. Comprendí entonces que cuando el hombre blanco se vuelve un tirano, es su propia libertad lo que destruye. Se convierte en una especie de muñeco sin vida, hueco, mera pose, la figura convencional del *sahib*. Y es que es condición de su mando dedicar su vida a impresionar por todos los medios a los “nativos”, de modo que en cada crisis ha de hacer lo que los “nativos” esperan de él. Lleva puesta una máscara a la cual se amoldan sus facciones. Tenía que matar al elefante. Me había comprometido a hacerlo cuando mandé al ordenanza en busca del rifle. Un *sahib* tiene que actuar como un *sahib*, como si tuviera total resolución, como si no le cupiera duda, como si todo lo viese clarísimo. Haber ido hasta allí rifle en mano, con dos mil personas pegadas a mis talones, y ceder entonces a la flaqueza de marcharme sin hacer nada era sencillamente imposible. El gentío se reiría de mí a la cara. Y toda mi vida, como la de cualquier hombre blanco en Oriente, no era sino una dilatada pugna para que no se rieran de mí.

Sin embargo, yo no quería matar al elefante. Lo miraba golpear los manojos de hierba contra las rodillas, con ese aire de abuela preocupada que tienen a menudo los elefantes. Me parecía que disparar contra él sería un asesinato. En aquella época no tenía yo escrúpulos a la hora de matar animales, pero es que nunca había matado a un elefante y nunca había deseado hacerlo. (No sé por qué, pero siempre parece peor matar a un animal de gran tamaño). Además, había que tener en cuenta al dueño del animal. Vivo, el elefante valía al menos cien libras; muerto, tan sólo lo que valieran sus colmillos, cinco libras a lo sumo. Y tenía que actuar con celeridad. Me volví hacia algunos birmanos con aire de expertos que ya estaban allí cuando llegamos y les pregunté por el comportamiento del elefante. Todos dijeron lo mismo: el animal no se fijaba en nadie si se le dejaba en paz, pero podría cargar contra quien se acercase demasiado.

Me quedó perfectamente claro qué tenía que hacer. Tenía que acercarme caminando despacio, a unos veinte o veinticinco metros del elefante, y poner a prueba su conducta. Si atacaba, podía disparar; si no me hacía caso, podía dejarlo allí hasta que volviera el *mahout*. Pero también sabía que no iba a hacer una cosa así. No tenía yo muy buena puntería con un rifle, y el terreno era de barro reblandecido, en el que uno se hundía a cada paso. Si el elefante cargaba y yo no acertaba al primer disparo, habría tenido tantas posibilidades de sobrevivir como un sapo al paso de una locomotora. Pero es que ni siquiera entonces estaba yo pensando en mi pellejo; sólo en las atentas caras amarillas que me miraban desde detrás. En ese instante, con el gentío mirándome, no tuve miedo en el sentido ordinario, o no al

menos tal como habría sido caso de estar solo. Un hombre blanco no debe dar muestras de miedo en presencia de los “nativos”, de modo que, por lo general, no tiene miedo. Mi único pensamiento era que, si algo se torciera, aquellos dos mil birmanos me iban a ver perseguido, atrapado, pisoteado y reducido a la condición de un cadáver con la mueca torcida, igual que el indio de la colina. Y si tal sucediera, era muy probable que más de uno se echara a reír. Y eso sí que no. Sólo me quedaba, así pues, una alternativa. Metí los cartuchos en el cargador y me tumbé en el camino de grava para apuntar con más firmeza.

La multitud se quedó muy quieta, y un suspiro hondo, feliz, como el de los espectadores que por fin ven levantarse el telón en el teatro, brotó muy quedo de innumerables bocas. A fin de cuentas, iban a tener el disfrute que se habían prometido. El rifle era un bello armatoste de fabricación alemana, con mirilla de visor cruzado. No sabía yo entonces que para matar a un elefante hay que trazar una línea imaginaria que le atraviese la cabeza de oreja a oreja. Por lo tanto, como el elefante estaba de costado, debí de apuntar intuitivamente al oído. En realidad apunté unos centímetros más adelante, creyendo que el cerebro estaría algo más adelantado.

Cuando apreté el gatillo no oí el restallar de la bala ni sentí el retroceso del arma — es algo que nunca se percibe cuando se da en el blanco—, pero sí me llegó a los oídos el diabólico rugido de la muchedumbre alborozada. En ese instante, en un lapso brevísimo, tanto que cualquiera habría pensado que era prematuro para que la bala hubiera llegado adonde iba destinada, un cambio misterioso, espantoso, había sobrevenido al elefante. No se movió, ni cayó al suelo, pero cada una de las líneas de su cuerpo se había alterado. Parecía de súbito golpeado, encogido, inmensamente avejentado, como si el terrible impacto de la bala lo hubiera paralizado sin abatirlo. Por fin, al cabo de lo que pareció un buen rato —yo diría que unos cinco segundos— se hincó débilmente de rodillas. Se le abrió la boca babeante. Una senilidad enorme parecía haberse adueñado de él. Cualquiera habría dicho que pasaba de los mil años de edad. Volví a disparar al mismo blanco. Con el segundo disparo no se desmoronó, sino que logró levantarse con desesperada lentitud y aguantó débilmente en pie, aunque con las patas combadas y la cabeza gacha. Disparé por tercera vez. Ése fue el tiro que acabó con él. Se pudo ver a las claras la agonía que le produjo y le sacudió todo el cuerpo y le arrancó de cuajo la fuerza que pudiera quedarle en las piernas. Al derrumbarse, aún pareció levantarse un momento, pues aun cuando las patas traseras se hundieron bajo su peso pareció descollar como una roca inmensa que cayera rodando, la trompa erguida hacia el cielo igual que un árbol. Barritó por primera y única vez. Y quedó abatido, el vientre vuelto hacia mí, con un estrépito que pareció estremecer incluso el suelo donde estaba yo tendido.

Me levanté. Los birmanos ya habían echado a correr a través del arrozal embarrado. Era evidente que el elefante no volvería a levantarse, pero no estaba muerto. Respiraba rítmicamente con jadeos largos, entrecortados, su flanco alzándose y cayendo de un modo doloroso. Tenía la boca de par en par: acerté a ver las remotas cavernas que se abrían en la garganta rosa pálido. Aguardé largo rato a que muriese, pero su respiración no se debilitaba. Por fin, descargué los dos cartuchos que me quedaban donde pensé que debía de tener el corazón. La sangre espesa manó a borbotones, como un manto de terciopelo rojo, pero aún no murió. Ni siquiera retrembló un espasmo en su cuerpo cuando le alcanzaron los dos últimos cartuchos, y la torturada respiración siguió sin pausa. Se estaba muriendo muy despacio, con una grandísima agonía, aunque en un mundo muy lejano, donde ni siquiera una bala habría podido causarle más daño. Creí que había llegado el momento de poner fin a aquel ruido terrible. Parecía terrible ver al gran animal allí tendido, incapaz de morir e

incapaz de moverse, y no ser siquiera capaz de ahorrarle el sufrimiento. Mandé a alguien a por mi rifle de pequeño calibre y descargué un disparo tras otro en el corazón, en el cuello. No parecía que causaran la menor impresión en él. Los jadeos torturados siguieron con la misma firmeza con que suena el tictac de un reloj.

Al final, no pude resistir más y me fui. Más adelante supe que había tardado otra media hora en morir. Los birmanos acudían con cestos de mimbre y con cuchillos antes ya de que me fuera. Me dijeron que habían descuartizado el cuerpo hasta dejarlo casi en los huesos mediada la tarde.

Después, cómo no, hubo interminables conversaciones sobre la muerte a tiros del elefante. El dueño estaba furioso, pero sólo era un indio, y no pudo hacer nada. Además, legalmente yo había hecho lo correcto, pues un elefante que se ha vuelto loco tiene que morir, como un perro rabioso, si su dueño no logra controlarlo. Entre los europeos hubo división de opiniones. Los de mayor edad dijeron que había obrado bien, y los jóvenes dijeron que era una pena acabar con la vida de un elefante que ha acabado con la vida de un culi, porque un elefante valía mucho más que cualquier maldito culi de Coringhee. Y después me alegré mucho de que el culi hubiera muerto, porque legalmente me daba la razón, me otorgaba pretexto suficiente para matar al elefante. A menudo me pregunté si alguno de ellos llegó a darse cuenta de que lo hice tan sólo para no quedar como un idiota.

New Writing, núm. 2, otoño de 1936;

Penguin New Writing, núm. 1,
noviembre de 1940.

Emitido por el Servicio Nacional de la BBC
el 12 de octubre de 1948.

MARRAKECH

Al pasar el cadáver, las moscas dejaron la mesa del restaurante y lo siguieron volando en tropel, aunque volvieron al cabo de unos minutos.

El pequeño grupo de dolientes —todos ellos hombres y muchachos, ni una sola mujer— avanzaba abriéndose paso por el mercado, entre montones de granadas, entre los taxis y los camellos, con voces plañideras que entonaban un cántico breve, repetido una y otra vez. Lo que en verdad atrae a las moscas es que los cadáveres aquí nunca son metidos en un ataúd, tan sólo envueltos en una pieza de tela tosca y portados sobre unas angarillas de madera, a hombros de cuatro amigos del difunto. Cuando los amigos llegan al lugar en el que se le ha de enterrar, cavan un agujero oblongo, de medio metro de profundidad, en el cual depositan el cuerpo para cubrirlo después con terrones de tierra reseca, como el ladrillo triturado. No hay lápida, no hay nombre, no hay nada que identifique la presencia de nadie. El lugar del enterramiento es una vasta extensión de tierra yerma, como un solar abandonado, donde nada se ha construido. Al cabo de un mes, o dos, nadie tiene la menor certeza de dónde están enterrados sus familiares.

Cuando uno camina por una ciudad como ésta —doscientos mil habitantes, de los cuales al menos veinte mil son dueños literalmente de nada más que los andrajos que los cubren—, cuando ve cómo vive la gente, e incluso con qué facilidad muere, siempre es difícil creer que uno camina entre seres humanos. Todos los imperios coloniales en efecto se han erigido sobre esta realidad. La gente tiene la cara morena, oscura; además, ¡son muchísimos! ¿Son de veras tan de carne y hueso como uno mismo? ¿Acaso tienen un nombre propio? ¿O están hechos tan sólo de una suerte de pasta indiferenciada, de tonalidad tostada, tan individuados como las abejas u otros insectos que viven en colonias? Surgen de la tierra, sudan y pasan hambre durante unos cuantos años, y al cabo vuelven a hundirse en los montículos sin nombre de los cementerios, sin que nadie repare en que ya no están. E incluso las tumbas se desdibujan, se difuminan pronto en el terreno. A veces, cuando uno sale a pasear, a medida que avanza entre las chumberas, repara en que el terreno es desigual, y sólo una cierta regularidad en los abultamientos del terreno le indica que, de hecho, camina sobre los esqueletos.

Fui a dar de comer a una de las gacelas de los jardines públicos.

Las gacelas son casi los únicos animales apetecibles de comer cuando aún están vivos. De hecho, es difícil mirarles la grupa sin pensar en una buena salsa de menta. La gacela a la que daba yo de comer parecía leer mis pensamientos, pues aunque se llevó el mendrugo de pan que le tendía, me resultó evidente que yo no le había caído nada bien. Mordisqueó el pan de prisa, bajó la testuz y trató de embestirme; mordisqueó otro poco, hizo un nuevo amago de embestida. Es probable que pensara que, si me alejase un poco, el pan quedaría a su alcance, suspendido en el aire.

Un jornalero árabe que trabajaba en la senda dejó a un lado su pesado azadón y se acercó a nosotros. Miraba de la gacela al mendrugo de pan y del pan a la gacela con una suerte de tranquila perplejidad, como si nunca hubiera visto nada semejante. Al final, se dirigió a nosotros tímidamente, en francés:

—Ya me comía yo un poco de ese pan.

Partí un pedazo, se lo di y lo guardó agradecido en algún secreto lugar, bajo sus andrajos. El hombre es un empleado municipal.

Cuando se pasa por la judería uno se hace una idea seguramente acertada de cómo

eran los guetos del Medievo. Bajo el poder de los musulmanes, los judíos sólo tenían permiso para poseer tierras en determinadas zonas restringidas, y al cabo de muchos siglos de recibir ese trato han dejado de preocuparse por la superpoblación. Muchas de las calles tienen una anchura que ni de lejos llega a los dos metros, las casas carecen de ventanas, los niños de ojos irritados por alguna infección se arraciman por doquier en cantidades inauditas, como enjambres de moscas. Por el centro de la calle corre casi siempre un riachuelo de orines.

En el bazar, familias muy numerosas de judíos, vestidos todos con una túnica negra y el pequeño casquete negro también, trabajan en lúgubres zaquizamíes infestados de moscas, que más parecen cavernas. Hay un carpintero sentado con las piernas cruzadas ante un torno prehistórico, torneando patas de sillas a una velocidad de vértigo. Hace girar el torno con un arco que sujeta en la mano derecha, y guía el escoplo con el pie izquierdo. Gracias a que ha pasado la vida entera en esa postura, tiene la pierna izquierda totalmente combada, deforme. A su lado está su nieto, de seis años de edad, y que ya conoce lo más elemental del oficio.

Pasaba yo por delante de los tenderetes de los caldereros cuando alguien se fijó en que acababa de prender un cigarrillo. En el acto, de los oscuros agujeros que había en derredor salió en tropel una frenética avalancha de judíos, muchos de ellos ya abuelos, con luengas barbas grises, todos pidiendo a voz en cuello un cigarro. Incluso un ciego que se había guarecido en lo más recóndito de un cuchitril oyó el rumor a cuento del tabaco y salió a gatas, palpando el aire con la mano. En menos de un minuto se me había acabado todo el paquete. Ninguno de ellos, creo yo, trabaja menos de doce horas al día. Todos ellos contemplan un simple cigarrillo como si de un lujo inaccesible se tratara.

Como los judíos viven en una comunidad cerrada, se dedican a los mismos oficios que los árabes, con la salvedad de la agricultura. Hay vendedores de fruta, alfareros, orfebres, herreros, carniceros, curtidores, sastres, aguadores, mendigos, mozos de cuerda... Se mire por donde se mire, no se ve más que judíos. De hecho, son unos trece mil, que viven apiñados en muy pocas hectáreas. Menos mal que Hitler no ronda por aquí. Quién sabe, tal vez ya esté en camino. Se oyen los rumores siniestros de costumbre a cuento de los judíos y no sólo entre los árabes, sino también entre los europeos con menos medios económicos.

—Pues sí, *mon vieux*, a mí me quitaron el puesto de trabajo y se lo dieron a un judío. ¡Peste de judíos! Son los que en verdad tienen el poder en este país. Son los que tienen todo el dinero. Controlan los bancos, las finanzas, todo.

—Pero veamos —dije yo—: ¿no es cierto que el judío normal y corriente trabaja por un penique a la hora?

—Ah, eso lo dicen sólo para darnos pena. En realidad, todos son prestamistas. Muy astutos los judíos, ya lo creo.

Más o menos de esa forma, hace doscientos años quemaban a las viejas pobres en la hoguera acusándolas de brujería, cuando no eran capaces de hacer magia ni para comer algo decente.

Todas las personas que viven de trabajos manuales son en parte invisibles, y cuanto más importante sea su trabajo, menos visibles son. Aun así, una piel blanca siempre llama la atención. En el norte de Europa, cuando se ve a un labrador que faena en el campo, posiblemente lo miramos dos veces. En un país de clima caluroso, en cualquier lugar al sur de Gibraltar o al este de Suez, lo más probable es que ni siquiera lo veamos. Es algo en lo que he reparado una y mil veces. En un paisaje tropical el ojo lo absorbe todo, salvo los

seres humanos. Absorbe la tierra reseca, la chumbera, la palmera, las montañas lejanas, pero siempre pasa por alto al campesino que labra su terruño. Es del mismo color que la tierra, y mucho menos interesante de ver.

Sólo por esta razón, los países asiáticos y africanos azotados por las hambrunas se consideran lugares idóneos para el turismo. Nadie en su sano juicio organizaría viajes baratos a las regiones más deprimidas. En cambio, allí donde los seres humanos tienen la piel morena, oscura, su pobreza apenas se percibe. ¿Qué significa Marruecos para un francés? Un naranjal o un trabajo de funcionario. ¿Y para un inglés? Camellos, palmeras, la Legión Extranjera, bandejas de cobre y bandidos. Es probable que uno pudiera vivir años aquí sin darse cuenta de que para el noventa por ciento de la población la realidad de la vida no es sino una lucha inacabable en la que se desloman con tal de arrancar a una tierra erosionada algo que llevarse a la boca.

La mayor parte de Marruecos es tan desértica que ningún animal salvaje más grande que una liebre puede vivir. Zonas muy amplias, en otro tiempo boscosas, se han convertido en eriales sin un solo árbol, sin vegetación, donde el terreno parece de polvo de ladrillo. No obstante, en gran medida está cultivado, aunque a costa de un trabajo espantoso. Todo se hace a mano. Largas colas de mujeres encorvadas como una *e* mayúscula invertida faenan despacio por los campos, arrancando las malas hierbas con las manos, y el campesino que recoge alfalfa para el forraje arranca las plantas tallo a tallo en vez de segarlas con la guadaña, con lo cual ahorra unos centímetros en cada tallo. El arado es un trasto de madera tan frágil que se puede llevar al hombro, y que remata en un extremo una tosca punta de hierro que revuelve el terreno a una profundidad no mayor que un palmo. A eso equivale la fuerza de las bestias de carga. Es normal que aren la tierra con una yunta compuesta por una vaca y un asno. Dos asnos juntos suman la fuerza suficiente, mientras que dos vacas son más costosas de alimentar. Los campesinos no tienen rastreles; se limitan a arar la tierra varias veces, cada una en un sentido diferente, dejándola al final con largos surcos, tras lo cual es preciso dar forma al terreno a golpe de azada, en trechos desiguales, para conservar el agua de riego. Salvo en los dos días siguientes a un chubasco, casi nunca hay agua suficiente. A lo largo de la linde de los campos, se cavan acequias de hasta nueve metros de profundidad para recoger cualquier goteo minúsculo que pueda circular por el subsuelo.

Todas las tardes pasa delante de mi casa una hilera de mujeres de avanzada edad, cada una con un hato de leña. Todas están momificadas por la edad y el sol; todas son muy delgadas. Parece ser corriente en las comunidades primitivas que las mujeres, cuando pasan de cierta edad, se encojan hasta quedar del tamaño de un niño. Una vez, una pobre mujer que no levantaba más de un metro y veinte centímetros de estatura pasó por debajo de donde yo estaba con una carga de leña enorme. La detuve y le puse en la palma de la mano una moneda de cinco sous (poco más que un céntimo). Respondió con un agudísimo quejido, un chillido casi, en parte de gratitud, pero sobre todo de sorpresa. Supongo que, desde su punto de vista, al haber reparado en ella prácticamente había quebrado yo una de ley de la naturaleza. Aceptaba su condición de anciana, esto es, de bestia de carga. Cuando una familia viaja, es habitual ver a un padre y a un hijo crecido que montan en sendos asnos, mientras es una anciana quien los sigue a pie, cargando con el equipaje.

Pero lo extraño de estas personas es su invisibilidad. Durante varias semanas, siempre a la misma hora del día, la hilera de ancianas pasaba renqueando por delante de la casa, cargadas con sus hatos de leña; pues bien, aun cuando las registrasen mis pupilas, dudo que en verdad pudiera decir que las había visto. Era la leña lo que pasaba por allí; así lo veía yo. Sólo un día en que me vi por azar caminando tras ellas, el curioso movimiento

de sube y baja que efectuaba cada hato de leña me llamó la atención hacia la figura humana que caminaba bajo el pesado fardo. Fue entonces cuando reparé en los pobres, viejos cuerpos del color de la tierra, cuerpos reducidos a poco más que los huesos y la piel correosa, encorvados bajo un peso descomunal. Sin embargo, supongo que no llevaba ni cinco minutos en tierra marroquí cuando me percaté de que todos los asnos iban cargados en exceso, cosa que me enfureció. No cabe duda de que a los asnos se les trata de una manera execrable. En Marruecos, el asno es apenas más grande que un perro San Bernardo, pero porta una carga que en el ejército británico se tendría por excesiva para un mulo. Muy a menudo no se le despoja del aparejo de carga durante varias semanas. Lo más penoso de todo es que se trata del ser más voluntarioso y terco de la tierra, que sigue a su amo como un perro, y que no necesita ni brida ni ronzal. Tras una docena de años dedicado a trabajar de sol a sol se cae muerto de repente, momento en el cual su dueño lo arroja a una zanja y los perros de la aldea le devoran las entrañas antes de que se haya enfriado.

Es algo que a uno le hace hervir la sangre, mientras que —en general— no sucede lo mismo con la penosa condición de los seres humanos. No me extendo en comentarios, me limito a señalar un hecho. La gente de piel morena, oscura es poco menos que invisible. Cualquiera siente lástima del asno con el lomo arqueado, aunque en general se debe a un mero accidente que uno llegue a percatarse de la anciana que se fatiga bajo el peso de la leña.

Así como las cigüeñas volaban con rumbo norte, los negros caminaban hacia el sur: una larga y polvorienta columna de infantería, baterías de cañones desmontables y más infantería, cuatro o cinco mil hombres en total serpenteando por la carretera, con el atronar de las botas y el retumbar de las ruedas de hierro.

Eran senegaleses, los negros más negros de África, tan negros que a veces es difícil verles el nacimiento del cabello en la nuca. Sus cuerpos espléndidos iban escondidos bajo los uniformes caqui heredados, los pies embutidos en botas que parecían bloques de madera, y cascos de acero varias tallas menores de lo que debieran. Hacía mucho calor y los hombres habían recorrido un larguísimo trecho a pie. Iban reventados bajo el peso de la impedimenta, y los rostros curiosos, sensibles, rebrillaban debido al sudor.

Cuando pasaron de largo, un negro alto y muy joven me miró a los ojos. La mirada que me lanzó no se pareció en nada a lo que cabría esperar. No fue hostil, ni despectiva, ni malhumorada, ni siquiera inquisitiva. Fue la mirada tímida, con los ojos como platos, de un negro; en realidad, una mirada que denota un profundo respeto. Vi de qué se trataba: ese desdichado muchacho, ciudadano francés, por lo tanto arrastrado desde la selva para fregar suelos y enfermar de sífilis en cualquier cuartel, en realidad siente un respeto reverencial ante la piel de un blanco. Se le ha enseñado que la raza blanca es su dueña y señora. Y lo sigue creyendo a pie juntillas.

Pero hay un pensamiento que tiene todo hombre blanco (y en este sentido importa un comino que se considere socialista) cuando ve a un ejército de negros pasar de largo: “¿Por cuánto tiempo seguiremos engañando a toda esta gente? ¿Cuánto falta para que empuñen sus fusiles contra nosotros?”.

Fue curioso, de veras. Cada hombre blanco tiene este pensamiento alojado en alguna parte. Yo lo tenía, y lo tenían los demás testigos que presenciaron el momento, y lo tenían los oficiales con sus casacas sudorosas y los suboficiales blancos que marchaban en las filas. Era una suerte de secreto que todos sabemos, y que no caeremos en la estupidez de revelar a nadie. Sólo los negros lo ignoraban. Y la verdad es que fue casi como ver a un gran rebaño mientras mirábamos la larga columna, tal vez tres kilómetros de hombres

armados, que avanzaba en paz por el camino, mientras las grandes aves de color blanco volaban sobre ellos en dirección opuesta, brillantes como pedacitos de papel esparcidos al aire.

Escrito en [primavera de] 1939

New Writing, navidad de 1939

RESEÑA DE *LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MADRID*

DE SEGISMUNDO CASADO

Aunque pocas personas lo hubieran oído fuera de España antes del comienzo de 1939, el nombre del coronel Casado ha de pervivir entre los que se recuerdan en estrecha relación con la Guerra Civil española. Fue él quien dio por tierra con el gobierno de Negrín y negoció la rendición de Madrid. Considerando la actual situación militar y los muchos sufrimientos del pueblo español, es difícil abstenerse de pensar que obró como debía. Lo realmente desgraciado, como señala con vehemencia Croft–Cooke en su prólogo a este libro, fue que se permitiera una prolongación tan dilatada de la guerra. El coronel Casado y los relacionados con él fueron denunciados por todo el mundo en la prensa izquierdista y tachados de traidores, criptofascistas, etc., pero todas esas acusaciones provenían en su mayoría de personas que habían salvado el pellejo mucho antes que Franco entrase en Madrid. Besteiro, quien tomó parte en la administración de Casado y después permaneció en Madrid para plantar cara a los fascistas, también fue denunciado por “profranquista”. Y a Besteiro se le impuso una condena de treinta años de cárcel, nada menos. Los fascistas tienen una extraña manera de tratar a sus amigos.

Es posible que lo más interesante del libro del coronel Casado sea la luz que arroja sobre la intervención rusa en España y la reacción española ante la misma. Aunque bastantes personas de rectas intenciones lo negaran en su día, poca duda puede haber de que, desde mediados de 1937 hasta casi el final de la contienda, el gobierno español estuvo directamente controlado por Moscú. Los motivos últimos de los rusos no están claros del todo, pero en cualquier caso apuntaban al establecimiento en España de un gabinete obediente a sus órdenes. En el gobierno de Negrín habían encontrado lo que deseaban. Ahora bien, la apuesta que hicieron por obtener el respaldo de la clase media dio lugar a complicaciones e imprevistos. En los primeros compases de la guerra, los máximos adversarios de los comunistas en su pugna por el poder fueron los anarquistas y los socialistas de izquierdas. La propaganda comunista hizo hincapié, naturalmente, en una política “de moderación”. Esto tuvo por efecto poner el poder en manos de los oficiales y funcionarios “burgueses y republicanos”, de los cuales el coronel Casado se erigió en cabeza visible. Todos ellos eran en primer lugar españoles, resentidos ante la interferencia e intervención rusa casi tanto como ante la de alemanes e italianos. En consecuencia, a la pugna entre comunistas y anarquistas siguió otra entre comunistas y republicanos, a resultas de la cual el gobierno de Negrín fue finalmente defenestrado y muchos comunistas perdieron la vida.

La cuestión de capital importancia que todo esto plantea es bien sencilla: si un país occidental puede en la práctica estar controlado por comunistas que actúan a las órdenes de los rusos. Es una cuestión que probablemente volverá a la palestra en el caso de que se produzca una revolución de la izquierda en Alemania. Del libro del coronel Casado se infiere que un pueblo occidental, u occidentalizado, de ninguna manera, y ni siquiera durante un breve lapso, se dejará gobernar desde Moscú. Dejando el debido margen a los prejuicios que Casado sin duda tiene en contra de los rusos y de los agentes comunistas en su país, su relato apenas deja duda alguna sobre el hecho de que el dominio ruso dio lugar a un amplio y profundo resentimiento en España. También sugiere que fue la certeza de la intervención rusa lo que inclinó a Gran Bretaña y a Francia a tomar la decisión de

abandonar al gobierno de España entregado a su suerte. Esto ya es más dudoso. Si los gobiernos británico y francés de veras hubieran querido contrarrestar la influencia rusa, el medio más veloz, con mucho, habría sido proporcionar armas al gobierno de España, pues desde el comienzo de la guerra era evidente que cualquier país que suministrase armas podría controlar la política española. Es preciso concluir que los gobiernos británico y francés no sólo quisieron que ganase Franco, sino que en todo caso habrían preferido un gobierno controlado por Rusia antes que una coalición de socialistas y anarquistas bajo el mando de un líder como Largo Caballero.

Time and Tide,

20 de enero de 1940

DIARIOS DE GUERRA

Durante los tres primeros años de la segunda Guerra Mundial, Orwell llevó dos diarios en los que se abarcan los dos periodos que van desde el 28 de mayo de 1940 hasta el 28 de agosto de 1941 y desde el 14 de marzo hasta el 15 de noviembre de 1942. Escribió ambos a mano, aunque del primero ya no existe esa versión; la versión que aquí se recoge es la selección que Orwell mecanografió a partir del manuscrito. Los cortes que hizo se indican mediante puntos suspensivos. Cualquier corte hecho por los editores para evitar repeticiones innecesarias o no caer en posibles difamaciones se indica también mediante puntos suspensivos.

El segundo diario está tomado directamente del original manuscrito, aunque los editores han realizado algunos cortes para no herir los sentimientos de las personas mencionadas. Se indican mediante puntos suspensivos.

Orwell hace referencia a muchas personas por medio de sus iniciales. Sólo en los casos en que se tiene la certeza de quién es el aludido se han cambiado las iniciales por los nombres.

28 DE MAYO DE 1940 – 28 DE AGOSTO DE 1941

28 de mayo de 1940

Éste es el primer día en que se han suprimido los carteles anunciadores de los periódicos. [...] La mitad de la primera plana del *Star*^[4] se dedica a la noticia de la rendición de Bélgica; la otra mitad trata la noticia de que los belgas han opuesto tenaz resistencia y el rey está con el pueblo. Seguramente se debe a la escasez y al racionamiento del papel. No obstante, de las ocho páginas del *Star*, son seis las que se dedican a las carreras.

Durante los últimos días no se han recibido noticias reales, y son muy escasas las posibilidades de inferir qué es lo que sucede en realidad. Las opciones más sensatas son: (I) que los franceses de veras estuvieran a punto de contraatacar desde el sur; (II) que tuvieran la esperanza de lanzar ese contraataque, pero que los bombarderos alemanes hayan impedido la concentración de un ejército en condiciones; (III) que las fuerzas del norte tuvieran plena confianza en resistir, y que se considerase preferible no contraatacar hasta que el ataque alemán se hubiera agotado por sí solo; (IV) que la posición del frente en el norte estuviera perdida por completo, y las fuerzas de aquella región sólo pudieran abrirse paso hacia el sur, rendirse, quedar destruidas del todo o huir por mar, sufriendo probablemente grandes pérdidas entre tanto. A día de hoy, sólo la cuarta alternativa parece posible. Los comunicados franceses hablan de una estabilización del frente a lo largo del Somme y el Aisne, como si las fuerzas aisladas en el norte no existieran. Por horrible que sea, confío en que la *BEF*^[5] caiga hecha pedazos antes que rendirse.

Se habla algo más de la guerra, pero no mucho. Como siempre, al menos hasta la fecha, es imposible oír ningún comentario en los pubs, etcétera. Ayer noche, E.^[6] y yo fuimos al pub a escuchar las noticias de las nueve. La camarera no habría encendido la radio si no se lo hubiéramos pedido. A todas luces, nadie más quiso escuchar el boletín.

29 de mayo

Hoy hay que hacerse una idea de cualquier noticia importante por medio de insinuaciones y alusiones. Ayer noche, la sensación principal era que las noticias de las nueve se dieron después de una charla (bastante buena) para animar a los oyentes por parte de Duff Cooper^[7], para dorar la píldora, y que Churchill dijo en su discurso que volvería a informar sobre la situación a lo largo de la semana siguiente, seguramente a primeros, y que era preciso prepararse para “lúgubres y aciagas noticias”. Presumiblemente esto significa que van a intentar llevar a cabo una retirada, aunque si las “aciagas noticias” hacen referencia a pérdidas inmensas, a una rendición por parte de la BEF, o exactamente a qué, nadie lo sabe con ninguna certeza. Oí las noticias en el entreacto de una obra más o menos culta que se representaba en el Torch Theatre. El público escuchaba con mucha más atención de la que prestaba en el pub.

E. dice que la gente del Departamento de Censura, en el que trabaja, hace un atadajo con todos los periódicos “rojos” y pone en el mismo cesto el *Tribune*^[8] y el *Daily Worker*^[9]. Hace poco, cuando se prohibió la exportación del *Daily Worker* y del *Action*, uno de sus compañeros de trabajo le preguntó: “¿Tú conoces ese periódico que se llama *Daily Worker and Action*?”.

Rumores del momento: que Beaverbrook^[10], desde su nombramiento, ha puesto dos mil aviones más en el aire atajando toda clase de obstáculos. Que los bombardeos, seguramente sobre Londres, empezarán dentro de un par de días. Que el plan de Hitler para la invasión de Inglaterra consiste en utilizar miles de lanchas rápidas que puedan pasar por las zonas minadas. Que hay una terrible escasez de fusiles (lo dicen distintas fuentes). Que la moral de la infantería alemana ordinaria está por los suelos. Que cuando sucedió lo de Noruega, el Ministerio de la Guerra estaba tan mal informado que ni siquiera sabía lo cortas que eran las noches en Noruega, imaginando que las tropas que tenían que desembarcar a plena luz del día contarían con la ventaja de la nocturnidad.

30 de mayo

La BEF se reagrupa retirándose a Dunkerque. Imposible calcular no sólo cuántos efectivos podrán huir, sino cuántos se hallan allí. Ayer noche, charla por la radio de un coronel que había vuelto de Bélgica, que por desgracia no oí, pero que a juzgar por lo que dijo E. contenía interpolaciones del propio locutor para informar al público de que el ejército había sufrido la decepción (a) de los franceses, que no contraatacaron, y (b) de las autoridades militares, que le habían pertrechado con un pésimo equipamiento. En la prensa, ni una sola palabra sobre la posibilidad de recriminar a los franceses su actitud. La emisión de Duff Cooper, hace dos noches, fue una advertencia especial de que no se hiciera. [...] En el mapa de hoy se tiene la impresión de que el contingente francés en Bélgica se habría sacrificado para permitir la huida de la BEF.

Borkenau^[11] dice que Inglaterra se halla sin lugar a dudas en la primera fase de la revolución. Comentando esta idea, Connolly^[12] relató que hace poco se alejaba un barco de la costa del norte de Francia, con refugiados a bordo y unos cuantos pasajeros normales. Los refugiados eran en su mayoría niños que se hallaban en condiciones penosas, tras haber sido ametrallados. Entre los pasajeros se encontraba Lady __ quien trató de saltarse la cola para embarcar, y que cuando se le ordenó que ocupara su sitio y esperase su turno exclamó indignada: “¿Pero usted sabe quién soy yo?”. El sobrecargo le respondió así: “Me importa

un comino quién sea usted, maldita zorra. Ocupe su sitio en la cola y espere su turno". Si es cierto, no deja de ser interesante.

Sigue sin haber pruebas de que exista un interés claro por la guerra. Sin embargo, las elecciones para cubrir un escaño vacante en el Parlamento, las respuestas ante el llamamiento a filas de los voluntarios, etcétera, muestran cómo son los sentimientos de la gente. Les resulta en apariencia imposible comprender que se hallan en peligro, aunque hay buenos motivos para pensar que el intento de invadir Inglaterra puede sobrevenir en cualquier momento, en cuestión de días, y todos los periódicos así lo dicen. La gente no entenderá nada hasta que no empiecen los bombardeos. Connolly dice que entonces cundirá el pánico, pero yo no lo creo.

31 de mayo

Ayer noche fuimos a ver *La taberna apacible*, obra teatral de Dennis Ogden. Una sandez como una catedral. Lo interesante es que si bien la obra se sitúa en 1940, no había una sola referencia a la guerra, directa ni indirecta.

Estoy asombrado ante la escasez de los hombres que incluso ahora han sido llamados a filas. Por norma, cuando uno pasea por la calle, es imposible ver un solo uniforme. [...] Comienzan a poner alambradas, de alambre de espino, en muchos puntos estratégicos; por ejemplo, junto a la estatua de Carlos I en Trafalgar Square. [...] Me ha llegado de tantas fuentes la noticia de la escasez de fusiles que debe de ser cierta.

1 de junio

Ayer noche estuve en las estaciones de Waterloo y Victoria por ver de conseguir alguna noticia de [Eric]^[13]. Imposible, claro está. Los hombres que han sido repatriados tienen órdenes estrictas de no hablar con la población civil, además de que se les aleja de las estaciones de ferrocarril tan deprisa como es posible. La verdad es que vi a muy pocos soldados británicos, esto es, de la BEF, y abundaban en cambio los refugiados belgas o franceses, además de haber unos cuantos soldados de estos dos países, entre ellos personal de la Marina. Los refugiados parecían sobre todo personas de clase media, del tipo del oficinista o el tendero, y se les veía adecentados, con cierta cantidad de pertenencias personales. Una familia llevaba un loro en una jaula enorme. Una mujer lloraba, o parecía a punto, aunque parecía si acaso desconcertada por el gentío y por la extrañeza en general. Era considerable el número de mirones que se habían congregado en Victoria; la policía tenía que contenerlos para dejar paso hacia la calle a los refugiados y demás personas. A los refugiados se les saludaba en silencio, pero todos los marinos, de cualquier clase y condición, despertaban vítores de entusiasmo. Un oficial de la Marina, con un uniforme que había pasado por el agua y parte del equipamiento de un soldado, se apresuró para tomar un autobús, sonriente y sujetándose el casco de metal a un lado, mientras las mujeres le gritaban y los hombres le daban palmadas en el hombro.

Vi una compañía de marines norteamericanos que marchaban por la estación para ir a adiestrarse a Chatham. Me asombró su físico esplendoroso, el tremendo ruido de las botas, el porte soberbio de los oficiales, todo lo cual me hizo recordar 1914, cuando todos los soldados me parecían gigantes.

Los periódicos de esta mañana afirman que cuatro quintas o tal vez tres cuartas partes de la BEF han sido en efecto evacuadas. Hay fotos, probablemente seleccionadas o

falsificadas, que muestran a hombres de buena presencia con el equipamiento casi intacto.

2 de junio

Imposible precisar cuántos hombres de la BEF han sido en efecto repatriados de veras, pero las declaraciones que aparecen en diversos periódicos hacen pensar que son unos ciento cincuenta mil, mientras el número que originalmente avanzó hacia Bélgica era de trescientos mil más o menos. No hay indicios del número de soldados franceses que están con ellos. Se insinúa en diversos periódicos que quizá se tenga la intención de plantar resistencia en Dunkerque en vez de proceder a una evacuación completa. Parece algo imposible, a menos que se disponga de un gran número de aviones precisamente en ese punto. Pero si son ciento cincuenta mil los que de veras se han evacuado, es de suponer que será posible evacuar a un número todavía muy elevado. Está prevista ya la entrada en guerra de Italia para cualquier momento a partir del próximo día 4, presumiblemente después de que alguna propuesta de paz les dé el pretexto. [...] Las expectativas generales indican que ahora sí se llevará a cabo algún intento de invadir Inglaterra, aun cuando sólo sea como maniobra de distracción, mientras Alemania e Italia se desviven para despacharse Francia entera. Es evidente que son muchas las personas que creen en la posibilidad de un desembarco en Irlanda, incluido el propio De Valera. Esta idea apenas se ha mencionado hasta hace tan sólo unos días, aunque era evidente desde el principio mismo.

La muchedumbre habitual de los domingos va de acá para allá, señoras con cochecitos de niños, clubes de ciclistas, gente que saca a pasear al perro, grupos de jóvenes que haraganean en las esquinas, en plena calle, sin el menor indicio en ninguna cara, ni en nada de lo que se pueda oír, de que esas personas hayan entendido que es hartito probable que se les invada dentro de unas cuantas semanas, aunque todos los periódicos dominicales de hoy lo dicen alto y claro. La respuesta ante las apelaciones insistentes para evacuar a los niños de Londres ha sido muy escasa. Es evidente que se razona de este modo: “La última vez no hubo ataques aéreos, luego esta vez tampoco los habrá”. Y, sin embargo, toda esa gente se comportará con sobrada valentía cuando llegue la hora, sobre todo si se les dice qué es lo que hay que hacer.

Análisis somero de los anuncios en el número de hoy de *People*^[14].

El periódico consta de 12 páginas = 84 columnas. De éstas, unas 26 $\frac{1}{2}$ (más de $\frac{1}{4}$ del total) son anuncios. Éstos se dividen como sigue:

Comida y bebida: 5 $\frac{3}{4}$ columnas.

Medicamentos patentados: 9 $\frac{1}{3}$

Tabaco: 1

Apuestas: 2 $\frac{1}{3}$

Ropa: 1 $\frac{1}{2}$

Diversos: 6 $\frac{3}{4}$

De 9 anuncios de comida y bebida, 6 son de lujos innecesarios. De 29 anuncios de medicamentos, 19 son de productos fraudulentos (para la calvicie, etc.) o más o menos deletéreos, o bien del tipo chantaje (“El estómago de su hijo necesita —”). Dejo un margen al beneficio de la duda en el caso de unos cuantos medicamentos. De 14 anuncios diversos, 4 son de jabón, 1 de cosméticos, 1 de un sitio para pasar las vacaciones, y 2 son del gobierno, incluido uno a gran tamaño de una campaña nacional de ahorro. Sólo 3 anuncios, en todas las categorías, se aprovechan de la guerra.

3 de junio

De una carta de lady Oxford^[15] al *Daily Telegraph*, sobre la cuestión de la economía de guerra:

Como la mayoría de las casas de Londres están abandonadas, hay pocas diversiones. [...] En cualquier caso, la mayoría de los habitantes ha tenido que prescindir de sus cocineras e irse a vivir a los hoteles.

Por lo visto, nada ni nadie podrá enseñar nunca a esta gente que el otro noventa y nueve por ciento de la población existe.

6 de junio

Tanto Borkenau como yo supusimos en su día que Hitler probablemente dirigiría su siguiente ofensiva contra Francia, no contra Inglaterra. A la vista de los hechos, no nos equivocamos. Borkenau considera que la cuestión de Dunkerque ha demostrado de una vez por todas que los aviones no pueden derrotar a los barcos de guerra si éstos cuentan con el apoyo de su propia aviación. Las cifras que se han dado son de seis destructores y unos veinticinco barcos de otras clases perdidos en la evacuación de casi trescientos cincuenta mil hombres. El número de hombres evacuados presumiblemente se pliega a la verdad, y aun cuando uno dude del número de barcos que se declaran hundidos, no representaría una gran pérdida para tan magna empresa, teniendo en cuenta que las circunstancias eran todo lo favorables a los aviones que de hecho podían ser.

Borkenau opina que el plan de Hitler consiste en destrozarse Francia y exigir la flota francesa como parte de los términos para firmar la paz. Después de eso, la invasión de Inglaterra con tropas transportadas por mar sería asequible.

Enorme anuncio en el lateral de un autobús: “primeros auxilios en tiempo de guerra – para la salud, la fuerza y la fortaleza, goma de mascar Wrigley”.

7 de junio

Aunque se han suprimido los carteles anunciadores de los periódicos, se ve con cierta frecuencia que los vendedores de periódicos despliegan un cartel. Parece que algunos de los antiguos se han resucitado para volver a utilizarse. Los que llevan titulares como “Ataques de la RAF sobre Alemania” o “Enormes pérdidas alemanas” se pueden reutilizar casi en cualquier momento.

8 de junio

En medio de una pavorosa batalla en la que, supongo, miles de hombres mueren a diario, uno tiene la impresión de que no hay noticias. Los periódicos vespertinos son los mismos que los de la mañana, éstos son los mismos que los de la noche anterior, la radio repite lo que traen los periódicos. En cuanto a la veracidad de las noticias, sin embargo, probablemente hay más supresiones que mentiras. Borkenau considera que el efecto de la radio ha sido dar a la guerra una relativa veracidad, y que las únicas mentiras a gran escala han sido, hasta la fecha, las afirmaciones alemanas sobre la cantidad de barcos británicos hundidos. Han sido, en efecto, fantasiosas. Hace poco, uno de los periódicos vespertinos que difundieron los comunicados de los alemanes señaló que en unos diez días los

alemanes afirmaron haber hundido veinticinco barcos de gran tonelaje, esto es, diez más de los que nunca hemos tenido.

Hace poco Stephen Spender me dijo lo siguiente: “¿No tienes la sensación de que durante los últimos diez años, en cualquier momento has sido capaz de predecir los acontecimientos con más exactitud que el gabinete del gobierno?”. Tuve que mostrarme de acuerdo. En parte, es cuestión de no estar cegado por los intereses de clase, esto es, cualquiera que no tenga intereses financieros pudo darse cuenta de un simple vistazo del peligro estratégico que representaba para Inglaterra el permitir que Alemania e Italia dominasen España, mientras que muchos derechistas, incluso militares profesionales, lisa y llanamente no fueron capaces de comprender este hecho, de una obviedad flagrante. Ahora bien, donde siento que la gente como nosotros entiende la situación mejor que los presuntos expertos no es en ninguna capacidad de predecir acontecimientos concretos, sino en el poder de entender en qué clase de mundo vivimos. En cualquier caso, desde 1931 he sido consciente (Spender dice que él lo supo desde 1929) de que el futuro ha de ser catastrófico. No supe decir entonces qué guerras y revoluciones iban a producirse, pero nunca me sorprendió que se produjeran. Desde 1934 he sabido que se avecinaba la guerra entre Inglaterra y Alemania, y desde 1936 lo he sabido con absoluta certeza. Era una cuestión de tripas; nunca me han engañado la cháchara de los pacifistas, por un lado, y la gente del Frente Popular, por el otro, que fingían temer que Gran Bretaña se preparaba para una guerra contra Rusia. Igualmente, horrores tales como las purgas en Rusia no me sorprendieron, porque siempre había tenido la sensación de que, si no exactamente eso, algo muy semejante estaba implícito en el sistema bolchevique. Se palpaba en su literatura.

[...] ¿Quién hubiera dicho hace siete años que Winston Churchill tenía por delante ninguna clase de futuro político? Hace un año, Cripps^[16] era el niño malo del Partido Laborista, el cual lo expulsó negándose incluso a oír cualquier alegato en su defensa. Por otra parte, desde el punto de vista de los conservadores era un rojo peligroso. Ahora es embajador en Moscú; los periódicos de Beaverbrook fueron los que defendieron su candidatura a ese nombramiento. Imposible saber si se trata del hombre apropiado. Si los rusos están dispuestos a ponerse de nuestra parte, probablemente lo sea, pero si siguen siendo hostiles, mejor habría sido enviar a un hombre que no admirase el régimen ruso.

10 de junio

Acabo de saber, aunque aún no ha salido en la prensa, que Italia ha declarado la guerra. [...] Las tropas aliadas se retiran de Noruega, por la razón de que puede ser necesaria su intervención en otros lugares y Narvik, tras su captura, quedó inutilizado para los alemanes. Lo cierto es que Narvik no les será necesario hasta el invierno, no habría tenido una gran utilidad cuando Noruega dejara de ser país neutral, y yo no hubiera pensado que los aliados tuvieran tropas suficientes en Noruega para que la situación cambiara mucho. La razón más probable es que así no habrá que malgastar barcos de guerra.

Esta tarde me he acordado de manera muy vívida del incidente con el taxista de París en 1936^[17], e iba a escribir algo al respecto en este diario. Ahora me siento tan entristecido que no lo puedo escribir. Todo se desintegra. Me hierve la sangre al pensar en escribir reseñas de libros, etcétera, en un momento como éste, e incluso me indigna que aún se permita semejante pérdida de tiempo. La entrevista del sábado en el Ministerio de la Guerra tal vez sirva para algo de provecho, sobre todo si soy lo suficientemente astuto como para pasar la revisión médica. Si entro en el ejército, sé por analogía con la Guerra

Civil española que dejarán de importarme los acontecimientos públicos. Ahora me siento como me sentía en 1936, cuando los fascistas cercaban Madrid, sólo que es incluso peor. Algún día escribiré sobre aquel taxista.

12 de junio

E. y yo paseamos ayer noche por el Soho para ver si los daños causados a los comercios italianos eran tan graves como se había dicho. Parecía que los periódicos habían exagerado, pero sí vimos, creo, tres tiendas con los escaparates destrozados. La mayoría de los comercios italianos se dieron buena prisa en autoproclamarse “británicos”. Gennari, tienda de comestibles, estaba empapelada de pasquines que decían: “Éste es un establecimiento íntegramente británico”. La Spaghetti House, tienda especializada en artículos italianos de alimentación, ha cambiado de nombre: “Alimentos británicos”, se llama ahora. Otra tienda proclamaba su condición de suiza, e incluso un restaurante francés afirmaba, desde el rótulo, ser británico. Lo más interesante es que esos pasquines y rótulos tenían que estar impresos de antemano, a la espera del momento oportuno para su despliegue.

[...] Por nauseabundas que sean estas agresiones contra los inofensivos tenderos italianos, son un fenómeno interesante, porque el pueblo británico, esto es, un pueblo que probablemente se dedicaría al saqueo de las tiendas, no tiene por norma general un interés espontáneo en la actualidad política del extranjero. Dudo mucho que sucediera nada así durante la guerra de Abisinia, y la Guerra Civil española sencillamente no afectó a la masa de la población. Tampoco hubo ningún movimiento popular contra los alemanes residentes en Inglaterra hasta hace un mes o dos. Esa mezquindad propia de una rata que actúa a sangre fría, patente en la declaración de guerra de Mussolini, debe de haber causado gran impresión incluso en un pueblo que, por norma, rara vez lee la prensa.

13 de junio

Ayer, reunión de grupo de los *LDV*^[18], que tuvo lugar en la Sala de Comisiones de Lord's [...]. La última vez que estuve allí debió de ser durante el partido Eton–Harrow de 1921. Entonces debí de tener la sensación de que entrar en el pabellón, no siendo miembro del MCC^[19], era algo semejante a orinar en el altar, y años más tarde habría tenido la vaga sensación de que era un delito legal por el cual uno podía ser acusado ante los tribunales.

Me fijó en que uno de los carteles que anuncian el reclutamiento del cuerpo de zapadores, un pie que pisa una esvástica con la leyenda “Pisotéala”, está calcado de un cartel del gobierno en la Guerra Civil española, quiero decir que la idea está copiada al pie de la letra. Obvio es que aparece de forma vulgar, de tebeo, pero el hecho de que se vea es muestra en cualquier caso de que el gobierno empieza a estar cuando menos deseoso de aprender.

El candidato comunista en las elecciones para cubrir un escaño vacante en el Parlamento por el distrito de Bow^[20] ha conseguido quinientos votos. Nuevo récord negativo, aunque los Camisas Negras a menudo han conseguido menos incluso (en un caso, unos ciento cincuenta). Es tanto más notable porque Bow era la circunscripción de Lansbury^[21], por lo cual cabría esperar que hubiese muchos pacifistas. La participación, sin embargo, fue muy reducida.

14 de junio

Los alemanes definitivamente han entrado en París un día antes de lo previsto. Se puede dar por sentado, a ciencia cierta, que Hitler irá a visitar Versalles. ¿Por qué no lo minan y lo vuelan mientras esté allí? Las tropas españolas han ocupado Tánger, obviamente con la intención de permitir a los italianos que la utilicen como base de operaciones. Conquistar el Marruecos español desde el Marruecos francés probablemente sería fácil a estas alturas, y hacer lo propio con el resto de las colonias españolas, e instaurar a Negrín o a alguien como él en un gobierno alternativo; sería un duro golpe contra Franco. Pero es que ni siquiera llegaría el actual gobierno británico a pensar jamás en una cosa así. Uno casi ha perdido la capacidad de imaginar que los gobiernos aliados sean capaces de tomar alguna vez la iniciativa.

Cuando recorro las estaciones del metro, siempre me ponen enfermo los anuncios, las caras idiotizadas con que nos miran, los colores estridentes, la pugna generalizada y frenética por inducir a las personas a que malgasten su trabajo y su material en el consumo de lujos inútiles o de medicamentos dañinos. Cuánta basura se llevaría esta guerra por delante si al menos lográsemos aguantar a lo largo del verano. La guerra es sencillamente la reversión de la vida civilizada; su lema es “Mal, sé tú mi bien”^[22], y es tanto el bien que en la vida moderna en realidad es maligno que resulta cuestionable si, según ese criterio, la guerra es perjudicial.

15 de junio

Acaba de ocurrírseme una pregunta: si la caída de París supone el fin de la Biblioteca Albatros^[23], como supongo que ha sido. De ser así, me quedan treinta libras por pagar. Parece increíble que la gente siga dando importancia a los contratos a largo plazo, a las acciones y las participaciones, a las pólizas de seguros, etc., en tiempos como éstos. Lo sensato, ahora, sería pedir dinero prestado a diestra y siniestra y comprar bienes seguros. Hace poco tiempo, E. hizo indagaciones sobre los términos de un alquiler con derecho a compra de máquinas de coser, y descubrió que se extendían contratos incluso por dos años y medio.

P. W.^[24] relató que Unity Mitford^[25], además de haber intentado pegarse un tiro estando en Alemania, va a tener un niño. A esto, un hombrecillo de cara arrugada, cuyo nombre he olvidado, exclamó: “¡El Führer no haría una cosa así!”.

16 de junio

Los periódicos matinales dejan razonablemente claro que, al menos hasta después de las elecciones presidenciales, Estados Unidos no hará nada, es decir, no declarará la guerra, que es de hecho lo que importa. Y es que si Estados Unidos no entra en guerra, nunca habrá un control suficiente ni del volumen de negocios ni de la mano de obra para que se acelere la producción de armamento. En la última guerra, eso fue lo que sucedió aun siendo Estados Unidos un país beligerante.

Es por el momento imposible decidir qué hacer en el supuesto de que Alemania conquiste Inglaterra. Lo que tengo bien claro que no haría es largarme, o no al menos más allá de Irlanda, en el supuesto de que sea viable. Si la flota siguiese intacta, y la guerra continuase desde América y las Colonias, sería preciso seguir con vida en la medida de lo

posible, si fuera necesario en un campo de concentración. Si Estados Unidos se sometiera asimismo a la conquista alemana, no quedaría más remedio que morir en combate, en cuyo caso sería ante todo preciso morir luchando y tener la satisfacción de haber matado a alguien antes de morir.

Hablando ayer con M., uno de los judíos que son miembros de mi sección de los LDV, dije que si la presente crisis se superase, en ese momento se desataría una revuelta en el seno del Partido Conservador contra Churchill, y un intento de reducir de nuevo los salarios, etc. Dijo que en tal caso comenzaría la revolución, “o al menos eso espero”. M. es dueño de una fábrica, e imagino que vive bastante bien.

17 de junio

Los franceses se han rendido. Era previsible según el boletín radiofónico de ayer noche; en realidad lo era desde el fracaso en la defensa de París, el único lugar en el que debería haber sido posible detener el avance de los tanques alemanes. Estratégicamente, todo se concentra ahora en la flota francesa, de la que aún no hay noticias. [...]

Hoy, considerable excitación ante la rendición de Francia. Por todas partes, comentarios y discusiones al respecto. El más habitual: “Gracias a Dios que tenemos a la Marina”. Un veterano escocés, con medallas de la última guerra, medio borracho, hizo un patriótico y enardecido discurso en el metro. A otros pasajeros pareció gustarles. Hay tal demanda de diarios vespertinos que tuve que hacer cuatro intentos antes de conseguir un ejemplar.

Hoy en día, cuando escribo una reseña, me siento ante la máquina de escribir y la escribo de un tirón. Hasta hace relativamente poco, hasta hace seis meses, nunca había hecho algo así, y nunca habría dicho que era capaz. Prácticamente todo lo que escribía al menos lo escribía dos veces; mis libros en su totalidad los he escrito tres veces, y contienen pasajes aislados que han sido escritos a veces cinco, a veces diez veces. No se trata, en realidad, de que me resulte más fácil, sino que ha dejado de importarme, al menos en la medida en que el trabajo merezca aprobación en la inspección correspondiente y me sirva para ganar algo de dinero. Es un deterioro de las condiciones directamente imputable a la guerra.

Considerable concurrencia ante Cañada House, adonde fui a informarme, ya que G. ^[26] está pensando en enviar a su hijo a Canadá. Aparte de las madres, no se permite abandonar el país a nadie que tenga entre dieciséis y sesenta años, pues se teme que el pánico provoque una migración masiva.

20 de junio

Fui a la oficina de la ___ para ver qué línea van a adoptar sobre la defensa en el interior. C., que ahora es allí el pez gordo, estaba en contra de la línea consistente en “armar al pueblo”, y afirmó que sus peligros son mayores que sus posibles ventajas. Si un contingente invasor alemán encuentra a civiles armados, podría cometer tales atrocidades que acobardasen a la gente y extendieran el ansioso deseo de rendirse. Dijo que era peligroso contar con personas normales y corrientes, dar por sentado que dieran muestras de valor, y puso por ejemplo una revuelta que hubo en Glasgow, cuando apareció un tanque por las calles de la ciudad y todo el mundo se dio a la fuga presa de la cobardía. Las circunstancias eran diferentes, claro está, porque en esa ocasión la gente no estaba armada

y, como sucede siempre en una lucha intestina, tenían conciencia de estar peleando con una soga al cuello. [...] C. dijo que creía que Churchill, aun siendo un hombre bueno hasta cierto punto, era incapaz de hacer lo que había que hacer, incapaz de convertir la guerra en una guerra revolucionaria, y que por esa razón escudaba a Chamberlain y compañía y vacilaba a la hora de poner a toda la nación en lucha. Yo no creo, claro está, que Churchill vea la cosa desde el mismo prisma que nosotros, pero no creo que se parase en barras ante ningún obstáculo (por ejemplo, la igualación de ingresos, la independencia de la India), siempre y cuando le pareciera necesario dar ese paso para ganar la guerra. Obviamente, es posible que la sesión celebrada hoy en secreto sirva para lograr lo preciso para que Chamberlain y compañía salgan del gobierno para siempre. Ahora bien, recuerdo que el día en que los británicos comenzaron la evacuación de Namsos^[27] pregunté a Bevan^[28] y a Strauss^[29], que acababan de llegar de la Cámara, qué esperanzas había de que ese asunto sirviese para propiciar el cese de Chamberlain, y respondieron que ninguna en absoluto. Sin embargo, una semana después se formó el nuevo gobierno.

Se ha extendido la creencia en una traición directa dentro del alto mando, tanto que es peligrosa. [...] Personalmente, creo que esa traición consciente que pueda existir sólo se da en los elementos profascistas de la aristocracia y tal vez en el mando del ejército. Obviamente, los sabotajes inconscientes y la estupidez que nos han llevado a esta situación, es decir, la imbecilidad en el manejo de las situaciones de Italia y España, es harina de otro costal. R. H.^[30] dice que los soldados rasos que regresaron de Dunkerque, al menos aquéllos con los que ha conversado, se quejan del comportamiento de sus oficiales, y dicen que éstos se largaron en vehículos y los dejaron atorados en el barro, etc. Es la clase de cosas que siempre se dicen tras una derrota, y que pueden ser ciertas o no. Se podría verificar estudiando las listas de las víctimas, si es que alguna vez se publican por extenso. Pero tampoco es del todo negativo que se diga una cosa así, siempre y cuando no conduzca a un pánico repentino, debido a la absoluta necesidad que existe de poner toda la cuestión sobre un nuevo fundamento de clase. En los nuevos ejércitos, la clase media, por fuerza, ha de ser la predominante, sobre todo entre los oficiales, como sucedió incluso en las milicias españolas, aunque es cuestión de limar el elemento reaccionario. Lo mismo en los LDV. Bajo la presión de una situación de emergencia, procederemos a limar ese elemento reaccionario si tenemos tiempo, aunque el tiempo es crucial.

Una idea que se me ocurrió ayer: ¿cómo es que Inglaterra, con uno de los ejércitos menos numerosos del mundo, tiene a tantos coroneles en la reserva?

Me he fijado en que todos los intelectuales “de izquierdas” a los que conozco creen que Hitler, si llega aquí, se tomará la molestia de fusilar a todas las personas como nosotros, y que publicará listas muy extensas de indeseables. C.^[31] dice que se ha propuesto la iniciativa de destruir todos los antecedentes policiales nuestros que tengan archivados en Scotland Yard (pues no cabe duda de que todos tenemos expediente abierto). ¡Vaya esperanza! La policía es precisamente el grupo que se acercará a Hitler tan pronto tenga la certeza de que ha ganado. En fin, si al menos pudiéramos resistir durante unos meses, en cuestión de un año veremos a los milicianos rojos alojados en el Ritz, y entonces no me extrañaría absolutamente nada ver a Churchill o a Lloyd George al frente de esa milicia.

Pienso siempre en mi isla de las Hébridas, que supongo que nunca poseeré y nunca llegaré a ver. Dice Compton Mackenzie que incluso ahora la mayoría de las islas están deshabitadas (hay unas quinientas, y sólo el diez por ciento de ellas está ocupado), y disponen de agua y de algo de tierra cultivable. Sería fácil que las cabras viviesen en ese terreno. Según R. H., una mujer que alquiló una isla en las Hébridas para evitar los ataques

aéreos fue, de hecho, la primera víctima, pues la RAF dejó caer allí una bomba por error. Si es cierto, es muy bueno.

El primer ataque aéreo de cierta importancia sobre Gran Bretaña tuvo lugar anteanoche. Catorce muertos, siete aviones alemanes derribados al parecer. En los periódicos hay fotos de tres aparatos alemanes destruidos, de modo que es posible que lo que se dice sea cierto.

21 de junio

No hay noticias de verdad. Por el periódico de ayer, veo que Chiappe^[32] ha sido elegido presidente del Consejo Municipal de París; es de suponer que por la presión de los alemanes. Hasta ahí podía llegar la afirmación de que Hitler sea el amigo de la clase obrera, el enemigo de la plutocracia, etcétera.

Ayer, primeros ejercicios de nuestro batallón de los LDV. Estuvieron admirables. Sólo tres o cuatro del total (de unos sesenta) no eran soldados veteranos. Algunos oficiales que estuvieron presentes, y que vinieron, creo yo, a burlarse, quedaron bastante impresionados.

22 de junio

No hay aún noticias fidedignas sobre los términos de paz propuestos por los alemanes a Francia. Se dice que son “tan complicados” que se necesitarán largas discusiones. Supongo que se puede dar por hecho que lo que en realidad sucede es que los alemanes, por un lado, y Pétain y compañía, por el otro, van a tratar de idear una fórmula que obligue a los comandantes franceses de las colonias y de la Marina a la rendición incondicional. Hitler en realidad no tiene ningún poder sobre ellos, si no es por medio del gobierno francés. [...] Creo que todos hemos sido víctimas de las prisas excesivas al suponer que Hitler ahora invadiría Inglaterra; de hecho, era tan generalizada esa expectativa que casi cabría inferir de esta situación que no vaya a hacerlo. [...] Si estuviera en su pellejo, yo atravesaría España, me apoderaría de Gibraltar y limpiaría el Norte de África y Egipto. Si los británicos tienen, digamos, unos efectivos reales de un cuarto de millón de hombres, lo apropiado sería transferirlos al Marruecos francés, apoderarse de improviso del Marruecos español e izar allí la bandera republicana. El resto de las colonias españolas se podría conseguir sin demasiado esfuerzo. Por desgracia, no hay ninguna esperanza de que tal cosa suceda.

Parece que los comunistas vuelven a propugnar una postura antinazi. Esta mañana encontré un folleto en el que denuncian la “traición” a Francia, de Pétain y compañía, aunque, hasta hace una semana, poco más o menos, eran abiertamente progermanos.

24 de junio

Los términos del armisticio alemán son como cabía esperar. [...] Lo interesante de todo esto es cómo se viene abajo el patrón tradicional de las lealtades y el honor. Es sumamente irónico que sea Pétain quien acuñó (en Verdún) la expresión *Ils ne passeront pas*, que, desde hace tanto, ha sido un eslogan antifascista. Hace veinte años, cualquier francés que hubiera firmado un armisticio como ése habría tenido que ser o un extremista de izquierdas o un extremista del pacifismo, e, incluso, así habría dado pie a no pocos

recelos. Ahora, las personas que virtualmente cambian de bando en medio de la guerra son los patriotas profesionales. A Pétain, Laval, Flandin y compañía, la totalidad de la guerra ha tenido que parecerles una especie de lucha intestina de lunáticos en el momento en que el verdadero enemigo estaba a la espera de hacerles fosfatina. [...] Es, por tanto, prácticamente seguro que las influencias en las altas esferas de Inglaterra se estén preparando para una capitulación similar, y mientras, por ejemplo, X esté en Y, no hay la menor certeza de que no tengan éxito en el empeño, incluso, sin proceder a la invasión de Inglaterra. Lo único bueno de todo este asunto es que, al menos, deja de tener sentido la ficción de que Hitler sea amigo de los pobres. Los que en realidad están deseosos de cerrar el trato con él son los banqueros, los generales, los obispos, los reyes, los magnates de la industria, etc. [...] Hitler encabeza un tremendo contraataque por parte de la clase capitalista, que está conformando una inmensa corporación, perdiendo sus privilegios en cierta medida, aunque aún conservará el poder sobre la clase obrera. Cuando llegue la hora de resistir a un ataque así, todo el que pertenezca a la clase capitalista ha de ser traidor o traidor a medias, y se tragará las indignidades más terribles antes que presentar batalla de veras. [...] No importa a dónde mire uno, ya sean los aspectos estratégicos de más amplitud, ya sean los detalles más nimios de la defensa local: uno entiende que cualquier lucha de verdad entraña la revolución. Churchill, evidentemente, no puede verlo o no puede aceptarlo, de modo que tendrá que dimitir. Pero que dimita a tiempo de salvar a Inglaterra de la conquista es algo que depende de la rapidez con que el pueblo, en general, pueda comprender lo esencial de todo esto. Lo que me da miedo es que nunca se llegue a movilizar, hasta que ya sea tarde.

Estratégicamente, todo depende de resistir, como sea, hasta el invierno. Para entonces, cuando haya inmensos ejércitos de ocupación por todas partes, los alimentos empezarán a escasear, y la dificultad inherente a cualquier intento de obligar a la población vencida a trabajar pondrá a Hitler en una situación difícil. Será interesante ver, entonces, si rehabilita al Partido Comunista francés, ilegalizado, y trata de emplearlo contra la clase obrera del norte de Francia, tal como utilizó a Pétain contra la clase reaccionaria.

Si se produce la invasión, y fracasa, todo en orden: tendremos, sin duda, un gobierno de izquierdas y un movimiento consciente contra la clase dirigente. Creo, sin embargo, que la gente se equivoca al imaginar que Rusia sería más amiga nuestra si tuviéramos un gobierno revolucionario. Después de España, no puedo dejar de tener la impresión de que Rusia, léase Stalin, por fuerza será hostil a todo país que comience a experimentar una revolución en marcha. Se movilizaría en la dirección opuesta. Una revolución comienza con la amplia difusión de las ideas de libertad, igualdad, etc. Se produce entonces el surgimiento de una oligarquía, a la que tanto interesa retener sus privilegios como a cualquier otra clase dirigente. Tal oligarquía, forzosamente, ha de ser hostil a cualquier revolución que se produzca en otros países, ya que vuelve a despertar las ideas de libertad e igualdad. El *News Chronicle* de esta mañana anuncia que se ha reintroducido obligatoriamente el saludo a los cuadros superiores en el Ejército Rojo. Un ejército revolucionario empezaría por suprimir el saludo, y esa menudencia es sintomática de toda la situación. No es que el saludo y otras cosas por el estilo no sean necesarias, seguramente lo son.

Ordenes a los LDV de entregar todos los revólveres, ya que son necesarios para el ejército. Aferrarse a las armas inútiles, como los revólveres, cuando los alemanes tienen fusiles ametralladores, es típico del ejército británico, pero creo que la auténtica razón de la orden es impedir que las armas puedan caer en manos “indebidas”.

Tanto E. como G. insisten en que me vaya a Canadá si sobreviene lo peor, con el fin de seguir con vida y mantener en marcha la propaganda. Iré, si es que tengo algún cometido, por ejemplo, si el gobierno se desplazara a Canadá y me diera algún trabajo, pero no iré en condición de refugiado, de periodista exiliado, a protestar desde una distancia segura. Ya son demasiados los exiliados “antifascistas”. Es mejor morir, si no queda más remedio, e, incluso, es posible que, como propaganda, la muerte de uno tenga más utilidad que el irse al extranjero y vivir, más o menos como un indeseado, de la caridad ajena. No es que quiera morir, claro: tengo mucho por lo que vivir, a pesar de la mala salud y de no tener hijos.

Otro panfleto del gobierno, esta mañana, sobre el tratamiento de las víctimas de los bombardeos. Los panfletos mejoran visiblemente en cuanto al tono y el lenguaje, y las emisiones radiofónicas también son mejores, sobre todo las de Duff Cooper, que, de hecho, son ideales para todo aquél con ingresos por debajo de las cinco libras semanales. Pero sigue sin haber todavía nada en una lengua popular, nada que movilice a los pobres, a la clase obrera, o que sea de veras inteligible. La mayoría de las personas cultas, lisa y llanamente, no se percatan de la mínima impresión que las palabras abstractas causan en el hombre de la calle. Cuando Acland difundió esa pamema de “Manifiesto del hombre sencillo” (escrito por él mismo y firmado sobre la línea de puntos por “hombres sencillos”, escogidos por él mismo), me dijo que su primer borrador había sido vetado por los Observadores de Masas, que lo ensayaron con hombres de la clase trabajadora y descubrieron que daba lugar a fantásticos malentendidos. [...] El primer síntoma de que realmente pasan cosas en Inglaterra será la desaparición de esa voz con acento engolado, de clase alta, de la radio. En los bares públicos he visto que los obreros sólo prestan atención a las emisiones radiofónicas cuando se introduce un pasaje, por breve que sea, en lengua popular. E., en cambio, afirma, creo que con veracidad, que las personas cultas a menudo se dejan conmover más por un discurso en lenguaje solemne, que en realidad no entienden del todo, pero que les resulta impresionante; por ejemplo, a la señora A. le impresionan los discursos de Churchill, aunque no los entiende palabra por palabra.

25 de junio

Ayer noche, aviso de un ataque aéreo, a eso de la una de la madrugada. Fue una falsa alarma en lo que a Londres se refiere, pero es evidente que se produjo un ataque en algún lugar. Nos levantamos y nos vestimos, pero no fuimos al refugio. Es lo que hizo todo el mundo, levantarse y quedarse en vela, charlando, lo cual parece el colmo de la estupidez. Sin embargo, parece natural levantarse cuando se oye la sirena, y a falta de fuego real o de otras emociones, a uno le avergüenza ir al refugio antiaéreo.

Vi en uno de los periódicos de ayer que se han comenzado a distribuir máscaras antigás en Norteamérica, aunque es preciso que el ciudadano pague por ese artículo. Las máscaras antigás probablemente no sirvan de nada a la población civil de Inglaterra. Su distribución no es más que un símbolo de la solidaridad nacional, el primer paso hacia el hecho de llevar uniforme. [...] Tan pronto empezó la guerra, el llevar o no una máscara antigás revistió una serie de implicaciones políticas y sociales. En los primeros días, las personas que, como yo, nos negábamos a llevarla, éramos objeto de miradas y de malas caras; se daba por hecho que quien no la llevaba era “de izquierdas”. Luego, ese hábito dejó de darse, y se consideró que quien llevase máscara antigás era una persona excesivamente cautelosa, del tipo del buen pagador de impuestos residente en el extrarradio. Con las malas

noticias recientes, el hábito vuelve a estar presente; diría que el veinte por ciento de la población las lleva. Pero aún se mira de hito en hito a quien lo hace sin vestir uniforme. Hasta que se hayan producido los grandes bombardeos y se entienda bien que los alemanes no utilizan gas, la medida en la que se lleven máscaras antigás seguirá siendo muy probablemente un buen índice de la impresión que causan en el público las noticias de la guerra.

Fui esta tarde a la oficina de reclutamiento para inscribirme en los batallones del Home Service. He de volver el viernes para el examen médico, pero como está previsto para hombres de treinta a cincuenta años, supongo que no será muy exigente. El hombre que tomó nota de mi nombre era el veterano de costumbre, un imbécil condecorado con medallas de la última guerra, que prácticamente no sabía escribir. Al utilizar mayúsculas, en más de un caso, las puso del revés.

27 de junio

Parece que anteanoche, durante la alarma del ataque antiaéreo, muchos habitantes de todo Londres se despertaron con la sirena que indicaba el fin de la alarma, la tomaron por el aviso, fueron a los refugios y se pasaron la noche entera, hasta que amaneció, a la espera de la sirena que indicase el final de la alarma. Y así ha sido tras diez meses de guerra, y a pesar de sabe Dios cuántas explicaciones acerca de las precauciones a tomar en caso de alarma antiaérea.

El hecho de que en esta ocasión no haya recurrido el gobierno a una campaña de reclutamiento ha tenido un efecto de amortiguación en la propaganda. [...] Una de las cosas más asombrosas es la ausencia de carteles de propaganda, en general, que traten de la lucha contra el fascismo, etc. Si, al menos, alguien mostrase a los responsables del Ministerio de Información los carteles que se utilizaron en la Guerra Civil española, incluso los del bando franquista... Ahora bien: ¿cómo van a arengar esos responsables a la nación en contra del fascismo, cuando ellos mismos son subjetivamente profascistas y estuvieron dándole jabón a Mussolini casi hasta el mismo instante en que Italia entró en la guerra? Butler^[33], al responder a una serie de preguntas sobre la ocupación española de Tánger, dice que el gobierno de Su Majestad ha “aceptado la palabra” del gobierno español, en el sentido de que la ocupación se debe única y exclusivamente a su afán de mantener la neutralidad de Tánger... después de las manifestaciones falangistas en Madrid para celebrar la “conquista” de Tánger. [...] Los periódicos de esta mañana publican un desmentido, en el sentido de que Hoare^[34] en Madrid, esté inquiriendo acerca del armisticio. Dicho de otro modo: es lo que está haciendo. Sólo una pregunta: ¿nos podemos librar de esa gentuza en las próximas semanas, antes de que sea demasiado tarde?

Resulta demasiado obvia la querencia inconsciente de la clase dirigente británica por la traición en lo que es, a todos los efectos, una guerra de clases, tanto que no vale la pena ni reseñarla. Lo difícil es precisar hasta qué punto es intencional esa traición. [...] L. M.^[35], quien conoce, o al menos ha tratado a esa gente, dice que, con excepciones contadas, como es el caso de Churchill, la totalidad de la aristocracia británica es absolutamente corrupta y carece del patriotismo más elemental, y únicamente le importa la preservación de su propio tren de vida. Dice que tienen, además, una muy acendrada conciencia de clase y que reconocen con claridad meridiana la comunión de sus intereses con los de los ricos de cualquier otro país. La idea de que Mussolini puede caer siempre les ha supuesto una pesadilla, dice. Las predicciones de L. M. acerca de la guerra, hechas el día mismo en que

comenzó, han sido muy acertadas. Dijo que no pasaría nada en todo el invierno, que a Italia se le trataría con gran respeto y que de pronto se volvería contra nosotros, y que el objetivo principal de Alemania sería imponer en Inglaterra un gobierno títere, por medio del cual Hitler pudiera gobernar Gran Bretaña sin que la masa de la población entendiera qué estaba pasando. [...] El único punto en el que se equivocó L. M. es que, al igual que yo, dio por hecho que Rusia seguiría colaborando con Alemania, lo cual ahora parece improbable. Pero los rusos probablemente tampoco esperaban que Francia se rindiera tan de súbito. Si se salen con la suya, Pétain y compañía van camino de hacerle tragar a Rusia la misma traición que Rusia previamente le hizo engullir a Inglaterra. Fue interesante que en la época del pacto ruso-germano prácticamente todo el mundo diera por sentado que el pacto entrañaba un cúmulo de ventajas para Rusia, y que Stalin, en cierto modo, había “parado” a Hitler, aunque bastaba con ver el mapa para darse cuenta de que no era así. [...] En Europa Occidental, el comunismo y el extremismo de izquierda son, en general, una mera forma de masturbación, nada más. Las personas que, de hecho, carecen de poder sobre los acontecimientos se consuelan fingiendo que, en cierto modo, ejercen algún control. Desde el punto de vista del comunismo, nada importa, al menos en la medida en que puedan convencerse de que es Rusia la que manda. Ahora mismo parece dudoso que los rusos hayan obtenido del pacto poco más que un margen de maniobra, un simple respiro, aunque es cierto que lo hicieron mucho mejor que nosotros en Munich. Es posible que Inglaterra y la URSS se vean obligadas a formar, a fin de cuentas, una alianza, interesante ejemplo de cómo los intereses reales pasan por encima del odio ideológico más encarnizado.

El *New Leader*^[36] habla ahora de la “traición” de Pétain y compañía y de la “lucha de los obreros” contra Hitler. Es presumible que estén a favor de la resistencia obrera si Hitler invadiera Inglaterra. ¿Y con qué lucharán entonces los obreros? Con armas. Sin embargo, el ILP clama, simultáneamente, por el sabotaje en las fábricas de armamento. Esta gente vive sumida casi por completo en una fantasía masturbatoria, condicionados por el hecho de que nada de lo que diga ni nada de lo que haga influirá nunca en los acontecimientos, ni siquiera el vaciado de un solo proyectil.

28 de junio

Horriblemente deprimido por el desarrollo de los acontecimientos. Esta mañana fui a hacerme el examen médico, y me han rechazado con una clasificación de “C”, dentro de la cual, por el momento, no se admite a ningún hombre en ningún cuerpo del ejército. [...] Lo más abrumador es la falta de imaginación que demuestra un sistema incapaz de encontrar una función de utilidad a un hombre que está por debajo de la media en cuanto a forma física, pero que no es un inválido. Cualquier ejército necesita tramitar una cantidad ingente de papeleo y trabajo burocrático, la mayor parte de la cual la desempeñan personas perfectamente sanas, pero apenas alfabetizadas. [...] Se le podría perdonar al gobierno que no lograra dar empleo a la intelectualidad, que es, en conjunto, políticamente poco fiable, siempre y cuando estuviera realizando un verdadero esfuerzo por movilizar a la mano de obra de la nación y por desplazar a la gente del comercio de artículos de lujo a un trabajo más productivo. Esto es algo que, sencillamente, no sucede. Se ve con pasear por cualquier calle.

Los rusos hoy han entrado en Besarabia. La noticia prácticamente no ha despertado el menor interés. Los pocos comentarios que he llegado a oír eran de vaga aprobación, o, al menos, no del todo hostiles. Vale la pena compararlo con la intensa cólera popular ante la

invasión de Finlandia. No creo que la diferencia se deba a la percepción de que Finlandia y Rumania sean proposiciones distintas. Es, probablemente, porque estamos en una situación desesperada, y por la mera idea de que ese movimiento pueda incomodar a Hitler, tal como creo, sin duda, que le incomoda, aun cuando evidentemente haya dado su visto bueno.

29 de junio

El gobierno británico ha dado su reconocimiento a De Gaulle, aunque, al parecer, de una manera equívoca; esto es, sin proclamar que no va a reconocer al gobierno de Pétain.

Es muy esperanzador que la prensa esté de nuestra parte y conserve su independencia. [...] Pero en ello se contiene la dificultad de que la “libertad” de la prensa realmente signifique que depende de intereses creados y, en gran medida (por medio de los ingresos publicitarios), del comercio de artículos de lujo. Los periódicos que se resistieran a una traición directa no podrían tomar una línea dura acerca del recorte de los lujos, cuando viven gracias a los anuncios de chocolatinas y medias de seda.

30 de junio

Esta tarde, desfile por Regent’s Park de los LDV de toda la “zona”, esto es, doce batallones de, teóricamente, unos sesenta hombres cada uno (en realidad, un poco exiguos por el momento). Predominio de viejos soldados y, dejando a un lado la patética apariencia que siempre presentan los hombres que hacen ejercicios militares vestidos de paisano, nada mal, dentro de lo que cabe. Tal vez, el veinticinco por ciento sea de la clase obrera. Si se da ese porcentaje en la zona de Regent’s Park, tiene que ser mucho más elevado en otras zonas. Lo que todavía no sé es si se ha producido cierta tendencia a evitar el reclutamiento de los contingentes de los LDV en los distritos más empobrecidos, donde toda la dirección tiene que estar en manos de la clase obrera. En este momento, toda la organización se halla en un estado anómalo, confuso, que presenta muy diversas posibilidades. Ya hay gente que, espontáneamente, ha formado escuadrillas para la defensa local, y es probable que los meros aficionados estén fabricando granadas de mano. A los de arriba, sin ninguna duda, tienen que asustarles bastante estas tendencias. [...] El general que inspeccionó el desfile fue el imbécil senil de costumbre, en realidad decrepito, que hizo uno de los discursos de mayor desánimo que nunca he oído. Los hombres, en cambio, estaban más que dispuestos a recibir ánimos. Sonoros vítores ante la noticia de que, por fin, han llegado los rifles.

Ayer, la noticia de la muerte de Balbo^[37] aparecía en los carteles, mientras Connolly y los M. y yo caminábamos por la calle. C. y yo nos mostramos contentos. C. relató cómo Balbo y sus secuaces habían secuestrado al jefe de la tribu de los senussi en un avión y lo habían arrojado al vacío. Ni siquiera así se dieron por contentos los M. (que son pacifistas puros). E. también estaba contenta. Más tarde, durante la velada (pasé la noche en Crooms Hill)^[38], encontramos un ratón que había resbalado en el fregadero y no podía salir por los laterales esmaltados. Nos las vimos y nos las deseamos para improvisar una especie de escalera con cajas de jabón en escamas, etc., por la cual pudiera salir, pero para ese momento estaba tan aterrorizado que se coló bajo el burlete de plomo que remata el fregadero y no se quiso mover de allí, ni siquiera cuando lo dejamos en paz durante una media hora. Al final, E. lo sujetó con suavidad entre los dedos y lo soltó. Esta clase de sucesos no tiene importancia [...], pero cuando recuerdo cómo me afectó el desastre del *Thetis*^[39], hasta el punto de que me trastornó el apetito, de veras creo que uno de los efectos

terribles de la guerra es que alguien se alegre de que un submarino enemigo se ha ido al fondo del mar.

1 de julio

[...] Rumores en los periódicos de hoy: Balbo fue, por lo visto, traicionado por alguien de su propio bando, como en el caso del general Von Fritsch^[40]. Hoy en día, cuando alguien ilustre muere en combate, es inevitable que se hagan estas insinuaciones. En la Guerra Civil española, tal fue el caso de Durruti. Y el del general Mola. Los rumores sobre Balbo se basan en una declaración de la RAF, en el sentido de que nada se sabe del combate aéreo en el que presuntamente perdió la vida Balbo. Si es mentira, y bien puede serlo, es uno de los primeros golpes realmente buenos que ha dado la propaganda británica.

3 de julio

Por todas partes, una sensación que raya en la desesperanza entre las personas con dos dedos de frente, debido a la incapacidad de actuar que manifiesta el gobierno y a la continuidad de los botarates y los profascistas en los puestos de mando. Creciente reconocimiento de que lo único que, sin duda, enderezaría la situación sería un intento de invasión que fracasara; emparejado con ello, un miedo creciente de que Hitler, a fin de cuentas, no intente llevar a cabo la invasión y que ponga sus miras en África y Oriente Próximo.

5 de julio

La casi absoluta falta de bajas británicas en la acción contra los barcos de guerra franceses, en Orán, deja bastante claro que los marinos franceses debieron de negarse a usar las armas, o que, al menos, lo hicieron sin demasiado entusiasmo. [...] A pesar del ruido que se ha hecho en los periódicos a cuenta de que “la flota francesa está fuera de combate”, etc., parece claro, por la lista de barcos que se ha publicado, que no se tiene en cuenta a la mitad de la flota francesa, y no cabe duda de que se olvida más de la mitad de los submarinos. En los periódicos nada se dice sobre los que hayan podido caer en manos alemanas o italianas, ni sobre los que aún sigan en el océano, ni cuántos son. [...] El espeluznante estallido de furia de la radio alemana (si la información es veraz, de hecho se hizo un llamamiento al pueblo británico para que ahorcarse a Churchill en Trafalgar Square) demuestra lo acertado de la iniciativa.

10 de julio

Han inutilizado el acorazado francés *Richelieu*, que se encontraba en el puerto de Dakar. Pero no se ha hecho nada para tomar ninguno de los puertos franceses del África Occidental, que, sin duda, no estarán demasiado defendidos. [...] Según Vernon Bartlett^[41], los alemanes van a firmar la paz sobre las bases que ya predije, es decir, que Inglaterra se mantenga al margen de Europa a cambio de conservar el Imperio, y que el gobierno de Churchill deje paso a un gobierno aceptable para Hitler. La presunción es que existe en Inglaterra una facción ansiosa de formalizar este acuerdo; no cabe ninguna duda de que ya se ha formado un gabinete en la sombra. Parece casi increíble que alguien sea capaz de

imaginar siquiera que la masa de la población toleraría un acuerdo de esas características, a no ser que antes hayan luchado hasta quedar la situación en un punto muerto. [...] Al duque de Windsor lo han largado dándole el cargo de gobernador de las Bahamas, lo cual es prácticamente una condena al exilio. [...] El libro que acaba de publicar Gollancz, *Guilty Men* [Los culpables], la acusación al uso contra los que participaron en las componendas de Munich, se está vendiendo como rosquillas. Según *Time*, los comunistas americanos trabajan hombro con hombro con los nazis americanos para impedir que lleguen a Inglaterra armas de fabricación estadounidense. No se puede estar seguro de la libertad de acción local que puedan tener los distintos comunistas. Hasta hace muy poco, la impresión es que no tenían ninguna. Últimamente, sin embargo, a veces han iniciado una política contradictoria en los distintos países. Es posible que tengan permiso para abandonar la “línea oficial” cuando el plegarse estrictamente a ella signifique la extinción.

16 de julio

No hay noticias reales, con la excepción de la semi rendición del gobierno británico ante Japón, es decir, el acuerdo del cese de envíos de material bélico por la ruta de Birmania al menos durante un periodo estipulado. Sin embargo, no es algo tan definitivo que no pueda revocarlo un gobierno posterior. E opina que es el último cartucho del gobierno británico (es decir, el último cartucho de quienes tienen inversiones en Hong Kong, etc.) para contemporizar con Japón, tras lo cual se verán definitivamente obligados a prestar su apoyo a China. Quizá sea así. Pero... vaya una manera de hacer las cosas, por no hablar de la renuncia a llevar a cabo una acción decente hasta que no quede más remedio, cuando ya el resto del mundo habrá dejado de creer que se obra por motivos sinceros.

W. dice que la intelectualidad “izquierdista” de Londres es ahora absolutamente derrotista, que entiende que la situación es desesperada, que todos aspiran a que se produzca la rendición. ¡Qué fácil habría sido prever, a la vista de cómo se desgañitaron con el Frente Popular, que se vendrían abajo en cuanto empezase el baile en serio!

22 de julio

No hay noticias reales desde hace varios días. El principal acontecimiento del momento es el Congreso Panamericano, que acaba de comenzar, y la absorción de los Estados bálticos por parte de Rusia, que ha de estar dirigida contra Alemania. La mujer y las hijas de Cripps irán a Moscú, de modo que es evidente que cuenta con pasar allí una larga temporada. Se dice que España ha comenzado a importar petróleo en grandes cantidades, obviamente, para su uso por parte de los alemanes, y nosotros no vamos a impedirlo. Muchas tonterías en el *News Chronicle* de esta mañana sobre el deseo que tiene Franco de no entrar en la guerra, sus intentos por contrarrestar la influencia alemana, etc. [...] Será tal como dije: Franco pondrá en pie su ficción de ser probritánico, esta actitud se utilizará como motivo para tratar a España con amabilidad, para permitir sus importaciones en cualquier cantidad desmedida, y, al final, Franco se pondrá de parte de los alemanes.

25 de julio

No hay noticias, la verdad. [...] Las personas que han enviado a sus hijos a Canadá empiezan a arrepentirse. [...] Las bajas, me refiero a las víctimas mortales, en los ataques

aéreos del último mes, al menos según se dice, son trescientas cuarenta. De ser cierto, es un número sustancialmente inferior al número de muertos en accidentes de tráfico durante el mismo periodo. [...] Los LDV, que ahora, al parecer, cuentan con un millón trescientos mil efectivos, han suspendido el reclutamiento, y van a ser rebautizados como Home Guard. Se rumorea que quienes actúan como suboficiales serán reemplazados por hombres del ejército regular. Esto parece indicar que las autoridades comienzan a tomarse en serio a los LDV, en calidad de fuerza de choque, o bien que les atemoriza su existencia.

Hay rumores de que Lloyd George sería el Pétain potencial de Inglaterra. [...] La prensa italiana afirma lo mismo, y señala que el silencio de L. G. demuestra que es cierto. Obviamente, es bastante fácil imaginar a L. G. en ese papel por puro rencor y por celos, porque no se le dio un cometido apropiado, pero es mucho menos fácil imaginarlo colaborando con la camarilla de los conservadores que, de hecho, podría estar a favor de semejante moción.

Constantemente, cuando voy por la calle, me sorprendo mirando a las ventanas, por ver en cuál podría instalarse un buen nido de ametralladoras. D. dice que le pasa lo mismo.

28 de julio

Esta tarde vi una garza sobrevolando Baker Street. Pero no es tan inverosímil como lo que vi hace una o dos semanas, esto es, un cernícalo matando a un gorrión en medio del campo de críquet de Lord's. Supongo que es posible que la guerra, con la disminución del tráfico, tienda a incrementar la presencia de aves en el centro de Londres.

El hombrecillo, de cuyo nombre nunca me acuerdo, conocía, por lo visto, a Joyce^[42], de la facción escindida del partido fascista, al que comúnmente se llama Lord Ja-Ja. Dice que Joyce odiaba a Mosley^[43] con todas sus fuerzas, y que hablaba de él en términos imposibles de reproducir por escrito. Siendo Mosley el principal partidario de Hitler en Inglaterra, es interesante que éste se fiara de Joyce, y no de uno de los hombres de Mosley. Esto confirma lo que decía Borkenau, a saber, que Hitler no quiere que exista en Inglaterra un partido fascista demasiado fuerte. Es evidente que el motivo no es otro que dividir siempre, e, incluso, dividir a los ya escindidos. La prensa alemana ataca ahora al gobierno de Pétain, no está absolutamente claro con qué intenciones, e igual actúan los elementos de la prensa francesa controlados por los alemanes. Doriot^[44], cómo no, está ahí en primer plano. Me llevé un buen susto cuando el *Sunday Times* afirmó, también, que los alemanes de París están utilizando a Bergery^[45]. Pero lo admito con cautela, sabedor de que esos pequeños partidos de izquierdas, disidentes, son habitualmente pasto de las mentiras de los estamentos oficiales, derechistas e izquierdistas, por igual.

8 de agosto

Ha comenzado el ataque de los italianos contra Egipto o, más bien, contra la Somalia británica. Todavía no hay noticias reales, pero los periódicos insinúan que Somalia no se puede defender con las tropas que allí tenemos. Lo importante es Perim, cuya pérdida supondría en la práctica el cierre del mar Rojo.

H. G. Wells conoce bien a Churchill y dice que es un buen hombre, no un mercenario, y menos aún un ambicioso arribista. Siempre ha vivido “como un comisario ruso”, “requisa” sus automóviles, etc., pero no da ninguna importancia al dinero. En cambio, __ dice que Churchill tiene, en cierta medida, el poder de cerrar los ojos ante

determinadas realidades, y tiene la debilidad de no querer decepcionar nunca a un amigo personal, lo cual explica que no les haya dado la patada a unos cuantos. ___ ya ha armado un escándalo considerable sobre la persecución de los refugiados. Considera que el centro de todos los sabotajes está en el Ministerio de la Guerra. Cree que el encarcelamiento de ciertos refugiados antifascistas es una muestra de sabotaje plenamente consciente, basado en el conocimiento de que algunas de esas personas mantienen contacto con determinados movimientos clandestinos de Europa, y podrían en algún momento ser capaces de precipitar una revolución “bolchevique”, lo cual, desde el punto de vista de la clase dirigente, es mucho más grave que la derrota. Dice que lord S ___ es el hombre sobre cuyos hombros recae la mayor parte de la culpa. Le pregunté si consideraba que era un acto consciente por parte de lord S ___, lo cual siempre resulta lo más difícil de decidir. Dijo que, a su saber y entender, lord S ___ sabe perfectamente qué está haciendo.

Esta noche, una conferencia con filminas, impartida por un oficial que estuvo en la campaña de Dunquerque. Pésima conferencia. Dijo que los belgas combatieron bien, que no era cierto que se hubieran rendido sin previo aviso (avisaron con tres días de antelación), pero habló mal de los franceses. Tenía una fotografía de un regimiento de zuavos en plena desbandada, tras dedicarse al pillaje en varias casas, con un hombre borracho como una cuba y tirado en plena acera.

9 de agosto

Mi situación pecuniaria empieza a ser insostenible. [...] Escribí una larga carta a la gente del impuesto de la renta, señalando que la guerra prácticamente había puesto fin a mi manera de ganarme la vida, al mismo tiempo que el gobierno se niega a darme ninguna clase de trabajo. El hecho de veras relevante en la situación de un escritor, esto es, la imposibilidad de escribir libros mientras esta pesadilla siga desarrollándose, no tendrá ningún peso en términos oficiales. [...] Hacia el gobierno no puedo sentir escrúpulos, y, si pudiera, dejaría de pagar el impuesto de la renta. En cambio, daría mi vida por Inglaterra ahora mismo si me pareciera necesario. Nadie puede ser patriota en materia de impuestos.

No hay noticias reales desde hace varios días. Sólo batallas aéreas que, si los informes no mienten, son muy favorables a los británicos. Ojalá pudiera hablar con un oficial de la RAF para hacerme a la idea de la verdad que puedan contener esos informes.

16 de agosto

Las cosas, evidentemente, van muy mal en Somalia, que es una mera operación en un flanco del ataque contra Egipto. Enormes batallas aéreas sobre el Canal de la Mancha, y, en caso de que los informes se acerquen a la verdad de los hechos, tremendas pérdidas por parte de los alemanes. Por ejemplo, ayer se habló de ciento cuarenta y cinco aparatos derribados. [...] A la gente del centro de Londres no le iría mal un bombardeo para que aprendan a comportarse. En la actualidad, la conducta de todo el mundo es sumamente idiota. Todo, salvo el transporte, se suspende, aunque no se toman precauciones. Durante los primeros quince segundos cunde una gran alarma, suenan los silbatos, se grita a los niños para que se metan en las casas, pero, acto seguido, la gente empieza a congregarse en la calle y escruta el cielo, a la expectativa. De día, al parecer, a todo el mundo le da vergüenza ir a los refugios mientras no se oiga el estruendo de las bombas.

El martes y el miércoles, dos días gloriosos en Wallington^[46]. Ni un periódico, ni

una alusión a la guerra. Estaban segando la avena, sacamos a Marx^[47] los dos días para que ayudase a espantar a los conejos, en lo que éste demostró una velocidad inesperada. Todo aquello me devolvió de cabeza a mi niñez, quizás el último pedazo de esa clase de vida que nunca más pueda disfrutar.

19 de agosto

Uno de los rasgos característicos de los ataques aéreos es la credulidad extrema de casi todo el mundo, cuando se trata de los daños causados en lugares alejados. George M. llegó hace poco de Newcastle, que en general se considera que ha sido seriamente bombardeada, y nos dijo que los daños no eran como para tenerlos demasiado en cuenta. Por otra parte, llegó con la suposición de que vería un Londres hecho pedazos, y lo primero que preguntó a su llegada fue “si lo habíamos pasado muy mal”. Es fácil ver cómo la gente, en sitios tan lejanos como Norteamérica, bien pueden creer que Londres arde por los cuatro costados, que Inglaterra se muere de hambre, etc., y, al mismo tiempo, todo esto plantea la presunción de que nuestros ataques sobre Alemania occidental han sido mucho menos efectivos de lo que se informa.

20 de agosto

Los periódicos ponen la mejor cara posible a la retirada de Somalia, que es, pese a todo, una derrota grave, la primera pérdida de territorio británico desde hace siglos. [...] Es una lástima que los periódicos (al menos el *News Chronicle*, que es el único que he visto hoy) se muestren tan resueltos al considerar que la noticia es buena. Podría haber sido el arranque de otra agitación que hubiera servido para largar del gobierno a unos cuantos botarates.

Quejas entre los Home Guards, ahora que los ataques aéreos empiezan a ser más frecuentes, porque los centinelas no tienen cascos reglamentarios. Explicación del general Macnamara, quien asegura que al ejército regular aún le faltan trescientos mil cascos. Y esto, tras casi un año de guerra.

22 de agosto

La prensa de Beaverbrook, en comparación con los titulares que he visto en otros periódicos, parece quitar hierro a la idea de que el asesinato de Trotski lo llevara a cabo la GPU. De hecho, el *Evening Standard* de hoy mismo, que contiene varios artículos distintos sobre Trotski, no mencionaba siquiera esta idea. No cabe duda de que aún tienen un ojo pendiente de Rusia y quieren aplacar a los rusos a toda costa, a pesar de las tiras cómicas de Low^[48]. Pero por debajo de esto podría haber una maniobra mucho más sutil. No cabe duda de que los responsables del *Evening Standard* y de su actual postura prorrusa son astutos, cuando menos, lo suficiente para saber que la “línea” del Frente Popular no es ni mucho menos la manera más segura de forjar una alianza con Rusia. Pero también saben que la masa de la oposición izquierdista inglesa todavía da por sentado que sólo con una política plena y decididamente antifascista cabe la posibilidad de alinear a Rusia de nuestro lado. Hacerle el juego a Rusia, por tanto, es una manera de inclinar a la opinión pública hacia la izquierda. Es curioso que siempre termine por atribuir esos motivos esquivos a otras personas, cuando yo soy cualquier cosa menos astuto, y descubro que me cuesta un gran

trabajo emplear métodos indirectos, aun cuando me parezcan necesarios.

Hoy, en Portman Square, he visto un coche de punto de dos ejes, francamente en buen estado, con un buen caballo y un cochero del estilo de los de antes de 1914.

23 de agosto

Esta madrugada, aviso antiaéreo a las tres. Me levanté, miré la hora, me sentí incapaz de hacer nada y me volví a meter en la cama. Se habla de modificar el sistema de alarmas, y tendrán que hacerlo, si pretenden que cada alarma no cueste miles de libras en tiempo perdido, falta de sueño, etc. El hecho de que en la actualidad la alarma suene en una zona muy extensa, cuando los aviones alemanes operan sólo en una reducida parte de ella, significa no sólo que se despierte innecesariamente a muchas personas, o que se les haga salir de sus trabajos, sino que también se extiende la impresión de que cualquier alarma antiaérea será siempre falsa, lo cual es evidentemente peligroso.

He recibido mi uniforme de la Home Guard después de dos meses y medio.

Ayer noche fui a una charla del general __, que tiene a su mando a un cuarto de millón de hombres. Dijo que llevaba cuarenta y un años en el ejército. Estuvo en la campaña de Flandes, y no cabe duda de que fue *limogé* por incompetente. Abundó en que la Home Guard era una fuerza defensiva puramente estática, y dijo de manera despectiva y muy marcada que no veía que sirvieran de nada nuestras prácticas para cubrarnos en caso de ataque, “reptando por ahí con la panza pegada al suelo”, etcétera, evidentemente como puyazo a la escuela de adiestramiento de Osterley Park^[49]. Nuestro cometido, dijo, es morir en nuestros puestos. También se explayó a sus anchas sobre la práctica con bayonetas, e insinuó que la jerarquía del ejército regular, con saludos, etc., se introduciría pronto en las filas. [...] Estos desgraciados reaccionarios, vejestorios, obviamente alelados y seniles, y degenerados en todo lo que no sea valor físico, son meramente patéticos por sí solos. Uno les tendría lástima si no fuese porque se nos cuelgan del cuello como si fuesen piedras de molino. La actitud jerárquica en esas presuntas charlas para infundir ánimo a los voluntarios, esa ansiedad por mostrar entusiasmo, esa presteza a dar vítores, a reír con cualquier chiste, a pesar de lo cual se siente casi en todo momento que algo no va nada bien, siempre me parece patética. Casi ha llegado la hora en la que uno tendría que plantarse en el estrado, sin miramientos, y decirles que se han echado a perder, que estamos perdiendo la guerra, y por culpa de quién, y que ya va siendo hora de que barran al reaccionario que llevan dentro y lo tiren a la basura de una vez. Cuando los veo atentos a una de estas charlas tan necias, siempre recuerdo el pasaje de los Cuadernos de Samuel Butler, en el que habla de un ternero al que una vez vio comer estiércol. No era capaz de decidir si aquello le gustaba o no, y todo lo que necesitaba era una vaca un poco más experimentada que le diera un empujón con el cuerno, tras lo cual habría recordado de por vida que no es bueno comer estiércol.

Ayer se me ocurrió pensar cómo irá adelante el Estado ruso sin Trotski, cómo se las apañarán los comunistas de cualquier otro país, porque lo más probable es que tengan que inventarse a alguien que lo sustituya.

26 de agosto

(Greenwich). El ataque del día 24 fue el primero que se ha producido sobre Londres por lo que a mí se refiere, esto es, el primero en el que oí las explosiones. Estábamos

sentados a la entrada cuando cayeron las bombas en la dársena de East India. En los periódicos del domingo no se dijo nada sobre el bombardeo de la dársena, de modo que es evidente que lo ocultan cuando se alcanzan objetivos importantes. Fue un estrépito fuerte, pero no alarmante, y no causó la impresión de que temblase la tierra, de modo que es de suponer que no son bombas de gran peso las que están arrojando. Recuerdo las dos bombas grandes que cayeron cerca de Huesca, cuando estaba en el hospital en Monflorite. La primera, a unos cuatro kilómetros, armó un ruido terrible, retemblaron las casas, y salimos todos corriendo de las camas, alarmados. Tal vez fuera una bomba de dos mil libras [*sic*], y las que ahora arrojan sean sólo de quinientas libras.

29 de agosto

Las alarmas antiaéreas de las tres últimas noches han ascendido a un total de unas dieciséis o dieciocho horas. [...] Está perfectamente claro que estas incursiones nocturnas aspiran a ser, sobre todo, un incordio, y mientras se siga dando por hecho que al sonar la sirena todo el mundo ha de correr a los refugios, a Hitler le basta con enviar a sus escuadrillas de media docena en media docena para robar a la gente sus horas de sueño, para dejar en suspenso el trabajo, y seguir así hasta el infinito. De todos modos, esta idea ya empieza a erosionarse. [...] Por vez primera en veinte años, he oído a los revisores de los autobuses tratar con descortesía a los pasajeros y les he visto perder los estribos. Por ejemplo, la otra noche, una voz en la oscuridad: “¿Quién lleva este autobús, señora? ¿Usted o yo?”. Me devolvió de cabeza a la última guerra.

[...] E. y yo hemos prestado la mínima atención posible a los ataques aéreos, y yo he tenido la sincera impresión de que no tenían por qué causarme la menor preocupación, a no ser por la desorganización que provocan. Esta mañana, en cambio, al dormir un par de horas, como hago siempre que regreso después de una guardia, he tenido un sueño muy desagradable, en el que una bomba cae muy cerca y me llevo un susto de muerte. Vale la pena compararlo con el que tenía, a menudo, al final del tiempo que pasamos en España, consistente en hallarme en un campo, a descubierto, y con bombas de mortero cayendo a mi alrededor.

31 de agosto

Avisos antiaéreos, de los que ahora hay una media docena cada veinticuatro horas. Empieza a ser un aburrimiento. Se extiende con rapidez la opinión de que uno tendría sencillamente que hacer caso omiso de los ataques, salvo cuando se sepa que son bombardeos a gran escala y en la zona en que se encuentre. De los transeúntes que he visto pasear por Regent's Park, diría que al menos la mitad no hace caso de los avisos antiaéreos. [...] Ayer noche, cuando nos íbamos a acostar, una explosión potente. Más entrada la noche, desperté con un estrépito tremendo, que, al parecer, causó una bomba en Maida Vale. E. y yo sólo comentamos el ruido y nos volvimos a dormir. Al conciliar el sueño con la vaga impresión de que se oían disparos de artillería antiaérea, me encontré, mentalmente, de nuevo en la Guerra Civil española, en una de aquellas noches en las que uno tenía un buen jergón de paja donde dormir, los pies secos, varias horas de descanso por delante y el ruido del fuego graneado a lo lejos, que actúa como soporífero, siempre y cuando esté, de verdad, lejos.

1 de septiembre

Hace poco compré una gorra militar. [...] Parece ser que las gorras de este tipo de la talla siete son muy difíciles de encontrar. Por lo que se ve, cuentan con que todos los soldados tengan la cabeza pequeña. Esto cuadra con el comentario que le hizo uno de los de arriba a R. R.^[50] estando en París, cuando quiso alistarse en el ejército: “Dios mío, ¿no pensará usted que queremos colocar a hombres inteligentes en el frente, verdad?”.

Todos los uniformes de la Home Guard están hechos con un cuello de veinte pulgadas. [...] Las tiendas empiezan a beneficiarse de la Home Guard: en los escaparates, camisas caquis, etc., a precios fantásticos, con carteles que indican “aptas para la Home Guard”. Igual que en Barcelona, en los primeros días, cuando estaba de moda ser miliciano.

3 de septiembre

Ayer conversé con la señora C., que acaba de venir de Cardiff. Allí, los bombardeos han sido casi continuos, y, por fin, se llegó a la conclusión de que el trabajo en los muelles tenía que realizarse con ataques o sin ellos. Casi inmediatamente después, un avión alemán logró colar una bomba exactamente en la bodega de un barco, y, según el relato de la señora C., “hubo que sacar en cubos los restos” de los siete trabajadores que estaban dentro. Se declaró de inmediato una huelga en los muelles, tras la cual, reanudaron las prácticas para ponerse a cubierto, en caso de ataques. Éstas son las cosas que no salen en los periódicos. Ahora se afirma por todas partes que las víctimas de los bombardeos más recientes, como el de Ramsgate, se han minimizado en los informes oficiales, lo cual indigna notablemente a los lugareños, a quienes no puede hacerles ninguna gracia leer que “los daños han sido insignificantes”, cuando han muerto cien personas, etc. Me gustaría ver las cifras de víctimas que se dan de este mes de agosto. Yo diría que unas dos mil al mes es una cifra cercana a la verdad, pero disimularía cantidades mayores.

Michael estima que en su fábrica de prendas de vestir, que es evidentemente una fábrica pequeña, de propiedad individual, el tiempo perdido por los ataques aéreos ronda un coste de unas cincuenta libras a la semana.

7 de septiembre

Las alarmas antiaéreas son ahora frecuentes y duran tanto que la gente, por lo común, olvida dónde se ha dado la alarma, o si ya ha sonado la sirena que señala el final. El ruido de las bombas y las ametralladoras, salvo cuando suena muy cerca (es decir, en un radio inferior a tres kilómetros), se acepta ya como un trasfondo normal para dormir o conversar. Todavía no he oído estallar una bomba con ese ruido que a uno le hace sentir que está personalmente implicado en la explosión.

En su discurso, Churchill dio la cifra de mil setenta y cinco muertos durante los bombardeos del mes de agosto. Aun cuando sea verdad, probablemente se queda corta, ya que sólo se refiere a las víctimas civiles. [...] El secretismo oficialmente impuesto sobre los bombardeos es extraordinario. Los periódicos de hoy informan de que cayó una bomba en una plaza “del centro de Londres”. Imposible averiguar qué plaza ha sido, aunque deben de saberlo miles de personas.

10 de septiembre

No puedo escribir mucho sobre la demencia de los últimos días. No es tanto que los bombardeos sean preocupantes por sí mismos, cuanto que la desorganización del tráfico, las frecuentes dificultades para usar el teléfono, el cierre de las tiendas cada vez que se anuncia un bombardeo, etc., combinado todo ello con la necesidad que cada cual tiene de seguir adelante con su trabajo ordinario, causan una fatiga notable y convierten la vida misma en una lucha constante para recuperar el tiempo perdido. [...]

Las bombas de efecto retardado son una gran molestia, aunque parece que, por el momento, consiguen encontrarlas casi todas y proceder a la evacuación de los vecinos hasta que estallen. Por todo el sur de Londres vagan, sin rumbo, pequeños grupos de personas con aspecto desconsolado, con sus maletas y sus hatillos, bien porque han perdido sus hogares o, en la mayoría de los casos, porque los han expulsado de sus casas las autoridades, debido a una bomba que no ha explotado. [...]

La mayor parte de la pasada noche estuve en el refugio público, empujado allí por los silbatos constantes y el estrépito de bombas no muy lejanas, a intervalos de un cuarto de hora más o menos. Pavorosa incomodidad debida a la excesiva ocupación de un espacio reducido, aunque estaba bien provisto, con luces eléctricas y ventiladores. La gente, casi todos viejos de clase obrera, farfullaban con amargura, quejándose de la dureza de los asientos y de la duración de la noche, aunque nadie dijo nada derrotista. [...]

Ahora se ve a la gente ya al anochecer haciendo cola en las puertas de los refugios con sus almohadas y mantas. Quienes llegan primero se apropian de sitios en el suelo, y es probable que pasen una noche relativamente decente. Al margen de los ataques diurnos, las horas de los bombardeos suelen ser, habitualmente, entre las ocho de la tarde y las cuatro y treinta de la madrugada, es decir, desde que anochece hasta antes que amanezca.

Yo diría que tres meses de bombardeos continuos, con la misma intensidad de los de las últimas cuatro noches, terminarían por hundir la moral de todo el mundo, pero es dudoso que alguien pueda mantener un ataque a tal escala durante tres meses seguidos, sobre todo cuando sufre en gran medida lo mismo.

12 de septiembre

En cuanto comenzaron en serio los bombardeos, fue notable que la gente se mostrase mucho más propensa que antes a hablar con desconocidos en plena calle. [...] Esta mañana me encontré con un joven de unos veinte años, con un mono de trabajo sucio, quizás mecánico en un garaje. Muy amargado, muy derrotista. Horrorizado por la destrucción que había visto en el sur de Londres. Dijo que Churchill había visitado la zona bombardeada, cerca de Elephant & Castle, y en una manzana, en la que veinte de un total de veintidós viviendas habían sido arrasadas, comentó que “no era tan grave”. El joven: “Yo le habría retorcido el maldito pescuezo si me lo hubiera dicho a mí”. Era pesimista sobre la guerra, pensaba que Hitler va a ganar con toda seguridad, y que reducirá Londres a un estado muy semejante al de Varsovia. Habló con amargura de las personas que se han quedado sin casa en el sur de Londres, y respaldó con entusiasmo mi idea de que las casas vacías del West End deberían requisarse para darles alojamiento. Consideró que todas las guerras se libran en beneficio de los ricos, pero estuvo de acuerdo conmigo en que ésta probablemente terminará en una revolución. A pesar de todo esto, no lo encontré antipatriótico. Parte de sus protestas se debía a que en los últimos seis meses ha intentado en cuatro ocasiones alistarse en la Fuerza Aérea, y siempre lo han rechazado.

Esta noche, y ayer por la noche, han probado un nuevo sistema para mantener un fuego de artillería antiaérea constante, aparentemente disparando a ciegas, o guiándose por el ruido de los aviones, aunque supongo que tendría que existir alguna clase de detector sonoro que estimara la altitud a la que convendría que estallasen las cargas. [...] El ruido es tremendo, casi continuo, pero no me importa, pues me puede la sensación de que está de mi parte. Pasé la noche en casa de Stephen Spender, con una batería que disparaba desde la plaza, en cortos intervalos, durante toda la noche. Pero dormí sin alteraciones, ya que allí no se oían las bombas.

Los estragos causados en el East End y en el sur de Londres son terribles a juzgar por todos los informes. [...] En su discurso de ayer noche, Churchill se refirió con gran seriedad al peligro de una invasión inminente. Si se produce la intentona de una invasión y no es un mero amago, la idea, presumiblemente, consiste en destruir nuestras bases aéreas en las costas del sur, tras lo cual, las defensas terrestres bien pueden bombardearse, causando al mismo tiempo toda la confusión que sea posible en Londres y en sus comunicaciones con el sur, o bien forzarnos a congregarnos en el sur todas las fuerzas defensivas posibles antes de lanzar un ataque contra Escocia y, posiblemente, contra Irlanda.

Entretanto, nuestro batallón de la Home Guard, tras tres meses y medio, dispone, más o menos, de un fusil para cada seis hombres, y no cuenta con más armas que bombas incendiarias y, quizá, un uniforme por cada cuatro hombres. A fin de cuentas, se han mostrado contrarios a permitir que los fusiles los lleven aquí los propios individuos. Están todos almacenados en un lugar en el que una bomba podría destruirlos en una sola noche.

14 de septiembre

En la primera noche de fuego de artillería antiaérea constante, que fue la noche de fuego más recrudescido, se dice que se dispararon quinientos mil proyectiles. A un coste medio de cinco libras por proyectil, dos millones y medio de libras. Pero bien vale la pena, aunque sólo sea por el efecto que tiene en la moral.

15 de septiembre

Esta mañana vi por primera vez caer un avión derribado. Cayó lentamente de las nubes, con el morro por delante, como una agachadiza alcanzada por un disparo en pleno vuelo. Gran alborozo entre la gente que lo vio, jalonados los gritos, de vez en cuando, por una misma pregunta: “¿Seguro que es alemán?”. Tan desconcertantes son las indicaciones que se han dado, y son tantos los modelos de aviones, que nadie está seguro de cuáles son los alemanes y cuáles los nuestros. Mi único criterio es que, si se ve un bombardero sobre Londres, tiene que ser alemán, mientras que si es un caza seguramente será nuestro.

17 de septiembre

Arreciaron los bombardeos en esta zona, ayer noche, hasta las once, más o menos. [...] Estaba hablando en el pasillo de esta casa con dos jóvenes y una chica que estaba con ellos. La actitud psicológica de los tres, interesante. Estaban manifiestamente atemorizados, sin vergüenza; comentaban cómo les temblaban y entrechocaban las rodillas, etc., aunque al mismo tiempo se les notaba excitados, interesados, asomándose por la puerta

entre bomba y bomba para ver qué pasaba y recoger astillas de metralla. Después, en la pequeña habitación reforzada que tiene la señora C. en la planta baja, con la señora C. y su hija, la criada y tres chiquillas que también se alojan aquí. Todas las mujeres, salvo la criada, chillaban al unísono y se abrazaban unas a las otras, ocultando la cara cada vez que pasaba cerca una bomba, pero entre una y otra se les veía felices, normales, en animada conversación. El perro, obviamente asustado, sabedor de que algo no iba nada bien. Marx también se pone así durante los ataques aéreos; esto es, sumiso e intranquilo. Algunos perros, en cambio, enloquecen y se asilvestran durante un ataque, tanto que ha sido preciso, alguna vez, pegarles un tiro. Aquí sostienen que todos los perros del parque, y E. dice lo mismo de Greenwich, salen disparados hacia sus casas en cuanto suena la sirena.

Ayer, cuando fui a cortarme el pelo en la City, pregunté al peluquero si interrumpía su quehacer durante los bombardeos. Me dijo que no. ¿Ni siquiera cuando estaba afeitando a alguien?, le pregunté. No, seguía, como si tal cosa. Un día, le caerá una bomba tan cerca que dará un respingo, y le rebanará media cara a su cliente.

Después, mientras esperaba el autobús, me abordó un hombre, yo diría que una especie de viajante de comercio, con cara de pocos amigos. No tenía muy buena pinta. Se puso a hablar por los codos sobre su intención de largarse con su señora de Londres, sobre el hecho de que no aguantaba más de los nervios, sobre sus problemas estomacales, etc. No sé hasta qué punto está extendida esta clase de cosas. [...] Se ha producido un gran éxodo desde el East End, como es natural, y todas las noches se producen migraciones en masa hacia lugares en los que haya plazas abundantes en los refugios. La práctica de tomar un billete de ida y vuelta y pasar la noche en una de las estaciones del metro que están a mayor profundidad, como es Picaddilly, empieza a extenderse. [...] Todas las personas con las que he hablado están de acuerdo en que las casas desocupadas y amuebladas del West End deberían utilizarse para dar cobijo a quienes se han quedado sin casa, pero supongo que la pira de los ricos todavía tiene predicamento suficiente para impedir que tal cosa suceda en sus mansiones. El otro día, unas cincuenta personas del East End, encabezadas por alguno de los concejales del distrito, se plantaron en el Savoy y exigieron hacer uso del refugio antiaéreo. La dirección del hotel no logró hacerlos salir hasta que el ataque hubo terminado, momento en el cual se fueron voluntariamente. Cuando se ve cómo se comportan todavía los ricos, en lo que manifiestamente se está desarrollando de modo que tiende a ser una guerra revolucionaria, uno piensa en el San Petersburgo de 1916.

(Por la noche). Casi imposible escribir con este estrépito infernal. (Se acaba de ir la electricidad. Por suerte, aún tengo algunas velas). Hay en el barrio tantas calles (vuelve la luz) acordonadas por las bombas que no han llegado a explotar que venir aquí desde Baker Street, un trecho que no tiene ni trescientos metros, es como encontrar el camino en el corazón de un laberinto.

21 de septiembre

Incapaz, desde hace unos días, de comprar otro cuaderno para continuar este diario, porque de las tres o cuatro papelerías que hay en la zona más inmediata, todas, menos una, están acordonadas, debido a las bombas sin explotar.

Rasgos característicos del momento: montones de cristales rotos y bien barridos, piedras y esquirlas de pedernal apiladas, olor a fugas de gas, grupos de mirones que esperan ante las zonas acordonadas.

Ayer, a la entrada de una calle cercana, un pequeño grupo a la espera, con un

hombre de Precauciones Antiaéreas de casco negro entre ellos. Un estruendo devastador, una enorme polvareda, etc. El hombre del casco negro llega corriendo al cuartelillo de Precauciones Antiaéreas, de donde sale otro hombre de casco blanco masticando un bocado de pan con mantequilla.

El hombre del casco negro: “Dorset Square, señor”.

El hombre del casco blanco: “Entendido”. (Hace una marca en la libreta).

Gente anodina que va de acá para allá, evacuados de sus casas debido a las bombas de efectos retardados. Ayer, dos chicas me pararon en la calle. Muy elegantes las dos, salvo que tenían las caras sucísimas. “Por favor, señor, ¿puede decirnos dónde estamos?”.

Empero, grandes zonas de Londres casi normales, y todo el mundo, bastante contento cuando es de día, como si jamás se parasen a pensar en la noche siguiente, como animales incapaces de prever el futuro, al menos mientras tengan algo que comer y un lugar al sol.

24 de septiembre

Ayer, toda Oxford Street, desde Oxford Circus hasta Marble Arch, completamente desierta, sin tráfico; sólo unos cuantos peatones, con el sol de última hora de la tarde atravesando la calle desierta, arrancando destellos de los innumerables fragmentos de cristal roto. Delante de John Lewis, un montón de maniqués de yeso, muy rosados y realistas, tan similares a una pila de cadáveres que, a cierta distancia, cualquiera podría haberlos confundido. La misma imagen que en Barcelona, sólo que allí eran santos de yeso de las iglesias profanadas.

Muchas discusiones sobre si es posible oír una bomba (es decir, el silbido que produce) que viene derecha hacia uno. Todo depende de que la bomba caiga a mayor velocidad que la del sonido. [...] Una cosa que sí he descubierto, creo que a plena satisfacción, y es que cuanto más lejos caiga una bomba, más largo será el silbido que uno escuche. Así, pues, el silbido corto, casi inapreciable, es el que tiene que servir de aviso para ponerse a cubierto cuanto antes. Creo que es en realidad el mismo principio que uno sigue cuando esquiva una bomba de mortero, aunque, en ese caso, uno parece saberlo de manera instintiva.

Los aviones vuelven y vuelven cada pocos minutos. Es como en cualquier país oriental, cuando uno cree que ha matado al último mosquito que pudiera quedar dentro de la mosquitera, y en cuanto apaga la luz y se dispone a dormir, empieza a zumbarle otro en la oreja.

27 de septiembre

El *News Chronicle* de hoy se muestra acusadamente derrotista, como no cabía esperar de otro modo, tras las noticias de ayer sobre Dakar^[51]. Sin embargo, tengo la impresión de que el *News Chronicle* tiende a mostrarse derrotista en todos los supuestos, y no tardará en pronunciarse en cuanto se conozcan unos términos de paz que sea viable aceptar. No tienen una política definible, no tienen ningún sentido de la responsabilidad, no tienen más que un desagrado profundo ante la clase dirigente británica, basado, a la postre, en la conciencia disidente del protestante que no pertenece a la Iglesia anglicana. Son meros alborotadores, como los del *New Statesman*, etc. Toda esa gente, con toda certeza, se vendrá abajo en cuanto las condiciones de la guerra sean de veras intolerables.

Muchas bombas, ayer noche, aunque me parece que no cayó ninguna a menos de setecientos u ochocientos metros de esta casa. La conmoción que causa la mera precipitación de una bomba por el aire es pasmosa. Toda la casa retiembla tanto que se menean los objetos puestos sobre una mesa. Las bombas que ahora arrojan son de muy gran tamaño, claro. La que no explotó en Regent's Park, se dice, es "del tamaño de un buzón de correos". Casi todas las noches se va la luz, al menos una vez, no con parpadeos, como cuando falla la conexión, sino apagándose poco a poco, y, por lo común, vuelve el fluido a los cinco minutos. Nadie parece saber por qué disminuye la luz cuando una bomba pasa cerca.

15 de octubre

Escribo esto en Wallington, tras haber pasado unas dos semanas enfermo, con una infección enconada en un brazo. No hay muchas noticias, es decir, sólo acontecimientos de importancia mundial; poca cosa que me haya afectado personalmente.

Hay ahora once niños evacuados en Wallington (llegaron doce, pero uno se escapó y tuvieron que devolverlo a su casa). Son del East End. Una chiquilla de Stepney dijo que su abuelo había sufrido siete bombardeos. Parecen niños simpáticos, que se han adaptado bien. No obstante, hay quejas habituales contra ellos, en algunos sectores; por ejemplo, del chiquillo que se ha alojado con la señora __, de siete años: "Es un diablillo y un guarro, eso es lo que es. Se mea en la cama y se ensucia los pantalones. Yo le metería las narices en eso si lo tuviera a mi cargo, el muy guarro diablillo".

Murmullos acerca de la cantidad de judíos que hay en Baldock. __ declara que los judíos son muy numerosos entre los que se refugian en las estaciones de metro. He de intentar verificarlo.

La cosecha de patatas, muy buena este año, a pesar de las pocas lluvias. Mejor que mejor.

19 de octubre

La inexpresable depresión de encender el fuego cada mañana con los periódicos de hace un año, y entrever en ellos restos de titulares optimistas que se hacen humo.

21 de octubre

Con respecto a los anuncios en las estaciones del metro: "Sé un hombre", etc. (pidiendo a los hombres en plenitud de facultades que no se cobijen allí, que dejen ese espacio a las mujeres y los niños), dice D. que corre por Londres la broma de que fue un error imprimir esos anuncios en inglés.

Priestley^[52], cuyas emisiones radiofónicas dominicales eran de manera implícita propaganda socialista, ha tenido que renunciar a seguir haciéndolas, obviamente, por insistencia del Partido Conservador... Da la impresión de que la pandilla de Margesson^[53] piensa volver a la palestra.

25 de octubre

La otra noche examiné a la muchedumbre que se había refugiado en las estaciones

de Chancery Lane, Oxford Circus y Baker Street. No eran todos judíos, aunque pienso que entre ellos la proporción de judíos era mayor de lo que se suele ver en una muchedumbre semejante. Lo malo de los judíos es que no llaman la atención, pero se desviven para que así sea. Una amedrentada judía, más bien una caricatura de judía de tira cómica, se abrió paso al bajar del tren, en Oxford Circus, repartiendo golpes a todo el que se le pusiera delante. Me acordé de los viejos tiempos en el metro de París.

Sorprendido de descubrir que D., inequívocamente izquierdista, se inclina a compartir el sentimiento actualmente contrario a los judíos. Dice que los judíos de los círculos empresariales se empiezan a volver prohitlerianos, o que se preparan para hacerlo. Parece casi increíble, pero según D. siempre admiran a quien los apalea. Mi sensación es que cualquier judío, quiero decir judío europeo, preferiría el tipo de sistema social que propugna Hitler antes que el nuestro, de no ser porque ese sistema entraña su propia persecución. Lo mismo cabe decir de cualquier judío centroeuropeo, esto es, de los refugiados. Hacen uso de Inglaterra como refugio, pero no dejan de sentir el más profundo desprecio por Inglaterra. Se ve en sus ojos, cuando no lo dicen a las claras. Lo cierto es que el panorama insular y el panorama continental son de todo punto incompatibles.

Según F., es muy cierto que los extranjeros están más asustados que los ingleses durante los bombardeos. Ésta no es su guerra, de modo que no tienen nada que les dé respaldo. Creo que así se explicaría también el hecho —estoy prácticamente seguro de que es un hecho, aunque no conviene ni comentarlo— de que la clase obrera esté más asustada que la clase media.

La misma sensación de desesperanza por los acontecimientos inminentes en Francia, en África, en Siria, en España: la sensación de que es posible prever lo que va a suceder, y la impotencia de impedir que suceda, sumada a la sensación, con absoluta certeza, de que el gobierno británico no puede actuar de modo que golpee primero.

Bombardeos más llevaderos en estos últimos días.

16 de noviembre

Nunca creí que con el tiempo pudiera volverme displicente ante el ruido de las ametralladoras, pero así es.

23 de noviembre

Anteayer, almuerzo con H. P. director de ___. H. P. se muestra bastante pesimista sobre la guerra. Piensa que no hay respuesta al Nuevo Orden, es decir, que este gobierno es incapaz de idear una respuesta, y que, tanto aquí como en Norteamérica, sería relativamente fácil convencer al pueblo de que lo acepte. Puse en duda que el pueblo no sepa ver con claridad una oferta de paz, en esas condiciones, como una trampa apenas disimulada. H. R.: “Cantos de sirena: podría envolverlos de tal modo que les pareciera la mayor victoria en la historia del mundo. Podría hacérselo comer con patatas”. Eso es muy cierto, desde luego. Todo depende de la forma en que se le diga a la gente. Mientras nuestros periódicos no hagan el trabajo sucio, será grande la indiferencia a toda apelación llegada de Europa. H. P., sin embargo, tiene la certeza de que ___ y compañía están a favor de una capitulación y ya trabajan para ello. Parece que aun cuando ___ no se remite a la censura, todos los periódicos ahora han recibido la advertencia de no publicar interpretaciones de ninguna clase sobre la política del gobierno para con España. Hace algunas semanas, Duff Cooper convocó a los

corresponsales de prensa y les aseguró “por su palabra de honor” que “las cosas iban francamente bien en España”. (Lo más que se puede decir es que la palabra de honor de Duff Cooper vale más que la de Hoare).

H. P. dice que cuando se produjo el hundimiento de Francia hubo una reunión del gabinete para decidir si se continuaba la guerra o se buscaba un acuerdo de paz. La votación quedó en empate técnico, con la salvedad de un voto en blanco. Según H. P., fue el de Chamberlain. Si es cierto, me pregunto si alguna vez se hará público. Fue el último acto público, cabría decir, del pobre, viejo Chamberlain.

Sonido característico de la guerra en invierno: el tintineo musical de las gotas de lluvia en el casco metálico.

28 de noviembre

Almorcé ayer con C., director de France^[54] [...] Me sorprendió que estuviera animado, que no guardase rencor. Habría esperado que un refugiado francés se quejara continuamente de la comida, etc. Sin embargo, C. conoce bien Inglaterra, ha vivido aquí antes.

Dice que la resistencia es mucho mayor, tanto en la Francia libre como en la ocupada, de lo que aquí se cree. La prensa apenas le da importancia, sin duda porque mantenemos relaciones con el gobierno de Vichy. Dice que en el momento del hundimiento de Francia ningún europeo creyó concebible que Inglaterra siguiese luchando. En términos generales, opina que los norteamericanos tampoco lo creyeron posible. Es, evidentemente, algo anglófilo, y considera que la monarquía es una gran ventaja de Inglaterra. Según él, ha sido uno de los factores principales para evitar el establecimiento del fascismo en la isla. [...] Es verdad que, en conjunto, la opinión antifascista de Inglaterra era pro-eduardiana, pero C., evidentemente, repite lo que era moneda corriente en el continente.

C. fue jefe de prensa durante el gobierno de Laval. Éste le dijo en 1935 que Inglaterra era “pura apariencia”, que Italia era un país realmente fuerte, que, por tanto, Francia debía romper con Inglaterra y acercar posturas a Italia. Después de la firma del pacto franco-ruso, dijo que Stalin era el hombre más poderoso de Europa. En general, las profecías de Laval parecen haber sido desmentidas, por inteligente que fuera.

Informaciones completamente contradictorias, por parte de testigos presenciales, sobre los destrozos de Coventry. Parece realmente imposible conocer la verdad de un bombardeo cuando se está lejos. Cuando aquí pasamos una noche tranquila, he descubierto que muchas personas padecen una tenue inquietud, por tener la sensación de que en las ciudades industriales están sufriendo bombardeos más duros. Lo que todo el mundo ahora siente, en el fondo, es que nos hemos encallecido, y que la moral en otros lugares no es tan sólida.

1 de diciembre

El cabronazo de Chiappe es historia. Todo el mundo, encantado, como cuando murió Balbo. Al menos, la guerra está liquidando a unos cuantos fascistas.

8 de diciembre

En la radio, anteanoche. [...] Conocí allí a un polaco que hace muy poco ha huido

de Polonia por una ruta clandestina que no quiso desvelar. [...] Dijo que en el cerco de Varsovia fueron dañados el noventa y cinco por ciento de los edificios, y el veinticinco por ciento, demolidos. Todos los servicios, electricidad, agua, etc., dejaron de funcionar. Al final, los ciudadanos no tenían defensa de ninguna clase contra los aviones y, peor aun, contra la artillería. Describió a la gente que echaba a correr para arrancar pedazos de carne de un caballo abatido por el fuego de los morteros, y que tenían que salir corriendo, acto seguido, por una nueva andanada de proyectiles, antes de salir de nuevo a continuar con el despiece. Cuando Varsovia quedó completamente incomunicada, a la gente se le hizo creer que los ingleses acudirían en su auxilio; aguantaron gracias a los rumores de que había un ejército inglés en Danzig, etcétera. [...]

Durante los momentos más duros de los bombardeos, cuando todo el mundo estaba medio loco, no por los bombardeos en sí, sino por la falta de sueño, las llamadas telefónicas que se cortaban, la dificultad de establecer comunicación, etc., descubrí que continuamente se me ocurrían retazos de disparates rimados. Nunca pasaban de dos o tres versos, y la propensión disminuía cuando amainaban las bombas, pero he aquí algún ejemplo:

Un viejo campesino de Rumania
que en Mornington Crescent vivía...
o
Y no entra la llave y no suena el timbre,
pero para entonar “Dios salve al rey”
todos nos ponemos firmes...
y
Cuando el perito del distrito
pague las consecuencias
con su vara, su pértiga o su palito...

29 de diciembre

De un reportaje periodístico sobre un ataque aéreo (no irónico): “Caen las bombas como el maná del cielo”.

2 de enero de 1941

La reacción de la derecha está en pleno desarrollo. No cabe duda de que la entrada de Margesson en el gabinete es una forma intencional de sacar partido a la victoria de Wavell en Egipto. Por cómico que pueda parecer, una reseña de la vida de Allenby escrita por Wavell, que escribí hace unos meses, se publicó en *Horizon*^[55] justo cuando llegó la noticia de Sidi Barraní. En la reseña decía que, como Wavell tenía un puesto de mando tan importante, el mayor interés del libro consistía en la luz que arrojase sobre su propio intelecto, y dejaba en manos del lector la inferencia de que no me merecía demasiada estima a ese respecto. Así que al final he quedado como un hazmerreír, aunque bien sabe Dios que me alegro mucho de haberme equivocado.

La palabra *blitz* ahora se emplea por todas partes para denotar cualquier clase de ataque sobre lo que sea. Igual sucedió con *strafe* [“hacer trizas”] en la última guerra. *Blitz* aún no se emplea como verbo, aunque cuento con que ocurra cualquier día.

22 de enero

___ está convencido, tal vez con razón, de que el peligro del jaleo que se ha armado en la Convención Popular^[56] se ha subestimado en exceso, y de que es preciso oponerse y no dejarlo pasar por alto. Dice que son miles las personas de mentalidad sencilla que se han dejado engañar con el atractivo programa de la Convención Popular y que no se han dado cuenta de que es una maniobra derrotista, destinada a servir de ayuda a Hitler. Citó una carta del deán de Canterbury^[57], quien dijo: “Quiero que entiendas que estoy de todo corazón a favor de ganar la guerra, y que creo que Winston Churchill es el único dirigente posible para nosotros hasta que termine la guerra” (o palabras similares), a pesar de lo cual apoya la Convención Popular. Parece que hay miles de personas así.

A propósito de lo que dice ___, es en cualquier caso cierto que el personal de la Convención Popular ha recaudado muchísimo dinero, váyase a saber de dónde. Han colocado carteles por todas partes, y el *Daily Worker* ha lanzado muchos más. No se ha pagado por el espacio, pero aun así, la impresión, etc., ha tenido que ser muy costosa. Ayer arranqué algunos, la primera vez que hago una cosa así. Vale la pena compararlo con la ocasión en que, en verano, me puse a escribir en las paredes “Fuera Chamberlain”, etc., y cuando, en Barcelona, tras la ilegalización del POUM, escribí “Viva el POUM”. En tiempos normales, va contra mi carácter hacer pintadas o entrometerme en lo que han escrito otros.

La escasez de cebollas ha hecho que todo el mundo sea intensamente sensible a su olor. Un cuarto de cebolla picada en un estofado parece excesivamente fuerte. El otro día, E. supo, en cuanto la besé, que había comido cebollas unas seis horas antes.

Una muestra del tipo de prácticas mañosas que se desatan cuando escasea cualquier artículo cuyo precio no está sujeto a control: el precio de los despertadores. El más barato de los que se pueden conseguir sobrepasa los quince peniques, y son relojes de fabricación alemana, más bien baratos y maluchos, que antes se vendían por un máximo de seis peniques. Los franceses más pequeños, de hojalata, antes costaban cinco, ahora están a dieciocho. Y todos los demás han experimentado subidas correspondientes.

En el *Daily Express* ya se ha utilizado *blitz* como verbo.

Las noticias de esta mañana: las defensas de Tobruk han sido atravesadas, y el *Daily Worker* ha sido ilegalizado. Sólo muy dudosamente me puede complacer lo segundo.

26 de enero

Distribución del espacio en el *New Statesman* de esta semana:

Caída de Tobruk (veinte mil prisioneros): dos renglones.

Supresión del *Daily Worker* y el *Week*^[58]: ciento ocho renglones.

[...] Cualquiera persona con dos dedos de frente está inquieta ante esta engañosa sensación de quietud en que se ha remansado la guerra, convencida de que se avecina alguna nueva diablura. Ahora bien, el optimismo popular probablemente está de nuevo en alza, y el cese de los bombardeos por espacio de unos cuantos días entraña ciertos peligros. Escuchando el otro día una conversación telefónica ajena, como le sucede hoy en día a todo el mundo debido al constante cruce de líneas, oí a dos mujeres que hablaban en términos de “ahora ya no es posible que falte mucho”, etc. A la mañana siguiente, cuando bajé a la tienda de la señora J., comenté por azar que la guerra probablemente aún iba a durar tres años. La señora J. se quedó pasmada y horrorizada. “¡Oh, no es posible que lo diga en

serio! ¡No puede ser! ¡Si ahora ya los hemos puesto en fuga! Hemos conquistado Bardia, y de allí podemos seguir avanzando hacia Italia, y ése es el camino para llegar a Alemania, ¿no?”. La señora J., conviene que lo diga, es una mujer excepcionalmente aguda y sensata. No obstante, no ha caído en la cuenta de que África está al otro lado del Mediterráneo.

7 de febrero

Es cada vez mayor la división de opiniones —la cuestión está implícita desde el principio, pero la gente sólo ahora ha caído en la cuenta— en cuanto a si estamos en guerra contra los nazis o contra el pueblo alemán. Es algo que está estrechamente ligado a la duda de que Inglaterra deba declarar cuáles son sus objetivos de guerra, si es que realmente los tiene. Todo lo que uno podría considerar opiniones respetables resulta contrario a dar a la guerra algún significado, el que sea (“nuestro objetivo es derrotar a los alemanes: ése es el único objetivo de guerra del que vale la pena hablar”), y es probable que ésa termine por ser la política oficial. El panfleto de Vansittart^[59] sobre el “odio a Alemania”, según se dice, se vende como rosquillas.

No hay noticias precisas de Francia. Es evidente que Pétain cederá y permitirá la integración de Laval en el gabinete. Así habrá un nuevo jaleo sobre el paso de tropas por la Francia libre, las bases en África, etc., otra “postura firme” y la posterior cesión a las presiones. Todo depende del factor tiempo, esto es, de si los alemanes logran establecer una cabeza de puente en África antes de que los ejércitos italianos se derrumben en África. Tal vez, a continuación, las armas apuntarán contra España, momento en el cual se nos dirá que Franco ha tomado una “postura firme”, lo cual demostraría cuánto acertó el gobierno británico al tomar una actitud conciliatoria con España, hasta que Franco termine por ceder y ataque Gibraltar o permita a los ejércitos alemanes el paso por su territorio. O tal vez Laval, cuando esté en el poder, se resista durante un tiempo muy corto a las exigencias más extremas de los alemanes, momento en el cual pasará de ser un villano a ser un patriota que ha tomado una “postura firme”, como Pétain ahora. Lo que nunca entenderán los conservadores británicos es que las fuerzas de la derecha no tienen fortaleza ninguna, y existen sólo para sucumbir.

12 de febrero

Arthur Koestler ha sido llamado a filas esta semana y pasará a formar parte de los zapadores, ya que otras secciones de las fuerzas armadas le están vedadas por su condición de alemán. Es una soberana estupidez, cuando uno tiene a un hombre aún joven y bien dotado, que domina ni sé cuántas lenguas y conoce bien todo lo que se cuece en Europa, sobre todo los movimientos políticos europeos, no ser capaces de darle más utilidad que tirando de pala o acarreando ladrillos.

Asombrado, hoy, por el caos alrededor de St. Paul, que no había visto hasta la fecha. La catedral apenas se ha desportillado, aguanta, firme como una roca. Me sorprendió, por vez primera, ver que la cruz que remata la cúpula sea un elemento tan ornamental. Tendría que ser una cruz bien sencilla, que sobresaliera como la empuñadura de una espada.

Es curioso que no parezca tener ninguna repercusión digna de nota acerca de que el viejo chocho de Ironside haya tomado el título de “lord Ironside de Arcángel”^[60]. Ha sido, realmente, de una impudicia atroz, algo merecedor de protestas, al margen de la opinión que uno pueda tener sobre el régimen ruso.

1 de marzo

Los B., que llegaron a Londres hace unas pocas semanas y no han visto nada del *blitz*, dicen que han encontrado a los londinenses muy cambiados, a todos histéricos, hablando mucho más alto que antes, etc. De ser cierto, es algo que sucede de un modo gradual y que no percibe uno, aun estando en medio, como pasa con el crecimiento de un niño. El único cambio en el que sí he reparado, desde que comenzaron los ataques aéreos, es que la gente está mucho más dispuesta a hablar con los desconocidos en plena calle. [...] Las estaciones del metro ya no apestan a nada, los catres de metal son bastante buenos, la gente con que uno se encuentra en ellas está razonablemente bien atendida en cuanto a mantas y almohadas, y parece contenta y normal en todos los sentidos. Esto es justamente lo que me inquieta. ¿Qué va a pensar uno de las personas que siguen llevando esa suerte de vida subhumana, noche tras noche, durante meses seguidos, incluidos los días o semanas en que no rondan los aviones el cielo de Londres? [...] Es abrumador ver a los niños todavía en todas las estaciones del metro; todos ellos dan por sentado que así ha de ser, y se lo pasan en grande dando vueltas sin cesar en la línea del Inner Circle. Hace poco tiempo vino D. J. a Londres desde Cheltenham, y en el tren viajaba una mujer joven con sus dos hijos, que habían sido evacuados a algún lugar del oeste, y a los cuales había ido a buscar. Nada más acercarse el tren a Londres, comenzó un bombardeo, y la mujer se pasó el resto del viaje llorando sin poder contenerse. Lo que la había decidido a volver con los niños era que, por entonces, había pasado algo más de una semana sin que Londres sufriera ataques aéreos, de modo que había llegado a la conclusión de que “todo estaba en orden”. ¿Qué se puede pensar de la mentalidad de esa clase de personas?

3 de marzo

Ayer noche, con G., fui a ver el refugio de la cripta que hay bajo la iglesia de Greenwich. Los habituales catres de madera y jergones; un lugar sucio (sin duda será asqueroso cuando empiece el calor), mal iluminado, maloliente, aunque esa noche no demasiado atestado. La cripta es sencillamente un conjunto de estrechos pasadizos que pasan entre las bóvedas en las que figuran los nombres de las familias enterradas en ellas, las más recientes, en 1800. [...] G., junto a otros, insistió en que no había tenido yo ocasión de ver lo peor, porque en las noches en que se llena (unas doscientas cincuenta personas) el hedor se hace casi insoportable. Me empeñé en decir, aunque ninguno de los presentes se mostró de acuerdo, que, para los niños, es mucho peor el tener que jugar entre bóvedas repletas de cadáveres que verse encerrados con el mal olor de una cierta cantidad de seres humanos.

4 de marzo

En Wallington. Han salido por doquier los azafranes de primavera, retoñan algunos alhelíes; las campanillas de invierno, en su mejor momento. Hay parejas de liebres sentadas aquí y allá, entre el trigo del invierno, mirándose unas a otras. De vez en cuando, en esta guerra, a una distancia de varios meses, uno asoma la nariz por encima del agua y se percata de que la Tierra sigue dando vueltas alrededor del Sol.

14 de marzo

Durante estos últimos días se ha rumoreado por todas partes, y también hay insinuaciones en los periódicos, de que “algo tiene que pasar” en los Balcanes, esto es, que vamos a enviar una fuerza expedicionaria desde Grecia. De ser así, es de suponer que se trata del ejército ahora acuartelado en Libia, o el grueso del mismo. Había oído, hace un mes, que Metaxas, antes de morir, nos pidió diez divisiones, y que le ofrecimos cuatro. Parece que entraña un peligro terrible poner en riesgo a un ejército en cualquier punto situado al oeste del Estrecho. Para hacerse cualquier idea más o menos atinada de la estrategia de una campaña semejante, uno tendría que saber de cuántos hombres dispone Wavell y cuántos son necesarios para defender Libia; cómo se halla la situación naval de cara al transporte de tropas; cómo son las vías de comunicación de Bulgaria a Grecia, qué cantidad de unidades mecanizadas han logrado desplazar los alemanes a esa región de Europa, quién es el que tiene el control efectivo del mar entre Sicilia y Trípoli. Sería un desastre de consecuencias abrumadoras que el grueso de nuestras fuerzas quedase empantanado en Salónica, que los alemanes lograsen cruzar el mar desde Sicilia y que recuperasen todo lo que los italianos han perdido. Todo el que piense en esta cuestión se ve desgarrado entre ambas soluciones. Colocar un ejército en Grecia entraña un riesgo tremendo y no ofrece grandes ganancias positivas, salvo que, al implicar a Turquía en la guerra, nuestros barcos podrían entrar en el mar Negro; por otra parte, si dejamos sola a Grecia, habremos demostrado de una vez por todas que no podemos ayudar y no ayudaremos a ninguna nación europea a conservar su independencia. Lo que más temo es una intervención con poco entusiasmo, por no decir pusilánime, que sea un fracaso en toda regla, como sucedió en Noruega. Estoy a favor de que se pongan todos los huevos en una cesta y nos arriesguemos a una gran derrota, porque no creo que ninguna derrota y ninguna victoria, en el sentido estrictamente militar, importe tanto como el hecho de demostrar que estamos de parte de los débiles y en contra de los fuertes.

Lo malo es que cada vez resulta más difícil comprender las reacciones de los pueblos de Europa, tal como parecen ellos incapaces de comprender las nuestras. Buen número de alemanes con los que he hablado ponen el grito en el cielo por nuestro tremendo error al no bombardear Berlín al principio de la guerra, limitándonos a esparcir fatuas octavillas. Sin embargo, creo que la totalidad del pueblo inglés se quedó maravillado con este gesto (y habríamos seguido encantados aun cuando se hubiera sabido en su momento que las octavillas eran papel mojado, nunca mejor dicho), porque nos pareció una demostración de que no teníamos nada que disputar con el pueblo llano de Alemania. Por otra parte, en un libro que acabamos de publicar, Haffner^[61] exclama que es una estupidez de nuestra parte permitir que los irlandeses controlen bases de una importancia crucial, y que deberíamos apoderarnos de ellas, sin más contemplaciones. Dice que el espectáculo consistente en que permitamos que un país falsamente independiente como Irlanda nos desafíe nos convierte lisa y llanamente en el hazmerreír de Europa. Ahí está el panorama visto desde Europa, con su incapacidad de comprender a los pueblos de habla inglesa. En realidad, si tomásemos las bases irlandesas por la fuerza, sin una larga campaña propagandística previa, el efecto que tendría en la opinión pública, no ya en los Estados Unidos, sino también en Inglaterra, sería desastroso.

No me gusta nada el tono de los pronunciamientos oficiales sobre Abisinia. Se murmura la posibilidad de tener allí un “representante acreditado” británico, como en las cortes de los rajas de la India, cuando se restaure al Emperador en el trono. El efecto

podría ser catastrófico, si tan sólo consentimos que se diga de una manera verosímil que nos vamos a quedar Abisinia para nosotros. Si a los italianos se les expulsa del país, tendremos la ocasión de hacer un gesto de suma importancia, demostrando, sin ningún género de duda, que no luchamos simplemente por nuestros propios intereses. Eso tendría eco en todo el mundo. Me pregunto si tendrán las agallas, o la decencia, de hacerlo así. Es imposible estar seguro. Es fácil prever los argumentos especiosos que se han de esgrimir para quedarnos Abisinia para nosotros, las patrañas que se dirán sobre la esclavitud, etcétera.

Se ha abatido un número considerable de aviones alemanes en las últimas noches, probablemente porque han sido noches despejadas, favorables a los pilotos de caza, aunque hay una gran conmoción acerca de un “arma secreta” que, según se dice, ya está en uso. El rumor popular es que se trata de una red de alambre que se dispara al aire, en la que el avión enemigo se enreda y cae.

20 de marzo

Ayer noche, bombardeos bastante intensos, aunque sólo se derribó un avión, de modo que los rumores que corren sobre esa “arma secreta” son, con toda seguridad, baladronadas.

Un montón de bombas en Greenwich, una de ellas, mientras hablaba con E. por teléfono. Una pausa repentina en la conversación, un fuerte tintineo.

Yo: “¿Qué ha sido eso?”.

E: “Nada, que se están haciendo añicos las ventanas”.

La bomba que había caído en el parque, frente a la casa, cortó el cable de sujeción de un globo cautivo e hirió a uno de los artilleros del globo y a un efectivo de la Home Guard. La iglesia de Greenwich se había incendiado, pero la gente seguía refugiada en la cripta, con el fuego sobre sus cabezas y el agua corriendo a sus pies, y no hizo el menor intento por salir hasta que los guardias dieron la orden.

Cónsul alemán en Tánger, el primero desde 1914. Parece que por deferencia con la opinión pública norteamericana, vamos a aumentar los envíos de alimentos a Francia. Aun cuando se crease una especie de comisión neutral que lo supervisara, de nada les serviría a los franceses. Los alemanes les permitirán que se queden con el trigo, etc., que les enviemos, y retendrán una cantidad equivalente de su producción. Aun cuando dispongamos de lo necesario para franquear el tránsito de los barcos cargados con alimentos, no hay indicios de que el gobierno pueda obtener nada a cambio; por ejemplo, la expulsión de los agentes alemanes del Norte de África. Lo apropiado sería esperar hasta que Francia estuviera al borde de una grave hambruna y el gobierno de Pétain, en consecuencia, se tambalease, para hacerles llegar entonces una copiosa provisión de alimentos a cambio de una concesión sustancial, por ejemplo, la rendición de las unidades más importantes de la flota francesa. Cualquier política por el estilo sería impensable ahora mismo, claro está. Si al menos se pudiera tener la certeza de que __, __ y los de su ralea son en realidad traidores, y no sólo idiotas...

Al repasar este diario, compruebo que últimamente las entradas son mucho más espaciadas, y que tratan mucho menos sobre sucesos públicos que cuando lo empecé. La sensación de desamparo es creciente en todos. Uno tiene la impresión de que el necesario cambio de opinión no puede producirse ahora, salvo a expensas de otro desastre, que no podemos permitirnos y que, por lo tanto, nadie se atreve a esperar que se produzca. Lo peor

es que la crisis que ahora se avecina va a ser una crisis de hambre, en la que el pueblo inglés carece de experiencia real. Dentro de muy poco, todo será cuestión de importar armamento o alimentos. Es misericordioso que el peor momento llegue en los meses de verano, aunque será endiabladamente difícil conseguir que la gente afronte el hambre cuando, por lo que alcanza a ver cualquiera, la guerra no obedece a ningún propósito, y cuando los ricos siguen viviendo exactamente igual que antes, tal como seguirán viviendo, por descontado, a menos que se les trate por la fuerza. No importa no tener objetivos claros de guerra cuando se trata de repeler una invasión, porque, desde el punto de vista de la gente corriente, impedir que los extranjeros entren en Inglaterra ya es un objetivo de guerra más que suficiente. Ahora bien, ¿cómo va a pedirles nadie que permitan que sus hijos se mueran de hambre a cambio de construir tanques para combatir en África, cuando en todo lo que se les dice hoy no hay nada que aclare qué tiene que ver la lucha en África o en Europa con la defensa de Inglaterra?

En una tapia del sur de Londres, algún comunista o algún camisa negra ha hecho esta pintada: “Queso sí, Churchill no”. ¡Qué estupidez de eslogan! Resume la ignorancia psicológica de esas personas que ni siquiera ahora han entendido que, así como algunos estarían dispuestos a morir por Churchill, nadie va a morir por un pedazo de queso.

23 de marzo

Ayer asistí a un desfile de la Home Guard más o menos obligatorio, en el cual se acudió a una iglesia para tomar parte en el día nacional de la oración. Había, también, un contingente del AFS^[62], de los cadetes de las fuerzas aéreas, de la WAAF^[63], etc. Espeluznado por la patriotería y el fariseísmo de todo el asunto. [...] No me asombra que la Iglesia condone la guerra, al contrario de lo que afirman muchos, casi siempre, personas que no son creyentes ni menos aún practicantes. Si uno acepta al gobierno, acepta la guerra, y si acepta la guerra, en la inmensa mayoría de los casos tiene que desear que gane uno u otro bando. Nunca he sido capaz de albergar ninguna repugnancia ante el hecho de que los obispos bendigan las enseñas de los regimientos, etc. Todos esos asuntos se basan en la idea sentimental de que luchar es algo incompatible con el amar a tus enemigos. En realidad, sólo es posible amar a los enemigos si uno está deseoso de asesinarlos en determinadas circunstancias. Pero lo que más me asquea de los servicios religiosos como éste es la total ausencia de autocrítica. Aparentemente, se presupone que Dios ha de ayudarnos sobre la base de que somos mejores que los alemanes. En la oración compuesta ex profeso para la ocasión, se pedía a Dios que “cambie el corazón de nuestros enemigos y nos ayude a perdonarlos; les dé ocasión de arrepentirse de sus maldades y presteza para hacer las paces”. Ni una sola palabra acerca de que nuestros enemigos nos perdonen a nosotros. Me da la impresión de que la actitud verdaderamente cristiana más bien consistiría en suponer que no somos mejores que nuestros enemigos, que todos somos pecadores miserables, pero que parece preferible que sea nuestra causa la que prevalezca y, por lo tanto, que es legítimo orar para que así sea. [...] Supongo que la idea es que sería pésimo para la moral permitir que la gente se dé cuenta de que el enemigo tiene una causa que defender, aunque, en mi opinión, ése sea un error psicológico. Sin embargo, tal vez no estén pensando sobre todo en el efecto de la oración sobre las personas que participan en el servicio, y más bien busquen resultados directos de su campaña de oración nacional, una especie de globo cautivo enviado para captar a los ángeles del cielo.

24 de marzo

Las noticias sobre los cruceros armados alemanes en el Atlántico tienen la apariencia de ser un falso rumor destinado a alejar de nuestras costas a los principales barcos británicos. Ése podría ser, es concebible, el preludio de una invasión. La expectativa sobre la invasión se ha difuminado en gran medida, pues por lo general se tiene la impresión de que Hitler no podría conquistar Inglaterra con las fuerzas que ahora pueda enviar a la isla, a menos que el poderío británico, tanto aéreo como naval, hubiera sido muy erosionado de antemano. Creo que probablemente así es, y que Hitler no intentará la invasión mientras no haya logrado éxitos espectaculares en otros frentes, porque la invasión en sí misma parecería un fracaso, y requeriría algo que le sirviera de contrapeso. Pero también entiendo que una invasión frustrada, que entrañara la pérdida de cien mil hombres, o de medio millón, le serviría de sobra para cumplir sus objetivos, debido a la total paralización de la industria y del abastecimiento interno de alimentos que podría traer consigo. Si pudiera proceder al desembarco de unos cuantos cientos de miles de soldados que aguantasen tanto sólo tres semanas, habrían causado daños mayores que miles de incursiones aéreas. Los efectos de semejante iniciativa no serían aparentes de inmediato, y, por lo tanto, es muy probable que Hitler sólo quiera intentarlo cuando las cosas le vayan visiblemente muy bien.

Es evidente la gran escasez de equipamiento, de armas, etc., en la Home Guard. [...] Por otra parte, se dice que las capturas de armas en África han sido tan inmensas que se va a proceder al envío de expertos para que se lleve a cabo un inventario. Tomarán apuntes y se fabricarán nuevas armas, de acuerdo con sus especificaciones. Las que se han capturado serían suficientes como modelo de toda una nueva gama de armas.

7 de abril

Ayer, bombardeos en Belgrado y primer anuncio oficial, esta mañana, de que hay un ejército británico en Grecia. Ciento cincuenta mil hombres al parecer. Así pues, por fin se aclara el misterioso paradero del ejército británico de Libia, aunque era bastante evidente cuando los británicos se retiraron de Bengasi. Imposible precisar si el tratado de amistad entre Yugoslavia y la URSS significa algo o no, pero cuesta trabajo creer que no apunte, de hecho, hacia un empeoramiento de las relaciones ruso-germanas. Habrá más indicios de la actitud de los rusos cuando se restaure en el trono al emperador de Abisinia, si es que tal cosa sucede: esto es, si el gobierno de Rusia lo reconoce y envía a un embajador a su corte.

[...] Escasez de mano de obra cada vez más aparente; los precios de artículos como los textiles y el mobiliario han subido hasta extremos aterradores. [...] El comercio de muebles de segunda mano, tras años de depresión, vuelve a florecer. [...] Es evidente que el reclutamiento empieza a utilizarse de manera consciente para acallar a los indeseables. La edad reservada a los periodistas ha ascendido a los cuarenta y un años; no serán, por tanto, más que unos cuantos centenares los que se alistan en esas condiciones, pero, en cambio, se puede emplear la restricción contra cualquier individuo cuando se desee. Sería cómico que, tras haber sido rechazado por razones de mala salud, hace ya diez meses, de pronto se descubriese que mi salud ha mejorado lo suficiente para ingresar como soldado raso en el cuerpo de zapadores.

[...] Pienso en todo momento en nuestro ejército en Grecia, en el peligro extremo que corre de verse arrojado al mar. Es fácil imaginar cómo los estrategas del estilo de

Liddell Hart^[64] deben de estar retorciéndose las manos ante esta arriesgada maniobra. Políticamente, sin embargo, es un acierto; basta con mirar a dos o tres años vista. Lo mejor que se puede decir es que, incluso, en un sentido estrictamente estratégico, tiene que proporcionar cierta esperanza de lograr el éxito; de lo contrario, los generales concernidos en la decisión se habrían negado a tomarla. Es difícil no tener la impresión de que Hitler ha errado el golpe en un mes más o menos. En cualquier caso, Abisinia ya no está en su poder; el desastre naval italiano difícilmente puede haber estado planeado. Asimismo, si la guerra en los Balcanes dura más de tres meses, los efectos que tenga en el abastecimiento de alimentos en Alemania de cara al otoño pueden ser graves.

8 de abril

Acabo de leer *The Battle of Britain*, el tremendo éxito de ventas del Ministerio de Información (ha sido tan grande la demanda que ha resultado imposible hacerse con un ejemplar durante varios días). Se dice que lo ha compilado Francis Bleeding, el autor de novelas de intriga. Supongo que no es todo lo malo que podría ser, aunque al ver que se está traduciendo a varias lenguas y que sin lugar a dudas se leerá por todo el mundo —es la primera versión oficial, al menos en inglés, de la primera gran batalla aérea de la historia—, es una pena que no hayan tenido la sensatez de evitar por completo la nota propagandística. El panfleto está repleto de “heroísmo”, “hazañas grandiosas”, etc., y se habla de los alemanes con mayor o menor desdén. ¿Por qué no han sido capaces de escribir una relación fría y precisa de los hechos, que, a fin de cuentas, son bastante favorables sin adornos de ninguna clase? En aras del más bien escaso ánimo que ha de sembrar el panfleto en Inglaterra, han tirado por la borda la ocasión de producir algo que se pueda aceptar en todo el mundo, en calidad de autoridad innegable, y emplearlo para contrarrestar las mentiras alemanas.

Pero lo que me impresiona, más que nada, cuando leo *The Battle of Britain* y cotejo las fechas correspondientes en este diario, es el modo en que los acontecimientos “épicas” nunca hayan parecido muy importantes en el momento de producirse. De hecho, tengo algunos recuerdos muy claros del día en que los alemanes lograron arrojar las primeras bombas incendiarias en los muelles y las dársenas (debió de ser, creo, el 7 de septiembre), pero recuerdo, sobre todo, asuntos triviales. En primer lugar, recuerdo haber viajado en autobús para tomar el té con Connolly, y recuerdo a dos mujeres que iban delante de mí e insistían en que las bombas que estallaban en el cielo tenían que ser paracaidistas, hasta el punto de que me costó no intervenir en su conversación para corregir esa impresión falsa. Luego, recuerdo haberme cobijado en un portal, en Piccadilly, de la metralla, tal como uno podría haberse cobijado de un repentino chaparrón. Después, una larga hilera de aviones alemanes que llenó el cielo, y algunos oficiales de la RAF y de la Marina, muy jóvenes, que salieron a la carrera de uno de los hoteles y se pasaron de mano en mano unos binoculares. Después estuve sentado en la casa de Connolly, que se encuentra en la última planta del edificio, y contemplé los grandes incendios declarados más allá de St. Paul, y el penacho de humo que despedía un tanque de aceite desde algún lugar del río, más abajo. Humphrey Slater, sentado en la ventana, dijo: “Es igual que Madrid, menuda nostalgia”. La única persona apropiadamente impresionada por todo aquello fue Connolly, quien nos llevó a la azotea y, tras contemplar un rato los incendios, nos dijo: “Éste es el fin del capitalismo. Es un juicio sobre todos nosotros”. No me pareció que así fuera; sobre todo, me impresionó el tamaño y la belleza de las llamas. Aquella noche me despertaron las explosiones e incluso

llegué a salir a la calle por ver si los incendios seguían activos; a decir verdad, la claridad era casi como la del día, incluso en la zona noroeste de Londres, pero aún no se tenía la impresión de que estuviera ocurriendo nada de importancia histórica. Después, cuando el intento de conquistar Inglaterra mediante los bombardeos aéreos había sido evidentemente abandonado, dije a Fyvel^[65]: “Esto ha sido Trafalgar. Ahora nos queda Austerlitz”. Pero la analogía no se me ocurrió en su momento.

El *News Chronicle* se vuelve a mostrar muy derrotista; se nota en una protesta muy ruidosa por el abandono de las posiciones de Bengasi, dando a entender que tendríamos que haber intentado tomar Trípoli cuando aún había posibilidades, en vez de retirar a las tropas para enviarlas a Grecia. Y ésas son, precisamente, las personas que habrían puesto el grito en el cielo si hubiéramos seguido con la conquista del imperio italiano y hubiéramos dejado a los griegos en la estacada.

9 de abril

El presupuesto ha eclipsado a la campaña de los Balcanes. Apenas aparece en las noticias. Es lo primero, y no lo segundo lo que se oye comentar a la gente por todas partes.

Las noticias de esta noche tienen toda la apariencia de ser muy malas. El C. griego en C. ha emitido el comunicado de que los serbios se han retirado y han dejado desguarnecido su flanco izquierdo. El significado que tiene una cosa así es que rara vez se hace oficialmente un comunicado como éste —prácticamente, significa que los serbios han abandonado a los griegos a su suerte—, muy rara vez, a menos que las cosas vayan francamente mal.

La Home Guard dispone ahora de metralletas, al menos dos por compañía. Parece que estuviéramos muy lejos de la época en que nos iban a armar con fusiles —sólo que no había fusiles—, cuando pregunté si cabía albergar la esperanza de que nos aprovisionasen de ametralladoras, y se me rieron a la cara de lo absurdo de mi pregunta.

11 de abril

Ayer se informó en los periódicos de que Gran Bretaña va a extender un préstamo de dos millones y medio de libras a España, supongo que en compensación por haber tomado Tánger. Es un síntoma muy malo. A lo largo de la guerra, sólo cuando nos hemos visto en estrecheces desesperadas, en situaciones de gravedad excepcional, hemos comenzado a hacer concesiones a las potencias totalitarias de segunda fila.

12 de abril

La idea de que las tropas alemanas de Libia, o al menos buena parte, han llegado allí por medio de los barcos franceses y a través de los territorios franceses en África, la acepta ya todo el que la oiga comentar. Ni la menor mención de tal posibilidad en la prensa. Tal vez aún sigan cumpliendo la orden de acallar toda crítica contra la Francia de Vichy.

Anteayer vi pescados de agua dulce (percas) en el mostrador de una pescadería. Hace un año, ningún inglés, esto es, los habitantes de las ciudades, habría tocado una cosa así.

13 de abril

No hay noticias reales, en absoluto, sobre Grecia ni sobre Libia. [...] De los dos periódicos que he podido procurarme hoy, el *Sunday Pictorial* era irremediablemente derrotista, y el *Sunday Express*, tal vez, un poco menos pesimista. El *Evening Standard* de ayer traía un artículo de “nuestro corresponsal militar” [...] que lo era mucho más. Todo esto podría llevarnos a pensar que los periódicos, quizás, estén recibiendo malas noticias que no se les permite difundir. [...] Sabe Dios, todo es un caos espantoso. Lo único que tal vez sea alentador es que todos los expertos militares parecen convencidos de que nuestra intervención en Grecia ha sido un desastre, y los expertos militares siempre se equivocan.

Cuando la campaña de Oriente Próximo se decante de uno u otro lado, y la situación se estabilice en cierto modo, pondré fin a este diario. Abarca el periodo comprendido entre las campañas desencadenadas por Hitler en la primavera de 1940 y el año de 1941. En algún momento, dentro de un mes o dos, a lo sumo, tiene que dar comienzo, a la fuerza, una nueva fase. Los primeros seis meses de este diario abarcan la fase cuasi revolucionaria posterior al desastre de Francia. Ahora, evidentemente, nos hallamos en otro periodo del desastre, aunque de otra índole, menos inteligible para la gente corriente, no necesariamente capaz de generar una mejoría política correspondiente. Si vuelvo a leer la parte inicial de este diario, veo que mis predicciones políticas han resultado erróneas, aunque, por así decir, las transformaciones revolucionarias que esperaba que sucedieran están, en efecto, produciéndose, sólo que a cámara lenta. Hice una entrada, ahora lo veo, dando a entender que los anuncios de las empresas particulares habrían desaparecido de las paredes en el plazo de un año. No ha sido así, qué duda cabe; el repugnante anuncio de “Jarabe para la tos” sigue estando visible por todas partes, y también el que dice que “Con Worthington es el doble de hombre”, o el de “La madre de alguien no lava con Persil”, pero son muchos menos, mientras que los carteles gubernamentales son mucho más numerosos. Connolly dijo una vez que los intelectuales tienden a tener razón cuando predicen el rumbo de los acontecimientos, pero que casi nunca aciertan con el tempo en que se producen, lo cual es muy cierto.

Al inscribirme el sábado con el grupo de los 38, me abrumó ver qué pandilla de chaparros lo formaban. Una cosa que sorprende cuando uno ve a un grupo así, seleccionado sólo por la fecha de nacimiento, es lo mucho más deprisa que envejece la clase obrera. No es que viva menos, ni que viva unos cuantos años más que la clase media; es que dispone, en cambio, de una edad madura muy prolongada, que va de los treinta a los sesenta años.

14 de abril

Las noticias de hoy son espantosas. Los alemanes están en la frontera de Egipto; el ejército británico de Tobruk parece haberse visto rodeado, aunque esto se niega con insistencia desde El Cairo. La opinión se divide en cuanto a que los alemanes realmente dispongan de un ejército poderosísimo en Libia o a que sea sólo una fuerza relativamente reducida, mientras que la nuestra es prácticamente inexistente, ya que la mayoría de las tropas y de los vehículos de combate se retiraron a otros frentes tan pronto tomamos Bengasi. A mi juicio, la segunda opción es la más probable, así como que sólo hayamos enviado un contingente europeo a Grecia y hayamos dejado sobre todo a indios y negros en Egipto. D., al que asiste su conocimiento de Sudáfrica, cree que después de la toma de Bengasi el ejército se retiró no tanto para su empleo en Grecia cuanto para rematar la campaña de Abisinia, y que el motivo de que así fuera es puramente político, para dar a los

sudafricanos, que son más o menos hostiles a nosotros, una victoria que los mantuviera de buen humor. Si podemos mantener la posesión de Egipto, todo habrá valido la pena, aunque sólo sea por mantener expedito el mar Rojo y abrir esa ruta a los barcos norteamericanos. Pero el complemento necesario de ello eran los puertos franceses del África Occidental, que podríamos haber tomado hace un año sin luchar apenas.

Pacto de no agresión entre Japón y Rusia; sus términos, al menos los que se han publicado, son extremadamente vagos. Ahora bien, presumiblemente tiene que existir una cláusula secreta, en virtud de la cual Rusia accede a salir de China, sin duda poco a poco y sin reconocer lo que está ocurriendo, como fue el caso en España. De lo contrario, es difícil entender qué sentido puede tener ese pacto.

De Grecia no llegan noticias de ninguna clase. Se repite desde hace tres días, sin cesar, una anécdota absurda, según la cual una patrulla británica, en un vehículo acorazado, sorprendió a un grupo de alemanes.

15 de abril

Ayer noche fui al pub a escuchar las noticias de las nueve y, como llegué con unos minutos de retraso, pregunté a la dueña qué noticias habían dado. “Ah, nunca encendemos la radio. No la escucha nadie, ya ve usted. Además, en la otra barra suena el piano sin cesar, y no van a parar sólo para oír las noticias”. Esto sucedió en un momento en el que es grave la amenaza que pesa sobre el canal de Suez. Vale la pena compararlo con los peores momentos de la campaña de Dunquerque, cuando la camarera me dijo que no habría encendido la radio para oír las noticias si yo no se lo hubiera pedido. [...] Compárese también con el momento, en 1936, en que los alemanes procedieron a reocupar Renania. Estaba entonces en Bamsley. Fui a un pub después de que llegara la noticia, y comenté, sin dirigirme a nadie en concreto: “Los alemanes han cruzado el Rin”. Con vaguedad, como si recordase algo sin saber bien qué, alguien dijo “*Parley vou*” con un marcado acento inglés. Ésa fue toda la respuesta. [...] Así ha sido siempre, en todos los momentos de crisis, desde 1931 en adelante. En todo momento se tiene la sensación de haberse liado a puñetazos contra una impenetrable muralla de estupidez. Claro está que esa estupidez, en ocasiones, les ha valido para no buscarse complicaciones. Cualquier nación europea situada en donde estamos nosotros habría pedido la paz a gritos hace ya mucho tiempo.

17 de abril

Tremendo bombardeo el de anoche, seguramente el más duro desde hace meses, al menos por lo que a Londres se refiere. [...] Una bomba cayó en el campo de críquet de Lord's (los chiquillos han hecho sus ejercicios esta mañana como de costumbre, a pocos metros del cráter) y otra en el atrio de la iglesia de St. John's Wood. Ésta, por fortuna, no cayó entre las tumbas, cosa que llevo tiempo temeroso de que suceda. [...] Esta mañana pasé por una bocacalle en algún rincón de Hampstead; una de las casas estaba reducida a una pila de escombros por efecto de una bomba. Empieza a ser algo tan habitual que apenas llama la atención. La calle está acordonada; estaban retirando cascotes, una hilera de ambulancias a la espera. Bajo un gran montón de ladrillos vi cuerpos destrozados, algunos tal vez todavía vivos.

Las baterías antiaéreas han armado un gran estrépito durante toda la noche. [...] Hoy no encuentro a nadie que reconozca haber dormido en toda la noche. E. dice lo mismo.

La fórmula es la siguiente: “No he podido pegar ojo ni un momento”. Creo que son meras bobadas. Desde luego, es difícil dormir con semejante estruendo, pero E. y yo hemos debido de dormir bastante bien, al menos la mitad de la noche.

22 de abril

He pasado dos o tres días en Wallington. El *blitz* del sábado por la noche se escuchó allí perfectamente, a más de 60 kilómetros de distancia.

Sembré, estando en Wallington, unos veinte o veinticinco kilos de patatas, que, según venga la temporada, tendrían que dar entre cien y trescientos kilos. Sería extraño — espero que no sea así, pero bien podría ser— que, cuando llegue el otoño, esas patatas parezcan un triunfo más importante que todos los artículos, programas de radio, etc., que haya hecho en todo el año.

La línea greco-británica parece haberse desplazado al sur, basculando desde Janina, hasta una posición muy al norte de Atenas. Si los informes de los periódicos son fidedignos, atravesaron la llanura de Tesalia sin sufrir demasiados daños. Lo que altera a todo el mundo, y lo que evidentemente va a provocar una tormenta en Australia, es la ausencia de verdaderas noticias. En su discurso, Churchill dijo que hasta el propio gobierno tiene dificultades para conseguir noticias de Grecia. Lo que a mí más me altera es la repetida declaración de que estamos provocando enormes cantidades de heridos y muertos, que los alemanes avanzan en formación cerrada, que caen como moscas, etc. Exactamente lo mismo se dijo durante la batalla de Francia. [...] El ataque contra Gibraltar o, al menos, algún movimiento adverso en España, evidentemente está programado para pronto. Los discursos de Churchill empiezan a sonar como los de Chamberlain, puramente evasivos, etcétera.

Las tropas británicas entraron en Iraq hace un par de días. De momento no hay noticias sobre si han hecho lo esperado, es decir, limpiar el país de agentes alemanes, etc. Por todas partes se oye decir que “Mosul no le servirá de nada a Hitler, ni siquiera en el supuesto de que llegue. Los británicos volarán antes los pozos petrolíferos”. ¿Seguro? No lo sé. ¿Volaron los pozos de Rumania cuando tuvieron la ocasión? Lo más deprimente en esta guerra no son los desastres que por fuerza habremos de sufrir en esta etapa, sino la certeza de que los que nos dirigen son unos pusilánimes. [...] Es como si la propia vida dependiera de una partida de ajedrez y uno tuviera que sentarse a presenciarla, a ver cómo se desarrollan las jugadas más idiotas, incapaz de impedir que se hagan.

23 de abril

Parece que los griegos se baten en retirada. Evidentemente, en Australia se va a armar una buena. Mientras tan sólo se trate de una investigación sobre lo ocurrido en la campaña de Grecia y de una bronca en toda regla, en la cual se defina la posición que ocupa Australia dentro del Imperio, y tal vez se democratice en cierto modo la conducción de la guerra, al menos, será para bien.

24 de abril

Sigue sin haber noticias precisas sobre Grecia. Todo lo que se sabe es que un ejército griego o parte de él, o posiblemente su totalidad, ha capitulado. Ni una sola

indicación acerca de cuántos hombres tenemos allí, en qué clase de situación se encuentran, si será posible aguantar por más tiempo y, si lo es, dónde, etc. En el *Daily Express*, alguna insinuación hace pensar que prácticamente carecemos de aviones en la zona. Los términos del armisticio trazados por los italianos apuntan evidentemente a una posterior utilización de los prisioneros griegos como rehenes, con la idea de chantajear a los británicos para que renuncien a Creta y a otras islas.

Ni una sola indicación acerca de la actitud de Rusia. Los alemanes están cerca de los Dardanelos; el ataque contra Turquía es, a todas luces, inminente. Los rusos tendrán que decidir, entonces, de una vez por todas, si van a presentar resistencia frente a Alemania, presionar a Turquía para que no se resista y conseguir, tal vez, Irán, a cambio de todo esto, o bien sentarse a ver toda la costa sur del mar Negro en manos de los alemanes. En mi opinión, harán lo segundo o, menos probablemente, lo tercero. En cualquier caso, lo harán con orgías públicas de fariseísmo recalcitrante.

25 de abril

C., de mi sección de la Home Guard, de profesión pollero, aunque en la actualidad comercia con carne de toda clase, ayer compró veinte cebras que el Zoo había puesto en venta. Sólo para carne de perro, claro, no para el consumo humano. Parece un despilfarro. [...] Se dice que en Inglaterra aún hay dos mil caballos de carreras, de pura raza, cada uno de los cuales come entre cinco y ocho kilos de cereal al día. Dicho de otro modo, esos animales devoran a diario el equivalente al pan que consume una división de infantería.

28 de abril

El discurso de Churchill, anoche, muy bueno en cuanto discurso. Pero fue imposible extraer ninguna información de él. El único hecho consistente que pude extraer en claro fue que, en el momento de lanzar su ofensiva en Libia, Wavell nunca pudo concentrar a más de dos divisiones, es decir, unos treinta mil hombres. Oí el discurso en el puesto de la Home Guard. A los hombres les impresionó. Les conmovió, de hecho. Pero creo que sólo dos de los presentes eran de los que ganan menos de cinco libras a la semana. La oratoria de Churchill es realmente muy buena, de un modo un tanto chapado a la antigua, aunque a mí no me gusta su manera de abordar sus discursos. ¡Qué lástima que no pueda, que no quiera o que no tenga permiso para decir nada concreto!

2 de mayo

Ayer por la mañana llegó un hombre de ___ para cortar una funda para nuestro sillón. El tapicero al uso: bajo, atildado, con un deje femenino, abundantes alfileres en toda su persona. Me informó de que éste era el único trabajo a domicilio que iba a hacer en todo el día. Casi a todas horas corta fundas para las armas, que, al parecer, se hacen de la misma manera que las fundas para las sillas. Gracias a eso ___ se mantiene y va tirando, dijo.

3 de mayo

El número de evacuados de Grecia se estima entre cuarenta y un mil y cuarenta y tres mil, aunque se afirma que allí teníamos menos hombres de lo que se había calculado,

probablemente en torno a los cincuenta y cinco mil. Se supone que las bajas han sido unos tres mil, y los prisioneros entre siete y ocho mil, lo cual cuadraría con las cifras de los alemanes. Se dice que se han perdido unos ocho mil vehículos, supongo que vehículos de toda clase. Nada se dice de los barcos, aunque es seguro que se habrán perdido algunos. Spender, uno de los ministros australianos, afirma públicamente que “los fusiles son inservibles contra los tanques, como lo son los arcos y las flechas”. Al menos, es un paso adelante.

Al parecer, en Iraq se ha declarado la guerra en toda regla. En el mejor de los casos, un desastre. [...] Con toda probabilidad, ni siquiera despacharemos como es debido al llamado ejército iraquí, que sin duda podría bombardearse y quedar hecho pedazos en cuestión de unas cuantas horas. O se firmará un acuerdo de alguna clase, según cuyas cláusulas abandonemos todo y dejemos la escena preparada para que suceda lo mismo, una vez más, o bien empezaremos a oír que el gobierno iraquí controla los pozos petrolíferos, pero que eso es lo de menos, ya que ha acordado concedernos todas las facilidades necesarias, etc., y entonces oiremos que los expertos alemanes han empezado a llegar en avión, o por Turquía, o bien que nos hemos puesto a la defensiva y que no se hará nada hasta que los alemanes hayan logrado transportar todo un ejército por vía aérea, momento en el cual tendremos que luchar en franca desventaja. Cada vez que uno se para a examinar la política del gobierno británico, y esto viene siendo verdad sin excepciones desde 1931, se tiene la misma sensación que al apretar el acelerador de un coche al que sólo le funciona un cilindro: una sensación de debilidad y de estancamiento. No se puede saber por anticipado qué es lo que harán, pero sí se sabe a ciencia cierta que en ningún caso cabe la posibilidad de que tengan éxito, o de que actúen siquiera antes de que sea demasiado tarde. [...] Es curioso cuán confiado se siente uno cuando se trata solamente de luchar, y cuán desamparado cuando es cuestión de estrategia o de diplomacia. Se sabe por anticipado que la estrategia de un gobierno británico de signo conservador está condenada al fracaso, porque no existe la voluntad de lograr el éxito. Los escrúpulos que tienen a la hora de atacar a los países neutrales —y ésa es la principal diferencia estratégica entre los alemanes y nosotros en esta guerra— son meramente síntoma de un deseo inconsciente de fracasar. Nadie tiene escrúpulos cuando lucha por una causa en la que de veras cree.

6 de mayo

Los turcos se han ofrecido a mediar en Iraq. Seguramente, es mala señal. Movilizaciones en Irán. El gobierno estadounidense ha dejado de enviar material de guerra a la URSS, buena cosa en sí misma, aunque probablemente sea otra mala señal.

Asombrosos espectáculos en las estaciones de metro cuando uno entra a altas horas de la noche. Lo más pasmoso es el aire de limpieza, de normalidad, de interior doméstico, que ahora tiene todo. Sobre todo las parejas casadas, jóvenes, que uno imaginaría ver en plan casero, cauto, que probablemente compren su casa en modo de cooperativa, embutidos muy juntos los dos bajo un cobertor de color rosa. Y las familias numerosas que se ven aquí y allá, el padre y la madre y varios hijos tendidos en fila, como los conejos sobre el mármol del carnicero. Se les ve apaciblemente dormidos bajo la intensa luz de los faroles. Los niños están tendidos boca arriba, con las mejillas sonrosadas, como muñecos de cera, y duermen a pierna suelta.

11 de mayo

La noticia más importante de los últimos días, escondida en una de las últimas páginas de los periódicos, es el anuncio ruso de que ya no pueden reconocer a los gobiernos de Noruega y de Bélgica. Igual en el caso de Yugoslavia, según los periódicos de ayer mismo. Se trata del primer gesto diplomático desde que Stalin se proclamó primer ministro, y equivale al anuncio de que Rusia ahora dará su aquiescencia a cualquier acto de agresión. Tienen que haberlo hecho bajo una intensa presión de los alemanes, y si se pone en relación con el cese de Molotov, ha de indicar una definitiva orientación de la política rusa, que se pone del lado de Alemania, para lo cual es necesaria la autoridad personal de Stalin. No pasará mucho tiempo hasta que hagan algún gesto de hostilidad contra Turquía o Irán, o contra ambos.

Copioso bombardeo el de anoche. Una bomba causó ligeros daños en este edificio, la primera vez que sucede en una de las casas en las que yo he estado. A eso de las dos de la madrugada, en medio del fuego habitual de las baterías antiaéreas y de las bombas lejanas, un estrépito devastador que nos despertó, aunque no se rompieron las ventanas ni retembló la habitación de manera notable. E. se levantó y se acercó a la ventana, desde donde oyó a alguien gritar que éste era el edificio que había sido alcanzado. Poco después salimos al pasillo y vimos mucho humo. Oía a goma quemada. Al asomarnos a la azotea, vimos incendios enormes en los cuatro puntos cardinales; al oeste saltaban llamaradas gigantescas, en lo que debía de ser algún almacén lleno de material inflamable. El humo ascendía hasta la azotea, aunque al final llegamos a la conclusión de que no era este bloque el que fue alcanzado por el proyectil. El humo era ya tan espeso que a duras penas se veía nada en el pasillo. Oímos gritos entonces: “¡Sí, sí! ¡Todavía queda alguien en el número 111!”. Y los guardias nos gritaban que saliésemos. Nos pusimos algo de ropa, cogimos un par de cosas y salimos, suponiendo en ese momento que la casa podía haberse incendiado y que, tal vez, fuera imposible regresar. En tales momentos uno toma lo que cree que es importante. Después, me di cuenta de que lo que me llevé no era mi máquina de escribir ni ningún documento, sino mis armas de fuego y una mochila con comida, etc., que siempre está lista para cualquier eventualidad. En realidad, lo ocurrido fue que la bomba había causado un incendio en el garaje, con la consiguiente quema de los coches que estaban dentro. Fuimos a casa de los D., que nos dieron una taza de té, y nos comimos una tableta de chocolate que teníamos reservada desde hace meses. Después, le comenté a E. que tenía la cara tiznada de hollín. “¿Y cómo te crees tú que tienes la tuya?”, me dijo. Me miré en un espejo y vi que la tenía renegrida. No se me había ocurrido que pudiera ser el caso.

13 de mayo

Carezco por completo de una teoría que explique las razones de la llegada de Hess^[66]. Es completamente misterioso. Lo único que tengo claro es que, si existe una posibilidad de que se nos escape la oportunidad propagandística que representa, el gobierno británico se encargará de no desaprovecharla.

18 de mayo

Iraq, Siria, Marruecos, España, Darían^[67], Stalin, Raschid Alí, Franco: sensación de absoluto desamparo. Si se puede hacer algo erróneo, se hará de manera infalible. Uno ha terminado por creer que se trata de una ley de la naturaleza.

Ayer, o anteayer, en los carteles de los periódicos: “Los nazis utilizan bases aéreas en Siria”, y noticias en el periódico de que cuando se anunció en el Parlamento, se oyeron gritos: “¡Qué vergüenza!”. Al parecer, hay personas capaces de extrañarse de que se incumplan los términos de un armisticio y de que los nazis hagan uso del imperio francés. Y, sin embargo, cualquier persona ajena, como yo mismo, pudo darse cuenta de que sucedería una cosa así el día mismo en que Francia quedó al margen de la guerra.

Evidentemente, toda posibilidad de ganar la guerra de una manera decente se ha ido al garete. El plan de Churchill y compañía no es otro que, aparentemente, ceder en todo y luego recuperarlo mediante los aviones norteamericanos y mediante ríos de sangre. Obvio es que no pueden hacerlo bien. El mundo entero se volvería contra ellos, Norteamérica incluida. En el plazo de dos años, o nos habrán conquistado o seremos una república socialista que luche a la desesperada por su vida, con una fuerza de la policía secreta y la mitad de la población medio muerta de hambre. La clase dirigente británica se ha condenado a muerte cuando no supo tomar Dakar, las Canarias, Tánger y Siria mientras aún existía la oportunidad de hacerlo.

21 de mayo

Todos pendientes de Creta. Todo el mundo dice lo mismo, que será la demostración definitiva, en un sentido o en otro, de las posibilidades que tienen de invadir Inglaterra. Podría ser así, qué duda cabe, si se nos comunicara el único hecho relevante, a saber, cuántos hombres tenemos allí y de qué material bélico disponen. Si tenemos entre diez y veinte mil, y son de infantería, los alemanes podrían vencerlos meramente por número, aun cuando no pudieran desembarcar tanques, etc. En conjunto, las circunstancias en Creta son mucho más favorables a los alemanes de lo que podrían ser en Inglaterra. En la medida en que el ataque contra Creta sólo sea una probatina, es mucho más probable que se trate de un ensayo general del ataque contra Gibraltar.

24 de mayo

Las noticias de Creta son ostensiblemente bastante buenas, aunque hay una nota de pesimismo visible en todas partes, bajo la superficie, y es que no hay noticias de Siria ni de Iraq, y ése es el peor indicio. Darlan anuncia que no va a hacer entrega de la flota francesa. Es más andarse con miramientos, sin duda, debido a una mentira tan patente como ésa.

25 de mayo

He oído, en privado, que hemos perdido tres cruceros en las operaciones de las costas de Creta. Muchas disculpas en los periódicos por el hecho de no tener aviones en la región. No hay explicación de por qué los aeródromos existentes en Creta no se han inutilizado con anterioridad para los transportes de tropas alemanes, ni por qué hemos fallado a la hora de armar a la población cretense hasta que ya era tarde para hacerlo.

31 de mayo

Sigo sin estar nada contento con Abisinia. Hoy, en un noticiario, he visto a las tropas sudafricanas marchar camino de Addis Abeba. En el palacio imperial (o en el edificio que

fuera) fue izada primero la bandera británica, y sólo se izó después la bandera de Abisinia.

1 de junio

Dejamos el campo libre en Creta. Se habla de la evacuación de trece mil hombres. Aún no se han dado cifras sobre el total de hombres implicados. Se dará una impresión terrible si retiramos a las tropas británicas y dejamos solos a los griegos, aunque desde un punto de vista militar, a sangre fría, tal vez sea lo más indicado.

Los británicos han entrado en Bagdad. Sería todavía mejor saber que están ya en Damasco. Se tiene, por adelantado, la certeza de que los términos de un acuerdo de paz con los iraquíes no serán demasiado duros, esto es, no se tomará posesión de los pozos petrolíferos, con la condición de que se les conceda un armisticio. Hess ha desaparecido de las noticias desde hace unos cuantos días. Las evasivas que se dieron por respuesta a toda pregunta acerca de él en el Parlamento, así como el desmentido de que el duque de Hamilton nunca hubiera recibido una carta suya; la afirmación de que el Ministerio de Información estaba “desinformado” cuando hizo circular esta noticia, más el aparente fracaso de toda la Cámara a la hora de indagar quién había desinformado al Ministerio de Información resultan tan deshonorosas, en general, que me siento tentado de hojear el Hansard^[68], por comprobar si no hubo censura previa en los reportajes de prensa.

Acaban de sonar las sirenas, tras un periodo de tres semanas en el que no se había producido un solo ataque aéreo.

3 de junio

Ahora que se ha dado por concluida la evacuación de Creta, se sigue hablando de la retirada de veinte mil hombres. Por lo tanto, obviamente ha tenido que comenzar la evacuación mucho antes de lo que se reconoció en los periódicos, y es probable que los barcos hundidos se perdieran durante esa operación. Las pérdidas totales presumiblemente alcanzarán unos diez mil hombres, siete barcos de guerra (tres cruceros y cuatro destructores), probablemente algunos mercantes y bastantes baterías antiaéreas, así como unos cuantos tanques y aviones. Y todo esto absolutamente por nada. [...] Los periódicos critican con más arrojo que nunca el que no se haya hecho nada hasta la fecha. Uno de los rotativos australianos señala que no sirve de nada defender Chipre a menos que se tomen acciones contra Siria. Aparentemente, no hay indicios de que así sea. Esta mañana, noticias de que los alemanes ya han desembarcado con unidades acorazadas en Latakia. Junto a esto, vagas insinuaciones de que los británicos “podrían” invadir Siria. Dentro de unos cuantos días, tal vez, ya sea tarde, si es que un retraso de seis meses no es ya excesivo.

8 de junio

Los británicos han entrado en Siria esta mañana.

14 de junio

Completo misterio, en torno al cual nadie tiene noticias de verdad, sobre el estado de las relaciones entre Rusia y Alemania. Aún no he podido tomar contacto con nadie que haya visto a Cripps desde su regreso de Moscú. Sólo es posible juzgar por probabilidades,

en general, y me parece que los dos hechos rectores son los siguientes: (I) Stalin no irá a la guerra contra Alemania si hay alguna manera, siempre que no sea el suicidio, de evitarlo; (II) a Hitler no le compensa desprestigiar a Stalin en este momento, ya que constantemente lo utiliza en contra de la clase obrera del mundo. Antes que atacar directamente a Rusia, y antes que buscar ningún acuerdo que manifiestamente sea una desventaja para Rusia, es más probable que haga alguna concesión enmascarada de alianza, tal vez encubierta bajo un ataque contra Irán o Turquía. Entonces tendremos noticias de que se ha acordado un “intercambio de técnicos”, etc., y de que parece haber bastantes ingenieros alemanes en Bakú. Sin embargo, la posibilidad de que toda la maniobra aparente sea un mero farol para encubrir algún otro movimiento en otra parte, posiblemente la invasión de Inglaterra, hay que tenerla muy en cuenta.

19 de junio

Pacto de no agresión entre Alemania y Turquía. He aquí nuestra recompensa por no habernos apoderado rápidamente de Siria. A partir de ahora, la prensa turca se volverá contra nosotros, lo cual surtirá efecto en los países árabes.

Ayer se corrió el Derby en Newmarket, y a la carrera, al parecer, asistió un gentío inmenso. Incluso el *Daily Express* manifestó su irrisión. El *Evening Standard* ha declarado, en varias ocasiones, que Hitler ha de proceder a la invasión de Gran Bretaña en un plazo de ochenta días, y sugiere que las maniobras en la Europa del Este posiblemente sean una manera de disimularlo. Aunque yo creo que se ha dicho con la intención de atemorizar a la gente para que trabaje con más ahínco.

El gobierno británico ha dejado de emitir salvoconductos a los barcos con base en Petsamo y ha detenido a tres barcos finlandeses, sobre la premisa de que Finlandia es ahora a todos los efectos territorio ocupado por el enemigo. Se trata de la indicación más definitiva de que algo está ocurriendo entre Rusia y Alemania.

20 de junio

Hemos pasado unos cuantos días en una situación de semideshielo. Me ha sorprendido que una de las consecuencias beneficiosas de esta guerra, por nimia que sea, es que ha sacudido a los periódicos de su hábito más bien idiota de sacar en titulares la climatología reinante ayer.

22 de junio

Los alemanes han comenzado esta mañana la invasión de Rusia. Todo el mundo está muy alborotado. Se da universalmente por supuesto que esta novedad es ventajosa para nosotros. Lo será solamente, sin embargo, si los rusos se proponen defenderse y plantar una seria resistencia, que aun cuando no fuera suficiente para parar a los alemanes al menos sirva para desgastar su Fuerza Aérea y Naval. Es evidente que el objetivo inmediato de los alemanes no tiene nada que ver con el territorio ni con las reservas de petróleo, sino con el afán de barrer a la Fuerza Aérea rusa y así suprimir un peligro de su retaguardia cuando se ocupen por fin de Inglaterra. Es imposible averiguar qué clase de espectáculo pueden presentar los rusos. El peor presagio es que los alemanes, probablemente, no habrían intentado siquiera la invasión si no tuvieran la seguridad de que pueden salirse con la suya,

y además con bastante celeridad.

23 de junio

El discurso de Churchill, en mi opinión, muy bueno. No agrada a la izquierda, pero es que olvidan que ha de hablar para el mundo entero, esto es, para los norteamericanos del Medio Oeste, para los aviadores y los oficiales de la Marina, para los tenderos y agricultores descontentos, y, también, para los propios rusos, así como para los partidos políticos de izquierdas. Sus referencias hostiles al comunismo fueron completamente acertadas, y sencillamente vinieron a destacar el hecho de que ese ofrecimiento de ayuda fue sincero. Es fácil imaginar que los corresponsales del *New Statesman*, etc., habrán puesto el grito en el cielo. ¿Qué clase de impresión creen que produciría si Stalin se pusiera en pie y anunciara que “siempre he sido un partidario convencido del capitalismo”?

Imposible adivinar qué impresión causará en los Estados Unidos este movimiento por parte de Hitler. La idea de que inmediatamente se ha de crear en Inglaterra un fuerte partido pronazi es un craso error. Hay, qué duda cabe, personas adineradas a las que mucho les gustaría ver cómo destruye Hitler el régimen soviético, pero siempre estarán en franca minoría. Los católicos, desde luego, estarán entre ellos, aunque probablemente sean demasiado agudos para mostrar sus cartas antes de que la resistencia rusa comience a desmoronarse. Hablando con la gente del Home Guard, incluidos los reaccionarios y los empresarios acaudalados, he comprobado que todos son completamente prorrusos, aunque son grandes las divisiones en cuanto a la capacidad de resistencia que puedan tener los rusos. Típica conversación, que recojo con toda la fidelidad que me permite la memoria:

Mayorista de pollos: “Bueno, es de esperar que los rusos les den una buena tunda”.

Fabricante de ropa (judío): “No será así. Se hundirán en un visto y no visto, como la última vez. Ya lo verá usted”.

Médico (extranjero, tal vez refugiado): “Se equivoca usted por completo. Todo el mundo ha subestimado la fuerza de Rusia. Derrotarán a los nazis de una forma apabullante”.

Mayorista de alimentación: “Maldita sea, si son nada menos que doscientos millones”.

Fabricante de ropa: “Sí, pero no están organizados”. Etcétera.

Todo ello se dice desde la más absoluta ignorancia, pero pone de manifiesto cuáles son los sentimientos de la gente. Hace tres años, la inmensa mayoría de las personas que ganan por encima de mil libras al año, o incluso unas seis libras por semana, se habrían puesto de parte de los alemanes en contra de los rusos. Ahora mismo, el odio que se siente hacia los alemanes les ha hecho olvidar todo lo demás.

Todo depende, en realidad, de que Rusia y Gran Bretaña estén realmente dispuestas a cooperar, sin *arrière pensées* y sin cargar el peso de la lucha la una en la otra. No cabe duda de que existe en Rusia un fuerte partido pro nazi, y yo osaría decir, incluso, que Stalin está al frente de él. Si Rusia vuelve a cambiar de bando y Stalin desempeña el papel que ha desempeñado Pétain, no cabe duda de que los comunistas lo seguirán y volverán a ser partidarios de los nazis. Si el régimen soviético es sencillamente arrasado y Stalin muere, o es hecho prisionero, muchos comunistas, en mi opinión, se mostrarían de veras leales a Hitler. En estos momentos, los comunistas británicos han emitido una suerte de manifiesto en el que se pide un “gobierno popular”, etc. Cambiarán de chaqueta en cuanto llegue el

comunicado de prensa y la limosna de Moscú. Si los rusos de veras resisten, no les interesa que haya un gobierno débil en Gran Bretaña, ni que estén operativas aquí las influencias subversivas al uso. Los comunistas, a buen seguro, serán superpatriotas en menos de diez días. Su eslogan, seguramente, será “Todo el poder para Churchill”. Y nadie les hará ningún caso. En cambio, si la alianza entre ambos países es genuina, si hay una cierta cantidad de toma y daca, el efecto político interno en ambas partes ha de ser el mejor. Las especiales circunstancias que hicieron de la ayuda militar rusa una pésima influencia en España no existen aquí.

Todo el mundo comenta por adelantado qué pesadez serán los rusos libres. Se predice que se comporten igual que los rusos blancos de antaño. La gente se imagina a Stalin en una tiendecita de Putney, vendiendo samovares y bailando canciones populares caucásicas, etcétera.

30 de junio

No llegan noticias reales de la campaña ruso-germana. Extravagantes afirmaciones por parte de ambos bandos a lo largo de toda la semana acerca del número de tanques enemigos capturados, etc. Todo lo que de veras se puede creer es la captura de poblaciones, etc., y las afirmaciones alemanas no son por el momento sustanciales. Se han apoderado de Lemberg y parece que han ocupado Lituania, y también afirman haber llegado más allá de Minsk, aunque los rusos destacan que han detenido su avance. Sea como fuere, no se ha producido una gran penetración. Todo el mundo parece sumamente optimista, demasiado. “Los alemanes se han excedido en sus cálculos, han comido con los ojos. Si Hitler no logra asentar una auténtica penetración en territorio ruso para la semana que viene, está acabado”. Son pocos los que reparan en que los alemanes son buenos soldados, y que no habrían emprendido esta campaña sin sopesar a fondo, de antemano, todas sus opciones. Las estimaciones más sobrias son de esta guisa: “Si en octubre aguanta todavía un ejército ruso que combata contra Hitler, éste estará acabado seguramente cuando entre el invierno”. A saber cómo se puede interpretar la acción del gobierno ruso para confiscar todos los aparatos de radio en manos de particulares. Es susceptible de diversas explicaciones.

No hay nada definido sobre la naturaleza de nuestra alianza con la URSS. Ayer noche, todo el mundo aguardaba con cierta intriga por si sonaba la Internacional tras los himnos nacionales de los demás aliados. No sucedió tal cosa, claro está. Sin embargo, también pasó mucho tiempo hasta que el himno nacional de Abisinia se añadiera a los demás. Al final, tendrán que incluir alguna melodía que represente a la URSS, aunque elegirla será una cuestión peliaguda.

3 de julio

El discurso de Stalin emitido por la radio es una vuelta directa al Frente Popular, en la línea de defensa de la democracia, y es, en efecto, una completa contradicción en los términos de todo lo que él y sus seguidores llevan diciendo en los últimos dos años. Fue, sin embargo, un magnífico y encendido discurso de combate, perfecta contrapartida al de Churchill, y dejó bien claro que no existe intención de llegar a un acuerdo con los alemanes, al menos en estos momentos. En determinados pasajes parecía dar a entender que se contempla la posibilidad de una retirada en masa. Hizo referencia a Gran Bretaña y a los Estados Unidos en términos amistosos, más o menos en calidad de aliados, aunque

aparentemente no existe aún una alianza formalizada. Habló de Ribbentrop y compañía tachándolos de “caníbales”, que es como se les ha llamado en *Pravda*. Aparentemente, una de las razones de la extrañísima fraseología con que se traducen a menudo los discursos rusos es que el ruso contiene un léxico tan amplio de palabras insultantes que no existe equivalencia en inglés.

No se podría encontrar mejor ejemplo de la superficialidad moral y emocional de nuestro tiempo que el hecho de que todos seamos ahora mismo más o menos proestalinistas. Ese asesino repugnante está provisionalmente de nuestra parte, de modo que las purgas, etc., han sido de pronto olvidadas. Igual sucedería con Franco, Mussolini, etc., si de pronto se pusieran de nuestra parte. Lo más que en verdad se puede decir a favor de Stalin es que probablemente sea sincero en un plano individual, ya que sus seguidores no pueden serlo, pues sus interminables cambios de fachada se deben en cualquier caso a sus propias decisiones. Se trata de que “cuando el Padre cambia de camino, todos cambiamos con él”, y es de suponer que el padre cambia de camino porque el espíritu lo anima.

6 de julio

Varios de los periódicos se muestran muy intranquilos porque no hacemos más para ayudar a la URSS. Desconozco si está previsto tomar alguna acción, además de las incursiones aéreas, pero si no se intenta nada, al margen de las consecuencias políticas y militares que la inactividad pueda tener, es un síntoma desde luego inquietante. Y es que, si ahora no somos capaces de realizar una ofensiva terrestre, cuando los alemanes tienen ciento cincuenta divisiones ocupadas en Rusia, ¿cuándo demonios seremos capaces de hacerlo? No he oído rumores de ninguna clase acerca de la movilización de las tropas, de modo que al menos aparentemente no se prepara ninguna expedición desde Inglaterra. Las únicas novedades son el comienzo de las grandes exigencias de Beaverbrook, que ahora demanda tanques como sea, como el año pasado demandó aviones. Pero eso es algo que no puede dar ningún fruto hasta que pasen unos meses, y no hay indicios de dónde se prevé el empleo de esos tanques. No puedo dar crédito a que vayan a utilizarlos para repeler una invasión alemana. Si los alemanes estuvieran en situación de traer aquí gran cantidad de unidades acorazadas, esto es, si tuvieran completo dominio del mar y del aire, ya habríamos perdido la guerra.

Nada se dice de la alianza formal con Rusia, ni tampoco nada que aclare nuestra relación con ellos, a pesar de ciertas declaraciones amistosas por ambas partes. No podemos, obviamente, asumir ningún riesgo excesivo mientras no se tenga seguridad de que su alianza con nosotros es firme, esto es, de que seguirán luchando incluso después de lograr repeler la invasión.

No hay noticias fiables desde los frentes de guerra. Los alemanes han cruzado el río Pruth, pero parece que se pone en duda que hayan cruzado también el Beresina. La destrucción del enemigo que se afirma por ambas partes es obviamente una falsedad. Los rusos afirman que las víctimas alemanas ya rondan los setecientos mil hombres, esto es, el diez por ciento de todo el ejército de Hitler.

He examinado unos cuantos periódicos católicos y varios ejemplares de Truth^[69] por ver cuál es la actitud que tienen acerca de nuestra “alianza” con la URSS. Los periódicos católicos no se han tornado pro nazis, y es posible que no lo hagan. Aparentemente, la “línea” consiste en que Rusia está objetivamente de nuestra parte, por lo cual es preciso apoyarles, aunque no debe cerrarse una alianza bien definida. Truth, que odia a Churchill,

adopta en gran medida esa misma línea, aunque tal vez sea un ápice más contrario a Rusia. Algunos de los periódicos católicos irlandeses se han vuelto al parecer francamente pro nazis. De ser así, habrá repercusiones similares en los Estados Unidos. Será interesante ver si la “neutralidad” que se ha impuesto a la prensa irlandesa, que le impide hacer ningún comentario sobre ninguno de los países beligerantes, se aplica en el caso de Rusia, ahora que Rusia ha entrado en la guerra.

La Convención Popular ha aprobado por mayoría el pleno respaldo al gobierno y la exigencia de “una vigorosa prosecución de la guerra”: sucede sólo quince días después de que exigieran “una paz popular”. Corre la historia de que, cuando llegó la noticia de la invasión de Rusia por parte de Hitler a un café de Nueva York donde estaban charlando algunos comunistas, uno de ellos, que había ido al retrete, regresó a la mesa y se encontró con que la “línea oficial del partido” había cambiado por completo en su ausencia.

28 de agosto

Soy definitivamente empleado de la BBC.

La línea del frente oriental, en la medida en que haya una línea, pasa aproximadamente por Tallin, Gomel, Smolensk, Kiev, Dnepropetrovsk, Jerson. Los alemanes han ocupado un área que debe de ser bastante mayor que Alemania, pero no han destruido los ejércitos rusos. Los británicos y los rusos invadieron Irán hace tres días; los iraníes han liado el petate para dejar campo libre. No hay siquiera rumores que valga la pena tener en cuenta acerca de los movimientos de tropas en este país. Ya sólo tienen de plazo un mes, más o menos, para iniciar alguna ofensiva en el continente, y no creo que se hayan propuesto nada en esa línea. Bajo los términos de la declaración conjunta Churchill–Roosevelt se puede interpretar que el sentimiento antihitleriano en los Estados Unidos se ha enfriado notablemente a resultas de la invasión de la URSS. Por otra parte, no hay síntomas de que por eso mismo en este país haya aumentado la voluntad de soportar los sacrificios, etc. Siguen oyéndose quejas populares porque no hacemos lo suficiente para ayudar a la URSS, pero no son tampoco voluminosas. Creo que la campaña de Rusia puede darse por zanjada, en el sentido de que Hitler no podrá penetrar hasta el Cáucaso y Oriente Medio al menos durante este invierno, aunque tampoco va a producirse el desmoronamiento alemán. Hitler ha causado mayores daños de los que ha sufrido. En este momento no se tiene la victoria a la vista. Nos espera una guerra larga, terrible, agotadora, durante la cual todo el mundo será más pobre a cada día que pase. La nueva fase que ya predije anteriormente ha comenzado. El periodo cuasi revolucionario que comenzó con Dunquerque ha concluido. Por lo tanto, y como tenía previsto hacer, pongo fin a este diario.

14 DE MARZO–15 DE NOVIEMBRE DE 1942

14 de marzo de 1942

Reanudo este diario tras un intervalo de unos seis meses, estando la guerra en una nueva fase.

No se ha publicado la fecha real del viaje de Cripps a la India, aunque es de suponer que ya lo haya emprendido^[70]. La opinión pública, en general, se muestra sombría sobre los motivos del viaje. Un comentario frecuente: “Lo hacen para quitarlo de en medio” (que es, por cierto, una de las razones que se han alegado en la radio alemana). Esto es una

completa estupidez, que refleja muy bien el provincianismo del pueblo inglés, incapaz de comprender que la India tenga importancia. Las personas mejor informadas se muestran pesimistas al respecto, porque el hecho de que el gobierno no haya hecho públicos los términos del acuerdo con la India indica que casi con toda seguridad no son términos aceptables. Imposible descubrir de qué poderes está investido Cripps. Quienes tal vez sepan algo no revelan nada, y sólo cabe leer algunos indicios por vía indirecta. Por ejemplo, propongo en mi boletín^[71] que, habiendo dado a Cripps tanta propaganda, se le quiere tildar de extremista político. De ahí se sigue la natural advertencia: “No vayamos demasiado en esa dirección”, que suscita la suposición de que los de arriba no tienen demasiadas esperanzas de que se ofrezca a la India la plena independencia.

Corren toda clase de rumores. Muchas personas parecen haber dado en sospechar que Rusia y Alemania firmarán una paz por separado antes de que acabe el año. Según mis estudios de las emisiones radiofónicas tanto alemanas como rusas, he llegado hace tiempo a la conclusión de que las noticias sobre las victorias rusas están en gran medida falseadas, aunque es evidente que la campaña tampoco ha seguido al pie de la letra los planes de los alemanes. Pienso que los rusos solamente han conseguido la misma clase de victoria que nosotros en la Batalla de Inglaterra, es decir, el aplazamiento provisional de la derrota, aunque nada esté decidido. No creo que se firme una paz por separado, a menos que Rusia realmente esté en las últimas, pues no creo que ni Rusia ni Alemania puedan renunciar a Ucrania. Por otra parte, algunos piensan (esto me ha llegado por Abrams, por ejemplo, que es un ruso báltico que tiene intensas simpatías estalinistas, aunque probablemente no sea miembro del PC) que si los rusos lograsen echar a los alemanes de su tierra, bastaría como una especie de paz no declarada, y, en lo sucesivo, los combates serían de mentira.

Rumores acerca de la marcha de Beaverbrook^[72]:

Cripps insistió en que dimitiera como condición para formar parte del gobierno.

Beaverbrook fue descartado porque se sabe que está en contacto con Goering, de cara a un compromiso de paz.

El ejército insistió en la renuncia de Beaverbrook porque éste ha insistido en enviar todos los aviones a Rusia, etc., en vez de enviarlos a Libia y a Oriente Próximo.

Llevo en la BBC seis meses. Seguiré en plantilla si se producen los cambios políticos que preveo. Si no, seguramente me iré. El ambiente está a medio camino entre una escuela de señoritas y un manicomio para locos de atar, y todo lo que hacemos en la actualidad es absolutamente inútil, o algo ligeramente peor que inútil. Nuestra estrategia radiofónica es aún más enclenque que nuestra estrategia militar. No obstante, uno enseguida adquiere una mentalidad propagandística y desarrolla una astucia de la que previamente carecía. Por ejemplo, en mis boletines alego recurrentemente que los japoneses urden un ataque contra Rusia. No sólo no lo creo, sino que dudo mucho que así sea, pero el cálculo es el siguiente:

Si los japoneses atacan a Rusia, podremos decir: “Ya os lo avisamos”.

Si los rusos atacan primero, al haber dado propaganda a la imagen de la trama japonesa de antemano, podemos fingir que fueron los japoneses los que iniciaron el ataque.

Si no estalla la guerra entre ambos países, podemos asegurar que es porque los japoneses tienen demasiado miedo de Rusia.

Toda propaganda es mentira, incluso la que propaga la verdad. No creo que esto importe mucho, al menos, mientras uno sepa qué está haciendo y por qué lo hace. [...]

El 11 de marzo de 1942 comencé a propagar el rumor de que se va a racionar la cerveza, y se lo dije a tres personas distintas. Me interesa ver en qué momento me llega ese

rumor. (30 de mayo de 1942: nunca me ha llegado devuelto, lo cual no arroja ninguna luz sobre el modo en que cobran cuerpo los rumores).

El otro día charlé un rato con William Hickey^[73], que acaba de regresar de los Estados Unidos. Dice que la moral allí está por los suelos. La producción no cumple los plazos, y el sentimiento antibritánico de toda clase es generalizado, así como el sentimiento antirruso, fomentado por los católicos.

15 de marzo

Breve alerta antiaérea a las once y media de la mañana. No hubo bombas ni fuego de artillería. Es la primera vez en diez meses que se oyen las sirenas. Por dentro, bastante asustado. Y todo el mundo igual, aunque con la estudiada actitud del que no toma nota y, desde luego, 110 hace referencia a que hubiera un ataque hasta que no sonase la señal de que la alarma hubiera concluido.

22 de marzo

Empson^[74] me cuenta que el Ministerio de Exteriores ha prohibido estrictamente cualquier insinuación de que Japón tenga previsto atacar a la URSS. Así pues, la cuestión se evita de una manera consciente en las emisiones para el Lejano Oriente, a la vez que se insiste en ella a todas horas en las emisiones para India. Aún no se ha llegado a comentar que lo estamos difundiendo, que no se nos ha avisado de lo contrario, que oficialmente nada sabemos de la prohibición, de modo que sacamos el mejor partido de la oportunidad mientras dure. El mismo caos por todas partes en el frente propagandístico. Por ejemplo, *Horizon* por poco se quedó sin reservas de papel para imprimir ejemplares de cara a la exportación, debido a mi artículo sobre Kipling (todo en orden en el último momento, gracias a la intervención de Harold Nicolson y de Duff Cooper), a la vez que la BBC me pidió que escribiera un “Perfil” basado en el artículo.

La propaganda alemana es incoherente, pero de manera distinta; es decir, lo es de manera intencional, con una absoluta falta de escrúpulos a la hora de ofrecer de todo a todos, libertad a la India y un imperio colonial a España, emancipación a los xhosas sudafricanos y leyes raciales más estrictas a los bóers, etc. Todo es bastante sólido desde un punto de vista propagandístico, al menos en mi opinión, viendo el altísimo grado de ignorancia política en que vive la mayoría de la gente, el desinterés que existe por todo lo que esté más allá de sus asuntos inmediatos, lo poco que impresionan tales incoherencias. Hace unas semanas, la NBBS^[75] atacaba de hecho a la Workers’ Challenge Station^[76], avisando al oyente que no la sintonizara, ya que está “financiada por Moscú”.

Los comunistas de México vuelven a emprender la persecución de Víctor Serge^[77] y de otros refugiados trotskistas que llegaron a ese país desde Francia. Se pide su expulsión, etc. La misma táctica que en España. Me deprime horriblemente ver surgir de nuevo esas antiguas intrigas, no tanto porque sean moralmente repugnantes, sino más bien por esta reflexión: a lo largo de veinte años, el Comintern ha utilizado estos métodos, y en todas partes ha sido el Comintern derrotado por los fascistas, por lo cual, al estar ligados a ellos por una especie de alianza, seremos derrotados con ellos.

Las sospechas de que Rusia se propone firmar una paz por separado parecen haberse extendido ampliamente. De los dos, a Rusia le sería más fácil rendir Ucrania, sobre bases tanto geográficas como psicológicas, aunque es evidente que no puede entregar los

campos petrolíferos del Cáucaso sin plantar batalla. Uno de los posibles desenlaces sería un acuerdo secreto entre Hitler y Stalin, según el cual Hitler retuviera el territorio ruso que haya ocupado, o al menos partes del mismo, aunque en lo sucesivo se abstendría de lanzar nuevos ataques, dirigiendo en cambio su ofensiva hacia el sur, hacia los campos petrolíferos de Iraq e Irán, de modo que Rusia y Alemania mantuvieran entretanto la ficción de una guerra de mentira. Se me antoja que una paz por separado tiene con toda certeza más probabilidades de producirse caso de que realicemos una invasión continental a lo largo de este año, porque, si logramos poner en aprietos a los alemanes y comprometemos en la lucha a una parte sustancial de su ejército, Rusia se hallará inmediatamente en mucho mejor posición tanto para recuperar los territorios ocupados como para negociar. No obstante, sigo pensando que deberíamos invadir Europa si los transportes navales están a la altura. Lo único que podría poner coto a esta clase de traiciones asquerosas es una firme alianza entre la URSS y nosotros, con una detallada declaración de los objetivos de guerra. Imposible, mientras tengamos este gobierno, y posiblemente también lo sea mientras Stalin siga en el poder: al menos, sólo será posible si pudiéramos lograr otra clase de gobierno y luego hallásemos una vía para hablar, por encima de la cabeza de Stalin, con el pueblo ruso.

La misma sensación que se tenía durante la Batalla de Francia: que no hay noticias. Surge principalmente de la inagotable lectura de los periódicos. En relación con mis boletines, ahora leo cuatro o cinco matutinos todos los días y varias ediciones de los vespertinos, además del informe de seguimiento de escuchas diario. La cantidad de material nuevo que trae cada artículo impreso, de los muchos leídos, es tan exigua que se tiene la sensación de que no sucede nada. Además, cuando las cosas van mal es fácil preverlo todo. El único acontecimiento que me ha sorprendido en las últimas semanas es la misión de Cripps en la India.

27 de marzo

Se supone que mañana se dará publicidad a los términos del acuerdo que propuso Cripps a la India. Entretanto, sólo rumores, todos ellos verosímiles, aunque completamente incompatibles unos con los otros. El que goza de mayor respaldo es que a la India se le ha ofrecido un tratado similar al de Egipto. K. S. Shelvankar^[78], nuestro enemigo más enconado, considera que sería aceptable si a los indios se les cedieran ministerios autónomos de defensa, finanzas e interior. Todos los indios de aquí, tras una o dos semanas de decaimiento, parecen mostrarse más optimistas, como si de algún modo hubieran olisqueado (tal vez estudiando las caras largas que puedan verse en India Office) que los términos propuestos no están nada mal, a fin de cuentas.

Sensacional debate en la Cámara por el “affaire” *Daily Mirror*^[79]. A. Bevan leyó numerosos extractos de los artículos publicados por Morrison en el *Daily Mirror*, escritos desde el comienzo de la guerra, para mayor entretenimiento de los conservadores, que son contrarios al *Daily Mirror*, pero que nunca podrán resistirse al espectáculo de dos socialistas a la greña. Cassandra^[80] anuncia que pone fin a su columna para alistarse en el ejército. Profetiza que volverá al periodismo en el plazo de tres meses, pero ¿dónde estaremos todos dentro de tres meses?

El candidato del gobierno ha sido derrotado (por un margen muy exiguo) en la elección del distrito de Grantham para cubrir un escaño vacante en el Parlamento. Por primera vez, creo, desde que comenzó la guerra. Convocatoria sorpresa de nuestra compañía de la Home Guard hace una o dos semanas. Costó cuatro horas y media reunir a

todos los efectivos y repartir municiones, y habría costado otra hora, o algo más, ocupar los puestos de combate. Fue debido, sobre todo, al embotellamiento que provoca la negativa a distribuir municiones, por lo que todos los hombres han de acudir al cuartel a recoger las que les correspondan. Envié un informe al respecto al doctor Tom Jones, que lo ha remitido a sir J. Grigg^[81]. En mi propia unidad no pude facilitar ese informe ni siquiera al comandante de la compañía. O, al menos, nadie le hizo ni caso.

Han florecido los azafranes de primavera. Da la impresión de que se ven tenuemente, en medio de la bruma que forman las noticias de la guerra.

Cartas insultantes de H. G. Wells, que me llama “tú, mierda”, entre otras lindezas.

El Vaticano intercambia representantes diplomáticos con Tokio. El Vaticano tiene legación diplomática en todas las potencias del Eje y —creo— con ninguno de los Aliados. Mala señal, aunque en cierto sentido sea buena, ya que este último paso significa que han decidido de manera definitiva que el Eje defiende ahora la política más reaccionaria.

1 de abril

Gran depresión por el fracaso evidente de la misión de Cripps. La mayor parte de los indios también parecen contrariados por ello. Incluso los que detestan a Inglaterra desean una solución, o eso creo. Sin embargo, tengo la impresión de que, a pesar del “o lo tomas o lo dejas” con que emprendió nuestro gobierno las negociaciones, los términos se llegarán de hecho a modificar, tal vez en respuesta a las presiones que se reciban aquí mismo. Algunos piensan que los rusos están detrás del plan, lo cual explica la confianza de Cripps en sacar adelante algo en apariencia tan poco incitante. Como no están en guerra con Japón, los rusos no pueden tener una actitud oficial acerca del asunto de la India, pero pueden dar indicaciones a sus seguidores, a través de los cuales llegarían a otros prorrusos. Pero lo cierto es que no son muchos los indios en cuya postura prorrusa se pueda confiar. Sin noticias de momento del Partido Comunista de Inglaterra, cuya conducta podría dar una pista sobre la actitud de los rusos. Sobre esta clase de adivinanzas y conjeturas tenemos que fraguar nuestra propaganda, sin que jamás se nos dé desde arriba una directriz concreta o provechosa.

Connolly quiso citar ayer un pasaje de *Homenaje a Cataluña* en su programa de radio. Abrí el libro y me topé con estas frases:

Una de las características más espeluznantes de la guerra es que toda la propaganda de guerra, todos los gritos y las mentiras y el odio, provienen de manera invariable de aquellos que no toman parte en los combates. [...] Es igual en todas las guerras: los soldados se encargan de luchar, los periodistas de dar voces, y ningún patriota de verdad se acerca siquiera un poco a las trincheras del frente, salvo si es en una breve excursión propagandística. A veces me consuela pensar que el avión empieza a transformar las condiciones de la guerra. Tal vez, cuando sobrevenga la siguiente gran guerra, veamos algo sin precedentes en toda la historia, un patriotero atravesado de un balazo.

Aquí estoy, en la BBC, menos de cinco años después de haberlo escrito. Supongo que, tarde o temprano, todos escribimos nuestros propios epitafios.

3 de abril

La decisión de Cripps al quedarse una semana más en la India se ha tomado por buen presagio. Por lo demás, poco lugar para la esperanza. Gandhi está complicando las

cosas a propósito, envía telegramas de condolencia a la familia de Bose^[82] al tener noticia de su muerte, y luego envía otro de felicitación al enterarse de que la noticia era falsa. Además, apremia a los indios para que no adopten una política de tierra quemada si la India resulta invadida. Imposible estar seguro de cuál es su juego en realidad. Quienes son anti Gandhi alegan que le respaldan los peores intereses capitalistas (de la India), y es un hecho comprobado que se le suele encontrar alojado en la mansión de tal o cual millonario. Lo cual no es forzosamente incompatible con su presunta santidad. Su pacifismo tal vez sea genuino, qué duda cabe. En el peor periodo de 1940 también pidió a voces la no resistencia en Inglaterra, en caso de que Inglaterra fuese invadida. No sé bien si es Gandhi o es Buchman el equivalente más próximo de Rasputín en nuestro tiempo.

Anand^[83] dice que la moral entre los indios exiliados en Inglaterra está por los suelos. Siguen siendo propensos a pensar que Japón no tiene planes perversos para la India, y todos comentan la posibilidad de firmar con Japón una paz por separado. Hasta ahí, sus declaraciones de lealtad hacia Rusia y China. Le dije que el hecho más elemental acerca de casi todos los intelectuales indios es que no esperan la independencia, no pueden imaginar que llegue y, en el fondo, no la desean. Aspiran a estar permanentemente en la oposición, sufriendo un martirio indoloro, y son tan bobos como para dar por supuesto que podrían practicar esos mismos jueguecitos de colegiales con Japón o con Alemania, tal como juegan con Gran Bretaña. Para mi sorpresa, se mostró de acuerdo. Dice que la “mentalidad opositora” está generalizada entre ellos, sobre todo, entre los comunistas, y que Krishna Menon^[84] “ansia que llegue el momento en que se rompan las negociaciones”. En el mismo momento en que hablan con toda frialdad de traicionar a China firmando una paz por separado con Japón, piden a gritos que las tropas chinas en Birmania no reciban el apoyo aéreo que requieren. Comenté que me parecía pueril. A.: “No puedes subestimar su puerilidad, George. Es un pozo sin fondo”. La cuestión estriba en saber hasta qué punto los indios de aquí reflejan el punto de vista de los intelectuales de la India. Están lejos del peligro, y es probable que estén, como todos los demás entre nosotros, infectados por el ambiente apacible de los últimos diez meses, aunque, por otra parte, casi todos los que se quedan aquí el tiempo suficiente se tiñen de una coloración propia del socialismo occidental, de modo que es probable que los intelectuales indios sean mucho peores que éstos. El propio A. carece de esos vicios. Es genuinamente antifascista, y ha violentado sus sentimientos y, seguramente, su reputación al respaldar a Gran Bretaña, porque reconoce que Gran Bretaña está objetivamente en el bando antifascista.

6 de abril

Ayer eché un vistazo al trecho de carretera que forma el paso elevado que se está construyendo entre Uxbridge y Denham. Me asombró la envergadura de la obra. Al oeste de Uxbridge comienza el valle del Coiné, por encima del cual pasa la carretera sobre un viaducto de ladrillo y pilares de cemento, supongo que de casi cuatrocientos metros de longitud. Luego, la carretera recorre un terraplén elevado. Cada uno de los pilares tiene unos seis metros de alto, y cuatro y medio por tres de base. Hay dos pilares pareados cada quince metros más o menos. Yo diría que cada pilar consta de unos cuarenta mil ladrillos, sin tener en cuenta los cimientos y sin tener en cuenta el paso de cemento que soportan, por lo cual cabe deducir que se emplean toneladas de acero y de cemento por cada metro de carretera. Hay tendidas por todas partes cantidades ingentes de acero (para los refuerzos), así como grandes losas de granito. La construcción solamente de este viaducto debe de ser

una obra comparable, por la mano de obra requerida, a la construcción de un buen barco de guerra. Y el paso elevado probablemente no tendrá ninguna utilidad hasta que acabe la guerra, en el supuesto de que se haya terminado para entonces. Entretanto, escasea la mano de obra en todas partes. Por lo que se ve, los vendedores de ladrillos son poderosos. (Compárese con los inservibles refugios de superficie, que ya en plena construcción fueron tachados de inútiles por todo el que supiera algo de edificación, y con las innecesarias reformas en las casas particulares no habitadas que se siguen dando en todo Londres). Evidentemente, cuando un escándalo alcanza cierta magnitud, se torna invisible.

Vi en Denham a una persona guiando un carro tirado por perros, en bastante buen estado.

10 de abril

Las pérdidas navales británicas de los últimos tres o cuatro días: dos cruceros y un portaaviones hundidos, un destructor inutilizado. Pérdidas del Eje: un crucero hundido.

Del discurso de Nehru, hoy mismo: “¿Quién muere si la India vive?”. Cuán impresionados quedarán los rojillos de tibias convicciones. Cómo se mofarán de “¿Quién muere si Inglaterra vive?”.

11 de abril

Al final, se ha ido al carajo^[85]. No me parece, de todos modos, que sea definitivo.

Escuché la alocución de Cripps recibida de Delhi, desde donde retransmitimos para Inglaterra, etc. Estas transmisiones que escuchamos cuando llegan de Delhi son la única clave que tenemos sobre cómo suenan nuestras propias emisiones en la India. Siempre es pésima la calidad, siempre hay mucho ruido de fondo, imposible de eliminar en las grabaciones. La alocución estuvo bien en su primera parte, y fue llana y simple, lo suficiente para causar, me parece, no pocas ofensas. En su última parte más bien entró en esa vena propia del altiplano cuando sopla la brisa. Es curioso que, en sus pasajes más exaltados, las alocuciones de Cripps den la impresión de que se le han pegado ciertas inflexiones vocales de Churchill. Tal vez esto apunte al hecho —que sin duda explicaría que haya emprendido la misión cuando sólo estaba en condiciones de proponer términos inaceptables— de que en la actualidad se halla sujeto a la influencia personal de Churchill.

18 de abril

No cabe duda de que las alocuciones de Cripps han causado muchas ofensas. Es decir, en la India. Fuera de la India, dudo de que mucha gente pueda culpar al gobierno británico por la ruptura. Una de las complicaciones del momento son las declaraciones de los norteamericanos, hechas sin ningún tacto, que llevan años dando la murga con “la libertad de la India” y el imperialismo británico, y de pronto han tenido que abrir los ojos ante el hecho incontrovertible de que la clase intelectual india no desea la independencia, esto es, no quiere asumir responsabilidades. Nehru hace discursos provocativos en el sentido de que todos los ingleses son iguales, que cualquier partido que gobierne es igual, etc., con la clara intención de causar complicaciones entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, para lo cual alega que Estados Unidos es el país que de veras ha combatido en la guerra. Al mismo tiempo, reitera de vez en cuando que no es projaponés, y que el Congreso

defenderá la India hasta el final. La BBC, en consecuencia, escoge esos pasajes de sus discursos y los emite sin mención de los pasajes antibritánicos, ante lo cual Nehru se queja (con justicia) de que se han manipulado sus palabras. En una reciente directriz interna se nos indica que cuando uno de sus discursos contenga pasajes antibritánicos y antijaponeses, es preferible que le hagamos caso omiso. ¡Qué caos! Ahora bien, creo que, en conjunto, la misión de Cripps ha sido provechosa, porque sin desacreditar a Cripps en este país (como bien podría haber ocurrido con toda facilidad), al menos ha aclarado el panorama. Al margen de lo que se diga oficialmente, la inferencia que el mundo entero sin duda extraerá es la siguiente: (a) la clase dirigente británica no tiene la intención de abdicar, y (b) la India no desea la independencia, por lo cual no la tendrá, sin que importe cuál sea el resultado de la guerra.

Conversando con Wintringham^[86] sobre la posible actitud de los rusos ante las negociaciones de Cripps (aunque claro está que, como no se hallan en guerra con Japón, no puede tratarse de una actitud oficial), dije que podría facilitar las cosas si en la medida de lo posible fueran rusos todos los instructores militares, etc., que más adelante haya que enviar a la India. Uno de los posibles resultados es que la India acabe en manos de la URSS, y aunque nunca he creído que los rusos tuvieran un comportamiento en India mejor que el nuestro, podrían comportarse de un modo distinto, debido a la diferencia del panorama económico. Wintringham dijo que incluso en España algunos de los delegados rusos tendían a tratar a los españoles como “nativos”, y que en la India no obrarían de otro modo. Es muy difícil que no sea así, y más viendo que, en la práctica, la mayoría de los indios son inferiores a los europeos, y no puede uno evitar la sensación de que así es, por lo que, al cabo de poco tiempo, actúa en consonancia.

La opinión pública norteamericana no tardará en cambiar de golpe y en culpar a los británicos de la situación en India, igual que antes. Está claro, basta con ver los periódicos norteamericanos que uno pueda encontrar: los sentimientos antibritánicos están en pleno apogeo, y todos los aislacionistas, tras un retiro provisional, han vuelto a la palestra con el mismo programa y los mismos eslóganes de antes. Al periódico del padre Coughlin^[87], sin embargo, se le ha prohibido la circulación por correo. Lo que más me espeluzna del sentimiento antibritánico que se respira en los Estados Unidos es su abrumadora ignorancia. Lo mismo pasa, seguramente, con el sentimiento contrario a los norteamericanos que hay en Inglaterra.

19 de abril

Bombardeo de Tokio, al menos presuntamente, ayer mismo. La noticia proviene sólo de fuentes japonesas y alemanas. Hoy en día, se da tan por sentado que todos mienten que a una noticia de esta clase no se le da crédito mientras no la confirmen ambos bandos. Incluso que el enemigo reconozca que la capital de la nación ha sido bombardeada puede, por una u otra razón, ser falso por completo.

E.^[88] dice que Anand ayer le comentó, como si tal cosa, que los británicos firmarían una paz por separado antes de fin de año, y pareció de veras sorprendido cuando ella le puso reparos. Obvio es que los indios digan una cosa así, pues la llevan diciendo desde 1940, porque les proporciona, si fuera necesario, la excusa perfecta para ser antibelicistas, y también porque, si pudieran permitirse el lujo de pensar bien de Gran Bretaña, sus planteamientos se harían añicos. Fyvel me contó que en 1940, cuando Chamberlain aún estaba en el gobierno, se encontraba en una reunión en la que estaban presentes Pritt y

varios indios. Los comentarios de los indios eran de corte pseudomarxista: “claro que el gobierno de Churchill–Chamberlain está a punto de lograr un compromiso de paz”, mientras que Pritt les comunicó tajantemente que Churchill nunca negociaría la paz, y que la única diferencia (entonces) existente en Gran Bretaña era la diferencia existente entre Churchill y Chamberlain.

Se habla cada vez más acerca de una invasión de Europa, tanto que uno da en pensar que algo semejante debe de estar en marcha; de lo contrario, los periódicos no se arriesgarían a causar una gran decepción al darle tanta publicidad. Me asombra la falta de realismo propia de muchas de estas conversaciones. Prácticamente todo el mundo parece dar por hecho que la gratitud es un factor de peso en la política de las grandes potencias. Dos suposiciones que se suelen hacer sin pelos en la lengua en la prensa de izquierda son las siguientes: (a) que abrir un segundo frente es la forma idónea para impedir que Rusia firme la paz por separado; (b) que cuanto más luchemos más tendremos que decir en el acuerdo final de paz al que se llegue. Son pocos los que parecen pensar que si una invasión de Europa tuviera éxito, hasta el punto de echar a los ejércitos alemanes de Rusia, Stalin dejaría de tener motivos para seguir luchando, y una capitulación de ese estilo estaría en línea con el pacto ruso–germano y el acuerdo al que la URSS obviamente ha llegado con Japón. En cuanto a la otra suposición, muchos hablan como si el poder de decisión político, estando en guerra, y ganándola, fuese una suerte de recompensa por haber sabido luchar bien. Evidentemente, las personas que en realidad son capaces de dominar tales asuntos son las que más poder militar tienen: véase lo que pasó con los Estados Unidos al final de la última guerra.

Entretanto, los dos pasos que podrían encarrilar la situación, (a) un claro acuerdo con la URSS, en el que hubiera una declaración conjunta (y detallada) de los objetivos de guerra, y (b) una invasión de España, son políticamente inviables con el actual gobierno que tenemos.

25 de abril

Los aviadores norteamericanos que hicieron un aterrizaje forzoso en territorio ruso tras bombardear Tokio han sido recluidos. Según la radio japonesa, los rusos han dejado camino expedito a los agentes japoneses que atraviesen Rusia desde Suecia (y, por tanto, desde Alemania) hasta Japón. De ser cierto, es una novedad importante, ya que esa clase de tránsitos quedó en suspenso cuando Alemania atacó a la URSS.

El misterio que rodea el paradero de Subhas Chandra Bose sigue siendo impenetrable. Los hechos más destacados son los siguientes:

1. En el momento de su desaparición, el gobierno británico aseguró que había viajado a Berlín.
2. Una voz, identificada como la de Bose, participó en emisiones de la radio India Libre (Alemania).
3. La radio italiana afirma al menos en una ocasión que Bose se encuentra en territorio japonés.
4. Los indios de Inglaterra parecen pensar en conjunto que se encuentra en territorio japonés.
5. Huir a territorio japonés habría sido físicamente más fácil que huir en cualquier otra dirección, aunque no hay por qué descartar la última opción.
6. El informe de Vichy sobre su muerte en un accidente de aviación entre Bangkok

y Tokio, aunque casi con toda certeza erróneo, parecía dar a entender que en Vichy se dio por hecho que estaba en territorio japonés.

7. Según los ingenieros, no sería imposible transmitir su voz cifrada de Tokio a Berlín, descifrarla allí y retransmitirla.

Hay otras consideraciones innumerables y hay rumores interminables. Los dos interrogantes de más difícil respuesta son los siguientes: si Bose se encuentra en territorio japonés, ¿a qué viene este complejo empeño por dar la impresión de que se halla en Berlín, donde su eficacia es relativamente nula? Si Bose está en territorio alemán, ¿cómo ha llegado? Claro está que es razonable y probable que haya llegado allí con la connivencia de los rusos. En cuyo caso surge otra pregunta: si los rusos dejaron pasar a Bose por su territorio, ¿nos pusieron en la pista después, al entrar en la guerra estando de nuestra parte? Saber cuál es la respuesta serviría para disponer de una clave muy útil respecto a la actitud que tengan hacia nosotros. Por supuesto, aquí es imposible obtener información sobre esa clase de interrogantes. Uno tiene que dedicarse a su propaganda sin que nada se sepa, saboteando discretamente las directrices policiales de la casa cuando parecen más tontas que de costumbre.

A juzgar por sus emisiones radiofónicas, los alemanes creen que se producirá en breve una invasión, sea de Francia, sea de Noruega. ¡Qué ocasión para hacer una intentona en España! Sin embargo, como han fijado una fecha (el 1 de mayo), es probable que tan sólo se discuta la posibilidad de la invasión con el fin de burlarse cuando no se produzca. Aquí nada indica que se hagan preparativos para una invasión; no hay rumores sobre el contingente de tropas, los barcos, el cambio de horario de los ferrocarriles, etc. La señal más positiva es el discurso proinvasión que ha hecho Beaverbrook en los Estados Unidos.

No parece que haya noticias de ninguna clase. Deben de haber pasado meses desde la última vez que estuvieron tan vacíos de contenido los periódicos.

Asombrado por el físico mediocre y la pobre presencia de los soldados norteamericanos que uno ve de vez en cuando por la calle. Los oficiales deben de ser mejores que los soldados rasos, claro.

27 de abril

Muchas especulaciones a propósito del discurso que Hitler pronunció ayer. En general, se tiene una impresión de pesimismo. Del discurso de Beaverbrook en pro de la invasión hay varias interpretaciones: a primera vista puede parecer una arenga a los norteamericanos, también un intento de persuadir a los rusos de que no vamos a dejarlos en la estacada y, por último, un ataque contra Churchill (quien podría verse obligado a oponerse en redondo a toda acción que signifique pasar a la ofensiva). Hoy en día, da igual qué se diga y qué se haga, uno busca de inmediato los motivos ocultos y asume que las palabras significan cualquier cosa salvo lo que parecen significar. [...]

Estamos de porquería hasta el cuello. Cuando hablo con quien sea o leo los escritos de quien sea, siempre que se trate de alguien que tiene un interés personal, tengo la impresión de que la honradez intelectual y el criterio equilibrado sencillamente han desaparecido de la faz de la Tierra. El pensamiento más habitual es forense; la gente se limita a exponer un "caso" judicial con la supresión intencionada del punto de vista de su adversario y, lo que es más, con una completa insensibilidad ante cualquier sufrimiento que no sea el suyo y el de sus amistades. El nacionalista indio está hundido en la conmiseración de sí mismo, en el odio a Gran Bretaña, completamente indiferente ante las penurias de

China, mientras el pacifista inglés se lanza al frenesí y al delirio sobre los campos de concentración en la isla de Man y olvida los que hay en Alemania, etc. Uno se fija en esta tendencia, sobre todo, en aquellas personas con las que discrepa, como los fascistas o los pacifistas, aunque en el fondo todo el mundo es igual, al menos, todo el que tenga una opinión definida. Todo el mundo es deshonesto, y todo el mundo es absolutamente cruel hacia las personas que se hallen más allá del espectro inmediato de sus propios intereses y simpatías. Lo más asombroso de todo es el modo en que la simpatía se puede abrir y cerrar, como si fuera un grifo, según sea la conveniencia política. Todos los rojillos de tibias convicciones, o la mayoría, que se han mesado los cabellos, cuando no se han rasgado las vestiduras, en su cólera por las atrocidades nazis antes de la guerra, olvidaron por completo esas atrocidades y, obviamente, dejaron de tener ninguna simpatía por los judíos, etc., tan pronto la guerra comenzó a afectarles. Igual sucede con los que aborrecían a Rusia como si fuera el diablo mismo antes del 22 de junio de 1941, y, de pronto, olvidaron las purgas, la GPU, etc., en el instante en que Rusia entró en guerra. No estoy pensando en las mentiras que sirven a una finalidad política, sino en cambios muy reales de sentimientos subjetivos. ¿Es que no hay nadie que tenga tanto opiniones firmes como un planteamiento equilibrado? En realidad son muchos, pero son impotentes. Todo el poder está en manos de los paranoicos.

29 de abril

Ayer fui a la Cámara a oír el debate sobre la India. Penoso espectáculo con la excepción del discurso de Cripps. Ahora está reunida la Cámara de los Lores. Durante el discurso de C. se tenía la impresión de que la sala estaba llena a rebosar, aunque cuando me puse a contar descubrí que habría sólo unos doscientos o doscientos cincuenta parlamentarios, suficientes para llenar la mayoría de los escaños. Todo tenía un aspecto más bien raído. Asientos de escay rojo en los bancos; yo juraría que en sus buenos tiempos fueron de terciopelo rojo. Las pecheras de los ujieres llenas de lamparones. Cuando veo en función esta basura deprimente, o cuando leo algo acerca de las últimas sesiones de la Liga de las Naciones, o sobre las payasadas de los políticos indios, con sus inacabables cambios de fachada, de alineación, sus démarches, denuncias, protestas y gestos en general, siempre me acuerdo de que el senado romano siguió existiendo y estuvo en funcionamiento durante el Imperio. Éste es el crepúsculo de la democracia parlamentaria, y esos seres no son más que espectros que farfullan en algún rincón, mientras las cosas suceden de verdad en otra parte.

6 de mayo

Nadie parece contento con lo de Madagascar^[89], igual que sucedió con lo de Siria^[90]; quizás no se entienda del todo su importancia estratégica, aunque es más bien, me parece, por la falta de una adecuada propaganda que los preparase de antemano. En el caso de Siria, la obiedad del peligro, las constantes informaciones sobre las infiltraciones alemanas, y la dilatada incertidumbre en cuanto a que el gobierno actuase o no, dieron la impresión de que fue la opinión pública la que forzó la decisión. Por todo lo que alcanzo a saber, hasta cierto punto podría haber sido así. No hay una preparación similar en este caso. Tan pronto estuvo claro que Singapur corría peligro, señalé que tal vez tendríamos que apoderarnos de Madagascar, y que más nos valdría comenzar a hacer propaganda al respecto para crear el

clima de opinión idóneo en nuestros boletines radiados en la India. Me cortaron en seco ya entonces, y hace algunas semanas se recibió una directriz, supongo que del Ministerio de Exteriores, para que no se dijera absolutamente nada de Madagascar. La razón aducida (después de que las tropas británicas tomaran tierra), “para no echar a perder el espectáculo”. Resultado, la toma de Madagascar se puede representar en toda Asia como muestra de la prepotencia imperialista.

Hoy he visto a dos mujeres en uno de los coches de institutriz, a la antigua usanza. Hace una o dos semanas vi a dos hombres en una carreta con remolque. Uno de ellos llevaba bombín. [...]

8 de mayo

Según Warburg^[91], está a punto de firmarse una auténtica alianza anglorrusa. Los delegados rusos ya están en Londres. No me lo creo.

La radio de Turquía (creo que durante un tiempo, en el pasado, ha sido una de las fuentes de información más fidedignas) alega que tanto los alemanes como los rusos se disponen a emplear gases tóxicos en las próximas batallas.

Gran batalla naval en el mar de Coral. Los navíos hundidos por ambos bandos, según afirman, son tan innumerables que uno ya no sabe qué pensar. Sin embargo, por la insistencia de la radio japonesa en hablar de la batalla (a la que ya han puesto nombre, la batalla del Mar de Coral), cabe suponer que cuentan con lograr sus objetivos. [...]

11 de mayo

Otra advertencia sobre el empleo de gas (en el discurso de Churchill) ayer noche. Supongo que lo utilizaremos antes de que pasen muchas semanas.

De una emisión japonesa: “Con objeto de hacer justicia al sentimiento patriótico de los coreanos, el gobierno japonés ha decidido introducir el servicio militar obligatorio en Corea”.

Fecha rumoreada para la invasión alemana de Gran Bretaña: 25 de mayo.

15 de mayo

El miércoles vi a Cripps. Primera vez en que de hecho pude hablar con él. Me causó bastante buena impresión. Más fácil de abordar, más tratable de lo que me esperaba, y dispuesto a responder preguntas. Aunque tiene cincuenta y tres años, tiene algunos movimientos y gestos casi de adolescente. Por otra parte, tiene una nariz indisimulablemente colorada. Lo vi en uno de los salones de recepción, o como se llamen, a la entrada de la Cámara de los Lores. Algunos grabados interesantes en las paredes, coronas reales de adorno en el respaldo de las sillas y en los ceniceros, aunque todo tenía el aspecto vagamente corroído que ahora tienen todas las instituciones parlamentarias. Una cola de personas anodinas esperaba su turno para ver a Cripps. Mientras esperaba, intenté hablar con su secretario, y se me vino a la cabeza una frase que siempre recuerdo en estas ocasiones: “temblando en las antesalas”. En las biografías del siglo XVIII uno siempre encuentra ocasiones en las que la gente aguarda a que le reciba su patrono “temblando en las antesalas”. Es una de esas frases hechas a medida, como “no dejar piedra sobre piedra”. Sin embargo, qué cierto es en cuanto uno se acerca un poco a la política, o, incluso, a esa

clase de periodismo más cotrañoso.

Cripps considera que Bose se encuentra en territorio alemán. Dice que se sabe a ciencia cierta que pasó por Afganistán. Le pregunté qué opinaba de Bose, al cual llegó a conocer bien, y lo describió como “un huevo completamente podrido”. Le dije que poca duda podía tenerse, al parecer, de que subjetivamente sea profascista. Cripps: “Es pro Subhas. Eso es todo lo que le importa en el mundo. Hará cualquier cosa que, a su entender, sirva para mantener en alza su trayectoria”.

Sobre la base de las emisiones radiofónicas de B[ose], no estoy muy seguro de que así sea. Le dije que, a mi juicio, muy pocos indios eran sólidamente antifascistas. Cripps se mostró en total desacuerdo por lo que se refiere a las jóvenes generaciones. Dijo que los jóvenes comunistas, izquierdistas y socialistas son de todo corazón antifascistas, y que tienen una concepción occidental del socialismo y del internacionalismo. Esperemos que así sea.

19 de mayo

Attlee me recuerda más que nada a un pez recién pescado antes de ponerse rígido.

21 de mayo

Se dice que Molotov se encuentra en Londres. No me lo creo.

22 de mayo

Se dice no sólo que Molotov está en Londres, sino que el nuevo tratado anglo-ruso ya se ha firmado. Sin embargo, es Warburg quien lo difunde, y es alternativamente demasiado optimista y demasiado pesimista; en cualquier caso, siempre parece estar seguro de la inminencia de cambios enormes y dramáticos. Si fuera cierto, sería un regalo del cielo para llenar de contenido mis boletines. Es cada vez más difícil encontrar algo que decir en ellos, cuando no sucede nada, salvo en el frente de Rusia, y las noticias que llegan, sean de fuentes alemanas, sean de fuentes rusas, se tornan cada vez más falsas. Ojalá pudiera disponer de una semana para repasar las emisiones rusas y alemanas del año pasado y sumar sus diversas afirmaciones. Tendría que decir que los alemanes han matado a diez millones de hombres y que los rasos deben de haber avanzado hasta adentrarse en el océano Atlántico. [...]

27 de mayo

Más rumores de que Molotov está en Londres. Además, crípticos párrafos en los periódicos, que sugieren que puede ser cierto (aunque no se citan nombres, claro).

30 de mayo

Casi a diario, en los alrededores de la zona alta de Regent Street, se puede ver a un japonés minúsculo, anciano, muy amarillo, con cara de simio dolorido, que camina despacio, con un enorme policía al lado. Algunos días se les ve sostener una solemne conversación. Supongo que pertenece al personal de la embajada. En cambio, imposible

saber si el policía está ahí para impedirle la comisión de un sabotaje o para protegerle de una muchedumbre enfurecida.

El rumor de Molotov parece haberse secado. Warburg, que aceptó la historia de Molotov sin cuestionársela, ahora parece haberla olvidado, y está inmerso por completo en una historia más secreta: por qué fue Garvin^[92] despedido del *Observer*. Fue por su negativa a criticar duramente a Churchill. Los Astor están decididos a hacer saltar a Churchill porque es prorruso, y la transformación del *Observer* forma parte de esa maniobra. El *Observer* ha de encabezar el ataque contra Churchill, y al mismo tiempo canalizará la producción de los periodistas jóvenes y mejor dotados, capaces de dar a la guerra un sentido revolucionario; la guerra les obliga a utilizar su energía en tareas fútiles mientras no se puedan licenciar. Todo ello es inherentemente probable. Por otra parte, no creo que David Astor, que hace las veces de elefante señuelo, tome parte conscientemente en una cosa así. Tiene gracia ver que no sólo la prensa de Beaverbrook, que es ahora *plus royaliste que le roi* en lo tocante a Rusia, sino también el semanario sindicalista *Labour's Northern Voice* acaban de descubrir en Garvin a un destacado antifascista que ha sido despedido por sus opiniones radicales. Una cosa que me sorprende acerca de casi cualquiera, hoy en día, es la cortedad de la memoria que tienen todos. Desmond Hawkins^[93] me contó hace poco que, recientemente, había comprado pescado frito que le envolvieron en un periódico de 1940. En una página había un artículo en el que se demostraba que el Ejército Rojo no valía para nada; en la opuesta, un artículo del galante marino y destacado anglófilo, el Almirante Darian. [...]

4 de junio

Tiempo muy caluroso. Sorprendido por la normalidad en todo: la falta de prisas, la escasez de uniformes por la calle, la apariencia nada bélica del gentío que pasea despacio por la calle, con sus cochecitos de niño, cogidos del brazo, o que se sienta en las plazas para mirar los arbustos. Sin embargo, ya es notorio que circulan muchos menos automóviles. Aquí y allá se ven algunos con un conversor de combustible a remolque; tienen el aspecto de un antiguo carrito de lechero. Obviamente, no hay mucha gasolina de contrabando al fin y al cabo.

6 de junio

Persiste el rumor sobre Molotov. Estuvo aquí para negociar el tratado y, según dicen, ya se ha marchado. Ningún indicio, sin embargo, en ninguno de los periódicos.

Se dice que hay grandes desavenencias en el consejo del *New Statesman* a propósito de la cuestión del segundo frente de guerra. Tras dar la lata durante un año entero con la necesidad de que abramos un segundo frente, a Kingsley Martin^[94] le ha entrado el miedo. Dice que no podemos confiar en el ejército, que los soldados matarán a sus oficiales por la espalda, etc. Y lo dice después de haberse desvivido a lo largo de la guerra para infundir entre los soldados la desconfianza hacia sus superiores. Entretanto, creo que ahora sí está definitivamente proyectada la apertura de un segundo frente. Al menos, si es posible reunir los medios de transporte marítimo necesarios.

7 de junio

El *Sunday Express* también teme que se abra un segundo frente. La línea oficial

ahora parece consistir en que nuestros ataques aéreos ya forman un segundo frente. Obviamente, ha tenido que repartirse algún comunicado de prensa gubernamental en este sentido, en el que se indique a los periódicos que callen todo lo relativo a este asunto. Si el gobierno sólo desea impedirles que propaguen rumores que puedan ser engañosos, lo más desconcertante es que no les hayan hecho callar con anterioridad. Es posible que la invasión ya esté definitivamente decidida, y que hayan indicado a los periódicos que se manifiesten en contra de un segundo frente con el objeto de despistar al enemigo. En este laberinto de mentiras en que vivimos, la única explicación que uno jamás se cree es la más evidente. Compárese con lo que me contaba David Astor de dos judíos que se encuentran en un tren.

Primer judío: “¿Adónde vas?”.

Segundo judío: “A Berlín”.

Primer judío: “¡Mentiroso! Eso lo dices sólo para engañarme. Sabes que si dices que vas a Berlín, yo pensaré que vas a Leipzig, y en todo momento, perverso mentiroso, ¡en realidad vas de camino a Berlín!”.

El martes pasé una larga velada con Cripps (que había manifestado su deseo de conocer a gente de las letras, junto con Empson, Jack Common, David Owen, Norman Cameron, Guy Burgess^[95] y otro hombre (un oficial) cuyo nombre no retuve. Unas dos horas y media con ellos, sin nada que beber. La discusión de costumbre, sin llegar a conclusiones. Cripps, sin embargo, muy humano, muy deseoso de prestar atención. El que más le plantó cara y con más éxito fue Jack Common. Cripps dijo varias cosas que me dejaron pasmado y ligeramente horrorizado. Una, que muchas personas cuya opinión vale la pena tener muy en cuenta creían que la guerra habría terminado en octubre, esto es, que Alemania para entonces habría sido completa y totalmente derrotada. Cuando dije que eso me resultaría lisa y llanamente un desastre (porque si la guerra se ganase con tanta facilidad no se produciría una verdadera revuelta aquí, y los multimillonarios norteamericanos seguirían estando *in situ*), pareció no entender mi postura. Dijo que cuando hubiésemos ganado la guerra, las grandes potencias supervivientes tendrían en cualquier caso que administrar el mundo como si se tratase de una sola unidad, y pareció no tener la impresión de que fuera diferente que las grandes potencias fueran capitalistas o socialistas. Tanto David Owen como el hombre cuyo nombre no retuve le prestaron su apoyo. Me di cuenta de que me iba a ver enfrentado a la mentalidad oficial, que quiere verlo todo como si fuera un problema de la administración, sin entender que a partir de cierto punto, esto es, cuando ciertos intereses económicos se ven amenazados, el espíritu público deja de funcionar. La suposición básica de estas personas es que todos quieren que el mundo funcione como es debido, y que hará todo cuanto esté en su mano para que se mantenga en marcha. No se dan cuenta de que a la mayoría de los que tienen el poder les importa un comino el mundo en conjunto, y su único interés consiste en arrimar el ascua a su sardina.

No puedo evitar tener la intensa impresión de que a Cripps ya lo han pillado. No por medio del dinero, ni nada por el estilo, claro está; ni siquiera por medio de las adulaciones y la sensación del poder, cosas que con toda probabilidad no le importan lo más mínimo, sino meramente por medio de la responsabilidad, que automáticamente vuelve tímido a cualquier hombre. Además, tan pronto se halla uno en el poder se acorta considerablemente su perspectiva. Quizás, ver las cosas a ojo de pájaro sea distorsionarlas tanto como si se vieran a ras de tierra, o a ojo de lombriz.

10 de junio

La única vez en que se oye cantar a la gente en la BBC es a primera hora de la mañana, entre las seis y las ocho. Es la hora en que trabajan las mujeres de la limpieza. Llegan formando un gran ejército, todas a la misma hora. Se sientan en el vestíbulo de recepción a la espera de que les repartan los escobones, y arman más alboroto que una pajarería llena de cotorras. Y luego cantan todas juntas, a coro, mientras barren los pasillos. En el edificio, a esta hora, reina un ambiente muy distinto al del resto del día.

11 de junio

Los alemanes anuncian por la radio que como los habitantes de un pueblo de Checoslovaquia llamado Lidice (de unos mil doscientos habitantes) eran culpables de dar cobijo a los asesinos de Heydrich, han fusilado a todos los varones del pueblo, han enviado a todas las mujeres a campos de concentración, han recluido a todos los niños en centros donde serán “reeducados”, han arrasado todo el pueblo y le han cambiado el nombre. Guardo copia de la noticia tal como quedó registrada en el informe de seguimiento de la BBC.

No me sorprende en particular que haya gente capaz de hacer cosas como ésta. No me sorprende siquiera que anuncien con bombo y platillo que las hacen. Lo que me impresiona, en cambio, es que las reacciones de otros ante tales sucesos estén gobernadas exclusivamente por la moda política del momento. Así, antes de la guerra, los rojillos creían todas y cada una de las historias espeluznantes que llegaban de Alemania o de China. Ahora, esos mismos rojillos de tibias convicciones han dejado de creer en las atrocidades alemanas o japonesas, y automáticamente tachan todas esas historias de mera “propaganda”. Dentro de nada, se reirán de uno a la cara si da a entender que lo ocurrido en Lidice pueda seguramente [ser] verdad. Y, a pesar de todo, la realidad, tal como la han anunciado los alemanes, tal como se ha recogido en discos de gramófono, seguirá sin duda a disposición del que desee consultarla. Compárese con la larga lista de atrocidades cometidas desde 1914 en adelante, las atrocidades alemanas en Bélgica, las atrocidades bolcheviques, las atrocidades turcas, las atrocidades británicas en la India, las atrocidades norteamericanas en Nicaragua, las atrocidades nazis, las atrocidades italianas en Abisinia y Cirenaica, las atrocidades rojas y blancas en España, las atrocidades japonesas en China... En todos los casos, se creen o se descreen según sea la predilección política del encausado, con una total falta de interés por la realidad de los hechos, con una completa voluntad de alterar las propias creencias tan pronto cambie el panorama político.

ATROCIDADES

Después de 1918

FECHA

SEGÚN LA DERECHA

SEGÚN LA IZQUIERDA

1920 aprox

Atrocidades turcas: Smirna

Atrocidades turcas: Smirna

Atrocidades del Sinn Fein

Atrocidades de los Black & Tan

Atrocidades bolcheviques
 Atrocidades británicas: India
 1928
 Atrocidades norteamericanas
 (Nicaragua ?)
 1933
 Atrocidades bolcheviques.
 Hambruna en Ucrania
 1934–1939
 Atrocidades nazis
 1935
 Atrocidades italianas
 (Abisinia, Cirenaica)
 1936–1939
 Atrocidades rojas: España
 Atrocidades fascistas: España
 1937
 Atrocidades bolcheviques
 (las purgas)
 Atrocidades japonesas:
 Nankin
 1939 en
 adelante
 Atrocidades alemanas
 Atrocidades británicas
 (El Dunera, etc.)
 1941 en
 adelante
 Atrocidades japonesas
13 de junio

El hecho más impresionante de la visita de Molotov es que los alemanes no llegaran a saber nada. Ni una palabra por la radio sobre la estancia de Molotov en Londres, hasta que se anunció oficialmente la firma del tratado, aunque en todo momento la radio alemana se hartó de vociferar sobre la bolchevización de Gran Bretaña. Es obvio que, de haberlo sabido, habrían levantado el pastel. Tomado en conjunción con ciertos hechos (por ejemplo, la captura el año pasado de dos espías muy poco preparados, que llegaron en paracaídas, con un transmisor de radio portátil y con trozos de embutidos alemanes en la maleta), esto hace pensar que el sistema de espionaje alemán en este país no vale gran cosa.

15 de junio

Del informe de seguimiento de la BBC.
 Praga (emisoras locales de Praga), en alemán, para el Protectorado. 10 de junio de 1942. *Venganza de Heydrich: Un pueblo arrasado: Todos los hombres fusilados.*
 PROCLAMA

Se anuncia de manera oficial: La búsqueda de los asesinos del SS *Obergruppenführer*, el general Heydrich, y la investigación concomitante, han hallado indicios fidedignos [*sic*] de que la población de la localidad de Lidice, cerca de Kladno, prestó apoyo y auxilio al círculo [*sic*] de perpetradores en cuestión. A pesar de los interrogatorios a que fueron sometidos los habitantes de la localidad, los oportunos medios de la imputación quedaron certificados sin el concurso de la población. La actitud de los habitantes con el ultraje así manifiesto fue subrayada con otros actos de hostilidad al Reich, el descubrimiento de depósitos de armas y municiones, de un radiotransmisor ilegal y de inmensas cantidades de mercancías sujetas a control, así como por el hecho de que algunos habitantes de la localidad estén activos al servicio del enemigo en el extranjero. Como los habitantes de esta localidad [*sic*] han violado flagrantemente las leyes aprobadas, debido a sus actividades y al apoyo prestado a los asesinos del SS *Obergruppenführer* Heydrich, se ha procedido al fusilamiento de los varones adultos, al envío de las mujeres a campos de concentración y a la entrega de los niños a las autoridades educativas correspondientes. Los edificios de la localidad han sido demolidos hasta los cimientos, y el nombre de la comunidad se ha borrado de todas partes.

(Nota: ésta es una repetición idéntica, en alemán, de la proclama que se hizo en checo, desde Praga, a las 19.00, cuando la recepción era muy mala).

Ya no hay ninguna duda de que está tomada la decisión de abrir un segundo frente de guerra. Todos los periódicos hablan de ello con certidumbre, y Moscú le ha dado amplia publicidad. Que sea viable es lo que aún se está por ver, claro.

21 de junio

Lo que más asombra en la BBC —y es evidente que pasa exactamente lo mismo en algunos de los demás departamentos estatales— no es tanto la miseria moral y la definitiva futilidad de lo que hacemos, sino más bien la sensación de frustración, la imposibilidad de hacer nada en condiciones, ni siquiera una sinvergonzonería a derechas. Tan mal definida está nuestra política, tan grande y patente es la desorganización, tantos son los cambios de planes, y el miedo y el odio a la inteligencia son tan omnipresentes, que uno de ninguna manera puede planificar ninguna clase de campaña radiofónica. Cuando uno planea una serie de charlas, con una línea propagandística más o menos definida que las aglutine, primero se le dice que adelante, y luego se le dice que calle, so pretexto de que tal o cual cosa no es “juiciosa”, o que es “prematureo”; luego se le da de nuevo luz verde, luego se le dice que lo diluya todo un poco y que corte cualquier afirmación clara que pueda haberse colado aquí y allá; más adelante se le indica que “modifique” toda la serie de tal modo que, en cualquier caso, se le extirpa su sentido original; entonces, en el último momento la cosa queda súbitamente suspendida por algún misterioso edicto recibido desde arriba, y a uno se le dice que improvise una serie distinta, en la que no tiene ni mucho ni poco interés, y que, además, carece de una idea definida que la respalde. Uno se ve constantemente aireando en las ondas basura inservible, porque las charlas que se consideran demasiado inteligentes se le suspenden en el último momento. Además, la organización padece tal exceso de personal que hay abundantes empleados que no tienen literalmente nada que hacer, o poco menos. Pero es que incluso cuando uno logra emitir un programa más o menos decente, se siente abrumado por el peso de la certeza de que apenas nadie lo esté oyendo. Con la excepción de Europa, supongo, la BBC sencillamente no tiene oyentes, algo que saben todos los relacionados con los servicios de emisión en el extranjero. En Norteamérica se ha hecho un

sondeo, y se sabe que en la totalidad de los Estados Unidos son unas trescientas mil las personas que escuchan la BBC. En la India o en Australia no se llegará siquiera de lejos a esa cifra. Últimamente se ha sabido que (dos años después de ponerse en marcha el servicio radiofónico en el Imperio) son muchos los indios con receptores de onda corta que ni siquiera saben que la BBC emite en la India.

Igual sucede con la única actividad de servicio público en la que tomo parte, la Home Guard. Al cabo de dos años, no ha habido un verdadero adiestramiento, no se han ideado ni se han ensayado tácticas especializadas, no se han fijado las posiciones de combate, no se han construido fortificaciones: todo ello se debe a los interminables cambios de planes y a la absoluta vaguedad que envuelve lo que deberían ser nuestros objetivos. Los detalles de organización, las posiciones de combate, etc., se han cambiado tan a menudo que prácticamente nadie sabe, en ningún momento dado, cuáles se supone que son las disposiciones vigentes. Por dar un ejemplo, durante más de un año nuestra compañía ha tratado de excavar una red de trincheras en Regent's Park, por si acaso aterrizasen en la zona tropas aerotransportadas. Aunque excavadas una y otra vez, esas trincheras nunca, ni una sola vez, han estado terminadas, porque cuando estaban a medias, se dictaba un cambio de plan y se impartían nuevas órdenes. Igual sucede con todo lo demás. Al margen de lo que uno emprenda, uno comienza con la certeza de que tarde o temprano llegará un cambio de planes, de órdenes, y luego otro, y así sucesiva e indefinidamente. Nunca sucede nada, salvo el constante titubeo, que da por resultado una progresiva desilusión sembrada por todas partes. Lo máximo que uno puede esperar es que en el bando contrario suceda en gran parte lo mismo.

24 de junio

Ayer noche escuché a Lord Ja-Ja. No a Joyce, que, al parecer, ya no emite desde hace algún tiempo, sino a un hombre que por su forma de hablar me pareció sudafricano, al que siguió otro con un acento más *cockney*. Se habló mucho del movimiento del Congreso de India Libre en Bangkok. Advertí con asombro que se pronunciaban erróneamente todos los nombres indios, incluso, de un modo grosero: por ejemplo, Ras Behari Bose sonaba claramente como "Rash Beery Bose"^[96]. Sin embargo, todos los indios que emiten desde Alemania están disponibles, y se les puede pedir consejo sobre la materia. Probablemente, a diario entran y salen del mismo edificio que Lord Ja-Ja. Da ánimos, en cierto modo, ver que esa negligencia chapucera también se produce en el bando contrario.

26 de junio

Todo el mundo muy derrotista por lo de Libia^[97]. Algunos de los periódicos vuelven a mostrarse amedrentados ante un segundo frente de guerra. Tom Driberg ("William Hickey") gana la elección por el escaño vacante de Malden, con el doble de votos que el candidato conservador. Es la cuarta de las últimas seis elecciones parciales que ha perdido el gobierno.

1 de julio

En Callows End, condado de Worcester (alojado en una granja). No hay más ruido que el de los aviones, las aves y las cortadoras que siegan el heno. Ni mención de la guerra,

salvo en referencia a los prisioneros italianos que trabajan en algunas granjas de la región. Al parecer se les tiene por buenos trabajadores, y para recoger la fruta se les prefiere a la gente de la ciudad que viene de Worcester y que pintan como “mañosos”. A pesar de las dificultades alimentarias, hay cerdos y gallinas en abundancia, además de gansos y pavos. Leche con todas las comidas.

Durante todo el día sobrevuelan la zona enormes bombarderos. También, aviones que hacen cosas extraordinarias: por ejemplo, arrastrar a otros aviones sujetos por un cable (planeadores sin motor, tal vez), o llevar a otros aviones más pequeños encaramados encima.

3 de julio

Moción de censura derrotada por 472–25. Las cifras indican que hubo poquísimas abstenciones. El mismo truco de siempre: el debate se deformó para convertirse en un voto de confianza que demandó Churchill en persona, y que fue preciso otorgarle, ya que nadie más habría podido ocupar el puesto de Churchill. Las cosas se le pusieron mucho más fáciles al gobierno debido a los motivos obviamente negativos de algunos de sus críticos principales; por ejemplo, Hore–Belisha^[98]. No sé cuánto puede prolongarse esta comedia, pero no creo que dure mucho.

Ninguna referencia al segundo frente de guerra en el discurso de Churchill.

Es evidente que los japoneses atacarán pronto Rusia. Parecen contar con buenas bases en las Aleutianas exteriores, lo que induce a pensar en un próximo movimiento destinado a cortar las comunicaciones entre Rusia y los Estados Unidos.

Los rojillos son presa del pánico, pero en una medida que no ha tenido igual desde Dunquerque. El artículo de portada del *New Statesman* se titula “Hacer frente al espectro”. Dan por hecha la pérdida de Egipto. Sabe Dios si sucederá en realidad. Esa gente ha profetizado la pérdida de Egipto tantas veces que el hecho de que lo repitan una vez más casi basta para tener la certeza de que no ocurrirá. Es curioso que hagan siempre lo que los alemanes quieren que hagan; por ejemplo, durante un tiempo exigieron que pusiéramos fin a los ataques aéreos sobre Alemania y que enviásemos nuestros bombarderos a Egipto. Poco antes tendríamos que haberlos enviado a la India. En cada uno de los casos, la misma iniciativa que exigían las emisoras alemanas “por la libertad”. Una de las cosas que también me asombra es el altivo desdén con que todos los rojillos hablan de nuestros ataques aéreos sobre Alemania: que si causan una mínima impresión, etc. Y son las personas que más fuerte chillaron durante el *blitz* padecido por Londres.

10 de julio

Hace un día o dos, un par de camiones de la Marina llegaron con un contingente del WRENS^[99] y de marinos que dedicaron varias horas de trabajo a arrancar las malas hierbas de los nabos sembrados en el campo del señor Phillips. En el pueblo, a las mujeres les entusiasmó la aparición de los marinos, con sus pantalones azules y sus camisetas blancas. “¡Qué limpitos están! Me encantan los marinos. Siempre parecen limpísimos”. Los marinos y el WRENS también parecían contentos con la excursión y las cervezas que después se tomaron en el pub. Por lo visto, pertenecían a una organización de voluntariado que envía mano de obra allí donde se la necesite. Explicación del señor Phillips: “Es la organización de voluntarios de Malvern. A veces, envían al ATS^[100]; otras, a los marinos. Claro que sí,

nos encanta que vengan. Uno se siente un poco más independiente respecto de los trabajadores que contrata. La mano de obra es horrorosa hoy en día. Hacen lo que se les encarga, pero nada más. Saben que no nos las podemos apañar sin ellos. Y hoy en día es imposible encontrar a una mujer que se encargue de la limpieza. Las chicas no se quedan, no hay cine en el pueblo. Yo tengo a una mujer que viene de vez en cuando, pero no me trabaja nada. Ayuda un poco que vengan los voluntarios, desde luego. Uno se siente más independiente, ya ve usted”.

Qué indicado, qué apropiado es todo ello, si uno se para a pensar en lo necesario que resulta no descuidar las tareas agrarias. Qué indicado, qué apropiado, también, que la gente de las ciudades tenga un cierto contacto con la tierra. Sin embargo, esas organizaciones de voluntarios, además del trabajo que hacen los soldados en la siega, por no hablar de los prisioneros italianos, etc., son mano de obra compuesta por esquirols. [...] El “Blue Bell” vuelve a estar cerrado por falta de cerveza que vender. Se bebe en serio durante cuatro o cinco días a la semana, y luego viene el secano. A veces, cuando cierran, a los oficiales de la zona se les ve, sin embargo, beber en una sala privada, y son los soldados de a pie, así como los trabajadores, los que se quedan sin cerveza. El “Red Lion”, en el pueblo de al lado, sigue un sistema distinto, que el dueño me ha explicado:

Yo no estoy de acuerdo con eso de dárselo todo a los visitantes de verano. Si escasea la cerveza, que los lugareños vengan primero, es lo que yo digo. Muchos días tengo que cerrar la puerta principal, y sólo los de aquí saben que se puede entrar por detrás. Un hombre que faena en los campos necesita su cerveza, sobre todo con el asco de comida que les dan en estos tiempos. Pero yo se la raciono. Lo que yo les digo: vamos a ver, tú quieres tu cerveza como de costumbre, ¿no? ¿No prefieres tomarte una pinta con la cena, a diario, en vez de cuatro un día y tres al siguiente y mañana ninguna? Pues lo mismo con los soldados. No me hace gracia negarle la cerveza a un soldado, pero sólo les doy una pinta cuando piden la primera. Luego, chicos, sólo medias pintas, ¿eh? Así comparten un poco y se reparte mejor.

22 de julio

De la última carta de Ahmed Alí, desde India:

“Un poco de la vieja Delhi que tal vez te interese.

En una calle con mucho tráfico, un vendedor de periódicos gritaba en urdu: ‘Pandit Jawaharlal reza el rosario del revés’. Lo que quería decir era que había cambiado de actitud respecto al gobierno. Al preguntársele, dijo: ‘Con él, nunca puede uno estar seguro. Hoy está con el gobierno y ayuda en el esfuerzo de guerra, mañana es todo lo contrario’. Se volvió y se puso a dar voces: ‘Jawaharlal ha desafiado al gobierno’. De ese ‘desafío’, ni rastro en los periódicos.

Otros chicos que venden periódicos en urdu: ‘Alemania ha hecho papilla a Rusia en el primer ataque’. Ni que decir tiene que al día siguiente leí todo lo contrario en los periódicos ingleses. Obviamente, los periódicos en urdu habían informado de lo que dijo Berlín. Nadie impide a los vendedores que anuncien a gritos lo que quieran.

Un día, yendo en una ‘tonga’, oí al cochero gritar al caballo, que remoloneaba: ‘¿Por qué te echas atrás, igual que nuestro Sarkar? ¡Ve adelante como Hitler!’, y blasfemó.

Tiene gracia ir a los bazares y mercados y escuchar los chascarrillos más gruesos, siempre y cuando el calor no sea insufrible, claro está. Ya te contaré más a menudo, si te interesa”.

23 de julio

Mis entradas en este diario son mucho más espaciadas por la sencilla razón de que, literalmente, no me queda tiempo libre. Y, sin embargo, no me ocupo más que de banalidades, y cada vez más sensación de estar perdiendo el tiempo. Parece que a todo el mundo le pasa igual: terrible sensación de frustración, de andar haciendo el bobo con imbecilidades no porque sean parte de la guerra, y una guerra es inherentemente una imbecilidad, sino porque se trata de cosas que, de hecho, no sirven de nada, que de ninguna manera afectan al esfuerzo de guerra, aunque las considera necesarias la inmensa maquinaria burocrática en la que estamos todos atrapados. Buena parte de todo lo que sale de la BBC es como si se lanzara a la estratosfera: no lo escucha nadie, y quienes son responsables de ello saben a ciencia cierta que no lo escucha nadie. Y en torno a tantas cosas fútiles se agrupan cientos y cientos de trabajadores cualificados, que cuestan decenas de miles al año, a los cuales hay que sumar los miles de personas que, en efecto, no tienen un verdadero empleo, pero que han encontrado un hueco apacible y están ahí sentadas haciendo como que trabajan. Lo mismo en todas partes, sobre todo en los ministerios.

Sin embargo, las migas de pan que uno arroja al agua a veces acaban en extraños lugares. Programamos una serie de seis charlas sobre literatura inglesa moderna, muy culta, de tono muy elevado, y yo creo que ignorada por completo en la India. Hsiao Chi'en, un estudiante chino, lee las charlas en el Listener y queda tan impresionado que comienza a escribir un libro, en chino, sobre la literatura occidental moderna, basándose sobre todo en nuestras charlas. La propaganda que estaba destinada a la India no llega a la India, aunque accidentalmente da de lleno en China. Tal vez, la mejor manera de influir en la India sea transmitir nuestras emisiones a China.

El Partido Comunista de la India y su prensa vuelven a ser legales. Yo diría que, tras esto, tendrán que levantar la prohibición que pesa sobre el *Daily Worker*; de lo contrario, la postura es absurda.

Esto me recuerda la historia que me contó David Owen y que creo que no anoté en este diario. A su llegada a la India, Cripps pidió al virrey que liberase a los comunistas presos. El virrey dio su consentimiento (creo que la mayor parte ha sido puesta en libertad desde entonces), pero en el último momento, le entró el canguelo y dijo muy nervioso: "Pero... ¿cómo puede estar usted seguro de que son comunistas?"

Vamos a tener que incrementar el consumo de patatas en un veinte por ciento, dicen. En parte, para ahorrar en pan; en parte, para dar salida a la cosecha de este año, que es enorme.

26 de julio

Ayer y hoy, en las maniobras de la Home Guard, pasamos por varios campos pequeños de soldados en los bosques, emisoras de radio, etc. Me sorprendió el aspecto de los soldados, la salud magnífica y el aire de brutalidad que se les veía en la cara. Todos jóvenes, frescos, con las extremidades gruesas, redondeadas, caras sonrosadas, piel limpia y clara. Sin embargo, expresiones malencaradas, embrutecidas, no feroces ni malvadas, de ninguna manera; simplemente, estupefactas de puro aburrimiento, de soledad, de descontento, de cansancio inagotable, de mera salud física.

27 de julio

Hablé hoy con Sultana, uno de los que emiten para Malta. Dice que su contacto es bastante bueno y que las condiciones en la isla son pésimas.

“La última carta, que recibí esta mañana, era como... ¿cómo se dice? —con mucha gesticulación—. Como un cedazo. Pero algo he sacado en claro. Por todos los trozos que cortó el censor, ya me entiende”. Siguió explicándome, entre otras cosas, que dos kilos y medio de patatas cuestan el equivalente a ocho chelines. Considera que de los dos convoyes que hace poco trataron de llegar a Malta, el procedente de Inglaterra, que pudo arribar, llevaba municiones; el de Egipto, que llevaba alimentos, no llegó. “¿Por qué no envían por avión alimentos deshidratados?”, dije. Se encogió de hombros, como si tuviera la sensación instintiva de que el gobierno británico nunca se tomaría semejantes molestias por Malta. Sin embargo, parece que los malteses son muy partidarios de los británicos, aunque sea gracias a Mussolini.

Las emisiones alemanas afirman que Voroshilov está en Londres, lo cual no es muy probable. Aquí no se ha rumoreado. Es probable que sea un disparo a ciegas, para contrarrestar su reciente fracaso sobre Molotov, hecho sobre el mero cálculo de que algún delegado militar ruso de alto rango probablemente se encuentre aquí, ahora mismo. Si fuera cierto, tendré que revisar mis ideas sobre el servicio secreto alemán que funciona en este país.

El gentío presente en la manifestación de ayer por el segundo frente, en Trafalgar Square, era de unas cuarenta mil personas según los periódicos de derechas y de sesenta mil según los de izquierdas. Quizá fueran cincuenta mil en realidad. Mi espía informa de que, a pesar de la línea comunista actual, “todo el poder para Churchill”, los portavoces comunistas de hecho atacaron al gobierno con gran virulencia.

28 de julio

Hoy he leído menos periódicos que de costumbre, pero los que he visto se muestran temerosos sobre el segundo frente, salvo el *News Chronicle*. El *Evening Post* publicó en primera un artículo contrario al segundo frente, firmado por el general Brownrigg. Se lo comenté a Herbert Read, que dijo apesadumbrado: “El gobierno ha ordenado que callen al respecto”. Es cierto, desde luego, que, si se proponen iniciar algo, han de dar la impresión de negarlo. Read dijo que, a su juicio, la situación en Rusia era desesperada, y parecía muy molesto y alterado por ello, aunque últimamente ha sido bastante más proestalinista que yo. “¿No han cambiado tus sentimientos sobre Rusia —le dije— ahora que están en apuros?”. Estuvo de acuerdo. A ese respecto, yo también cambié de sentimientos sobre Inglaterra cuando se vio en aprietos. Haciendo memoria, veo que yo era antirruso (o, más exactamente, antiestalinista) durante los años en que Rusia parecía ser poderosa tanto militar como políticamente, esto es, de 1933 a 1941. Antes y después de esas fechas he sido prorruso. Esto podría interpretarse de distintas maneras.

Anoche, pequeña incursión aérea en los alrededores de Londres. Entraron en acción los nuevos lanzacohetes, algunos de los cuales están en manos de la Home Guard; se dice que abatieron algunos aviones (ocho en total). Es la primera vez que la Home Guard puede afirmar que ha entrado en acción, poco más de dos años después de que se creara.

Los alemanes nunca reconocen haber sufrido daños en objetivos militares, pero reconocen las víctimas civiles tras nuestros mayores ataques aéreos. Tras la incursión en

Hamburgo de hace dos noches, dijeron que las bajas habían sido numerosas. Los periódicos de aquí lo reproducen con orgullo. Hace dos años, nos habríamos quedado boquiabiertos, espeluznados ante la idea de matar civiles. Recuerdo haberle dicho a alguien durante el *blitz*, cuando la RAF contraatacaba lo mejor que podía, que “dentro de un año veremos este titular en el *Daily Express*: Ataque con éxito contra un orfanato en Berlín. Los niños, en llamas”. Aún no hemos llegado a eso, pero en esa dirección vamos.

1 de agosto

Si las cifras de que dispongo no engañan, los alemanes han perdido cerca del diez por ciento de su fuerza en cada uno de los últimos bombardeos que han realizado. Según Peter Masefield^[101], no tiene nada que ver con las nuevas armas, sino que es obra de los cazas nocturnos. También me dijo oficiosamente que el nuevo caza FW 190 es mucho mejor que cualquiera de los que tenemos en activo. Un especialista en construcción aeronáutica llamado Bowyer, que estaba con él en la emisión radiofónica, se mostró de acuerdo. Oliver Stewart^[102] considera que las incursiones más recientes de los alemanes son de reconocimiento, y que se proponen reanudar el *blitz* pronto y a lo grande, al menos si consiguen quedarse libres en Rusia.

Poca cosa que hacer, debido al festivo seguido del fin de semana. Atareado, a ratos, construyendo un gallinero. Esta clase de chapuzas domésticas ahora requieren un gran ingenio, debido a lo difícil que es conseguir madera. Ninguna sensación de culpa ni de pérdida de tiempo cuando me dedico a cosas como ésta; al contrario, un vago sentimiento de que cualquier ocupación sana y cuerda tiene que ser útil, o, al menos, justificable.

3 de agosto

David Astor dice que Churchill está en Moscú. También dice que no se abrirá un segundo frente de guerra. Sin embargo, si se tiene la intención de abrirlo, el gobierno ha de hacer todo lo posible para difundir la impresión contraria, y D. A. tal vez sea una de las personas a las que hayan recurrido para sembrar el rumor.

D. A. dice que cuando aterrizan los comandos, los alemanes nunca plantan cara: se retiran de inmediato. No cabe duda de que cumplen órdenes. Esto es algo que no está permitido publicar. La razón más probable es impedir que el público caiga en un exceso de optimismo.

Según David Astor, Cripps sí tiene intención de dimitir del gobierno, y ya tiene lista su política alternativa. Obviamente, no puede decir nada en público, pero sí lo hará en privado. Sin embargo, tengo entendido que [John] Macmurray, cuando estuvo hace poco con Cripps, no logró sacarle nada en claro sobre sus intenciones políticas.

4 de agosto

La radio turca (entre otras) también dice que Churchill está en Moscú.

5 de agosto

Consternación generalizada ante el impetuoso acto del gobierno de la India al publicar los documentos encontrados por la policía del país en la sede del Congreso^[103].

Como suele ser habitual, el documento más crucial es susceptible de varias interpretaciones, y la rebatiña resultante sencillamente volverá a los elementos más vacilantes del Congreso aún más contrarios a las posturas británicas. El sentimiento antiindio que ha despertado la publicación en los Estados Unidos, y tal vez en Rusia y en China, no nos hará ningún bien a la larga.

El gobierno ruso anuncia el descubrimiento de una trama zarista, muy a la antigua usanza. No puedo evitar tener la vaga sensación de que es algo vinculado con el descubrimiento simultáneo de la trama de Gandhi con los japoneses.

7 de agosto

Hugh Slater está muy desanimado ante la guerra. Dice que al paso al que se han batido los rusos en retirada no es posible que Timoshenko^[104] tenga su ejército intacto, como se ha publicado. También dice que el tono de la prensa y la radio de Moscú demuestra que la moral en Rusia está por los suelos. Como casi todas las personas que conozco, con la excepción de Warburg, considera que no se va a abrir un segundo frente. Es la deducción que todo el mundo extrae de la visita de Churchill a Moscú. “¿Para qué iba a visitar Moscú si se trata de decirles que íbamos a abrir un segundo frente de guerra? Tiene que haber ido a decirles que no somos capaces”. Todo el mundo parece de acuerdo con mi insinuación de que sería espléndido que Churchill cayera en el viaje de regreso, como Kitchener. Claro está que sigue en pie la posibilidad de que Churchill no esté en Moscú.

Ayer noche, por primera vez desmonté por completo una ametralladora Sten. No hay nada que aprender, no tiene partes sueltas. Si el arma se fastidia, uno la tira a un lado y se consigue otra. El peso de la ametralladora, sin cargador, es de casi tres kilos. El peso de un fusil normal sería de seis o siete kilos. El precio estimado no es de cincuenta, como supuse, sino de dieciocho libras. Me imagino uno o dos millones de trastos como éste, cada uno con quinientos cartuchos y un folleto de instrucciones, flotando por toda Europa sujetos de pequeños paracaídas. Si el gobierno tuviera agallas de hacer una cosa así, entonces sí que habría quemado sus naves.

9 de agosto

Hoy he disparado la Sten por primera vez. No tiene retroceso, no vibra, hace muy poco ruido, tiene una precisión razonable. De unos dos mil quinientos proyectiles, se encasquilló dos veces, las dos debido a un cartucho defectuoso. El remedio consiste en accionar el pasador manualmente.

10 de agosto

Nehru, Gandhi, Azad^[105] y muchos otros, encarcelados. Revueltas por casi toda la India, bastantes muertos, infinidad de detenidos. Espeluznante discurso de Amery^[106], refiriéndose a Nehru y compañía como “ese hatajo de malvados”, “saboteadores”, etc. Obviamente, se difunde por la radio del Servicio Imperial y lo retransmite la AIR^[107]. El mejor chiste de todos fue que los alemanes hicieron todo lo posible por impedir la difusión, por desgracia, sin éxito.

Terrible sensación de depresión entre los indios y los que simpatizan con la India. Incluso Bojari^[108], musulmán perteneciente a la Liga, estaba a punto de llorar y hablaba de

dimitir de su cargo en la BBC. Es extraño, pero es muy cierto que el modo en que el gobierno británico se comporta ahora en la India me irrita más que una derrota militar.

12 de agosto

Abrumador comunicado de prensa esta mañana acerca de la situación en la India. Las revueltas no tienen mayor trascendencia, la situación está controlada; al fin y al cabo, el número de muertos no es demasiado elevado, etc. En cuanto a la participación de los estudiantes, la explicación que se da es que “los chicos siempre son así”. “Todos sabemos que los estudiantes de cualquier parte se alegran demasiado cuando se trata de sumarse a una jarana”, etc. Prácticamente todo el mundo asqueado al máximo. Algunos de los indios, al tener conocimiento de este comunicado interno, se quedaron pálidos, lo cual no es frecuente.

La mayoría de la prensa ha adoptado una línea dura. La prensa de Rothermere, de un modo repugnante. Si las medidas represivas que se han tomado en la India son al parecer beneficiosas por el momento, los efectos que surtan en este país van a ser muy negativos. Todo parece dispuesto para una vuelta en toda regla de los reaccionarios, y casi empieza a dar la impresión de que dejar a Rusia en la estacada forma parte de la maniobra.

14 de agosto

Horrabin^[109] estuvo hoy en un programa; como siempre, lo presentamos como el hombre que dibujó los mapas para *Esbozo de la historia*, de Wells, y para *Atisbos de la historia universal*, de Nehru. Es algo que ha sido ampliamente difundido y promovido de antemano, ya que esa conexión de Horrabin será naturalmente un atractivo para los oyentes de la India. Hoy, la referencia de Nehru fue suprimida en la presentación: Nehru está en la cárcel, por lo que es una mala referencia.

18 de agosto

La última carta de Georges Kopp^[110] desde Marsella, tras no sé qué follón con el trabajo de ingeniería que ha estado realizando. [...].

Estoy a punto de iniciar la producción a escala industrial. Sin embargo, no las tengo todas conmigo a la hora de pensar que de hecho seguiré en esto, porque el contrato que tengo con la empresa tiene un plazo de vencimiento fijo, y me temo que la empresa últimamente ha desarrollado conexiones con otra empresa que, a la sazón, se beneficiaría de mi trabajo, lo cual me fastidiaría mucho, ya que con ésta no tengo ningún trato a la vista, y por el momento no parece que vaya a firmar ningún contrato. Si me veo en la obligación de parar, la verdad es que no sé qué voy a hacer. Ojalá que algunos de los queridos amigos a los que he escrito en repetidas ocasiones no sean tan lentos ni tan pasivos como parecen ahora. Si en este terreno siguen sin abrirse nuevas perspectivas, contemplo la posibilidad de recurrir a otro proceso inventado por mí, en relación con la construcción de puentes, que, seguramente recordarás, ya puse en práctica con éxito en San Mateo, antes de la guerra.

Traducido: “Me temo que Francia va a cerrar una alianza completa con Alemania. Si el segundo frente de guerra no se abre pronto, haré todo lo que pueda por huir a Inglaterra”.

19 de agosto

Gran ataque con comandos sobre Dieppe. La incursión aún seguía esta tarde a última hora. Puede que se trate del primer paso de una invasión, o bien de un ensayo de ese primer paso, aunque no lo creo. El aviso difundido por radio al pueblo de Francia decía que se trataba sólo de una incursión, y que no se contaba con que se unieran a nosotros, por si acaso fuera un fiasco.

22 de agosto

David Astor se muestra muy poco entusiasta con el ataque a Dieppe, que vio más o menos de cerca y que, según dice, fue un fracaso casi absoluto, exceptuando la destrucción de abundantes cazas alemanes, que en realidad no formaba parte del plan. Dice que se ha dado una versión totalmente errónea del ataque en la prensa, y que ahora se sigue falseando en los informes al primer ministro; asegura que los hechos más destacados fueron los siguientes: que participaron unos cinco mil hombres en la operación, de los que dos mil fueron muertos o hechos prisioneros. No se tenía la intención de permanecer en tierra más de lo que se estuvo (esto es, desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde), pero la idea consistía en destruir todas las defensas de Dieppe, en lo cual el fracaso fue absoluto. De hecho, sólo se causaron daños relativamente banales, unas cuantas baterías y nidos de ametralladoras, etc., y sólo uno de los tres grupos de ataque logró su objetivo. Los demás no llegaron lejos; muchos fueron masacrados en la misma playa por el fuego de la artillería enemiga. Las defensas de Dieppe eran formidables; habrían sido difíciles de atacar con éxito, incluso, en el supuesto de contar con apoyo artillero, pues estaban enclavadas en los acantilados o bajo enormes cubiertas de hormigón armado. Hundieron más vehículos acorazados de los que llegaron a la orilla. Se desembarcaron unos veinte o treinta tanques, de los que no se recuperó ninguno. Las fotos de los periódicos en los que se mostraban los tanques aparentemente a su regreso a Inglaterra eran engañosas a propósito. La impresión generalizada es que los alemanes estaban sobre aviso y sabían que iba a producirse el ataque. Casi nada más iniciarse ya tenían a un locutor radiofónico emitiendo un espurio “testimonio ocular” desde algún otro punto de la costa, mientras otro hombre emitía órdenes falsas en inglés. Por otra parte, a los alemanes evidentemente les sorprendió la potencia del apoyo aéreo. Así como habitualmente no despliegan sus cazas, con el fin de conservar su fuerza intacta, esta vez los pusieron en el aire tan pronto supieron del desembarco de los tanques, y perdieron una cantidad de aviones sobre la que no hay una estimación precisa, pero que algunos oficiales de la RAF creen que llegó a ser de doscientos setenta nada menos. Debido al poderío aéreo británico, los destructores pudieron pasar el día entero frente a Dieppe. Uno se hundió, pero por ser alcanzado desde una batería terrestre. Cuando se recibió la orden de atacar un determinado objetivo en tierra, los destructores formaron una hilera y se acercaron a toda máquina a la orilla disparando los cañones de proa, mientras los aviones los defendían desde el aire.

Según David Astor, esto demuestra que una invasión de Europa es inviable. Obvio es que no podemos estar seguros de que no se le haya indicado que difunda esta impresión, teniendo en cuenta la familia a la que pertenece. No puedo evitar la sensación de que proceder a un desembarco en un lugar tan fuertemente defendido, sin apoyo de bombarderos ni de artillería, con la sola excepción de los cañones de los destructores (supongo que de calibre 4.9), y sin tropas aerotransportadas, ha sido un logro muy

considerable.

25 de agosto

Uno de los muchos rumores que circulan entre los indios es que Nehru, Gandhi y otros han sido deportados a Sudáfrica. Es la clase de rumor que resulta de la censura de la prensa y de los periódicos que callan a propósito.

27 de agosto

Se levanta la prohibición que pesaba sobre el *Daily Worker*. Está previsto que vuelva a publicarse el 7 de septiembre (el mismo día en que Churchill hará su discurso ante el Parlamento).

La radio alemana alega de nuevo que S. C. Bose se encuentra en Penang. Pero todo hace pensar que ha sido un *lapsus linguae*, por referirse a R. B. Bose.

29 de agosto

Anuncio en un pub de unas tabletas estimulantes; fenacetina, o algo por el estilo:

BLITZ

Recomendadas a conciencia por la

Clase Médica

El

“Relámpago”

Maravilloso descubrimiento

Millones toman este remedio para

Resaca

Nervios de guerra

Gripe

Dolor de cabeza

Dolor de muelas

Neuralgias

Insomnio

Reumatismo

Depresión, etc.

No contiene aspirina

Otro rumor entre los indios acerca de Nehru: esta vez, que se ha fugado.

7 de septiembre

Es evidente que hay complicaciones en Siria. Esta mañana, comunicado de prensa anuncia que —de manera sumamente desafortunada, y muy en contra de la voluntad del gobierno de Su Majestad— el general De Gaulle insiste en que Siria sigue bajo Protectorado Francés, por lo que la firma de un tratado es imposible, igual que en el caso de Iraq. La actitud de De Gaulle se considera deplorable, aunque, a fin de cuentas, es el líder acreditado de la Francia Libre. Como toda la situación legal es sumamente confusa (sobre

la cuestión tendría que pronunciarse la Liga de Naciones, que por desgracia ya no existe), el gobierno de Su Majestad es incapaz, etc. Dicho de otro modo: los sirios no tendrán el tratado, la culpa de todo esto se atribuye a nuestro títere, De Gaulle y, si fuera posible, tendríamos que hacernos con el control de Siria. Cuando esta mañana oí todas estas patrañas difundidas por Rushbrook–Williams^[111], al que todos tuvimos que prestar atención con la más completa formalidad, me vinieron a la cabeza, no sé por qué, los versos de *Las dinastías*, de Hardy, a propósito de la coronación de Napoleón en Roma:

¿No le flaquea la voz ni el pulso al prelado,
sus labios de mal contenida risa deformados,
al bendecir a quien sólo piensa en conquistar
el trono dorado que otros traseros ya no van a calentar?

Ha vuelto a publicarse el *Daily Worker*. Muy templado y comedido, aunque urge (a) la apertura de un segundo frente de guerra, (b) enviar toda la ayuda a Rusia que sea posible, en armamento, etc., y (c) crear un programa demagógico de aumento salarial, que es de todo punto incompatible con (a) y (b).

10 de septiembre

Ayer noche, una conferencia en Morley College, en Lambeth. Una sala pequeña, un centenar de personas, intelectuales de clase obrera; más o menos como el público de una sede del Club del Libro de Izquierdas^[112]. Durante el turno de preguntas, no fueron menos de seis los que quisieron saber: “¿No cree el señor conferenciante que ha sido un gran error el permitir que vuelva a publicarse el *Daily Worker*?”. Las razones aducidas fueron que la lealtad del *Daily Worker* a día de hoy no es de fiar y que representa un derroche de papel. Sólo una mujer, evidentemente comunista, se levantó para defender al *Daily Worker*, ante lo cual uno o dos de los asistentes expresaron su impaciencia (“¡Vaya, ya está esa pesada con lo mismo de siempre!”). Todo esto tras un año durante el cual ha sido incesante el clamor de las organizaciones de izquierdas para que se pusiera fin a la prohibición del *Daily Worker*. Uno se equivoca continuamente en sus apreciaciones, porque escucha a la minoría reflexiva y olvida al otro noventa y nueve por ciento. Compárese con Munich, cuando la masa de la población estaba casi con toda seguridad tras la política de Chamberlain, aunque leyendo el *New Statesman*, etcétera... Nadie lo hubiera creído así.

15 de septiembre

Espeluznante sensación de impotencia ante todo el asunto de la India, los discursos de Churchill, la evidente intención que tienen los reaccionarios de hacer una nueva intentona de mostrarse duros, y ante la impudicia con que son capaces los periódicos de desfigurar toda la cuestión, a sabiendas de que el público nunca sabrá lo suficiente ni tendrá suficiente interés por verificar la verdad del caso. El último es el peor síntoma de todos, aunque lo cierto es que nuestra apatía ante la India no es peor que el desinterés de los intelectuales indios por la lucha contra el fascismo en Europa.

21 de septiembre

Ayer conocí a Liddell Hart. [...] Sumamente nervioso por la barbarie del bombardeo de Lübeck. Considera que durante las guerras de los últimos siglos, los británicos ostentan

el peor historial de atrocidades y destrucción. Aunque se opone con denuedo a un segundo frente, como era de esperar, también está ansioso de que se suspendan los bombardeos. No tienen ningún sentido, ya que nada se conseguirá por ese medio, ni siquiera debilitar a Alemania. Por otra parte, ni siquiera deberíamos haber comenzado los bombardeos (insistía en que fuimos nosotros los que comenzamos), ya que sólo íbamos a conseguir que arreciaran las represalias contra nosotros.

También estaba presente Osbert Sitwell. [...] Los dos declararon su repugnancia ante nuestra toma de las colonias de Vichy. Sitwell dijo que nuestro lema es: “Cuando la cosa se ponga fea, capturemos Madagascar”. Dijo que en Cornualles, en caso de invasión, la Home Guard tiene la orden de fusilar a todos los artistas. Apunté que en Cornualles, tal vez, sea lo mejor. Sitwell: “Por instinto darán con los mejores”.

22 de septiembre

La mayoría de nuestras municiones para las Sten es italiana o, más bien, hecha en Alemania para los italianos. Me imagino que debe de ser la primera arma que tiene el ejército británico cuyo calibre se mide en milímetros, no en pulgadas. Iban a fabricar una nueva arma automática, barata, pero como disponían de inmensas reservas de municiones capturadas en Abisinia, han fabricado las armas a la medida de las municiones existentes, en vez de hacerlo al revés. La ventaja es que la munición de casi cualquier metralleta del continente europeo le servirá. Será interesante ver si los alemanes o los japoneses se descuelgan con un arma del trescientos tres para aprovechar las municiones británicas capturadas.

28 de septiembre

Desfile al aire libre, eclesiástico, ayer en Regent's Park. Debió de ser una escena conmovedora: el batallón formando con solemnidad, una banda de música de los Coldstream Guards, los hombres sin sombrero (bello día otoñal, tenue bruma, ni un solo temblor en las hojas de los árboles, los perros correteando) y entonando los himnos litúrgicos lo mejor que pueden. Pero, por desgracia, les endilgaron un sermón trufado de bazofias patriotas, como suele ser habitual en tales ocasiones, y que me vuelve proalemán mientras lo estoy escuchando. Además, una plegaria especial “por el pueblo de Stalingrado”: el beso de Judas. Un detalle que me descorazona en estas ocasiones es la casulla blanca del sacerdote, que desentona en medio de los uniformes militares. Me asombró la profesionalidad de la banda y en especial del director, un oficial con la gorra negra y picuda de los Guards. Cuando cada plegaria ya tocaba a su fin, un desperezarse de la banda, salen los trombones de sus fundas de cuero, surge en alto la batuta del director y se disponen a atacar el “amén” en el instante en que el cura llegue al “por Cristo Nuestro Señor”.

5 de octubre

El nuevo virrey de la India será nombrado en breve. Ni idea de quién puede ser. Se habla del general Auchinleck, quien, según se dice, se lleva bien con los indios de izquierdas.

Larga conversación con Brander^[113], que ha vuelto, tras seis meses de gira por India.

Sus conclusiones son tan deprimentes que a duras penas me animo a ponerlas por escrito. Sucintamente, las cosas están en la India mucho peor de lo que aquí se le permite a nadie comprender; la situación, de hecho, tiene remedio, pero no se le pondrá remedio porque el gobierno está determinado a no hacer concesiones verdaderas; se armará una bien gorda cuando se produzca una invasión japonesa, si es que se produce, y nuestros programas son absolutamente inservibles, porque no los oye nadie. Brander sí dijo, sin embargo, que los indios escuchan las noticias de la BBC porque les parecen más dignas de confianza que las que dan Tokio o Berlín. Considera que deberíamos emitir noticias y música y nada más. Es lo que llevo diciendo desde hace algún tiempo.

10 de octubre

Hoy, para honrar el aniversario de la Revolución china, se izó la bandera de China en el mástil de Broadcasting House. Por desgracia, estaba del revés.

Según David Astor, Cripps va a dimitir en breve. Pretexto, que el Gabinete de Guerra es pura falacia, que Churchill es en realidad el único que ejerce el poder.

11 de octubre

Las autoridades canadienses han encadenado a un número de prisioneros alemanes equivalente al número de prisioneros británicos encadenados en Alemania^[114]. ¿A qué diablos vamos a llegar?

17 de octubre

Nuevo “chiste de judíos” oído ayer noche en el teatro Players. Más bien suave, y contado por un judío, pero de sesgo ligeramente antijudío.

Más rumores sobre un segundo frente de guerra. Esta vez se dice que la fecha será el 20 de octubre. Es poco probable, ya que se trata de un martes. Sin embargo, parece bastante claro que algo sí va a ocurrir en el oeste o el noroeste de África.

15 de noviembre

Esta mañana repicaron las campanas de las iglesias. Celebración de la victoria en Egipto. Es la primera vez que las oigo desde hace más de dos años.

RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

I

Antes que nada, los recuerdos físicos, los sonidos, los olores, las superficies de las cosas.

Es curioso, pero recuerdo con más vivacidad que todo lo que sucedió más adelante, en plena Guerra Civil española, la semana del campamento donde nos adiestraron antes de enviarnos al frente: los enormes barracones de caballería en Barcelona, con los establos en los que soplaban siempre la corriente, los patios adoquinados, el frío helador de la bomba de agua con que nos aseábamos, las comidas asquerosas, tolerables si acaso gracias a los odres de vino, las milicianas en pantalones que cortaban la leña, y el momento en que se pasaba lista a primera hora de la mañana, en el que mi prosaico nombre inglés constituía un cómico entreacto entre los resonantes nombres de los españoles: Manuel González, Pedro Aguilar, Ramón Fonollosa, Roque Ballester, Jaime Domenech, Sebastián Viltrón, Ramón Nuvo Bosch. Menciono éstos en concreto porque recuerdo las caras de todos ellos. Con la excepción de uno o dos, que eran gentuza y a estas alturas sin duda se habrán convertido en falangistas de pro, es probable que todos hayan muerto. De dos, lo sé con certeza. El mayor tendría unos veinticinco años; el más joven, dieciséis.

Una de las experiencias esenciales de la guerra es la absoluta imposibilidad de huir de los repugnantes olores de origen humano. Las letrinas son un tema del que se ha abusado en la literatura bélica, y no las sacaré a colación ahora si no fuera porque las de nuestros barracones cumplieron un pequeño papel, de bastante peso, a la hora de desinflar el globo de mis ilusiones en torno a la Guerra Civil española. El tipo de letrinas característico de los países latinos, en las que hay que acuclillarse, es ya pésimo en el mejor de los casos, pero es que éstas estaban hechas de una suerte de piedra pulida, tan resbaladiza que a duras penas podía uno mantenerse el equilibrio. Para colmo, estaban siempre atascadas. Ahora almaceno en la memoria muchas otras cosas repugnantes, pero creo que fueron aquellas letrinas lo que por vez primera me condujo a un pensamiento que luego sería recurrente: “Aquí estamos, soldados de un ejército revolucionario que defiende la democracia frente al fascismo, combatientes en una guerra que trata de algo muy concreto, y los detalles de nuestras vidas son tan sórdidos y degradantes como podrían serlo en la cárcel, y qué decir en un ejército burgués”. Más adelante fueron muchas más las cosas que reforzaron esta impresión; por ejemplo, el tedio y el hambre animal de la vida en la trinchera, las mezquinas intrigas por unas míseras migajas que llevarse a la boca, las patéticas y enzarzadas trifulcas a las que se entregaban unas personas agotadas por la falta de sueño.

El horror esencial de la vida militar (todo el que haya sido soldado sabe de sobra a qué me refiero cuando digo “el horror esencial de la vida militar”) apenas se resiente ni varía según sea la naturaleza de la guerra en la que uno ha ido a luchar. La disciplina, por ejemplo, es, en definitiva, idéntica en todos los ejércitos. Hay que obedecer las órdenes, cuyo estricto cumplimiento se refuerza mediante el castigo si es necesario; las relaciones entre oficial y soldado raso han de ser las relaciones entre superior e inferior. El retrato de la guerra que se plasma en libros como *Sin novedad en el frente* es sustancialmente veraz. Los balazos duelen, los cadáveres apestan, los hombres bajo un fuego graneado pasan tanto miedo que a menudo se mean en los pantalones. Es verdad que el trasfondo social del que se nutre un ejército da una determinada coloración a su adiestramiento, su táctica e, incluso,

a su eficacia; también lo es que la conciencia de tener la razón puede reforzar la moral de los hombres, aunque esto por lo común afecte más a la población civil que a la tropa. (Se tiende a olvidar que un soldado cerca de la línea del frente suele pasar demasiada hambre, o demasiado miedo, o demasiado frío, o, sobre todo, demasiadas fatigas, para que le importen las causas políticas que hayan originado la guerra). Ahora bien, las leyes de la naturaleza son las mismas para un ejército “rojo” que para uno “blanco”. Un piojo es un piojo y una bomba es una bomba, por más que la causa por la que uno lucha sea la justa.

¿Por qué vale la pena señalar algo tan obvio? Porque el grueso de la intelectualidad británica y norteamericana no tuvo constancia manifiesta de ello, en aquel entonces, como tampoco la tiene ahora. Hoy en día, nuestra memoria es de corto alcance, pero basta con retrotraerse un poco al pasado, hojear en la hemeroteca los números atrasados de *New Masses* o del *Daily Worker*, y echar un vistazo a las patrañas romanticoides y belicosas que los izquierdistas esparcían por entonces sin ton ni son. ¡Las mismas frases anquilosadas de siempre! ¡Qué insensibilidad, qué falta de imaginación! ¡Y la sangre fría con que Londres contempló los bombardeos de Madrid! Aquí ni siquiera me preocupan un instante los contrapropagandistas de la derecha, los Lunn, Garvin *et hoc genus*; éstos se dan por supuesto, ya se sabe. Pero es que allí estaban los mismos que durante veinte años habían vociferado contra la “Gloria” de la guerra y se habían mofado de esa idea, de los relatos de las atrocidades, del patriotismo, incluso de la valentía física: al cabo de un tiempo se sacaron de la manga escritos que, cambiando unos pocos nombres, habrían encajado a la perfección en las páginas del *Daily Mail* de 1918. Si hubo una sola cosa con la que estuvo comprometida la intelectualidad británica, fue la denigrante desfiguración de la guerra, la teoría de que la guerra no es más que un amasijo de cadáveres, de letrinas, y que nunca sale nada bueno de ella. Bien, pues los mismos que en 1933 se burlaban con todo su desprecio de quien afirmaba que en determinadas circunstancias no dudaría en luchar por su país, en 1937 lo denunciaban por trotskista fascista, por sugerir que los relatos que aparecían en *New Masses* acerca de hombres recién heridos en combate, que se mostraban, además, ansiosos de volver al frente, podrían ser mera exageración. Y la intelectualidad izquierdista realizó a su debido tiempo un movimiento pendular, pasando de “la guerra es el infierno” a “la guerra es gloriosa”, sin la menor percepción de su incongruencia y prácticamente de un día para otro. Más tarde, casi todos realizarían otras transiciones no menos violentas. Tiene que haber un número considerable de personas, una especie de núcleo central de la intelectualidad, que dio el visto bueno a la declaración “por el rey y por la patria” en 1935, y que clamó por una “línea dura contra Alemania” en 1937, y que apoyó la Convención Popular en 1940, y hoy exige la formación de un segundo frente.

En lo que respecta a las masas populares, los extraordinarios movimientos pendulares de la opinión que hoy en día se producen, las emociones que se abren y cierran como si de grifos se tratara son resultado de la hipnosis a que las ha sometido la prensa y la radio. En el caso de la intelectualidad, yo más bien diría que son resultado del dinero y de la mera seguridad física en que viven. En cualquier momento pueden ser favorables o contrarios a la guerra, pero tanto en un caso como en otro carecen de una imagen realista de ésta. Cuando se mostraron entusiasmados por la guerra de España, los intelectuales sabían, por descontado, que allí se estaba matando a la gente, y que morir de ese modo es sumamente ingrato, a pesar de lo cual la sensación predominante era que, para un soldado del ejército republicano, la experiencia de la guerra de algún modo no podía ser degradante. De algún modo, a saber cuál, las letrinas no hedían tanto, la disciplina no era tan irritante. Basta con echar un vistazo al *New Statesman* para ver que eso es justamente lo que creían.

Exactamente las mismas baladronadas que ahora se escriben a propósito del Ejército Rojo. Nos hemos vuelto demasiado civilizados para captar lo más obvio. Y es que la verdad es muy sencilla. Para sobrevivir, a menudo hay que luchar, y para luchar uno tiene que ensuciarse. La guerra es perversa, es el mal, y a menudo, es un mal menor. Quien a hierro mata a hierro muere, y quien no empuña la espada muere a causa de una enfermedad maloliente. Que valga la pena poner por escrito semejante perogrullada demuestra que nos han hecho todos estos años de capitalismo y de rentas.

II

En relación con lo que acabo de decir, vaya una simple nota al pie sobre la cuestión de las atrocidades.

Son pocas las pruebas directas que tengo sobre las atrocidades cometidas en la Guerra Civil española. Sé que algunas las cometieron los republicanos, y que muchas más (que se siguen cometiendo ahora) son obra de los fascistas. Sin embargo, lo que me impresionó entonces, y lo que desde entonces no ha dejado de impresionarme, es que las atrocidades se crean o se desmientan única y exclusivamente según sea la inclinación política de cada cual. Todo el mundo cree a pie juntillas en las atrocidades del enemigo y descrea de las atribuidas a su propio bando, sin tomarse jamás la molestia de examinar las pruebas a su alcance. Hace poco redacté un listado de las atrocidades cometidas en el periodo que va de 1918 a la actualidad, y jamás se ha dado un año en el que no se cometieran atrocidades en un lugar o en otro, al mismo tiempo que apenas existe un solo caso en el que la izquierda y la derecha crean simultáneamente en la veracidad de las mismas historias. Y más extraño aún es que en cualquier momento pueda la situación invertirse de repente, y que la atrocidad ayer demostrada con creces se torne una mentira ridícula tan sólo porque haya cambiado el panorama político.

En la presente guerra nos hallamos en una situación curiosa, y es que nuestra “campaña de atrocidades” se llevó a cabo, sobre todo, antes de la guerra y principalmente por parte de la izquierda, las personas que normalmente se enorgullecen de su descreimiento. En ese mismo periodo, la derecha —esto es, los autores de las atrocidades del periodo que va de 1914 a 1918— contemplaba la Alemania nazi y se negaba de plano a ver maldad en ella. Tan pronto estalló la guerra, fueron los pronazis de ayer los que repitieron hasta la saciedad las historias sobre los horrores de toda clase, al tiempo que los antinazis de pronto se encontraron dudando de que la Gestapo existiera realmente. Tampoco fue esto única y exclusivamente resultado del pacto ruso-germano. Fue debido, en parte, a que antes de la guerra la izquierda había creído erróneamente que Gran Bretaña y Alemania jamás llegarían a enfrentarse en un conflicto armado, y que eran, por tanto, capaces de ser simultáneamente antialemanes y antibritánicos; en parte, también fue debido a que la propaganda oficial de la guerra, con su nauseabunda hipocresía y sus pretensiones de rectitud moral, suele conseguir que las personas con dos dedos de frente terminen por simpatizar con el enemigo. Parte del precio, que pagamos por las sistemáticas mentiras del periodo que va de 1914 a 1917 fue la exagerada reacción progermana que siguió. Durante el periodo 1918–1933, bastaba sugerir en los círculos de la izquierda que Alemania tenía siquiera una mínima fracción de responsabilidad por la guerra para ser abucheado. En todas las denuncias vertidas contra el Tratado de Versalles, todas las que yo escuché a lo largo de esos años, dudo mucho que se llegara a formular la pregunta: “¿Qué habría ocurrido si Alemania hubiera ganado la guerra?”. Y menos aún se llegó a debatir esta cuestión, por descontado. Lo mismo sucede con las atrocidades. La impresión que se tiene es que la

verdad pasa a ser mera falacia en cuanto es el enemigo quien la expresa alto y claro. Hace poco he reparado en que las personas que se tragaron todos los horrores referidos a los japoneses en Nankín en 1937 se negaban a creer esas mismas historias referidas a Hong Kong en 1942. Se dio, incluso, una clara tendencia a pensar que las atrocidades de Nankín habían pasado a ser, por así decir, retrospectivamente falsas, pero sólo por la atención que les prestó el gobierno británico.

Por desgracia, la verdad acerca de las atrocidades es mucho peor que las mentiras que se cuentan acerca de ellas con fines propagandísticos. La verdad es que se han producido y se producen. Lo que a menudo se aduce como razón para justificar el escepticismo, a saber, que el hecho de que las mismas historias horripilantes se repitan guerra tras guerra las hace más verosímiles. Evidentemente, se trata de fantasías extendidísimas, y la guerra representa una gran oportunidad para ponerlas en práctica. Asimismo, aunque ya no esté de moda decirlo, poca duda puede haber de que los que podrían denominarse “blancos” cometen muchas más atrocidades, y mucho peores, que los “rojos”. No existe tampoco duda, por ejemplo, acerca del comportamiento de los japoneses en China. Tampoco, acerca de los ultrajes fascistas en Europa durante los últimos diez... El volumen de los testimonios es, sencillamente, enorme, y una proporción muy respetable de ellos proviene de la prensa y la radio alemanas. Estas cosas realmente han ocurrido: en eso hay que fijarse, y no perderlo de vista. Han ocurrido aun cuando diga lord Halifax que han ocurrido. Las violaciones y los asesinatos en las ciudades chinas, las torturas en las cárceles de la Gestapo, los ancianos profesores judíos arrojados a las fosas sépticas o el ametrallamiento sistemático de refugiados en las carreteras de España son sucesos que innegablemente se han producido, y que no han ocurrido en menor medida porque el *Daily Telegraph* haya tenido conocimiento de ello con cinco años de retraso.

III

Dos recuerdos, el primero de los cuales nada prueba en concreto, mientras el segundo, creo, aporta una visión acertada del ambiente que es propio de un periodo revolucionario.

Una mañana, muy a primera hora, otro hombre y yo fuimos a disparar contra los fascistas en las trincheras de las afueras de Huesca. Su línea y la nuestra se encontraban a menos de trescientos metros, distancia a la cual nuestros anticuadas escopetas no tenían la precisión idónea, aunque haciendo una incursión hasta un punto situado a un centenar de metros de las trincheras fascistas sí era posible, con un poco de suerte, alcanzar a alguien, incluso, a través de una de las troneras abiertas en sus parapetos. Por desgracia, el terreno intermedio era un campo llano sembrado de remolachas, sin más protección que algunas zanjas, de modo que era preciso internarse en él cuando aún era de noche y regresar poco después del amanecer, antes de que hubiera demasiada luz. En aquella ocasión no aparecieron los fascistas, nos quedamos demasiado tiempo y nos sorprendió el alba. Estábamos en una zanja, pero a nuestras espaldas quedaban cerca de doscientos metros de terreno llano donde no habría podido esconderse ni un conejo. Estábamos armándonos de valor para retirarnos a toda velocidad cuando se oyó un alboroto, con gritos y silbatos, en las trincheras de los fascistas. Algunos de nuestros aviones se acercaban. En ese instante, un hombre que presuntamente llevaba un mensaje a un oficial saltó de la trinchera y echó a correr a lo largo del parapeto, de modo que lo vimos perfectamente. Iba semidesnudo, sujetándose los pantalones con ambas manos. Me abstuve de disparar contra él. Es cierto que no tengo una excelente puntería, y es improbable que acierte al disparar contra un

hombre que corre a cien metros de mí, y también es cierto que estaba ocupado pensando en cómo regresar a nuestras trincheras mientras los fascistas estuvieran pendientes de los aviones. Con todo y con eso, si no disparé fue sobre todo por el detalle de los pantalones. Había viajado hasta allí para disparar contra los “fascistas”, pero un hombre que se sujeta los pantalones no es un “fascista”, sino evidentemente un congénere, un semejante. No apetece disparar contra él.

¿Qué es lo que demuestra este incidente? En realidad, no demasiado, porque es algo que se da a todas horas en todas las guerras. El otro incidente que recuerdo es distinto. No creo que al contarlo consiga que resulte conmovedor para quien me lea, a pesar de lo cual le pido que crea que para mí sí lo es, precisamente porque refleja la atmósfera moral que se da en un momento determinado en el tiempo.

Uno de los reclutas que se unieron a nosotros estando yo aún en el cuartel era un mozalbete de aspecto asilvestrado, salido de los barrios bajos de Barcelona. Iba andrajoso, descalzo. Era muy moreno (yo diría que de sangre árabe), y tenía gestos que no son propios de un europeo. Uno de los más frecuentes, con el brazo extendido y la palma de la mano hacia arriba, era característico de los indios. Un buen día me robaron de la litera un paquete de cigarros puros, que por entonces aún se podían comprar por cuatro perras. Tontamente informé a mi oficial, y uno de los sinvergüenzas a los que ya me he referido aprovechó para inventarse que le habían robado veinticinco pesetas. Por la razón que fuera, el oficial decidió en el acto que el muchacho moreno era el ladrón. En la milicia eran sumamente duros con cualquier robo; en teoría, incluso era posible acabar ante el pelotón de fusilamiento. El desdichado chiquillo se dejó conducir al cabo de guardia para que lo registrasen. Lo que más me asombró fue que apenas protestase, que no intentase declararse inocente. En el fatalismo propio de su actitud saltaba a la vista la pobreza desesperada en la que se había criado. El oficial le ordenó que se desnudara. Con un grado de humildad que me resultó espantoso de presenciar, se desnudó, y allí mismo se registró a fondo su ropa. Obvio es decir que en ella no estaban ni mis puros ni el dinero. Él no los había robado. Lo más doloroso de todo fue que pareciera, sin embargo, avergonzado después de que su inocencia quedara probada. Esa noche me lo llevé al cine y le invité a una copa de coñac y a chocolate. Pero eso también fue horrible; me refiero al intento de lavar la injuria con dinero. Durante unos minutos creí que se trataba de un ladrón, y eso es algo que no se puede lavar.

Bien. Semanas más tarde, ya en el frente, tuve problemas con uno de los hombres de mi sección. Para entonces me habían ascendido a cabo, y estaba al mando de una docena de hombres. La guerra atravesaba una fase estática y hacía un frío espantoso. Mi principal cometido era evitar que los centinelas se durmieran en sus puestos. Un día, un hombre de pronto se negó a ir a un puesto determinado aduciendo —y era verdad— que estaba demasiado expuesto al fuego enemigo. Era un hombre débil, de modo que lo sujeté con fuerza y comencé a arrastrarlo hacia su puesto. Mi actitud despertó en los demás sentimientos hostiles, pues a los españoles, me parece, les molesta más que a nosotros el contacto físico. En el acto me vi rodeado por un grupo de hombres que vociferaba: “¡Fascista, fascista, déjalo en paz! ¡Éste no es un ejército burgués! ¡Fascista!”. Etcétera, etcétera. Como mejor supe, con mi pésimo español, me puse a dar gritos, a decir que las órdenes había que obedecerlas, y la trifulca cobró las proporciones que alcanzan esas tremendas discusiones que resquebrajan poco a poco la disciplina en los ejércitos revolucionarios. Unos dijeron que yo tenía razón; otros, que estaba en un error. Lo que importa es que el que se puso de mi parte de manera más acalorada fue el muchacho de tez

morena. En cuanto vio lo que ocurría, empezó a defenderme de manera apasionada. Con sus gestos extraños, asilvestrados, propios de un indio, no dejaba de exclamar: “¡No hay cabo como él!”^[115]. No mucho después solicitó permiso para formar parte de mi sección.

¿Por qué me resulta conmovedor este incidente? Porque en circunstancias normales habría sido imposible que se restablecieran jamás los buenos sentimientos entre ese muchacho y yo. La acusación implícita del robo difícilmente habría podido resolverse; a lo sumo, habría empeorado debido a mis esfuerzos por hacer las paces. Uno de los efectos inmediatos que tiene la vida en condiciones de seguridad, la vida civilizada, es la inmensa hipersensibilidad que dota a todas las emociones primarias de un cariz un tanto repugnante. La generosidad es tan dolorosa como la mezquindad, la gratitud tan odiosa como la ingratitud. Pero es que en la España de 1936 no vivíamos en una época normal. Entonces los sentimientos y los gestos de generosidad surgían más espontáneamente. Podría relatar una docena de incidentes similares, en realidad nada fáciles de comunicar, que están estrechamente ligados en mi memoria a aquel ambiente especial de la época, la ropa desastrada, los carteles revolucionarios de alegres colores, el empleo universal de la palabra “camarada”, las canciones antifascistas impresas en papel de pésima calidad, que se vendían por apenas nada, las frases del estilo de “solidaridad proletaria internacional”, patéticamente repetidas por ignorantes que de veras creían que eran algo. ¿Acaso puede uno sentir amistad hacia alguien, defenderle en una trifulca, después de haber sido ignominiosamente registrado en presencia de esa persona, acusado de haberle robado? No, no es posible; aunque puede que sí, si los dos han pasado por una experiencia emocionalmente enriquecedora. Ése es uno de los productos colaterales de la revolución, aunque en este caso se trataba sólo del comienzo de una revolución obviamente condenada al fracaso.

IV

La lucha por el poder desencadenada entre los distintos partidos de la República española es un asunto triste y lejano, que no tengo el menor deseo de revivir. Lo menciono tan sólo para decir: no creas nada o casi nada, lector, de cuanto leas acerca de los asuntos internos dirimidos en el bando del gobierno legítimo. Venga de la fuente que venga, es todo propaganda de partido, es decir, una sarta de mentiras. La verdad sobre la guerra, en sentido amplio, es bien simple. La burguesía española vio la ocasión para aplastar al movimiento obrero y la aprovechó con la ayuda de los nazis y las fuerzas reaccionarias del mundo entero. Es dudoso que llegue a concretarse algo más allá de esto.

Recuerdo que una vez dije a Arthur Koestler: “La historia se detuvo en seco en 1936”, a lo cual asintió de inmediato, entendiéndome a qué me refería. Los dos estábamos pensando en el totalitarismo en general, aunque, más en concreto, pensábamos en la Guerra Civil española. A muy temprana edad supe que ningún acontecimiento encuentra su correcta traducción informativa en un periódico, pero en España, por vez primera vi reportajes de prensa que no guardaban ninguna relación con la realidad, ni siquiera la relación que se sobreentiende en una mentira normal y corriente. Vi que se referían grandes batallas allí donde no hubo ni un solo combate; vi un silencio absoluto en casos en los que cientos de hombres habían muerto. Vi tropas que habían luchado con bravura y que fueron tachadas de cobardes y traidoras, y vi a muchos soldados que no habían disparado un solo tiro y que fueron recibidos como héroes de una victoria imaginaria; vi que los periódicos de Londres relataban esas mismas mentiras y vi a intelectuales ansiosos elaborar superestructuras emocionales a partir de acontecimientos jamás ocurridos. Vi de hecho que

la historia se escribía no en función de lo que fue, sino de lo que debería haber sido de acuerdo con las distintas “líneas de partido”. Ahora bien: por terrible que fuera todo esto, en cierto modo carecía de importancia. Eran cuestiones secundarias, a saber, la lucha por el poder entre la Internacional Comunista y los partidos españoles de izquierdas, y los esfuerzos del gobierno ruso por impedir la revolución en España. Pero el panorama de la guerra que el gobierno de España ofreció al mundo entero no fue infiel a la verdad. Los principales asuntos en liza eran los que se decía que eran. En cuanto a los fascistas y sus partidarios, ¿cómo iban a acercarse siquiera a la verdad de los hechos? ¿Cómo podían hacer mención siquiera de sus verdaderos objetivos? Su versión de la guerra era pura fantasía, y en tales circunstancias no pudo ser de otra manera.

La única línea de propaganda que les quedaba abierta a los nazis y a los fascistas era presentarse como patriotas y cristianos que iban a salvar España de una dictadura rusa. Para ello debían mentir, afirmando que la vida en la España gubernamental era una continua masacre (véanse por ejemplo el *Catholic Herald* o el *Daily Mail*, aunque ambos sean juegos de niños comparados con la prensa fascista del continente europeo), e implicaba la desmesurada exageración de todo lo referido al grado de intervención rusa en el conflicto. De la descomunal pirámide de mentiras que erigió la prensa católica y reaccionaria del mundo entero, permítaseme tomar sólo un ejemplo: la presencia en España de un ejército ruso. Los más devotos partidarios de Franco lo creían firmemente; las estimaciones sobre las fuerzas de ese ejército llegaron al medio millón de efectivos. Pues bien: nunca hubo un ejército ruso en España. Es posible que hubiera un puñado de aviadores y otros técnicos, unos centenares a lo sumo, pero nunca hubo un ejército. Los varios miles de extranjeros, por no hablar de los millones de españoles, que combatieron en la guerra son testigos de este hecho. No obstante, su testimonio no causó la menor impresión en los propagandistas de Franco, ni uno solo de los cuales puso jamás un pie en la España que aún controlaba el gobierno legítimo. Al mismo tiempo, esas personas se negaban en redondo a reconocer la realidad de la intervención alemana o italiana, a la vez que la prensa de Alemania y de Italia alardeaba abiertamente de las hazañas de sus “legionarios”. He preferido comentar un solo punto, pero lo cierto es que toda la propaganda fascista en torno a la guerra fue de ese nivel.

Todo esto me da miedo, porque a menudo se tiene la sensación de que el concepto mismo de verdad objetiva va desapareciendo poco a poco del mundo. A fin de cuentas, existe la posibilidad, muy seria, de que esas mentiras, u otras muy similares, lleguen a pasar a la historia. ¿Cómo se escribirá la historia de la Guerra Civil española? Si Franco sigue en el poder, serán sus acólitos quienes escriban los libros de historia, y (ateniéndome al caso que he escogido) ese ejército ruso que jamás existió llegará a ser una realidad histórica que los niños de generaciones futuras aprenderán en la escuela. Supongamos, en cambio, que el fascismo sea finalmente derrotado, y que se restaure en España alguna forma de gobierno democrático en un futuro más o menos próximo: ¿cómo ha de escribirse en tal caso la historia de la guerra? ¿Qué clase de documentos dejará Franco? Supongamos que los documentos que se conserven en el bando del gobierno sean recuperables. Aun así, ¿cómo podrá escribirse la verdadera historia de la guerra? Porque, como ya he señalado, también el gobierno difundió mentiras abundantes. Desde el ángulo antifascista se podría escribir una historia de la guerra verdadera en líneas generales, aunque sería una historia partidista y en absoluto fiable. No obstante, alguna clase de historia ha de escribirse, y después de que quienes realmente tengan recuerdos de la guerra hayan muerto, será universalmente aceptada. A todos los efectos prácticos, la mentira se habrá tornado verdad.

Sé que está de moda decir que gran parte de la historia escrita es mentira. Estoy

dispuesto a creer que la historia es en su mayor parte inexacta y sesgada, pero lo peculiar de la época en que vivimos es la renuncia total a la idea de que la historia podría escribirse con arreglo a la verdad. En el pasado, se mentía adrede o se coloreaba de manera inconsciente lo que se escribía, o bien se esforzaban los autores por precisar la verdad, aun a sabiendas de que habían de incurrir en no pocos errores. En todo caso, esos autores creían que existían “realidades”, y que éstas eran más o menos fáciles de descubrir. En la práctica, siempre existía un considerable cuerpo de hechos sobre los cuales se llegaba a un acuerdo prácticamente unánime. Si se repasa la historia de la última guerra, por ejemplo en la *Encyclopaedia Britannica*, se ve que una parte muy respetable del material está tomada de fuentes alemanas. Un historiador británico y otro alemán estarán en franco desacuerdo en no pocas cosas, e, incluso, en lo fundamental, pero seguiría con todo y con eso existiendo ese cuerpo, por así decir, de hechos neutrales, que ninguno de los dos pondría en tela de juicio. Es ese fundamento común del acuerdo, con su implicación de que todos los seres humanos pertenecen a una misma especie animal, lo que destruye a conciencia el totalitarismo. La teoría nazi niega específicamente que exista algo llamado “la verdad”. Por ejemplo, no existe algo llamado “la ciencia”. Existen solamente “la ciencia alemana”, “la ciencia judía”, etcétera. El objetivo implícito en esta línea de pensamiento es un mundo pesadillesco en el que el Jerarca Máximo, o el reducido grupo que detente el gobierno, controle no ya el futuro, sino también el pasado. Si ese Jerarca Máximo afirma que tal o cual suceso “nunca ocurrió”, bien, es que no ocurrió. Si dice que dos y dos son cinco, bien, pues dos y dos son cinco. Esta perspectiva me aterra mucho más que las bombas. Y tras las experiencias de estos últimos años, no es una afirmación frívola.

Ahora bien: ¿es tal vez pueril, o morboso, asustarse imaginando un futuro totalitario? Antes de descartar ese mundo totalitario y tacharlo de pesadilla que no podrá hacerse realidad, recordemos que en 1925 el mundo en que hoy vivimos habría parecido a cualquiera una pesadilla incapaz de hacerse realidad. Contra ese mundo fantasmagórico y cambiante, en el que mañana lo negro puede ser blanco, en el que la climatología podrá cambiarse por decreto, sólo hay dos salvaguardias. Una es que, por más que se niegue la verdad, ésta sigue existiendo, por así decir, incluso a nuestras espaldas, por lo que no es posible violarla de manera que merme la eficacia militar. La otra es que, en la medida en que partes de la Tierra sigan sin ser conquistadas, la tradición liberal podrá seguir viva. Si el fascismo, o, más bien, la posible combinación de varios fascismos, conquista toda la Tierra, esas dos condiciones dejarán de existir. En Inglaterra subestimamos el peligro de esta situación, porque nuestras tradiciones y nuestra seguridad pasada nos han inculcado la creencia sentimental de que al final todo sale bien, y que aquello que más tememos nunca llega a producirse. Alimentados desde hace siglos por una literatura en la que el bien invariablemente triunfa en el último capítulo, creemos, un poco por instinto, que el mal siempre acaba por perder, al menos a la larga. El pacifismo, por ejemplo, se funda sobre todo en esta creencia. No nos resistamos al mal, que el mal se destruirá por sí solo. ¿Por qué había de ser así? ¿Qué pruebas tangibles tenemos de que así sea? ¿Qué ejemplos tenemos de que un Estado moderno e industrializado se desmorone si no es porque lo ha conquistado una fuerza militar extranjera?

Consideremos por ejemplo la reinstauración de la esclavitud. ¿Quién habría imaginado hace tan sólo veinte años que la esclavitud regresaría a Europa? Bien, la esclavitud se ha reinstaurado delante de nuestras narices. Los campos de trabajos forzosos que hay en toda Europa y en el norte de África, donde polacos, rusos, judíos y prisioneros políticos de todas las razas construyen carreteras o drenan marismas a cambio de una ración

de comida, son esclavitud pura y dura. Lo máximo que puede uno decir es que la compraventa de esclavos por parte de individuos aún no está permitida. En otros aspectos —por ejemplo, el desmantelamiento de las familias—, las condiciones son probablemente mucho peores de lo que eran en las plantaciones de algodón de Norteamérica. No hay motivos para pensar que este estado de cosas vaya a cambiar mientras perdure el dominio del totalitarismo. No entendemos todo lo que esto entraña porque, con el misticismo que nos es propio, creemos que un régimen fundamentado en la esclavitud forzosamente ha de venirse abajo. Pero vale la pena comparar la duración de los imperios de la Antigüedad, y sus esclavos, con la de cualquier Estado moderno. Algunas civilizaciones fundadas en la esclavitud han durado hasta cuatro mil años.

Cuando pienso en la Antigüedad, el detalle que me aterra es que esos centenares de millones de esclavos sobre cuyas espaldas ha descansado el peso de la civilización, una generación tras otra, no han dejado ni un solo documento histórico. Ni siquiera sabemos cómo se llamaban. A lo largo de toda la historia de Grecia y de Roma, ¿cuántos nombres de esclavos conocemos? A mí me vienen a la memoria sólo dos, tres a lo sumo. Uno es Espartaco, el otro Epícteto. En la sala dedicada a Roma del Museo Británico hay un tarro de cristal con el nombre de su hacedor grabado en el fondo: “Félix fecit”. Tengo una imagen mental aproximada del pobre Félix (un galo pelirrojo, con una argolla de metal alrededor del cuello), pero lo cierto es que, tal vez, ni siquiera fuese un esclavo, de modo que sólo son dos los esclavos cuyos nombres conozco a ciencia cierta, y probablemente sean pocas las personas que recuerden alguno más. Todos han desaparecido en el más absoluto silencio.

V

La columna vertebral de la resistencia contra Franco fue la clase obrera española, en especial, los integrantes de los sindicatos urbanos. A la larga, y es importante tener en cuenta que sólo es a la larga, la clase obrera sigue siendo el enemigo más sólido del fascismo, sencillamente por ser la clase obrera quien más sale ganando de una reconstrucción decente de la sociedad. Al contrario que otras clases o categorías, no se la puede sobornar indefinidamente.

Afirmar esto no equivale a idealizar a la clase obrera. En la prolongada lucha que ha seguido a la Revolución rusa, los trabajadores manuales han sido los derrotados, y no puedo dejar de pensar que por su culpa. Una vez tras otra, en un país y en otro, los movimientos organizados de la clase obrera han sido aplastados mediante una violencia manifiesta, ajena a la legalidad; y sus camaradas del extranjero, vinculados a ellos en teórica solidaridad, se han limitado a contemplar lo sucedido sin mover un solo dedo. Por debajo de todo esto, en secreto, a causa de tantas traiciones, está el hecho de que entre los obreros blancos y los de color no existe una solidaridad ni siquiera de boquilla. ¿Quién es capaz de creer en el proletariado internacional con conciencia de clase después de los acontecimientos de estos diez últimos años? Para la clase obrera de Gran Bretaña, la masacre de sus camaradas en Viena, Berlín, Madrid, o en donde sea, pareció siempre mucho menos interesante, mucho menos importante que el partido de fútbol del día anterior. No altera esto, sin embargo, el hecho de que la clase obrera siga oponiéndose al fascismo después de que todas las demás hayan cedido. Uno de los rasgos capitales de la conquista de Francia por parte de los nazis fue el asombroso número de defecciones que se produjeron entre la intelectualidad, incluida la de izquierdas. La intelectualidad la forman aquellas personas que más alto y claro se pronuncian en contra del fascismo, a pesar de lo cual una porción muy considerable se hunde en el mayor de los derrotismos en cuanto la cosa se pone fea. Poseen la perspicacia

suficiente para darse cuenta de que todo está en su contra y, además, se dejan sobornar (porque es evidente que los nazis consideran que vale la pena sobornar a los intelectuales). Con la clase obrera sucede a la inversa. Demasiado ignorantes para darse cuenta de que les están engañando, se tragan con facilidad las promesas del fascismo, a pesar de lo cual, tarde o temprano, reanudan la lucha de resistencia. No les queda más remedio, porque terminan descubriendo en carne propia que las promesas fascistas no se pueden cumplir. Para ganarse a la clase obrera de una manera permanente, los fascistas tendrían que elevar el nivel de vida de la población, cosa que son incapaces de hacer, y que probablemente ni siquiera desean. La lucha de la clase obrera es como el crecimiento de una planta. La planta es ciega, carece de inteligencia, pero sabe crecer hacia la luz y no dejará de hacerlo, por muchos obstáculos que encuentre. ¿Por qué motivo se resisten los obreros? Lisa y llanamente, por esa vida digna que, intuyen, cada vez es más técnicamente posible. Su conciencia de este objetivo ha pasado por no pocos altibajos. En España, durante un tiempo, la población actuó de manera consciente, avanzando hacia una meta que deseaba alcanzar y que creía posible. Así se explica el sentimiento, curiosamente optimista, que la vida en la España republicana desprendía durante los primeros meses de la guerra. El común de la población sabía en el fondo de sus corazones que la República era su amiga y que Franco era el enemigo. Sabían que tenían la razón de su parte, ya que luchaban por algo que el mundo les debía, y que, además, podía darles.

Conviene recordar todo esto para ver la Guerra Civil española en su perspectiva más real. Cuando uno piensa en la crueldad, en la mezquindad y en la futilidad de la guerra —y, en este caso en particular, también en las intrigas urdidas, en las persecuciones, en las mentiras, en los malentendidos—, siempre existe la tentación de decir: “cualquiera de los bandos es tan bueno como el otro; yo, además, soy neutral”. En la práctica, sin embargo, no es posible ser neutral, y no existe una guerra en la que no importe cuál de los dos bandos gane. En casi todos los casos, uno de los bandos defiende más o menos el progreso, y el otro pugna más bien por lo retrógrado. El odio que la República española suscitaba en los millonarios, los duques, los cardenales, los *playboys*, los reaccionarios meapilas y demás ralea bastaría para entender la situación. Aquélla fue, en lo esencial, una guerra de clases. De haberse ganado, la causa del pueblo en todo el mundo se habría fortalecido de manera decisiva. Se perdió, y los que viven de sus dividendos en el mundo entero pudieron frotarse las manos y celebrarlo. Ésa fue la cuestión de fondo, y todo lo demás, espuma en su superficie.

VI

El resultado de la Guerra Civil española se decidió en Londres, París, Roma, Berlín... En todo caso, no se decidió en España. Después del verano de 1937, quienes tenían ojos en la cara se dieron cuenta de que el gobierno no podría ganar la guerra a menos que se produjera un cambio muy profundo en el panorama internacional, a pesar de lo cual se decidió seguir luchando. Negrín y los demás tal vez se vieran parcialmente influidos por la expectación que la guerra mundial —que de hecho estalló en 1939— generaba ya en 1938. La desunión del gobierno, a la que tanta publicidad se ha dado, no fue una de las causas principales de la derrota. Las milicias del gobierno se reclutaron a toda prisa, con pésimas armas, con una total carencia de imaginación en sus planteamientos militares, pero habría sido exactamente igual caso de que hubiera existido un consenso político desde el comienzo de la guerra. Cuando se produjo el estallido de la contienda, el obrero español medio que trabajaba en una fábrica ni siquiera sabía cómo se disparaba un fusil (nunca

había existido el servicio militar obligatorio en España), y el tradicional pacifismo de la izquierda suponía una gran traba. Los millares de extranjeros que prestaron servicio en España formaron una buena infantería, aunque entre ellos hubiera muy pocos expertos en ningún terreno. La tesis trotskista de que se habría podido ganar la guerra si la revolución no hubiera sido víctima de un sabotaje es, probablemente, un desacierto y una falsedad. Nacionalizar las fábricas, derruir las iglesias, lanzar manifiestos revolucionarios no habría dado más eficacia a los ejércitos. Los fascistas ganaron la guerra porque eran más fuertes. Disponían de armamento moderno que el otro bando no poseía. No hay estrategia política que pueda paliar tal deficiencia.

Lo más desconcertante en la Guerra Civil española fue el comportamiento de las grandes potencias. La victoria, en realidad, se la sirvieron en bandeja a Franco los alemanes y los italianos, cuyos motivos no podían ser más evidentes. Los de Francia y Gran Bretaña son menos fáciles de entender. En 1936, todo el mundo tenía claro que si Gran Bretaña ayudaba al gobierno republicano español, siquiera con unos cuantos millones de libras en armamento, Franco se vendría abajo y la estrategia alemana se resentiría. En aquellos momentos no hacía falta ser adivino para prever que se avecinaba una guerra entre Gran Bretaña y Alemania; era incluso posible predecir que faltaban menos de uno o dos años para que estallara. No obstante, con una mezquindad supina, cobarde, hipócrita, la clase dirigente británica hizo todo lo posible por entregar a España atada de pies y manos a Franco y a los nazis. ¿Por qué? Porque esa clase dirigente británica era profascista: ésa es la respuesta más evidente. No cabe duda de que lo era y, sin embargo, llegada la hora de la verdad, le plantó cara a Alemania. Sus intenciones al respaldar a Franco continúan siendo inciertas; es muy posible que no tuvieran un plan en particular. Precisar si la clase dirigente británica es perversa o simplemente estúpida es una de las cuestiones más delicadas de nuestro tiempo, aunque en algunos momentos sea una cuestión muy importante. En cuanto a los rusos, sus motivos en la Guerra Civil española son inescrutables. ¿Acaso intervinieron —como han querido creer los rojos menos fervientes— para defender la democracia y desbaratar la ofensiva nazi? En tal caso, ¿por qué intervinieron a una escala tan cicatera y finalmente dejaron a España en la estacada? ¿O es que, como sostenían los católicos, intervinieron realmente para fomentar la revolución en España? De ser así, ¿por qué hicieron todo cuanto estuvo en su mano para desbaratar los movimientos revolucionarios españoles, defender la propiedad privada y entregar el poder a la clase media en lugar de a la clase obrera? ¿O es que intervinieron, como han dado a entender los trotskistas, sólo para impedir una revolución en España? En tal caso, ¿por qué no apoyaron a Franco? De hecho, es más fácil entender sus actos si asumimos que actuaron por motivos contradictorios. Creo que en el futuro nos convenceremos de que la política exterior de Stalin no fue tan diabólicamente inteligente como se ha sugerido, sino meramente oportunista y estúpida. En cualquier caso, la Guerra Civil española vino a demostrar que los nazis sabían lo que hacían, mientras que sus adversarios no. La guerra se libró en un nivel técnico muy bajo, siguiendo una estrategia muy elemental. El bando con mejores armas vencería. Los nazis y los italianos dieron armas a sus amigos, los fascistas españoles, mientras que las democracias occidentales y Rusia no facilitaron armas a quienes hubieran sido sus amigos. Por eso pereció la República española, tras “ganar lo que a ninguna república faltó”^[116].

Fuera o no correcto, como entendieron todos los izquierdistas de otros países sin ningún género de dudas, animar a los españoles a que siguieran luchando cuando ya no podían ganar es un interrogante difícil de responder. Personalmente, creo que fue acertado porque entiendo que es mejor, desde el punto de vista de la supervivencia, luchar y sufrir la

derrota y la conquista antes que rendirse sin plantar batalla. Los efectos de la gran estrategia de la lucha contra el fascismo aún no se pueden evaluar. Los andrajosos ejércitos de la República, sin armas apenas de ninguna clase, resistieron durante dos años y medio, muchísimo más, sin duda, de lo que esperaban sus enemigos. Ahora bien: que esa resistencia trastocara el calendario de los fascistas o que sólo sirviera para posponer la guerra a gran escala y diera a los nazis un tiempo adicional para poner en óptimas condiciones su maquinaria bélica es todavía difícil de precisar.

VII

Nunca pienso en la Guerra Civil española sin que acudan dos recuerdos a mi memoria. Uno es la sala del hospital de Lérida y las voces entristecidas de los milicianos heridos que cantaban una canción cuyo estribillo terminaba así:

Una resolución:

¡luchar hasta el fin!^[117]

Bien: lucharon, en efecto, hasta el fin. Durante los últimos dieciocho meses de la guerra, los ejércitos republicanos debieron de combatir sin apenas cigarrillos, y con muy pocas provisiones. Cuando me fui de España, a mediados de 1937, había una gran escasez de pan y de carne, el tabaco era una extravagancia, el café y el azúcar, prácticamente imposibles de obtener.

El otro recuerdo es el del miliciano italiano que me estrechó la mano en la sala de guardia el día en que me incorporé a la milicia. Escribí algo acerca de este hombre al comienzo de mi libro sobre la Guerra Civil española^[118], y ahora no quisiera repetir lo que ya dije en él. Cuando recuerdo, y con qué nitidez, el uniforme desastrado y su rostro feroz, patético e inocente, toda la complejidad de las cuestiones colaterales de la guerra parece desdibujarse, y veo con claridad que en todo caso no había la menor duda sobre quién estaba en lo cierto y quién en un error. A pesar de la política del poder y de las mentiras periodísticas, la cuestión central de la guerra no fue otra que el intento de personas como aquel miliciano de acceder a una vida decente, a la que sabían que tenían derecho por el hecho de haber nacido. Es difícil pensar en el final probable de este hombre, en concreto, sin sentir una amargura de muy variada índole. Probablemente desde que lo conocí, en el cuartel Lenin, ya era trotskista o anarquista, y en las peculiares condiciones de nuestra época, cuando estas personas no son asesinadas por la Gestapo, a menudo mueren a manos de la GPU. Pero eso no afecta a las cuestiones que importan a la larga. El rostro de ese hombre, que vi sólo durante unos minutos, permanece en mí como recordatorio visual de lo que importaba realmente en la guerra. Para mí, es símbolo de la flor de la clase obrera europea, acosada por la policía de todos los países: de las personas que llenan las fosas comunes de los campos de batalla en España, y que ahora se pudren por millones en los campos de trabajos forzados.

Cuando pienso en todas las personas que apoyan o han apoyado el fascismo, me asombra su diversidad. ¡Vaya cuadrilla! Imaginemos un programa que, al menos durante un tiempo, metiera en un mismo barco a Hitler, Pétain, Montagu Norman, Pavelitch, William Randolph Hearst, Streicher, Buchman, Ezra Pound, Juan March, Cocteau, Thyssen, el padre Coughlin, el muftí de Jerusalén, Arnold Lunn, Antonescu, Spengler, Beverley Nichols, lady Houston y Marinetti. La clave, en realidad, es muy sencilla. Todos son personas que tenían o tienen algo que perder, personas anhelantes de una sociedad jerarquizada, temerosas de la perspectiva de que exista un mundo compuesto por seres humanos libres e iguales. Tras

todo lo que se cacarea contra la Rusia “atea” y el “materialismo” de la clase obrera sólo está el interés de quienes tienen dinero o privilegios y están resueltos a no perder ni lo uno ni lo otro. Lo mismo vale para todo lo que se dice sobre la indignidad de la reconstrucción social que no vaya acompañada por “un cambio espiritual”, aunque esto sea parcialmente cierto. A los piadosos, desde el Papa a los yoguis de California, les entusiasma esa idea de “cambio espiritual”, mucho más tranquilizador desde su punto de vista que un cambio del sistema económico vigente. Pétain atribuye la caída de Francia al “amor por los placeres” propio del pueblo llano. Esto se ve en su justa perspectiva si uno se detiene a preguntarse de cuántos placeres disfrutaban los campesinos o los obreros de Francia, en comparación con el propio Pétain. ¡Condenada impertinencia la de estos políticos, sacerdotes, literatos y demás, que sermonean al socialista de la clase obrera por su “materialismo”! Todo lo que pide el obrero es que se le reconozcan unos mínimos indispensables, sin los cuales la vida humana no es posible. Comida, poder vivir sin miedo al desempleo, saber que los hijos tendrán una oportunidad de prosperar, un baño una vez al día, ropa de cama razonablemente limpia, un techo sin goteras, una jornada de trabajo tal que a uno le quede algo de energía al terminarla. Ni uno solo de los que predicán contra el “materialismo” concebiría la vida sin estos mínimos. Y con qué facilidad podrían conseguirse si de veras nos lo propusiéramos en serio durante una veintena de años. Equiparar el nivel de vida del mundo entero con el de Gran Bretaña no sería una empresa más ardua que la propia de la guerra que acabamos de librar. No sostengo, no conozco a nadie que sostenga que eso resolvería nada por sí solo. Es meramente que la privación y el trabajo embrutecido han de estar abolidos antes de abordar los verdaderos problemas del género humano. El principal es el declive de la creencia en la propia inmortalidad, y no podrá afrontarse mientras la media del género humano trabaja como una mula o tiembla de miedo ante la policía secreta. ¡Cuánta razón tiene la clase obrera en su “materialismo”! ¡Cuánta razón tiene al pensar que el estómago viene antes que el alma, y no en una escala de valores, sino en el tiempo! Cuando comprendamos esto, el prolongado horror que venimos soportando, al menos, resultará inteligible. Todas las consideraciones que pueden llevarnos a vacilar —los cantos de sirena de un Pétain o de un Gandhi, el hecho ineludible de que para luchar uno ha de degradarse, la equívoca posición moral de Gran Bretaña, con su fraseología democrática y su imperio de culis, la siniestra evolución de la Rusia soviética, la ruin farsa de la política izquierdista—, todo esto se desdibuja y uno tan sólo ve la lucha del pueblo llano, cada vez más despierto, contra los señores de la propiedad y los mentirosos y lameculos a los que tienen contratados. La cuestión es muy sencilla. ¿Se permitirá a las personas como aquel miliciano italiano vivir una vida decente y plenamente humana, cosa que ahora es técnicamente viable? ¿Sí o no? ¿Se arrojará de nuevo al fango al hombre de a pie, sí o no? Personalmente, y sobre bases tal vez insuficientes, creo que el hombre de a pie ganará su lucha tarde o temprano, pero, además, deseo que sea cuanto antes, en el siglo que viene, por ejemplo, y no dentro de diez mil años. Ésa era la verdadera cuestión que estuvo en juego en la guerra de España, y en la última guerra, y, quizás, en muchas otras todavía por librarse.

Nunca volví a ver al miliciano italiano, nunca llegué a saber su nombre. Puede tenerse por seguro que murió. Casi dos años después, cuando era evidente que la guerra estaba perdida, escribí estos versos, que dediqué a su memoria:

El soldado italiano me dio la mano
 junto a la mesa del cuartel,
 mano fuerte y mano sutil
 cuyas palmas podrán sólo

encontrarse en el tableteo de las armas,
 ay, qué paz conocí entonces
 al contemplar su rostro curtido,
 más puro que el de una mujer.
 Las palabras podridas que yo farfullé
 sonaron sagradas a sus oídos,
 y él nació sabedor de lo que yo
 yo aprendiera en los libros,
 bien despacio.
 Las armas traidoras contaron su cuento
 y los dos nos lo creímos,
 aunque de oro era mi dorada convicción.
 ¿Quién lo hubiera dicho?
 Que la suerte te acompañe,
 soldado de Italia,
 que la suerte no es de los valientes.
 ¿Qué ha de devolverte el mundo?
 Siempre será menos de lo que dieras.
 Entre la sombra y el espectro,
 entre el rojo y el blanco,
 entre la bala y la mentira,
 ¿dónde esconderás la cabeza?
 ¿Dónde está Manuel González,
 dónde Pedro Aguilar,
 dónde Ramón Fenellosa?
 Los gusanos sabrán dónde paran.
 Tu nombre y tus hazañas olvidados
 antes de que se te secan los huesos,
 y la mentira que contigo acabó enterrada
 bajo otra mentira mayor,
 pero aquello que vi en tu rostro
 no hay poder que lo desherede
 ni bomba que lo reviente
 ni nada que astille tu espíritu
 de cristal^[119].

Escrito [seguramente] en otoño de 1942. Las secciones 1, 2, 3 y 7 se publicaron en *New Road*, en [¿junio?] de 1943. La versión íntegra, en *Such, Such Were the Joys* (Nueva York) y en *England, Your England* (Londres), recopilaciones póstumas de ensayos, ambas de 1953.

A MI ANTOJO

(SELECCIÓN)

Del 3 de diciembre de 1943 al 16 de febrero de 1945, Orwell escribió una columna semanal para Tribune titulada “As I Please”, es decir, “A mi antojo”. La propuesta del director de la publicación^[120] fue que escribiera “como se te antoje y sobre todo lo que se te antoje”, aun cuando fuera contrario a las “directrices” socialistas que seguía el semanario. En 1946 y 1947 reanudó su colaboración con la revista y publicó otros diecisiete artículos; en el del 31 de enero de 1947, número 68 de la serie, Orwell rememora precisamente la historia de su colaboración en Tribune y describe el tipo de publicación que era, con motivo de su décimo aniversario. Lo que aquí se ofrece es una selección.

3 de diciembre de 1943

Escena en una expendeduría de tabaco. Dos soldados norteamericanos apoyados, casi derrumbados sobre el mostrador, uno de ellos apenas sobrio, están diciendo piropos a las dos jóvenes que llevan el establecimiento. El otro soldado está en esa fase de la borrachera en que se suelen poner peleones. Entra Orwell a comprar una caja de fósforos. El más belicoso hace un esfuerzo por enderezarse.

Soldado: Lo ge yio de diga, dú. La pégfida Albión. ¿Tanteras o no tanteras? No de fies de los bridánicos. Nunca, no de fies.

Orwell: ¿Que no te fies de qué?

Soldado: Lo ge yio de diga, dú. Abajo Gran Bredaña. Abajo los bridánicos. ¿Me vas a decir dú algo a eso? ¿A ge no? O sí, a ver ge se vea. (Asoma la cara como un gato callejero en lo alto de la tapia de un jardín).

Dependiente: Como no te calles la boca, te va a partir la cara.

Soldado: Lo ge yio de diga, dú. Abajo Gran Bredaña. (Vuelve a caer de bruces sobre el mostrador. La dependienta, con delicadeza, le retira la jeta de la báscula).

Una situación como ésta no es excepcional. Aun cuando se aleje uno de Piccadilly, de sus enjambres y avisperos de borrachos y de putas, en Londres, es difícil ir a ninguna parte sin tener la sensación de que Gran Bretaña es hoy Territorio Ocupado. El consenso general de la opinión parece ser que los únicos soldados norteamericanos de trato y modales decentes son los negros. Por otra parte, los norteamericanos tienen sus propias quejas, sin duda justificadas; en concreto, se quejan de los niños que los siguen día y noche, tratando de adularlos para que les regalen golosinas.

¿Importa algo todo esto? La respuesta es que podría importar en algún momento, cuando estén en tela de juicio las relaciones angloamericanas, y cuando las fuerzas todavía poderosas que haya en este país, las que aspiran a un entendimiento con Japón, sean capaces de dar la cara de nuevo. En tales momentos, el prejuicio popular puede tener un gran peso. Antes de la guerra no existía ningún sentimiento popular antiamericano en este país. Si existe, data de la llegada de las tropas norteamericanas, y ha empeorado muchísimo desde el acuerdo tácito de no comentar el asunto en prensa.

Parece que ésa es nuestra política fija en esta guerra, no criticar a nuestros aliados ni responder a las críticas que nos hagan. A resultas de ello, han ocurrido cosas que son

capaces de causar tarde o temprano la peor clase de complicaciones. Un ejemplo es el acuerdo por el cual las tropas norteamericanas acantonadas en este país no están sujetas a la jurisdicción de los tribunales británicos por delitos u ofensas cometidos contra ciudadanos británicos; prácticamente gozan de “derechos extraterritoriales”. Ni uno solo de cada diez ingleses conoce la existencia de este acuerdo; los periódicos apenas han dado cuenta de ello y se han abstenido de todo comentario. Nadie es consciente del sentimiento antibritánico que impera en los Estados Unidos. Al hacerse una imagen de Norteamérica basada en películas que han sido cuidadosamente editadas para el mercado británico, carecen de toda idea precisa acerca de la clase de cosas que los norteamericanos han dado en creer acerca de nosotros. Descubrir de pronto, por ejemplo, que el norteamericano medio cree que Estados Unidos ha sufrido más bajas que Inglaterra en la pasada guerra supone una sorpresa, un sobresalto de los que pueden causar una trifulca violenta. Una dificultad tan fundamental como es que un soldado norteamericano reciba una paga cinco veces mayor que la de un soldado británico jamás se ha ventilado como sería debido. Ninguna persona en su sano juicio desea agitar los recelos angloamericanos. Al contrario, precisamente porque uno aspira a que exista una buena relación entre los dos países, aspira a que hablemos claro. Nuestra política oficial de dar jabón al amigo no nos hace ningún bien en los Estados Unidos, mientras que en este país se permite que un peligroso resentimiento se emponzoñe bajo la superficie de las cosas.

Desde 1935, cuando revivió la actividad de los panfletarios, he sido un asiduo coleccionista de panfletos políticos, religiosos, de lo que sea. A quien lo encuentre y tenga un chelín de sobra, le recomiendo vivamente *El manuscrito 1946*, de Robin Maugham, publicado por War Facts Press. Es un buen ejemplo de esa escuela literaria reducida, pero creciente, que es la escuela radical apartidista. Afirma describir el establecimiento en Gran Bretaña, a partir de 1944, de una dictadura fascista encabezada por un exitoso general que está (creo) pintado a partir de un modelo vivo. Me ha parecido interesante porque nos da la concepción que tiene el hombre normal de clase media de lo que podría ser el fascismo; más importante aún, nos da las razones por las cuales el fascismo podría triunfar. Su aparición (junto con otros panfletos similares que tengo en mi colección) demuestra lo lejos que ha ido el hombre normal de clase media desde 1939, cuando el socialismo aún significaba la división del dinero, y cuando lo que pasara en el continente europeo no era cosa nuestra.

¿Quién ha escrito esto?

Según caminábamos por Drury Lane y pasamos por las rejas de los sótanos, sentimos emanar una peste hedionda, una en concreto que aún recuerdo el día de hoy. Un hombre semidesnudo abrió de golpe una ventana rota por debajo de nosotros, en el momento en que pasábamos, y de allí emanó una vaharada de corrupción, compuesta por gases acumulados por la basura, aire viciado de tanto respirar, sumado a ello los olores de una innumerable falta de higiene corporal, y de la enfermedad, tal que retrocedí trastabillando hacia la alcantarilla presa de una arcada que a duras penas pude contener... No supe, hasta que tuve contacto real con ellos, qué lejos se hallan las clases que yacen en el fondo de las grandes ciudades de aquellas que se hallan por encima. No supe hasta qué punto son inaccesibles a ciertas motivaciones que actúan de continuo sobre los seres humanos normales, ni la profundidad a la que se hallan hundidos bajo los rayos del sol o las estrellas, inmersos en el egoísmo que engendra su incesante pugna por la subsistencia, su incesante guerra con la sociedad. Fue un pensamiento espantoso, siempre presente en aquellos domingos, que también me asaltaba en otras ocasiones: que hombres, mujeres y

niños vivieran sumidos en tan brutal degradación, y que según fuesen muriendo otros llegarían a ocupar su lugar. Nuestra civilización no me parecía más que una fina película, una costra que cubriese un pozo insondable, y a menudo di en preguntarme si algún día no reventaría el pozo para destruirnos a todos.

Se adivina en todo caso que proviene de un autor del XIX. De hecho, es de una novela, *El libramiento de Mark Rutherford*. (Rutherford, cuyo nombre real era Hale White, escribió este libro como si fuera una seudo-autobiografía). Al margen de la prisa, se reconoce que proviene del siglo XIX por esa descripción de la insoportable falta de higiene en los arrabales. Los arrabales londinenses de la época eran así, y todos los escritores sinceros así los describieron. Pero más característica es aún la idea de que todo un bloque de la población viviera sumido en una depauperación tal que se hallaba más allá de todo contacto, de toda redención posible.

Casi todos los escritores ingleses del XIX estaban de acuerdo en esto, incluido Dickens. Gran parte de la clase obrera de la ciudad, arruinada por el industrialismo, se ha convertido en meros salvajes. La revolución no es algo que se pueda esperar: sencillamente supone el hundimiento de la civilización por parte de ese submundo. En esta novela (una de las mejores en lengua inglesa), Mark Rutherford describe la apertura de una suerte de misión o asentamiento cerca de Drury Lane. Su objetivo era “atraer gradualmente a Drury Lane hacia su salvación”. Ni que decir tiene que fracasó. Drury Lane no sólo no quería salvarse en el sentido religioso, sino que ni siquiera aspiraba a que se le civilizase. Todo lo que consiguieron Mark Rutherford y su amigo, y era cuanto se podía lograr por entonces, fue proporcionar una suerte de refugio para las pocas personas del barrio que no tenían dónde caerse muertas. La masa, en general, era inaceptable.

Mark Rutherford escribió en los años setenta. En una nota al pie, fechada en 1884, comenta que “el socialismo, la nacionalización de la tierra y de otros medios de producción” ha irrumpido recientemente, y que, tal vez, traiga un rayo de esperanza. No obstante, da por hecho que las condiciones de vida de la clase obrera aún irán a peor. Era natural creerlo (incluso Marx parece haberlo creído), porque por entonces era difícil prever el enorme incremento de productividad que se iba a dar en la mano de obra. De hecho, ya ha tenido lugar esa mejora en las condiciones de vida de la clase obrera que Rutherford y sus coetáneos habrían considerado imposible.

Los arrabales de Londres siguen en malas condiciones, pero nada tienen que ver con las del siglo pasado. Pasó ya la época en que una sola habitación era el improvisado hogar de cuatro familias, una en cada esquina, y en la que el incesto y el infanticidio eran el pan nuestro de cada día. Sobre todo, han pasado los tiempos en que parecía natural descartar a todo un estrato de la población y tacharlo de salvajes sin remedio. El conservador más esnob que viva hoy en día no describiría a la clase obrera londinense en los términos en que lo hizo Rutherford. Y éste, como Dickens, con quien compartía actitudes, era, además, un radical. El progreso existe, por difícil que sea de creer, en esta época de campos de concentración y de grandes y hermosas bombas.

17 de diciembre de 1943

Han llegado tantas cartas atacándome por mis comentarios sobre los soldados norteamericanos acantonados en este país que no me queda más remedio que retomar el asunto.

Al contrario de lo que parecen pensar casi todos mis corresponsales, no era mi

intención causar problemas entre nuestros aliados y nosotros, ni tampoco me consume el odio hacia los Estados Unidos. Soy mucho menos antiamericano que la mayoría de los ingleses en estos momentos. Lo que dije, y repito, es que nuestra política de no criticar a nuestros aliados, y de no responder a sus críticas (no contestamos a los rusos, y ni siquiera a los chinos), es un craso error, y, además, es probable que sirva para desbaratar los objetivos que nos hemos marcado a la larga. Y en lo que atañe a las relaciones angloamericanas, hay tres complicaciones que requieren urgentemente comentarlas abiertamente, y que ni siquiera se mencionan de pasada en la prensa británica.

1. *Sentimiento antiamericano en Gran Bretaña.* Antes de la guerra, el sentimiento antiamericano era propio de la clase media, y es posible que de la clase alta, al ser resultado de los celos imperialistas y empresariales. Se revestía de ese desagrado ante el acento norteamericano, etc. La clase obrera, lejos de ser antiamericana, se iba volviendo rápidamente un estrato americanizado en su lenguaje y costumbres debido al *jazz* y al cine. Ahora, a pesar de lo que digan mis corresponsales, pocas palabras de elogio se oyen hacia los norteamericanos en ninguna parte. Es evidente que ello se debe a la llegada de las tropas. Y esto ha empeorado por el hecho de que, de acuerdo con diversas razones, la campaña del Mediterráneo tuvo que presentarse como una demostración de fuerza de los norteamericanos, si bien la mayoría de las víctimas tuvieron que ser británicas. (Véanse los comentarios de Philip Jordan en su *Diario de Túnez*)^[121]. No quiero decir que los prejuicios populares ingleses hayan tenido siempre justificación. Sólo digo que existen.

2. *Sentimiento antibritánico en los Estados Unidos.* No nos queda más remedio que afrontar el hecho de que gran número de norteamericanos empieza a tenernos inquina y nos desprecia. Hay un amplio sector de la prensa que carga las tintas de un modo marcadamente antibritánico; son incontables los demás periódicos que cargan las tintas contra Gran Bretaña de una manera más esporádica y solapada. Además, hay una constante ridiculización de lo que se supone que son los hábitos británicos tanto en el teatro como en las tiras cómicas y en las revistas baratas. Al típico inglés se le representa como un asno con mentón huidizo y título nobiliario, monóculo y la costumbre de reírse sin ganas. Esta leyenda es algo que creen a pie juntillas norteamericanos relativamente responsables, como Theodore Dreiser, un novelista veterano, quien comenta en una aparición pública que “los británicos son esnobs y aristócratas que montan a caballo” (¡Cuarenta y seis millones de esnobs montados a caballo!). En el teatro norteamericano es lugar común que al inglés casi nunca se le permita interpretar un papel favorable, tal como al negro se le permite, a lo sumo, aparecer en un papel cómico. No obstante, hasta Pearl Harbor, la industria cinematográfica norteamericana tenía un acuerdo con el gobierno japonés para no presentar jamás a un personaje japonés de manera desfavorable.

No culpo a los norteamericanos por todo esto. La prensa antibritánica cuenta con el respaldo de las poderosas fuerzas empresariales, además de las antiguas desavenencias, en muchas de las cuales Gran Bretaña obró mal. En cuanto al sentimiento popular antibritánico, en parte, lo hemos provocado nosotros al haber exportado a nuestros peores especímenes. Pero lo que quiero subrayar es que estas corrientes antibritánicas que se dan en los Estados Unidos son muy fuertes, y que la prensa británica no ha sabido llamar la atención sobre ellas. Nunca ha existido en Inglaterra nada que se pudiera denominar “prensa antinorteamericana”: desde el estallido de la guerra se ha producido, en cambio, una negativa constante a responder a las críticas, y una atenta censura en la radio para no difundir nada que pudiera molestar a los norteamericanos. A resultas de todo ello, muchos ingleses no son conscientes de cómo se les considera, y se llevan un buen chasco cuando lo

descubren.

3. *La paga del soldado*. Han pasado ya casi dos años desde que llegaron a este país las primeras tropas norteamericanas. Rara vez he visto juntos a soldados británicos y norteamericanos. Salta a la vista que la causa principal es la diferencia salarial. No es nada fácil tener una relación amistosa y estrecha con alguien cuyos ingresos son cinco veces superiores a los de uno. Financieramente, todo el ejército norteamericano es de clase media. En el campo de batalla, esto no tiene relevancia; durante el periodo de adiestramiento, imposibilita que británicos y americanos confraternicen. Si lo que se quiere es que no haya relaciones amistosas entre ambos ejércitos, excelente. Si se quiere lo contrario, o bien se empieza a pagar al soldado británico diez chelines al día o bien se obliga al soldado norteamericano a que congele en un banco estadounidense el excedente de su paga. No seré yo quien asegure saber cuál de las dos alternativas es la acertada.

Una manera de sentirse infalible es no llevar un diario. Repasando el diario que escribí en 1940 y 1941^[122], he descubierto que a menudo me equivoqué cuando era posible equivocarse. Sin embargo, no me equivoqué tanto como los expertos militares. Expertos de distintas escuelas y tendencias nos decían en 1939 que la Línea Maginot era inexpugnable, y que el pacto ruso-germano había puesto fin a la expansión de Hitler por el este; a comienzos de 1940 nos decían que los tiempos de la guerra de tanques habían concluido; a mediados de 1940 nos decían que los alemanes invadirían Gran Bretaña cualquier día; a mediados de 1941, que el Ejército Rojo se colapsaría en mes y medio; en diciembre, que Japón caería en menos de noventa días; en julio de 1942, que Egipto estaba perdido... Etcétera, etcétera, indefinidamente.

¿Dónde están ahora los hombres que nos decían todo aquello? Siguen en sus puestos de trabajo, cobrando pingües salarios. En vez de aquel buque de guerra imposible de hundir, tenemos al experto militar al que no hay quien hunda...

Los precios de los libros han subido como todo lo demás. El otro día compré, en cambio, un ejemplar del *Diccionario clásico* de Lemprière, el *Quién es quién* de la Antigüedad, por seis peniques tan sólo. Lo abrí al azar y hallé una biografía de Laïs, la famosa cortesana, hija de la amante de Alcibíades:

Comenzó por vender sus favores en Corinto al precio de diez mil dracmas, y el sinfín de príncipes, nobles, filósofos, oradores y plebeyos que la cortejaron atestiguan su encanto... Demóstenes visitó Corinto sólo por ver a Laïs, pero cuando supo de labios de la cortesana que el precio de acceso a su lecho era el equivalente a la desproporcionada suma de doscientas libras esterlinas, el orador se marchó, y señaló que no sería él quien adquiriese el arrepentimiento por semejante fortuna... Laïs puso en solfa la austeridad de los filósofos, y la debilidad de quienes fingen haber conquistado sus pasiones, señalando que los sabios y filósofos no estaban por encima del resto de la humanidad, pues se los encontraba ante su puerta con la misma frecuencia que al resto de los atenienses.

Hay mucho más en la misma línea. De todos modos, concluye con una buena moraleja, pues “el resto de las mujeres, celosas de sus encantos, la asesinaron en el templo de Venus hacia el año 340 a. C.”. De esto hace 2283 años. Me pregunto cuántos de los actuales figurantes en el *Quién es quién* merecerán que se lea algo sobre ellos en el año 4226.

24 de diciembre de 1943

Leyendo el libro de Michael Roberts sobre T. E. Hulme, me acordé enseguida del

peligroso error que comete el movimiento socialista al pasar por alto lo que podríamos llamar escuela literaria neorreaccionaria. Son muchos los autores que pertenecen a ella. Intelectualmente son distinguidos, son influyentes, aunque sin hacer mucho ruido, y sus críticas de la izquierda son mucho más dañinas que cualquier cosa que surja de la Liga Individualista o de la Sede Central del Conservadurismo.

T. E. Hulme murió en combate en la pasada guerra, y dejó una obra exigua, aunque las ideas que había formulado de manera bastante sucinta tuvieron una gran influencia, sobre todo, entre los numerosos escritores que se agruparon en torno al *Criterion* en los años veinte y treinta. Wyndham Lewis, T. S. Eliot, Aldous Huxley, Malcolm Muggeridge, Evelyn Waugh y Graham Greene están probablemente en deuda con él. Pero más importante que el punto al que llegara su influencia personal es el movimiento intelectual al que perteneció, un movimiento que podría en puridad definirse como la revitalización del pesimismo. Es posible que su exponente vivo más conocido sea el mariscal Pétain. Pero es que este nuevo pesimismo cuenta con afiliaciones aún más extrañas. Se coaliga no sólo con el catolicismo, el conservadurismo y el fascismo, sino también con el pacifismo (en particular, el proveniente de California) y el anarquismo. Vale la pena reseñar que T. E. Hulme, conservador de la clase media alta, inglés típico con bombín, fue en cierta medida seguidor de Georges Sorel, el anarco-sindicalista.

Lo que tienen en común todas estas personas, ya se trate de Pétain cuando pregona lastimeramente “la disciplina de la derrota” o de Sorel cuando denuncia el liberalismo, o de Berdiaev cuando deplora la Revolución rusa, o de “Beachcomber” cuando arremete contra Beveridge en el *Express*, o de Huxley cuando aboga por la no resistencia, bien parapetado tras los cañones de la flota americana, es su negativa a creer que la sociedad humana pueda mejorarse de una manera fundamental. El hombre no es perfectible, los cambios meramente políticos no tienen repercusiones, el progreso es una ilusión. La relación que hay entre esta creencia y el reaccionarismo en política es, cómo no, evidente. El mundo del más allá es la mejor coartada que puede tener un rico. “Los hombres no han de mejorar con una ley parlamentaria; por lo tanto, qué más da que sigan aumentando mis dividendos”. Nadie lo dirá tan a las claras, pero el pensamiento de todas estas personas discurre sobre estas guías. Incluso en el caso de los que, como Michael Roberts y el propio Hulme, reconocen que poco, muy poco puede mejorar la sociedad terrena.

El peligro que corremos al hacer caso omiso de los neopesimistas es que, hasta cierto punto, tienen razón. Mientras uno piense sólo a corto plazo, es más aconsejable no tener ninguna esperanza en el futuro. Los planes para la mejoría del ser humano, por lo común, hacen agua tarde o temprano, y el pesimista tiene más oportunidades que el optimista para decir: “Ya te lo decía yo”. Los profetas de la condenación, en general, han tenido más razón que quienes imaginaron que el progreso vendría con la educación universal, el derecho al voto de las mujeres, la Liga de las Naciones...

La verdadera respuesta estriba en disociar el socialismo de la utopía. Prácticamente todas las apologías del neopesimismo consisten en recurrir a un hombre de paja para derribarlo cuanto antes. A ese hombre de paja se le llama “perfectibilidad humana”. A los socialistas se les acusa de creer que la sociedad puede ser —y, de hecho, tras el establecimiento del socialismo sin duda será— completamente perfecta; asimismo, el progreso es inevitable. Desacreditar tales creencias no es más que el chocolate del loro, claro.

La respuesta, y habría que darla en voz más alta y clara que nunca, consiste en que el socialismo no es perfeccionista y posiblemente tampoco hedonista. Los socialistas no

afirman ser capaces de hacer un mundo perfecto: afirman que pueden mejorarlo. Y cualquier socialista que tenga dos dedos de frente reconocerá ante el católico que, cuando se ponga remedio a la injusticia económica, el problema fundamental del hombre, que es su lugar en el universo, seguirá estando pendiente de solución. En cambio, lo que sí afirma el socialista es que el problema no se puede afrontar mientras el ser humano medio viva inmerso en preocupaciones forzosamente económicas. Todo ello se resume en el dicho de Marx: después de que llegue el socialismo podrá empezar la historia de la humanidad. Mientras tanto, los neopesimistas están entre nosotros, bien atrincherados en la prensa de cualquier país del mundo, y tienen más influencia y logran más conversos entre la juventud de lo que a menudo estamos dispuestos a reconocer.

Del *Diario de Túnez*, de Philip Jordan:

Hablamos del futuro de Alemania, y John [Strachey] dijo a un norteamericano: “Vosotros no querréis una paz cartaginesa, claro”. Nuestro amigo americano, con gran lentitud y no menor solemnidad, dijo: “Yo no recuerdo que los cartagineses nos hayan dado mucha guerra desde entonces”. Me pareció maravilloso.

A mí no me lo parece. Una posible respuesta al norteamericano: “Pues no, pero sí nos han dado guerra los romanos”. De todos modos, no acaba ahí la cosa. Lo que no terminan de captar quienes hablan de una paz cartaginesa es que, en nuestros tiempos, tales soluciones son sencillamente inviables. Una vez que se derrote al enemigo, uno tiene que elegir (a menos que no le importe que se desencadene una nueva guerra al cabo de una generación) entre exterminarlo y tratarlo con generosidad. Es de suponer que la primera alternativa pueda parecer apetecible, pero no es posible. Es muy cierto que Cartago quedó absolutamente destruida, arrasados todos los edificios, los habitantes pasados a cuchillo, la tierra sembrada de sal. En la Antigüedad, estas cosas sucedían a todas horas. Pero es que las poblaciones implicadas eran más bien escasas. Me pregunto si el americano sabía cuántas personas se encontraron tras los muros de Cartago cuando por fin se procedió al saqueo. Según la autoridad que tengo más a mano, unas cinco mil. Me pregunto, pues, cuál es la mejor manera de acabar con setenta millones de alemanes. ¿Raticida? Podríamos tenerlo en mente cuando la exigencia de “que Alemania pague” vuelva a ser el grito de guerra al uso.

Atacándome en la *Weekly Review* por haber atacado yo a Douglas Reed, A. K. Chesterton comenta: “Mi país, con razón o sin ella, parece una máxima que no tenga cabida en la filosofía de Orwell”. También señala que “todos nosotros creemos que, al margen de cuál sea su situación, Gran Bretaña tiene que ganar esta guerra o, ya puestos, cualquier otra guerra en la que participe”.

La frase que chirría es “cualquier otra guerra”. Somos muchos los que defenderíamos a nuestro país, sin que importase de qué signo fuera el gobierno, siempre y cuando pareciese que nos hallásemos en peligro de sufrir una invasión extranjera. Pero “cualquier otra guerra” es harina de otro costal. ¿Qué hay de la Guerra de los Bóers, por ejemplo? Hay en esto un retintín de ironía histórica. A. K. Chesterton es sobrino de G. K. Chesterton, quien tuvo el valor de oponerse a la Guerra de los Bóers, y en cierta ocasión señaló que eso de “Mi país, con razón o sin ella” le parecía de la misma categoría moral que “Mi madre, tanto ebria como sobria”.

31 de diciembre de 1943

Al leer las polémicas sobre la “culpa de la guerra” que reverberan en las secciones de cartas al director de los diarios, he recibido con sorpresa que sean muchas las personas

que parecen haber descubierto que la guerra no es un crimen. Hitler, a lo que se ve, no ha hecho nada denunciabile. No ha violado a nadie, no se ha llevado con sus propias manos el producto de un saqueo, ni ha azotado personalmente a ningún prisionero, ni ha enterrado vivo a ningún herido, ni ha arrojado a los bebés al aire para ensartarlos en su bayoneta, ni ha embadurnado de gasolina a ninguna monja para acercarle luego el cirio del altar; de hecho, no ha cometido ninguna de esas barbaridades que a los enemigos se les atribuyen de sólo en tiempo de guerra. Meramente ha desencadenado una guerra mundial que, tal vez, suponga la pérdida de veinte millones de vidas. En eso no hay nada ilegal. ¿Cómo es posible, cuando la legalidad implica autoridad y no hay autoridad en el poder de trascender las fronteras nacionales?

En los recientes juicios de Jarkov se ha llevado a cabo el intento de achacar a Hitler, a Himmler, a los demás, la responsabilidad de los crímenes de sus subordinados, pero el mero hecho de que tuviera que hacerse el intento muestra que la culpa de Hitler no salta a la vista para todo el mundo. Su delito, según se da a entender, no fue la constitución de un ejército con el propósito de una guerra de agresión, sino el haber dado la instrucción de que ese ejército procediera a la tortura de los prisioneros. A lo que se ve, la diferencia entre atrocidad y acto de guerra sigue siendo válida. Una atrocidad es un acto de terrorismo que no obedece a un genuino propósito militar. Hay que aceptar tal diferencia si se ha de aceptar la guerra, cosa que en la práctica hace todo el mundo. No obstante, un mundo en el que es injusto asesinar a un civil y es admisible lanzar mil toneladas de explosivos de gran potencia en una zona residencial, a veces me lleva a pensar si esta Tierra en que vivimos no será un manicomio para locos de atar del que hayan hecho uso los habitantes de otro planeta.

Cuando voy de un lado a otro en el 53, nunca paso por delante de la iglesia de St. John al menos, mientras haya luz, al otro lado de Lord's, sin sentir un agujonazo. Es una iglesia de estilo regencia, una de las muy pocas que hay de esa época, y cuando se pasa por allí bien vale la pena entrar a echar un vistazo, pues el interior es apacible, acogedor, y se pueden leer los resonantes epitafios de los nababs de las Antillas que están allí enterrados. En cambio, la fachada, que es una de las más bellas de todo Londres, ha quedado completamente destruida por un asqueroso monumento de guerra que la tapa por completo. Parece ser ésta una regla sin excepción en Londres: siempre que por azar se goza de una bella panorámica, termina por taparse con la estatua más fea que se pueda imaginar. Por desgracia, nunca hemos estado cortos de bronce para fundir y erigir esos mamotretos.

Si se sube hasta lo alto del cerro de Greenwich Park, es posible sentir la mansa emoción de hallarse exactamente en la longitud 0°, y también se puede examinar el edificio más feo del mundo, el Observatorio de Greenwich. Desde allí, miremos abajo, al Támesis. Se extiende ante uno la obra maestra de Wren, el Hospital de Greenwich (que hoy es el Naval College) y otros edificios clásicos y exquisitos, llamados en conjunto Queen's House. Los arquitectos responsables de ese amasijo informe que hay en lo alto del cerro tuvieron esos dos edificios delante de las narices mientras supervisaron la colocación de todos los ladrillos.

Ya lo dijo Osbert Sitwell en tiempos de los “ataques Baedeker”^[123]: “qué ingenuidad, qué cortedad la de los alemanes, al imaginar que a los británicos podría acobardarnos la destrucción de nuestros monumentos antiguos. Como si la hecatombe causada por las bombas alemanas pudiera equipararse a los desastres que hemos causado nosotros solos...”.

Veo que Bernard Shaw, entre otros, aspira a que se reescriba el segundo verso del

himno nacional. La versión de Shaw conserva las referencias a Dios y al rey, pero resulta un tanto internacionalista en sus sentimientos. Me parece ridículo. Lo lógico sería no tener himno nacional, pero, si se tiene, es evidente que su función ha de señalar, por fuerza, que somos buenos y nuestros enemigos, malos. Shaw desea suprimir los únicos versos que valen la pena de cuantos contiene el himno. Todos los instrumentos de metal, todos los tambores del mundo no podrían convertir “Dios salve al rey” en una buena melodía, pero en las raras ocasiones en que se entona entero adquiere vida propia con estos dos versos:

¡Confundamos su política,
frustremos sus bellaquerías!

De hecho, siempre me había imaginado que el segundo verso se suprime por la vaga sospecha de que los conservadores recelan de que ambos versos hacen referencia a ellos mismos.

Otra adquisición por nueve peniques: *Tablas cronológicas en las que se muestra todo acontecimiento digno de mención, desde la creación del mundo hasta nuestros días*. Impreso por J. D. Dewick, Aldersgate Street, en el año de 1801.

No sin bastante interés, he buscado la fecha de creación del mundo, y he visto que fue en el año 4004 a. C., “y se supone que tuvo lugar en otoño”. Más avanzado el libro, se da la fecha precisa: septiembre de 4004 a. C.

Al final, hay unas cuantas hojas en blanco, en las que el lector puede proseguir la crónica a su antojo. Quien fuera el dueño de este ejemplar no llegó muy lejos, pero una de las últimas entradas dice así: “Martes, 4 de mayo. Aquí se ha proclamado la paz. Se enciende todo el alumbrado público”. Fue la paz de Amiens. Tal vez nos sirva de aviso para que no nos anticipemos en encender el alumbrado hasta que llegue de veras el armisticio.

28 de enero de 1944

Veo que Suresh Vaidya, un periodista de India que reside en Inglaterra, ha sido detenido por negarse a prestar el servicio militar. No es el primer caso de estas características, y si fuera el último, seguramente, sería porque ya no quedan más indios en edad militar de los que se pueda abusar así.

Todo el mundo sabe, no hace falta que se diga, cuáles son los aspectos jurídicos del caso Vaidya. No es mi deseo abundar en ellos. Sí me gustaría llamar la atención sobre el aspecto propio del sentido común, que el gobierno británico parece resuelto a no considerar. Dejando a un lado a los marinos que vienen y van, y a ese puñado de tropas que siguen aquí, posiblemente haya unos dos mil indios en este país, de toda edad y condición. Al aplicarles el servicio militar obligatorio, es posible recabar unos cuantos soldados más. Al ejercer esa coerción sobre la minoría de los que “objetan”, es posible incrementar la población de presos británicos en una docena, o poco más. Ése es el resultado neto, desde el punto de vista militar.

Por desgracia, eso no es todo. Con un comportamiento de esta especie, nos enemistamos con toda la población india de Gran Bretaña, ya que ningún indio, sea cual fuere su punto de vista, reconoce que Gran Bretaña tuviera el derecho a declarar la guerra en nombre de la India, así como tampoco tiene el derecho a imponer el servicio obligatorio sobre los indios. Todo lo que aquí suceda en la comunidad india tiene inmediatas repercusiones en la India, y efectos no desdeñables, incluso, en otros lugares. Un indio castigado por no querer ir a la guerra nos perjudica más que diez mil británicos. Parece un

precio demasiado alto, por la satisfacción que puedan sentir los reaccionarios al tener a otro “rojo” en sus garras. No pretendo que entiendan el punto de vista de Vaidya. Pero su experiencia debería hacerles ver que crear mártires nunca sale a cuenta.

Un corresponsal nos ha enviado una carta en defensa de Ezra Pound, el poeta norteamericano que declaró lealtad a Mussolini pocos años antes de la guerra, y que ha sido un bullicioso propagandista en la radio de Roma. Lo esencial de su reclamación es (a) que Pound no se vendió sólo por dinero, y (b) que cuando se trata de un poeta verdadero, uno puede permitirse el hacer caso omiso de sus opiniones políticas.

Es obvio que Pound no se vendió exclusivamente por dinero. Eso no lo hace ningún escritor. Todo el que aspire a amasar dinero, antes que nada, elegiría una profesión mejor retribuida. Pero a mí me parece probable que Pound se vendiera, en parte, por el prestigio, por la adulación y por una plaza de profesor. Tenía un odio envenenado hacia Gran Bretaña y hacia los Estados Unidos, por tener la sensación de que ni en uno ni en otro país se apreció plenamente su talento, y obviamente estaba convencido de que existía una conspiración contra él en los países de habla inglesa. Hubo, además, una serie de episodios ignominiosos en los que se puso al descubierto la falsa erudición de que Pound hacía gala, lo cual, sin duda, le resultó difícil de perdonar. A mediados de los años treinta, Pound ya entonaba las alabanzas del Duce en diversas publicaciones inglesas, incluido el trimestral de Mosley, *British Union* (en el cual también publicaba Vidkun Quisling). Cuando tuvo lugar la guerra de Abisinia, Pound se mostró estridentemente antiabisinio. En 1938, más o menos, los italianos le concedieron una cátedra en una de sus universidades, y al poco de estallar la guerra se hizo ciudadano italiano.

Asunto muy distinto es que a un poeta como tal se le hayan de perdonar sus opiniones políticas. Obviamente, no se debe decir jamás que “X está de acuerdo conmigo; por tanto, es un buen escritor”. Durante los últimos diez años, la crítica literaria sería ha combatido a fondo este planteamiento. Personalmente, admiro a varios escritores (Céline, por ejemplo) que se han pasado al bando fascista, y a muchos otros cuyos planteamientos políticos me suponen serias objeciones. Pero siempre se tiene el derecho de esperar un comportamiento decente, incluso, en un poeta. Nunca he oído las alocuciones radiofónicas de Pound, pero sí las he leído transcritas, a menudo, en los Informes de Seguimiento de la BBC. Eran intelectual y moralmente repulsivas. Por ejemplo, el antisemitismo no es una doctrina sencillamente propia de una persona madura. Los que defienden esas posiciones han de asumir las consecuencias. Sin embargo, estoy de acuerdo con nuestro corresponsal en la esperanza de que las autoridades norteamericanas no apresen a Pound para fusilarlo, como han amenazado con hacer. Eso realzaría de tal manera su reputación que habrían de pasar cien años, al menos, antes de que alguien pueda precisar con desapasionamiento si los tan debatidos poemas de Pound son buenos o no lo son.

La otra noche me informó una camarera de que, si se sirve la cerveza en un vaso húmedo, baja la espuma mucho antes. Añadió que si uno se moja el bigote en la cerveza, también se le baja la espuma. Lo acepté sin mayores indagaciones. De hecho, en cuanto llegué a casa me recorté el bigote, cosa que no hacía desde varios días antes.

Sólo después me llamó la atención que, seguramente, ésa era una de tantas supersticiones que somos capaces de mantener vivas porque tienen toda la pinta de ser una verdad científica. En mi cuaderno tengo anotada una larga lista de falacias que me enseñaron en mi niñez, nunca como patrañas, sino como verdades científicas. No puedo reproducir la lista entera, pero allá van algunas de mis preferidas.

Que un cisne le puede partir a uno la pierna de un aletazo.

Que si uno se hace un corte entre el índice y el pulgar, contrae el tétanos.

Que el cristal pulverizado es venenoso.

Que si uno se lava las manos en agua donde hayan hervido unos huevos (es un misterio que a alguien se le haya ocurrido hacerlo) le salen verrugas.

Que los toros se enfurecen al ver algo de color rojo.

Que beber sulfuro es tonificante para un perro.

Etc., etc. Prácticamente todos entramos en la edad adulta con alguna convicción de este tipo. Conozco una persona de más de treinta años que seguía convencida de que la segunda es cierta. En cuanto a la tercera, en India está tan extendida que siempre hay alguien que trata de envenenar a otro con cristal molido, y con resultados decepcionantes.

Ojalá, me digo ahora, hubiera leído antes *El inglés básico frente a las lenguas artificiales* y no después de haber reseñado el interesante librito en el que el profesor Lancelot Hogben plantea los rasgos esenciales de su propia lengua artificial, *Interglossa*^[124]. En tal caso, habría comprendido mucho mejor qué caballeroso, por comparación, se muestra el profesor Hogben con los inventores de otras lenguas internacionales que rivalizan con la suya. Las polémicas sobre los asuntos serios de veras, a menudo, distan mucho de ser corteses. Los seguidores de la controversia entre estalinismo y trotskismo habrán reparado en que tiende a colarse siempre una clara hostilidad. Cuando el *Tablet* y el *Church Times* tienen un enganchón por lo que sea, los golpes que se asestan no siempre son de cintura para arriba. Ahora bien, si de juego sucio se trata, las polémicas entre los inventores de las distintas lenguas internacionales se llevarían la palma.

Tribune, quizá, imprima pronto uno o varios artículos sobre el inglés básico. Si alguna lengua es alguna vez adoptada como “segunda” lengua a nivel mundial, es altamente improbable que se trate de una lengua fabricada con tal finalidad. De las lenguas naturales existentes, el inglés es la que tiene mayores probabilidades, aunque no sea por fuerza en su forma básica. La opinión pública empieza a admitir la necesidad de una lengua internacional, aunque todavía abundan los prejuicios absurdos. Por ejemplo, muchos creen que los defensores de una lengua internacional quieren suprimir las lenguas naturales, cosa que nadie ha sugerido nunca seriamente.

En la actualidad, a pesar del reconocimiento creciente de esta necesidad, el mundo se torna cada vez más nacionalista en lo que a las lenguas se refiere. En parte, se debe a una política consciente (media docena de las lenguas existentes se emplean de un modo imperialista en distintas regiones del mundo), y en parte, a las dislocaciones causadas por la guerra. Las dificultades comerciales, de viaje, de comunicación entre los científicos, y la pérdida de tiempo que representa el aprendizaje de lenguas extranjeras siguen igual que siempre. A lo largo de mi vida he aprendido siete lenguas extranjeras, incluyendo dos muertas, y de las siete sólo retengo una al día de hoy y, por cierto, no con gran fluidez. El mío debe de ser un caso normal. Quien viva en una nación pequeña, un holandés o un danés, ha de aprender tres lenguas extranjeras si aspira a tener cultura. Es evidente que esta situación se podría mejorar, y lo más difícil será decidir qué lengua es la que haya de adoptarse internacionalmente. Pero habrá más de una refriega, bastante fea, antes de que se zanje la cuestión, tal como sabe todo el que se haya tomado la molestia de interesarse por este asunto.

11 de febrero de 1944

Hay dos actividades periodísticas en las que siempre sale el tiro por la culata. Una,

atacar a los católicos; otra, defender a los judíos. Hace poco reseñé algunos libros que trataban sobre la persecución a los judíos en la Europa medieval y moderna^[125]. La reseña me ha supuesto el habitual aluvión de cartas antisemitas que me han dejado pensando, por enésima vez, que este problema lo rehúyen, incluso, las personas a las que más concierne.

Lo más inquietante de estas cartas es que no las envían lunáticos. No me importa ni mucho ni poco esa persona que cree en la autenticidad de los Protocolos de los Sabios de Sión, ni tampoco el oficial del ejército ya retirado que ha recibido un trato más que dudoso por parte del gobierno y que se enfurece al ver que los “extranjeros” ocupan los mejores cargos. Pero es que, además, escriben el pequeño empresario, el profesional liberal, el comerciante convencido de que los judíos son los causantes de todos sus problemas debido a sus métodos, a que realizan las transacciones bajo mano, a que carecen por completo de espíritu cívico. Son personas que escriben cartas razonables, equilibradas, que afirman no creer en la discriminación racial y que respaldan cuanto dicen con abundantes ejemplos. Reconocen la existencia de “judíos buenos” y por lo común declaran (Hitler dice lo mismo en *Mein Kampf*) que al principio no eran antisemitas y que si lo son ahora es a fuerza de observar cómo se conducen los judíos.

La debilidad de la actitud de la izquierda ante el fenómeno del antisemitismo se debe a que lo aborda desde un punto de vista racionalista. Evidentemente, las acusaciones que se vierten contra los judíos carecen de fundamento. No pueden ser ciertas, en parte porque se excluyen unas a otras, y en parte porque ningún pueblo ha podido tener semejante monopolio de la maldad. Con estos argumentos bastaría. La visión oficial que la izquierda tiene del antisemitismo es que se trata de algo “ideado” por las clases dirigentes con el fin de desviar la atención de los verdaderos males de la sociedad. Los judíos, de hecho, sólo son los chivos expiatorios. Algo sin duda correcto, pero inservible como argumento. No se descarta una creencia demostrando que es irracional. Tampoco sirve de nada, según mi experiencia, hablar de la persecución de los judíos en Alemania. Si alguien tiene la más mínima predisposición hacia el antisemitismo, esa clase de observaciones rebotan en su conciencia como guisantes contra un casco de acero. El mejor argumento de todos, si es que los argumentos irracionales han tenido alguna vez cierta utilidad, sería que los presuntos crímenes de los judíos sólo son posibles porque vivimos en una sociedad que premia el crimen. Si todos los judíos son perversos, reestructuremos nuestro sistema económico, de modo que los perversos no puedan prosperar. ¿De qué sirve decir algo así al hombre que tiene por dogma de fe que los judíos son los dueños del mercado negro, que siempre se cuelan cuando hay una cola, que eluden el servicio militar?

No nos iría mal una detallada investigación de las causas del antisemitismo, que no debería estar viciada de antemano por la suposición de que sean causas sobre todo económicas. Por cierta que sea en términos generales, la teoría del chivo expiatorio no explica por qué son los judíos, y no otras minorías, los escogidos para dar salida a esa inquina, ni tampoco aclara de qué son chivos expiatorios. Algo como el caso Dreyfuss, por ejemplo, no se traduce con facilidad en términos económicos. En lo que a Gran Bretaña se refiere, lo que importa averiguar son las acusaciones que se vierten contra los judíos, y si el antisemitismo va en aumento (podría haber disminuido en estos últimos treinta años), y en qué medida se agrava con la llegada de refugiados desde 1938.

No sólo no se debe asumir que las causas del antisemitismo son económicas de una manera cruda y directa (desempleo, rivalidad comercial, etcétera), sino tampoco que las personas “sensatas” sean inmunes a ello. Florece de un modo especial entre los literatos, por ejemplo. Sin levantarme de la mesa a consultar un solo libro, recuerdo ahora mismo

pasajes de Villon, Shakespeare, Smollett, Thackeray, H. G. Wells, Aldous Huxley, T. S. Eliot y muchos otros que podrían tacharse de antisemitas si se hubieran escrito después de la llegada al poder de Hitler. Tanto Belloc como Chesterton flirtearon, por decirlo suavemente, con el antisemitismo, y otros autores a los que es posible respetar han transigido con él en su forma nazi. Es evidente que se trata de una neurosis muy profunda, y sigue sin estar nada claro a qué se refiere la gente cuando dice que odia una entidad inexistente llamada “los judíos”. Es, en parte, el miedo a averiguar hasta qué punto está extendido el antisemitismo lo que impide investigar a fondo.

Estos versos aparecen citados en la *Autobiografía* de Anthony Trollope:

Cuando se publicó *El gusto*, de Payne–Knight,
unos cuantos versos griegos del texto
fueron hechos trizas, papilla,
arrojados a las llamas por basura execrable;
en resumen, fueron descuartizados
más que diseccionados
y varias cantidades falsas detectadas;
cuando el humo brotó de las cenizas,
se descubrió que los versos eran de Píndaro^[126].

Trollope no aclara quién es el autor de estos versos. Mucho me alegraría que algún lector me lo hiciera saber. De todos modos, los cito por lo que valen, esto es, por la terrible advertencia que contienen para cualquier crítico literario, y también para llamar la atención sobre la Autobiografía de Trollope, que es un libro fascinante, a pesar de que, o precisamente porque, trata en gran medida de cuestiones de dinero.

En *Time and Tide* se ha dirimido una polémica a propósito del atlas de geografía de guerra de J. F. Horrabin^[127], buen recordatorio de que los mapas tienen sus más y sus menos. Hay que considerarlos con la misma suspicacia que las fotografías o las estadísticas.

Aunque menor, es una manifestación interesante del nacionalismo que todas las naciones se colorean de rojo en sus propios mapas. Existe, además, la tendencia de hacerse pasar por más grande de lo que una nación es en realidad, lo cual es posible sin incurrir en falsificación, ya que toda proyección de la tierra como superficie plana distorsiona una u otra parte. Durante la “cruzada” por el Libre Comercio en el Imperio, se distribuyó gratuitamente en las escuelas una serie de mapas de gran tamaño, en color, hechos sobre una nueva proyección que empequeñecía a la URSS, a la par que aumentaba el tamaño de la India y África. Luego están los mapas etnológicos y políticos, un material sumamente útil para la propaganda. Durante la Guerra Civil española se colgaban mapas en los pueblos españoles que dividían el mundo en Estados socialistas, democráticos y fascistas. Así, era posible saber que la India era una democracia, mientras que Madagascar e Indochina (era el periodo del gobierno del Frente Popular en Francia) aparecían como “socialistas”.

La guerra probablemente ha hecho algo para mejorar nuestros conocimientos de geografía. Personas que hace cinco años creían que croata rimaba con patata y trazaban una muy tenue distinción entre Minsk y Pinsk, hoy saben en qué mar desemboca el Volga, e indican sin mucha vacilación dónde quedan Guadalcanal o Buthidaung. Cientos de miles de ingleses, si no millones, ya casi saben pronunciar Dnepropetrovsk. Hace falta una guerra para que la interpretación de los mapas sea algo popular. En tiempos de la campaña egipcia de Wavell, conocí a una mujer que estaba segura de que Italia se unía a África. En 1938, cuando me fui a Marruecos, algunos de los habitantes de mi pueblo —una aldea muy

rústica, desde luego, aunque a sólo ochenta kilómetros de Londres— preguntaban si era necesario cruzar el mar para llegar allí. Si se pide a cualquier círculo de personas (me gustaría hacerlo, en particular, con los miembros de la Cámara de los Comunes) que dibuje de memoria un mapa de Europa, los resultados son sorprendentes. Cualquier gobierno al que le importe genuinamente la educación se ocupará de que un mapamundi, que es, en la actualidad, caro e infrecuente, esté al alcance de cualquier alumno de primaria. Sin ciertas nociones de qué país tiene frontera con cuál otro, y de cuál es la ruta más rápida de un sitio a otro, y de dónde puede un barco bombardearse desde la costa y dónde no, es difícil entender qué valoración puede tener un ciudadano medio sobre la política exterior.

25 de febrero de 1944

[...] Leyendo la introducción de Chesterton a *Tiempos difíciles*, en la edición de Everyman (a la sazón, las introducciones de Chesterton a Dickens están entre lo mejor que escribió nunca), me encuentro con la típica afirmación demoledora: “No hay ideas nuevas”. Chesterton sostiene aquí que las ideas que animaron la Revolución francesa no eran nuevas, sino mera reminiscencia de doctrinas que habían florecido con anterioridad y se habían abandonado en su día. Pero esa afirmación de que “no hay nada nuevo bajo el sol” es uno de los argumentos recurrentes de los intelectuales reaccionarios. Los apologetas del catolicismo, en concreto, la emplean casi automáticamente. Todo lo que se pueda pensar, o decir, ha sido pensado o dicho con anterioridad. Es demostrable que toda teoría política, del liberalismo al trotskismo, es un desarrollo de alguna de las herejías de los primeros tiempos de la Iglesia. Todos los sistemas filosóficos, en definitiva, brotan de los griegos. Toda teoría científica (si hemos de creer lo que dice la prensa católica popular) ya estaba prefigurada en Roger Bacon y en otros autores del siglo XIII. Algunos pensadores hindúes van más allá, y sostienen que no sólo las teorías científicas, sino también los productos de las ciencias aplicadas, los aviones, la radio, toda la faramalla de inventos, ya los conocían los hindúes de la Antigüedad, que prescindieron de ellos por considerarlos indignos de su atención.

No es difícil comprender que esta idea tiene sus raíces en el miedo al progreso. Si no hay nada nuevo bajo el sol, si el pasado de un modo u otro siempre retorna al presente, el futuro termina por ser algo hartamente familiar. En cualquier caso, lo que nunca ha de darse — ya que nunca se ha dado— es esa cosa odiosa, tan temida, que sería un mundo de seres humanos iguales y libres. Particularmente consoladora para los pensadores reaccionarios es la idea del universo cíclico, en el que la misma cadena de acontecimientos sobreviene una y otra vez. En semejante universo, cualquier avance aparente hacia la democracia significa tan sólo que la época venidera de la tiranía y los privilegios ya se halla un poco más cerca. Esta creencia, si bien evidentemente supersticiosa, hoy en día la sostienen muchísimas personas, y es corriente entre fascistas y cuasifascistas.

En realidad, sí hay ideas nuevas. Por ejemplo, la idea de que una civilización no tiene por qué fundarse sobre la esclavitud es relativamente nueva: mucho más reciente que la religión cristiana. Pero es que aun cuando fuera cierto el *dictum* de Chesterton, tan sólo sería cierto en el sentido en que hay una estatua contenida dentro de cada bloque de granito. Podría afirmarse, por ejemplo, que lo más importante de Marx se contiene en un dicho: “Allí donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón”. Pero antes de que Marx lo desarrollara, ¿qué fuerza tenía ese dicho? ¿Quién le había prestado atención? ¿Quién había inferido a partir de él —y sin duda lo implica— que las leyes, las religiones y los códigos morales son una superestructura construida sobre las relaciones de propiedad

existentes? Según el Evangelio, fue Jesucristo quien lo dijo, pero fue Marx quien le dio vida. Y desde que lo hizo, los motivos de los políticos, sacerdotes, jueces, moralistas y millonarios se hallan bajo la más profunda de las sospechas, razón por la cual, cómo no, tanto lo detestan.

3 de marzo de 1944

Hace algunas semanas, una lectora católica de *Tribune* escribió para protestar por una reseña de Charles Hamblett. Le habían molestado sus comentarios acerca de santa Teresa y san José de Copertino, el santo que voló alrededor de una catedral con un obispo a la espalda. Salí en defensa de Hamblett, y he recibido a cambio una carta aún más indignada. En ella se plantean unos cuantos puntos de gran importancia, y hay uno al menos que me parece merecedor de un comentario. Es posible que, en principio, no esté muy clara la relevancia de los santos voladores para el movimiento socialista, pero creo poder demostrar que la actual nebulosa en que se encuentra la doctrina cristiana tiene serias implicaciones que ni los cristianos ni los socialistas han afrontado de momento.

La sustancia que contiene la carta de mi corresponsal es que poco importa que santa Teresa y todos los demás volasen o no por los aires; lo que cuenta es que “la visión del mundo [de santa Teresa] cambió el curso de la historia”. Estoy dispuesto a admitirlo. Como he vivido en un país de Oriente, he desarrollado una cierta indiferencia ante los milagros, y bien sé que tener alucinaciones, o ser un lunático de tomo y lomo, es muy compatible con eso que a grandes rasgos llamamos “genio”. William Blake, por ejemplo, era un lunático, creo yo. Juana de Arco probablemente estaba loca de atar. Newton creía en la astrología; Strindberg en la magia. Los milagros de los santos, sin embargo, son cuestión menor. También se nota en la carta de mi corresponsal que ni siquiera las doctrinas más capitales de la religión cristiana han de ser aceptadas en un sentido literal. No importa, por ejemplo, que Jesucristo existiera de verdad o no. “La figura de Cristo (mito, hombre o dios, es lo mismo) trasciende de tal modo a todas las demás que ojalá todos lo mirásemos con atención antes de rechazar esa versión de la vida”. Cristo, por lo tanto, quizás sea un mito, o quizá haya sido tan sólo un ser humano, o bien la relación que de él se da en el Credo tal vez sea cierta. Llegamos así a esta situación: *Tribune* no debe mofarse de la religión cristiana, pero es indiferente que Cristo exista o no, aunque muchas personas han muerto en la hoguera por ello. Me pregunto si ésta es la doctrina católica ortodoxa. Tengo la impresión de que no. Se me ocurren diversos pasajes en los escritos de defensores populares del catolicismo, como el padre Woodlock y el padre Ronald Knox, en los que se afirma con toda claridad que la doctrina cristiana significa lo que parece significar, por lo cual no ha de aceptarse de un modo metafórico y desleído. El padre Knox hace referencia específica a la idea de que no importa que Cristo existiera, y la tacha de idea “horrible”. En cambio, lo que dice mi corresponsal hallaría eco en muchos intelectuales católicos. Si se habla con un cristiano concienciado, sea católico o sea anglicano, a menudo descubre uno que se ríen de él por ser tan ignorante que suponga que alguien haya podido tomarse al pie de la letra las doctrinas de la Iglesia. Estas doctrinas, se nos dice en seguida, tienen un significado muy distinto, que uno es demasiado tosco para entender del todo. La inmortalidad del alma no “significa” que uno, Fulano de Tal, siga teniendo conciencia después de muerto. La resurrección de la carne no significa que el cuerpo de Fulano de Tal vaya a resucitar realmente, etcétera, etcétera. Así, el intelectual católico es capaz, ante una controversia, de jugar a las adivinanzas, de repetir los artículos del Credo exactamente en los mismos términos que sus

antepasados, al tiempo que se defiende de toda acusación de superstición cuando explica que habla por medio de parábolas. En lo esencial, su afirmación es que si bien él no cree que exista una forma muy precisa de vida más allá de la muerte, eso no altera la creencia cristiana, ya que nuestros antepasados tampoco creían en ella. Entretanto, un hecho de importancia vital —a saber, que uno de los puntales de la civilización occidental acaba de ser derribado— queda más bien en penumbra.

Desconozco si oficialmente se ha producido alguna alteración de la doctrina cristiana. El padre Knox y mi corresponsal parecen estar en desacuerdo al respecto. En cambio, sí sé que la creencia en la vida más allá de la muerte —la vida individual de Fulano, todavía consciente de ser Fulano— está muchísimo menos extendida que antaño. Incluso entre los cristianos practicantes, probablemente, se halla en declive: otras personas, por norma general, ni siquiera contemplan la posibilidad de que pueda ser cierta. En cambio, nuestros antepasados sí profesaban esta creencia. A menos que todo lo que escribieran tuviese por objeto el confundirnos, profesaban esta creencia de un modo sumamente literal y preciso. La vida en la tierra, tal como la veían, era sencillamente un periodo de preparación para una vida infinitamente más importante, que empezaría en la tumba. Pero ese concepto ha desaparecido, o desaparece ahora, y ni siquiera se ha hecho frente a las consecuencias.

La civilización occidental, al contrario que algunas orientales, se fundó, en parte, sobre la creencia de la inmortalidad individual. Si se contempla la religión cristiana desde fuera, esta creencia parece mucho más importante que la misma fe en Dios. Es muy difícil deslindar de ella la concepción occidental del bien y el mal. Poca duda cabe de que el moderno culto e incluso la adoración del poder están entretejidos con los sentimientos del hombre moderno, en el sentido de que la vida del aquí, del ahora, es la única vida que existe. Si la muerte pone fin a todo, resulta mucho más difícil creer que se puede estar en lo cierto, incluso, cuando uno sufre una derrota. Los estadistas, las naciones, las teorías, las causas, se juzgan de un modo casi inevitable mediante la prueba del éxito material. Suponiendo que pudieran deslindarse ambos fenómenos, yo diría que la decadencia de la fe en la inmortalidad personal ha tenido tanta importancia como el auge de la civilización de las máquinas. La civilización de las máquinas posee posibilidades terribles, como seguramente reflexionó cualquiera la otra noche, cuando arreció el fuego de las baterías antiaéreas. Pero es que lo otro también posee posibilidades terribles, y no puede decirse que el movimiento socialista se haya parado a pensar detenidamente en todo ello.

No quisiera yo que regrese la creencia en la vida más allá de la muerte, ni creo, sinceramente, que sea posible ese regreso. Lo que sí señalo es que su desaparición ha dejado un gran vacío, y que deberíamos tenerlo muy en cuenta. Educado durante miles de años en la idea de que el individuo sobrevive, el hombre ha tenido que realizar un esfuerzo psicológico muy considerable para acostumbrarse a la idea de que el individuo muere. No es probable que rescate la civilización, a menos que sea capaz de evolucionar un sistema del bien y el mal que sea independiente del cielo y el infierno. El marxismo, en efecto, aporta ese sistema, pero nunca ha gozado de una verdadera popularidad. La mayoría de los socialistas se contentan con señalar que cuando el socialismo esté del todo establecido, seremos más felices en un sentido material; se contentan con asumir que todos los problemas pierden magnitud cuando uno tiene el estómago lleno. La verdad es exactamente lo contrario: cuando uno tiene el estómago vacío, su único problema es cómo llenarlo. Sólo cuando nos hayamos alejado de la monotonía, la bestialidad, la explotación, podremos empezar de veras a preguntarnos por el destino del hombre y por las razones de su

existencia. No es posible tener ninguna imagen válida del futuro a menos que se comprenda cuánto hemos perdido con la decadencia del cristianismo. Pocos socialistas parecen darse cuenta. Y los intelectuales católicos que se aferran al Credo, a la vez que le dan una lectura y un sentido que nunca pudo haber tenido, y que se mofan de todo el que tenga la simpleza de suponer que los Padres de la Iglesia quisieron decir de hecho lo que dijeron, no hacen más que esparcir cortinas de humo para ocultar su falta de fe y así no ser conscientes de ella.

10 de marzo de 1944

Leyendo de un modo tan simultáneo como me ha sido posible la *Vida de Tolstoi*, de Derrick Leon; el libro de Gladys Storey sobre Dickens y el libro de Harry Levin sobre James Joyce, así como la autobiografía de Salvador Dalí (todavía no publicada en este país), me asombró más que nunca constatar las ventajas que supone para un artista haber nacido en una sociedad relativamente sana.

La primera vez que leí *Guerra y paz* debía de tener unos veinte años, una edad en la que no nos intimidan las novelas largas, y mi única queja contra este libro (tres recios volúmenes, de la extensión, tal vez, de cuatro novelas modernas) es que no fuera aún más largo. Me pareció que Nicolás y Natasha Rostov, Pierre Bezujov, Denisov y todos los demás eran personas sobre las que se podría seguir leyendo eternamente. Toda la pequeña aristocracia rusa de la época, con su osadía y sencillez, sus placeres campestres, sus tormentosas historias de amor, sus familias numerosísimas, eran personas con un gran encanto. Tal sociedad no podría denominarse justa ni progresista. Se fundaba sobre la servidumbre, hecho que a Tolstoi le inquietaba ya en su adolescencia, e, incluso, al aristócrata más “ilustrado” le habría costado pensar que el campesino era un animal de su misma especie. Tolstoi mismo no renunció a castigar físicamente a sus siervos hasta que fue un hombre ya adulto.

El terrateniente ejercía una suerte de *droit de seigneur* sobre los campesinos de su finca. Tolstoi tuvo, al menos, un hijo bastardo, y su hermanastro morganático era el cochero de la familia. Sin embargo, no es posible sentir por esos rusos de mentalidad simple, tan prolíficos, el mismo desprecio que se siente por la sofisticada escoria cosmopolita que permitió a Dalí ganarse la vida. El rasgo que los salva es su rusticidad: jamás han oído hablar de la benzedrina, de las uñas de los pies pintadas con laca, y aunque Tolstoi terminaría por arrepentirse de sus pecados de juventud —y de un modo más ruidoso que muchos otros—, tuvo que ser consciente de que debía su fortaleza —su poder creador, así como la fuerza de su musculatura— a ese trasfondo de rudeza, de salud, en el que uno salía a cazar urogallos por las marismas, y en el que las chicas se consideraban afortunadas sólo con acudir a tres bailes al año.

Una de las grandes lacras de Dickens es que no escribe nada, ni siquiera con ánimo burlesco, sobre la vida rural. De la agricultura ni siquiera finge saber nada. Hay algunas descripciones de caza, en tono de farsa, en *Los papeles del club Pickwick*, pero por ser un radical de clase media, Dickens era incapaz de describir tales diversiones con cierta simpatía. En los deportes de campo ve sobre todo un ejercicio de esnobismo, cosa ya cierta en la Inglaterra de entonces. Los cotos de caza, el industrialismo, la diferenciación de la riqueza, el culto de los faisanes y los ciervos se aunaban para expulsar a la masa popular de los ingleses fuera del medio rural, y daban al instinto cazador, probablemente el más universal entre los seres humanos, el aire de un mero fetiche aristocrático. Es posible que lo

mejor de *Guerra y paz* sea la caza del lobo. Al final, es el perro del campesino el que vence a los nobles y captura al lobo. Después, a Natasha le parece muy natural bailar en la choza de unos campesinos.

Para presenciar esa clase de escenas en Inglaterra habría que remontarse cien o doscientos años atrás, hasta una época en la que la diferencia de estatus no implicara una gran diferencia en las costumbres. La Inglaterra de Dickens estaba ya dominada por los rótulos de “Prohibido el paso; propiedad privada”. Cuando se piensa en la actitud aceptada de la izquierda hacia la caza o el tiro, y demás actividades de ese jaez, resulta extraño reparar en que Lenin, Stalin y Trotski eran todos ellos grandes aficionados a las armas de fuego. Ciertamente es que provenían de un país inmenso y desierto, en donde no existía una relación forzosa entre el deporte y el esnobismo. El divorcio entre el campo y la ciudad nunca llegó a ser absoluto. La sociedad que constituye la materia narrativa en casi cualquier novelista moderno es más mezquina, menos atractiva y despreocupada que la de Tolstoi. Comprender esto es síntoma de talento. Joyce habría falseado la realidad si hubiera presentado a los personajes de *Dublinenses* de un modo menos repugnante. Pero la ventaja más natural estaba de parte de Tolstoi: siendo iguales otras cosas, ¿quién no preferiría escribir sobre Pierre y Natasha antes que sobre seducciones furtivas en internados o empresarios católicos que se emborrachan en un “retiro” espiritual?

En su libro sobre Joyce, Harry Levin aporta unos cuantos detalles biográficos, aunque no es capaz de decirnos gran cosa sobre el último año de la vida de Joyce. Todo lo que llegamos a saber es que, con la invasión de Francia por parte de los nazis, escapó a Suiza y murió, al cabo de un año, en su antigua casa de Zurich. No parece que ni siquiera conozca a ciencia cierta el paradero de los hijos de Joyce.

Los críticos académicos no pudieron resistirse a la oportunidad de liarse a patadas con el cadáver de Joyce. El *Times* publicó un breve, mezquino, remilgado obituario. Y aunque en el *Times* nunca ha faltado espacio para las cartas en las que se comentan la media de bateos en el críquet o la aparición del primer cuco del año, se negó a publicar la carta de protesta escrita por T. S. Eliot. La negativa estuvo en consonancia con la grandiosa y antigua tradición inglesa, según la cual los muertos siempre han de recibir adulaciones, a menos que se trate de artistas. Si muere un político, sus peores enemigos se ponen en pie en la Cámara de los Comunes y desgranán mentiras piadosas en su honor. En cambio, un escritor o un artista darán lugar, a lo sumo, a cierta chacota, al menos si tienen calidad. Toda la prensa británica se unió en sus insultos contra D. H. Lawrence (un “pornógrafo”, fue la calificación habitual) nada más hubo muerto. En cambio, esas necrológicas desdeñosas, sin duda, eran lo que Joyce habría esperado. El hundimiento de Francia, la necesidad de huir de la Gestapo cual si fuera un vulgar sospechoso político, fueron asuntos muy distintos. Cuando termine la guerra, será interesante saber qué opinaba Joyce al respecto.

Joyce fue un exiliado por conciencia que huyó del filisteísmo anglo-irlandés. Irlanda no quiso saber nada de él, e Inglaterra y los Estados Unidos apenas lo toleraban. A sus libros se les negó la publicación, fueron destruidos cuando los imprimieron algunos tímidos editores, prohibidos cuando salieron, pirateados con la connivencia tácita de las autoridades y, en todo caso, omitidos en gran medida hasta la publicación de *Ulises*. Joyce tenía sobrados motivos de queja y de genuino resentimiento, y fue sumamente consciente de todo ello, pero también tuvo siempre por meta ser un artista “puro”, “por encima de las batallas”, indiferente a la política. Escribió *Ulises* en Suiza, con pasaporte austríaco y ayudado por una pensión del gobierno británico, durante la guerra de 1914–1918, a la que

apenas prestó la menor atención. En cambio, esta guerra, como ya descubrió el propio Joyce, no es de las que se pueden borrar por completo, y creo que tuvo que reflexionar que una elección política es necesaria, y que incluso la estupidez es preferible al totalitarismo.

Una de las cosas que Hitler y sus amigos han demostrado es que el intelectual se la ha pasado relativamente bien a lo largo del pasado siglo. A fin de cuentas, ¿cómo se va a comparar la persecución de que han sido objeto Joyce, Lawrence, Whitman, Baudelaire e, incluso, Oscar Wilde con lo que les ha ocurrido a los intelectuales liberales europeos desde que Hitler tomó el poder? Joyce se marchó de Irlanda asqueado, pero no tuvo que huir para salvar la vida, como cuando los panzers entraron en París. El gobierno británico prohibió en su día *Ulises*, cuando se publicó, pero levantó la prohibición quince años después y —lo que seguramente tiene más importancia— ayudó a Joyce a seguir con vida mientras escribía el libro. Con posterioridad, gracias a la generosidad de un admirador anónimo, Joyce pudo llevar una vida civilizada en París por espacio de casi veinte años, trabajando con ahínco en *Finnegan's Wake*, rodeado de un círculo de discípulos, mientras industriales colectivos de expertos traducían *Ulises* no sólo a diversas lenguas europeas, sino también, incluso, al japonés. Entre 1900 y 1920 había conocido el hambre, la desatención; tomada en conjunto, su vida no parece del todo ardua cuando se contempla desde dentro de un campo de concentración alemán.

¿Qué habrían hecho los nazis con Joyce en caso de haberle echado el guante? Esto no lo sabemos. Podrían, incluso, haberse esforzado por conquistarlo para la causa, sumarlo al saco de los literatos “conversos”.

Pero él, sin duda, habría visto que no sólo habían desmantelado la sociedad a la que él estaba acostumbrado, sino que también eran enemigos a muerte de todo aquello que él tenía en más estima. La batalla por encima de la cual quiso estar a toda costa, a fin de cuentas, le tocaba directamente. Me agrada pensar que antes del final llegara a pronunciar algún comentario no neutral acerca de Hitler —y, debiéndose a Joyce, tuvo que ser sin duda todo un aguijonazo—, y me alegra pensar que ese comentario está en Zurich a la espera de que, pasada la guerra, sea accesible.

24 de marzo de 1944

De todas las preguntas sin respuesta de nuestro tiempo, tal vez la más importante sea ésta: “¿Qué es el fascismo?”.

Una de las organizaciones de estudios sociales que hay en los Estados Unidos recientemente formuló esta pregunta a cien personas distintas, y encontró respuestas que iban desde “democracia en estado puro” a “lo diabólico en estado puro”. En este país, si se pide a una persona corriente, con capacidad de pensar, que defina el fascismo, por lo común responde señalando a los regímenes alemán e italiano. Y ésta es una respuesta insatisfactoria, porque incluso los principales Estados fascistas difieren entre sí en gran medida, tanto por estructura como por ideología.

Por ejemplo, no es fácil que Alemania y Japón encajen en un mismo marco, y es aún más difícil en el caso de algunos de los pequeños Estados que se pueden definir como fascistas. Suele darse por sentado, en efecto, que el fascismo es inherentemente belicoso, que prospera en un ambiente de histeria bélica, que sólo puede resolver sus problemas económicos mediante preparativos de guerra o mediante conquistas en el extranjero. Pero éste no es el caso, claramente, ni de Portugal ni de las diversas dictaduras sudamericanas. Asimismo, se supone que el antisemitismo es uno de los rasgos distintivos del fascismo,

pero algunos movimientos fascistas no son antisemitas. Algunas polémicas eruditas, cuyo eco se escucha en las revistas norteamericanas desde hace muchísimos años, no han servido para precisar si el fascismo es o no una forma de capitalismo. Sin embargo, cuando aplicamos el término “fascismo” a Alemania, a Japón, a la Italia de Mussolini, sabemos, a grandes rasgos, a qué nos referimos. Es en la política interior donde la palabra ha perdido el último vestigio de significado que pudiera tener. Si se examina la prensa, se descubre que no hay, prácticamente, ningún conjunto de ciudadanos —ningún partido político, desde luego, y tampoco ninguna organización, de la clase que sea— que no haya sido denunciado por fascista a lo largo de los últimos diez años.

Aquí no me refiero al uso verbal del término “fascista”. Me refiero tan sólo a lo que he visto publicado. He visto las palabras “de simpatías fascistas”, o “de tendencia fascista”, o “fascista” a las claras, aplicadas con toda seriedad a los siguientes grupos:

Conservadores: todos los conservadores, partidarios de la política de contemporización o no, están sujetos a la acusación de ser subjetivamente profascistas. El gobierno británico en India y en las colonias se tiene por algo idéntico al nazismo. Las organizaciones de lo que cabría llamar tipo patriótico o tradicional se tildan de criptofascistas o de “mentalidad fascistoide”. Ejemplos de ello: los Boy Scouts, la Policía Metropolitana, el MI5, la Legión Británica. Frase clave: “Los colegios privados son caldo de cultivo del fascismo”.

Socialistas: Los defensores del capitalismo a la antigua usanza (por ejemplo, *sir* Ernest Benn) defienden que el socialismo y el fascismo son una y la misma cosa. Algunos periodistas católicos sostienen que los socialistas han sido los principales colaboracionistas en los países ocupados por los nazis. La misma acusación se vierte, desde otro ángulo, por parte del Partido Comunista, en especial, durante sus fases ultraizquierdistas. Entre 1930 y 1935, el *Daily Worker* habitualmente se refería al Partido Laborista llamándolo Fascistas Laboristas. De ello se hacen eco otros extremistas de izquierda, como los anarquistas. Algunos nacionalistas indios consideran que los sindicatos británicos son organizaciones fascistas.

Comunistas: Una escuela de pensamiento considerable (por ejemplo: Rauschnig, Peter Drucker, James Burnham, F. A. Voigt) se niega a reconocer que haya ninguna diferencia entre los regímenes nazi y soviético, y sostiene que todos los fascistas y todos los comunistas apuntan aproximadamente a lo mismo, y que incluso son, en cierta medida, las mismas personas. En el *Times* (antes de la guerra), más de un cabecilla se ha referido a la URSS como “país fascista”. Asimismo, desde otro ángulo también se hacen eco de esto los anarquistas y los trotskistas.

Trotskyistas: Los comunistas achacan a los trotskistas propiamente dichos, esto es, a la propia organización de Trotski, el ser un grupo de criptofascistas pagados por los nazis. Es algo que la izquierda, casi en bloque, creyó a pie juntillas durante el periodo del Frente Popular. En sus fases ultraderechistas, los comunistas tienden a aplicar esa misma acusación a todas las facciones que se hallen a la izquierda de ellos mismos, por ejemplo, el partido de la Common Wealth^[128] o el ILP.

Católicos: Fuera de sus propias filas, a la Iglesia católica se le tiene universalmente por organización profascista, tanto objetiva como subjetivamente.

Antibelicistas: Los pacifistas y otros grupos contrarios a la guerra son a menudo acusados de ponerle al Eje las cosas mucho más fáciles, e, incluso, se les tilda de sentimientos profascistas.

Partidarios de la guerra: Los que se resisten a la guerra suelen fundamentar sus

alegatos en que las aspiraciones del imperialismo británico son aun peores que las del nazismo, y tienden a tachar de “fascista” a todo el que sueña con una victoria militar. Los partidarios de la Convención Popular estuvieron a punto de afirmar que la voluntad de resistirse a una invasión nazi era síntoma de simpatías fascistas. La Home Guard fue denunciada como organización fascista en cuanto se creó. Además, toda la izquierda tiende a equiparar militarismo con fascismo. Los soldados de a pie con cierta conciencia política casi siempre se refieren a sus superiores tachándolos de “fascistoides” o “fascistas por naturaleza”. Las academias, los escupitajos, el betún, el saludo a los oficiales son conductas consideradas propensas al fascismo. Antes de la guerra, sumarse a los territoriales era tenido como muestra de tendencias fascistas. El reclutamiento obligatorio y el ejército profesional son denunciados como fenómenos parafascistas.

Nacionalistas: El nacionalismo se considera de manera universal como algo inherentemente fascista, aunque esto sólo se aplica a movimientos nacionales que el orador desapruuebe. El nacionalismo árabe, polaco, finlandés; el Partido del Congreso de la India, la Liga Musulmana, el sionismo y el IRA han sido descritos como movimientos fascistas, aunque no siempre por parte de ellos mismos.

Tal como se emplea, bien se ve que la palabra “fascismo” carece casi por completo de significado. En la conversación, claro está, se emplea con mayores desatinos que en letra impresa. La he oído aplicada a los agricultores, a los tenderos, al Crédito Social, al castigo físico, a la caza del zorro, a los toros, al Comité de 1922, al Comité de 1941, a Kipling, a Gandhi, a Chiang Kai-chek, a la homosexualidad, a los programas radiofónicos de Priestley, a los albergues de juventud, a la astrología, a las mujeres, a los perros y no sé a cuántas cosas más.

En todo este lío considerable subyace una suerte de significado oculto. Para empezar, está bien claro que hay diferencias grandes, algunas muy fáciles de señalar, aunque no tanto de explicar, entre los regímenes llamados fascistas y los democráticos. En segundo lugar, si “fascista” significa “en sintonía con Hitler”, algunas de las acusaciones que he enumerado antes tienen, naturalmente, mucha más justificación que otras. En tercer lugar, incluso aquellos que emplean como arma arrojada la palabra “fascista” sin ningún reparo, le dan un cierto sentido emocional. Al decir “fascismo” se refieren, grosso modo, a algo cruel, carente de escrúpulos, arrogante, oscurantista, antiliberal y contrario a la clase obrera. Salvo el número relativamente reducido de los simpatizantes del fascismo, casi cualquier inglés aceptaría “abusón” como sinónimo de “fascista”. Ése es el máximo a que ha llegado esta palabra, de la que tanto se abusa, en lo tocante a una definición.

Pero es que el fascismo también es un sistema político y económico. Así las cosas, ¿cómo es que no disponemos de una definición clara y ampliamente aceptada? Por desgracia, no la tendremos, o al menos, no de momento. Aclarar el porqué sería demasiado largo; esencialmente, se debe a que es imposible definir el fascismo satisfactoriamente sin reconocer cosas que ni los propios fascistas, ni los conservadores, ni los socialistas de ninguna adscripción están dispuestos a reconocer. Todo lo que se puede hacer es emplear la palabra con una cierta circunspección y no, como se suele hacer, rebajarla al nivel del insulto o de la palabra malsonante.

31 de marzo de 1944

El otro día asistí a una rueda de prensa en la que un francés recién llegado, al que se nos presentó como “jurista eminente” —no pudo dar su nombre, ni tampoco otras

especificaciones, debido a que su familia se encuentra en Francia—, manifestó el punto de vista de los franceses sobre la reciente ejecución de Pierre Pucheu. Me sorprendió percatarme de que estaba claramente a la defensiva, y de que parecía pensar que el fusilamiento de Pucheu fue y era todavía un acto necesitado de muchísimas justificaciones a ojos de los británicos y los norteamericanos. El punto principal de su argumentación fue que Pucheu había sido ejecutado no por razones políticas, sino por un delito más corriente, “colaborar con el enemigo”, que siempre ha sido merecedor de la pena capital de acuerdo con las leyes de Francia.

Un corresponsal norteamericano le formuló esta pregunta: “¿Sería la colaboración con el enemigo un delito idéntico en caso de que lo cometiera un oficial de baja graduación, un inspector de policía, por ejemplo?”. “Absolutamente idéntico”, respondió el francés. Como acababa de llegar de Francia, es de suponer que prestaba voz a la opinión francesa, aunque también se puede asumir que, en la práctica, sólo serán condenados a muerte los colaboracionistas más activos. Cualquier masacre realmente a gran escala, si se diera, equivaldría en gran medida al castigo de los culpables por parte de los culpables, pues se tienen pruebas abundantes de que grandes sectores de la población francesa fueron más o menos abiertamente progermanos en 1940, y sólo cambiaron de parecer cuando vieron cómo eran de verdad los alemanes.

No seré yo quien abogue porque las personas como Pucheu puedan salir indemnes, aunque también han sido ejecutados unos cuantos colaboracionistas de muy dudosa calaña, entre ellos un árabe o dos, y toda esta cuestión de la venganza sobre los traidores y los enemigos capturados plantea cuestiones que son tan estratégicas como morales. La cuestión es que si ahora se pasa por las armas a muchas de las ratas de poca monta, tal vez no queden agallas para tratar a las ratas gordas cuando llegue el día. Es difícil creer que los regímenes fascistas puedan ser totalmente aplastados sin ajusticiar a los individuos que han sido responsables de ellos, que llegan a ser centenares e, incluso, millares en cada uno de los países. Pero bien podría darse el caso de que todos los verdaderos culpables, a la sazón, escapen lisa y llanamente porque la opinión pública esté ya asqueada de juicios hipócritas y de ejecuciones a sangre fría.

En efecto, esto fue lo que sucedió al término de la pasada guerra. ¿Quién, de los que vivieran en aquellos años, no recuerda el odio cerval que se fomentó contra el kaiser en este país? Al igual que Hitler en esta guerra, se le tuvo por la causa de todos nuestros males. Nadie puso en duda que sería ejecutado en cuanto se le apresara. Sólo se dudaba del método que se aplicaría en su caso. Abundaron los artículos en prensa en los que se discutían los méritos comparativos de hervirlo en aceite, descuartizarlo, pasarlo por el potro, etc. Las exposiciones de la Royal Academy se llenaron de imágenes alegóricas de una vulgaridad increíble, en las que se mostraba cómo daría el káiser con sus huesos en el Infierno. ¿Y qué sucedió al final? El káiser se retiró a Holanda (aunque se pensaba que ya en 1915 estaba “muriéndose de cáncer”) y vivió otros veintidós años, siendo uno de los hombres más ricos de Europa.

Igual sucedió con todos los demás “criminales de guerra”. Luego de todas las amenazas y promesas que se hicieron, no se juzgó a un solo criminal de guerra. Para ser exactos, una docena de personas sí fueron juzgadas. Se les condenó a prisión y fueron pronto puestas en libertad. Y si bien, cómo no, el fracaso a la hora de aplastar a la casta militar germana fue debido a la política de conciencia que desplegaron los líderes aliados, aterrorizados de que en Alemania se declarase la revolución, y la revulsión de los sentimientos de la gente de a pie ayudó a que tal fuera posible, no deseaban una venganza

que estaba en su mano cobrarse. Las atrocidades de Bélgica, miss Cavell, los capitanes de los submarinos que torpedearon barcos de pasajeros sin previo aviso y ametrallaron a los supervivientes, todo eso no se sabe bien cómo cayó en el olvido. Habían sido asesinados diez millones de hombres inocentes. Nadie quiso seguir por ese camino, matando a unos millares de culpables.

Tanto si fusilamos a los fascistas y a los colaboracionistas que caigan en nuestras manos como si no lo hacemos, es algo que seguramente no tiene demasiada importancia. Lo importante es que la venganza y el “castigo” no participen de nuestra política ni tampoco de nuestros sueños. Hasta la fecha, uno de los rasgos que mitigan esta guerra es que en este país ha sido muy poco el odio sembrado. No se ha producido apenas el radicalismo insensato de la última vez; no se pretende que los alemanes tengan cara de cerdo, por ejemplo. Ni siquiera el calificativo de “huno” se ha popularizado mucho. Los alemanes que hay en este país, sobre todo refugiados, no han recibido un trato demasiado bueno, pero tampoco se les ha perseguido con mezquindad, como sucedió la última vez. En la última guerra habría sido poco sensato pararse a hablar alemán en una calle londinense. Los desdichados panaderos o peluqueros alemanes vieron cómo la chusma saqueaba sus tiendas. La música alemana dejó de contar con el favor de los aficionados. La raza dachshund desapareció casi por completo porque nadie quería tener “un perro alemán”. Y la débil actitud británica de comienzos del periodo del rearme alemán tuvo una relación directa con aquellas idioteces de los años de la guerra.

El odio es un fundamento imposible para la política. Es curioso que pueda desembocar tanto en una blandura excesiva como en una dureza extrema. En la guerra de 1914–1918, el pueblo británico fue sacudido hasta alcanzar un repugnante frenesí de odio, y fue alimentado a base de mentiras aberrantes sobre los bebés crucificados en Bélgica y las fábricas alemanas donde los cadáveres eran convertidos en margarina. Tan pronto terminó la guerra se produjo una revulsión natural, tanto más intensa cuando las tropas regresaron a casa, como suele ser el caso de las tropas británicas, con un cálido sentimiento de admiración por el enemigo. El resultado de todo ello fue una exagerada reacción progermana, que comenzó hacia 1920 y se prolongó hasta que Hitler tuvo las riendas del poder. A lo largo de todos esos años, la opinión “ilustrada” (véase, por ejemplo, cualquier número del *Daily Herald* anterior a 1929) tenía por artículo de fe que Alemania no había sido responsable de la guerra. Treitschke, Bernhardi, los pangermánicos, el mito “nórdico”, las jactancias acerca de “Der Tag”, que los alemanes habían proferido sin cesar desde 1900, todo quedó en nada. El Tratado de Versalles fue la mayor de las infamias que el mundo había visto. Muy pocos habían oído hablar de Brest–Litovsk. Ése fue el precio que hubo que pagar por cuatro años de orgía de mentiras y de odio.

Todo el que tratara de despertar a la opinión pública durante los años de la agresión fascista, a partir de 1933, sabe cómo fueron los efectos secundarios de la propaganda del odio. Las “atrocidades” terminaron por ser sinónimo de “mentiras”. En cambio, lo que se contaba de los campos de concentración alemanes sí eran relatos de atrocidades; por lo tanto, eran mentiras. Así razonaba el ciudadano corriente. Los izquierdistas que procuraron hacer entender a la opinión pública que el fascismo era un horror indecible luchaban en realidad contra la propaganda que ellos mismos habían difundido durante los quince años anteriores.

Por eso mismo —no sería yo quien salvara a individuos como Pucheu, aun cuando pudiera—, no me agrada presenciar juicios de “criminales de guerra”, en especial cuando son criminales mezquinos, y a los testigos se les permite endilgar a la sala discursos

políticos enardecidos. Menos aún me agrada ver que la izquierda se asocia a los planes para la posible partición de Alemania, para reclutar a millones de alemanes en cuadrillas de trabajos forzados, para imponer reparaciones tales que las de Versalles habrán de parecer el billete del autobús. Todas esas ensoñaciones vindicativas, como las de 1914–1918, lisa y llanamente dificultarán mucho que se lleve a cabo una política de posguerra realista. Si ahora se piensa en términos de “que Alemania pague”, es altamente probable que se termine por ensalzar a Hitler cuando llegue 1950. Lo que importa son los resultados, y uno de los resultados que deseamos de esta guerra es la seguridad de que Alemania no vuelva a desencadenar una guerra. No estoy seguro de que esto se consiga mejor con falta de misericordia o con generosidad, pero sí lo estoy de que cualquiera de las dos opciones será más difícil si nos dejamos influir por el odio.

14 de abril de 1944

El número de abril de *Common Wealth* dedica varios párrafos al problema de la caída de la tasa de natalidad que se da en Gran Bretaña. Buena parte de lo que dice es verdad, pero también deja caer este comentario:

Los sabelotodo se apresuran a señalar los anticonceptivos, los errores nutricionales, la infertilidad, el egoísmo, la inseguridad económica, etc., como causas básicas de este descenso. Pero la realidad no les da la razón. En la Alemania nazi, donde los anticonceptivos son ilegales, la tasa de natalidad ha llegado a mínimos históricos, mientras en la Unión Soviética, donde no existen tales restricciones, la población aumenta de forma constante... La reproducción, como ha demostrado el experimento de Peckham, se estimula en un entorno definido por el compañerismo y la cooperación... Cuando la vida recupere su sentido y su finalidad, las ruedas de la reproducción volverán a rodar, vivir volverá a ser una aventura y no mera resistencia. Entonces dejaremos de oír hablar de la baja natalidad.

No es justo para el público tratar cuestiones de tanta importancia de una manera tan grotesca. Para empezar, de este pasaje cabe colegir que Hitler ha hecho descender la tasa de natalidad en Alemania. Al contrario: la elevó a niveles inauditos durante la República de Weimar. Antes de la guerra se hallaba justo por encima del nivel de reemplazo, por primera vez en muchos años. El catastrófico descenso de la natalidad en Alemania comenzó en 1942, y tuvo que ser causado en parte por la ausencia de tantísimos varones de sus casas. Aún no hay cifras disponibles, pero la tasa de natalidad en Rusia tiene que haber disminuido también en ese mismo periodo.

También se podría deducir que la alta natalidad de Rusia data de los tiempos de la Revolución, cuando en la época de los zares también era elevada. Y no se menciona a ninguno de los países donde más elevada es la tasa de natalidad, esto es, la India, China y (algo más abajo) Japón. ¿Sería exacto decir, por ejemplo, que la vida de un campesino del sur de la India es “una aventura, no ya cuestión de resistencia”?

Lo que sí cabe decir sobre esta cuestión casi con total certeza es que una tasa de natalidad alta va emparejada a un bajo nivel de vida. Y viceversa. Muy pocas excepciones se dan a esta regla. Por lo demás, la cuestión es de una complejidad tremenda. A pesar de todo, es de una importancia capital averiguar todo lo que podamos al respecto, porque se producirá un calamitoso descenso de nuestra población a menos que se invierta la actual tendencia en un plazo de diez o, a lo sumo, veinte años. No se debe bajo ningún concepto asumir, como hacen algunos, que esto sea imposible, pues tales modificaciones de la tendencia ya se han producido antes. Los expertos han demostrado que nuestra población

será de pocos millones al final de este siglo, pero también quisieron demostrar en 1870 que en 1940 sería de cien millones. Para alcanzar de nuevo el nivel del reemplazo, la tasa de natalidad no tendría que dar un giro sensacional al alza, como sucedió, por ejemplo, en Turquía, después de que Mustafá Kemal tomara el poder. Ahora bien: lo primero y más necesario es averiguar por qué crecen y decrecen nuestras poblaciones, y es poco o nada científico asumir que una tasa de natalidad alta sea efecto colateral del socialismo, tal como lo es tragarse todo lo que dicen al respecto los sacerdotes católicos, que no en vano no tienen descendencia.

Cuando leí hace dos semanas las informaciones sobre los tejemanajes de la Cámara de los Comunes, no pude evitar el acordarme de un incidente que presencié hace más de veinte años.

Fue en un partido de críquet en una aldea. El capitán de uno de los equipos era el hidalgo de la localidad, que, además de ser sumamente rico, era un hombre vanidoso, infantiloides, a quien ganar ese partido le parecía de una importancia extraordinaria. Los que jugaban en su equipo eran sus propios aparceros y arrendatarios.

El equipo del hidalgo tenía que batear. Él estaba fuera del campo, sentado en la caseta. Uno de los bateadores golpeó accidentalmente su propia cesta en el momento en que la bola llegó a manos del cestero. “Eso no está fuera”, dijo el hidalgo al punto, y siguió hablando con quien tenía al lado. El árbitro, en cambio, dictaminó que la bola estaba “fuera”, y el bateador ya caminaba hacia la caseta cuando el hidalgo comprendió lo que estaba ocurriendo. Nada más ver al bateador que regresaba, se puso intensamente colorado.

“¡Cómo!”, exclamó. “La ha dado fuera”. “¡Qué bobada! ¡Si no ha sido fuera!”. Poniéndose en pie, hizo bocina con ambas manos y gritó al árbitro: “¡Eh! ¿Por qué la das por fuera? ¡No ha sido fuera, ni mucho menos!”.

El bateador se había detenido. El árbitro titubeaba. Llamó al jugador para que volviera a la cesta y se reanudó el juego.

Yo no era más que un chiquillo, y este incidente me pareció lo más pasmoso que había visto nunca. Ahora, curtido por el paso del tiempo, mi reacción habría sido otra: me habría limitado a preguntar si el árbitro era también arrendatario del terrateniente.

Atacándonos a C. A. Smith y a mí en el *Malvern Torch* por diversos comentarios sobre la religión cristiana, Sidney Dark monta en cólera porque yo he propuesto que la creencia en la inmortalidad personal se halla en declive. “Juraría —dice— que si se hiciera un sondeo de Gallup, el setenta y cinco por ciento (de la población británica) confesaría que profesa una vaga fe en la pervivencia del alma”. Al escribir en otro periódico, esa misma semana, el señor Dark cifra el porcentaje en el ochenta y cinco por ciento.

A mí se me hace muy difícil tratar con alguien, venga del trasfondo social que sea, que reconozca creer en la inmortalidad personal. Con todo y con eso, creo que es muy probable que si se hiciera esa pregunta a todo el mundo, y se pusiera en manos de los encuestados lápiz y papel, un porcentaje muy alto (no soy tan laxo con las estadísticas como el señor Dark) reconocería la posibilidad de que más allá de la muerte pueda haber “algo”. Lo que al señor Dark se le escapa es que la creencia en sí carece de la realidad que sí tenía para nuestros antepasados. Nunca, literalmente nunca, en estos últimos años, he conocido a nadie que me diera la impresión de creer en el más allá con la firmeza con que cree en la existencia de Australia, por ejemplo. La creencia en el más allá no influye en la conducta tal como sucedería si fuera genuina. Con esa inacabable existencia más allá de la muerte, teniéndola en el horizonte, ¡qué triviales resultarían nuestras vidas! La mayoría de los cristianos profesa su creencia en el infierno. Ahora bien: ¿hemos conocido alguna vez a

un cristiano que pareciera tan temeroso del infierno como lo pueda estar del cáncer? Todos los cristianos devotos hacen también chistes a propósito del infierno. Y no harían chistes sobre la lepra ni sobre los pilotos de la RAF a los que se les ha quemado la cara: el tema es demasiado doloroso. Aquí me viene a la mente una octava real del difunto G. K. Chesterton^[129]:

Lástima que papá haya vendido el alma,
chisporrotea a la hora del desayuno.
El dinero no estuvo de más, pero,
con todo, es lástima que papá haya
vendido el alma,
cuando podría haber aguantado como el Barón del Carbón,
y no venderse cuando el precio estaba a la baja.
Lástima que papá haya vendido el alma,
chisporrotea a la hora del desayuno^[130].

Chesterton, católico por los cuatro costados, seguramente habría dicho que creía en el infierno. Si su vecino hubiera muerto con graves quemaduras, no habría escrito un poema cómico al respecto, si bien puede hacer los chistes que quiera acerca de alguien a quien van a freír durante millones de años. Insisto en que esa creencia carece de realidad. Es una moneda falsa, como el dinero de los bancos musicales de Samuel Butler.

28 de abril de 1944

Aquella noche de 1940 en que por vez primera se dispararon sobre Londres las baterías antiaéreas, me encontraba en Piccadilly Circus en el momento en que se abrió el fuego, y me refugié en el Café Royal. Entre el gentío, un joven apuesto, de buena complexión, de unos veinticinco años, estaba armando un jaleo considerable, a la vez que esgrimía un ejemplar de *Peace News*, conminando a todos sus vecinos de mesa a que le prestaran atención. Trabé conversación con él, más o menos en estos términos:

El joven: Le aseguro que todo habrá terminado cuando llegue Navidad. Es evidente que habrá un compromiso de paz. Tengo puesta toda mi confianza en Samuel Hoare. Es una deshonra estar con él, lo reconozco, pero Hoare sigue de nuestra parte. Mientras Hoare siga en Madrid, siempre queda la esperanza de una capitulación.

Orwell: ¿Y qué hay de los preparativos que se hacen ya para frenar la invasión, me refiero a las pastillas de cemento que construyen por todas partes, los *LDV*^[131], etcétera?

El joven: Ah, eso sólo significa que están preparados para aplastar a la clase obrera en cuanto lleguen los alemanes. Supongo que algunos serán tan idiotas que plantarán resistencia, pero Churchill y los alemanes no tardarán en ajustarles las cuentas. No se preocupe, que esto terminará en un santiamén.

Orwell: ¿Usted de veras quiere que nuestros hijos crezcan y se hagan nazis?

El joven: ¡Eso son bobadas! No supondrá usted que los alemanes vayan a fomentar el fascismo en este país, ¿verdad? No quieren que se cree una raza de guerreros capaces de luchar contra ellos mismos. Su objetivo será convertirnos en sus esclavos. Fomentarán todos los movimientos pacifistas que encuentren a su paso. Por eso soy pacifista. Para los que somos como yo, todo serán ventajas.

Orwell: ¿Y a los que son como yo, qué? ¿Nos van a fusilar?

El joven: Sería muy de lamentar.

Orwell: ¿Y por qué tiene usted tantas ansias de seguir con vida?

El joven: Para poder seguir dedicándome a mi obra, naturalmente.

Surgió a lo largo de la conversación que el joven era pintor; desconozco si bueno o malo, pero sé que estaba dispuesto a encarar la pobreza con tal de seguir pintando. Como pintor, es probable que hubiera estado algo mejor bajo la ocupación alemana, por comparación con un escritor o un periodista. Con todo y con eso, lo que dijo contenía una peligrosa falacia que hoy está muy extendida en los países en los que el totalitarismo no ha llegado a asentarse.

La falacia consiste en creer que bajo un régimen dictatorial uno puede ser libre en su interior. Son bastantes las personas que se consuelan con este pensamiento, ahora que el totalitarismo, en una forma u otra, está visiblemente en ascenso en todas las regiones del mundo. En plena calle, los altavoces vociferan, ondean las banderas en los tejados, la policía con sus pistolas y sus porras ronda de un lado a otro, el retrato del líder supremo, de dos metros por otros dos, observa desde todos los cartelones habidos y por haber; en las buhardillas y los desvanes, los enemigos secretos del régimen pueden dar cuenta de sus pensamientos con absoluta libertad. Ésa viene a ser la idea. Y son muchas las personas que se hallan bajo la impresión de que es esto lo que hoy sucede en Alemania y en otros países dictatoriales.

¿Por qué es falsa esta idea? Paso por alto una realidad, y es que las dictaduras modernas no dejan abiertas las lagunas y escapatorias que sí quedaban en los despotismos a la antigua usanza; paso también por alto el probable debilitamiento del deseo de libertad intelectual debido a los métodos educativos del totalitarismo. El mayor error consiste en suponer que el ser humano es un individuo autónomo. La libertad secreta que presuntamente se puede disfrutar bajo un gobierno despótico es una tontería, ya que nuestros pensamientos no son nunca enteramente y privativamente nuestros. Los filósofos, los escritores, los artistas e, incluso, los científicos no sólo necesitan ánimos, un público, sino también un estímulo constante por parte de otras personas. Es prácticamente imposible pensar sin hablar con otros. Si Defoe hubiera vivido realmente en una isla desierta no podría haber escrito su *Robinson Crusoe*, ni tampoco hubiera querido hacerlo. Réstese la libertad de expresión, y las facultades creativas se marchitan. De haber desembarcado los alemanes en Inglaterra, mi conocido del *Café Royal* pronto habría descubierto el deterioro de sus cuadros, aun cuando la Gestapo le hubiera dejado en paz. Y cuando se destape Europa, creo que una de las cosas que más nos sorprenderán será el hallar qué pocos escritos de calidad, de la clase que sea —incluidos los diarios, por ejemplo—, se han producido en secreto bajo la dictadura.

Basil Henriques, presidente del Tribunal Juvenil del Este de Londres, acaba de explayarse sobre el tema de las muchachas modernas: “Los chicos ingleses —dice— son fenomenales”, pero en el caso de las chicas, la cosa cambia:

Rara vez se encuentra uno con un chico malo. Parece que la guerra haya afectado mucho más a las chicas que a los chicos... Los niños iban al cine varias veces por semana, y veían lo que imaginaban que era la vida a lo grande en Norteamérica, cuando, en realidad, ese cine era una gran difamación contra ese país. También sufren los efectos de escuchar por el micrófono esos ruidos estridentes y movidos que llaman música... Las muchachas de catorce años ahora se visten y hablan como las de dieciocho y diecinueve, y se embadurnan la cara con la misma pomada viscosa.

Me pregunto si el señor Henriques sabe (a) que mucho antes de la otra guerra era habitual atribuir la delincuencia juvenil al mal ejemplo del cinematógrafo, y (b) que las

“muchachas modernas” llevan dos mil años siendo exactamente iguales.

Uno de los grandes fracasos de la historia del hombre ha sido el antiquísimo empeño por evitar que las mujeres se pinten la cara. Los filósofos del Imperio romano denunciaban la frivolidad de la mujer moderna casi en los mismos términos en que hoy en día se denuncia. En el siglo XV, la Iglesia denunció el hábito condenable de depilarse las cejas. Los puritanos ingleses, los bolcheviques, los nazis trataron de disuadir a la mujer del uso de cosméticos. Siempre sin éxito. En la Inglaterra victoriana, el carmín era considerado tal deshonra que se vendía, por lo común, bajo otro nombre, si bien nunca dejó de utilizarse.

Muchos estilos de vestuario, desde la gorguera isabelina al miriñaque eduardiano, han sido objeto de denuncia desde el púlpito, y siempre sin efecto. En los años veinte, cuando más se acortaron las faldas, el Papa decretó que las mujeres vestidas de manera indecorosa no podrían entrar en las iglesias católicas, pero las modas femeninas no acusaron el golpe. La “mujer ideal” de Hitler, un espécimen sumamente sencillo, con gabardina, fue exhibido por toda Alemania y por buena parte del resto del mundo, pero apenas inspiró ninguna imitadora. Profetizo desde aquí que las muchachas inglesas seguirán “embadurnándose la cara con la misma pomada viscosa” muy a pesar del señor Henriques. Incluso en prisión, se dice, las mujeres encarceladas se enrojecen los labios con el tinte de las sacas de correos.

Asunto muy distinto es por qué emplean cosméticos las mujeres, pero parece dudoso que la atracción sexual sea la finalidad principal. Es muy poco corriente conocer a un hombre al cual el hecho de pintarse las uñas de rojo no le parezca repugnante, si bien son cientos de miles las mujeres que siguen haciéndolo. Entretanto, quizá se consuele el señor Henriques al saber que, si bien persiste el maquillaje, es mucho menos complejo de lo que era en los tiempos en que las bellezas de la era victoriana se “esmaltaban” la cara, o cuando era habitual alterar el contorno de las mejillas por medio de “rellenos”, como se describe en un poema de Swift titulado “Sobre una joven y hermosa ninfa que va a acostarse”.

12 de mayo de 1944

Leyendo, hace poco, una remesa de libros “progresistas”, superficiales, optimistas, me llamó la atención el automatismo con el que se siguen repitiendo determinadas frases que estaban de moda antes de 1914. Dos de las preferidas en este campo son “la abolición de la distancia” y “la desaparición de las fronteras”. No sé con qué frecuencia he topado con declaraciones como que “el avión y la radio han abolido las distancias” y “todas las regiones del mundo son hoy interdependientes”.

En realidad, el efecto de los inventos modernos ha sido el incremento del nacionalismo, el aumento de las dificultades para viajar, el recorte de los medios de comunicación entre un país y otro, el hecho de que las distintas regiones del mundo sean menos, no más dependientes unas de las otras en lo tocante a los alimentos y a los bienes de consumo. Éste no es el resultado de la guerra. Las mismas tendencias estaban en funcionamiento ya desde 1918, aunque se intensificaron tras la Gran Depresión.

Tómese el ejemplo del viaje. En el siglo XIX, algunas regiones del mundo aún estaban por explorar, pero apenas había restricciones a la hora de viajar. Hasta 1914, no hacía falta pasaporte para ir a ningún país, salvo Rusia. El emigrante europeo, siempre que pudiera juntar unas cuantas libras para pagar el pasaje, no tenía más que embarcarse rumbo

a América o Australia. Al llegar, nadie le hacía preguntas. En el siglo XVIII, era normal y era seguro viajar a un país con el que el propio país estuviera en guerra.

En nuestra época, en cambio, viajar es cada vez más difícil. Vale la pena consignar las partes del mundo que no eran accesibles antes de que empezara la guerra.

En primer lugar, toda Asia central. Con la posible excepción de unos cuantos comunistas declarados, ningún extranjero ha entrado en el Asia soviética desde hace muchos años. El Tibet, gracias a las rencillas anglo-rusas, es un país vedado desde 1912. Sinkiang, teóricamente parte de China, también era inviable. Todo el imperio japonés, con la excepción de Japón mismo, estaba prácticamente proscrito para extranjeros. Ni siquiera la India ha sido muy accesible desde 1918. Los pasaportes, a menudo, se negaban a los súbditos británicos, ¡e incluso a los ciudadanos indios!

Incluso en Europa, las limitaciones de los viajes se fueron haciendo más rigurosas. Si no se trataba de una visita muy breve, era sumamente difícil entrar en Inglaterra, tal como pudieron descubrir muchos desdichados refugiados antifascistas. Los visados para entrar en la URSS se emitían muy a regañadientes a partir de 1935. Todos los países fascistas eran impenetrables para todo el que tuviera un historial antifascista. En algunas zonas sólo se podía transitar con el compromiso aceptado de no bajar del tren. Y en las fronteras se erizó el alambre de espino, proliferaron las ametralladoras, los vigías de ronda continua, muy a menudo provistos de máscaras antigás.

En cuanto a la migración, prácticamente se secó el flujo desde los años veinte. Todos los países del Nuevo Mundo hicieron lo posible por impedir el ingreso de emigrantes, a no ser que llevaran considerables sumas de dinero. La migración japonesa y china a las Américas cesó del todo. Los judíos de Europa tuvieron que quedarse y someterse a la matanza, porque no había un solo lugar al que pudieran ir, mientras que, en el caso de los pogromos de la época zarista, cuarenta años antes, al menos pudieron huir en todas direcciones. Por eso, a la luz de todo ello me desconcierta que nadie pueda afirmar que los modernos métodos de viajar fomentan la intercomunicación entre los distintos países.

Los contactos intelectuales también han ido a la baja desde hace ya bastante tiempo. Es una estupidez afirmar que la radio pone a las personas en contacto con el extranjero. Si acaso es justamente al contrario. Ninguna persona normal y corriente escucha las emisoras extranjeras. Y si en cualquier país se da el caso de que una cantidad notable de personas dé muestras de hacerlo, el gobierno lo impedirá, bien mediante multas feroces, bien confiscando los aparatos de radio de onda corta, o bien con la creación de emisoras de obstrucción. A resultas de todo ello, cada radio nacional es una suerte de mundo totalitario en sí mismo, que rebuzna consignas y propaganda de día y de noche, vertiéndolas en los oídos de personas que no tienen otra cosa que escuchar. Entretanto, la literatura es cada vez menos internacional. La mayoría de los países totalitarios prohíben los periódicos extranjeros, y permiten la entrada de cantidades muy reducidas de libros en lengua extranjera, que someten a una atenta censura y que, a veces, incluso publican en ediciones desfiguradas. Las cartas que se envían de un país a otro, por lo común, están sujetas a la misma intervención. Y en muchos países se ha dado el caso, en los últimos diez o doce años, de que los manuales de historia se hayan reescrito en términos más nacionalistas que nunca, de modo que los niños crezcan con una imagen del mundo exterior tan falsa como sea posible.

La tendencia que va hacia la autosuficiencia económica (“autarquía”), en marcha desde 1930 más o menos, e intensificada a raíz de la guerra, puede o no ser reversible. La

industrialización de países como la India y algunos de Sudamérica incrementa su poder adquisitivo, por lo cual, en teoría, es beneficiosa para el comercio mundial. Pero lo que no captan quienes afirman con tantos ánimos que “todas las regiones del mundo son interdependientes” es que ya no tienen que serlo. En una época en la que puede hacerse lana a partir de la leche y goma a partir del aceite, en la que el trigo casi se puede cultivar en el Círculo Polar Ártico, en la que la atebina hace las veces de la quinina y las pastillas de vitamina C sustituyen de forma tolerable la fruta, las importaciones dejan de tener un gran peso. Cualquier región de gran tamaño podrá cerrarse a cal y canto de manera más exhaustiva que en los tiempos en que el Gran Ejército de Napoleón, a pesar del embargo, realizó la marcha hacia Moscú provisto de capotes británicos. Mientras la tendencia mundial derive hacia el nacionalismo y el totalitarismo, el progreso científico sólo servirá para reforzarla.

He aquí, algunos precios al día de hoy:

Despertador suizo, pequeño, antes de la guerra, cinco peniques, o diez a lo sumo; hoy, tres libras y quince chelines. Máquina de escribir portátil, de segunda mano, antes de la guerra, doce libras (nueva); hoy, treinta. Pequeño cepillo de mala calidad, de fibra de coco, antes de la guerra, tres peniques; hoy, nueve. Encendedor de gas, antes de la guerra, un chelín; hoy, hasta nueve chelines.

Podría citar otros precios similares. Vale la pena reparar en que, por ejemplo, el reloj despertador tiene que haber sido fabricado antes de la guerra, al precio de antes. En conjunto, el peor chanchullo parece ser el de los bienes de segunda mano; por ejemplo, sillas, mesas, ropa, relojes, cochecitos de niño, bicicletas, ropa de cama. Preguntando, he descubierto que ahora está en vigor una ley contraria al sobreprecio en bienes de segunda mano. Me supone un gran consuelo, tal como debe consolar a los nacidos en el siglo XIX saber que existe la figura del *habeas corpus*, o a los culis de la India saber que los súbditos británicos son todos iguales ante la ley.

En *La campaña de Sedán*, de Hooper, hay una relación de la entrevista mediante la cual el general de Wymppffen trató de obtener los mejores términos de la rendición para el ejército francés derrotado. “A ustedes les interesa —dijo—, desde un punto de vista político, concedernos condiciones honrosas... Una paz que se basara en condiciones que halaguen el *amour propre* del ejército sería duradera, mientras que unas medidas rigurosas en exceso despertarían las bajas pasiones y tal vez darían pie a una guerra inacabable entre Francia y Prusia”.

En este punto, Bismarck, el Canciller de Hierro, dejó oír su voz. Sus palabras están tomadas de sus memorias:

Le dije que podríamos construir la paz sobre la gratitud de un príncipe, pero nunca sobre la gratitud de un pueblo, y menos aún de Francia. Le dije que en Francia ni las instituciones ni las circunstancias son muy perdurables, que los gobiernos y las dinastías cambian cada dos por tres, y que uno no tiene por qué cumplir lo que otro se ha comprometido a hacer... Tal como estaban las cosas, habría sido una rematada estupidez no aprovecharnos al máximo de nuestro éxito.

Por lo general, se entiende que el moderno culto del “realismo” comenzó con Bismarck. Ese discurso es un monumento a la imbecilidad, pero entonces —como seguramente ahora— se consideró de un “realismo” magnífico. Sin embargo, lo que dijo Wymppffen, aun cuando sólo tratara de fijar unos términos más ventajosos para la negociación, era absolutamente cierto. Si los alemanes se hubieran conducido con una generosidad normal y corriente (entiéndase: según los criterios de la época), tal vez hubiera

sido imposible reanimar el espíritu de revanchismo en Francia. ¿Qué habría dicho Bismarck si a él se le hubiera dicho que la dureza de los términos impuestos le supondría una derrota terrorífica cuarenta y ocho años después? No cabe dudar mucho de la respuesta: habría dicho que los términos de la negociación debieran haber sido más duros, incluso. Así es el “realismo”, y sobre ese mismo principio, cuando la medicina hace enfermar al paciente, el médico le dobla la dosis.

19 de mayo de 1944

El panfleto de *miss* Vera Brittain titulado *Semilla del caos* es un ataque elocuente contra los bombardeos indiscriminados o “de barrido”. “Debido a los ataques aéreos de la RAF —dice—, miles de personas desvalidas e inocentes en Alemania e Italia, y en ciudades ocupadas por los alemanes, se ven sujetas a unas muertes agónicas y a unas heridas sólo comparables a las peores torturas de la Edad Media”. Recurre a varios adversarios de los bombardeos que son de sobra conocidos, como el general Franco y el teniente general Fuller, para respaldar su postura. Sin embargo, Brittain no adopta el punto de vista de los pacifistas. Se muestra, en apariencia, deseosa, ansiosa de ganar la guerra. Tan sólo aspira a que nos pleguemos a los métodos “legítimos” en la guerra y a que abandonemos el bombardeo de civiles, que teme que ennegrezcan nuestra reputación a los ojos de la posteridad. Su panfleto lo ha editado el Comité por la Restricción de los Bombardeos, que ya ha publicado otros con títulos similares.

Bien: nadie en su sano juicio contempla el bombardeo, ni cualquier otra operación bélica, con nada que no sea repugnancia. Por otra parte, a ninguna persona decente le importa un pepino qué opine la posteridad. Y hay algo de muy mal gusto en la aceptación de la guerra como un instrumento, al tiempo que uno aspira a escaquearse de la responsabilidad de sus rasgos de barbarie más evidentes. El pacifismo es una postura que se puede asumir siempre y cuando uno esté dispuesto a correr con las consecuencias. En cambio, hablar de “limitar” o “humanizar” la guerra es una paparrucha basada en el hecho de que el ser humano de a pie nunca se toma la molestia de examinar los latiguillos, las mulletillas y demás muestras de pereza verbal.

Las mulletillas que se emplean en este sentido son “matar civiles”, “masacre de mujeres y niños” y “destrucción de nuestro patrimonio cultural”. Se asume tácitamente que los bombardeos aéreos son, en este sentido, mucho peores que las tácticas terrestres.

Si se ahonda un poco más, la primera pregunta que nos asalta es ésta: ¿por qué es peor matar a civiles que matar a los soldados? Obviamente, no se debe matar a ningún niño mientras sea posible evitarlo, pero sólo en los panfletos propagandísticos resulta que cada bomba cae irremisiblemente en una escuela o en un orfanato. Una bomba acaba siempre con un corte transversal de la población, aun cuando no sea una selección representativa, ya que los niños y las madres embarazadas suelen ser los primeros en evacuarse de una zona de alto riesgo, y siempre habrá bastantes hombres jóvenes en el ejército. Es probable que un número desproporcionado de víctimas de un bombardeo sea de mediana edad. (Hasta la fecha, las bombas alemanas han matado entre seis y siete mil niños en este país. Tengo entendido que es un número inferior al de los muertos en accidentes de tráfico en ese mismo periodo). Por otra parte, las tácticas de guerra “normales”, o “legítimas”, sirven para escoger y asesinar a los jóvenes varones más sanos y valerosos de la población. Cada vez que un submarino alemán acaba en el fondo del mar, unos cincuenta jóvenes de físico espléndido y nervios templados perecen asfixiados. En cambio, personas que alzarían las

manos en protesta ante una expresión como “bombardeo de civiles”, repiten con satisfacción frases como “estamos ganando la Batalla del Atlántico”. Sabe Dios cuánta gente ha muerto a raíz de nuestras incursiones por sorpresa en Alemania y en los países ocupados, y a saber cuántas más han de morir. Ahora bien: se puede tener total seguridad de que el número nunca alcanzará ni de lejos la matanza en masa que se ha producido en el frente de Rusia.

En esta fase de la historia, la guerra no es evitable. Como ha de suceder, a mí no me parece mala cosa que hayan de perecer otros ciudadanos además de los hombres jóvenes. En 1937 escribí esto: “A veces me consuelo al pensar que el avión ha empezado a alterar las condiciones mismas de la guerra. Tal vez, cuando sobrevenga la próxima gran guerra, veamos algo que carece de precedentes en la historia: un patriotero con un balazo en el pecho”. Aún no lo hemos visto (tal vez sea una contradicción en los términos), pero lo cierto es que el padecimiento de esta guerra se ha repartido de una manera más igualitaria que el de la última. La inmunidad de la población civil, una de las cosas que ha hecho posible la guerra, ha volado hecha añicos. Al contrario que *miss* Brittain, yo no lo deploro. No entiendo que una guerra se “humanice” cuando se confina a la matanza de los jóvenes, ni que se haga “barbarie” cuando también son los ancianos los que mueren.

En cuanto a los acuerdos internacionales para poner “límites” a la guerra, si sale a cuenta saltárselos, nunca jamás se cumplen. Mucho antes de la última guerra, las distintas naciones acordaron renunciar al uso de gas, que, sin embargo, utilizaron a pesar de todo. Esta vez se han abstenido sólo porque el gas es relativamente ineficaz en una guerra de movimiento de tropas, mientras que su empleo contra la población civil provocaría, sin duda, represalias idénticas. En contra de un enemigo que no puede devolver el ataque, como son los abisinios, se empleó a la primera de cambio. La guerra es, por su propia naturaleza, la barbarie. Más vale que lo reconozcamos. Si nos vemos como los salvajes que somos, tal vez alguna mejora sea posible, o al menos imaginable.

Muestra de la correspondencia que se recibe en *Tribune*:

Al director pagado por los judíos,

Tribune,

Londres.

Judíos en el ejército polaco

Atacan ustedes de continuo a nuestro galante aliado polaco porque sabe cómo tratar la peste judía. También saben cómo tratar a los directores de prensa pagados por los judíos y a los periódicos comunistas. Sabemos que a usted le pagan los judíos y los soviets.

Usted es amigo de los enemigos de Gran Bretaña. El día del juicio está al caer. Ande con cuidado. Todos los cerdos judíos serán exterminados a la manera de Hitler, que es la única manera de librarse de los judíos.

Perezca Judea.

Mecanografiada en una máquina de escribir Remington (matasellos del suroeste de Londres). A mi juicio, es un detalle interesante que se trate de una copia al carbón.

Todo el que tenga conocimiento de este tipo de mentalidad sabrá que no hay demostración, no hay muestra de sosiego, no hay prueba, por sólida que pueda ser, que sirvan para convencer al autor de la misiva de que *Tribune* no es un periódico comunista ni tampoco recibe dinero del gobierno soviético. Una de las características más curiosas de los

fascistas —me refiero a los aficionados a fascistas; doy por hecho que la Gestapo es más inteligente— radica en su incapacidad absoluta de reconocer que los partidos de izquierdas son distintos unos de otros, y que de ninguna manera apuntan a lo mismo. Siempre se da por sentado que son una misma banda, al margen de cuáles sean las apariencias externas. En el primer número de *British Union Quarterly*, la revista de Mosley, que tengo aquí al lado (a la sazón, contiene un artículo que firma una personalidad tal como el mayor Vidkun Quisling), reparo en que incluso Wyndham Lewis habla de Stalin y Trotski como si fueran personas equivalentes e intercambiables. Arnold Lunn, en su *Spanish Rehearsal* [Ensayo general en España], de hecho, parece dar a entender que Trotski dio inicio a la IV Internacional siguiendo instrucciones de Stalin.

Exactamente del mismo modo, son muy pocos los comunistas que, a tenor de mi experiencia, creerán que los trotskistas no están financiados por Hitler ni por quien sea, en el supuesto de que alguna vez dispongan de algún dinero. Pero de nada sirve, no se recibe. Otro tanto sucede con la creencia en las maquinaciones de los judíos, o con la creencia, tan extendida entre los nacionalistas de la India, de que todos los ingleses, al margen de su tendencia política, se hallan aliados en una secreta conspiración unos con otros. La creencia en los masones, en tanto organización revolucionaria, es la más rara de todas. En este país, sería igual de razonable creer lo mismo de los Buffaloes^[132]. Hace menos de una generación, si no ahora, había monjas católicas convencidas de que en las reuniones masónicas se presentaba el demonio en persona, ataviado con traje de gala, con un agujero en los pantalones por el que asomaba la cola. De una forma u otra, todo esto parece atacar prácticamente a todo el mundo, al parecer, en respuesta a alguna oscura necesidad psicológica muy propia de nuestro tiempo.

26 de mayo de 1944

Charlaba el otro día con un joven soldado norteamericano, quien me dijo —como han hecho bastantes más— que el sentimiento antibritánico está totalmente generalizado en las filas del ejército estadounidense. Hace poco tiempo que ha llegado a este país. Nada más bajar del barco, preguntó a la policía militar del muelle: “¿Qué tal, Inglaterra?”.

—Aquí las chicas salen con negros —contestó un policía militar—. Los llaman indios americanos.

Desde el punto de vista del policía militar, ése era el rasgo más llamativo de Inglaterra. Al mismo tiempo, mi amigo me dijo que el sentimiento antibritánico no es violento, y que tampoco hay motivos de queja definidos con demasiada claridad. Buena parte de él, seguramente, obedece a una racionalización de la incomodidad que la mayoría de las personas sienten cuando están lejos de su casa. Pero todo el asunto del sentimiento antibritánico que se da en los Estados Unidos requiere urgentemente una investigación a fondo. Al igual que el antisemitismo, se le ha dado una larga serie de explicaciones contradictorias; al igual que el antisemitismo, probablemente sea un sustituto psicológico de otra cosa. Lo que hace falta investigar es justamente esa otra cosa.

Entretanto, hay un apartado de las relaciones angloamericanas que parece ir como la seda. Se anunció hace unos meses que nada menos que veinte mil muchachas inglesas ya se han casado con soldados y marinos norteamericanos, y la cifra sin duda habrá ido en aumento. Algunas de esas muchachas se educan para pasar la vida en un país nuevo, y para ello asisten a las “Escuelas para esposas de los soldados de los Estados Unidos”, organizadas por la Cruz Roja Norteamericana. Allí se les enseñan detalles prácticos acerca

de las costumbres, modales y tradiciones norteamericanas; tal vez se les cura también de la muy extendida ilusión de que todo norteamericano posee un automóvil, de que en todas las casas hay cuarto de baño, nevera y lavadora eléctrica.

El número de mayo del *Matrimonial Post and Fashionable Marriage Advertiser* contiene anuncios de ciento noventa y un hombres que buscan esposa, y de más de doscientas mujeres en busca de marido. Los anuncios de este tipo se han publicado en distintas revistas desde los años sesenta del pasado siglo, puede que desde antes, y son casi siempre muy similares. Por ejemplo:

Soltero, veinticinco años, metro ochenta de estatura, delgado, aficionado a la horticultura, los animales, los niños, el cine, etc., querría encontrar una señora, de diecisiete a treinta y cinco años, amante de las flores, la naturaleza, los niños. Ha de ser alta, ni gruesa ni delgada, de la Iglesia anglicana.

El tono general de los anuncios viene a ser éste, aunque a veces se oye una nota menos corriente. Por ejemplo:

Tengo veintinueve, soltero, metro sesenta, inglés, corpulento, amable, reposado, con variados intereses intelectuales, firme fondo moral (registrado incondicionalmente como oficial con mando), progresista, creativo, con inclinaciones literarias. Coleccionista de sellos raros, ingresos variados, pero suficientes. Nadador, ciclista, leve tartamudeo ocasional. En busca de la siguiente rareza: muchacha amistosa, adaptable, educada, bien de oído y de vista, menos de treinta años, tipo secretaria o similar, mentalmente aventurera, inmune a los incentivos mercenarios y sociales, brillante sentido del humor más genuino, compañera de trabajo digna de confianza. El capital es lo de menos, el carácter es vital.

Lo asombroso, y siempre lo ha sido, en todos estos anuncios es que casi todos los solicitantes son dignos candidatos. No sólo son todos ellos amplios de miras, inteligentes, amantes de la vida doméstica, la música, leales, sinceros, afectuosos, con un agudo sentido del humor y, en el caso de las mujeres, un cuerpo bonito; es que, además, en la mayoría de los casos están financieramente más que desahogados. Cuando uno se para a pensar en lo fatalmente fácil que es contraer matrimonio, nadie diría que un soltero de treinta y seis años, “cabello oscuro, tez clara, delgado, casi metro ochenta de estatura, buena educación, de disposición considerada, alegre e inteligente, con mil libras de ingresos anuales y un pequeño capital” se haya visto obligado a buscar novia por las páginas de un periódico. Y lo mismo vale decir de la “mujer joven y aventurera, de opiniones izquierdistas, moderna”, con “muy buena planta, aunque algo rellena, cabello rizado y de color medio, ojos azul grisáceo, tez clara, coloración natural, salud excepcionalmente buena, interesada en la música, el arte, la literatura, el cine, el teatro, y amiga de caminar, andar en bicicleta, jugar al tenis, patinar y remar”. ¿Por qué tendrá que anunciarse semejante dechado de virtudes?

Conviene reseñar que el *Matrimonial Post* se cuida de comprobar con esmero la veracidad de los anunciantes.

Lo que viene a demostrar todo esto es la atroz soledad que padecen las personas que viven en las grandes ciudades. La gente se reúne para trabajar y, acto seguido, se esparce; viven en hogares muy distantes unos de otros. En cualquier punto del centro de Londres es seguramente excepcional saber siquiera cómo se llaman los vecinos de al lado.

Hace años estuve alojado un tiempo en Portobello Road. No es que sea un barrio muy de moda, pero la casera había sido doncella de una mujer de la nobleza, y se tenía en muy alta estima. Un buen día falló algo en la puerta de la calle: la casera, su marido y yo nos quedamos sin poder entrar. Era evidente que sería preciso hacerlo por una de las ventanas de la primera planta, y, como había unos albañiles en la casa de al lado, sugerí que

les pidiéramos prestada una escalera. Mi casera pareció muy incómoda.

“No me gustaría tener que pasar por eso”, dijo a la postre. “Verá: es que no conocemos de nada al vecino. Llevamos aquí catorce años, y siempre hemos puesto sumo cuidado en no conocer a los vecinos. No serviría de nada, y, menos, en un barrio como éste. Si se empieza por hablar con ellos, se tomarán toda clase de familiaridades”.

Tuvimos que pedir prestada la escalera a un pariente del marido, y cargarla a lo largo de casi dos kilómetros, con gran esfuerzo e incomodidad.

2 de junio de 1344

Un extracto de la radio italiana, de mediados de 1942, en el que se describe la vida en Londres:

Ayer se pagaron cinco chelines por un huevo y una libra esterlina por un kilo de patatas. No se encuentra arroz, ni siquiera en el mercado negro. Los guisantes son prerrogativa de los millonarios. No hay azúcar en el mercado, aunque en cantidades reducidas, aún se encuentra a precios prohibitivos.

Un día habrá de realizarse a fondo una gran indagación científica sobre el punto hasta el cual se da crédito a la propaganda. Por ejemplo, ¿qué efecto tiene una papantería como ésta, producto típico de una radio fascista? Cualquiera italiano que se la tomara en serio habría tenido que dar por hecho que Gran Bretaña estaba al borde del colapso, que no podía tardar más de quince días en producirse. Como el colapso no tuvo lugar, cualquiera habría supuesto que el italiano en cuestión perdería toda confianza en las autoridades que así lo habían engañado, pero no es ni mucho menos cierto que ésa sea la reacción al uso. Durante periodos muy prolongados, la gente puede permanecer impertérrita ante mentiras tan flagrantes, sea porque sencillamente olvidan lo que se dice de un día para otro, o sea porque se halla sometida a tal bombardeo propagandístico que termina por quedar anestesiada ante todo el asunto.

Parece claro que sale a cuenta decir la verdad cuando las cosas van mal, pero no es ni mucho menos cierto que salga a cuenta ser coherente en la propaganda que uno emite. La propaganda británica está muy lastrada por los esfuerzos que hace para no incurrir en contradicciones. Es casi imposible, por ejemplo, discutir la cuestión del color de un modo que complazca tanto a los bóers como a los indios. A los alemanes no les molesta ni lo más mínimo una cuestión como ésta. Se limitan a decir a todo el mundo lo que a su juicio el mundo desea oír, dando por hecho, seguramente con razón, que a nadie le importan los problemas ajenos. En algunas ocasiones, sus diversas emisoras se han atacado, incluso, unas a otras.

Una que se dirigía a los fascistas de la clase media a veces acostumbraba a avisar a sus oyentes y prevenirlos en contra del desafío obrero de la seudo-izquierda, sobre la base de que estaba financiada por Moscú.

Otra cosa que esa indagación, si alguna vez se lleva a cabo, tendrá que afrontar en su día es la propiedad mágica que tienen los nombres. Prácticamente todos los seres humanos tienen la sensación de que una cosa es distinta si se le llama por un nombre distinto. Cuando estalló la Guerra Civil en España, la BBC acuñó el nombre de “insurgentes” para designar a los seguidores de Franco. De ese modo, se disimulaba el hecho de que fueran rebeldes y daban a la rebelión un aire respetable. Durante la guerra de Abisinia, a Haile Selassie lo llamaban emperador sus amigos y “el Negus” sus enemigos. Los católicos se toman muy a mal que se les llame católicos romanos. Los trotskistas se

autodenominan bolcheviques leninistas, pero ese nombre se lo regatean sus adversarios. Los países que se han liberado de un conquistador extranjero, o que han experimentado una revolución nacionalista, cambian de nombre sempiternamente. Algunos tienen una larga serie de nombres, cada uno de los cuales posee sus implicaciones. Así, la URSS se llama Rusia o URSS por abreviar, Rusia Soviética (amistosamente) y Unión Soviética (muy amistosamente). Es curioso el hecho de que de los seis nombres por los cuales se designa a nuestro país, el único que no pisa a nadie es el arcaico y algo ridículo nombre de “Albión”.

Repasando los candidatos al Concurso de Relato Breve^[133], me volvió a sorprender la incapacidad que sufre el relato breve en inglés a la hora de estar cortado de acuerdo con una longitud uniforme. Los grandes relatos breves del pasado son de longitudes muy diversas, desde las mil quinientas palabras a las veinte mil. La mayoría de los cuentos de Maupassant, por ejemplo, son muy cortos, pero sus dos obras maestras, *Bola de sebo* y *La casa de Madame Tellier*, son sin duda bastante largos. Los cuentos de Poe tienen oscilaciones similares. *Inglaterra, mi Inglaterra*, de D. H. Lawrence; *Los muertos*, de Joyce; *Juventud*, de Conrad, y muchos de los cuentos de Henry James probablemente serían demasiado largos para que un periódico contemporáneo contemplase su publicación. Lo mismo sucedería, seguro, con un relato como *Carmen*, de Merimée. Pertenece al género del relato “largo y breve”, que casi ha desaparecido en este país, porque no existe un lugar adecuado en el que tengan cabida. Son demasiado largos para las revistas y demasiado breves para publicarlos en formato libro. Se puede, cómo no, publicar un libro que contenga varios relatos, cosa que no se suele hacer, porque en una época normal esa clase de libro no tiene venta.

Sin duda, serviría para rehabilitar el relato breve que volviésemos a las voluminosas revistas del siglo XIX, en las que había espacio para los relatos de cualquier extensión. Lo malo es que las modernas revistas mensuales y semanales que se publican en Inglaterra, sean de la pretensión que sean, no salen económicamente a cuenta. Hasta el *Criterion*, tal vez la mejor publicación periódica literaria que haya habido nunca, tuvo pérdidas durante dieciséis años antes de desaparecer.

¿Por qué? Porque nadie está deseoso de apoquinar los siete chelines y seis peniques que cuestan. Nadie paga tanto por una revista literaria. Entonces, ¿por qué pagan esa misma cantidad por una novela no más gruesa que un número del *Criterion*, y que no vale la pena conservar? Porque no pagan directamente el precio de la novela. El ciudadano medio nunca compra un libro nuevo, salvo si es un Penguin tal vez. En cambio, sin saberlo, compra bastantes libros pagando dos peniques a las bibliotecas de préstamo. Si se pudieran sacar las revistas de una biblioteca tal como se saca un libro, esas revistas pasarían a ser una propuesta comercial viable, y podrían ampliar su tirada, amén de pagar mejor a sus colaboradores. Es el préstamo de libros, no la venta, lo que mantiene vivos a autores y editores. No parece que haya ninguna razón de peso por la cual el sistema de préstamo bibliotecario no debiera ampliarse a las revistas. Restáurese la revista mensual —o hágase del semanal un volumen más grueso—, y así podríamos restaurar la buena salud del relato breve. Por cierto: la reseña de libros, que por falta de espacio ha terminado por ser poco más que un sumario escrito a uña de caballo, podría volver a ser una obra de arte, como era en los tiempos del *Edinburgh* y del *Quarterly*.

Tras leer el *Matrimonial Post* de la semana pasada, busqué en el Heródoto de Penguin un pasaje que recordaba vagamente sobre las costumbres matrimoniales de los babilonios. Aquí está:

Una vez al año, en cada aldea, las doncellas casaderas se reunían en un mismo

lugar, mientras los hombres formaban círculo en derredor. Un heraldo iba llamando a las damiselas una por una, ofreciéndolas al mejor postor. Comenzaba por las más bellas. Cuando la muchacha era vendida por una suma considerable, ofrecía a la venta a la siguiente por orden de belleza... La costumbre consistía en que cuando el heraldo hubiera repasado a la totalidad de las mozas más bellas, debía llamar a la más fea y ofrecerla a los hombres, a los cuales preguntaba quién estaba dispuesto a llevársela por la suma más baja. El hombre que ofreciera la menor cantidad se quedaba con ella. Las dotes así ofrecidas provenían del dinero que se pagaba por las bellas damiselas, que sacaban mejor tajada que las más feas.

Parece ser que la costumbre funcionó a pedir de boca. Heródoto se muestra entusiasmado con ella. Añade, sin embargo, que al igual que tantas otras costumbres provechosas, ya no tenía vigencia hacia el año 450 a. C.

9 de junio de 1944

El reciente artículo de Arthur Koestler aparecido en *Tribune*^[134] me ha hecho pensar si el chanchullo continuo en que se mueve el mundo de los libros renacerá con el vigor de antaño después de la guerra, cuando haya de nuevo suministros de papel y otras cosas en las cuales gastar dinero.

Los editores de algo han de vivir, al igual que todo el mundo, y no se les puede echar en cara que pregonen sus mercancías, si bien el rasgo realmente vergonzante de la vida literaria antes de la guerra estribaba en cómo se había desdibujado la distinción entre crítica y publicidad. Bastantes reseñadores, en especial los más conocidos, eran poco más que escritores de textos elogiosos de contracubierta. La publicidad más “chillona” empezó a darse en los años veinte, y a medida que se hizo más encarnizada la competencia por ocupar el mayor espacio posible, y por emplear los superlativos más llamativos, los anuncios de los editores terminaron por ser una importante fuente de ingresos para no pocas publicaciones. Las páginas de libros de bastantes periódicos bien conocidos eran prácticamente propiedad privada o coto vedado de un puñado de editores, que habían plantado a sus esbirros colaboracionistas en los puestos de más relevancia. Estos desdichados producían a marchas forzadas sus elogios —“obra maestra”, “brillante”, “inolvidable”, etc.— cual si fueran pianolas. Un libro publicado por los editores ad hoc no sólo obtenía, con toda certeza, reseñas favorables, sino que, además, aparecía en la lista de libros “recomendados”, que los industrioses asiduos a las bibliotecas de préstamo podían llevarse al día siguiente para cursar sus peticiones.

Si uno publicaba libros con distintos editores, pronto se enteraba de lo fuerte que llegaba a ser la presión de la publicidad. Un libro publicado por una de las editoriales grandes, que, por lo común, invertían cantidades notables en publicidad, podía cosechar entre cincuenta y setenta y cinco reseñas; un libro de una editorial pequeña a lo sumo cosecharía una veintena. Sé de un caso en el que un editor de teología decidió, por una razón que se me escapa, publicar una novela. Dedicó gran cantidad de dinero a publicitaria. Recabó exactamente cuatro reseñas en toda Inglaterra; la única más o menos larga apareció en una publicación de automóviles, que aprovechó la oportunidad para señalar que la parte del país descrita en la novela era un buen lugar para una excursión en coche. Este editor no estaba al tanto del chanchullo de la crítica literaria, sus anuncios no suponían dinero para los periódicos, que, lógicamente, le hicieron el vacío.

Ni siquiera las publicaciones literarias de más reputación podían permitirse el lujo

de desairar a los anunciantes. Era bastante habitual enviar un libro a un reseñador con una fórmula como ésta: “Hazme una reseña de este libro, si te parece bueno. Si no, me lo devuelves. No creemos que valga la pena publicar reseñas simplemente negativas”.

Como es natural, una persona para quien la guinea que poco más o menos cobra por reseña equivale al precio del alquiler, nunca devolverá el libro. Se puede dar por hecho que hallará algo que elogiar, al margen de la opinión personal que le haya merecido el libro.

En los Estados Unidos se ha descartado, incluso, la pretensión de que los reseñadores a destajo lean de veras los libros por cuya crítica se les paga. Los editores, o al menos algunos editores, envían con el ejemplar para la reseña una breve sinopsis en la que se indica al reseñador qué le conviene decir. Una vez, en el caso de una de mis novelas, en esta sinopsis se coló una errata en el nombre de un personaje. La misma errata fue apareciendo en todas y cada una de las reseñas. Los presuntos críticos ni siquiera habían hojeado el libro, a pesar de que la inmensa mayoría lo aconsejaron vivamente.

Una frase que se emplea mucho en los círculos políticos de este país es “hacerle el juego a”. Es una especie de sortilegio o embrujo para acallar las verdades más incómodas. Cuando a alguien se le dice que al decir tal o cual cosa “le está haciendo el juego a” quién sabe qué siniestro enemigo, uno comprende que su deber es callar inmediatamente.

Por ejemplo, si alguien dice algo perjudicial para el imperialismo británico, está haciéndole el juego al doctor Goebbels. Si uno critica a Stalin, está haciéndole el juego al *Tablet* y al *Daily Telegraph*. Si critica a Chiang Kai-chek, le hace el juego a Wang Ching-wei. Y así *ad infinitum*.

Objetivamente, la acusación es a menudo cierta. Siempre es difícil atacar a una parte, en una disputa, sin ayudar provisionalmente a la contraria. Algunos de los comentarios de Gandhi han sido de gran utilidad para los japoneses. Los conservadores más radicales aprovecharán todo lo que sea antirruso, sin que a la fuerza les importe, por ejemplo, que provenga del trotskismo, en vez de las fuentes derechistas al uso. Los imperialistas norteamericanos, que avanzan y pasan al ataque tras la pantalla de humo de los novelistas, andan siempre a la caza de cualquier detalle ignominioso para el Imperio británico. Y quien escriba cualquier verdad sobre los barrios bajos de Londres se expone a oírla repetida una semana más tarde en la radio nazi. Así las cosas, ¿qué es lo que se espera que uno haga? ¿Fingir que no existen los barrios bajos?

Quien haya tenido algo que ver con la publicidad o la propaganda recordará a buen seguro ocasiones en las que se le apremió a mentir acerca de tal o cual asunto de vital importancia, porque decir la verdad al respecto habría sido como dar munición al enemigo. Durante la Guerra Civil española, por ejemplo, las disensiones existentes en el bando del gobierno nunca se airearon debidamente en la prensa izquierdista, aun cuando comportaban la disputa sobre una serie de principios fundamentales. Comentar la encarnizada pugna entre comunistas y anarquistas, se nos decía, serviría sólo para dar al *Daily Mail* la oportunidad de decir que los rojos se estaban asesinando unos a otros. El único resultado de todo ello fue que la causa de la izquierda salió, en general, muy debilitada. El *Daily Mail* tal vez perdiera la ocasión de contar unas cuantas historias espeluznantes porque la gente se calló la boca, pero por eso mismo quedaron sin aprenderse unas cuantas lecciones de capital importancia, y esa carencia la sufrimos todavía al día de hoy.

23 de junio de 1944

Hace dos semanas *Tribune* publicó un artículo con motivo del centenario de Gerald

Manley Hopkins. Sólo después de eso, la ocasión de dar con el número de abril del *Nation* norteamericano me recordó que 1944 es también el centenario de un escritor mucho más conocido, Anatole France.

A la muerte de Anatole France, hace veinte años, su fama sufrió uno de esos repentinos descensos a los que son particularmente susceptibles los escritores de la alta cultura que han vivido mucho tiempo y han alcanzado una gran popularidad. En Francia, y según cierta encantadora costumbre, francesa por demás, le hostigaron mediante encarnizados ataques personales cuando ya estaba moribundo, y también después de muerto. Uno especialmente envenenado fue el que lanzó Pierre Drieu la Rochelle, que con posterioridad sería colaborador de los nazis. En Inglaterra también se descubrió que Anatole France no tenía ningún mérito. Pocos años después, un joven que trabajaba para un semanario (lo encontré más tarde en París y descubrí que no era capaz ni de pagar el billete del tranvía sin ayuda de alguien) me aseguró con toda solemnidad que Anatole France “escribía un pésimo francés”. Al parecer, France no pasaba de ser sino un escritor vulgar, imitativo, de medio pelo, al que todo el mundo “tenía bien calado”. Más o menos en la misma época se hicieron descubrimientos parejos en el caso de Bernard Shaw y de Lytton Strachey. No deja de ser curioso que los tres autores hayan seguido siendo muy legibles, mientras que la mayoría de sus detractores ha caído en el olvido.

Desconozco hasta qué punto fue genuinamente literaria la revulsión contra Anatole France. Es cierto que se le había elogiado en exceso. Y uno, a veces, debe de cansarse de un escritor tan afectado y tan infatigablemente pornográfico. Sin embargo, es incuestionable que los ataques contra su persona se debieron, en parte, a motivos políticos. Puede haber sido un gran escritor, o puede que no lo fuera, pero fue una de las figuras simbólicas en la lucha político-literaria que a cara de perro se viene librando desde hace un siglo, o tal vez más. Los clericales y los reaccionarios lo detestaban tal como detestaban a Zola. Anatole France fue defensor de Dreyfus, un gesto de valentía considerable, y, además, desacreditó a Juana de Arco y escribió una historia de Francia en clave de humor; sobre todo, no perdió una sola ocasión para reírse abiertamente de la Iglesia. Era todo aquello que más aborrecían los clericales y los *revanchistes*, los que antes que nadie predicaron que a los *boches* no se les permitiera la recuperación económica, los que después se dedicaron a lamerle las botas a Hitler.

No sé si vale la pena leer, a estas alturas, los libros más característicos de Anatole France, como puede ser *La Rotisserie de la Reine Pédauque*. Todo lo que contienen ya se encuentra en Voltaire. Pero es muy distinto en el caso de las cuatro novelas que protagoniza *monsieur* Bergeret. Además de sumamente entretenidas, dan una valiosísima imagen de la sociedad francesa en la década de 1890, trasfondo del caso Dreyfus. También, está *Crainquebille*, uno de los mejores relatos breves que jamás he leído, además de un ataque demoledor contra “la ley y el orden”.

Pero, aun cuando Anatole France pudiera ser portavoz de la clase obrera en un relato como *Crainquebille*, y aunque las ediciones baratas de sus obras se anunciaran en la prensa comunista, nunca se le podrá tachar de socialista. Estaba dispuesto a trabajar en pro del socialismo, e, incluso, a dar conferencias en salones fríos y desangelados, y sabía que era tan necesario como inevitable, pero es dudoso que subjetivamente lo deseara de verdad. El mundo, dijo una vez, encontraría tanto alivio con el advenimiento del socialismo como el que encuentra un enfermo al darse la vuelta en la cama. En caso de crisis, estaba dispuesto a identificarse con la clase obrera, pero el mero hecho de pensar en un futuro utópico le deprimía, como bien se ve en su libro *La pierre blanche*. Hay un pesimismo aún

más profundo en *Los dioses tienen sed*, su novela sobre la Revolución francesa. Por temperamento, no era un socialista, sino un radical. A estas alturas, probablemente es el animal menos habitual de los dos, y es su radicalismo, su pasión por la libertad y la honradez intelectual lo que da un color tan especial a sus cuatro novelas sobre *monsieur Bergeret*.

Nunca he entendido por qué el *News Chronicle*, cuya política viene siendo de un rojo muy desleído, virado al rosa —yo diría que del color de la pasta de gambas, que sigue siendo más bien rosa—, permite a un católico romano de profesión como es *Timothy el Tímido* (léase, D. B. Wyndham Lewis) dedicarse al sabotaje en su columna diaria. En el *Express* de lord Beaverbrook, su compañero de catolicismo, *Beachcomber* (J. B. Morton) se halla, como es natural, más en su medio.

Repasando los veinte años más o menos que ambos llevan metidos en harina, sería difícil encontrar una sola causa reaccionaria que los dos no hayan defendido con ahínco: Pilsudski, Mussolini, el apaciguamiento, el castigo corporal, Franco, la censura literaria... Entre ambos, han hallado buenas palabras que decir, a propósito de todo lo que cualquier persona decente de un modo instintivo rechaza. Han llevado a cabo una labor de propaganda inagotable contra el socialismo, la Liga de las Naciones o la investigación científica. Han mantenido una campaña de insultos contra todo escritor al que vale la pena leer de Joyce en adelante. Fueron antigermanos con saña hasta que apareció Hitler, momento en el cual su antigermanismo se enfrió de una manera espectacular. En este momento, ni que decir tiene que la diana especial de su odio es Beveridge.

Es un error considerarlos como dos cómicos sin más complicaciones. Cada palabra que escriben obedece a la propaganda católica, y no son pocos los correligionarios suyos que tienen en altísima estima su trabajo en este sentido. Su “línea”, en general, es a buen seguro familiar para todo el que haya leído a Chesterton y a otros escritores afines. Su rasgo esencial es la denigración de Inglaterra y de los países protestantes en general. Desde un punto de vista católico, esto es algo necesario. Un católico, o al menos un defensor del catolicismo, entiende que ha de proclamar la superioridad de los países católicos y de la Edad Media frente a la actualidad, tal como un comunista interpreta que es necesario, en cualquier circunstancia, dar su apoyo a la URSS. De ahí las constantes puyas de *Beachcomber* y de *Timothy el Tímido* contra toda institución inglesa: el té, el críquet, Wordsworth, Charlie Chaplin, el buen trato a los animales, Nelson, Cromwell, lo que sea. De ahí, también, el empeño continuo de *Timothy el Tímido* por reescribir cada dos por tres la historia de Inglaterra, de ahí los bufidos de odio que se le escapan cuando piensa en la derrota de la Armada Invencible. (¡Es de ver cuánto se le atraganta esa catástrofe de los españoles!). De ahí, también, sus continuas mofas a los novelistas, por ser la novela esencialmente un género literario posterior a la Reforma, en el cual los católicos no se han destacado, por cierto.

Desde un punto de vista tanto literario como político, ambos son meramente las sobras que quedan en el plato de Chesterton. La visión de la vida que propugnaba Chesterton era falsa en algunos sentidos, y además estaba obstaculizada por una enorme ignorancia, pero, al menos, era valiente. Estuvo siempre presto a atacar a los ricos y a los poderosos, con lo cual perjudicó su propia carrera literaria. Pero es peculiar tanto de *Beachcomber* como de *Timothy el Tímido* que no se arriesguen cuando entra en juego su propia popularidad. Su estrategia es siempre indirecta. Así, cuando uno desea atacar el principio de la libertad de expresión, lo hace burlándose por ejemplo del Brains Trust, como si ése fuera un ejemplo típico. Incluso sus convicciones más profundas quedan en el

frigorífico tan pronto parecen revestir algún peligro. Muy al principio de la guerra, cuando aún no era arriesgado hacerlo, *Beachcomber* escribió encarnizados panfletos contra Rusia. Hoy, no aparece en su columna un solo comentario antirruso. Volverán a relucir, seguro, si el sentimiento popular que hoy es favorable a Rusia se diluye. Me interesará ver si tanto *Beachcomber* como Timothy *el Tímido* reaccionan ante estos comentarios que aquí hago. De ser así, será el primer ejemplo de que haya constancia en el que alguno de los dos ataquen a quien puede devolverles el ataque^[135].

30 de junio de 1944

He notado que, aparte de la muy extendida queja de que los aviones alemanes no pilotados “parecen antinaturales” (por lo que se ve, una bomba arrojada por un piloto de carne y hueso es algo natural), algunos periodistas han dado en denunciarlos por bárbaros e inhumanos, por ser “un ataque indiscriminado contra la población civil”.

Después de lo que llevamos dos años haciéndoles a los alemanes, la observación me parece un tanto fuera de lugar, además de grosera, si bien es una respuesta humana muy natural ante cualquier arma recién inventada. El gas venenoso, la ametralladora, el submarino, la pólvora e incluso las ballestas fueron en su día objeto de denuncias semejantes. No negaré, de todos modos, que los aviones no pilotados, las bombas voladoras o como quiera que se les llame, son algo excepcionalmente desagradable: al contrario que otros proyectiles, no dejan un mínimo margen para reaccionar. ¿Cuál es la reacción de cualquiera ante ese zumbido agudísimo que se va acercando a toda velocidad? Uno aspira a oír que la bomba pasa de largo y que estalla bien lejos antes que el motor se apague. Dicho de otro modo: uno aspira a que caiga encima de cualquier otra persona. Igual que cuando uno se refugia de una bomba convencional o de una granada, sólo que en ese caso dispone de unos cinco minutos para guarecerse, sin tiempo para especular sobre el insondable egoísmo del ser humano.

No puede ser accidental que los nacionalistas de la tendencia más extrema, más romántica, tiendan a pertenecer a una nación distinta de la que idealizan e idolatran. Los líderes que basan todo su atractivo político en *la patrie*, o “la madre patria”, son, en ocasiones, extranjeros, o bien provienen de los países limítrofes de los grandes imperios. Ejemplos evidentes: Hitler, austríaco; Napoleón, corso. Pero hay muchos más. El hombre de quien bien se dice que fue el fundador del patriotismo exacerbado en Gran Bretaña, Disraeli, era un judío español. Fue lord Beaverbrook, canadiense, quien trató de inducir a los ingleses, muy reacios, a proclamarse británicos. El propio Imperio británico lo construyeron, en gran medida, irlandeses y escoceses; nuestros nacionalistas e imperialistas más obstinados han sido, a menudo, nacidos en el Ulster. Hasta Churchill, exponente destacado del patriotismo romántico de nuestra época, es a medias norteamericano. Y no sólo los hombres de acción, sino también los teóricos del nacionalismo son muy a menudo extranjeros. El pangermanismo, del que los nazis tomaron después muchas de sus ideas, fue, en gran medida, producto de hombres que no eran alemanes: por ejemplo, Houston Chamberlain, inglés, y Gobineau, francés. Rudyard Kipling era inglés, desde luego, aunque más bien dudoso. Provenía de un medio angloindio (su padre era curador del Museo de Bombay), pasó su infancia en la India, era de corta estatura y muy moreno de tez, lo cual siempre provocó la sospecha errónea de que llevara sangre asiática en sus venas. Siempre he sostenido que si tuviéramos a un Hitler en este país, sería posiblemente del Ulster, sudafricano, maltés, eurasiático o, tal vez, norteamericano, pero no sería de ninguna manera

inglés de pura cepa.

Se dice que en el *blitz* de 1940 desaparecieron seis millones de libros. Entre ellos, un millar de títulos insustituibles. La mayoría seguramente no ha supuesto una grave pérdida, pero desazona ver cuántos libros normales están hoy agotados. Hay papel en abundancia para las peores filfas, como bien se ve en el escaparate de cualquier librería, mientras que todas las colecciones dedicadas a las reediciones, como es el caso de la Everyman Library, presentan grandes huecos en sus catálogos. Una obra de referencia tan conocida como es el diccionario de Webster ya no se encuentra, excepto de segunda mano. Hace más o menos un año tuve que hacer un programa radiofónico sobre Jack London. Cuando comencé a recopilar el material necesario, descubrí que los libros que más necesitaba se habían volatilizado de tal manera que ni siquiera en la Biblioteca de Londres quedaban ejemplares. Para consultarlos tuve que ir a la sala de lectura del Museo Británico, que en estos tiempos no es ni mucho menos de fácil acceso. Todo esto me parece desastroso, pues Jack London es uno de esos escritores limítrofes, cuyas obras podrían caer del todo en el olvido a menos que alguien se tome la molestia de revivirlas. También *El talón de hierro*, novela de London, fue una rareza difícil de encontrar durante unos años, y se reimprimió sólo porque el ascenso de Hitler al poder la convirtió en tópico de actualidad...

7 de julio de 1944

Cuando el califa Omar destruyó las bibliotecas de Alejandría, parece ser que mantuvo caldeados los baños públicos de la ciudad durante dieciocho días quemando los manuscritos. Se dice que perecieron muchas tragedias de Eurípides y de otros, todas ellas irrecuperables. Recuerdo que, de niño, cuando leí esto, me colmó de entusiasmo, de aprobación. Tantas palabras menos que buscar en el diccionario: así lo entendí. Aunque sólo tengo cuarenta y un años, tengo edad suficiente para haberme educado en una época en la que el latín y el griego eran difíciles de rehuir, mientras la “lengua inglesa” apenas se consideraba una asignatura.

La educación clásica está a punto de irse por el sumidero, pero todavía hoy se han de encontrar muchos más adultos que han sufrido azotes mientras aprendían todas las obras extantes de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Virgilio, Horacio y otros autores griegos y latinos, que los que hayan leído las obras maestras de la literatura inglesa del siglo XVIII. Se habla de Fielding y de todos los demás, pero sólo de boquilla: nadie los lee, como se puede descubrir haciendo algunas preguntas entre las propias amistades. ¿Cuántas personas han leído *Tom Jones*, por ejemplo? Ni siquiera son muchas las que han leído *Los viajes de Gulliver*. Robinson Crusoe goza de cierta popularidad en versiones abreviadas para jóvenes lectores, pero el libro en su totalidad es tan poco conocido que pocas personas son conscientes de que existe una segunda parte, el viaje por Tartaria. Smollet, imagino, es el menos leído de todos ellos. La trama del *Pigmalión*, de Shaw, está sacada de *Peregrine Pickle*, y creo que esto es algo que nadie ha señalado por escrito, lo cual me lleva a pensar que son muy pocos los que conocen el libro. Pero lo más extraño de todo es que Smollet, por lo que alcanzo a saber, nunca ha recibido el espaldarazo de los nacionalistas escoceses, tan esmerados ellos en reclamar que Byron es de su patrimonio. Sin embargo, aun siendo uno de los mejores novelistas que jamás ha dado la lengua inglesa, Smollett era escocés, y lo proclamó abiertamente en una época en la que decirlo a las claras no era precisamente provechoso para la propia carrera profesional de nadie.

La vida en el mundo civilizado.
 (Una familia a la hora del té).
 ¡Zoom zoom ZOOM!
 —¿Se ha declarado la alerta?
 —No, está despejado, no hay alarma.
 —Pensé que se había declarado la alerta.
 ¡Zoom zoom ZOOM!
 —¿Ya viene otro de esos armatostes?
 —No pasa nada, está lejísimos.
 ¡Zoom zoom ZOOM!
 —¡Cuidado que viene! ¡Todos bajo la mesa, rápido!
 ¡Zoom zoom ZOOM!
 —No pasa nada, suena más flojo ahora.
 ¡Zoom zoom ZOOM!
 —¡Ya vuelve!
 —Es como si diesen vueltas antes de volver a empezar. Algo llevan en la cola para girar trazando círculos. Como un torpedo.
 —¡ZOOM ZOOM ZOOM!
 —¡Dios del cielo, lo tenemos justo encima!
 Silencio total.
 —Vamos, todos bajo la mesa, ahora mismo. ¡Qué bien que no esté aquí el bebé!
 —¡Mirad al gato! ¡Está asustado!
 —Los animales se dan cuenta. Perciben las vibraciones.
 ¡BUM!
 —No pasa nada, ya dije que estaba lejísimos.
 (Se reanuda la ceremonia del té con pastas).

He visto que lord Winterton, en el *Evening Standard*, habla de las “notables reticencias (de ningún modo impuestas por norma ni por ley) que el Parlamento y la prensa por igual han desplegado en esta guerra para no poner en peligro la seguridad nacional”, y añade que “es una actitud que se ha granjeado la admiración del mundo civilizado”.

No sólo en tiempo de guerra observa la prensa británica esta reticencia intencional. Una de las cosas más extraordinarias de Inglaterra es que prácticamente no existe censura oficial, a pesar de lo cual nada de lo que pueda ser ofensivo para la clase dirigente llega a imprimirse jamás, al menos en aquellos lugares donde pueda leerlo una gran cantidad de personas. Si “no conviene” hablar de tal o cual cosa, no se menciona. La postura se resume en estos versos (creo que) de Hilaire Belloc:

No se puede sobornar ni coaccionar,
 ¡gracias a Dios!, al periodista inglés,
 aunque a la vista de lo que hará
 sin sobornos tampoco parece
 indispensable^[136].

Ni sobornos, ni amenazas, ni castigos: basta un gesto, un guiño, para resolver la cuestión como si nada. Ejemplo de sobra conocido fue todo el asunto de la abdicación. Semanas antes de que el escándalo estallara oficialmente, decenas o centenas de miles de personas habían oído hablar de la señora Simpson, si bien en la prensa no había salido una sola palabra, ni siquiera en el *Daily Worker*, por más que los periódicos norteamericanos y

Europeos se lo estuvieran pasando en grande con la noticia. Sin embargo, creo que nunca pesó una prohibición oficial sobre el asunto, pues bastó una “petición” oficial para cerrar el acuerdo de que dar la noticia prematuramente “no convenía a nadie”. No faltan los ejemplos de buenas noticias que no han llegado a ver la luz aun cuando no pesara ningún castigo por haberlas publicado.

Hoy en día, esta clase de censura velada alcanza incluso a los libros. El Ministerio de Información obviamente no dicta una línea de partido, ni tampoco publica un *index expurgatorius*. Tan sólo “aconseja”. Los editores llevan sus publicaciones al Ministerio de Información, y éste “sugiere” que tal o cual libro es prematuro, o que “no sirve a una causa justa”. Y aunque no pesa una prohibición en toda regla, aunque no haya una declaración taxativa de que tal o cual libro no se deba imprimir, la política oficial jamás se desacata. Los perros del circo dan un salto cuando el domador hace restallar el látigo, aunque el perro bien adiestrado es el que sabe dar un salto mortal, incluso, sin ver el látigo. A este estado hemos llegado en este país, gracias a los trescientos años que llevamos de convivencia sin que haya estallado una guerra civil.

He aquí un pequeño problema que a veces se emplea como prueba de inteligencia.

Un hombre caminó cuatro kilómetros con rumbo sur al salir de su casa y mató a un oso. Luego, caminó dos kilómetros al oeste, otros cuatro al norte, y se encontró en su casa. ¿De qué color era el oso?

Lo más interesante es que —al menos hasta donde he podido observar— los hombres suelen conocer la respuesta al problema, y las mujeres no.

14 de julio de 1944

He recibido unas cuantas cartas, algunas francamente violentas, en las que se me ataca por mis comentarios sobre el panfleto antibombardeos de Vera Brittain. Hay dos detalles que parecen necesitados de nuevos comentarios.

En primer lugar, se encuentra la acusación, que empieza a ser muy corriente, de que “nosotros empezamos todo esto”, es decir, de que Gran Bretaña fue el primer país que practicó el bombardeo sistemático de civiles. Se me escapa cómo es posible que nadie haga tal afirmación a la vista de la historia de los últimos doce años. La primera acción militar de esta guerra —se produjo unas cuantas horas antes, si mal no recuerdo, de que se emitiera ninguna declaración de guerra— fue el bombardeo alemán de Varsovia. Los alemanes bombardearon la ciudad tan intensamente que, según fuentes polacas, llegaron a declararse setecientos incendios simultáneos. Se hizo, incluso, un documental de la destrucción de Varsovia, titulado *Bautismo de fuego*, enviado a todos los rincones del mundo con el objeto de aterrorizar a los países neutrales.

Años antes, la Legión Cóndor, enviada a España por orden expresa de Hitler, bombardeó una población española tras otra. Los “ataques silenciosos” lanzados sobre Barcelona en 1938 segaron la vida de varios miles de personas en un par de días. Antes, incluso, los italianos habían bombardeado poblaciones abisinias completamente indefensas, y alardearon de sus hazañas como si fuesen algo sumamente divertido. Bruno Mussolini escribió artículos de prensa en los que describía a los abisinos bajo las bombas “estallando como una rosa”, cosa, a su juicio, “entretenidísima”. Y los japoneses ya desde 1931, y con recrudescida intensidad, desde 1937, han bombardeado ciudades chinas de muy densa población, en donde no existía una sola precaución antiaérea, ni mucho menos baterías antiaéreas ni aviones de caza.

No defiende que dos negros valgan por un blanco, ni que el historial británico sea particularmente intachable. En unas cuantas “guerras pequeñas”, desde 1920 en adelante, la RAF ha bombardeado distintas poblaciones afganas, indias y árabes que no tenían la menor posibilidad de contrarrestar esos ataques aéreos. Pero es sencillamente faltar a la verdad decir que el bombardeo a gran escala de zonas urbanas densamente pobladas, con el objeto de causar el pánico, sea una invención británica. Fueron los Estados fascistas los que iniciaron esta práctica. Y mientras la guerra aérea favoreció a sus intereses, confesaron sus objetivos a las claras.

La otra cuestión que es preciso abordar es el remoquete, repetido hasta la saciedad, de que “se matan mujeres y niños”. Ya lo he señalado antes, pero es evidente que hay que repetirlo: probablemente sea preferible asesinar a toda una sección transversal de la población antes que asesinar sólo a los hombres jóvenes. Si las cifras que han publicado los alemanes hacen honor a la verdad, y hemos matado, de hecho, a un millón doscientos mil civiles en nuestros ataques aéreos, esa pérdida de vidas humanas seguramente haya perjudicado a la raza alemana menos que una pérdida semejante en el frente de Rusia, o en África y en Italia.

Cualquier nación en guerra hará todo lo posible para proteger a los menores de edad. El número de niños muertos en ataques aéreos seguramente no se corresponde con el porcentaje que ocupan en la población en general. No es posible proteger a las mujeres en la misma medida, aunque las protestas contra la matanza de mujeres, una vez que se admite la matanza en sí, es pura sentimentalidad. ¿Por qué va a ser peor matar a una mujer que a un hombre? El argumento que se suele dar es que al matar a las mujeres se mata a quienes crían a los hombres del futuro, mientras que los hombres son más prescindibles. Ésta es una falacia que se basa en la idea de que los seres humanos se pueden reproducir como los animales. La idea de fondo es que como un hombre es capaz de fertilizar a un número considerable de mujeres, tal como un semental fertiliza a miles de vacas, la pérdida de vidas de varones es relativamente carente de importancia. Los seres humanos no son ganado. Cuando la matanza que provoca una guerra deja un exceso de mujeres, la inmensa mayoría de esas mujeres no tendrá hijos. Las vidas de los varones, biológicamente, tienen casi la misma importancia que la de las hembras.

En la última guerra, el Imperio británico presenció la muerte de un millón de sus hombres, tres cuartas partes de los cuales eran naturales de estas islas. Si todos esos jóvenes hubieran tenido un solo hijo, hoy habría setecientos cincuenta mil ciudadanos más de unos veinte años de edad. Francia, cuyas pérdidas fueron mucho más severas, nunca ha llegado a recuperarse del todo de la matanza sufrida en la pasada guerra, y es dudoso que Gran Bretaña se haya recuperado algo mejor. Todavía no es posible calcular el número de bajas provocado por esta guerra; la última provocó la muerte como mínimo de diez, tal vez veinte millones de hombres jóvenes. De haberse llevado a cabo como muy posiblemente se lleve a cabo la siguiente guerra, con bombas voladoras, cohetes y otras armas de largo alcance, que acaban con la vida de viejos y jóvenes, sanos y enfermos, varones y hembras por igual, imparcialmente, es de suponer que muy probablemente hubiera perjudicado a la civilización europea algo menos de lo que la perjudicó.

En contra de lo que parecen pensar mis corresponsales, no tengo el menor entusiasmo por los ataques aéreos, sean nuestros, sean del enemigo. Al igual que muchas personas de este país, empiezo a estar definitivamente harto de las bombas. Sin embargo, protesto contra la hipocresía que reviste el hecho de aceptar la fuerza como instrumento de guerra a la vez que se ponen reparos a tal o cual arma individual, o de denunciar la guerra,

al tiempo que se desea preservar la clase de sociedad que hace de la guerra algo inevitable.

He visto consignada en mi diario de 1940 la expectativa de que los anuncios publicitarios desaparecerían de los muros de la ciudad en el plazo de un año. En su momento, tal cosa parecía muy probable. Al cabo de un año, o dos, la desaparición de la publicidad parecía un hecho, aunque más lento de lo que yo supuse entonces. Los anuncios empezaron a disminuir de tamaño, a la vez que eran menos. Los anuncios de los distintos ministerios iban ocupando cada vez más el espacio publicitario en los muros y en los periódicos. A juzgar solamente por este síntoma, cualquiera habría dicho que la época de la comercialización se hallaba, sin duda, en declive.

En los últimos dos años, los anuncios publicitarios, con toda su tontería y su esnobismo, han experimentado un resurgimiento. En estos últimos años, entiendo que los anuncios más ofensivos de cuantos circulan por Gran Bretaña son los del zumo de lima Rose, con el motivo del “joven terrateniente” y el diálogo de R. G. Woodehouse.

—Mucho me temo que no me encuentra esta mañana en uno de mis mejores momentos, Jenkins. Hubo ciertos jolgorios anoche. Su joven señor puso las mientes en el vino cuando era tinto y en el whisky cuando era amarillo. Por emplear la expresión al uso, tengo resaca. ¿Qué le parece que me recetaría el médico, Jenkins?

—Si me permite la osadía, señor, un vaso de agua de soda con un toque de zumo de lima Rose seguramente surtiría el efecto apetecido.

—Pues adelante, Jenkins. Ni lo dude. Es usted, siempre, mi guía, mi filósofo, mi mentor y amigo.

Etcétera, etcétera.

Si se reflexiona en que este anuncio aparece, por ejemplo, en un programa de mano del teatro, de modo que se da por hecho que todo aficionado al teatro tiene una secreta fantasía según la cual se considera un joven a la moda, surtido de viejos y fieles criados, la perspectiva de un drástico cambio social se aleja de manera visible.

También están los anuncios de tónicos capilares, en los que se nos cuenta cómo Daphne logró un ascenso en el *WAAFS*^[137] gracias al brillo y a la prestancia de su cabello. Son anuncios tan engañosos como putañeros. Rara vez he visto a un grupo de oficiales del *WAAFS*, del *ATS*^[138] o del *WRENS*^[139] sin tener que pararme a reflexionar en que, sea como fuere, los ascensos y promociones en los cuerpos femeninos del ejército nada tienen que ver con la apariencia.

21 de julio de 1944

Acabo de encontrar mi ejemplar de los *Cuadernos* de Samuel Butler, la edición completa de la primera serie, publicada por Jonathan Cape en 1912. Lleva veinte años conmigo, y no le han sentado nada bien varias estaciones lluviosas en Birmania. Sea como fuere, está intacto: miel sobre hojuelas, porque es otro de esos libros de sobra conocidos que hoy han dejado de ser encontrables. Cape editó con posterioridad una edición abreviada en su “Biblioteca del viajero”, pero no es satisfactoria. La segunda serie, publicada en 1934, no contiene muchas páginas de gran valor. En la primera serie es donde hallamos el relato de la entrevista de Butler con un oficial turco en los Dardanelos, la descripción de su método para comprar huevos recién puestos, sus esfuerzos por fotografiar a un obispo mareado en alta mar, y otras bagatelas semejantes, que son, en cierto modo, mucho más valiosas que sus obras principales.

Las principales ideas de Butler hoy parecen no tener la menor importancia, o bien

acusan que se haga hincapié en ellas de un modo erróneo. Dejando a un lado a los biólogos, ¿a quién le importa si la teoría darwiniana de la evolución, o bien la versión lamarckiana que prefería Butler, es la correcta? Todo lo relacionado con la evolución de las especies parece mucho menos importante que entonces: al contrario que los victorianos, nosotros no entendemos que el descender de los animales sea degradante para la dignidad humana. Por otra parte, Butler a menudo se limita a hacer un chiste en torno a algo que a nosotros se nos antoja de capital importancia. Por ejemplo:

Las principales variedades y subvariedades de la raza humana no han de buscarse ya entre negros, circasianos, malayos o aborígenes del continente americano, sino entre los ricos y los pobres. La principal diferencia en cuanto a organización física, entre una y otra especie, es mucho mayor que la que se da entre los llamados tipos humanos. El rico puede viajar de Nueva Zelanda a Inglaterra siempre que le venga en gana. Las piernas del otro, debido a una fatalidad invisible, no podrán llevarlo más allá de ciertos límites. Ni los ricos ni los pobres atisban aún la filosofía del asunto, ni admiten que quien pueda adherir a su identidad una porción de uno de los trasatlánticos de la línea P & O es un ser mucho más organizado que quien no pueda.

Hay innumerables pasajes del mismo corte en los libros de Butler. Fácilmente podrían interpretarse dándoles un sesgo marxista, pero lo que cuenta es que Butler no lo hace así. En última instancia, su planteamiento es el de un conservador, a pesar de sus exitosos ataques contra las creencias cristianas y la institución de la familia. La pobreza es degradante: por tanto, pongamos cuidado en no ser pobres. Ésa es su reacción. De ahí el inverosímil e insatisfactorio final de su libro, *El camino de la carne*, en abierto contraste con el realismo de las partes anteriores.

Con todo, los libros de Butler han envejecido bien, mucho mejor que los de sus contemporáneos más serios, como Meredith y Carlyle, en parte porque nunca perdió la capacidad de usar bien los ojos, en parte porque le complacían las pequeñeces, en parte porque, en el sentido técnico más estricto, escribía de maravilla. Cuando se compara la prosa de Butler con las contorsiones de Meredith o las afectaciones de Stevenson, se ve a las claras qué tremenda ventaja se tiene, lisa y llanamente, cuando no intenta uno dárselas de listo. Vale la pena citar las ideas de Butler a este respecto:

Jamás he conocido a un escritor que se tomara la menor molestia por el estilo y que, a la vez, fuera legible. Que Platón anduviera con pies de plomo y se pensara hasta setenta veces cómo escribir una sola frase es para mí explicación suficiente de por qué me desagrada. Un hombre debería, o tiene que, mejor dicho, tomarse infinitas molestias por escribir con claridad, con tersura y eufonía. Escribirá muchas frases hasta tres o cuatro veces, pero pasar de ahí es peor que no reescribirlas una sola vez. Se tomará grandes molestias por comprobar que no se repite, por disponer la materia del modo que mejor permita al lector dominarla, por cortar toda palabra superflua y, aún más, por rehuir todo lo irrelevante, pero en todos y cada uno de los casos no estará pensando según su propio estilo, sino según conveniencia del lector... Me gustaría dejar por escrito que nunca me he tomado la menor molestia por mi estilo, y no sé, ni tampoco quiero saber, si se trata de estilo o si no será, más bien, tal como creo y espero, mera derechura corriente y moliente. No se me alcanza cómo es posible que nadie pueda tomar el pensamiento por su estilo, sin graves pérdidas para sí mismo y para sus lectores.

Es característico, sin embargo, que Butler añada que ha hecho considerables esfuerzos por mejorar su caligrafía.

Un argumento que los socialistas deberían estar preparados a rebatir, ya que a él

recurren de continuo tanto los defensores del cristianismo como los neopesimistas, caso de James Burnham, es la presunta inmutabilidad de la “naturaleza humana”. A los socialistas se les acusa —yo creo que de manera injustificada— de dar por sentado que el hombre es perfectible, y entonces se señala que la historia de la humanidad es en realidad un larguísimo cuento de codicia, robos y opresiones. El hombre, se dice, siempre intentará aprovecharse del prójimo, siempre atesorará toda la propiedad que pueda para sí y para su familia. El hombre es, por su propia naturaleza, pecaminoso. No se le puede convertir en un ser virtuoso por decreto ley. Por tanto, aunque la explotación económica se puede controlar hasta un cierto punto, la sociedad sin clases será por siempre imposible.

La respuesta adecuada, me parece, es que este argumento es propio de la Edad de Piedra. Presupone que los bienes materiales siempre serán suma, desesperadamente escasos. La poderosa hambre de los seres humanos presenta, sin duda, un problema serio, aunque no hay razón para pensar que la codicia y el ansia de atesorar riquezas sea una característica perpetua del ser humano. Somos egoístas en materia económica porque vivimos aterrados de la pobreza. Pero cuando un determinado bien no escasee, nadie tratará de apoderarse de una cantidad mayor de la que le corresponda en justicia. Por ejemplo, nadie trata de enriquecerse con el aire. Tanto el millonario como el mendigo se contentan con el aire que puedan respirar. O el caso del agua. En este país no nos preocupa la escasez de agua. Si acaso nos sobra, especialmente cuando es festivo. A resultas de ello, el agua apenas tiene lugar en nuestra conciencia. En cambio, en los países desérticos del norte de África es de ver qué celos, qué odios, qué crímenes terribles puede generar la escasez de agua. Lo mismo sucede con bienes de otro tipo. Si fueran abundantes, como fácilmente podrían ser, no habría motivo para pensar que el instinto supuestamente adquisitivo del ser humano no pudiera desaparecer en el transcurso de dos generaciones. Y, a fin de cuentas, si la naturaleza humana jamás cambia, ¿por qué será que no sólo ya no practicamos el canibalismo, sino que tampoco lo deseamos?

Otra adivinanza.

Un empresario tenía por costumbre regresar a su casa en un tren de cercanías que salía de Londres a las siete y media. Una noche, el vigilante, que acababa de empezar su turno, lo paró y le dijo:

—Disculpe, caballero, pero le aconsejo que esta noche no tome el tren de costumbre. Ayer noche soñé que el tren descarrilaba y que moría la mitad de los pasajeros. Tal vez le parezca una superstición, pero fue un sueño tan vívido que por fuerza he de pensar que contenía un aviso.

El empresario quedó tan impresionado que esperó y tomó un tren más tarde. Al abrir el periódico a la mañana siguiente, vio que, en efecto, el tren había sufrido un accidente, a resultas del cual murieron muchos pasajeros. Esa misma noche mandó buscar al vigilante y le dijo:

—Quiero darle las gracias por su aviso de ayer. Considero que me ha salvado usted la vida, a cambio de lo cual quisiera hacerle una donación de treinta libras. Además, tengo el deber de informarle de que está usted despedido. Tiene una semana a partir de hoy para marcharse.

Fue un acto de ingratitud, pero el empresario se atuvo estrictamente a sus deberes. ¿Por qué?

4 de agosto de 1944

A propósito de las bombas de saturación, un corresponsal que estuvo en desacuerdo conmigo de manera muy vehemente añadió que de ninguna manera era pacifista. Reconoció, según dijo, que “a los hunos hay que vencerlos”. Tan sólo ponía objeciones a la barbarie de los métodos que hoy empleamos.

Bien. A mí me parece que se causa menos daño soltando bombas sobre la gente que llamándola “hunos”. Obviamente, no desea uno infligir la muerte a nadie, ni causar heridas que puedan evitarse, a pesar de lo cual no puedo yo sentir que una mera matanza sea importantísima. Todos habremos muerto en menos de cien años; la mayoría, de ese sórdido horror al que se llama “muerte natural”. Lo realmente maligno es actuar de tal manera que la vida en paz sea imposible. La guerra destruye el tejido de la civilización, no por la destrucción que provoca (el efecto global de la guerra podría ser incluso un incremento notable de la capacidad productiva del mundo en conjunto), ni tampoco por la matanza de seres humanos, sino porque estimula el odio y la deshonestidad. Cuando uno dispara contra su enemigo, en un sentido profundo no le hace la menor injusticia. En cambio, al odiarlo, al inventar mentiras acerca de él, al hacer que los niños se las crean, al pedir a voz en cuello unas condiciones injustas sobre las cuales firmar la paz, condiciones por las que otras guerras serán inevitables, no se golpea duramente a una sola generación percedera, sino a toda la humanidad.

Basta con tener dotes de observación normales para darse cuenta de que las personas menos infectadas por la historia bélica son los soldados que combaten. De todas las personas que hay, son las menos inclinadas a odiar al enemigo, a tragarse la propaganda mentirosa, a exigir una paz vindicativa. Prácticamente todos los soldados, y esto es aplicable a los soldados profesionales en tiempos de paz, tienen una actitud sana, cuerda, frente a la guerra. Comprenden que es repugnante, y que a menudo, tal vez, sea necesaria. Esto es algo que a un civil se le hace más difícil, porque el desapego con que mira las cosas el soldado a veces es producto del mero agotamiento, del efecto aleccionador que surte el peligro, de la continua fricción con su propia maquinaria militar. El civil, sano y salvo y bien alimentado, tiene un mayor excedente de emociones, y tiende a utilizarlo odiando a quien sea, al enemigo si es un patriota, a los de su propio bando si es pacifista. En cambio, la mentalidad de guerra es algo contra lo que se puede luchar, algo que se puede superar, tal como se supera el miedo a las balas. Lo malo es que ni la Unión por la Paz ni la Sociedad por el Nunca Más reconocen la mentalidad de guerra nada más verla. Entretanto, el hecho de que en esta ofensiva bélica no hayan tenido éxito entre el gran público apelativos como “los hunos” se me antoja un buen presagio.

Siempre me ha parecido una de las hazañas más pasmosas de la última guerra una en la que no se tuvo la intención de matar a nadie. Al contrario, es probable que salvara la vida de muchas personas. Antes de desatar su ataque masivo en Caporetto, los alemanes inundaron al ejército italiano de panfletos de propaganda socialista falsa, en los cuales se alegaba que los soldados alemanes estaban listos para matar a sus oficiales y confraternizar con los camaradas italianos. Muchos italianos se tragaron el bulo, se acercaron a confraternizar con los alemanes y fueron hechos prisioneros, además de ser objeto de burla por su credulidad simplista. He oído defender esta maniobra como si fuera una forma sumamente inteligente y muy humana de hacer la guerra. Y lo es, siempre y cuando el objetivo sea salvar el pellejo de todos los que sea posible salvar. Sin embargo, un truco como éste perjudica las raíces mismas de la solidaridad humana de una forma infinitamente mayor que cualquier acto de violencia.

Veo que las verjas han vuelto —sólo de madera, cierto, pero, al menos son verjas—

a las plazas de Londres. Así, los habitantes legítimos de las plazas pueden hacer de nuevo uso de sus atesoradas llaves, y los niños de los pobres se quedarán sin entrar en los parquecillos vallados.

Cuando las verjas que rodeaban parques y plazas fueron retiradas, el objeto fue, al menos en parte, acumular chatarra, aunque esa supresión también se entendió como un gesto democrático. Fueron muchas más las zonas verdes abiertas al público en general, y era posible quedarse en los parques hasta la hora que a uno le viniera en gana, en vez de verse expulsado a la hora de cierre por los iracundos y malencarados vigilantes. También se descubrió que las verjas no sólo eran innecesarias, sino también de una fealdad repugnante. Los parques mejoraron hasta ser irreconocibles gracias a su apertura, y así adquirieron un aire amistoso, casi rural, que nunca habían tenido. Y de haber desaparecido las verjas para siempre, es probable que hubiera seguido otra mejora. Seguramente, los desagradables setos de laurel y de alheña, plantas que no son aptas para Inglaterra, siempre polvorientas, al menos en Londres, habrían sido arrancados y sustituidos por arriates. Al igual que las verjas, su única función era la de mantener fuera al populacho. Sin embargo, los de arriba se las ingeniaron para que no prosperase esta reforma, como tantas otras, y por todas partes han vuelto a proliferar las empalizadas de madera, al margen del malgasto de trabajo y de leña.

Cuando era miembro de la Home Guard, acostumbrábamos a decir que sería muy mal síntoma el momento en que se introdujeran los azotes. Eso no ha ocurrido aún, según creo, pero todos los síntomas sociales de pequeña importancia apuntan en la misma dirección. El peor síntoma de todos —y yo diría que esto sucederá de inmediato, si los conservadores ganan las elecciones generales— será la reaparición por las calles de Londres de los sombreros de copa que no lleven ni los enterradores ni los recaderos de los bancos.

Tenemos la esperanza de reseñar bien pronto —mientras tanto, aprovecho la oportunidad para llamar la atención a este respecto— un libro insólito, titulado *Branch Street*, de Marie Paneth. La autora es o era voluntaria en una casa de acogida de niños, y su libro pone de manifiesto las salvajes condiciones en que siguen creciendo algunos niños londinenses. No está, sin embargo, del todo claro que estas condiciones hayan empeorado a resultas de la guerra. Me gustaría leer —supongo que esto ha de existir en alguna parte, aunque no tengo conocimiento— una relación escrita con autoridad sobre el efecto de la guerra en los niños. Cientos de miles de niños urbanos han sido evacuados a los distritos del campo; muchos han visto interrumpida su escolarización durante meses, otros han tenido experiencias terribles con las bombas (a comienzos de la guerra, una niña de ocho años, evacuada a una aldea del condado de Hertford, me aseguró que había padecido siete bombardeos); otros han tenido que dormir en los refugios del metro, a veces durante un año entero. Me gustaría saber hasta qué punto los niños urbanos se han adaptado a la vida en el campo, si les han interesado las aves y otros animales, si sencillamente ansían volver cuanto antes a la ciudad, y si se ha dado algún incremento significativo en la delincuencia juvenil. Los niños descritos por Paneth parecen casi las bandas de “niños salvajes” que fueron un producto colateral de la Revolución rusa.

En el siglo XVIII, cuando las muselinas de la India eran una de las grandes maravillas del mundo, un reyezuelo de la India mandó a sus enviados a la corte de Luis XV para negociar un acuerdo comercial. Era sabedor de que en Europa las mujeres ejercían una considerable influencia política, y sus enviados viajaron con un fardo de costosas muselinas, que iban a obsequiar a la amante del rey. Por desgracia, su información no

estaba al día: el nunca demasiado estable afecto de Luis había oscilado, y las muselinas fueron obsequiadas a una dama que ya no estaba en su corazón. La misión fue un fracaso. Los enviados fueron decapitados apenas regresaron.

No sé si esta historia contiene una moraleja, pero cuando veo a la clase de personas con las que gusta de relacionarse el Ministerio de Exteriores a menudo me acuerdo de ella.

11 de agosto de 1944

Hace unos cuantos días nos escribió un oriundo de África Occidental para informarnos de que determinado salón de baile londinense había erigido recientemente una “barrera de color”, seguramente para complacer a los soldados norteamericanos que formaban parte importante de su clientela. Mediante conversación telefónica con la administración del salón de baile hemos averiguado las respuestas: (a) que la “barrera de color” ha desaparecido, y (b) que nunca llegó a imponerse, pero me parece que se puede dar por sentado que la acusación de nuestro corresponsal no carecía de fundamento. Se han dado recientemente otros incidentes parecidos. Por ejemplo, durante la semana pasada salió a relucir ante un tribunal que a un negro procedente de las Antillas, que trabaja en este país, le fue negado el acceso a un lugar de esparcimiento cuando vestía el uniforme de la Home Guard. Y abundan los ejemplos en los que indios, negros y demás son expulsados de los hoteles so pretexto de que “no admitimos a personas de color”.

Es importantísimo andar vigilantes contra esta clase de sucesos, y darles toda la resonancia pública que se pueda cada vez que surjan. Ésta es una de esas cuestiones en las que armar un buen alboroto puede servir de algo. En este país no existe ninguna incapacidad legal contra las personas de color. Por si fuera poco, es muy escaso el sentimiento popular con las personas de color. (No se debe a ninguna virtud inherente a los británicos, como se demuestra mediante nuestro comportamiento en la India. Se debe a que en Gran Bretaña no existe un problema de color).

Esta clase de complicaciones siempre surge de la misma manera. Un hotel, un restaurante o cualquier otro local público que frecuentan personas con dinero para gastarlo alegremente pone una clara objeción a que estos clientes se mezclen con indios o negros. Dicen al propietario que a menos que imponga una barrera de color dejarán de acudir al local. Tal vez se trate de una minoría reducida, tal vez el propietario no esté de acuerdo con ella, pero le costará trabajo perder a tan buenos clientes, de modo que impone la barrera de color. Y esto es algo que no puede suceder si la opinión pública está alerta y si se da publicidad desagradable al establecimiento en el que se insulta a las personas de color. Todo el que esté al corriente de un ejemplo demostrable de discriminación racial debe denunciarlo cuanto antes. De lo contrario, el mínimo porcentaje de esnobs racistas que hay entre nosotros podrá hacer de las suyas sin freno, y el pueblo británico verá cómo crece una mala fama que, en general, no merece.

En los años veinte, cuando los turistas norteamericanos eran parte del escenario parisino, tanto como los quioscos de tabaco y los mingitorios de zinc, incluso en Francia empezó a darse una incipiente barrera de color. Los norteamericanos gastaban dinero como si fuera agua, y los propietarios de restaurantes no podían permitirse el pasar sin ellos. Una noche, en un baile de un café muy famoso, unos cuantos norteamericanos pusieron reparos a la presencia de un negro que estaba acompañado por una egipcia. Tras unas tímidas protestas, el propietario cedió a sus exigencias y el negro fue expulsado del local.

A la mañana siguiente se armó un escándalo terrible. El dueño del café fue

arrastrado ante un ministerio del gobierno, y se le amenazó con una denuncia en toda regla. Resultó que el negro era el embajador de Haití. Esa clase de personas a menudo se resarcen de estos incidentes, pero la mayoría de nosotros no tenemos la suerte de ser embajadores. El indio, el negro o el chino de a pie sólo gozarán de protección contra estos insultos si otras personas de a pie se muestran deseosas de emplearse a fondo en su nombre.

25 de agosto de 1944

Un responsable de la Asociación Indo Birmana, un organismo no oficial que representa a los países europeos en ambos países, y que defiende una política “moderada” basándose en las propuestas de Cripps, me ha hecho llegar cierto material que trata de Birmania y de la campaña de Birmania.

La Asociación Indo Birmana se queja, con justicia, de que a Birmania se le ha tratado extraordinariamente mal en lo que a la publicidad se refiere. No sólo no existe un interés público por los asuntos de Birmania, a pesar de su importancia evidente desde múltiples puntos de vista, sino que tampoco las autoridades han logrado editar algún panfleto atractivo en el que se refiera al público cuáles son los problemas de Birmania y qué relación tienen con los nuestros. En los periódicos se refieren los combates librados en Birmania. Pero desde 1942 han sido esencialmente artículos de pura desinformación, en especial desde un punto de vista político. Tan pronto comenzaron los ataques de los japoneses, la BBC adoptó la estrategia de referirse a todos los habitantes de Birmania llamándolos “birmanios”, aplicando incluso este nombre a los pueblos muy distintos, semisalvajes, que habitan muy al norte del país. No sólo es algo que peca de la misma inexactitud en que caería quien llamase sueco a un italiano, sino que, además, enmascara el hecho de que los japoneses han encontrado apoyo sobre todo entre los birmanos mismos, toda vez que las minorías se muestran probritánicas^[140]. En la actual campaña, cuando se toman prisioneros, la información de los periódicos jamás precisa si son japoneses o si son partisanos birmanos e indios. Y es una cuestión de la máxima importancia.

Casi todos los libros que se han publicado sobre la campaña de 1942 son engañosos. Sé bien de qué estoy hablando, pues me ha tocado reseñarlos casi todos. O bien son obra de periodistas norteamericanos que carecen de conocimientos previos, y que dan a sus obras un marcado sesgo antibritánico, o bien son de oficiales y funcionarios británicos que se muestran a la defensiva, ansiosos por ocultar cuanto pueda desacreditarles. En realidad, los oficiales británicos y los militares en general han cargado con una culpa en la que nada tienen que ver, y la visión de la campaña de Birmania que propugnan los izquierdistas de este país se halla casi tan distorsionada como la de los reaccionarios. Pero este problema se debe a que no se ha hecho oficialmente el menor intento por dar publicidad a la verdad. Que yo sepa, existen manuscritos que aportan valiosa información, pero que, por motivos comerciales, no encuentran editor que los publique.

Puedo aportar tres ejemplos. En 1942, un joven birmano que había sido miembro del partido Thakin (extremista nacionalista) y que había tramado intrigas con los japoneses huyó a la India tras cambiar de opinión acerca de los japoneses cuando vio cómo ejercían el poder. Escribió un librito que se publicó en la India con el título de *Lo que sucedió en Birmania*, y que era obviamente información de primera mano en lo esencial. El gobierno indio, con su negligencia habitual, envió exactamente dos ejemplares a Inglaterra. Traté de inducir a varios editores a que lo reeditasen, pero nunca lo logré. Todos adujeron la misma razón: no valía la pena malgastar papel en un asunto que no interesaba al gran público. Más adelante, el capitán Enríquez, que ha publicado varios libros de viajes sobre Birmania, llegó a Inglaterra con un diario en el que abarcaba la campaña de Birmania y la retirada en la India. Era un documento sumamente revelador —en ocasiones, deshonrosamente revelador—, pero corrió el mismo destino que el otro libro. En estos momentos estoy leyendo otro manuscrito que aporta valiosa información de fondo sobre la historia de Birmania, sus

condiciones económicas, sus sistemas de tenencia de tierras, etcétera. Pero me apostaría al menos una cierta cantidad de dinero a que tampoco lo va a publicar nadie, al menos hasta que se palie la actual escasez de papel.

Si no hay papel ni dinero para libros de este estilo, libros que servirían para descubrir un buen pastel, pero que también pueden hacer mucho a la hora de contrarrestar las mentiras que han difundido los simpatizantes del Eje, al gobierno no debería extrañarle que el público no sepa ni palabra de Birmania, y que aun le importe menos. Y lo que digo de Birmania es válido en el caso de veintenas de asuntos importantes, pero también tratados con total negligencia.

Entretanto, ahí va una sugerencia. Cada vez que aparezca un documento que no tenga viabilidad económica, pero que puede ser de utilidad para los historiadores del futuro, habría que remitirlo a un comité creado, por ejemplo, por el Museo Británico. Si lo considerase históricamente valioso, tendría que disponer de la posibilidad de imprimir unos cuantos ejemplares y almacenarlos para el uso de los estudiosos. En la actualidad, todos los manuscritos que rechazan los editores comerciales terminan en la papelera. ¡Cuántos correctivos posibles a tantas mentiras aceptadas han tenido que perecer de ese modo!

1 de septiembre de 1944^[141]

No es mi cometido primordial discutir en detalle la política contemporánea, pero esta semana hay algo que pide a gritos una exposición detallada. Como parece ser que nadie más va a ocuparse de ello, deseo expresar mi más enérgica protesta por la actitud mezquina y cobarde que ha adoptado la prensa británica en torno a la reciente rebelión de Varsovia.

Tan pronto se conoció la noticia del levantamiento, el *News Chronicle* y otros periódicos afines adoptaron una actitud acusadamente reprobatoria. Uno se quedaba con la impresión de que los polacos tenían bien merecida una reprimenda por haber hecho lo que la radio de los Aliados les llevaba años apremiando a que hicieran. La impresión era mayor: cualquiera diría que no se les iba a dar, que no merecían ninguna ayuda exterior. Algunos periódicos sí sugirieron la posibilidad de lanzar desde el aire armas y provisiones por parte de los angloamericanos, que se hallaban a mil quinientos kilómetros de distancia. Nadie propuso que de esto se encargaran los rusos, que, tal vez, estaban a unos cincuenta. El *New Statesman*, en el número del 18 de agosto, llegó al extremo de poner en duda que en tales circunstancias fuera posible hacerles llegar ayuda efectiva por el aire. Todos, o casi todos los periódicos de la izquierda, culparon al unísono al gobierno en el exilio, ubicado en Londres, por haber ordenado “prematuramente” a sus seguidores que se alzaran en armas cuando el Ejército Rojo ya estaba en las puertas de la ciudad. Esta línea de pensamiento queda justamente expresada en una carta a *Tribune*, de la semana pasada, enviada por G. Barraclough, quien lanza las siguientes acusaciones concretas:

1. El levantamiento de Varsovia no fue “un alzamiento popular espontáneo”, sino “iniciado por órdenes del llamado gobierno polaco exiliado en Londres”.

2. La orden de alzarse fue emitida “sin consultar con los gobiernos británico ni soviético”. “No se hizo ningún intento por coordinar el levantamiento con la acción de los Aliados”.

3. El movimiento polaco de resistencia no está aglutinado en torno al gobierno en el exilio, tal como la resistencia griega no se une en torno al rey Jorge de los helenos. (Aspecto que recalca mediante el uso de las palabras *émigré*, *soi disant*, etc., aplicadas al gobierno en el exilio).

4. El gobierno en el exilio precipitó el alzamiento con objeto de estar en posesión de Varsovia a la llegada de los rusos, porque, en tal caso, “la postura del gobierno *émigré* a la hora de negociar sería más sólida”. El gobierno en el exilio, se nos dice, “está listo para traicionar al pueblo de Polonia con objeto de reforzar su precaria situación”, lo cual viene a ser lo mismo.

No ofrece ni la más mínima prueba que respalde ninguna de estas acusaciones, aunque me parece que la número 1 y la número 2 son de las que podrían verificarse, y quizás sean verdad al menos en parte. La tercera convierte a las dos anteriores en sendas estupideces. Si la masa popular de Varsovia no acepta al gobierno en el exilio londinense, ¿por qué iban a llevar a cabo una insurrección desesperada a instancias del gobierno? Al culpar a Sosnkowski y a los demás de la revuelta, se asume automáticamente que el pueblo polaco los tiene por guías y mentores. Esta contradicción manifiesta se ha repetido en la prensa sin que, hasta la fecha, por lo que se me alcanza, una sola persona haya tenido la sensatez de señalarla. En cuanto al uso de expresiones como *émigré*, no pasa de ser un truco retórico. Si los polacos de Londres son *émigrés*, también lo es el Comité Nacional para la Liberación de Polonia, además de los gobiernos “libres” de todos los países ocupados. ¿Por qué se convierte uno en *émigré* al emigrar a Londres y no cuando emigra a Moscú?

La acusación número 4 está moralmente a la altura de la insinuación del *Osservatore Romano*, cuando dice que los rusos aplazaron su ataque contra Varsovia para que murieran tantos miembros de la resistencia polaca como fuera posible. Es la afirmación no demostrada, e indemostrable, de un mero propagandista que no desea establecer la verdad, sino ensuciar a su enemigo tanto como le sea posible. Y todo lo que he leído sobre esta cuestión en los periódicos —con la excepción de algunos periódicos de escasa circulación y algunos comentarios aparecidos en *Tribune*, en el *Economist* y en el *Evening Standard*— está a la misma altura que la carta de Barraclough.

Es muy poco lo que yo sé de la política de Polonia, y aunque tuviera la capacidad de saber más, no intervendría en la pugna que se ha desatado entre el gobierno polaco en el exilio londinense y el Comité Nacional para la Liberación desde su sede moscovita. Lo que me importa es la actitud de la intelectualidad británica, incapaz de levantar una sola voz que ponga en cuestión lo que se tiene por política rusa, sin que importe qué rumbo adopte, y que en este caso, además, ha tenido la insólita mezquindad de insinuar que nuestros bombarderos no deberían acudir en ayuda de nuestros camaradas, de los que luchan en Varsovia. La enorme mayoría de la izquierda, los que se tragan la política de la que es portavoz el *News Chronicle*, etc., no saben de Polonia mucho más que yo. Todo lo que saben es que los rusos desautorizan al gobierno en el exilio, y que por eso han creado una organización rival, y que en la medida que les atañe con eso queda zanjada la cuestión. Si mañana mismo Stalin prescindiera del Comité por la Liberación y reconociera al gobierno en el exilio, toda la intelectualidad británica acudiría en su respaldo en masa, como una bandada de loros. Su actitud hacia la política exterior rusa no consiste en “¿es acertada o es errónea?”, sino, más bien, en “es la política rusa: ¿cómo haremos para que parezca acertada?”. Y esta actitud la defienden, si acaso, sólo sobre la base del poder. Los rusos son poderosos en la Europa del Este, nosotros no. Por tanto, no debemos oponernos a ellos. Lo cual entraña un principio, por su propia naturaleza, ajeno al socialismo: que no se debe protestar contra un mal que no es posible impedir o remediar.

No puedo entrar aquí en el motivo por el cual la intelectualidad británica, con muy contadas excepciones, ha desarrollado una lealtad nacionalista hacia la URSS y se comporta hacia ella con una falta de espíritu crítico totalmente deshonesto. Sea como fuere,

lo he comentado en otros lugares. Pero me gustaría terminar con dos consideraciones que vale la pena pensar despacio.

En primer lugar, un mensaje a los periodistas e intelectuales ingleses de izquierda, en general: “Recuerden que la deshonestidad y la cobardía siempre tienen un precio. No se imaginen que durante años interminables podrán ser ustedes los lamebotas propagandistas del régimen soviético, ni de ningún otro, para regresar un buen día, de golpe y porrazo, a la decencia mental. Quien una vez es una puta, es puta para siempre”.

En segundo lugar, una consideración más amplia. No hay nada más importante en el mundo de hoy en día que la amistad y la cooperación angloamericana, y esto no se ha de lograr si no se habla alto y claro. La mejor manera de alcanzar un acuerdo con una nación extranjera es no abstenerse de criticar su política, y menos si lo contrario redundaría en el extremo de dejar a los propios ciudadanos sin saber qué sucede realmente. En la actualidad, es tan esclava la actitud de prácticamente toda la prensa británica que las personas de a pie tienen muy poca idea de lo que sucede en realidad, hasta el punto de que podrían estar a favor de una política que, tal vez, den en repudiar en un plazo de cinco años. De una forma velada, se nos ha dicho que los términos de paz que impondrá Rusia son más exorbitantes que los de Versalles, incluida la partición de Alemania, el pago de reparaciones astronómicas y trabajos forzosos a una escala descomunal. Todas estas propuestas no han recibido casi una sola crítica, mientras que gran parte de los periodistas a destajo de la prensa izquierdista aceptan, incluso, el trabajo de ensalzarlas. A resultas de todo ello, el hombre de la calle no tiene una idea clara de la enormidad que se propone. No sé si, cuando llegue el día, los rusos de veras querrán poner sobre la mesa semejantes términos. Tiendo a suponer que no. En cambio, lo que sí sé es que si alguna de esas ideas llegara a ponerse en práctica, el público británico, y, probablemente, el norteamericano, jamás las respaldaría una vez amortiguada la pasión inicial. Cualquier acuerdo de paz que sea de una injusticia flagrante tendrá sencillamente por resultado, como ya ocurrió la última vez, que el pueblo británico se muestre irracionalmente afín con las víctimas. La amistad angloamericana depende de que exista una política en la que ambas naciones puedan ponerse de acuerdo, lo cual es imposible sin la libre discusión y sin una crítica genuina, ahora mismo. No puede haber una alianza real sobre la base de que “Stalin siempre tiene razón”. El primer paso hacia una alianza verdadera es prescindir de todas esas ilusiones.

Por último, una palabra para quienes vayan a escribirme sobre esta cuestión. ¿Se me permite llamar una vez más la atención sobre el título de esta columna, y recordar a todos que la dirección de *Tribune* no comparte necesariamente mis opiniones, ya que se han limitado a poner en práctica su creencia en la libertad de expresión?

8 de septiembre de 1944

Para ser un libro de treinta y dos páginas, *A Letter to My Son* [Carta a mi hijo], de *sir* Osbert Sitwell, contiene una cantidad asombrosa de invectivas. Imagino que será la invectiva, o, tal vez, la eminencia de las personas contra las cuales arremete, lo que ha llevado a *sir* Osbert a cambiar de editor. No obstante, entre pasajes que son unas veces injustos y otras frívolos, o ambas cosas, se las ingenia para decir cosas muy perspicaces sobre la postura del artista en una sociedad moderna y centralizada. He aquí, por ejemplo, algunos extractos:

El verdadero artista siempre ha tenido que estar en pie de guerra, pero la lucha que ahora se libra es y será más feroz para ti, y para los artistas de tu generación, de lo que

nunca haya sido. El hombre de la clase obrera esta vez gozará de mejores cuidados, recibirá la adulación de la prensa, se le sobornará con las tramas que urde Beveridge, porque es dueño de una gran cantidad de votos. ¿Quién va a cuidar en cambio de ti y de tu destino, quién se molestará por defender la causa del joven escritor, pintor, escultor, músico? ¿Y qué inspiración se os ofrecerá cuando el ballet, el teatro, la sala de conciertos se hallen en ruinas y, debido a la falta de adiestramiento, no haya grandes artistas de la escena por espacio de varias décadas? Por encima de todo, no subestimes la cantidad ni la intensidad de la inquina que sentirá por ti tantísima gente, y no me refiero al hombre de la clase obrera, pues si bien no tiene una gran educación sí siente un vago respeto por las artes, y carece de ideas preconcebidas; tampoco me refiero a los patricios que puedan quedar, sino al inmenso ejército que habrá entre uno y los otros, la gruesa clase media, los hombrecillos de medio pelo. Y aquí he de hacer mención especial del funcionario en tanto enemigo... En el mejor de los casos, os aplastarán entre la pequeña pero poderosa y autoritaria minoría de los directores artísticos, los embusteros de los museos, los editores, los periodistas y los profesores (que, por hacerles justicia, tratarán de ayudaros siempre y cuando escribáis tal cual os indiquen), además del resto inmenso a quienes ha de darles igual, a quienes de hecho complacerá si os ven morir de hambre. Y es que nosotros los ingleses somos únicos en que, si bien nuestra nación produce arte, no amamos el arte. En el pasado, las artes dependían de un reducido número de mecenas muy adinerados. El enclave formado por ellos nunca se ha restablecido. El mismo nombre de “amante del arte” hoy apesta... Los privilegios que hoy tienes, como artista, son los mismos de Ismael, y todos los hombres capaces están en tu contra. Recuerda, por tanto, que los parias y los marginados no tienen nada que temer.

No comparto este punto de vista. Es el planteamiento de un conservador inteligente que subestima las virtudes de la democracia y que atribuye al feudalismo ciertas ventajas que en realidad son propias del capitalismo. Por ejemplo, es craso error echar de menos a un mecenas de la aristocracia. El mecenas podía ser un amo tan severo como la BBC, y tampoco pagaba un salario regular. François Villon, supongo, lo debió de pasar tan mal como cualquier poeta de nuestro tiempo, y el literato que se moría de hambre en su buhardilla fue una de las figuras más características del siglo XVIII. En el mejor de los casos, en una época de mecenazgo activo, uno tenía que perder el tiempo y el talento con halagos y lisonjas repugnantes, como le sucedió a Shakespeare. Desde luego, si uno piensa que el artista es como Ismael, un individuo autónomo que nada debe a la sociedad, la edad de oro del artista ha sido la edad de oro del capitalismo. Entonces huyó de las garras del mecenas y aún no se dejó capturar por el burócrata. Un escritor, un músico, un actor e incluso un pintor podían ganarse la vida gracias al gran público, que estaba inseguro de qué deseaba, y que en gran medida aceptaba lo que se le daba sin ponerlo en tela de juicio. Durante un siglo más o menos fue posible ganarse la vida insultando abiertamente al público, como demuestran las trayectorias de, por ejemplo, Flaubert, Tolstoi, D. H. Lawrence e incluso Dickens.

Ahora bien, hay a pesar de todo mucho en lo que dice *sir* Osbert Sitwell. El capitalismo al estilo *laissez faire* está próximo a desaparecer, y con él el estatus de independencia del artista. Habrá de convertirse o bien en un aficionado que cultive el arte en su tiempo libre o bien en un funcionario. Cuando se ve qué ha ocurrido en las artes de los países totalitarios, y cuando se ve que prácticamente lo mismo ocurre aquí, aunque de un modo más velado, a través del Ministerio de Información, de la BBC y de las compañías cinematográficas —organizaciones que no sólo adquieren la producción incluso futura de

los jóvenes escritores más prometedores, los castran y los ponen a trabajar como animales de carga, sino que, además, se las ingenian para despojar a la creación literaria de su carácter individual y la convierten en un proceso semejante al de las correas de transmisión —, las perspectivas, la verdad, no son muy halagüeñas. Sin embargo, sigue siendo cierto que el capitalismo, que en múltiples sentidos ha sido amable con el artista y el intelectual en general, está condenado, y tampoco vale la pena intentar salvarlo. Así se llega a dos realidades antitéticas: (1) la sociedad no puede ordenarse en beneficio de los artistas; (2) sin los artistas, la civilización perece. Nunca he visto resuelto este dilema (aunque alguna solución habrá), y no muy a menudo se comenta con la debida honradez.

Tengo ante mí una fotografía excepcionalmente repugnante, publicada por el *Star* el 29 de agosto: dos mujeres parcialmente desvestidas, con las cabezas rapadas y una esvástica pintada en la cara, son conducidas por las calles de París entre testigos que sonríen. El *Star* —nada tengo contra el *Star*, ojo, pues la mayoría de la prensa ha tenido idéntico comportamiento— reproduce la fotografía con aparente aprobación.

No culpo a los franceses por esta clase de actos. Han pasado cuatro años de sufrimiento, y no me cuesta mucho imaginar parcialmente qué sentimientos tienen ante los colaboracionistas. Pero es asunto bien distinto que los periódicos de este país traten de persuadir a sus lectores de que rapar la cabeza de las mujeres es algo aconsejable e incluso bonito. Tan pronto vi la fotografía del *Star* me dije: “¿Dónde he visto yo antes algo parecido?”. Y me acordé. Hace unos diez años, cuando el régimen nazi empezaba a vivir su apogeo, imágenes muy similares de judíos humillados y conducidos por las calles de las ciudades alemanas se exhibieron en la prensa británica, aunque con una diferencia: en aquella ocasión no se contaba con que nadie diera su aprobación.

Recientemente, otro periódico publicó fotografías de los cadáveres aún colgados de los alemanes condenados a la horca por los rusos en Jarkov, e informó con esmero a sus lectores de que las ejecuciones se habían filmado, y que el público del mundo entero bien pronto podría verlas en los noticiarios. (¿Se permitiría la entrada a los niños?, me pregunté).

Hay un dicho de Nietzsche que he citado antes (aunque no en esta columna, creo), pero que vale la pena recordar:

Quien lucha demasiado tiempo con dragones se convierte en dragón, y si miras demasiado tiempo al abismo, el abismo te devolverá la mirada.

“Demasiado tiempo”, en este contexto, tal vez debería tomarse por “después de haber derrotado al dragón”.

15 de septiembre de 1944

A finales de 1936, de paso por París en viaje a España, tuve que visitar a una persona en una dirección que no conocía. Me pareció que la forma más rápida de llegar sería tomar un taxi. El taxista tampoco conocía la dirección. De todos modos, echó a andar y preguntó a un policía que estaba cerca. Éste nos comunicó que la dirección que yo buscaba se encontraba a un centenar de metros. Había tomado un taxi sólo por la bajada de bandera, el coste de la cual en Inglaterra era de unos tres peniques.

El taxista montó en cólera. Comenzó a acusarme a voz en cuello, y de forma sumamente ofensiva, de “haberlo hecho adrede”. Protesté, le dije que no sabía dónde estaba la dirección y que obviamente no habría tomado un taxi de haberlo sabido. “¡Lo sabía usted de sobra!”, me gritó a la cara. Era un hombre entrado en años, canoso, robusto, de bigote grisáceo y andrajoso, y una cara de una maldad poco corriente. Al final perdí los estribos, y

cuando recobré el dominio del francés, a pesar de la ira, le respondí a gritos: “Le parecerá que es usted demasiado viejo para que le parta la cara, pero yo no estaría tan seguro”. Retrocedió hasta el taxi resoplando, gruñendo con todo su rencor, a pesar de tener sesenta años.

Llegó el momento de pagar. Saqué un billete de diez francos.

—¡No tengo cambio! —me gritó nada más verlo—. ¡Vaya usted a cambiarlo donde pueda!

—¿Y dónde puedo cambiar?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Eso es asunto suyo.

Tuve que cruzar la calle, encontrar un estanco, cambiar el billete. A la vuelta, di al taxista el precio exacto de la bajada de bandera, y le dije que por su comportamiento no veía que tuviera motivo para darle ninguna propina. Tras cambiar algún insulto más, nos despedimos.

Esta sórdida trifulca me dejó lleno de una ira violenta. Poco después me sentí entristecido y asqueado. “¿Por qué se tendrá que comportar así la gente?”, pensé.

Pero esa misma noche tomé el tren hacia España. El tren era lento y estaba repleto de checos, alemanes, franceses, todos rumbo a la misma misión. Por todos los vagones del tren se oía repetida una misma expresión, aunque con el acento distinto de todas las lenguas de Europa: *là-bas* (allí). Mi vagón, de tercera clase, estaba lleno de alemanes muy jóvenes, rubios, mal alimentados, vestidos con trajes de pésima calidad: los primeros trajes de imitación que pude ver. Los jóvenes alemanes salían en tropel del tren en cada parada que hacía, a comprar botellas de vino barato, y luego se quedaban dormidos en una especie de pirámide, directamente en el suelo del vagón. Mediado el trayecto por territorio francés, bajaron los pasajeros normales. Tal vez aún quedaran algunos periodistas anodinos, como yo, pero el tren ya era prácticamente un tren de tropas. Y eso se sabía en el campo. A primera hora de la mañana, mientras avanzábamos despacio por el sur de Francia, todos los campesinos que faenaban en los campos se volvían hacia el tren y se ponían firmes, con solemnidad, para hacer el saludo antifascista. Eran como una guardia de honor que saludara el paso del tren en cada trecho.

Al verlo, el comportamiento del viejo taxista fue adquiriendo poco a poco la debida perspectiva. Comprendí qué era lo que lo había tornado tan ofensivo de un modo innecesario. Estábamos en 1936, el año de las grandes huelgas. Blum seguía en el gobierno. La ola de sentimientos revolucionarios que barrió Francia afectó tanto a los taxistas como a los obreros de las fábricas. Con mi acento inglés, al taxista debí de parecerle un símbolo de los turistas haraganes y condescendientes que habían hecho todo lo posible por convertir a Francia en algo a caballo entre un museo y un burdel. A sus ojos, un turista inglés era la burguesía misma. Sólo quiso tomarse una pequeña represalia con los parásitos que por lo común contrataban sus servicios. Y me llamó la atención que los motivos del ejército políglota que llenaba el tren, y de los campesinos con el puño en alto, en los campos, y el mío mismo al ir a España, y el del taxista que me vilipendió, en el fondo, fueran el mismo.

La declaración oficial sobre las varillas de zahorí^[142], incluso, si se tiene en cuenta la declaración anterior que hizo Churchill, no es muy reveladora, ya que no se han dado cifras exactas sobre el número de personas afectadas. Todo lo que se nos dice es que la media fue de una treintena de bombas al día en Londres. Mis estimaciones, basadas tan sólo en los “incidentes” que he presenciado, son que cada varilla de zahorí que ha caído en Londres ha dejado una treintena de casas destruidas, y que hasta cinco mil personas pueden haberse quedado sin casa a diario. En cualquier caso, entre un cuarto de millón y medio millón de

personas han tenido que abandonar sus casas debido a las bombas en los últimos tres meses.

Se dice que los buenos jugadores de billar dan tiza al taco antes de hacer jugada, y que los malos lo hacen después. En esa misma línea, tendría que habernos ido de maravilla en la guerra si nos hubiésemos preparado para cada tipo de ataque aéreo antes de que sucediera, y no después. Poco antes de que estallara la guerra, a la vuelta de una reunión con otros oficiales, en Londres, uno me dijo que las autoridades estaban preparadas para que se produjeran doscientas mil víctimas por los ataques aéreos, sólo en la primera semana. Se habían preparado enormes reservas de ataúdes plegables, de cartón, y se habían cavado ya fosas comunes. Se hicieron también preparativos especiales de cara al incremento previsto en los trastornos mentales de la población. Luego resultó que las víctimas fueron bastantes menos, mientras los trastornos mentales tengo entendido que disminuyeron. Por otra parte, las autoridades no atinaron a prever que las personas bombardeadas se iban a quedar sin casa e iban a necesitar alimentos, ropa, cobijo y dinero. Y, si bien supieron prever las bombas incendiarias, no se dieron cuenta de que se necesitaría una provisión de agua alternativa, en caso de que los depósitos fueran reventados por las bombas.

Hacia 1942, estábamos todos preparados para los bombardeos de 1940. Habían aumentado los refugios, y en Londres eran miles los depósitos de agua que habrían salvado no pocos edificios históricos, caso de haber estado ya construidos cuando se declararon los incendios. Y entonces hizo aparición la varilla de zahorí, que, en vez de volar tres o cuatro casas, deja un número mucho mayor inhabilitado por completo, si bien los interiores quedan más o menos intactos. De ahí otro dolor de cabeza imprevisto: el almacenamiento del mobiliario. Los muebles de una casa alcanzada por una varilla de zahorí quedan más o menos intactos, pero hallar un lugar donde almacenarlos, y la mano de obra necesaria para el transporte, ha sido algo excesivo para las autoridades municipales. En general, los muebles se han dejado de cualquier manera en las casas abandonadas, sin vigilancia, donde lo que no se llevan los saqueadores se lo come la humedad.

Las cifras más significativas en el discurso de Duncan Sandy fueron las relativas a las contramedidas tomadas por los Aliados. Afirmó, por ejemplo, que si los alemanes habían disparado unas ocho mil varillas de zahorí, casi ocho mil toneladas de explosivos, nosotros lanzamos cien mil toneladas de explosivos en las bases enemigas, además de perder cuatrocientos cincuenta aviones y lanzar cientos de miles, o millones, de proyectiles antiaéreos. En estos momentos sólo es posible hacer cálculos aproximados, pero da la impresión de que la varilla de zahorí tiene un gran futuro por delante en las guerras venideras. Antes de descartarlo como algo inservible, vale la pena recordar que la artillería sólo tuvo un éxito parcial en la batalla de Crécy.

6 de octubre de 1944

Con permiso de una corresponsal, paso a citar algunos pasajes de una carta de instrucción que ha recibido hace poco de una conocida escuela de periodismo. Tal vez convenga explicar que, cuando ella realizó el “curso”, su profesor le pidió que aportara la información necesaria, escueta, acerca de su experiencia previa y su educación, y le indicó que escribiera un par de textos de prueba sobre algún asunto que fuera de su interés. Al ser esposa de un minero, escribió sobre las minas de carbón. He aquí la respuesta que recibí de alguien que se hace llamar “asistente del director de estudios”. Tendré que citarla por extenso:

He leído sus dos ejercicios con esmero e interés. Debería tener usted abundantes asuntos de los cuales escribir, pero debe poner cuidado, no se le meta algún asunto demasiado entre ceja y ceja. No son los mineros las únicas personas que pasan penurias. ¿Qué me dice de los jóvenes oficiales de Marina, que ganan menos que un minero cualificado, y que han de pasar tres o cuatro años lejos de su casa, de su familia, en climas helados o en el trópico? ¿Qué me dice de los muchos jubilados que malviven gracias a una escueta pensión, cuyas dos o tres libras de antes se han reducido a la mitad, debido al impuesto sobre la renta? Todos nos sacrificamos en esta guerra, y la llamada clase alta también ha pasado por adversidades.

En vez de escribir propaganda para los periódicos socialistas, haría usted mejor si describiera —para las amas de casa— cómo es la vida en una aldea minera. No se desviva usted por ser hostil ante propietarios y capataces, que, a fin de cuentas, son sus congéneres. Si ha de adoptar un aire de queja y resentimiento, hágalo con tolerancia, y encájelo con su trama, o con el tema que trata.

Muchos de sus lectores son personas a las que no interesa nada contemplar a los empresarios como traficantes de esclavos, como los capitalistas villanos de esta sociedad... Escriba con sencillez y naturalidad, sin empeñarse en palabras ni frases largas. Recuerde que su tarea consiste en entretener. No hay lector que, tras un largo día de trabajo, se tome la molestia de leer una enumeración de las quejas ajenas. Vigile estrictamente su tendencia a escribir sobre los “males” de la minería. Hay millones de personas que no olvidarán que los mineros se declararon en huelga mientras nuestros hijos y maridos luchaban contra los alemanes. ¿Dónde estarían hoy los mineros si las tropas se hubieran negado a combatir? Se lo comento para ayudarle a mantener la debida perspectiva. Le aconsejo que no escriba sobre asuntos muy controvertidos. Son difíciles de vender. Un relato sencillo de la vida de los mineros aguantará mucho mejor y tendrá mejores posibilidades... El lector medio está deseoso de conocer datos sobre formas de vida que no son las suyas, pero, a menos que sea idiota, o un truhán, no atenderá a ninguna propaganda unilateral. Olvide sus quejas y cuéntenos algo acerca de cómo se las apaña uno en la típica aldea minera. Cualquier revista femenina, sin duda, estará dispuesta a considerar un artículo destinado a las amas de casa sobre ese asunto.

Mi corresponsal, quien, al parecer, estuvo de acuerdo en pagar once libras por adelantado, el monto de la matrícula de este curso, me envió la carta con una pregunta: a mi juicio, ¿trataba su profesor de influir en ella para que diera a sus escritos un sesgo político aceptable? ¿Se trataba de un intento por disuadirla de que escribiera como una socialista?

Pienso, evidentemente, que sí, pero las implicaciones de esta carta son aún peores. No se trata de una sutil trama capitalista para entontecer a los trabajadores. El autor de esta descuidada carta no urde una trama siniestra. Es lisa y llanamente un burro (más bien una burra, diría yo, a juzgar por el estilo) sobre la cual no han dejado impresión alguna los años de bombardeos y de privaciones. Lo que viene a poner de manifiesto es la vitalidad indomeñable, como la de la mala hierba, que poseen algunos hábitos mentales de antes de la guerra. El autor o la autora de la carta da por sentado, bien se ve, que el único propósito del periodismo estriba en rascar un dinero del bolsillo de los empresarios cansados, y que la mejor manera de hacerlo es rehuir el relato de cualquier verdad desagradable sobre la sociedad actual. El público lector, razona, no quiere que se le haga pensar: por tanto, no le hagamos pensar. Uno anda en busca de una pasta gansa, ahí no entra ninguna otra consideración.

Todo el que haya tenido algo que ver con esos “cursos” de periodismo *free lance*,

todo el que se haya acercado al punto de estudiar el hoy extinto *Writer* y el *Writer's and Artists's Yearbook*, habrá reconocido el tono de la carta. “Recuerde que su tarea consiste en entretener”, “no hay lector que tras un largo día de trabajo se tome la molestia de leer una enumeración de las quejas ajenas”. “Le aconsejo que no escriba sobre asuntos muy controvertidos”; “son difíciles de vender”. Pasaré por alto el hecho de que, incluso desde un punto de vista comercial, semejante consejo es engañoso. Lo que importa es la suposición de que nunca cambia nada, de que el público siempre será, siempre habrá de ser el mismo hatajo de atontados, deseosos nada más que de drogarse, y de que ninguna persona en su sano juicio jamás se pondría ante la máquina de escribir si no es con la sola intención de producir morralla fácil de vender.

Cuando yo empecé a escribir, hace unos quince años, diversas personas —que, sin embargo, no lograron sacarme once libras a cambio— me aconsejaron de un modo casi idéntico al que he citado arriba. También entonces se tenía la sensación de que el público no deseaba tener conocimiento de nada “ingrato”, como el desempleo, y de que los artículos sobre asuntos “controvertidos” eran “difíciles de vender”. El pavoroso submundo del periodista *free lance*, el mundo de las habitaciones amuebladas de alquiler, las máquinas de escribir alquiladas, los sobres con la propia dirección en caso de devolución del artículo no solicitado, estaba completamente regido por la teoría de que “su tarea consiste en entretener”. Pero en aquel entonces había, al menos, cierta excusa. De entrada, el desempleo estaba muy extendido. Todos los periódicos y revistas estaban sitiados por multitud de aficionados que trataban frenéticamente de ganar alguna guinea suelta. Además, la prensa era incomparablemente más mentecata que ahora, y no era ni mucho menos falsa la afirmación de que los directores no publicarían una sola colaboración “desoladora”. Si uno contemplaba la escritura única y exclusivamente como una manera de ganar dinero, cualquier colaboración animada y superficial era seguramente la opción más segura. Lo deprimente es ver que para esa escuela de periodismo el mundo ha seguido inmóvil. Las bombas no han logrado nada. Desde luego, cuando leí esa carta tuve la sensación de que el mundo anterior a la guerra ha vuelto sobre nosotros, la misma sensación que tuve hace un rato, cuando, por la ventana de alguna siniestra cámara del Temple^[143] vi a una persona que con gran esmero y con placer evidente se dedicaba a abrillantar un sombrero de copa.

Es superfluo decir que los largos viajes en tren ya no son placenteros en estos tiempos, y que las compañías de ferrocarril no tienen ninguna culpa por muchas de las incomodidades que han de sufrir los viajeros. No es culpa suya que sea enorme el tráfico civil que va de acá para allá en una época en la que las fuerzas armadas monopolizan la mayor parte de los convoyes, ni que los vagones ingleses estén contruidos a todas luces con la clara intención de desperdiciar tanto espacio como sea posible. Esos viajes que a menudo entrañan el pasar seis o siete horas de pie, en un pasillo atestado de viajeros, podrían ser algo menos insufribles con unas cuantas reformas.

Para empezar: habría que borrar, de una vez por todas, la tontería de la primera clase. En segundo lugar: cualquier mujer que viaje con un bebé debería tener absoluta prioridad a la hora de disponer de asiento. En tercero, las salas de espera deberían estar abiertas toda la noche. Cuarto: si no es posible cumplir los horarios previstos, los mozos de cuerda y demás funcionarios ferroviarios deberían estar en posesión de la información precisa, y no, como ahora, decir al viajero que tendrá que cambiar de tren cuando no es el caso y viceversa. Además —y esto es mala cosa en tiempos de paz, pero es aun peor ahora—, ¿por qué no existe un medio asequible, barato, para desplazar el equipaje a través de

una gran ciudad? ¿Qué hace uno si tiene que viajar con un pesado baúl de Paddington a Camden Town? Tomar un taxi. ¿Y si no puede uno permitírselo, qué? Pues seguramente tendrá que pedir prestada una carretilla, o bien llevar el baúl en precario equilibrio sobre un cochecito. ¿Por qué no hay furgonetas baratas para el transporte de equipajes, tal como hay autobuses para los pasajeros? ¿Por qué no es posible transportar el equipaje por la red del metro?

Esta misma tarde, cuando a King's Cross ha llegado una nueva horda de evacuados que regresan, vi a un hombre y una mujer, obviamente fatigados tras un largo viaje, que intentaban subir a un autobús. La mujer llevaba en brazos a un bebé que lloraba a moco tendido, y de la otra mano llevaba a un niño de unos seis años. El hombre llevaba una maleta rota, mal sujeta por una cuerda y la cama del niño mayor. Se les negó la entrada a un autobús y a otro. Obviamente, ningún autobús puede llevar una cama de niño. ¿Cómo cabe esperar tal cosa? Por otra parte, ¿cómo iban a llegar esas personas a su domicilio? La cosa terminó al subir la mujer con los dos niños a un autobús, mientras el hombre echaba a caminar con la cama a cuestas. Por lo que sé, le quedaba un trayecto de siete kilómetros por delante.

En tiempos de guerra es de esperar esta clase de situaciones. Pero lo que cuenta es que si esas personas hubieran hecho el mismo viaje, con la misma carga, en tiempos de paz, su predicamento habría sido el mismo, y es que

Llueve igual a diario
sobre el justo y el injusto,
aunque más le llueve al justo,
pues el injusto tiene del justo su paraguas^[144].

Nuestra sociedad no sólo está organizada de manera que quien tenga dinero pueda permitirse ciertos lujos. A fin de cuentas, para eso es el dinero. Está organizada, también, de manera que quien no tenga dinero haya de pagar por ello a todas las horas del día con humillaciones e incomodidades absolutamente innecesarias, como es el caso de tener que caminar con una maleta que le corte los dedos, cuando con media corona podría llegar a donde va en menos de cinco minutos.

13 de octubre de 1944

Recientemente me contaron este cuento. Tengo razones para creer que es cierto.

Entre los prisioneros alemanes capturados en Francia hay cierto número de rusos. Hace algún tiempo fueron capturados dos que no hablaban ruso ni tampoco ninguna otra lengua conocida por parte de sus captores y de sus compañeros de prisión. De hecho, sólo podían conversar el uno con el otro. Un profesor de lenguas eslavas viajó desde Oxford, y no acertó a comprender ni una palabra de lo que decían. Se dio entonces el caso de que un sargento que había prestado servicio en las regiones fronterizas de la India los oyó conversar y reconoció la lengua, que, de hecho, sabía chapurrear. ¡Era tibetano! Tras hacerles algunas preguntas, logró que le contasen su historia.

Años antes se habían despistado, habían cruzado la frontera de la Unión Soviética y habían sido reclutados en un batallón de trabajos forzados, luego de lo cual fueron enviados al oeste de Rusia cuando estalló la guerra con Alemania. Los hicieron prisioneros los alemanes y los enviaron al norte de África; luego los enviaron a Francia, a una unidad de combate, cuando se abrió el segundo frente. Los hicieron allí prisioneros los británicos.

Durante todo este tiempo sólo pudieron hablar el uno con el otro. No tenían ni la menor idea de lo que sucedía, ni de quién luchaba contra quién.

Remataría la historia a pedir de boca que ahora fueran reclutados por el ejército británico y los enviasen al Asia Central, a luchar contra los japoneses, de modo que terminaran cerca de su lugar natal, aunque todavía absolutamente desconcertados a propósito de cuanto estaba ocurriendo a su alrededor.

Un periodista indio me envía un recorte de una entrevista que le hizo a Bernard Shaw. Éste dice una o dos cosas muy sensatas, y afirma que no se debería haber procedido a la detención de los líderes del Congreso, suceso que es en su totalidad una exhibición de pésimo gusto. He aquí una muestra:

P: Suponiendo que fuera usted un líder nacional de la India, ¿cómo habría tratado con los británicos? ¿Qué métodos habría propugnado usted para lograr la independencia de la India?

R: Por favor, no me ponga en una situación que no puede producirse. El logro de la independencia de la India no es de mi incumbencia.

P: ¿Cuál le parece que es la manera más eficaz para sacar a los británicos de la India? ¿Qué debería hacer el pueblo indio?

R: Convertir a los británicos en algo superfluo haciendo lo que ellos hacen, pero mejor. O bien asimilarlos mediante matrimonios mixtos. Los bebés británicos no prosperan en la India.

¿Qué clase de respuestas son éstas? ¿Cómo se le puede decir algo así a personas que se fatigan bajo el peso de un agravio tan inmenso como justificado? Shaw también se niega a felicitar a Gandhi por su cumpleaños, para lo cual aduce en su descargo que nunca lo hace con nadie. Y aconseja al pueblo indio no molestarse si Gran Bretaña repudia la inmensa deuda que ha contraído con la India a lo largo de la guerra. Me pregunto qué impresión causarán estas declaraciones a un joven estudiante indio que haya pasado dos años en la cárcel y que tenga noticia de que Bernard Shaw es uno de los pensadores “progresistas” más destacados de Gran Bretaña. ¿Es acaso de extrañar que incluso los indios más ecuanímenes estén sujetos a recelar continuamente de que “todos los ingleses son iguales”?

El librito de *sir* Osbert Sitwell^[145] y mis comentarios al respecto han provocado una cantidad inusual de cartas. Algunas de las cuestiones que se me comentan parecen requerir más comentarios.

Un corresponsal soluciona todo el problema afirmando que la sociedad puede seguir existiendo perfectamente sin el concurso de los artistas. También puede seguir su camino sin científicos, ingenieros, médicos, albañiles o peones camineros, al menos de momento. Podría, incluso, seguir como si tal cosa sin sembrar la cosecha del año próximo, siempre y cuando se entendiera que todo el mundo morirá de hambre en un plazo de doce meses.

Este concepto, que está bastante extendido, lo han fomentado precisamente aquellas personas que deberían saber mejor que nadie que no es así. Lisa y llanamente, replantea el problema de un modo novedoso. Lo que hace el artista no es inmediata ni obviamente necesario, al menos tal como lo es lo que hacen el lechero o el minero. Salvo en una sociedad ideal a la que aún no hemos llegado, o bien en épocas muy caóticas y de gran prosperidad, como la que ahora toca a su fin, en la práctica, esto significa que el artista necesita a algún mecenas: la clase dirigente, la Iglesia, el Estado o un partido político. Y preguntarse “¿cuál es mejor?” equivale, por lo común, a precisar “¿cuál interfiere menos?”.

Varios corresponsales señalaron que una solución es que el artista disponga de un medio alternativo para ganarse la vida. “Es muy factible —apunta P. Philips Price—

escribir y dedicarse a la causa socialista, a la vez que se acepta el patrocinio de la BBC, el Ministerio de Información, de Rank^[146] o del CEMA^[147]. La única salida es pasar por alguna forma menor de prostitución, así sea a tiempo parcial”. La dificultad en todo esto es que la práctica de la escritura, o de cualquier arte, exige muchísimo tiempo, energía y dedicación. Por si fuera poco, la clase de trabajo que suele encontrar un escritor en tiempo de guerra, si no está en las fuerzas armadas (e incluso si lo está, ya que siempre se da una representación proporcional), por lo común tiene que ver con la propaganda. Es en sí misma una especie de escritura. Para componer un panfleto propagandístico o un programa de radio se necesita tanto trabajo como para escribir algo en lo que uno crea, con la diferencia de que el producto acabado carece de todo valor. Podría dar una lista de escritores prometedores, o ya cernidos, que ahora mismo se sienten literalmente exprimidos, como las naranjas, en tal o cual trabajo de corte oficial. Es verdad que, en la mayoría de los casos, es voluntario. Desean que se gane la guerra de una vez por todas, y saben que todos han de sacrificar algo en ese empeño. Pero el resultado sigue siendo el mismo. Saldrán de la guerra sin nada que mostrar a cambio de tantos desvelos, sin siquiera la experiencia almacenada que el soldado acumula a cambio de su sufrimiento físico.

Si un escritor ha de tener una profesión alternativa, es mucho mejor que no tenga nada que ver con la escritura. Particular fue el éxito de Trollope en sus dos trabajos: escribía cerca de dos mil palabras a diario, entre las siete y las nueve de la mañana, antes de marcharse a trabajar a una oficina de correos. Pero es que Trollope era un hombre excepcional, no en vano iba de caza tres días a la semana y por lo común jugaba a las cartas hasta medianoche, de modo que no creo que trabajara demasiado en su empleo oficial.

Otros corresponsales han apuntado que en una sociedad genuinamente socialista la distinción entre artista y hombre de a pie tendría que borrarse del todo. Es muy probable, pero es que esa sociedad todavía no existe. Otros, en cambio, afirmaban con razón que el patrocinio del Estado es mejor garantía contra el hambre y las privaciones que el patrocinio particular, si bien me parecieron demasiado ansiosos por hacer caso omiso de la censura que tal patrocinio entraña. La línea habitual consistía en señalar que es preferible que el artista sea miembro responsable de una comunidad, y no que sea un individualista anárquico. La cuestión, ahora bien, no se halla entre la “expresión del propio yo” irresponsable y, de otro lado, la disciplina. Se halla entre verdad y mentira.

Los artistas no suelen poner reparos a la disciplina estética. Los arquitectos planifican iglesias o teatros con la misma presteza. Los escritores pasan de las novelas en tres volúmenes a las novelas en uno solo, o de una pieza teatral a una película, según sea la demanda. Pero la cuestión es que ésta es una época política. Un escritor inevitablemente escribe —y, aunque de un modo menos directo, esto es así en todas las artes— sobre sucesos contemporáneos, y su impulso lo lleva a decir lo que cree que es verdad. Pero no hay gobierno, ni gran organización, que vaya a pagar nada por la verdad. Por tomar un ejemplo un tanto tosco: ¿puede alguien imaginar que el gobierno británico encargase a E. M. Forster la escritura de *Pasaje a la India*? Sólo pudo escribirlo porque no dependía de la ayuda del Estado. Multiplíquese el ejemplo por un millón y se verá el peligro que comporta: no, desde luego, en una economía centralizada, sino en nuestro avance hacia una época colectivista, sin recordar que el precio de la libertad es la vigilancia eterna.

1 de diciembre de 1944

Las V₂ (me han dicho que ahora se pueden mencionar por impreso, al menos

mientras se les llame V_2 y no se entre en una descripción demasiado minuciosa de las mismas)^[148] aportan un nuevo ejemplo de la desobediencia que es propia de la naturaleza humana. La gente se queja del inesperado y tremendo destrozo que causan. “No sería tan terrible si al menos dieran algún aviso”, es lo que suele decirse. Existe, incluso, una clara tendencia a hablar con un punto de nostalgia de los tiempos de la V_1 . Las viejas varillas de zahorí al menos daban un margen para que uno se refugiase bajo la mesa, etc. Lo cierto es que en la época en que caían las varillas de zahorí como llovidas del cielo, el motivo de queja más habitual se refería al inquietante compás de espera de que se disponía antes de que estallaran. Hay gente que nunca se dará por satisfecha. Yo personalmente no le tengo ningún aprecio a la V_2 , y menos en este instante, en que la casa aún parece bambolearse a resultas de una reciente explosión, pero lo que me deprime en todo esto es el modo en que se pone a hablar la gente de la próxima guerra que vendrá. Cada vez que estalla uno de estos proyectiles oigo lúgubres referencias a “la próxima vez”, y esta reflexión: “Supongo que para entonces podrán lanzarlas incluso en la otra orilla del Atlántico”. En cambio, si uno pregunta quién combatirá contra quién tan pronto estalle esa próxima guerra que se espera de un modo universal, es imposible dar con una respuesta clara. No es más que una guerra abstracta. La idea de que los seres humanos podrían alguna vez conducirse con cordura parece haber desaparecido por completo de la memoria colectiva.

Maurice Baring, en su libro sobre literatura rusa, que se publicó en 1907 y que seguramente fue el medio de introducción de muchos lectores de este país a los grandes novelistas rusos, comenta que los libros ingleses siempre gozaron de notable popularidad en Rusia. Entre los predilectos del público ruso menciona el *Diario de un Don Nadie* (que, por cierto, se ha reimpresso en la Biblioteca Everyman, lo digo por quien pueda encontrar un ejemplar).

Siempre me he preguntado a qué demonios podrá parecerse el *Diario de un Don Nadie* en traducción rusa, y he dado en sospechar, por qué negarlo, que los rusos tal vez lo disfrutaran porque una vez traducido sonaría semejante a Chéjov. En cierto modo, sería una muy buena lectura para quien deseara hacerse una imagen precisa de la vida en Inglaterra, aun cuando esté escrito en la década de 1880 y despida un fuerte olor a esa época. Charles Pooter es un verdadero inglés, tanto por su caballería nativa como por su impenetrable estupidez. Lo más interesante, de todos modos, es seguir este libro hasta sus orígenes. ¿De dónde proviene, en definitiva? Casi con toda certeza, creo yo, de *Don Quijote*, del cual es desde luego una suerte de versión anglicizada y moderna. Pooter es un hombre de altas miras, incluso aventurero, que sufre de continuo desastres causados por su propia insensatez, y está rodeado por toda una tribu de Sancho Panzas. Pero al margen de la relativa mansedumbre de las cosas que le suceden, bien se ve, en el final de ambos libros, la enorme diferencia que media entre la época de Cervantes y la nuestra.

Al final, los Grossmith se apiadan del pobre Pooter. Todo, o prácticamente todo, se arregla y sale bien, y al fin hay un deje sentimental que no casa del todo con el resto del libro. Lo cierto es que, a pesar del modo en que nos comportamos realmente, ya no interpretamos que infligir daño sea algo meramente divertido. Nietzsche comenta en alguna parte que el patetismo de *Don Quijote* bien podría ser un descubrimiento moderno. Es muy probable que Cervantes no se hubiera propuesto que don Quijote parezca patético; tal vez sólo aspiraba a que resultara divertido, tal vez quiso hacer un chiste cuando al pobre viejo le saltan los dientes de una pedrada. Al margen de que ése sea el caso de don Quijote, tengo la certeza de que lo es en Falstaff. Con la posible excepción de la última escena de *Enrique V*, no hay nada con lo cual demostrar que Shakespeare viese en Falstaff una figura patética,

además de cómica^[149]. No es sino un saco de arena que la fortuna golpea a su antojo, una suerte de Billy Bunter con el don de la palabra. Lo que más triste nos parece es la inevitable dependencia que tiene Falstaff de su odioso señor, el príncipe Harry, al cual sir John Masefield describió de forma precisa y convincente diciendo que era “un bruto asqueroso y gordezuelo”. No hay una sola señal, o, al menos, no es una señal clara, de que Shakespeare viese nada patético ni degradante en tal relación.

Dígase lo que se quiera decir: las cosas cambian. Hace unos cuantos años iba yo caminando por el puente de Hungerford con una dama de unos sesenta años de edad, tal vez, algo menos. Había marea baja, y al ver los lechos de fango asqueroso, casi líquido, comenté: “Cuando yo era niña, aquí veníamos a echar monedas a las alondras de barro”.

Me intrigó la expresión, le pregunté qué eran las alondras de barro. Me explicó que en aquellos tiempos los mendigos profesionales, llamados alondras de barro, se sentaban bajo el puente a la espera de que les arrojasen monedas sueltas. Las monedas se hincaban en el fango, a veces a cierta profundidad, y las alondras de barro se lanzaban de cabeza a por ellas. Aquello se consideraba un espectáculo entretenidísimo.

¿Habría alguien capaz de degradarse hoy en día de ese modo? ¿Y cuántas personas se lo pasarían bien ante semejante espectáculo?

Poco antes de morir asesinado, Trotski había terminado una *Vida de Stalin*. Es de suponer que no se trata de un libro objetivo al cien por cien, aunque es evidente que una biografía de Stalin escrita por Trotski (o, ya puestos, una biografía de Trotski escrita por Stalin) sería un caballo ganador desde el punto de vista de las ventas. Iba a publicarlo una conocida editorial norteamericana. El libro estaba ya impreso y —éste es el punto que he querido verificar antes de comentar el asunto en mis notas— se habían distribuido los ejemplares habituales a la crítica, cuando Estados Unidos entró en guerra. El libro fue retirado de inmediato. A los críticos se les pidió cooperación, esto es, que “evitaran cualquier comentario acerca de la biografía y su aplazamiento”.

Han cooperado de manera encomiable. Este asunto ha pasado casi sin comentario alguno en la prensa norteamericana y, por lo que se me alcanza, no se ha dicho nada al respecto en la prensa británica, aunque los hechos eran de sobra conocidos y obviamente merecedores de un párrafo o dos.

Desde la entrada de los Estados Unidos en guerra, los Estados Unidos y la URSS han sido aliados. Creo por eso que la retirada del libro fue un acto comprensible, ya que no admirable. Hace no mucho asistí a una reunión del PEN Club con la cual se quiso conmemorar el tricentenario de la *Areopagítica* de Milton, su famoso tratado sobre la libertad de prensa. Se hicieron incontables discursos para recalcar la importancia de la libertad intelectual, incluso en tiempo de guerra. Si mal no recuerdo, se imprimió en el folleto del PEN la frase de Milton acerca del pecado especialísimo de “asesinar” un libro. Pero no oí una sola referencia sobre este asesinato en particular, la realidad del cual, sin duda, era de sobra conocida para muchos de los asistentes.

He aquí otra adivinanza. El siguiente pasaje, citado con frecuencia, está tomado del acto V de *Timón de Atenas*, la tragedia de Shakespeare:

[Habla Timón con Flavio y los senadores] “No vengáis a verme, sino decid a Atenas / que Timón ha puesto su morada eterna / al borde de la playa que la sal moja, / y una vez al día su agitada espuma / ha de cubrir la turbulenta acometida”. (*Timón de Atenas*, V, I).

El pasaje contiene tres errores. ¿Cuáles son?

29 de diciembre de 1944

[...] En *Tribune* del 15 de diciembre, un corresponsal manifestaba su “espanto y repugnancia” al saber que en contra de los griegos se habían empleado tropas indias, y lo comparaba con la acción de Franco, al recurrir a las tropas moras contra la República española.

Me parece importante que esta pista falsa deje de cruzar por nuestra senda. De entrada, las tropas indias no son, en puridad, comparables con los moros de Franco. Los reaccionarios jefes moros del Marruecos español, que tenían con Franco la misma relación que los príncipes de la India con el Partido Conservador británico, enviaron a sus hombres a España con el propósito muy consciente de aplastar una democracia. Las tropas indias son mercenarias, que están al servicio de los británicos bien por tradición familiar, bien por tener un empleo, aunque últimamente una porción ha empezado seguramente a tenerse por un verdadero ejército indio, núcleo de las fuerzas armadas de un futuro Estado independiente de la India. No es probable que su presencia en Atenas tenga ninguna repercusión política. Seguramente, se dio la casualidad de que eran las tropas disponibles más cercanas al teatro bélico.

Pero es que, además, tiene la máxima importancia que los socialistas no tengan ningún trato con los prejuicios de raza. En unas cuantas ocasiones —la ocupación de la cuenca del Ruhr en 1923 y la Guerra Civil española, sin ir más lejos—, la acusación de “recurrir a soldados de color” se ha esgrimido como si fuese peor morir acribillados por indios o por negros que por europeos. Nuestro crimen en Grecia no es otro que haber interferido en asuntos internos de la propia Grecia: el color de las tropas que cumplan las órdenes es irrelevante. En el caso de la ocupación del Ruhr, tal vez tuvo justificación la protesta en contra del uso de tropas senegalesas porque los alemanes seguramente lo consideraron una humillación adicional, y los franceses tal vez recurriesen a soldados negros precisamente por ese motivo. Pero tales sentimientos no son universales en Europa, y dudo mucho que en cualquier parte exista un prejuicio contrario a los soldados indios, que tienen fama por su buena conducta.

Nuestro corresponsal podría, en cambio, haber señalado que en un asunto de esta especie es particularmente mezquino hacer uso de tropas coloniales, políticamente incultas, que no entienden la clase de trabajo sucio en que están envueltas. Al menos, no insultemos a los indios al dar a entender que su presencia en Atenas es más ofensiva que la de las tropas británicas.

12 de enero de 1945

Hace algún tiempo, un corresponsal escribió para preguntar si había visto yo la exposición de estatuas de cera en la que se muestran las atrocidades de los alemanes, que ha estado abierta al público londinense durante un año, puede que algo más. A la entrada, los carteles dicen por ejemplo: *Los horrores del campo de concentración*, o *Pasen y vean a los auténticos torturadores nazis. Flagelaciones, crucifixiones, cámaras de gas, etc. La sección de diversiones infantiles no entraña cargo adicional.*

Fui, en efecto, a ver esta exposición hace bastante tiempo. Quisiera advertir a todo posible visitante que es una gran decepción. De entrada, muchas de las figuras no son de tamaño natural, y sospecho que algunas ni siquiera son verdaderas estatuas de cera, sino meros maniqués de sastre a los que se ha encasquetado una cabeza. En segundo lugar, las torturas representadas no son ni de lejos tan espeluznantes como cabe pensar a tenor de los

carteles expuestos a la entrada. Toda la exposición es desaliñada, irreal, deprimente. Sin embargo, supongo que sus responsables han hecho todo lo posible, y los rótulos tienen interés por la completa sinceridad que demuestran en su apelación al sadismo y al masoquismo. Antes de la guerra, quien fuera un entusiasta de la lucha libre, o escribiera cartas a su parlamentario de distrito para protestar por la abolición de las azotainas, o rondara las librerías de lance en busca de libros tales como *Los placeres de la cámara de tortura*, se exponía a ser objeto de muy desagradables sospechas. Ahora, en cambio, le será posible refocilarse en las descripciones más desagradables de la tortura y la masacre, no sólo sin la menor sensación de culpa, sino también con la impresión de llevar a cabo un acto político digno de toda alabanza.

No quiero dar a entender que lo que se cuenta sobre las atrocidades de los nazis sea falso. En gran medida, creo que cuanto se dice es verdad. Estos horrores, sin duda, se produjeron en los campos de concentración de Alemania antes de la guerra, y no hay motivo para creer que cesaran con el comienzo de las hostilidades. Pero lo cierto es que se han exagerado sobremanera, porque proporcionan a los periódicos un pretexto perfecto para la pornografía. Los periódicos de esta mañana abundan en el Informe Oficial del Ejército Británico sobre las atrocidades de los nazis. Ponen gran cuidado en informarnos de que se flagelaba a las mujeres desnudas. A veces destacan este hecho por medio de un titular. Cualquier periodista responsable sabe de sobra qué está haciendo. Sabe que son innumerables las personas que se excitan sádicamente sólo con pensar en la tortura, especialmente en la tortura de mujeres, y se embolsan pingües beneficios gracias a esta extendidísima neurosis. No hay por qué sentir escrúpulos, ya que se trata de actos cometidos por el enemigo, y el disfrute que uno obtiene de ellos se puede disimular so capa de desaprobación. Y es posible experimentar una excitación semejante ante la barbarie de los actos cometidos por los nuestros, en tanto y en cuanto se consideren justo castigo que se inflige a los malhechores.

La verdad es que aún no hemos llegado al extremo de los espectáculos circenses de los romanos, pero así podría ser, siempre y cuando se dispusiera de los pretextos necesarios. Por ejemplo, si se anunciase que los principales criminales de guerra van a ser arrojados a los leones, o pisoteados hasta morir por los elefantes, sin ir más lejos, en el estadio de Wembley, me imagino que el espectáculo contaría con una muy nutrida asistencia.

Invito al lector a que se fije en un artículo titulado “¿La verdad sobre Mihailovic?” aparecido en el último número de *World Review*, su autor, por cierto, también escribe en *Tribune*. Trata de la campaña de la prensa británica y de la BBC por tachar a Mihailovic de espía alemán.

La política yugoslava es de una complejidad extrema. No seré yo quien alardee de ser un experto en la materia. Por lo que se me alcanza, fue absolutamente correcto por parte de Gran Bretaña, así como de la URSS, prescindir de Mihailovic y apoyar, en cambio, a Tito. Pero lo que me interesa es la presteza, una vez tomada la decisión, de los periódicos británicos de más reputación a la hora de mostrarse en connivencia con algo a todas luces equivalente a una falsificación, con objeto de desacreditar al hombre al que pocos meses antes prestaban todo su apoyo. No cabe duda de que esto es lo ocurrido. El autor del artículo da detalles de un solo ejemplo, dentro de una serie de ejemplos muy variados, en el que los hechos patentes se suprimieron de un modo impúdico. Ante pruebas concluyentes de que Mihailovic no era un agente alemán, la mayoría de nuestros diarios se negaron a publicarlas, al tiempo que repetían las acusaciones de traición exactamente igual que antes...

En el mismo número de *World Review* veo que Edward Hulton comenta con manifiesta desaprobación que “la pequeña ciudad de Atenas posee más periódicos que Londres”. A lo cual sólo puedo yo decir: pues, ¡qué suerte tiene Atenas! Sólo cuando hay un gran número de periódicos, que dan voz a todas las tendencias, existe alguna posibilidad de llegar a la verdad. Contando los vespertinos, en Londres sólo se publican doce diarios, que abarcan todo el sur de Inglaterra y penetran por el norte hasta Glasgow. Cuando todos deciden contar la misma mentira, no hay prensa minoritaria que actúe de cortapisa. En la Francia de antes de la guerra, la prensa era, en su inmensa mayoría, sobornable e insidiosa, si bien era posible dar con más noticias que en la prensa británica, porque todas las facciones políticas contaban con su periódico, y su punto de vista tenía un portavoz. Me sorprendería que Atenas mantenga esa multiplicidad de periódicos con la clase de gobierno que aparentemente nos hemos propuesto instaurar allí.

2 de febrero de 1945

Acabo de releer con gran interés un libro que fue uno de mis favoritos en mi adolescencia: *The Green Curve* [La curva verde], de “Ole Luk-Oie”. “Ole Luk-Oie” era el seudónimo del comandante Swinton (después, general Swinton), quien, según tengo entendido, es una de las varias personas a las que se atribuye la invención del tanque. Los relatos de este libro, escritos hacia 1908, son las predicciones de futuro que propone un soldado profesional e inteligente, que había aprendido las lecciones de la guerra de los Bóers y de la guerra ruso-japonesa. Es interesante compararlas con lo que sucedió, en realidad, pocos años después.

Uno de los relatos, que data de 1907 (fecha en la cual ningún aeroplano se había levantado del suelo durante más que unos segundos), describe un ataque aéreo. ¡Los aviones transportan bombas de cuatro kilos! Otro de los relatos, del mismo año, trata sobre una invasión alemana de Inglaterra. Me llamó sobre todo la atención el hecho de que en este relato a los alemanes ya se les llama “los hunos”. Yo había tenido inclinación de atribuir el uso del término “huno” como designación de los alemanes a Kipling, pues, en efecto, lo empleó en el poema que publicó durante la primera semana de la pasada guerra.

A pesar de los esfuerzos de varios periódicos, “huno” es un vocablo que nunca ha tenido fortuna en esta guerra. En cambio, abundan los apodos ofensivos. Se podría escribir una valiosa monografía sobre el empleo de los nombres que suscitan de inmediato una pregunta, y de los epítetos, así como sobre su efecto en el oscurecimiento de las polémicas de tema político. Así se podría sacar a la luz el hecho, curioso cuando menos, de que, si uno acepta sin más y se aplica un nombre que obedece a un deseo de insultar, el apelativo, posiblemente, termine por perder su carácter insultante. Tal parece ser el caso de “trotskista”, término que empieza a estar peligrosamente cerca de ser un cumplido. Igual sucedió con “conchy” [apodo de los objetores de conciencia] en la pasada guerra. Otro ejemplo es “britisher”. Este término se empleó durante años, en la prensa norteamericana más anglófoba, de manera oprobiosa. Con posterioridad, Northcliffe y otros, al buscar algún término que sustituyese a “englishman”, convencidos de que éste poseía un sabor imperialista y chauvinista, se encontraron con “britisher” y lo aprovecharon. Desde entonces, el vocablo tiene un aura de patriotismo barriobajero. Uno descubre que quien dice, por ejemplo, que “los nativos necesitan mano dura” es la misma persona que afirma “estar orgullosa de ser *britisher*”. Lo cual vendría a ser lo mismo que si un nacionalista chino se proclamase “chino chano”.

Un panfleto recibido hace poco del Comité de Amigos de la Paz afirma que si se pone en marcha el actual plan para excluir a todos los polacos de las zonas de Polonia que pasarán a manos de la URSS y, en compensación, expulsar a la porción correspondiente de los alemanes que ocupan las zonas que habrán de ser ocupadas por Polonia, “esto implicará el traslado forzoso nada menos que de siete millones de personas”.

Según otras estimaciones, tengo entendido que la cifra es aún más elevada, pero asumamos que se trate de siete millones. Es el equivalente a privar de sus raíces y trasplantar a otros lugares a toda la población de Australia, o al total de los habitantes de Irlanda y Escocia. No soy yo experto en transportes y realojamiento; me gustaría disponer, por parte de alguien mejor cualificado que yo, de un cálculo, al menos aproximado, sobre (a) cuántos vagones y locomotoras serían necesarios para transportar a esos siete millones de personas con su ganado, maquinaria agrícola y enseres domésticos, y cuánto tiempo tendrían que estar funcionando los convoyes; (b) cuántos van a morir de hambre o por la penuria de quedarse a la intemperie si sencillamente se les obliga a viajar sin su ganado, maquinaria y enseres.

Me imagino que la respuesta de (a) mostraría que este enorme crimen no puede en realidad llevarse a cabo, ni siquiera si se lograra poner en marcha, con la confusión, el sufrimiento y la siembra de odios irreconciliables que tendría por resultado. Entretanto, el pueblo británico debería entender, de una vez por todas, con todo el detalle y concreción posibles, con qué clase de medidas políticas lo pretenden comprometer sus estadistas.

Una explosión no demasiado lejana hace retemblar la casa, las ventanas se estremecen en los marcos; en la habitación contigua, dos chiquillos de la quinta del 46 se despiertan y se ponen a llorar asustados. Cada vez que esto sucede me da por pensar lo mismo: “¿Es posible que los seres humanos continúen con esta locura por mucho más tiempo?”. La respuesta ya la sabemos, claro está. De hecho, hoy en día lo difícil es encontrar a alguien convencido de que no habrá otra guerra en el futuro más o menos inmediato.

Alemania, supongo, será derrotada este año. Cuando Alemania deje de estar en liza, Japón no podrá hacer frente al poder militar combinado de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Llegará entonces una paz por agotamiento. Sólo estallarán guerras de menor envergadura, puramente locales, sin declaraciones oficiales, por todas partes. Es posible que esa presunta paz dure décadas. Después, tal como el mundo va conformándose a día de hoy, podría darse el caso de que esa guerra llegue a ser permanente. Ya ahora mismo, de manera muy visible, y más o menos con la aquiescencia de todos nosotros, el mundo se va dividiendo en las dos o tres entidades supraestatales que previo James Burnham en *Managerial Revolution*. Todavía no es posible trazar con precisión cuáles son sus límites, pero más o menos se ve con claridad qué áreas abarcará cada una. Y si el mundo se ajusta a este patrón, es probable que esos vastísimos Estados estén unos en guerra permanente con los otros, aunque no haya de ser necesariamente una guerra ni muy intensiva ni muy sangrienta. Los problemas de esos Estados, tanto económicos como psicológicos, serán mucho más simples de resolver cuando las bombas volantes surquen constantemente los cielos propios y ajenos.

Si esas dos o tres entidades supraestatales llegan a establecerse, no sólo serán todas ellas demasiado vastas para ser conquistadas por una potencia enemiga, sino que tampoco tendrán la menor necesidad de entablar relaciones comerciales unas con otras. De hecho, se hallarán en condiciones de impedir todo contacto entre sus ciudadanos. En realidad, desde hace una docena de años, hay grandes regiones de la Tierra que no mantienen contacto de

ninguna clase, aun cuando, técnicamente, se hallen en paz.

Hace algunos meses, en esta columna señalé que los inventos científicos modernos tienen tendencia más a impedir que a incrementar la comunicación internacional. Esto me supuso varias cartas de lectores enojados, aunque ninguno de ellos fue capaz de demostrar la falsedad de lo que yo había dicho. Meramente, replicaron que si tuviéramos un régimen socialista, al avión, a la radio, etc., no se les habría dado un uso perverso y erróneo. Muy cierto, desde luego, pero es que no tenemos un régimen socialista. Tal como están las cosas, un avión es, ante todo, un artefacto que sirve para bombardear; mientras que la radio es, ante todo, un artefacto para dar pábulo al nacionalismo. Incluso, antes de la guerra, era sensiblemente reducido el contacto entre los diversos pueblos de la Tierra, mucho menor que treinta años antes, y la educación se hallaba pervertida, la historia era reescrita, la libertad de pensamiento estaba suprimida hasta extremos insospechados en épocas anteriores. No hay síntomas de que ninguna de estas tendencias vaya a subvertirse.

Tal vez, soy pesimista. Sea como fuere, éstos son los pensamientos que se me pasan por la cabeza (y por las de muchas otras personas, creo yo) cada vez que la explosión de una bomba V atruena en medio de la niebla.

Una pequeña historia que encontré en un libro.

Alguien recibe una invitación para ir a cazar leones. “Pero... —exclama— ¡si yo no he perdido ningún león!”.

16 de febrero de 1945

La semana pasada recibí un ejemplar de una declaración sobre el futuro de Birmania, publicada por la Asociación Birmana, organización a la cual están afiliados casi todos los birmanos residentes en este país. No estoy seguro de que sea una organización representativa en grado muy elevado, pero es probable que sirva de portavoz a los deseos de la mayoría de los birmanos con conciencia política. Por diversas razones que trataré de aclarar, la declaración que acaba de publicarse es un documento importante. Muy resumidamente, plantea las siguientes exigencias:

(a) Una amnistía para los birmanos que han colaborado con los japoneses durante la ocupación, (b) Una declaración en la que el gobierno británico se comprometa a dar la fecha definitiva en la que Birmania alcanzará el estatus de Dominio; a ser posible, en un periodo inferior a seis años. Entretanto, el pueblo de Birmania elegirá una Asamblea Constituyente, (c) Que no haya un íterin de “gobierno directo”, (d) Que el pueblo de Birmania tenga una mayor participación en el desarrollo económico de su país, (e) Que el gobierno británico promulgue de inmediato y sin equívocos una declaración de intenciones relativa a Birmania.

Lo más asombroso de todas estas exigencias es lo moderadas que resultan. Ningún partido político de tintes nacionalistas, ninguna esperanza de contar con un seguimiento masivo podrían demandar menos que esto. Ahora bien: ¿por qué son tan exiguas las demandas de estas personas? Bien, cabe suponer que hay dos razones. De entrada, la experiencia habida en la ocupación japonesa probablemente ha hecho que el estatus de Dominio sea una meta más tentadora de lo que era hace tres años. Sin embargo, y es mucho más importante, si son tan cortas sus exigencias, probablemente se deba a que cuentan con que se les ofrezca todavía menos. Y yo diría que esa suposición es correcta. De hecho, de las modestísimas sugerencias enumeradas antes, es probable que sólo la primera llegue a buen puerto.

El gobierno nunca ha hecho ninguna declaración inequívoca acerca del futuro de Birmania, aunque han corrido rumores persistentes sobre la idea de que, cuando sean expulsados los japoneses, se volverá a un “gobierno directo”, que es la forma educada de llamar a una dictadura militar. ¿Y qué es lo que sucede políticamente en Birmania en estos momentos? Lisa y llanamente, no lo sabemos: en ningún periódico he visto una sola palabra acerca de cómo se han de administrar los territorios reconquistados. Para captar el significado de este punto en concreto basta con observar el mapa de Birmania. Hace un año, Birmania propiamente dicha estaba en manos de los japoneses, mientras los Aliados luchaban en territorios selváticos, apenas poblados por tribus harto primitivas, que nunca han sufrido mayores interferencias y que tradicionalmente son probritánicas. Ahora mismo penetran en el corazón de Birmania. Algunas localidades bastante importantes, centros administrativos, han caído en sus manos. Varios millones de birmanos han de hallarse otra vez bajo la bandera británica. Sin embargo, nada se nos dice acerca de la forma de administración que se está implantando. ¿Es acaso de extrañar que todos los birmanos capaces de pensar se teman lo peor?

Es de vital importancia interesar al público británico en esta cuestión, si es que es posible. Con los ojos pendientes de Europa, se nos olvida que en el otro extremo del mundo hay todo un rosario de países que aguardan la liberación, y que en prácticamente todos los casos existe la esperanza de que el futuro sea algo mejor que un simple cambio de conquistadores. Birmania será, con toda probabilidad, el primer territorio británico que se reconquiste, y será la prueba: una prueba mucho más crucial que las de Grecia o Bélgica, no sólo porque hay mayor número de personas implicadas, sino porque ha de ser casi por completo responsabilidad de los británicos. Si debido a la apatía y la ignorancia dejamos que Churchill, Amery y compañía impongan un régimen reaccionario que nos lleve a perder la amistad del pueblo birmano para siempre, será una hecatombe terrible.

Durante uno o dos años, después de la marcha de los japoneses, en Birmania reinará un humor receptivo, más probritánico de lo que ha sido en los últimos diez o doce años. Ése será el momento de realizar un gesto generoso. No sé si el estatus de Dominio es la mejor de las soluciones posibles. Si un porcentaje de birmanos políticamente conscientes piden el estatus de Dominio, sería monstruoso permitir que los conservadores se lo negasen en un estéril empeño por remontarse al pasado. Además, ha de fijarse una fecha que no sea muy lejana. Tanto si este pueblo permanece dentro de la Commonwealth británica como si sale de ella, lo que a la larga ha de importar es que disfrutemos de su amistad, de la que podemos gozar, siempre y cuando no les engañemos en un momento de crisis. Cuando llegue el momento de decidir el futuro de Birmania, los birmanos más atentos no han de volver sus ojos hacia Churchill. Nos buscarán a nosotros, al movimiento laborista, por ver si todas nuestras palabras sobre la democracia, la autodeterminación, la igualdad racial y todo lo demás contienen, de hecho, alguna verdad. No sé si estará en nuestra mano imponer un acuerdo decente al gobierno; sí sé, en cambio, que nos perjudicaremos de una manera irreparable si no armamos, al menos, el mismo alboroto que hicimos en el caso de Grecia.

Cuando se le preguntó cuál es el más sabio de los animales, un sabio japonés respondió así: “El que el hombre aún no ha descubierto”.

Acabo de ver en un libro la afirmación de que las focas grises, del tipo que se encuentra en las costas de Gran Bretaña, no son, hoy, más de unas diez mil. Es de suponer que escasean porque las hemos ido exterminando, al igual que sucede con tantos otros animales que tienen una confianza excesiva. Las focas son bastante domésticas, parecen siempre muy curiosas. Siguen a un barco durante muchas millas náuticas; a veces, incluso,

nos siguen cuando caminamos por la orilla. No existe una sola razón por la cual haya que matarlas. Las pieles no sirven para abrigo; al margen de que se comen a unos cuantos pescados, no son dañinas.

Se reproducen, sobre todo, en islas deshabitadas. Esperemos que algunas de esas islas sigan estando deshabitadas, de modo que los infortunados animales puedan librarse de un exterminio total. Lo cierto es que ya no llevamos a cabo matanzas de animales tan persistentes como antes. Dos especies de aves, el avetoro y la cuchareta, extintas durante muchos años, han logrado reacomodarse en Gran Bretaña. Incluso se ha fomentado su aclimatación y cría en algunos lugares. Hace treinta años, cualquier avetoro que asomara el pico por este país habría sido abatido y disecado de inmediato.

Se dice que la Gestapo cuenta con equipos de críticos literarios cuyo cometido no es otro que precisar, mediante comparaciones estilísticas, la autoría de los panfletos anónimos. Siempre he pensado que, si fuese por una causa mejor, ése es exactamente el trabajo que me gustaría tener...

15 de noviembre de 1946

A medida que asoman las nubes por el horizonte político, la mayoría mucho mayores y mucho más sucias que la mano de un hombre, aparece un hecho que se impone sobre todos los demás una y otra vez, a saber, las complicaciones por las que atraviesa el gobierno, tanto en el presente como en el futuro, que provienen, en gran medida, de los fracasos en la tarea de darse la debida publicidad en que incurre el gobierno mismo.

A la ciudadanía no se le dice con la suficiente claridad qué está pasando, y por qué, y qué cabe esperar que suceda en el futuro inmediato. A resultas de ello, cualquier calamidad, sea de las dimensiones que sea, toma por sorpresa a la masa de la ciudadanía, y el gobierno incurre así en una mayor impopularidad, al tomar medidas que cualquier gobierno, de cualquier signo, tomaría en idénticas circunstancias.

Tomemos, por ejemplo, un asunto que ha salido mucho en las noticias de un tiempo a esta parte, pero que nunca se ha aireado como debiera: la inmigración de la mano de obra extranjera que se da en este país. Recientemente, hemos oído una protesta tremenda en el congreso de los sindicatos en contra de que se permita a los polacos trabajar en dos sectores en los que, sin embargo, se necesita urgentemente mano de obra: la minería y la agricultura.

De nada serviría descartar esta protesta como algo orquestado por los simpatizantes comunistas, ni tampoco justificarlo diciendo que todos los refugiados polacos son fascistas que “se pavonean” con sus monóculos y maletines de cuero.

La cuestión, más bien, estriba en dirimir si la actitud de los sindicatos británicos sería más acogedora en el supuesto de que se tratara no de presuntos fascistas, sino de víctimas del fascismo reconocidas como tales.

Por ejemplo, centenares de miles de judíos sin hogar tratan ahora mismo, a la desesperada, de llegar a Palestina. No cabe duda de que muchos a la postre lo conseguirán, mientras que otros muchos verán frustradas sus esperanzas. ¿Y si invitásemos, por ejemplo, a cien mil judíos a instalarse en este país? ¿Y qué hay de las “personas desplazadas”, que rondan casi un millón, esparcidas por campos diversos en toda Alemania, sin futuro, sin ningún sitio al que acudir, una vez que tanto los Estados Unidos como los Dominios Británicos les han negado la entrada en cantidades muy importantes? ¿Y si resolviéramos sus problemas otorgándoles la ciudadanía británica?

Es fácil imaginar cuál sería la respuesta del británico medio. Antes incluso de la

guerra, cuando la persecución nazi estaba en pleno apogeo, nunca hubo aquí un respaldo popular fuerte a la idea de permitir que una cantidad importante de judíos se acogiera a refugio en este país. Tampoco hubo nunca un movimiento fuerte para acoger a los centenares de miles de españoles que huyeron de Franco para terminar acorralados tras alambre de espino en Francia.

En este sentido, hubo muy pocas protestas en contra del internamiento de los desdichados refugiados alemanes en 1940. El comentario que más se escuchaba entonces era éste: “¿Para qué quieren venir aquí?”. O este otro: “Sólo vienen en busca de nuestros empleos”.

Lo cierto es que existe un intenso sentimiento popular, en este país, en contra de la inmigración de extranjeros. Surge de la simple xenofobia, en parte del miedo al recorte salarial, pero, sobre todo, se debe a nuestra desfasada idea de que Gran Bretaña se halla poblada en exceso, y de que el aumento de la población implicaría un aumento del desempleo.

En realidad, lejos de tener más trabajadores que puestos de trabajo, tenemos una grave escasez de mano de obra, que se acentuará con la continuidad del servicio militar obligatorio, y que habrá de empeorar, a buen seguro, con el envejecimiento progresivo de la población.

Entretanto, nuestra tasa de natalidad sigue siendo alarmantemente baja. Varios cientos de miles de mujeres en edad de procrear no tienen ninguna posibilidad de encontrar marido. Me pregunto en qué medida se conocen o se entienden bien todas estas realidades.

A la postre, es dudoso que podamos solucionar nuestros problemas sin fomentar la inmigración de Europa a Gran Bretaña. De una manera puramente provisional e indecisa, el gobierno ha intentado hacerlo, pero sólo se ha encontrado con la hostilidad ignorante del público, porque al público no se le han comunicado de antemano los hechos más relevantes. Igual sucederá con incontables medidas antipopulares que será preciso tomar de vez en cuando.

Sin embargo, el paso más necesario no consiste en preparar a la opinión pública de cara a las urgencias concretas, sino en elevar el nivel general de comprensión de la política que el público tiene; sobre todo, se trata de hacer comprender algo que jamás se ha captado como es debido, esto es, que la prosperidad británica depende, en gran medida, de factores ajenos a Gran Bretaña.

Dar publicidad y explicar estas cuestiones no es fácil cometido para un gobierno laborista, y menos si se halla enfrentado a una prensa que es, en el fondo, hostil a sus medidas. No obstante, existen otras formas de comunicarse con el público. El señor Attlee y sus colegas harían bien si prestaran mayor atención a la radio, medio que muy pocos políticos de este país se han tomado en serio.

Hay una interrogación que a primera vista parece mezquina y repugnante, pero que me gustaría ver contestada. Se trata de lo siguiente: en los innumerables ahorcamientos de criminales de guerra que han tenido lugar por toda Europa durante estos últimos años, ¿qué método se ha llevado a cabo? ¿El antiguo método del estrangulamiento, o el método moderno, relativamente más humano, en el que, presuntamente, al reo se le parte el cuello de un tirón?

Hace cien años, o más, al condenado se le ahorcaba simplemente izándolo del suelo, dejándolo patallar y debatirse hasta que moría estrangulado, lo cual bien podía costar un cuarto de hora, o algo más. Posteriormente, se introdujo la caída repentina, con lo que teóricamente la muerte era instantánea, si bien no siempre funcionaba de la forma debida.

En años recientes, sin embargo, parece que se ha reproducido la tendencia de recurrir al estrangulamiento. No llegué a ver el noticiario del ahorcamiento de los alemanes condenados por crímenes de guerra en Jarkov, pero por las descripciones aparecidas en la prensa británica, se deduce que se empleó el método antiguo. E igual sucedió en varias ejecuciones llevadas a cabo en los países balcánicos.

Los reportajes de prensa sobre los ahorcamientos de Nuremberg fueron ambiguos. Se habló de que se ejecutaron por el método de la caída súbita, pero también se dijo que los condenados tardaron entre diez y veinte minutos en morir. Tal vez, debido a un ejemplo clásico del compromiso entre ambos extremos que tan propio es de los anglosajones, se decidió utilizar la caída repentina, aunque siendo tan corta que no resultó efectiva.

No es buen síntoma que el ahorcamiento siga siendo la forma más aceptada, en este país, de ejecutar la pena capital. La horca es un método bárbaro e ineficaz de matar a nadie. Hay, al menos, un hecho concomitante —de sobra conocido, creo yo—, tan obsceno que no se puede poner por escrito.

Con todo y con eso, recientemente nos sentimos bastante incómodos al respecto, de modo que se procedió a ejecutar los ahorcamientos en privado. De hecho, antes de la guerra, las ejecuciones en público eran ya cosa del pasado prácticamente en todos los países civilizados. Ahora, parece que vuelven a estar en boga, al menos cuando se trata de crímenes políticos, y aunque aquí no las hayamos vuelto a introducir todavía, participamos de segunda mano al contemplarlas en los noticiarios.

Resulta extraño volver la vista atrás y pensar que hace tan sólo una docena de años la abolición de la pena de muerte era una de las cosas por las que cualquier persona ilustrada abogaba sin contemplaciones, como el divorcio o la independencia de India. Ahora, en cambio, es señal de ilustración no sólo dar el visto bueno a las ejecuciones, sino también protestar audiblemente porque no haya incluso más.

Por lo tanto, me parece que reviste cierta importancia el saber si vuelve a ser el estrangulamiento la práctica normal. Y es que si a la gente se le enseña a refocilarse no sólo con la muerte, sino también con una forma de tortura peculiarmente espantosa, se trata de una nueva vuelta en la espiral descendente por la que nos deslizamos desde 1933.

Cita textual; se busca

Un personaje de uno de los relatos de Chéjov, he olvidado cuál^[150] comenta que, “como dice Shakespeare, ‘feliz aquel que en su juventud es joven’”. Nunca he sido capaz de encontrar este verso. Ni siquiera suena a Shakespeare. Seguramente, el traductor lo retradujo del ruso, en vez de buscar el original. ¿Sabe alguien decirme dónde aparece?

29 de noviembre de 1946

He aquí un análisis de la primera plana de mi periódico matutino, un día normal y corriente de noviembre de 1946.

El mayor de los titulares se dedica a la sesión de la ONU, en la cual la URSS ha planteado exigencias para que se investigue el poderío militar de las fuerzas anglonorteamericanas acuarteladas en los países antiguamente enemigos o aliados. Con esto obviamente se pretende impedir que prospere una moción para inspeccionar las fuerzas militares acuarteladas dentro de la URSS. Salta a la vista que la discusión resultante desembocará nada más que en recriminaciones y una victoria puramente de prestigio para tal o cual bando, sin progresos reales, sin intentos siquiera de progresar hacia un acuerdo internacional genuino.

Las luchas se recrudecen en Grecia. La oposición constitucional acude cada vez más en auxilio de los rebeldes, mientras el gobierno alega que los presuntos rebeldes son, en realidad, guerrillas que tienen sus bases de operación al otro lado de la frontera.

Se han producido nuevos atrasos en la convocatoria de la Asamblea Constituyente de India (esta columna lleva una nota al pie: “Baño de sangre en India, véase p. 2”), y Gandhi, en su huelga de hambre, se encuentra en una situación preocupante.

La huelga del carbón en los Estados Unidos sigue su curso. Es probable que “tenga efectos desastrosos en las reservas mundiales de cereales”. Debido a otras huelgas recientes, los Estados Unidos han cancelado la entrega de dos millones de toneladas de acero a Gran Bretaña, lo cual complicará más aún el problema de la vivienda en Gran Bretaña. También hay un movimiento oficioso y partidario de la lentitud en el Gran Ferrocarril del Oeste.

Ha estallado otra bomba en Jerusalén, causando bastantes víctimas. También se da noticia de varias calamidades de poca monta, inevitables todas ellas, como un accidente de aviación, la probabilidad de que haya inundaciones en Inglaterra, la colisión de dos barcos en el estuario del Mersey, con la pérdida de cien cabezas de ganado, esto es, calculo que la ración semanal de carne para unas cuarenta mil personas.

No aparece ni una sola noticia halagüeña en primera plana. Hay algunas breves, como el aumento de las exportaciones británicas durante el mes de octubre, que podrían parecer positivas, pero que podrían ser en realidad negativas cuando se dispone del conocimiento suficiente para interpretarlas. También, hay una breve declaración en el sentido de que las potencias que han ocupado Alemania “tal vez” lleguen pronto a un mejor acuerdo. Pero no pasa de ser sino la expresión de un pío deseo, que no respalda ninguna evidencia.

Repito que esta página repleta de desastres es tan sólo el producto de un día normal, en el que no han ocurrido muchas cosas; a la sazón, aparece en un periódico que trata, en mayor medida que la competencia, de poner al mal tiempo buena cara.

Cuando uno se para a considerar cómo han ido las cosas desde 1930 poco más o menos, no es fácil creer en la supervivencia de la civilización. No sostendré, a partir de todo esto, que ya sólo nos quede la opción de abjurar de la práctica política, retirarnos a un remoto lugar y concentrarnos en la salvación individual o en la construcción de comunidades auto-abastecidas de cara al día en que las bombas atómicas hayan cumplido su cometido. Pienso que uno ha de seguir en la lucha política, tal como el médico debe intentar salvar la vida de un paciente incluso si sabe que probablemente morirá. En cambio, sí sugiero que no iremos a ninguna parte a menos que empecemos por reconocer que el comportamiento político es, en gran medida, irracional, que el mundo sufre una suerte de enfermedad mental que es preciso diagnosticar antes de proceder a su curación. Lo más significativo es que casi todas las calamidades que nos sobrevienen son sumamente innecesarias. Suele asumirse, por lo común, que los seres humanos desean vivir confortables. Bien, pues ahora en nuestra mano está el confort, cosa que no estuvo al alcance de nuestros antepasados. La naturaleza puede, ocasionalmente, resarcirse con un terremoto o un ciclón, pero, en términos generales, está ya vencida. Sin embargo, exactamente en el momento en que hay o podría haber abundancia de todo y para todos, prácticamente todas nuestras energías han de invertirse en tratar de apoderarnos de nuevos territorios, arrebatarlos nuevos mercados y materias primas los unos a los otros. Exactamente, en el momento en que la riqueza podría estar ampliamente repartida, tanto que ningún gobierno debiera temer una oposición seria, se declara que la libertad política es

imposible, y la mitad del mundo se halla sojuzgada por las fuerzas de la policía secreta. Exactamente en el momento en que la superstición ha dejado de tener vigencia y se desmorona, exactamente cuando empieza a ser viable una actitud racional ante el universo, el derecho a pensar como uno quiera se niega de manera más contundente que nunca. Lo cierto es que los seres humanos sólo empezaron a luchar en serio unos contra otros cuando ya no había nada por lo cual luchar.

No es fácil hallar una explicación económica directa del comportamiento en que incurren los personajes que hoy gobiernan el mundo. El deseo del poder puro parece ser mucho más dominante que el deseo de amasar riqueza. Esto es algo que se ha señalado a menudo, aunque es curioso que el deseo del poder parezca darse por sentado, como si fuera un instinto natural que prevalece por igual que todas las edades, como el deseo de alimentarse. En realidad, no es más natural, en el sentido de que sea biológicamente necesario, que el emborracharse o el jugarse el dinero en un casino. Y si ha alcanzado cotas demenciales en nuestro tiempo, como creo que es el caso, la pregunta más bien sería ésta: ¿cuál es la cualidad especial que posee la vida moderna, y que hace del abusar de los demás una de las principales motivaciones del ser humano? Si pudiéramos responder a esa pregunta, que tan rara vez se formula y que nunca se investiga, a la sazón podría aparecer quizás una buena noticia en la primera plana de nuestros periódicos matutinos.

Sin embargo, siempre es posible, a despecho de las apariencias, que la época en que vivimos no sea peor que las épocas que la han precedido, y quizás tampoco sea tan diferente. Al menos, esta posibilidad me viene a la cabeza cuando pienso en un proverbio indio que una vez tradujo un amigo mío:

En abril nació el chacal,
 en junio se desbordaron los ríos
 por las lluvias:
 “Nunca, en toda mi vida —dijo él—
 he visto una inundación tan grande”.

Supongo que la escasez de relojes de pulsera y de pared no es culpa de nadie, pero me pregunto si es necesario permitir que se disparen los precios como ha ocurrido en los últimos dos años.

A comienzos de este año vi unos relojes del ejército expuestos en un escaparate. No llegaban a costar cuatro libras. Una o dos semanas después, logré comprar uno por cinco libras. Hace poco, el precio parece haber aumentado a ocho. Hace uno o dos años, los despertadores, que por entonces no se podían adquirir sin permiso expreso, estaban a la venta a dieciséis chelines. Ése era el precio controlado; seguramente, no representaba una pérdida para el fabricante. El otro día vi relojes despertadores muy similares, pero a cuarenta y cinco chelines: un incremento repentino del ciento ochenta por ciento. ¿Es de veras concebible que el precio de coste haya experimentado el mismo aumento?

Por cierto: por cuarenta y cinco chelines es posible, si uno tiene teléfono, contratar a una operaría de la telefónica para que nos llame todas las mañanas durante dieciocho meses. Mucho más de lo que suele ser la vida media de un despertador.

Bajo el encabezamiento “El regreso de los judíos a Palestina”, Samuel Butler anota en sus *Cuadernos*:

La semana pasada me llamó un hombre y me propuso con suma gravedad que escribiera un libro acerca de una idea que se le había ocurrido a un amigo suyo, un judío residente en New Bond Street. [...] Si le echase una mano, el regreso de los judíos a

Palestina podía ser una realidad viable. Con los judíos pobres no existía el menor problema pues sabía cómo llevárselos de regreso en el momento en que quisiera. Lo complicado era el caso de los Rothschild, los Oppenheim y demás. Sin embargo, con mi ayuda podía llevarlo a cabo.

Me temo que tuve la descortesía de rechazar su invitación para participar en el plan sobre la base de que me importaba un comino que los Rotshchild o los Oppenheim regresaran o no a Palestina. Esto se consideró un impedimento; acto seguido, trató de interesarme por el asunto, con lo cual tuve que libramme de él como buenamente pude.

Esto está escrito en 1883. ¿Quién pudo haber previsto que sólo sesenta años más tarde todos los judíos de Europa iban a tratar de regresar por su cuenta y riesgo a Palestina, al tiempo que prácticamente todos los demás trataban de impedirselo?

13 de diciembre de 1946

Cuando uno lee los reportajes sobre las reuniones plenarias de la ONU, o sobre negociaciones internacionales del tipo que sea, es difícil no acordarse de *l'Attaque* y de otros juegos de guerra semejantes, con los que antes se entretenían los niños, con pedazos de cartón que representaban los barcos de guerra, los aviones y todo lo demás, cada uno de los cuales tenía un valor fijo, por lo que se podía contrarrestar de un modo u otro. De hecho, se podría inventar un nuevo juego, llamado Onu, y recomendarlo a los niños cuyos padres no deseen que sus hijos crezcan con una mentalidad militarista.

Las piezas del juego se llaman: propuesta, *démarche*, fórmula, escollo, traba, impedimento, punto muerto, cuello de botella y círculo vicioso. El objeto del juego es llegar a una fórmula y, aunque los detalles varían, el planteamiento general de cada partida es casi siempre el mismo. Primero, los jugadores se reúnen en asamblea, y uno adelanta una propuesta. Se la contrarresta con escollos, trabas o impedimentos, sin los cuales el juego no se puede desarrollar. El escollo, o lo que sea, pasa a ser un cuello de botella, o más a menudo un punto muerto o un círculo vicioso. Si estas dos últimas situaciones se producen al mismo tiempo, se llega a unas tablas, situación que puede durar semanas. De pronto, alguien juega una *démarche*. La *démarche* hace posible la producción de una fórmula, y cuando se halla la fórmula, los jugadores se pueden marchar a sus casas. Todo ha quedado como estaba al comienzo.

En el momento en que escribo, la primera plana de mi periódico matutino presenta una erupción, un sarpullido rosáceo de optimismo. Parece que, al fin y al cabo, todo va a quedar bien. Los rusos se mostrarán de acuerdo con inspeccionar el armamento y los norteamericanos internacionalizarán la bomba atómica. En otra página del mismo diario se informa de que los acontecimientos recientes en Grecia equivalen a un estado de guerra entre los dos grupos de potencias que tan amistosos se muestran en las reuniones de Nueva York.

Ahora bien, mientras prosigue el juego entre puntos muertos y cuellos de botella, se está desarrollando otra partida bastante más seria. La rigen dos axiomas. Uno es que no puede darse la paz sin una rendición general de la soberanía; el otro, que ningún país que sea capaz de defender su soberanía la rendirá sin más. Si se tienen en cuenta estos axiomas, es posible ver mucho mejor los hechos más relevantes del panorama internacional a través de la cortina de humo con que los rodean los periódicos. Por el momento, éstos son los hechos principales:

1. Digan lo que digan, los rusos no accederán a que se proceda a una genuina

investigación de sus territorios por parte de observadores extranjeros.

2. Los norteamericanos, digan lo que digan, no perderán de ninguna manera la ventaja tecnológica que llevan en la carrera de armamentos.

3. Ningún país se halla hoy en condiciones de librar una guerra total.

Éstas, aunque más adelante puedan quedar obsoletas, son en la actualidad las circunstancias que cuentan en el juego de veras. Uno se acerca más a la verdad si las tiene muy presentes que si, alternativamente, se alegra y desespera ante las paparruchas cotidianas de las reuniones internacionales.

20 de diciembre de 1946

Un anuncio publicado en el periódico dominical expresa en forma de imagen las cuatro cosas que se necesitan para que la Navidad sea un éxito. En la parte superior de la imagen aparece un pavo asado; debajo, un pudding de Navidad; debajo, una fuente de pastelillos de carne picada; debajo, un bote de sal de frutas.

Es una receta bien simple para lograr la felicidad. Primero una comida, luego el antídoto, luego otra comida. Los romanos de la Antigüedad eran maestros de esta técnica. De todos modos, como acabo de mirar la palabra *vomitorium* en el diccionario de latín, descubro que no hace referencia al lugar al que uno iba a vomitar después de la cena. Por eso, tal vez no fuera éste un rasgo normal en todos los hogares romanos, en contra de lo que se suele creer.

En el anuncio mencionado aparece, de manera implícita, la idea de que una buena comida es una comida en la cual uno come en exceso. En principio, estoy de acuerdo. Sólo añadiré de pasada que cuando nos pongamos hasta la coronilla de comer durante esta Navidad, si es que se presenta la oportunidad de ponernos hasta la coronilla, valdrá la pena pensar un instante en los miles de millones de seres humanos, poco más o menos, que no harán semejante cosa. A la larga, nuestras cenas de Navidad estarán mejor garantizadas si podemos asegurarnos de que todo el mundo también disfruta de su cena de Navidad. Pero a esto volveré un poco más abajo.

El único motivo razonable para no empacharse en Navidad sería que alguien necesitara esa comida más de lo que uno pueda necesitarla. Una Navidad intencionalmente austera sería un absurdo. Toda la intención de la Navidad es que se trate de una orgía, como probablemente lo era ya antes de que el nacimiento de Jesucristo quedara arbitrariamente fijado en esa fecha. Esto lo saben muy bien los niños. Desde su punto de vista, el día de Navidad no es un día de diversión templada, sino de placeres desatados, por los cuales están dispuestos a pagar, si es preciso, con un poco de dolor. Despertarse antes de que amanezca para inspeccionar los calcetines; las discusiones y las riñas por los juguetes recibidos de regalo a lo largo de toda la mañana, más el excitante aroma de la carne picada y de las cebollas y la salvia que escapan por la puerta de la cocina; la batalla campal ante un desmesurado plato de pavo asado, el ritual del huesecillo de la suerte; el momento de apagar las luces y bajar las persianas antes de que entre en el comedor el pudín de ciruelas flambeado; las prisas para cerciorarse de que a todo el mundo se le haya servido una porción mientras el brandi aún esté llameando; el pánico momentáneo que se da cuando se rumorea que la pequeña de la casa se ha tragado el pedazo que contiene la moneda de tres peniques; el estupor reinante a lo largo de la tarde; la tarta de Navidad con una cobertura de almendras picadas de dos centímetros de grosor; el mal humor de la mañana siguiente y el aceite de ricino el 27 de diciembre: puro subibaja de principio a fin, de ninguna manera

agradable, aunque bien vale la pena, en aras de los momentos de mayor dramatismo.

Los abstemios y los vegetarianos siempre se escandalizan ante esta actitud. A su parecer, lo único que racionalmente tiene sentido es evitarse el dolor y prolongar la vida tanto como sea posible. Si uno se abstiene de beber alcohol o de comer carne, o lo que sea, puede contar con vivir cinco años adicionales, poco más o menos, mientras que si se empacha o se emborracha pagará por ello sufriendo agudos dolores al día siguiente. ¿De ahí se sigue que, por supuesto, conviene evitar todo exceso, incluido el que se lleva a cabo una sola vez al año, por Navidad?

En realidad, eso no se sigue en absoluto. Es posible decidir, con pleno conocimiento de lo que se hace, que un buen rato ocasional bien vale el daño que uno inflija a su propio hígado. Y es que la salud no es lo único que importa: la amistad, la hospitalidad, la exaltación del ánimo y el cambio de mentalidad que uno experimenta cuando come y bebe en amor y compañía son también valiosos. Dudo mucho de que, sopesando las cosas, incluso la embriaguez llegue a representar un perjuicio, siempre y cuando sea infrecuente: dos veces al año, por ejemplo. Toda la experiencia que comporta, incluido el arrepentimiento posterior, supone una suerte de ruptura en la rutina mental que uno lleva, comparable a un fin de semana en el extranjero, que, sin duda, es beneficiosa.

En todas las épocas de la historia, los hombres han sido conscientes de esto. Existe un consenso bastante amplio, que se daba, incluso, en los tiempos previos al alfabeto, sobre el hecho de que si bien la borrachera habitual es perniciosa, la cordialidad y la camaradería son positivas, aun cuando uno lamente un poco lo ocurrido a la mañana siguiente. Es enorme la literatura sobre el comer y el beber, sobre todo la del beber. ¡Y qué poco, qué insignificante es lo que se ha dicho a favor de lo contrario! A bote pronto, no recuerdo un solo poema que sea un elogio al agua, entendiéndola como bebida. Es difícil imaginar qué se podría decir en tal sentido. Sacia la sed: punto final. En cuanto a los poemas en loor del vino, sólo con los que han sobrevivido al paso del tiempo bastaría para llenar todo un anaquel. Los poetas empezaron a escribirlos el mismo día en que se descubrió la fermentación del mosto. El whisky, el brandy y otros licores destilados han recibido otros tantos elogios, aunque no tan elocuentes, en parte porque son descubrimientos posteriores. La cerveza, por su parte, siempre ha tenido buena prensa ya desde la Edad Media, mucho antes de que nadie aprendiera a añadirle el lúpulo. Curiosamente, no recuerdo un solo poema que alabe la cerveza negra, ni siquiera la de barril, que, a mi juicio, es mucho mejor que la variedad embotellada. Ulises contiene una descripción sumamente repugnante de las cubas de cerveza negra que hay en Dublín. Sin embargo, existe una especie de homenaje solapado a la cerveza negra en el hecho de que esta descripción, aun siendo muy conocida, no haya servido para disuadir a los irlandeses de consumir su bebida predilecta.

La literatura del buen comer también es muy extensa, sobre todo en prosa. Sin embargo, de todos los escritores que han disfrutado describiendo la comida, desde Rabelais hasta Dickens, desde Petronio hasta la señora Beeton, no recuerdo un solo pasaje que ponga ante todo las consideraciones dietéticas. La comida siempre se contempla como un fin en sí mismo. Nadie ha escrito una pieza en prosa memorable sobre las vitaminas, o los peligros del exceso de las proteínas, o la importancia de masticar cada bocado hasta treinta y dos veces. En general, parece que pesa mucho más el testimonio a favor del comer y beber en exceso, siempre y cuando tengan lugar en ocasiones señaladas y no con demasiada frecuencia.

Ahora bien: ¿deberíamos, de hecho, comer y beber en exceso en esta Navidad? Más bien no deberíamos. Y la mayoría de nosotros ni siquiera tendrá la oportunidad de hacerlo.

Escribo en loor de la Navidad, pero más bien la Navidad de 1947 o, tal vez de 1948. El mundo en conjunto no está exactamente para festejos este año. Entre el Rin y el Pacífico no puede haber muchas personas necesitadas de sal de frutas. En India hay, siempre ha habido, unos diez millones de personas que sólo comen una vez al día. En China, no cabe duda de que las condiciones son las mismas. En Alemania, Austria y Grecia, y en muchas otras partes, son decenas los millones de personas que subsisten gracias a una dieta que les mantiene con vida, pero sin fuerza para trabajar. Por todas las regiones destruidas por la guerra, de Bruselas a Stalingrado, incontables millones de personas viven en los sótanos de edificios arrasados por los bombardeos, en cabañas escondidas en los bosques, en chabolas desangeladas, tras los alambres de espino. No es agradable leer de un modo poco menos que simultáneo una noticia sobre la desproporcionada cantidad de los pavos navideños que provienen de Hungría y otra acerca de que los escritores y periodistas húngaros —que seguramente no serán el sector peor pagado de la comunidad— se hallan en una situación tan desesperada y pasan tales estrecheces que de buena gana recibirían por regalo algo de sacarina y ropas usadas por los simpatizantes de Inglaterra. En tales circunstancias, difícilmente se puede organizar una Navidad como es debido, aun cuando se disponga del material necesario.

Sin embargo, tarde o temprano, en 1947, en 1948, quizás en 1949, disfrutaremos de esa Navidad a pedir de boca. Cuando llegue el momento, tal vez no se oigan las voces malhumoradas de los vegetarianos y los abstemios que nos sermonean acerca de las cosas que hagamos o dejemos de hacer con nuestros estómagos. Uno celebra un festejo por el festejo en sí, y no por un presunto beneficio para el propio estómago. Entretanto, ha llegado la Navidad, o casi. Santa Claus ha agrupado a sus ciervos. El cartero va cargado de puerta a puerta, bajo un saco descomunal de felicitaciones navideñas. Los mercados negros gozan de una actividad incesante. Gran Bretaña ha procedido a importar de Francia más de siete mil cajas de muérdago. Por eso, deseo a todo el mundo una feliz Navidad a la antigua usanza en 1947. Entretanto, medio pavo, tres mandarinas y una botella de whisky que no les cueste más del doble de lo que legalmente vale.

27 de diciembre de 1946

En alguna parte —creo que es en el prefacio a *Santa Juana*—, Bernard Shaw comenta que hoy somos más crédulos y supersticiosos que en la Edad Media. Como ejemplo de la moderna credulidad, cita la muy extendida creencia de que la Tierra es redonda. El ciudadano medio, dice Shaw, no es capaz de aducir una sola de las razones por las cuales cree que la Tierra es redonda. Se traga, sin más, esa teoría, porque hay en ella algo que apela a la mentalidad propia del siglo XX.

Shaw sin duda exagera, pero no deja de tener su miga lo que dice, y vale la pena hacer un seguimiento de la cuestión, así sea por la luz que pueda arrojar sobre los modernos conocimientos. ¿Por qué creemos que la Tierra es redonda? No me refiero a esos pocos millares de astrónomos, geógrafos y demás que podrían dar pruebas oculares, o que tienen un conocimiento teórico de la prueba, sino al ciudadano de a pie, al lector de periódicos, como usted o yo.

En cuanto a la teoría de que la Tierra es plana, creo que podría refutarla. Si uno se sitúa de pie a la orilla del mar en un día despejado, llegará a ver los mástiles y las chimeneas de barcos invisibles que navegan por el horizonte. Este fenómeno sólo se puede explicar si se da por sentado que la superficie de la Tierra es curva. Pero de ahí no se sigue

que sea esférica. Imaginemos otra teoría: que la Tierra sea ovalada, es decir, una teoría que defienda que la Tierra tenga forma de huevo. ¿Qué podría decir para refutarla?

En contra de la teoría de que la Tierra sea ovalada, la primera baza que puedo jugar es la analogía del Sol y la Luna. El partidario de que la Tierra sea ovalada dirá enseguida que yo no puedo saber, por propia observación, que esos cuerpos sean esféricos. Sólo sé que son redondos, por lo cual, perfectamente podría tratarse de discos planos. Ante eso me quedo sin respuesta. Asimismo, sigue diciendo, ¿qué razón me asiste para pensar que la Tierra haya de tener la misma forma que el Sol y la Luna? A eso tampoco tengo respuesta.

Mi segunda baza es la sombra de la Tierra: cuando se proyecta sobre la Luna, en un eclipse, parece ser la sombra de un objeto redondo. ¿Y cómo puedo yo saber, insiste el partidario de que la Tierra sea ovalada, que los eclipses de Luna los causa la sombra de la Tierra? La respuesta es que no lo sé, que he tomado esta información a ciegas de los artículos de prensa y los folletos de tema científico.

Derrotado en estos intercambios de poca monta, ahora juego mi baza ganadora: la opinión de los expertos. El Real Astrónomo, que, sin duda, sabe de qué habla, me dice que la Tierra es redonda. El partidario de que es ovalada saca una baza bastante potente ante la mía: ¿he puesto a prueba la afirmación del Real Astrónomo, esto es, tengo siquiera una forma de probarla? Y hago uso de mi as: sí, conozco una prueba. Los astrónomos pueden predecir cuándo tendrá lugar un eclipse, lo cual me lleva a pensar que sus opiniones sobre el sistema solar son bastante sólidas. Por tanto, tengo plena justificación al aceptar lo que dicen sobre la forma de la Tierra.

Si el partidario de que la Tierra es ovalada me contesta —y creo que esto es cierto— que los antiguos egipcios, quienes creían que el Sol gira en torno a la Tierra, también sabían predecir los eclipses, mi as se queda en nada. Me queda una sola carta: la navegación. Es posible emprender un viaje alrededor del mundo y llegar al lugar que se pretende alcanzar mediante cálculos que se basan en que la Tierra es esférica. Creo que de ese modo habré terminado con la resistencia del partidario de que la Tierra sea ovalada, aun cuando, quizás, le quede alguna forma de contrarrestar mi último recurso.

Se verá seguramente que mis razones para pensar que la Tierra es redonda son un tanto precarias. Sin embargo, ésta es una información excepcionalmente elemental. En casi cualquier otra cuestión de este estilo habría recurrido mucho antes a los expertos, y habría tenido menos posibilidades de demostrar sus aseveraciones. La mayor parte de nuestros conocimientos se encuentra ese mismo nivel. No descansa sobre la razón ni sobre la experiencia, sino sobre la autoridad. ¿Cómo iba a ser de otro modo, si se tiene en cuenta que el alcance del saber es tan vasto que el propio experto es un perfecto ignorante en cuanto se aleja sólo un poco de su propia especialidad? La mayoría de la gente, cuando se le pida que demuestre que la Tierra es redonda, ni siquiera se tomará la molestia de recurrir a los argumentos menos potentes que he esbozado antes. Empezarán por decir que “todo el mundo sabe” que la Tierra es redonda. Si se les insiste, montarán en cólera. En cierto modo, Shaw tiene toda la razón. Vivimos en una época de total credulidad. El peso del saber que ahora hemos de llevar con nosotros es en parte responsable de que así sea.

Seguramente habrá disparidad de opiniones sobre el veredicto del caso de difamación denunciado por el profesor Laski^[151]. Pero incluso si uno entiende que el veredicto tiene plena justificación jurídica, yo sigo pensando que habría que tener en cuenta que el profesor Laski presentó la denuncia, efectivamente, por el bien del Partido Laborista. Se trata de un incidente que tuvo lugar en unas elecciones generales, una respuesta, según se percibió en su día, necesaria frente a la propaganda antirroja de buena parte de la prensa

conservadora. Sería, por consiguiente, sumamente injusto que tuviera que pagar las muy onerosas costas del juicio sin ayuda de nadie. Me tomo la libertad de recordar a quien lea que se pueden enviar aportaciones a Morgan Phillips, secretario, Partido Laborista, Transport House.

El caso Laski seguramente desembocará en nuevas discusiones sobre la composición de los jurados, en particular de los jurados especiales, si bien mi deseo es que ojalá tenga un efecto añadido al llamar la atención del público, una vez más, sobre el actual estado de la ley sobre la difamación.

Tengo entendido que el comercio de la difamación, al igual que otros comercios, atravesó una mala racha durante la guerra, aunque muchos años antes cualquier frívola denuncia de difamación era piedra de escándalo y enorme quebradero de cabeza para editores, directores de periódicos y redactores de prensa por igual. Había entonces personas acostumbradas a proclamar que sería preferible abolir por completo las leyes sobre la difamación, o, al menos, relajarlas de manera sustancial, de modo que los periódicos gozasen de la misma laxitud de que gozaban, por ejemplo, en la Francia de preguerra. Con esto me resulta imposible estar de acuerdo. Cualquier persona inocente tiene pleno derecho a gozar de protección contra la calumnia. El escándalo surgía no tanto porque la ley preconizase un rigor excesivo e indebido, sino más bien porque es posible obtener el pago de daños y perjuicios por una difamación a raíz de la cual no ha sufrido uno una pérdida pecuniaria.

Los afectados no suelen ser los grandes periódicos, que disponen de regimientos de abogados asalariados y pueden permitirse el pago de cualquier compensación por daños y perjuicios. Son más bien los editores y los periódicos y revistas de circulación reducida. Desconozco cuáles son exactamente las provisiones de la ley, pero a tenor de algunas de las entrevistas con abogados aterrorizados que suelo sostener, a veces, antes de que un libro mío vaya a imprenta, colijo que es casi imposible inventar un personaje de ficción que no pueda ser acusado de constituir un retrato de una persona de carne y hueso. A resultas de ello, una denuncia por difamación, en realidad puro chantaje, es una forma relativamente fácil de hacerse con un dinero extra. Las editoriales y los periódicos a menudo se protegen con una compañía de seguros en contra de una acusación por difamación, al menos hasta cubrir una determinada suma, lo cual significa que pagan toda reclamación de poca monta antes que litigar con el demandante. Tengo noticia de que, incluso, hay casos de connivencia. A amenaza con denunciar a B, B amenaza con emprender acciones legales, y los dos se reparten las ganancias.

Me da la sensación de que la forma de enderezar todo esto consiste en asegurarse de que una denuncia por difamación no rinda beneficios monetarios. Salvo en los casos en los que pueda demostrarse que uno ha sido víctima de una pérdida real y cuantificable, es preferible que no se paguen compensaciones por daños y perjuicios. Por otra parte, allí donde se demuestre que existe difamación, la parte culpable debería retractarse públicamente y por escrito, cosa que en la actualidad apenas se hace nunca. Los grandes periódicos experimentarían temores mucho mayores que los propios del pago de daños y perjuicios por cien mil libras, mientras que si no se realizaran pagos en metálico, el motivo del chantaje que subyace a muchas denuncias de difamación desaparecería del todo.

Un corresponsal me ha enviado un ejemplar de uno de los repugnantes “tebeos” norteamericanos a los que hice alusión hace algunas semanas^[152]. Las dos historietas principales tratan sobre un hermoso personaje llamado el Verdugo, que tiene la cara verde y, al igual que tantos personajes de las tiras cómicas norteamericanas, sabe volar. En la

primera página aparece una imagen de lo que es o bien un lunático con pinta de simio, o un simio de verdad disfrazado de hombre, que se halla en el trance de estrangular a una mujer de una manera tan realista que ésta saca la lengua más, incluso, de lo que humanamente podría. Otro de los elementos es una pitón que se enrosca en torno al cuello de un hombre, al cual cuelga, suspendiéndose sobre una balaustrada. Otro, un hombre que salta por la ventana de un rascacielos y se estampa contra el suelo. Y muchos más en la misma línea.

Mi corresponsal me pregunta si pienso que éstas son las cosas que convendría poner en manos de los niños, y, también, si no podríamos hallar algo mejor a la hora de gastar nuestros dólares cada vez más escasos.

Yo desde luego que impediría el acceso de los niños a esta clase de cosas, siempre que fuera posible. Pero no sería partidario de prohibir su venta. El precedente es demasiado arriesgado. Entretanto, ¿estamos de veras utilizando dólares para pagar el precio de esta basura tan perniciosa? Este detalle no carece por completo de importancia. Me gustaría que se aclarase este particular.

3 de enero de 1947

Hace ya casi un cuarto de siglo que viajé a Birmania en un crucero. No era un barco de gran tamaño, pero era cómodo e, incluso, lujoso. Cuando no estaba durmiendo o jugando a distintos juegos de mesa, tengo la sensación de que, por lo común, estaba comiendo. Las comidas eran espléndidas, del estilo de las que servían para que las compañías navieras rivalizasen unas con otras. Entre las horas de comer, se servían tentempiés como manzanas, helados, galletas y tazones de sopa, no fuera que alguno de los pasajeros sufriese un desmayo debido al hambre. Además, las barras abrían a las diez de la mañana. Como nos hallábamos en alta mar, el alcohol era relativamente barato.

Los barcos de esta naviera estaban, sobre todo, tripulados por indios. Además de los oficiales y los camareros y sobrecargos, contaba cada uno con cuatro contraмаestres europeos, cuyo cometido era pilotar el barco. Uno de estos contraмаestres, aun cuando supongo que no tendría más de cuarenta años, era uno de esos lobos de mar en cuya espalda cuenta uno con ver adheridos puñados de percebes. Era un hombre de corta estatura, robusto, un tanto simiesco, con unos antebrazos enormes, cubiertos por un espeso vello dorado. Le ocultaba la boca del todo un bigotón rubio que podría haber sido el de Carlomagno. Yo sólo tenía veinte años y era muy consciente de mi condición de parásito, en tanto simple pasajero. Miraba con respeto a los contraмаestres, en especial al rubio, como si fueran seres divinos, a la par de los oficiales. Nunca se me hubiera ocurrido dirigirle a ninguno la palabra sin que me hablase primero.

Un día, por la razón que fuera, salí pronto, después de almorzar. En cubierta no había nadie más que el contraмаestre rubio, que en esos momentos se escabullía como una rata por el lateral del barco, con algo que llevaba parcialmente escondido entre sus manos monstruosas. Tuve el tiempo justo de ver qué era, antes de que pasara muy veloz a mi lado y desapareciera por una puerta. Era una fuente que contenía unas natillas recién hechas, a medio comer.

De un vistazo me hice cargo de la situación: de hecho, el aire de culpabilidad de aquel hombre descartó toda posibilidad de error. Las natillas eran un sobrante de la mesa de algún pasajero. Se lo había dado de manera ilícita uno de los camareros; él se lo llevaba al camarote de la marinería para devorarlo a sus anchas. Pasados veinte años, todavía recuerdo perfectamente el sobresalto y el asombro que me invadieron en aquel momento.

Me llevó un tiempo contemplar el incidente en todas sus dimensiones, si bien ¿puede parecer que exagero si digo que esta súbita revelación acerca del abismo que media entre una función y su recompensa, esto es, la revelación de que un profesional sumamente cualificado, que literalmente tenía nuestras vidas en sus manos, se alegraba de robar las migajas sobrantes de nuestra mesa, me enseñó más de lo que podía haber aprendido leyendo media docena de panfletos socialistas?

Una noticia que apunta a que en Yugoslavia se lleva ahora mismo a cabo una purga de escritores y artistas me ha llevado a releer despacio los informes disponibles sobre la reciente purga que tuvo lugar en la URSS, cuando Zoschenko, Ajmátova y otros fueron expulsados de la Asociación de Escritores.

En Inglaterra, esta clase de cosas todavía no nos ha ocurrido, de modo que podemos contemplarlas con cierto distanciamiento y, por curioso que sea, sobre todo al revisar la relación de lo ocurrido, lamentándolo, en mi caso personal, bastante más por los perseguidores que por sus víctimas. Entre los perseguidores tiene una posición prominente Andrei Zdanov, considerado por algunos como el probable sucesor de Stalin. Aunque ya ha llevado a cabo otras purgas en el medio de los literatos, Zdanov es un político de dedicación plena, con el mismo conocimiento de la literatura —a tenor de sus discursos— que puedo yo tener de la aerodinámica. No da la impresión de ser, según sus propias luces, un hombre perverso ni deshonesto. Se halla verdaderamente pasmado por la defección de ciertos escritores soviéticos, lo cual se le antoja una traición inconcebible, semejante a un amotinamiento de soldados en plena batalla. El propósito que tiene la literatura no es otro que glorificar a la Unión Soviética. A buen seguro, eso ha de resultar evidente para todos. Sin embargo, en vez de cumplir con su sencillo cometido, estos escritores descarriados se alejan una y otra vez de la senda de la propaganda y escriben obras de carácter no político. En el caso de Zoschenko, llegan a permitir que una nota satírica se cuele en sus escritos. Todo resulta tan doloroso como desconcertante. Es como si se pusiera a un hombre a trabajar en una fábrica en condiciones excelentes, moderna, con aire acondicionado; como si se le diera un salario generoso, una jornada no demasiado larga, una buena cantina en la misma fábrica, terrenos de deporte, un piso cómodo, una guardería para sus hijos, seguridad social íntegra, música mientras trabaja, y se descubriese que el muy desagradecido estropea las máquinas adrede en su primer día de trabajo.

Lo que da mayor patetismo a todo esto es que, en general, se reconoce —y se reconoce sinceramente, a la vista de que los propagandistas soviéticos no tienen por costumbre censurar ni condenar a su propio país— que la literatura rusa en conjunto no es lo que debería ser. Como la URSS representa la forma suprema de la civilización, es evidente que debería ser la punta de lanza mundial, tanto en literatura como en todo lo demás. “Desde luego —viene a decir Zdanov—, nuestro nuevo sistema socialista, al encarnar todo lo mejor de la historia y la cultura de la civilización humana, es capaz de crear la literatura más avanzada, que dejará atrás por completo a las mejores creaciones de la antigüedad”. *Izvestia* (citado en *Politics*, la revista neoyorquina) aun va más lejos: “Nuestra cultura se encuentra en un nivel infinitamente más elevado que la cultura burguesa... ¿Acaso no está claro que nuestra cultura no tiene el derecho de no actuar como discípula e imitadora, y que muy por el contrario debe enseñar a los demás en qué consiste la moral humana?”. Con todo, de alguna manera resulta que nunca llega a producirse lo que se espera. Se promulgan las directivas, se aprueban unánimemente las resoluciones, se silencia a los escritores más recalcitrantes. Sin embargo, por la razón que sea, no termina de emerger una literatura vigorosa y original, inconfundiblemente superior a la de los países

capitalistas.

Todo esto ha sucedido con anterioridad y en más de una ocasión. La libertad de expresión ha tenido sus altibajos en la URSS, pero la tendencia general ha ido hacia una censura más férrea. Algo que, en cambio, parecen incapaces de comprender los políticos es que no se puede producir una literatura vigorosa aterrorizando a todo el mundo para que muestre su absoluta conformidad con las imposiciones. Las facultades y la inventiva de un escritor no funcionan a menos que se le permita decir aproximadamente lo que siente. Se puede destruir la espontaneidad y producir una literatura sin duda ortodoxa, pero enclenque, o bien se puede permitir que cada cual diga lo que quiera decir y arriesgarse a que más de uno pronuncie una herejía. Ese dilema no tiene salida, al menos mientras los libros los sigan escribiendo los individuos.

He ahí la razón, hasta cierto punto, de que me produzcan más conmiseración los perseguidores que las víctimas. Es probable que Zoschenko y los demás tengan, al menos, la satisfacción de comprender qué se les viene encima: los políticos que los hostigan meramente tratan de conseguir lo imposible. Sería razonable que Zdanov y los suyos dijeran: “La Unión Soviética puede existir sin la literatura”. Pero esto es justamente lo que no pueden decir. No saben qué es la literatura, aunque saben que es importante, que tiene el valor del prestigio, que es necesaria de cara a las intenciones de la propaganda, y por eso quisieran fomentarla, aunque no sepan cómo. Por eso prosiguen con sus purgas y sus directivas impuestas, como un pez que se da de cabezazos con la pared del acuario, una y otra vez, tan poco inteligente que no acierta a comprender que el cristal y el agua no son una y la misma cosa.

De Los pensamientos del emperador Marco Aurelio:

Al amanecer, cuando de mala gana y con pereza despiertes, acuda puntual a ti este pensamiento: “Despierto para cumplir una tarea propia de hombre. ¿Voy pues a seguir disgustado si me encamino a hacer aquella tarea que justifica mi existencia y para la cual he venido al mundo? ¿O es que he sido creado para yacer caliente bajo los cobertores? Pero es que esto es más agradable. ¿Has nacido, pues, para deleitarte? En suma, ¿has nacido para la pasividad o para la actividad? ¿No ves que los arbustos, los pajarillos, las hormigas, las arañas, las abejas faenan de consuno para poner en orden sus diversas partes del universo? ¿Tú entonces rehúas hacer lo que es propio del hombre? ¿No vas a perseguir con ahínco lo que es propio de tu naturaleza?”.

No parece desatino imprimir esta conocida exhortación en grandes caracteres y colgarla en la pared de enfrente de la cama. Y si no sirviera, tal como tengo entendido que sucede a veces, otra buena idea consiste en comprar el despertador más estruendoso que se pueda y colocarlo en tal posición que uno tenga que levantarse de la cama y sortear varios muebles antes de hacerlo callar.

17 de enero de 1947

El *Daily Herald* del 1 de enero de 1947 contiene un titular que dice “Dos que aquí defendieron a Hitler”, bajo el cual aparece una fotografía de dos ciudadanos indios que, según se dice, son Brijlal Mukerjee y Anjit Singh. De los dos se dice que vinieron “de Berlín”. La columna que arranca bajo la fotografía sigue diciendo que “cuatro indios que podrían haber sido fusilados por traición” se hallan alojados en un hotel londinense, y aun describe al grupo de indios que hicieron emisiones en la radio alemana durante la guerra como “colaboracionistas”. Vale la pena examinar un poco más a fondo todas estas

afirmaciones.

Para empezar, contienen, al menos, dos errores de bulto, y uno de ellos es muy grave. Anjit Singh no hizo una sola emisión en la radio nazi. Sólo emitió programas desde las emisoras italianas, mientras que el hombre al que se describe como “Brijlal Mukerjee” es un indio que ha pasado toda la guerra en Inglaterra, al cual conozco bien, tan bien como lo conocen muchas otras personas residentes en Londres. Pero estas inexactitudes son, en realidad, mero síntoma de una disposición mental que se percibe con más claridad en la propia fraseología del reportaje.

¿Qué derecho tenemos de tachar a los indios que hicieron emisiones en las radios alemanas de “colaboracionistas”? Eran ciudadanos de un país ocupado, que contraatacaron al poder ocupante del modo que les pareció más propicio. No pretendo dar a entender que el modo por el que optaron fuera el más indicado. Incluso desde un punto de vista bastante estrecho, según el cual la independencia de la India es lo único que cuenta, creo que cometieron un grave error, porque si el Eje hubiera ganado la guerra —y sus esfuerzos tuvieron que servir de cierta ayuda al Eje—, la India tan sólo se habría encontrado con un nuevo amo y señor, mucho peor que el de antes. Pero la línea por la que optaron podía perfectamente adoptarse con buena fe; en justicia, en rigor, no puede con ninguna exactitud tacharse de colaboracionista. La palabra “colaboracionista” se relaciona con personajes como Quisling y Laval. Implica, en primerísimo lugar, una traición al propio país, y en segundo lugar, una plena cooperación con el invasor; en tercer lugar, el acuerdo ideológico con éste, al menos, un acuerdo parcial. ¿Cómo puede todo esto aplicarse a los indios que se pusieron de parte del Eje? No fueron traidores a su propio país —al contrario, trabajaban en pro de su independencia, según su recto entender— y tampoco reconocieron ninguna obligación para con Inglaterra. Tampoco llegaron a cooperar de la manera en que lo hicieron Quisling y otros. Los alemanes les adjudicaron una unidad de emisión radiofónica independiente, en la cual dijeron lo que quisieron y siguieron, en muchos casos, una línea política muy distinta de la del Eje. A mi juicio, cometieron un error e incurrieron en malicia, aunque en lo que atañe a la actitud moral, y a los efectos probables de lo que hicieron, su comportamiento es hartamente diferente del de los renegados normales.

Entretanto, es preciso considerar el efecto que tiene en la India esta clase de situaciones. Con razón o sin ella, a estos hombres se les saludará como si fueran héroes cuando lleguen a su país. El hecho de que la prensa británica les haya insultado no pasará inadvertido. Tampoco pasará sin pena ni gloria la chapucera manipulación de las fotografías. El pie de foto que dice “Brijlal Mukerjee” aparece bajo el rostro de un hombre totalmente distinto. No cabe duda de que la foto se tomó durante la recepción que a los indios repatriados dieron sus compatriotas en Londres, y el fotógrafo captó a quien no era, por puro error. Supongamos que la persona en cuestión hubiera sido William Joyce. En tal caso, ¿no es muy de suponer que el *Daily Herald* hubiera puesto gran cuidado en que se fotografiara a William Joyce, y no a otro? Como quiera que se trata solamente de un indio, un error de esta magnitud no reviste ninguna importancia: ése es el pensamiento implícito. Y esto ha ocurrido no en el *Daily Graphic* sino en el único periódico laborista que se publica en Gran Bretaña.

Espero que todo el que pueda acceder a un ejemplar, al menos, eche un vistazo al libro que acaba de publicar Víctor Gollancz, *In Darkest Germany* [En la Alemania más tenebrosa]. No se trata de una obra literaria, sino de una brillante muestra de periodismo que tiene por objeto zarandear al público lector de este país para que tome conciencia del hambre, la enfermedad, el caos y la pésima, demencial administración que predomina en la

Zona Británica. La tarea de concienciar al público sobre lo que sucede fuera de su propio y reducido círculo constituye uno de los grandes problemas de nuestro tiempo; habrá que desarrollar una nueva técnica literaria para hacerle frente. Si se piensa que los habitantes de este país no viven precisamente una época muy confortable, tal vez sea imposible culparles por la insensibilidad que demuestran ante el sufrimiento que existe en otras partes del mundo, pero lo más llamativo es el extremo hasta el cual logran mantenerse inconscientes y ajenos a todo ello. Cualquier historia sobre las hambrunas, las ciudades en ruinas, los campos de concentración, las deportaciones en masa, los refugiados sin techo, los judíos perseguidos se recibe con una suerte de sorpresa indiferente, cuando no con incuria, como si de todas esas historias no se tuviera ni la menor noticia y como si, al mismo tiempo, tampoco fueran demasiado interesantes. Las ya conocidas fotografías de los niños esqueléticos apenas causan impresión. A medida que pasa el tiempo y se acumulan los horrores, la mente parece segregarse una suerte de ignorancia con la que se protege, y que requiere un sobresalto cada vez mayor para que la atraviese, tal como el cuerpo adquiere inmunidad a una droga, de la cual exige dosis cada vez mayores.

La mitad del libro de Víctor Gollancz consta de fotografías. Ha tomado la sabia precaución de incluirse en muchas de ellas, lo cual, al menos, demuestra que las fotografías son auténticas, y salva la rutinaria acusación de que se hayan obtenido por medio de una agencia y sean “pura propaganda”. Sin embargo, creo que el mejor recurso del libro, tras las innumerables descripciones de cómo vivía la gente a base de sopas de pan, patatas y coles, leche desnatada y sucedáneo de café, consiste en incluir algunos de los menús de las reuniones de la Comisión de Control. Gollancz dice que, siempre que le fue posible hacerlo sin que nadie se diera cuenta, se guardó las tarjetas de estos menús, de las que publica media docena. He aquí el primero de la lista:

Consumé a la taza

Lenguados fritos en mantequilla

Patatas nuevas

Entrecot a la holandesa

Puré de patatas

Coliflor

Crema de arándanos

Queso

Café

Estos relatos sobre la hambruna que se padece en Europa parecen enlazar con un párrafo, titulado “Sugerencia de la semana para los amantes de los perros”, que recorté del *Evening Standard* justo antes de Navidad:

Su perro también puede tener esa sensación de hartazgo, de “resaca navideña”, sobre todo si uno le ha consentido demasiadas golosinas. Muchos dueños de animales domésticos gustan de dar a sus mascotas “una pruebita” de todo lo que ellos tomen, sin reparar en que muchos de los alimentos que se consumen en Navidad son completamente inapropiados para los perros.

Seguramente, el daño no será irreparable, pero si el perro parece apagado, si la

lengua ha perdido su color y tiene mal aliento, se aconseja una dosis de aceite de ricino.

Doce horas de ayuno, seguidas de una dieta ligera tras unos cuantos días, por lo general bastan para efectuar una cura rápida; se le puede administrar una cucharadita de carbonato de bismuto tres veces al día. Es aconsejable darle de beber agua de cebada en vez de agua corriente.

Lo firma un miembro de la Sociedad Zoológica.

Viendo lo que acabo de escribir, caigo en la cuenta de que he empleado la expresión “un hombre totalmente distinto”. Por vez primera, reparo en que se trata de una expresión estúpida: ¡como si pudiera existir “un hombre parcialmente distinto”! Trataré de evitar el empleo de esta frase (y de otras semejantes: “una persona muy distinta”, “una persona de todo punto distinta”) y excluirlas de mi vocabulario en lo sucesivo.

Sin embargo, hay otras palabras y expresiones que, obviamente, merecen acabar en el cubo de la basura, si bien siguen utilizándose porque no parece que tengan sustitutos oportunos. Por ejemplo, la palabra “cierto”. Por ejemplo, decimos: “A partir de cierta edad, a uno le salen canas” o “Probablemente caerá en febrero una cierta cantidad de nieve”. En esta clase de frases, “cierto” significa, de manera casi invariable, “incierto”. ¿Por qué empleamos esta palabra con dos sentidos totalmente opuestos entre sí? Con todo, a menos que uno incurra en la pedantería de decir “a partir de una edad incierta”, etc., no parece que exista una palabra alternativa que abarque con exactitud el sentido que se quiere transmitir.

31 de enero de 1947

Las relaciones que uno mantiene con un periódico o una revista son más variables e intermitentes de lo que nunca podrán ser con un ser humano. De vez en cuando, un ser humano puede teñirse el cabello e incluso convertirse al catolicismo, pero no puede cambiar en lo fundamental, mientras que un periódico atraviesa toda una serie de existencias diversas bajo un mismo nombre. En su todavía corta vida, *Tribune* ha sido dos publicaciones distintas, si no tres, y mis propios contactos con ella han variado de manera muy acusada. Comenzaron, si mal no recuerdo, con un golpe de regla en los nudillos.

No conocía yo la existencia de *Tribune* hasta ya entrado 1939. Comenzó a publicarse en 1937, pero de los treinta meses transcurridos entre su nacimiento y el estallido de la guerra yo me pasé cinco en el hospital y trece en el extranjero. Lo que primero me llamó la atención, creo, fue una reseña no muy favorable de una novela mía. Durante la época de 1939 a 1942, publiqué tres o cuatro libros nuevos o reimpresos, y creo que es cierto que nunca obtuve lo que se llama una “buena” crítica en *Tribune* hasta después de ser colaborador habitual de la publicación. (No hará falta precisar que ambos sucesos no guardaron relación ninguna). Algo después, en el frío invierno de 1939, comencé a escribir para *Tribune*, aunque al principio, por curioso que sea, sin verla con asiduidad y sin hacerme una idea clara de la clase de publicación que era.

Raymond Postgate, entonces director, me había pedido que me encargase, de vez en cuando, de la reseña de novelas. No se me pagaba (hasta hace poco era insólito que los colaboradores de los periódicos de izquierda fuesen remunerados), y sólo veía el periódico en las contadas ocasiones en las que visitaba Londres e iba a ver a Postgate en su polvoriento despacho, cerca de la Muralla de Londres. *Tribune* (hasta bastante tiempo después todo el mundo lo llamaba “el” *Tribune*) pasaba entonces por estrecheces. Seguía siendo un periódico que se vendía a tres peniques, destinado sobre todo a los obreros de la industria, y que seguía más o menos fiel a la línea del Frente Popular que se había

relacionado entonces con el Club del Libro de Izquierdas^[153] y la Liga Socialista. Con el estallido de la guerra, su circulación se redujo bruscamente, porque los comunistas y los filocomunistas que se habían contado entre sus lectores y partidarios se negaron a ayudar en su distribución. Algunos siguieron escribiendo, eso sí, y la fútil controversia entre “partidarios” y “adversarios” de la guerra siguió resonando en sus columnas, mientras los ejércitos alemanes se aprestaban para las ofensivas de la primavera.

A comienzos de 1940 tuvo lugar una concurrida reunión en un salón público, el propósito de la cual fue discutir tanto el futuro de *Tribune* como la política del ala izquierda del Partido Laborista. Como suele suceder en tales ocasiones, no se dijo nada muy concluyente. Lo que mejor recuerdo es una información de tipo político que me dio una fuente bien avisada. La campaña de Noruega iba a concluir, entonces, con un desastre; había entrado yo en el salón, pasando por delante de cartelones poco halagüeños. Dos parlamentarios, cuyos nombres no diré, acababan de llegar de la Cámara de los Comunes.

—¿Qué posibilidades hay —les pregunté— de que salga adelante la moción para librarnos de Chamberlain?

—Ni la más remota —dijeron ambos—. Cuenta con total solidez.

No recuerdo las fechas con exactitud, pero creo que sólo puede haber sido una semana o dos antes de que Chamberlain dejara de ser primer ministro.

Después de aquello, *Tribune* desapareció de mi conciencia por espacio de unos dos años. Estuve muy ajetreado tratando de ganarme la vida y de escribir un libro, en medio de los bombardeos y de la desorganización general. Todo el tiempo libre que me quedaba lo dedicaba a la Home Guard, que seguía siendo una fuerza militar de voluntarios amateurs y exigía una enorme cantidad de trabajo por parte de sus integrantes. Cuando volví a tener conciencia de la existencia de *Tribune*, yo trabajaba para el Servicio Oriental de la BBC. Era entonces una publicación casi completamente distinta. La puesta en página y el formato habían cambiado, costaba seis peniques, estaba orientada sobre todo hacia la política internacional, e iba adquiriendo rápidamente un nuevo público que pertenecía, en su mayor parte, diría yo, a la clase media sin preocupaciones. Su prestigio entre el personal de la BBC era muy llamativo. En las bibliotecas a las que acudían los comentaristas a informarse de primera mano era una de las publicaciones más solicitadas, y no sólo porque en gran medida colaboraban en ella bastantes personas que estaban muy bien informadas sobre lo que acontecía en Europa, sino porque era además la única publicación de cierta relevancia que criticaba al gobierno. “Criticar”, en este contexto, tal vez sea una palabra demasiado suave. Sir Stafford Cripps había pasado a formar parte del gobierno, y la feroz personalidad de Aneurin Bevan dio la nota que iba a marcar el tono de *Tribune*. En una ocasión hubo algunos ataques contra Churchill de una violencia sorprendente, formulados por alguien que se hacía llamar “Thomas Rainsboro”. Se trataba, obviamente, de un seudónimo. Me pasé toda una tarde tratando de determinar su autoría, mediante análisis estilísticos, al igual que los críticos literarios contratados al parecer por la Gestapo para analizar los panfletos anónimos. Llegué a la conclusión de que el tal “Thomas Rainsboro” era un tal W... Dos días después, me encontré con Víctor Gollancz, quien me dijo lo siguiente: “¿Sabes quién ha escrito los artículos de *Tribune* que firmaba Thomas Rainsboro? Me acabo de enterar. Ha sido W...”. Como es natural, me hizo sentirme ufano de la exactitud de mi análisis, pero, a los dos días, los dos supimos que estábamos en un error.

Durante todo este periodo escribí artículos ocasionales para *Tribune*, aunque muy esporádicos, porque apenas tenía tiempo ni energía. Sin embargo, a finales de 1943 decidí renunciar a mi empleo en la BBC, y entonces se me propuso ocupar la plaza de redactor de

libros en *Tribune* para sustituir a John Atkins, quien contaba con ser llamado a filas. Seguí siendo redactor de libros, a la vez que escribía la columna titulada “A mi antojo”, hasta comienzos de 1945. Fue interesante, aunque no es un periodo que yo recuerde con particular orgullo. Lo cierto es que no se me dan bien las tareas de un redactor, la edición y corrección de artículos ajenos. Además, odio planificar las cosas con antelación, y padezco una incapacidad psíquica, o física, de contestar a la correspondencia recibida. Mi recuerdo más esencial de todo ese periodo es el de abrir cajones aquí y allá, encontrándomelos siempre llenos de cartas y manuscritos que tendría que haber despachado semanas antes. Los cerraba con toda celeridad. Además, tengo una fatal tendencia a aceptar manuscritos que, en el fondo, sé que son malísimos y que no se pueden publicar. Es cuestionable que alguien que haya tenido una larga experiencia como periodista *free lance* pueda o deba incluso pasar a ser redactor. Es como sacar a un convicto de su celda y nombrarlo gobernador de la prisión. Con todo, fue una experiencia provechosa, como se suele decir, y conservo recuerdos muy gratos de mi pequeño despacho, lleno a rebosar de papeles, con vistas a un jardín trasero, y de las tres personas que lo compartíamos, acurrucadas en un rincón, mientras zumbaban las varillas de zahorí, y el apacible teclear de las máquinas, que se reanudaba tan pronto había estallado la bomba.

A comienzos de 1945 viajé a París en calidad de corresponsal del *Observer*. En París, *Tribune* gozaba de un prestigio bastante asombroso, que databa de antes de la liberación. Era imposible encontrarla en los quioscos; los diez ejemplares que recibía a la semana la embajada británica no llegaban a salir, creo, de las paredes del edificio. Sin embargo, todos los periodistas franceses con los que tuve trato conocían el periódico y sabían que era la única publicación de Inglaterra que no prestaba apoyo sin críticas al gobierno y que tampoco se opuso a la guerra, así como tampoco se había tragado el mito ruso. Por entonces había —me gustaría tener la certeza de que aún exista— un semanario llamado *Libertés*, que era, a grandes rasgos, el equivalente de *Tribune*, y que durante la ocupación se había impreso clandestinamente en la misma imprenta de la que salía el *Pariser Zeitung*.

Libertés, que se oponía a los gaullistas, por un lado, y a los comunistas, por el otro, apenas disponía de dinero. Lo distribuían grupos de voluntarios en bicicleta. Algunas semanas aparecía desfigurado e irreconocible, por la intervención de la censura; a menudo, no quedaba nada en pie de un artículo, con la excepción de un titular como “La verdad sobre Indochina”, bajo el cual aparecía una columna en blanco. Uno o dos días después de llegar a París, me llevaron a una reunión semipública de los partidarios de *Libertés*. Me quedé de una pieza al descubrir que todos me conocían y conocían *Tribune*. Un hombre de gran estatura, con pantalones negros de pana, se me acercó y me dijo: “Ah, vous êtes Georges Orvell!”, y por poco me aplasta los huesos de la mano al estrechármela. Sabía de mí porque *Libertés* había tomado por costumbre traducir amplios extractos de *Tribune*. Creo que uno de los redactores iba una vez por semana a la embajada británica y pedía un ejemplar. Me pareció sencillamente conmovedor que alguien pudiera disponer, sin saberlo, de un público fiel entre personas como aquéllas. Entre la nutrida tribu de los periodistas norteamericanos que se reunían en el Hotel Scribe, con sus resplandecientes uniformes y sus salarios estupendos, nunca encontré a uno solo que tuviera noticias de *Tribune*.

Durante seis meses, durante el verano de 1946, dejé de escribir para *Tribune* y pasé a ser mero lector. No me cabe duda de que de vez en cuando volveré a lo mismo, aunque tengo la esperanza de que mi colaboración con el periódico sea duradera. Espero que en 1957 tenga ocasión de escribir otro artículo de aniversario. No tengo, en cambio, la

esperanza de que para entonces haya acabado *Tribune* con todos sus adversarios. De todo hace falta en este mundo, y si estas cosas pudieran resolverse, tal vez se descubriese que incluso el periódico *X* presta un servicio de utilidad. Tampoco es que *Tribune* sea perfecta, como bien lo sé, no en vano conozco la publicación por dentro. No obstante, de veras pienso que es la única publicación existente que hace un genuino esfuerzo por ser, a la vez, progresista y humanista, es decir, por combinar una política socialista radical con un respeto por la libertad de expresión y una actitud civilizada hacia la literatura y las artes. Y entiendo que su relativa popularidad e, incluso, su pervivencia en su forma actual, así sea durante otros cinco años, es un síntoma esperanzador.

7 de febrero de 1947

[...] Cuando se reeditó *La isla del doctor Moreau* en la Biblioteca Penguin, fui a verificar si las erratas y los errores de las ediciones anteriores se habían reproducido en ésta. En efecto, allí seguían estando. Una, en particular, es una errata sumamente estúpida, y de un tipo que a cualquier escritor le pone enfermo. En 1941 se lo apunté a H. G. Wells, y le pregunté por qué no la corregía. Se había ido reproduciendo en una edición tras otra, desde 1896. Con gran sorpresa por mi parte, me dijo que recordaba la errata, pero que no era capaz de animarse a subsanarla. Ya no tenía ni el más mínimo interés por sus primeros libros: los había escrito hacía tanto tiempo que ya ni siquiera los consideraba parte de sí mismo. Nunca he sabido a ciencia cierta si admirar esta actitud o no. Es espléndido verse liberado de la vanidad literaria. Sin embargo, ¿qué escritor de los dones de Wells, si dispone del poder de la autocrítica o tiene una cierta estima por su propia reputación, habría vertido, a lo largo de medio siglo, un total de noventa y cinco libros, dos terceras partes de los cuales ya ni siquiera son legibles?

14 de febrero de 1947

He aquí algunos extractos de una carta de un nacionalista escocés. He suprimido todo lo que pudiera revelar la identidad del autor. Las recurrentes alusiones a Polonia son debidas a que la carta, sobre todo, se centra en la presencia de los polacos exiliados en Escocia:

Las fuerzas polacas han descubierto ahora qué falso es decir que “un inglés es un hombre de palabra”. Nosotros podríamos haberles dicho hace siglos que la palabra de un inglés no es garantía de nada. La invasión de Polonia sólo fue, para estos bandoleros de bombín y paraguas, una mera excusa para derrotar a sus adversarios, alemanes y japoneses, con la ayuda de norteamericanos, polacos, escoceses, franceses, etc., etc. Hoy es seguro que ya ningún polaco cree las promesas de los ingleses. Ahora que la guerra ha terminado, os veréis apartados de en medio y abandonados en Escocia. Y si esto condujera a una fricción entre polacos y escoceses, mejor que mejor. Que se rebanen unos a otros el pescuezo, que así se resolverán dos problemas de un plumazo. ¡Ay, querida, pequeña, amable Inglaterra! Es hora de que todos los polacos olviden las ideas que puedan tener sobre Inglaterra en calidad de campeona de las libertades. Véase su historial en Escocia, sin ir más lejos. Y, por favor, que dejen de llamarnos “británicos”. No existe esa raza. Nosotros somos escoceses y con eso nos basta. Los ingleses cambiaron de nombre para adoptar el de británicos, pero es que aunque el delincuente cambie de nombre se le sigue reconociendo por las huellas dactilares. [...] Por favor, haced caso omiso de toda declaración antipolaca que pueda

publicar el Es un trapo sucio que sólo sirve para bruñir las botas de Inglaterra (pro Moscú, diríais vosotros). Escocia ya vivió su Yalta en 1707, cuando el oro inglés logró lo que no pudieron conseguir los cañones ingleses. Pero jamás aceptaremos la derrota. Al cabo de más de doscientos años, seguimos luchando por nuestra patria. Nunca reconoceremos la derrota, por fea que se pueda poner la cosa.

La carta contiene mucho más, aunque con esto creo que será suficiente. Conviene reseñar que el autor no arremete contra Inglaterra desde lo que se denomina un punto de vista “de izquierdas”, sino sobre la base de que Escocia e Inglaterra son enemigas, en cuanto naciones. No sé si sería justo interpretar que esta carta contiene una cierta teoría de la raza. No cabe duda, en cambio, de que el autor nos odia tanto como un nazi acérrimo odiaría a un judío. No se trata del aborrecimiento por la clase capitalista ni nada semejante, sino del simple odio a Inglaterra. Y aunque no se entienda bien del todo, esta clase de inquinas abundan más de lo que se cree. Yo he visto pronunciamientos no menos violentos en letra impresa.

Hasta la fecha, el movimiento nacionalista de Escocia parece haber pasado casi inadvertido en Inglaterra. Por tomar el ejemplo más cercano, yo no recuerdo que haya aparecido nunca en las páginas de *Tribune*, si se exceptúa alguna reseña de libros. Es verdad que se trata de un movimiento muy reducido, pero que podría crecer, pues tiene cierta base para ello. En este país no creo que se entienda bien del todo —yo mismo no tenía ni idea, hasta hace unos pocos años— de que Escocia tiene una denuncia firme contra Inglaterra. En términos económicos, tal vez, la acusación no sea grave. En el pasado, qué duda cabe, hemos saqueado Escocia de una manera vergonzosa, pero es harina de otro costal que hoy en día Inglaterra en conjunto explote a Escocia y que Escocia pudiera estar mucho mejor si gozara de plena autonomía. Lo que cuenta es que muchos escoceses, a menudo de planteamientos bastante moderados, empiezan a pensar en la posibilidad de la autonomía, y empiezan a sentir que se les ha empujado a ocupar una posición inferior. Tienen razón a espuestas. En algunas regiones, al menos, Escocia es prácticamente territorio ocupado. Existe una clase alta inglesa o anglicizada, y una clase obrera escocesa, que habla con un acento marcadamente distinto o, al menos durante parte del tiempo, en otra lengua diferente. Ésta es una división más peligrosa que cualquiera de las que existen en Inglaterra. En circunstancias favorables podría tener un feo desarrollo. El hecho de que en Londres haya ahora un gobierno laborista y progresista no ha traído consigo grandes diferencias en este sentido.

No cabe duda de que los grandes males de Escocia se han de curar a la vez que sanen los que padece Inglaterra. Entretanto, hay cosas que podrían hacerse para suavizar la situación cultural. Cuestión mínima, pero no desdeñable, es la del lenguaje. En las regiones en las que se habla gaélico, esta lengua no se enseña en las escuelas. Hablo a partir de una experiencia limitada, aunque yo diría que esto empieza a causar resentimiento. Asimismo, la BBC sólo emite dos o tres programas en gaélico a la semana, todos ellos de una media hora de duración. Dan la impresión de ser programas poco o nada profesionales. A pesar de todo, se escuchan con gran pasión. Sería muy sencillo ganarse la buena voluntad de los escoceses emitiendo un programa en gaélico, al menos, una vez al día.

Hace algún tiempo yo habría dicho que es absurdo mantener viva una lengua como el gaélico, que sólo cuenta con pocos cientos de miles de hablantes. Ahora ya no estoy tan seguro. Para empezar, si la gente siente que posee una cultura especial que habría que preservar, y que la lengua forma parte de esa cultura, no es de ley poner trabas e inconvenientes cuando desean que sus hijos aprendan debidamente su lengua. En segundo

lugar, es probable que el esfuerzo de ser bilingüe sea, en sí, una educación valiosa. Los campesinos escoceses que hablan gaélico también hablan un magnífico inglés, en parte, creo, porque el inglés es casi una lengua extranjera, que a veces pasan días enteros sin utilizar. Es probable que obtengan un beneficio intelectual al tener que ser conscientes de los distintos diccionarios y reglas gramaticales, cosa que no sucedería ni sucede en el caso de los que sólo hablan inglés.

Sea como fuere, creo que deberíamos prestar más atención a los reducidos y, sin embargo, violentos movimientos separatistas que existen dentro de nuestra propia isla. Tal vez ahora parezca que no tienen ninguna importancia, pero, a fin de cuentas, el *Manifiesto comunista* fue en su día un documento apenas conocido, tal como el partido nazi contaba sólo con seis miembros cuando Hitler se afilió a él.

Por cambiar de tema, he aquí un extracto de otra carta. Es de un hombre que tiene una destilería de whisky:

Lamentamos vernos, a regañadientes, obligados a devolverle su cheque, debido a que Strachey no ha sabido cumplir su promesa de liberar la cantidad de cebada que se precisa para proceder a su destilación en Escocia, razón por la cual no asumimos ahora nuevos compromisos. Cuando tenga dificultades en obtener una copa, le será de algún consuelo saber que Strachey ha enviado treinta y cinco mil toneladas de cebada a Eire, país NEUTRAL, para que allí se destile.

Debe de sentirse uno muy acalorado cuando introduce estas consideraciones en una carta puramente comercial que, por lo visto, debe de ser poco menos que una circular. Tampoco importa mucho, ya que los propietarios de las destilerías e, incluso, sus clientes no suman en total muchos votos. Ojalá pudiera estar seguro de que las personas que expresan comentarios como el que oí ayer en la cola de la verdulería —¡El gobierno, qué chusma! ¡Esa pandilla no sabría gobernar ni una simple salchichería, te lo digo yo!— son, también, muy pocas.

Skelton no es un poeta cuya obra sea fácil de encontrar. Yo nunca he sido dueño de una edición completa de sus obras. Hace poco, en una antología que encontré, busqué y no pude encontrar un poema que recordaba haber leído años antes. Era lo que se suele llamar un poema macarrónico —parte en inglés, parte en latín—, y era una elegía a la muerte de no recuerdo quién. Me viene a las mientes sólo un pasaje:

Sepultas est entre las malas hierbas,
Dios le perdone sus fechorías,
Con su ¡eh, oh, boga, boga!
per omnia saecula, saecula saeculorum.

Se me ha quedado grabado en mente porque expresa una mentalidad completamente imposible en nuestro tiempo. Hoy no hay literalmente nadie que pueda escribir sobre la muerte con ese tono de ligereza. Desde la decadencia de la creencia en la inmortalidad del alma, la muerte ha dejado de tener ninguna gracia. Pasará mucho tiempo hasta que vuelva a parecer poca cosa. De ahí que haya desaparecido el epitafio burlesco, que, en otro tiempo, fue un rasgo habitual en nuestros cementerios. Me quedaría de una pieza si viese un epitafio cómico de fecha posterior a 1850. Hay uno en Kew, si mal no recuerdo, que debe de ser de esa fecha. La mitad de la lápida se halla cubierta por un largo panegírico que dedica a la esposa difunta el marido desolado. Al pie de la lápida se ve una inscripción que dice así: “Ahora, él tampoco está”.

Uno de los mejores epitafios de la lengua inglesa es el que Landor dedica a “Dirce”,

seudónimo no sé de quién. No es exactamente cómico, pero sí esencialmente profano. Si yo fuese mujer, sería mi epitafio preferido, esto es, que sería el que me gustaría que figurase en mi tumba. Dice así:

Haced piña, vosotros los de la Estigia,
con Dirce a bordo de una barca,
y que Caronte, cuando la vea, olvide
que es un vejestorio, y ella mera sombra.

Casi valdría la pena haber muerto para que alguien escriba algo así a propósito de uno.

14 de marzo de 1947

Todavía no he leído nada más que un párrafo en un periódico acerca de la *Nu Speling*^[154], en relación con la cual alguien tiene previsto la presentación de una ley en el Parlamento. Si se trata de algo semejante a los demás planes para la racionalización de nuestra ortografía, estoy, por adelantado, en contra. E imagino que la mayoría de la población se mostrará en contra.

Es probable que la razón de más peso para resistirse a la racionalización de la ortografía sea la pereza. Todos hemos aprendido a leer y a escribir, de modo que no queremos tener que aprender de nuevo. Pero es que hay otras objeciones más respetables aún. Para empezar, a menos que el plan se aplique de una forma sumamente rigurosa, el caos resultante, en el que unos periódicos y editoriales lo aceptarán, mientras que otros se negarán y otros aun lo aceptarán sólo de manera parcial, sería de veras temible. Asimismo, todo el que hubiera aprendido solamente el sistema nuevo tendría serias dificultades para leer libros impresos de acuerdo con la ortografía antigua, de modo que sería preciso emprender, sin dilación, la titánica tarea de reescribir la totalidad de las obras literarias del pasado. Por otra parte, sólo es posible racionalizar plenamente la ortografía si se adjudica un valor fijo a cada letra, pero eso entrañaría la estandarización de la pronunciación, cosa que, en este país, sería inviable sin que se armara un jaleo de padre y señor mío. ¿Qué hacer, por ejemplo, con palabras como *butter* [mantequilla] o *glass* [vaso, vidrio], que se pronuncian de muy distinto modo en Londres y en Newcastle? Otras palabras, como *were* [pretérito imperfecto de “ser”], se pronuncian de distinta forma según la inclinación de cada hablante o según el contexto.

En cualquier caso, no quisiera prejuzgar a los inventores de la *Nu Speling*. Tal vez ya tengan ideada la manera de sortear estas dificultades. Por otra parte, no cabe duda de que nuestro sistema ortográfico es de una ridiculez inmensa, y debe de ser una tortura para los extranjeros que estudien la lengua inglesa. Esto es una lástima, porque el inglés está bien preparado para ser el segundo idioma universal, caso de que tal cosa exista. Lleva una gran ventaja sobre cualquier lenguaje natural, y una ventaja enorme sobre cualquier otro lenguaje artificial. Al margen de la ortografía, es muy fácil de aprender. ¿No cabría quizás la posibilidad de racionalizarlo poco a poco, modificando sólo unas cuantas palabras cada año? Algunas de las ortografías más ridículas tienden a modificarse de un modo oficioso. Por ejemplo, ¿cuántas personas escriben *hiccup* con la grafía *hiccough*?^[155]

Otra cosa en contra de la cual me posiciono por anticipado, pues a la fuerza la sugerirá alguien, tarde o temprano: la completa desaparición de nuestro sistema de peso y medidas.

Es evidente que hay que recurrir al sistema métrico en determinados casos. En los trabajos científicos, hace ya tiempo que se utiliza. También es necesario en el caso de las herramientas y la maquinaria, especialmente cuando se pretenden exportar. En cambio, hay motivos de muchísimo peso para mantener el viejo sistema de peso y medidas en la vida cotidiana. Una de las razones es que el sistema métrico no posee, o no ha logrado establecer, un amplio número de unidades que sean fáciles de visualizar. Por ejemplo, no existe una unidad eficaz a caballo del metro, que es más de una yarda, y el centímetro, que es menos de media pulgada. En inglés se puede describir a una persona diciendo que mide cinco pies y tres pulgadas de estatura, o cinco pies y nueve pulgadas, o seis y una, y nuestro oyente sabrá con bastante precisión a qué nos referimos. En cambio, nunca he oído decir a un francés que tal o cual persona mide “ciento cuarenta y dos centímetros de estatura”. No transmitiría ninguna imagen visual concreta. Igual sucede con el resto de las medidas. La vara o el acre, las pintas, los cuartos y los galones, las libras, las piedras, el peso cien^[156], son, en su totalidad, unidades con las que tenemos una estrecha familiaridad. Sin ellas, seríamos algo más pobres. En realidad, en algunos países en los que se emplea el sistema métrico decimal, tienden a subsistir, todavía, alguna de las medidas de antaño, sobre todo en los usos cotidianos, aun cuando oficialmente no esté bien visto.

Está, por otra parte, la consideración literaria, que no puede desestimarse del todo. Los nombres de las unidades del sistema antiguo son palabras breves, con sabor propio, hogareñas, que se prestan a un lenguaje vigoroso. Echar un cuarto a una cazuela de a pinta es una buena imagen, que difícilmente podría expresarse en el sistema métrico decimal^[157]. Asimismo, la literatura del pasado sólo emplea las medidas del sistema antiguo. Muchos pasajes serían irritantes si uno tuviera que realizar una operación aritmética al leerlas, como sucede con esas fatigosas verstras que aparecen en las novelas rusas.

La pulgada de la hormiga y la milla del águila
hacen sonreír a la filosofía lisiada.

¡Imagínese el lector tener que convertirlo en milímetros y kilómetros!^[158]

He leído, hace poco, un reportaje sobre un grupo de profesores, periodistas, delegados de los sindicatos y otro tipo de personas, todas ellas alemanas, que han realizado una visita a este país. Parece ser que les dieron alimentos para el viaje los sindicatos y otras organizaciones; se los requisaron los funcionarios de la aduana en Harwich. Ni siquiera se les permitió salir del país con los siete kilos y medio de alimentos que se permiten llevar a todo prisionero de guerra que regrese a su país. El reportaje añade, sin ironía aparente, que dichos visitantes alemanes estuvieron aquí “para participar en un curso sobre la democracia de seis semanas de duración”.

El otro día tuve ocasión de escribir algo acerca de la enseñanza de la historia en los colegios públicos. Me vino a la memoria la siguiente escena, sólo vagamente relacionada con lo que estaba escribiendo. No hace todavía quince años desde que la presencié.

—¡Jones!

—¡Sí, señor!

—A ver, causas de la Revolución francesa.

—Con mucho gusto, señor. La Revolución francesa fue debida a tres causas: las enseñanzas de Voltaire y Rousseau, la opresión a que estaban sujetos los nobles por parte del pueblo y...

En este punto, Jones experimenta un amago de escalofrío, el primer síntoma premonitorio de una enfermedad. ¿Es posible que se haya trabucado en algo? El rostro del

profesor es inescrutable. Veloz, Jones se concentra en el librito más bien hosco, con una cubierta marrón y rugosa, una página del cual ha memorizado a diario. Podría haber jurado que lo había aprendido de memoria y sin fallo, pero, en este momento, Jones acaba de descubrir lo engañosa que es la memoria visual. Tiene en mente, con toda claridad, la página entera. Tiene registrada la forma de cada uno de los párrafos. Lo malo es que no dispone de una manera de saber con precisión cuál es el orden exacto de las palabras. Estaba seguro de que era la opresión de los nobles por parte del pueblo, claro que también podría ser la opresión del pueblo por parte de los nobles. Se lo juega a cara o cruz. Toma una decisión a la desesperada, decide sostener la primera versión. Balbucea:

—La opresión a que estaban sujetos los nobles por parte del pueblo y...

—¡JONES!

Me pregunto, la verdad, si estas cosas siguen sucediendo.

28 de marzo de 1947

He leído con interés el boletín correspondiente a febrero-marzo de *Observación de las Masas*, que se publica a los diez años de que naciera esta organización. Resulta curioso recordar con qué hostilidad fue recibido en sus comienzos. Recibió violentos ataques, por parte, por ejemplo, del *New Statesman*, donde el señor Stonier declaró que el típico encuestador de esta organización “debe de tener orejas de elefante, un caminar elástico y el ojo permanentemente legañoso de tanto mirar por las cerraduras”, o algo de este jaez. Otro de sus detractores fue Stephen Spender. Sin embargo, y en general, toda oposición a esta clase de investigaciones sociales suele provenir de personas de opiniones más bien conservadoras, que, a menudo, parecen de veras indignadas ante la idea de descubrir qué es lo que piensa el público en general.

Si se pregunta el porqué, la respuesta suele ser que todo aquello que se descubre carece de interés, y que, en cualquier caso, una persona inteligente siempre sabe de antemano cuáles son las tendencias principales de la opinión pública. Otro argumento es que los estudios sociales interfieren con las libertades individuales y son un primer paso hacia el totalitarismo. Ésta es la línea que propugnó el *Daily Express* a lo largo de varios años, además de tratar de mofarse de la pequeña unidad de estudios sociales que instituyó el Ministerio de Información, a la que motejó con el apodo de Cooper’s Snoopers^[159]. Obvio es decir que, tras buena parte de esta oposición, subyace un temor justificado: descubrir que los sentimientos de las masas al respecto de muchas cuestiones no tienen nada de conservadores.

No obstante, algunas personas parecen tener la sincera sensación de que es negativo que el gobierno sepa demasiado acerca de lo que piensa la población en general, tal como otros sienten que se trata de una cierta presunción que el gobierno procure educar a la opinión pública. En realidad, la democracia es imposible, a menos que ambos procesos se hallen en funcionamiento. La democracia sólo es posible cuando los legisladores y los administradores saben qué desean las masas, y qué se puede dar por sentado que entienden. Si el actual gobierno prestara una mayor atención a este último aspecto, formularía parte de su publicidad de otra manera. *Observación de las Masas* publicó la semana pasada un informe sobre el Libro Blanco de la situación económica. Hallaron, como de costumbre, que las palabras y frases abstractas que se lanzan de acá para allá en los anuncios oficiales no tienen el menor sentido para una gran mayoría de ciudadanos de a pie. A muchos les desconcierta, incluso, la palabra *assets* [valores, activos], que creen relacionada con *assist*

[asistir].

El boletín de *Observación de las Masas* contiene una relación de los métodos que emplean sus investigadores, aunque no aborda un punto de capital importancia: el modo en que se financian las encuestas sociales. La propia organización de Observación de las Masas parece mantenerse en marcha casi a salto de mata, mediante la publicación de libros y la asunción de trabajos específicos encargados por el gobierno e, incluso, por organizaciones comerciales. Algunos de sus mejores estudios, como el que trata sobre la tasa de natalidad, se llevó a efecto por encargo del Gremio de Publicistas. Lo malo de este método es que un determinado asunto sólo se somete a investigación si una organización amplia y bien provista de fondos tiene interés en él. Un ejemplo evidente es el antisemitismo, asunto que, a mi entender, jamás se ha estudiado a fondo, o se ha estudiado sólo de una manera muy precaria. Claro que el antisemitismo no es sino una variante de la extendida y grave enfermedad moderna que es el nacionalismo. Y es concebible que se hallara en vías de curación, si supiéramos algo más al respecto. Ahora bien: ¿quién tiene interés suficiente para adelantar los miles de libras que costaría una investigación exhaustiva?

Durante algunas semanas se ha publicado una nutrida correspondencia en el *Observer*, acerca de la persistencia del hábito de “escupir y abrillantar” en las fuerzas armadas. En el último número aparecía una buena carta de alguien que firmaba como “Recluta”, en la cual describía el modo en que, él y sus camaradas se veían obligados a perder el tiempo miserablemente sacando brillo al latón y untando de betún las mangueras de las bombas de mano, limpiando el mango de las escobas con cuchillas de afeitar, etc., etc. No obstante, “Recluta” también dice lo siguiente: “Cuando un oficial (comandante) cumplía con la rutina y leía las Reales Estipulaciones relativas a las enfermedades venéreas, nunca dudaba en añadir que ‘No hay de qué avergonzarse si uno padece una de estas enfermedades. Es algo muy natural. Asegúrense, sin embargo, de reportarse de inmediato para recibir el tratamiento prescrito’”. Debo decir que me parece extraño, en medio del resto de las idioteces que se mencionan, poner objeciones a una de las pocas cosas sensatas que hay en el ejército, esto es, una actitud recta ante las enfermedades venéreas. Nunca podremos acabar con la sífilis y la gonorrea si no les extirpamos el estigma de lo pecaminoso. Cuando se introdujo el reclutamiento obligatorio en la guerra de 1914–1918, se descubrió, si mal no recuerdo, que prácticamente la mitad de la población padecía o había padecido con anterioridad alguna enfermedad venérea. Las autoridades se alarmaron y tomaron algunas precauciones. En los años de entre-guerras, la lucha contra las enfermedades venéreas languideció en lo tocante a la población civil. Se suministró tratamiento a los afectados, pero la propuesta de crear “centros de tratamiento precoz”, como en el ejército, fue aplastada por los puritanos. Sobrevino entonces otra guerra, con el incremento de la incidencia de enfermedades venéreas que toda guerra a la fuerza comporta, y se llevó a cabo otro intento por solucionar el problema. Los carteles del Ministerio de Sanidad son bastante tímidos, pero también habrían provocado las protestas de los piadosos, si las necesidades militares no los hubieran reclamado con insistencia.

No es posible tratar estas enfermedades mientras se sigan considerando visitas de Dios, o parte de una categoría absolutamente distinta del resto de las enfermedades. Resultado inevitable de esto son el ocultamiento y los remedios caseros o de matasanos. Y decir que “una vida limpia es el único remedio real” es pura patraña. En una sociedad como la nuestra, por fuerza han de darse la promiscuidad y la prostitución, ya que las personas maduran sexualmente a los quince años de edad, y se les disuade de contraer matrimonio

hasta bien cumplidos los veintitantos, cuando el reclutamiento obligatorio y la necesidad de la movilidad en la mano de obra trastornan la vida de familia, y los jóvenes que viven en las grandes ciudades no disponen de maneras regulares para trabar nuevas amistades. Es imposible resolver el problema haciendo que las personas sean más sólidas moralmente, porque en un futuro previsible no serán tan moralmente sólidas como se aspira a que sean. Además, muchas de las víctimas de las enfermedades venéreas son maridos o esposas que no se han entregado a uno de los llamados “actos inmorales”. La única actitud aconsejable es reconocer que la sífilis y la gonorrea no pasan de ser meras enfermedades, más previsible, quizás más fáciles de curar, que la mayoría, y que sufrirlas no es una desgracia ni tampoco una deshonra. No cabe duda de que los piadosos pondrán el grito en el cielo. Pero es que, al hacerlo, podrían confesar sus verdaderos motivos, y, de ese modo, estaríamos un poco más cerca de borrar de la faz de la Tierra este mal.

Durante los últimos cinco minutos me he quedado mirando por la ventana a la plaza, ojo avizor, por si acaso apareciera algún síntoma de la primavera incipiente. Hay un tenue claro entre las nubes que revela un apunte de azul, y en uno de los sicomoros se ven lo que podrían parecer los primeros brotes. Por lo demás, sigue siendo invierno. No hay de qué preocuparse: hace tan sólo dos días, tras una cuidadosa búsqueda por Hyde Park, encontré un espino que, sin lugar a dudas, estaba en flor, y algunos pájaros, si bien no trinaban de veras, emitían sonidos semejantes a los de una orquesta que está afinando antes del concierto. A fin de cuentas, llega la primavera. Los rumores oídos recientemente de que estábamos al comienzo de una nueva glaciación eran infundados. En sólo tres semanas oiremos al cuco, que suele soltarse la lengua en torno al 14 de abril. Otras tres semanas más, y disfrutaremos bajo el cielo azul intenso, comiendo helados por la calle, olvidándonos de amontonar leña para el invierno siguiente.

¡Qué apropiados han parecido los antiguos poemas en loor de la primavera, durante estos últimos años! Poseen un significado que no tenían en los tiempos en que no había escasez de leña y combustible, en los que casi se podía conseguir cualquier cosa en cualquier época del año. De todos los pasajes que celebran la primavera, creo que el que más me gusta son esas dos estrofas al comienzo de una de las baladas de Robin Hood. Modernizo la ortografía:

When shaws be sheen and swards in full fair;
 And leaves both large and long,
 It is merry walking in the fair forest
 To hear the small bird's song.
 The woodwele sang and would not cease,
 Sitting upon the spray,
 So loud he wakened Robin Hood
 In the greenwood where he lay^[160].

Pero ¿qué era exactamente el *woodwele*? El *Oxford Dictionary* da a entender que era el pájaro carpintero, que no es un ave canora muy notable. Me gustaría saber si es posible identificarlo con un pájaro más verosímil.

RESEÑA DE CAMINO DE SERVIDUMBRE

DE F. A. von HAYEK y de

EL ESPEJO DEL PASADO

de K. ZILLIACUS

Tomados conjuntamente, estos dos volúmenes causan una desazón considerable. El primero es una elocuente defensa del capitalismo, al más puro estilo *laissez faire*, el otro es una denuncia aún más vehemente del mismo. Abarcan, en gran medida, un mismo terreno; con frecuencia, citan las mismas autoridades y beben de las mismas fuentes, e incluso parten de idénticas premisas, ya que cada uno de ellos da por sentado que la civilización occidental depende de la inviolabilidad del individuo. Con todo y con eso, ambos autores están convencidos de que la política que propugna el otro conduce directamente a la esclavitud, y lo alarmante es que ambos pueden tener toda la razón.

De los dos, el libro del profesor Hayek quizá sea más valioso, ya que los puntos de vista que expone no están ahora mismo tan de moda como los del señor Zilliacus. Muy sucintamente, la tesis de Hayek es que en Alemania los nazis tuvieron éxito porque los socialistas les habían hecho toda la labor de zapa, sobre todo la obra intelectual consistente en debilitar el deseo de la libertad. Al poner la totalidad de la vida bajo el control del Estado, el socialismo forzosamente otorga el poder a un círculo reducido de burócratas avisados, que, prácticamente en todos los casos, serán hombres deseosos del poder por el poder mismo, y que no tendrán el menor escrúpulo cuando se trate de conservarlo. Gran Bretaña, afirma, va por el mismo camino que Alemania, con la intelectualidad izquierdista en la locomotora y el Partido Conservador en el primer vagón del pasaje. La única salvación posible estriba en regresar a una economía ajena a toda planificación, de libre competencia, y a hacer hincapié más en la libertad que en la seguridad.

La faceta negativa de la tesis que sostiene el profesor Hayek contiene no poca verdad. Nunca será exagerado afirmar con frecuencia —en cualquier caso, no se dice con la frecuencia suficiente— que el colectivismo no es algo inherentemente democrático, sino que, por el contrario, entrega a una minoría tiránica un poder tal como jamás soñaron siquiera los inquisidores en España.

El profesor Hayek probablemente también tiene razón al decir que, en este país, los intelectuales tienen una mentalidad más totalitaria que el ciudadano corriente. En cambio, no considera, o no reconoce, que un regreso a la “libre” competencia entraña para la gran masa de la población una tiranía, incluso peor, por ser más irresponsable, que la que practica el Estado. Lo malo de las competencias es que alguien las gana. El profesor Hayek niega que el capitalismo libre desemboque en el monopolio, aunque en la práctica ése es el punto al que ha conducido; y como la inmensa mayoría de la población prefiere una regulación estatal rígida antes que la depresión económica y el desempleo, la inercia que conduce al colectivismo forzosamente ha de continuar por su rumbo, al mismo ritmo, si la opinión pública tiene algo que decir al respecto.

El documentado y muy sólido ataque contra el imperialismo y la política del poder que lleva a cabo Zilliacus en su libro es, sobre todo, una denuncia de los acontecimientos que desembocaron en las dos guerras mundiales. Por desgracia, el entusiasmo con el que

desenmascara de una forma demoledora la guerra de 1914 a uno le lleva a preguntarse sobre qué base respalda, en cambio, esta otra guerra. Tras relatar la sórdida historia de los tratados secretos y las rivalidades comerciales que desencadenaron el conflicto en 1914, concluye que nuestros objetivos de guerra, tal como se han proclamado, eran pura mentira, y que “declaramos la guerra a Alemania porque, si Alemania ganase la guerra entablada contra Francia y Rusia, se convertiría en dueña y señora de toda Europa, con fuerza suficiente para servirse después las colonias británicas”. ¿Por qué, si no es por eso, entramos en guerra esta vez? Parece que fue igualmente perverso oponerse a Alemania en la década anterior a 1914, así como lo fue la política de apaciguamiento de la década de 1930; parece, según se deduce de sus palabras, que hubiésemos debido alcanzar un compromiso de paz en 1917, mientras que sería traición hacerlo ahora. Fue perverso, incluso en 1915, acceder a la partición de Alemania y a que Polonia fuera considerada como “un asunto interno de Rusia”: bien se ve que esos mismos actos han cambiado de color moral con el paso del tiempo.

Lo que deja Zilliacus fuera de su libro es que las guerras tienen resultados, al margen de los motivos de quienes las hayan precipitado. Nadie podrá poner en duda la suciedad de la política internacional de 1870 en adelante, pero de ello no se sigue que hubiera sido bueno permitir que el ejército alemán se adueñara de Europa. Es posible que algunas transacciones bastante sórdidas se estén ventilando ahora entre bambalinas, y que la actual oleada de propaganda “contra el nazismo” (compárese con “contra el militarismo prusiano”) parezca muy poca cosa en 1970, pero Europa será, sin ninguna duda, un lugar mejor cuando Hitler y sus partidarios hayan desaparecido de ella.

Entre estos dos libros se resume nuestro actual dilema. El capitalismo conduce a las colas para cobrar el subsidio del paro, a la lucha por los mercados, a la guerra. El colectivismo conduce a los campos de concentración, la adoración de los líderes, a la guerra. No hay salida de todo ello, a menos que una economía bien planificada pueda combinarse de algún modo con la libertad de pensamiento y de expresión, lo cual sólo puede suceder si el concepto del bien y el mal se restaura en el terreno de la política.

Ambos autores son conscientes de esto en mayor o menor grado, pero como no aciertan a indicar un modo viable de llevarlo a cabo, el efecto sumado de ambos libros es harto deprimente.

Observer, 9 de abril de 1944

LA POLÍTICA Y LA LENGUA INGLESA

La mayoría de quienes tienen alguna preocupación por el asunto reconocerán que la lengua inglesa goza de una pésima salud, aunque, en general, se da por sentado que no hay acción consciente que pueda remediarlo. Nuestra civilización está en decadencia, y nuestra lengua —según este argumento— participa inevitablemente del desplome general. De ahí se sigue que cualquier lucha contra el mal uso de la lengua sea un arcaísmo sentimental, como preferir las velas a la luz eléctrica o los carromatos a los aviones. En todo ello subyace la creencia, más o menos consciente, de que la lengua es fruto de un desarrollo constante y natural, no un instrumento con el que demos forma a nuestras intenciones.

Es evidente que la decadencia de una lengua ha de tener, en definitiva, una serie de causas políticas y económicas: no se debe simplemente a la mala influencia de tal o cual escritor. No obstante, un efecto puede tornarse causa y reforzar la causa original, dando lugar al mismo efecto, sólo que de forma intensificada, y así hasta la saciedad. Un hombre puede darse a la bebida porque se considera un fracasado, y fracasar entonces más todavía porque se ha dado a la bebida. Algo parecido está ocurriendo con la lengua inglesa. Se torna fea e inexacta porque nuestros pensamientos rayan en la estupidez, pero el desaliño de nuestro lenguaje nos facilita caer en esos pensamientos estúpidos. Lo cierto es que este proceso es reversible. El inglés moderno, y, en especial, su versión escrita, está trufado de pésimos hábitos que se contagian por imitación, y que podrían evitarse siempre y cuando estemos dispuestos a tomarnos las molestias necesarias. Si uno se libra de esos hábitos, podrá pensar con mayor claridad, y pensar con claridad es por fuerza un primer paso hacia la regeneración política. Así pues, la lucha contra el mal uso del inglés no es algo frívolo ni es preocupación exclusiva de los escritores profesionales. Volveré luego sobre este punto. Espero que, para entonces, el sentido de lo que acabo de decir haya quedado más claro. Mientras, aquí hay cinco ejemplos de la lengua inglesa tal como se escribe hoy.

Son cinco pasajes no escogidos por ser particularmente malos —podría haber citado ejemplos mucho peores sin esforzarme demasiado—, sino porque ilustran varios de los vicios mentales de que ahora adolecemos. Están un poco por debajo de la media, pero son muestras bastante representativas. Los numero para poder hacer referencia a ellos cuando sea necesario:

[1.] En efecto, no estoy seguro de que no sea cierto afirmar que el Milton que en su día no parecía muy distinto de un Shelley del siglo XVII no se hubiera vuelto, debido a una experiencia cada vez más amarga con cada año que pasaba, más ajeno [*sic*] al fundador de aquella secta jesuíta a quien nada le inducía a la tolerancia.

Profesor Harold Laski, *Ensayo sobre la libertad de expresión*^[161].

[2.] Sobre todo, no podemos ponernos a jugar al chipichapa con una batería de expresiones nativas que receta una egregia colocación de los vocablos, como en inglés básico *put up with* por *tolerate* o *put at a loss* por *bewilder*.

Profesor Lancelot Hogben, *Interglossia*^[162].

[3.] Por una parte, nos encontramos la libre personalidad: por definición, no es neurótica, pues no contiene conflicto ni sueño. Sus deseos, tal como se dan, son transparentes, pues son precisamente lo que la aprobación institucional mantiene en el primer plano de la conciencia. Otro patrón institucional alteraría su cantidad y su

intensidad; en ellos hay poco que sea natural, irreductible o culturalmente peligroso. Por otra parte, el vínculo social en sí mismo no es nada sino el mutuo reflejo de esas integridades seguras por sí mismas. Recuérdese la definición [que dimos] del amor. ¿No es ésta la imagen misma de un académico de poca monta? ¿Qué lugar podrá tener, en esta sala de espejos, ya sea la personalidad, ya sea la fraternidad?

Ensayo sobre psicología publicado en *Politics* (revista mensual de Nueva York)^[163].

[4.] Todos los “más notables” de los clubes para caballeros, y todos los furibundos capitanes del fascismo, aunados en un odio común hacia el Socialismo, bestialmente horrorizados ante la marea creciente del movimiento revolucionario de las masas, han recurrido a actos de provocación, a un infecto afán incendiario, a las leyendas medievales de los pozos envenenados, para dar carta de naturaleza a su destrucción de las organizaciones proletarias, así como para inflamar en la pequeña burguesía un fervor chauvinista, en nombre de la lucha contra la vía revolucionaria para hallar salida a la crisis.

Panfleto comunista^[164].

[5.] Si es preciso infundir en esta vieja nación un espíritu nuevo, hay una espinosa y contenciosa reforma que es preciso abordar, y no es otra que la humanización y galvanización de la BBC. Aquí, toda muestra de timidez será reveladora de un cáncer y de una atrofia del alma. Es posible que el corazón de Gran Bretaña sea sólido y lata con fuerza, por ejemplo, pero el rugido del león británico es a día de hoy como el de Bottom en el *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, es decir, tan dulce como el zureo de una paloma. Una Gran Bretaña nueva y viril no puede seguir indefinidamente traduciéndose a ojos, o más bien a oídos, del mundo, mediante la afeminada languidez que prima en Langham Place [sede de la BBC], que tiene el descaro de ampararse o más bien enmascararse tras el marchamo de “inglés estándar”. Cuando resuena la Voz de Gran Bretaña a las nueve en punto, ¡mucho mejor y menos ridículo sería oír que no se aspiran las haches [muestra de pronunciación vulgar] antes que soportar los rebuznos remilgados, hinchados, inhibidos, de institutriz mojigata, con que maúllan las timoratas e inmaculadas doncellas!

Carta de un lector publicada en *Tribune*^[165].

Cada uno de estos pasajes contiene sus propias faltas, pero al margen de la fealdad evitable hay dos cualidades comunes a todos ellos. La primera es el rancio anquilosamiento de la imaginería; la segunda, la falta de precisión. El autor de cada uno o bien parte de una idea que no consigue expresar o bien ha dicho, por inadvertencia, algo distinto de lo que pretendía, o bien le es indiferente lo que puedan significar o no sus palabras. Esta mezcla de vaguedad y de incompetencia manifiesta es la característica más acusada de la moderna prosa en inglés, y, muy en especial, de cualquier escrito político. Tan pronto se plantean determinados temas, lo concreto se funde en lo abstracto y nadie parece capaz de dar con giros lingüísticos que no sean de lo más trillado: la prosa consiste cada vez menos en palabras escogidas en aras de su sentido, y cada vez más en expresiones y frases ensambladas como si fueran las piezas de un gallinero prefabricado. A continuación doy, con notas y ejemplos, una lista de trucos habituales en la construcción de la mala prosa:

Metáforas moribundas. Una metáfora novedosa sirve de ayuda al evocar una imagen visual, mientras que una metáfora técnicamente “muerta” (por ejemplo, *férrea resolución*) ha revertido en efecto al estatus de palabra ordinaria, y puede, por lo común,

emplearse sin que se pierda viveza. Pero entre ambas especies hay un enorme basural de metáforas desgastadas, que han perdido todo poder de evocación y que se emplean sólo porque ahorran al usuario la molestia de inventar una expresión nueva. Ejemplos: *ring the changes on* [literalmente, repicar los cambios; introducir variaciones], *take up the cudgel for* [*cudgel*: garrote, porra; romper una lanza en favor de], *toe the line* [literalmente, tocar la raya con la punta del pie; acatar la disciplina], *ride roughshod over* [literalmente, pisotear con suela dura; despreciar, hacer caso omiso, atropellar], *stand shoulder to shoulder with* [caminar hombro con hombro con], *play into the hands of* [hacer el juego a], *no axe to grind* [literalmente, sin hacha que afilar; no tener interés personal en], *grist to the mill* [literalmente, molienda para la muela; todo viene bien, nada cae en saco roto], *fishing in troubled waters* [a río revuelto, ganancia de pescadores], *rift within the lute* [una grieta en el laúd; cualquier pequeño defecto], *on the order of the day* [al orden del día], *Achilles' heel* [talón de Aquiles], *swan song* [canto del cisne], *hotbed* [hervidero, caldo de cultivo]. Muchas se emplean sin siquiera conocer su sentido (¿qué es un *rift* [grieta, mácula, desconchón; la palabra es arcaica], por ejemplo?), y es frecuente la mezcla de metáforas incompatibles, síntoma inequívoco de que al autor no le interesa demasiado lo que está diciendo. Algunas metáforas hoy habituales se han retorcido de tal modo que nada tienen que ver con su significado original, pero sin que quienes las emplean sean conscientes de ese desplazamiento. Por ejemplo, *toe the line* se escribe a veces *tow the line* [tirar de un cabo, remolcar]. Otro ejemplo: *the hammer and the anvil* [el martillo y el yunque], que hoy se emplea siempre para indicar que el yunque lleva la peor parte. En la vida real, es el yunque el que siempre rompe el martillo, nunca al revés: cualquier escritor que se pare a pensar en lo que está diciendo se dará cuenta de ello, y evitará la perversión de la expresión original.

Operadores o complementos falsos. Ahorran la molestia de escoger los nombres adecuados a los verbos, y, al mismo tiempo, rellenan la frase con sílabas adicionales que le dan una apariencia de mayor simetría. Ejemplos característicos: *tornar inoperante, militar en contra, trabar contacto con, estar sujeto a, dar lugar a, dar pie a, tener el efecto de, desempeñar un papel principal en, dejarse sentir, tener efecto, mostrar tendencia a, servir al propósito de*, etc., etc. En vez de emplearse una sola palabra, como *romper, detener, estropear, arreglar, matar*, el verbo se torna una frase hecha, compuesta por un sustantivo o un adjetivo adheridos a verbos que sirven prácticamente para cualquier cosa, como *probar, servir, formar, desempeñar, tornar*. Asimismo, la voz pasiva se emplea siempre que es posible, prefiriéndose de largo a la voz activa, y se usan construcciones nominales en vez de las construcciones con gerundio: *mediante el examen de*, en lugar de *examinando*. La gama de los verbos se reduce más, si cabe, por medio del sufijo *-izar* [-ize] y del prefijo *de-*, *des-* [de-]; a muchas afirmaciones banales se les da cierto aire de profundidad por medio de la formación *no sin* [not un-]. Las conjunciones y preposiciones simples dejan su lugar a formaciones tales como: *con respecto a, con relación a, el hecho de que, a fuerza de, a la vista de, en aras de, en el supuesto de que*. Y los finales de las frases se salvan de un anticlímax mediante el uso de tópicos tan resonantes como: *como es muy de desear, no puede dejar de tomarse en cuenta, desarrollo que es de esperar se produzca en un futuro inmediato, merecedor de seria consideración, llevado a una conclusión satisfactoria*, etcétera, etcétera.

Dicción pretenciosa. Palabras como *fenómeno, elemento, individuo, objetivo, categórico, efectivo, virtual, básico, primario, promover, constituir, exhibir, explotar, instrumentar, erradicar o purgar* se emplean para alinear afirmaciones más bien insulsas y

dar un aire de imparcialidad científica a juicios sesgados. Expresiones como *que hará época, épico, histórico, inolvidable, triunfante, secular, inevitable, inexorable, legítimo* se emplean para dignificar el sórdido proceder de la política internacional, mientras que cualquier texto escrito que aspire a glorificar la guerra, por lo común, adquiere un tono arcaizante, siendo sus términos más asiduos: *reino, trono, cuadriga, mano férrea, tridente, espada, escudo, rodela, estandarte, yugo, clarín*. Las palabras y expresiones extranjeras, como *cul de sac, ancien régime, deus ex machina, mutatis mutandis, statu quo, Gleichschaltung, Weltanschauung*, se emplean para dar un aire de cultura y elegancia al texto escrito. Salvo algunas abreviaturas útiles, como *i. e., e. g., y etc.*, no existe ninguna verdadera necesidad de incorporar palabras extranjeras que hoy son corrientes en inglés. Los malos escritores, y, en especial, los científicos, políticos y sociólogos, suelen estar convencidos de que las palabras de extracción griega o latina son más grandiosas que las de origen anglosajón, y hay palabras innecesarias^[166], como *expedite* [acelerar], *ameliorate* [amejorar], *predict* [predecir], *extraneous* [extrínseco, superfluo], *deracinated* [desarraigado], *clandestine* [clandestino], *sub-aqueous* [subacuático], que de continuo ganan terreno sobre sus opuestos de raíz anglosajona^[167]. La jerga particular de los escritos marxistas (*hiena, hangman* [verdugo], *cannibal, petty bourgeois* [pequeñoburgués], *these gentry* [terratenientes], *lackey* [lacayo], *flunkey* [esbirro], *mad dog* [perro rabioso], *White Guard* [guardia blanca], etc.) consta, sobre todo, de calcos traducidos del ruso, del alemán o del francés. La forma habitual de acuñar un vocablo nuevo es recurrir a la raíz griega o latina con un afijo apropiado y, si es necesario, con la formación verbal *-ize*. A menudo, es más fácil acuñar palabras de este jaez: *desregionalizar, impermisible, extramarital, no-fragmentario* (*deregionalize, impermissible, extramarital, non-fragmentary*, etc.), que encontrar las palabras inglesas que valdrían para abarcar ese mismo significado. El resultado de todo ello, en general, es un incremento notable de la vaguedad y el desaliño.

Palabras carentes de significado. En determinados tipos de lenguaje escrito, en particular en la crítica de arte y en la crítica literaria, es muy normal topar con largos pasajes que casi por completo carecen de significado^[168]. Palabras como *romántico, plástico, valores, humano, muerto, sentimental, natural, vitalidad* tal como se emplean en la crítica de arte carecen estrictamente de significado, en el sentido de que no sólo no remiten a ningún objeto que sea posible descubrir, sino que prácticamente tampoco se espera que el lector realice esa tarea de descubrimiento. Cuando un crítico escribe, por ejemplo, que “La cualidad más sobresaliente en la obra de X es su viveza”, mientras que otro señala, también por escrito, que “Lo que más llama la atención en la obra de X es su particular falta de vida”, el lector lo acepta y lo toma por una mera diferencia de parecer. Si entrasen en juego palabras como *blanco y negro* en vez de *muerto y vivo*, que son palabras de jerga, al punto se daría cuenta de que el lenguaje se emplea ahí de un modo indebido. Existe un abuso similar de muchos vocablos políticos. La palabra *fascismo* ahora no tiene significado propio, salvo en la medida en que significa “algo que no es deseable”. Las palabras *democracia, socialismo, libertad, patriótico, realista, justicia* tienen todas ellas varios sentidos diferentes e irreconciliables entre sí. En el caso particular de una palabra como *democracia*, no sólo no existe una definición consensuada, sino que cualquier intento por establecerla halla resistencia por todos lados. Se percibe de un modo casi universal que cuando decimos de un país que es democrático lo estamos elogiando: por consiguiente, los defensores de toda clase de regímenes afirman que el suyo es una democracia, y temen verse obligados a dejar de usar la palabra en el caso de que a ésta se le diera otro significado. Las palabras de esta especie a menudo se emplean de una manera

conscientemente deshonesto. Dicho de otro modo: la persona que las emplea tiene su personal definición, pero permite que su interlocutor crea que quiere decir algo muy distinto. Afirmaciones como *El mariscal Pétain era un verdadero patriota* o *La prensa soviética es la más libre del mundo*, e, incluso, *La Iglesia católica se opone a toda persecución*, se plasman sobre el papel, casi siempre, con intenciones engañosas. Otras palabras que se emplean con un significado variable, casi siempre con mayor o menor falta de honestidad, son *clase*, *totalitario*, *ciencia*, *progresista*, *reaccionario*, *burgués*, *igualdad*.

Confeccionado este catálogo de estafas y perversiones, permítaseme dar otro ejemplo del tipo de texto al que conducen. Esta vez ha de ser un ejemplo imaginario. Voy a traducir un pasaje de inglés excelente a un inglés moderno de la peor calaña. He aquí un fragmento conocido de sobra, tomado del *Eclesiastés*:

Torneme, y vi debajo del sol que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes la gracia, mas que tiempo y ocasión acontecen a todos^[169].

Helo aquí en inglés moderno:

La consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos obliga la conclusión de que el éxito o el fracaso en las actividades competitivas no exhiben una tendencia clara a corresponderse con la capacidad innata, sino que es preciso tener invariablemente muy en cuenta un elemento no desdeñable de imprevisibilidad^[170].

Ésta es una parodia, pero no es descabellada. El ejemplo [3] antes citado, sin ir más lejos, contiene varias incrustaciones del mismo tipo de inglés. Se notará que no he hecho una traducción completa. El comienzo y el final de la frase se pliegan estrechamente al sentido del original, aunque las ilustraciones concretas del medio —la carrera, la guerra, el pan— se disuelven en esa vaga expresión, *el éxito o el fracaso en las actividades competitivas*. Así tenía que ser, porque ningún escritor moderno, del tipo de los que aquí reseño, es decir, nadie capaz de emplear una expresión como *la consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos* presentará jamás sus pensamientos de esa manera precisa y detallada. Analicemos las dos frases más a fondo. La primera contiene cuarenta y nueve palabras y sólo sesenta sílabas, y las palabras que emplea son cotidianas; la segunda contiene treinta y ocho palabras, pero noventa sílabas: diez de los vocablos son de raíz latina, y uno es de extracción griega^[171]. La primera frase contiene seis imágenes visuales muy claras, y una sola expresión (*tiempo y ocasión*) que podría considerarse imprecisa. La segunda no contiene una sola expresión que tenga frescura, que deslumbre, y, a pesar de las noventa sílabas, sólo representa una versión abreviada del sentido que se contiene en la primera. Ahora bien, sin ninguna duda, es esta segunda clase la que va ganando terreno en inglés moderno. No quisiera exagerar. Esta clase de texto aún no es universal, y brotes de sencillez seguirán apareciendo aquí y allá, hasta en las páginas peor escritas. Sin embargo, si usted, lector, o yo tuviéramos que escribir unas líneas sobre la incertidumbre de la fortuna humana, seguramente nos acercáramos mucho más a mi frase imaginaria que a la frase del *Eclesiastés*, 9: 11.

Tal como he tratado de demostrar, la moderna lengua escrita en su peor vertiente no consiste en escoger las palabras en aras de su significado ni en inventar imágenes para que el sentido quede más claro. Consiste en pegar unas con otras largas retahilas de palabras que ya están acuñadas como tales, que otros han puesto en orden, y ofrecer un resultado presentable por medio de patrañas y embauques. El atractivo que tiene este tipo de escritura es que se hace muy fácil. Es más fácil —y más veloz, cuando se tiene la costumbre— decir *A mi juicio, no es una suposición injustificable...* que decir *Pienso que...* Cuando se

utilizan frases hechas a medida, no sólo no hace falta buscar la palabra idónea; tampoco es preciso preocuparse por el ritmo de la frase, toda vez que estas frases estén por lo común dispuestas de modo que resulten más o menos eufónicas. Cuando uno escribe con prisas — cuando dicta a una taquígrafa, por ejemplo, o redacta un discurso—, es natural caer en ese estilo pretencioso y latinizante. Remoquetes como *una consideración que haríamos bien en tener muy presente* o *una conclusión con la que todos estaremos en seguida de acuerdo* salvan muchas frases de ese bajón de tono a menudo ineludible. Al emplear metáforas rancias y símiles y frases anquilosadas, uno se ahorra mucho esfuerzo mental, aun a costa de que el sentido de lo dicho sea vago y difuso no ya para el lector, sino también para uno mismo. Ése es el sentido que tienen las metáforas mezcladas e incompatibles. Cuando hay un choque de imágenes —por ejemplo, en *El pulpo fascista ha entonado su canto del cisne, el yugo [opresor] ha sido arrojado al crisol*—, podemos estar seguros de que el escritor no ha percibido una imagen mental clara de los objetos que enumera. Dicho de otro modo, no piensa. Véanse los ejemplos que aduje al principio de este ensayo. El profesor Laski [1] emplea cinco negativas en cincuenta y tres palabras. Una de ellas es superflua, y convierte todo el pasaje en algo ininteligible o en mera paparrucha; además, incurre en un patinazo verbal al escribir *ajeno [alien]* por *afín [akin]*, añadiendo más ininteligibilidad, por no hablar de varias torpezas evitables, que incrementan la vaguedad general de la muestra. El profesor Hogben [2] juega al chipichapa con una batería de expresiones capaces de extender recetas y, si bien desaconseja una expresión tan cotidiana como *put up with*, parece reacio a mirar en el diccionario qué significa *egregia*. En [3], si uno adopta una actitud poco o nada caritativa, se capta nada más que una total ausencia de sentido: es probable que se pudiera en el sentido que se pretendía comunicar leyendo la totalidad del artículo en que está el ejemplo. En [4], el autor, más o menos, sabe qué pretende decir, pero la acumulación de expresiones revenidas y anquilosadas lo sofoca tal como atascan las hojas del té el desagüe del fregadero. En [5], las palabras y su sentido prácticamente se han despedido para siempre unas de otro. La gente que escribe de este modo, por lo común, trata de comunicar un significado de corte emocional; les desagrada una cosa y desean expresar su solidaridad con otra, pero no se toman la molestia de descender al detalle de lo que dicen. Un escritor más escrupuloso se preguntará ante cada una de sus frases, al menos, cuatro cosas: ¿qué trato de decir; con qué palabras puedo expresarlo; qué imagen o frase hecha lo dirá más claro; y, por último, tiene esta imagen fresca suficiente para causar en el lector el efecto deseado? Y aun es probable que se formule otras dos: ¿podría decirlo de manera más sucinta? ¿He dicho algo que tenga una fealdad evitable? Nadie tiene la obligación de tomarse tantas molestias, por descontado. Se puede esquivar todo ello abriendo de par en par la mente, sin más, y dejando que entren en tropel todas las expresiones hechas. Ellas serán las que construyan las frases sin esfuerzo. Es más: pensarán por sí solas, ahorrándonos las molestias, al menos hasta cierto punto, y, cada vez que sea necesario, nos prestarán el importante servicio de ocultar parcialmente lo que uno quiere decir, disimulándolo, incluso, para uno mismo. Es aquí donde la especial relación que existe entre la política y el envilecimiento del lenguaje resulta aparente.

En nuestra época, es una verdad muy extendida que la escritura de textos políticos es escritura de mala calidad. Allí donde no sea verdad, por lo común se descubrirá que el escritor es una especie de rebelde, que expresa sus opiniones particulares en vez de plegarse a la “línea del partido”. La ortodoxia, sea del color que sea, parece exigir un estilo inerte, puramente imitativo. Los dialectos políticos que se hallan en panfletos, en artículos de opinión, en manifiestos, en libros blancos o en los discursos de los subsecretarios varían,

como es natural, de un partido a otro, pero todos son iguales, en tanto que casi nunca se halla en ellos un giro expresivo realmente fresco, vívido, original. Cuando uno observa a un destajista cansado que ha subido al estrado de turno y que mecánicamente repite las mismas frases de siempre —atrocidades bestiales, mano férrea, tiranía sangrienta, pueblos libres del mundo, caminar hombro con hombro—, tiene, a menudo, la curiosa sensación de no estar viendo a un ser humano, sino a una especie de monigote de feria, y esa sensación se refuerza en las ocasiones en que la luz se prende en las lentes del orador y las convierte en dos discos opacos tras los cuales parece que ni siquiera hubiera unos ojos. Y no es producto de la imaginación. Un orador que recurre a tal fraseología ha recorrido un buen trecho del camino para convertirse en una máquina. De su laringe brotan los sonidos apropiados, pero su cerebro no participa en la operación, o no, al menos, tal como sucedería si estuviera eligiendo él mismo sus palabras. Si el discurso que pronuncia es un discurso que está acostumbrado a repetir una y mil veces, tal vez sea incluso absolutamente inconsciente de lo que dice, como sucede cuando uno pronuncia los responsos en la iglesia. Y ese estado de conciencia reducida, si no indispensable, es al menos conducente a la conformidad política.

En nuestros tiempos, el discurso oral y el discurso escrito de la política son, en gran medida, la defensa de lo indefendible. Hechos como la continuidad del gobierno británico en la India, las purgas y deportaciones de Rusia, el lanzamiento de las bombas atómicas en Japón pueden, sin duda, defenderse, pero sólo mediante argumentos que son demasiado brutales para la mayoría de los seres humanos, y que tampoco casan con los objetivos expresos de los partidos políticos. Por eso, el lenguaje de la política ha de consistir, sobre todo, en eufemismos, en interrogantes, en mera vaguedad neblinosa. Se bombardean aldeas indefensas desde el aire, sus habitantes son expulsados al campo; se ametralla al ganado, se pega fuego a las chozas con balas incendiarias: a esto se le llama *pacificación*. Se despoja a millones de campesinos de sus parcelas cultivadas, se les envía a pie por la carretera, provistos tan sólo de lo que puedan llevar encima: a esto se le llama *transferencia de habitantes* o *rectificación de fronteras*. Se aprisiona a las personas durante años, sin juicio previo, o se les pega un tiro en la nuca, o se les manda a morir de escorbuto en los campos de trabajos forzados del Ártico: a esto se le llama *eliminación de elementos indignos de confianza*. Semejante fraseología se necesita cuando uno ha de llamar a las cosas de un modo que no evoque una imagen mental de ellas. Pensemos, por ejemplo, en un cómodo profesor inglés que defendiera el totalitarismo ruso. No podrá decir a las claras: *Creo que es bueno matar a nuestros adversarios cuando de ello pueden obtenerse buenos resultados*. Probablemente, más bien diría algo así:

Si bien libremente admito que el régimen soviético exhibe determinados rasgos que la persona humanitaria sentirá inclinación a deplorar, debemos, en mi opinión, estar de acuerdo en que un cierto recorte del derecho a la oposición política es concomitancia inevitable en los periodos de transición, y que los rigores que el pueblo ruso ha sido llamado a sufrir han tenido amplia justificación en el ambiente de los logros concretos^[172].

La hinchazón del estilo ya es, de por sí, una especie de eufemismo. Cae sobre la realidad una masa de palabras latinas como si fueran una nieve esponjosa, que desdibuja los perfiles y encubre los detalles. El gran enemigo de una lengua clara es la falta de sinceridad. Cuando se abre una brecha entre los objetivos reales que uno tenga y los objetivos que proclama, uno acude instintivamente, por así decir, a las palabras largas y a las expresiones más fatigadas, como una sepia que escupe un chorro de tinta. En nuestro tiempo no existe eso que se ha dado en llamar “mantenerse al margen de la política”. Cualquier cuestión es política, y la política misma es un amasijo de mentiras, evasivas,

estupideces, delirios, odio, esquizofrenia. Cuando el ambiente general empeora, el lenguaje lo acusa. Es muy de suponer —se trata de una conjetura que no puedo verificar por falta de conocimientos suficientes— que el alemán, el ruso y el italiano se han deteriorado en los últimos diez o quince años, a resultas de la dictadura.

Ahora bien: si el pensamiento corrompe la lengua, también la lengua puede corromper el pensamiento. Un mal uso del lenguaje puede extenderse mediante tradición e imitación, incluso entre aquellas personas que deberían saber que es algo nefasto. El lenguaje vilipendiado y rebajado que he comentado es, en algunos sentidos, muy conveniente. Expresiones como *una suposición no injustificable, deja mucho que desear, no serviría a un buen fin, una consideración que haríamos bien en tener muy presente* conforman una tentación continua, una caja de aspirinas que conviene tener siempre a mano. Si se repasa este ensayo, el lector de seguro hallará que una y otra vez he cometido las mismas faltas contra las cuales protesto. En el correo de esta mañana he recibido un panfleto que versa sobre las actuales condiciones en que vive Alemania. El autor me dice que se ha “sentido impelido” a escribirlo. Lo abro al azar; he aquí casi la primera frase que leo: “[Los Aliados] tienen una oportunidad no sólo de lograr una transformación radical de la estructura social y política de Alemania, de tal modo que sea posible evitar una reacción nacionalista en la propia Alemania, sino también de sentar los cimientos de una Europa cooperativa y unificada”. Téngase en cuenta que “se siente impelido” a escribir; siente, es de suponer, que tiene algo nuevo que decir al respecto, si bien sus palabras, como los caballos de la caballería en respuesta al toque de corneta, se agrupan automáticamente y forman una escuadrilla familiarmente tediosa. La invasión que sufre la propia mente por parte de las expresiones hechas de antemano: *sentar los cimientos, lograr una transformación radical* sólo se puede impedir si uno se mantiene constantemente en guardia frente a ellas y si tiene en cuenta que cada una de ellas anestesia una porción del propio cerebro.

Dije con anterioridad que la decadencia del lenguaje probablemente es algo que se puede curar. Quienes lo nieguen aducirán, si es que consiguen idear un argumento, que el lenguaje es tan sólo un reflejo de las condiciones sociales existentes, y que no podemos nosotros influir en su desarrollo mediante ninguna intervención directa, mediante ningún ajuste de las palabras y las construcciones verbales. Por lo que atañe al tono general o al espíritu de una lengua, tal vez sea cierto, pero no lo es cuando descendemos a los detalles. Las palabras y expresiones más tontas a menudo han desaparecido, y no por medio de un proceso evolutivo, sino gracias a la acción consciente de una minoría. Pongo dos ejemplos recientes: *explorar todas las opciones y no dejar piedra sobre piedra*, dos giros verbales que han desaparecido gracias a las mofas de unos cuantos periodistas. Hay una larga lista de metáforas en muy mal estado que podrían suprimirse del mismo modo, siempre y cuando fueran suficientes las personas interesadas en realizar esa tarea. También tendría que ser posible reírse a carcajadas ante la construcción *no sin*, hasta el punto de acabar con su existencia^[173], y reducir el volumen de palabras de raíz griega y latina en cada frase, expulsar del uso corriente los giros extranjeros y los términos científicos descolocados y, en general, restar a la pretensión todo el brillo que tiene. Pero éstas son cuestiones menores. La defensa de la lengua inglesa implica mucho más. Quizá sea preferible empezar por anunciar qué es lo que no implica.

De entrada, no tiene nada que ver con expresiones arcaizantes, con la recuperación de palabras y giros obsoletos, ni con el establecimiento de un *inglés estándar* del que no conviene alejarse nunca. Al contrario, importa de manera especial prescindir de todas

aquellas palabras y giros cuya utilidad haya caducado. No tiene nada que ver con la corrección gramatical y sintáctica, que no poseen la menor importancia mientras uno se exprese con claridad; no tiene nada que ver con evitar los americanismos, ni con eso que se llama “un buen estilo en prosa”. Por otra parte, no tiene nada que ver con la falsa sencillez, con el intento por escribir un inglés coloquial. Tampoco guarda relación con el hecho de preferir siempre el término anglosajón antes que el latino, aunque sí entraña el uso de las palabras más breves, y de las menos posibles, que sirvan para transmitir lo que se desea decir. Lo que ante todo se necesita es dejar que el sentido escoja la palabra, y no a la inversa. En prosa, lo peor que se puede hacer con las palabras es rendirse a ellas. Cuando uno piensa en un objeto concreto, piensa sin palabras; si aspira a describir lo que ha visualizado, probablemente se ponga a rebuscar hasta dar con las palabras exactas que mejor encajen. Cuando uno piensa en algo abstracto, se siente más inclinado a emplear palabras desde el principio, y a menos que haga un esfuerzo consciente por abstenerse, el dialecto existente entrará a saco y hará el trabajo que uno iba a hacer, a expensas de desdibujar lo que se quería decir e incluso de trastocararlo. Probablemente sea mejor aplazar el empleo de las palabras todo lo que sea posible, y aclararse antes el sentido como mejor se pueda, por medio de imágenes y sensaciones. Después se podrá escoger —no sólo aceptar— las expresiones que mejor transmitan el significado, para proceder luego en sentido inverso y decidir qué impresión van a causar en otra persona las palabras que use. Este último esfuerzo mental suprimirá todas las imágenes revenidas, anquilosadas o mezcladas, todas las frases prefabricadas, todas las repeticiones innecesarias, todas las paparruchas y las vaguedades. Cierto es que uno, a veces, puede dudar sobre el efecto de un giro o de un vocablo, por lo cual necesita reglas de las que fiarse cuando falle el instinto. Creo que éstas son seis reglas que abarcarán casi todos los casos posibles:

1. No utilizar jamás una metáfora, símil u otra figura del discurso que uno acostumbre ver impresa.
2. No utilizar jamás una palabra larga si se puede emplear una corta.
3. Si es posible suprimir una palabra, suprimirla siempre.
4. No utilizar jamás la voz pasiva donde puede emplearse la voz activa.
5. No utilizar jamás un giro extranjero, un término científico, un vocablo de jerga donde pueda emplearse un equivalente del inglés cotidiano.
6. Saltarse siempre cualquiera de estas reglas antes que decir alguna barbaridad.

Estas normas suenan demasiado elementales, y a buen seguro lo son, pero exigen un profundo cambio de actitud en todo el que se haya acostumbrado a escribir al estilo que hoy está de moda. Es posible cumplirlas todas y seguir escribiendo un inglés pésimo, pero al menos no será posible escribir el tipo de textos que quise representar con las cinco muestras que puse al principio de este artículo.

Aquí no he querido considerar el uso literario de la lengua, sino tan sólo la lengua en calidad de instrumento para expresar, no para ocultar ni para ahogar el pensamiento. Stuart Chase y algunos más han estado a punto de proclamar que todo término abstracto carece de sentido, utilizando la proclama como pretexto para abogar por una especie de quietismo en la política. Como no se sabe qué es el fascismo, ¿cómo puede uno combatir contra el fascismo? No es preciso tragarse absurdos como éste, aunque sí deberíamos reconocer que el caos político de la actualidad está conectado con el declive del lenguaje, y que uno, probablemente, pueda inducir ciertas mejoras comenzando por el plano verbal. Si uno simplifica su inglés, se verá libre de las peores estupideces de la ortodoxia. No puede uno hablar en todos los dialectos necesarios, y cuando haga un comentario estúpido su

estupidez le será evidente incluso a quien lo haga. El lenguaje político —y, aunque con variaciones, esto es cierto en el caso de todos los partidos, desde los conservadores hasta los anarquistas— está diseñado para que las mentiras suenen a verdad y los asesinatos parezcan algo respetable: para dar aspecto de solidez a lo que es viento. Esto no se puede cambiar de un día para otro, pero al menos puede uno cambiar sus hábitos y, de vez en cuando, incluso podrá, si se ríe y se mofa alto y claro, mandar algunas expresiones desgastadas e inservibles —*la bota y el yugo, el talón de Aquiles, el caldo de cultivo, el crisol, la prueba del ácido, el verdadero infierno* y demás grumos de residuo verbal— al cubo de la basura, que es el sitio que les corresponde.

Horizon, abril de 1946;

Modern British Writing,

ed. de Denys Val Baker, 1947

HACIA LA UNIDAD DE EUROPA

Hoy en día, un socialista se encuentra en la situación de un médico que ha de tratar a un paciente que apenas tiene esperanzas de curación. En calidad de médico, su deber es mantener vivo al paciente, y asumir, por tanto, que el paciente tiene al menos una posibilidad de recuperarse. En calidad de científico, su deber es hacer frente a la realidad, y admitir, por lo tanto, que el paciente probablemente ha de morir sin remedio. Nuestras actividades como socialistas sólo tienen sentido si asumimos que es posible establecer el socialismo, pero si nos detenemos a sopesar qué es lo que probablemente sucederá, hemos de reconocer, entiendo, que las posibilidades están en contra de nosotros. Si yo fuera un corredor de apuestas y me limitara a calcular las probabilidades, dejando mis deseos al margen del cálculo, estimaría que es harto difícil que la civilización perviva en los próximos siglos. Por lo que alcanzo a ver, existen tres posibilidades:

1. Que los norteamericanos decidan hacer uso de la bomba atómica mientras ellos la tengan y los rusos no. Con esto no se resolvería nada. Se acabaría con el peligro particular que actualmente representa la URSS, pero desembocaría en el surgimiento de nuevos imperios, rivalidades nuevas, más guerras, más bombas atómicas, etc. En cualquier caso, ésta es la menos probable de las tres, porque una guerra preventiva es un delito que no cometerá fácilmente un país en el que se conserve algún resto de democracia.

2. Que la actual “guerra fría” siga su curso hasta que la URSS y algunos otros países también posean la bomba atómica. Así las cosas, quedará un lapso muy breve de paz aparente antes de que ¡zas!, a por los cohetes, y ¡bum!, a por las bombas, y los centros industriales del mundo queden borrados de la faz de la tierra, seguramente sin remedio. Incluso en el supuesto de que un Estado, o un grupo de Estados, surja de tal guerra en calidad de vencedor técnico, probablemente será incapaz de construir de nuevo la maquinaria de la civilización. El mundo, así pues, será de nuevo habitado por unos cuantos millones de seres humanos, unos cuantos cientos de millones a lo sumo, que vivirán mediante una agricultura de subsistencia, y que, probablemente, al cabo de dos generaciones no conserven prácticamente ni rastro de la cultura del pasado, salvo el conocimiento de la fundición de los metales. Es de suponer que éste sea un resultado deseable, pero que obviamente nada tiene que ver con el socialismo.

3. Que el miedo que inspira la bomba atómica y otras armas todavía por inventar llegue a ser tan grande que todos se abstengan de utilizarlas. Ésta me parece la peor posibilidad de todas. Traería consigo la división del mundo en dos o tres supraestados inmensos, incapaces de conquistarse unos a otros, resistentes a toda rebelión interna. Con toda probabilidad, su estructura sería jerárquica, con una casta semidivina en la cúspide y una clase abiertamente esclavizada en la base; el aplastamiento de las libertades sería muy superior a todo lo que el mundo ha visto en su historia. En cada uno de los Estados, el ambiente psicológico necesario sería mantenido mediante una absoluta incomunicación con el mundo exterior y una continua guerra de mentiras contra los Estados rivales. Las civilizaciones de este jaez podrían mantenerse estáticas durante milenios.

La mayoría de los peligros que acabo de delinear existían y eran previsibles mucho antes de que se inventase la bomba atómica. La única manera de evitarlos, al menos que a mí se me ocurre, consiste en presentar de un modo u otro, a gran escala, el espectáculo de una comunidad en la que sus integrantes sean relativamente libres y felices, y en la que el objetivo primordial de la vida no sea la búsqueda del dinero o del poder. Dicho de otro

modo, el socialismo democrático ha de ponerse en funcionamiento en alguna región relativamente amplia. Ahora bien, la única región en la que aún es concebible que funcione, dentro de un futuro más o menos inmediato, es Europa Occidental. Además de Australia y Nueva Zelanda, la tradición del socialismo democrático sólo puede afirmarse que existe — y tiene, pese a todo, una existencia más bien precaria— en Escandinavia, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Suiza, los Países Bajos, Francia, Gran Bretaña, España e Italia. Sólo en estos países sigue habiendo una cantidad notable de personas para las que la palabra “socialismo” tiene algún atractivo, y para las que está unida a la libertad, la igualdad y el internacionalismo. En cualquier otra parte, o carece de un apoyo sólido o significa algo completamente distinto. En Norteamérica, las masas se contentan con el capitalismo, y es imposible predecir el rumbo que puedan tomar cuando el capitalismo comience a hundirse. En la URSS prevalece una suerte de colectivismo oligárquico que sólo dará por desarrollo el socialismo democrático en contra de la voluntad de la minoría dirigente. En Asia, el propio vocablo “socialismo” apenas ha tenido penetración. Los movimientos nacionalistas asiáticos o son de carácter fascista o están pendientes de Moscú, o bien logran combinar ambas actitudes; en la actualidad, todos los movimientos de los pueblos de color están teñidos por un misticismo racial. En la mayor parte de Sudamérica, la posición es esencialmente similar, al igual que en África y en Oriente Medio. El socialismo no existe en ninguna parte, pero es que, incluso como idea en la actualidad, solamente tiene validez en Europa. Por descontado, no puede decirse con propiedad que el socialismo se haya establecido hasta que no sea mundial, aunque ese proceso ha de comenzar en algún lugar, y no me imagino que pueda ser sino por medio de una federación de los Estados de Europa Occidental, transformados en repúblicas socialistas sin ninguna clase de ramificación colonial. Por consiguiente, unos Estados Unidos y Socialistas de Europa me parecen el único objetivo político al que vale la pena aspirar hoy en día. Tal federación tendría unos doscientos cincuenta millones de habitantes,—incluyendo, tal vez, cerca de la mitad de los trabajadores industriales cualificados del mundo entero. No hace ninguna falta que se me diga que las dificultades inherentes a la construcción de semejante entidad son enormes ni que son terroríficas; en seguida paso a enumerar sólo algunas. Sin embargo, no deberíamos tener la sensación de que sea por su propia naturaleza algo imposible, ni de que los países sean tan diferentes unos de otros que no estén dispuestos a unirse voluntariamente. Una unión europea occidental es, en sí misma, una concatenación menos improbable que la Unión Soviética o el Imperio británico.

En cuanto a las dificultades: la mayor de todas ellas es la apatía y el conservadurismo que padece la población en todas partes, su ignorancia del peligro, su incapacidad de imaginar nada realmente nuevo; en general, como ha dicho Bertrand Russell hace poco, es la reticencia de todo el género humano a consentir su propia supervivencia. Pero hay también fuerzas malignas que obran en contra de la unidad europea, así como existen relaciones económicas de las que depende el nivel de vida de los pueblos de Europa, que no son compatibles con el verdadero socialismo. Enumero los que me parecen los cuatro obstáculos principales, explicando cada uno de ellos de forma tan sucinta como me es posible:

1. La hostilidad de Rusia. Los rusos, por fuerza, han de ser hostiles a cualquier unión europea que no esté bajo su control. Las razones, tanto las fingidas como las reales, son evidentes. Hay que contar, por tanto, con el peligro de una guerra preventiva, la intimidación sistemática de las naciones más pequeñas y el sabotaje del Partido Comunista en todos los países. Sobre todo, existe el peligro de que las masas europeas sigan creyendo

en el mito de Rusia. Mientras perviva esa creencia, la idea de una Europa socialista carecerá de magnetismo suficiente para inspirar el esfuerzo necesario.

2. La hostilidad de Estados Unidos. Si los Estados Unidos siguen anclados en el capitalismo, y, sobre todo, si necesitan un mercado para sus exportaciones, no pueden contemplar una Europa socialista con ojos amistosos. No cabe duda de que es menos probable su intervención que la de la URSS por medio de la fuerza bruta, a pesar de lo cual la presión norteamericana es un factor importante, pues puede ejercerse de manera muy fácil en Gran Bretaña, el único país europeo que está fuera de la órbita rusa. Desde 1940, Gran Bretaña se ha mantenido distante de los dictadores europeos a expensas de convertirse casi en un país dependiente de los Estados Unidos. Gran Bretaña sólo podrá liberarse de Norteamérica renunciando a toda intención de ser una potencia extraeuropea. Los llamados dominios de habla inglesa, las colonias que dependen de la metrópoli, con la posible excepción de África, e incluso el suministro de petróleo a Gran Bretaña, son rehenes que están en manos de Norteamérica. Por lo tanto, siempre existe el peligro de que los Estados Unidos rompan toda coalición europea, arrastrando a Gran Bretaña fuera de ella.

3. El imperialismo. Los pueblos de Europa, y en especial los británicos, desde hace mucho deben su elevado nivel de vida a la explotación directa o indirecta de los pueblos de color. Ésta es una relación que nunca se ha aclarado debidamente en la propaganda oficial del socialismo, y el trabajador británico, en vez de recibir el mensaje de que, según la media mundial, vive por encima de sus posibilidades, ha sido aleccionado para pensar que es un esclavo que trabaja en exceso y que está pisoteado por el patrón. Para las masas, el “socialismo” significa o al menos se relaciona con salarios más altos, jornadas laborales más cortas, viviendas mejores, seguridad social para todos, etc. Ahora bien, de ninguna manera es seguro que sea posible financiar tales ventajas si se prescindiera de los beneficios que acarrea la explotación colonial. Por muy igualitario que sea el reparto del producto interior, si ese producto interior descende en conjunto, el nivel de vida de la clase trabajadora ha de bajar en consonancia. En el mejor de los casos, es probable que dé paso a un largo e incómodo periodo de reconstrucción, para el cual la opinión pública no está preparada. Ahora bien, es preciso que al mismo tiempo los países europeos dejen de ser explotadores en el extranjero, si aspiran a ser verdaderos socialistas en su territorio. El primer paso de cara a una federación socialista europea consiste, en el caso de los británicos, en renunciar a su presencia colonial en la India. Pero esto entraña algo más: si los Estados Unidos de Europa han de ser autosuficientes y capaces de subsistir frente a Rusia y frente a Norteamérica, han de incluir África y Oriente Medio. Pero eso, a su vez, implica que la situación de las poblaciones indígenas de dichas regiones ha de cambiar mediante el reconocimiento; Marruecos, Nigeria o Abisinia han de dejar de ser colonias, o semicolonias, para convertirse en repúblicas autónomas, en absoluto pie de igualdad con los pueblos de Europa. Esto comporta un cambio inmenso de planteamientos, y una pugna encarnizada y compleja que probablemente no se pueda zanjar sin derramamiento de sangre. Cuando llegue el momento de las estrecheces, las fuerzas del imperialismo resultarán sumamente poderosas, y el trabajador británico, si ha sido aleccionado para pensar en el socialismo en términos puramente materialistas, puede, en definitiva, decidir que es preferible seguir siendo una potencia imperial, incluso a expensas de ser la segundona de los Estados Unidos. En distintos grados, todos los pueblos de Europa, al menos los que han de formar parte de la unión propuesta, se enfrentan a ese mismo dilema.

4. La Iglesia católica. A medida que se torna más descarnada la pugna entre Oriente y Occidente, existe el peligro de que los socialistas democráticos y los meros reaccionarios

se vean impelidos a formar una suerte de Frente Popular. La Iglesia es el puente más probable entre ambos. Sea como fuere, la Iglesia hará todos los esfuerzos en su mano para captar y esterilizar cualquier movimiento tendente a la unión de Europa. Lo peligroso de la Iglesia es que no es reaccionaria, en el sentido habitual del término. No mantiene lazos con el *laissez faire* del capitalismo ni con el sistema de clases existente; no tiene por qué morir con ambos. Es perfectamente capaz de hacer las paces con el socialismo, o al menos de parecerlo, siempre y cuando quede salvaguardada su propia posición. Pero si se le permite sobrevivir como la poderosa organización que es, conseguirá que el verdadero establecimiento del socialismo sea absolutamente inviable, porque su influencia obra y ha de obrar siempre en contra de la libertad de pensamiento y de expresión, en contra de la igualdad de los hombres, en contra de cualquier forma de sociedad que tienda a la promoción de la felicidad en la tierra.

Cuando pienso en estas dificultades, y en otras, y cuando pienso en el inmenso reajuste mental que será preciso hacer, la aparición de unos Estados Unidos y Socialistas de Europa se me antoja un acontecimiento sumamente improbable. No quiero decir que el grueso de la población no esté preparado para ello, al menos, de una forma pasiva. Quiero decir más bien que no veo a una persona o a un grupo de personas que tengan la más mínima probabilidad de acceder al poder y que, al mismo tiempo, tengan la capacidad imaginativa suficiente para ver qué se necesita y para exigir los sacrificios necesarios de sus seguidores. Pero en la actualidad tampoco veo que exista ningún otro objetivo esperanzado. En otro tiempo creí que podría ser posible la transformación del Imperio británico en una federación de repúblicas socialistas, pero si alguna vez existió esa posibilidad, es evidente que la perdimos al fracasar en la liberación de la India, y también por nuestra actitud hacia los pueblos de color en general. Podría darse el caso de que Europa esté acabada, y de que a la larga surja en la India o en China alguna forma de sociedad mejor, pero sigo creyendo que sólo en Europa el socialismo democrático podría ser una realidad a corto plazo, si es que esa posibilidad existe en alguna parte, o al menos a tiempo de impedir el lanzamiento de las bombas atómicas.

Por supuesto que hay razones, si no para el optimismo, al menos para aplazar el juicio sobre determinadas cuestiones. Una de las cosas que obra a nuestro favor es que no es probable que se desencadene una guerra de grandes proporciones. Podríamos, supongo, vernos ante una guerra consistente en el lanzamiento de cohetes, pero no ante una guerra que implicase la movilización de decenas de millones de hombres. En la actualidad, cualquier ejército de grandes proporciones se disolvería sin más, cosa que puede ser cierta igualmente para los próximos diez e incluso veinte años. Dentro de ese margen podrían suceder algunas cosas inesperadas. Por ejemplo, podría surgir por vez primera un poderoso movimiento socialista en los Estados Unidos. En Inglaterra, ahora está de moda hablar de los Estados Unidos en tanto país "capitalista", dando a entender que se trata de algo inalterable, una suerte de característica racial, como el color de los ojos o del cabello. Lo cierto es que no puede ser algo inalterable, ya que el propio capitalismo carece manifiestamente de futuro, y no podemos tener la certeza por adelantado de que el próximo cambio que se produzca en los Estados Unidos no sea un cambio a mejor.

Por otra parte, no sabemos qué cambios tendrán lugar en la URSS, si es posible impedir que estalle una guerra durante la próxima generación. En una sociedad de tales características, un cambio radical de planteamientos siempre parece improbable, no sólo porque no puede haber una verdadera oposición, sino porque el régimen, con su control absoluto de la educación, de la información, etc., intencionalmente tiende a impedir la

oscilación pendular que se da entre las generaciones, que parece, en cambio, producirse de forma natural en las sociedades liberales. Ahora bien, los datos de que disponemos indican que la tendencia de una generación a rechazar las ideas de la precedente es una característica humana duradera, que ni siquiera la NKVD podrá erradicar. En tal caso, hacia 1960 podrían ser millones los jóvenes rusos hartos de la dictadura, de los desfiles de lealtad, y ansiosos de más libertades, así como amistosos en su actitud hacia Occidente.

O, por otra parte, es posible, incluso, que si el mundo se desmembra en tres supraestados inconquistables entre sí, la tradición liberal siga dotada de la fuerza suficiente, dentro del sector angloamericano del mundo, para lograr que la vida sea llevadera y para ofrecer, incluso, ciertas esperanzas de progreso. Pero todo esto es pura especulación. El planteamiento actual, en la medida en que atino a calcular las probabilidades, es muy oscuro. Cualquier pensamiento de futuro serio tendría que empezar por asumir esa realidad.

Partisan Review, julio–agosto de 1947

RESEÑA DE SU MEJOR HORA

DE WINSTON S. CHURCHILL^[174]

A un estadista que todavía tiene un futuro político por delante sin duda le resulta difícil revelar todo lo que sabe. En una profesión en la que, además, uno es un mozalbete a los cincuenta y de mediana edad a los setenta y cinco, es natural que todo el que no haya caído en desgracia aún crea que tiene un futuro por delante. Nunca se habría publicado un libro como los diarios de Ciano^[175], por ejemplo, si su autor hubiera seguido gozando de buena reputación. Sin embargo, justo es decir de Winston Churchill que los recuerdos políticos que ha publicado con cierta frecuencia han estado siempre muy por encima de la media, tanto por su franqueza como por su calidad literaria. Entre otras cosas, Churchill es un periodista dotado de un gusto real, si no demasiado selectivo, por la literatura, y posee además una mente inquieta y curiosa, interesada en los hechos concretos y en el análisis de los motivos subyacentes, a veces incluidos los suyos propios. En general, en los escritos de Churchill el ser humano está más presente que la figura pública. Este libro en particular, cómo no, contiene pasajes que parecen haberse escapado de un discurso electoral, aunque también demuestra una voluntad considerable de reconocer los errores cometidos.

Este volumen, el segundo de la serie, abarca el periodo comprendido entre el comienzo del ataque alemán contra Francia y el final de 1940. Los acontecimientos principales, por tanto, son el desmoronamiento de Francia, los ataques aéreos sobre Gran Bretaña, la creciente implicación de los Estados Unidos en la guerra, la escalada de la guerra de submarinos y el comienzo de la larga batalla por el norte de África. El libro cuenta con una muy recia documentación, incluyendo extractos de los discursos o despachos correspondientes a cada paso, y aunque ello da lugar a gran número de duplicaciones también posibilita el comparar lo que se dijo en su día y lo que se pensaba en el momento con lo que sucedió en realidad.

Como él mismo reconoce, Churchill subestimó el efecto de los cambios más recientes en las técnicas de guerra, pero reaccionó rápidamente cuando estalló la tempestad en 1940. Su gran logro fue comprender, ya en el momento del desastre de Dunquerque, que Francia había sido derrotada, y que Gran Bretaña, a pesar de las apariencias, no lo estaba todavía. Este último juicio no se basó exclusivamente en la rebeldía, sino en un examen razonable de la situación.

La única manera de que los alemanes ganasen la guerra pasaba por una rápida conquista de las Islas Británicas, y para conquistarlas primero era preciso el desembarco, para lo cual necesitaban, a su vez, hacerse con el control marítimo del Canal de la Mancha. Churchill, por lo tanto, rehusó emplear la totalidad de la Fuerza Aérea británica metropolitana en la Batalla de Francia. Fue, sin duda, una decisión ardua —que naturalmente causó gran amargura en su momento y probablemente debilitó la posición de Reynaud frente a los derrotistas del gobierno francés— pero estratégicamente acertada. Los veinticinco escuadrones de cazas que se consideraban indispensables quedaron retenidos en Gran Bretaña, y la amenaza de la invasión alemana fue abortada. Mucho antes de terminar el año, el peligro se había alejado lo suficiente para que las armas, los tanques y los hombres pudieran desplazarse de Gran Bretaña al frente de Egipto. Los alemanes aún podrían derrotar a Inglaterra mediante sus submarinos, o mediante sus bombardeos, pero para ello necesitarían varios años, y entretanto cabía esperar que la guerra se ampliase a

escala mundial.

Churchill sabía, cómo no, que los Estados Unidos entrarían en la guerra tarde o temprano, aunque parece que en ese momento no contaba con la llegada a Europa de un contingente militar norteamericano compuesto por millones de hombres. Supo prever, en 1940, que los alemanes atacarían a Rusia, y calculó con acierto que Franco, al margen de las promesas que hiciera, no entraría en guerra poniéndose del lado del Eje. También se dio cuenta de la importancia que tendría el proporcionar armas a los judíos de Palestina y fomentar la rebelión en Abisinia. En los casos en que erró su juicio, fue debido sobre todo a su odio indiscriminado al “bolchevismo”, y a la tendencia subsiguiente a hacer caso omiso de las distinciones políticas. Dice, y es muy revelador, que cuando envió a *sir* Stafford Cripps en calidad de embajador a Moscú, no se había dado cuenta de que los comunistas odian a los socialistas más, incluso, que a los conservadores. Ningún conservador británico, a buen seguro, parece haber captado esta sencilla verdad hasta el triunfo del gobierno laborista en las elecciones de 1945; ese fallo de comprensión fue en parte el responsable de la errónea política británica durante la Guerra Civil española. La actitud de Churchill hacia Mussolini, aunque probablemente no afectara al curso de los acontecimientos en 1940, también se basó en un error de cálculo. En el pasado, había admirado a Mussolini por considerarlo “un baluarte contra el bolchevismo”; había sido de la escuela de los que creían posible alejar a Italia del Eje mediante sobornos. Nunca, dice con absoluta franqueza, habría discutido con Mussolini por una cuestión como la de Abisinia. Cuando Italia entró en guerra, Churchill no se anduvo con miramientos, pero lo cierto es que la situación general no habría sido mejor ni siquiera si los conservadores británicos hubieran entendido diez años antes que el fascismo italiano no era otra versión más del conservadurismo, sino un movimiento de naturaleza hostil a Gran Bretaña.

Uno de los capítulos más interesantes de *Su mejor hora* es el que aborda el posible intercambio de destructores norteamericanos por bases en las Antillas británicas. Las cartas que cruzaron Churchill y Roosevelt forman una suerte de comentario al hilo sobre la política de la democracia. Roosevelt sabía que era de interés para los Estados Unidos que Inglaterra tuviera destructores, y Churchill sabía que no era una desventaja para Gran Bretaña —más bien al contrario— que los Estados Unidos dispusieran de esas bases. No obstante, al margen de las dificultades legales y constitucionales del acuerdo, era imposible proceder a la entrega de los barcos sin más regateos. En puertas de las elecciones, y sin perder de vista a los aislacionistas, Roosevelt tenía que dar la impresión de estar imponiéndose en una ardua negociación. También necesitaba una garantía de que, incluso en el supuesto de que Gran Bretaña perdiera la guerra, la flota británica bajo ninguna circunstancia sería puesta en manos de los alemanes. Era, evidentemente, una condición insensata, e imposible de imponer. Podía darse por sentado que Churchill no rendiría la flota; por otra parte, si los alemanes lograsen invadir Gran Bretaña, podrían crear un gobierno títere, de cuyos actos Churchill no podría responsabilizarse. Por consiguiente, era de todo punto incapaz de dar tan firmes garantías como se le exigían, y la negociación se dilató por todo ello. La única solución rápida habría sido lograr un compromiso por parte de todo el pueblo británico, incluida la tripulación de los barcos. Pero, curiosamente, Churchill parece haber rehuido el dar publicidad a estos hechos. Hubiera sido peligroso, dice, permitir que se supiera lo cerca de la derrota que se encontraba Gran Bretaña. Tal vez fuera ésta la única ocasión, a lo largo de todo este periodo, en que subestimó la moral de la nación.

El libro termina en el oscuro invierno de 1940, cuando las inesperadas victorias en el desierto, junto con la captura de numerosos prisioneros italianos, tuvieron su

contrapartida en los bombardeos de Londres y los hundimientos cada vez más numerosos de barcos británicos. Inevitablemente, a medida que uno lee el libro le ronda una pregunta: “¿Con qué grado de libertad es capaz de hablar Churchill?”. Y es que el principal interés de estas memorias, por fuerza, ha de surgir más adelante, cuando Churchill nos cuente (caso de que decida contárnoslo) qué sucedió realmente en Teherán y en Yalta, y si las medidas políticas que allí se adoptaron son justamente las que él mismo aprobó, o si le fueron impuestas por Roosevelt. En cualquier caso, el tono de este volumen, y el del precedente, hacen pensar en que, cuando llegue el momento, nos contará a propósito de la verdad más de lo que hasta la fecha se ha revelado.

Si en 1940 alguien vivió sus mejores momentos, ése fue, sin duda, Churchill. Por más que uno pueda estar en desacuerdo con él, por más que uno pueda sentirse agradecido de que él y su partido no ganasen las elecciones de 1945, es preciso admirar en él no sólo el valor, sino también cierta grandeza y cierta genialidad que se perciben, incluso, en unas memorias tan formales como éstas, mucho menos personales que un libro como *My Early Life* [Los primeros años de mi vida]. El pueblo británico, por lo general, ha expresado su rechazo a su política, pero siempre ha tenido cierto afecto por su persona, como bien se ve en el tono de las anécdotas que acerca de él se han contado durante casi toda su vida. A menudo, qué duda cabe, se trata de anécdotas apócrifas; a veces, también han sido impublicables, pero el hecho de que circulen ya es hartamente significativo. Por ejemplo, en la evacuación de Dunquerque, cuando Churchill pronunció su tantas veces citado discurso de combate, se rumoreó que lo que dijo, en realidad, al grabarlo para su difusión radiofónica, fue: “Lucharemos en las playas, lucharemos en las calles... Arrojaremos botellas a esos Es todo cuanto nos queda”. Obviamente, el censor de la BBC pulsó la tecla correspondiente en el momento oportuno. Cabe suponer que esta anécdota no es cierta, pero en su día se tuvo la sensación de que debería de serlo. Fue un adecuado homenaje del pueblo inglés a aquel anciano ingenioso y duro de roer al que no quisieron como líder en tiempos de paz, pero en quien se sentían totalmente representados en los tiempos difíciles.

Escrito el 9 de abril de 1949;

New Leader (Nueva York),

14 de mayo de 1949

NOTAS

^[1] Hay un traducción anterior de la revista colombiana *El Malpensante*, reproducida por *Letras Libres* en junio de 2004. <<

^[2] Singularmente, Steven Pinker en *El instinto del lenguaje*, pp. 57 y ss., Alianza Editorial, 1995. <<

^[3] Un discípulo aventajado de esta idea orwelliana es Aurelio Arteta, que escribió hace años un artículo inolvidable titulado “La moda del archisílabo”, *El País*, 21 de septiembre de 1995. <<

^[4] Periódico londinense vespertino de la época. <<

^[5] *British Expedition Force* (Fuerza Expedicionaria Británica) era la denominación de las tropas británicas sitas en territorio francés en el momento de la caída de Francia. <<

^[6] Eileen, primera esposa de Orwell. <<

^[7] Alfred Duff Cooper (1890–1954), político conservador, diplomático y escritor. Tras su dimisión como primer lord del Almirantazgo, debido a su desacuerdo con Chamberlain por lo acaecido en Munich, pasó a ser el mascarón de proa del patriotismo de derechas. Churchill lo nombró ministro de Información en el gobierno que formó en mayo de 1940. Siempre francófilo, Duff Cooper fue nombrado embajador en Francia al final de la guerra, y se le otorgó el título de vizconde de Norwich. <<

^[8] El semanario socialista, que entonces dirigía Raymond Postgate. <<

^[9] El diario del Partido Comunista de Inglaterra. <<

^[10] En mayo, lord Beaverbrook, propietario de varios periódicos, fue nombrado por Churchill ministro de la Producción Aeronáutica. <<

^[11] Franz Borkenau, escritor y refugiado de la Alemania hitleriana, autor de *El reñidero español* y de *La internacional comunista*. <<

^[12] Cyril Connolly (1903–1974), escritor y crítico literario, amigo de Orwell durante toda su vida y director de la revista *Horizon*, que se publicó entre 1940 y 1950. <<

^[13] Laurence (Eric) O’Shaughnessy, hermano de Eileen Blair, por el cual tenía ella un gran apego. Eminente cirujano especializado en tórax y corazón, y comandante del Cuerpo Médico del Ejército Real, murió en Flandes mientras aguardaba a ser evacuado de Dunkerque. Su muerte fue anunciada en el *Times* del 8 de junio de 1940. <<

^[14] Un popular periódico dominical. <<

^[15] Margot Asquith (1864–1945), viuda de Herbert Henry Asquith, primer ministro entre 1908 y 1916, nombrado conde de Oxford y Asquith en 1925. <<

^[16] Sir Stafford Cripps (1889–1952) comenzó siendo un abogado de prestigio y fue miembro del Parlamento por el Partido Laborista en 1931. A lo largo de los años treinta tuvo frecuentes enfrentamientos con la cúpula del Partido Laborista; estaba considerado como un teórico de gran brillantez, al tiempo que su austeridad en lo personal y el rigor de su credo socialista le valieron el respeto, si no el afecto, de muchos. Fue embajador en Moscú entre 1940 y 1942. En febrero de 1942 formó parte del gabinete de guerra en calidad de asesor de la Corona y fue presidente de la Cámara de los Comunes; en marzo y abril fue enviado especial a la India. En octubre del mismo año fue nombrado ministro de Producción Aeronáutica. En el gobierno laborista de posguerra fue ministro de Economía y Hacienda entre 1947 y 1950. <<

^[17] Véase “A mi antojo”, 15 de septiembre de 1944, donde Orwell describe el incidente al que alude, en la p. 284 de esta edición. <<

^[18] *Local Defence Volunteers* (Voluntarios para la Defensa Local), que posteriormente se convirtieron en la *Home Guard*, cuerpo de voluntarios creado entre 1940 y 1945, en toda Gran Bretaña, para la defensa nacional. <<

^[19] *Marylebone Cricket Club*, cuyos campos de juego estaban en Lord’s, en Londres. <<

^[20] Distrito de clase obrera en el East End londinense. <<

^[21] George Lansbury (1859–1940), parlamentario por el Partido Laborista y líder del mismo entre 1931 y 1935, fue un ferviente partidario del pacifismo. <<

^[22] Aunque atribuida a menudo a Shakespeare, la cita es de John Milton: “Así que adiós a la esperanza, y con la esperanza adiós al miedo, / adiós al remordimiento: todo lo bueno se me pierde; / mal, sé tú mi bien”. *El paraíso perdido*, IV, 108–110. <<

^[23] Una de las primeras editoriales parisinas de libros de bolsillo, que editaba libros en inglés para el mercado continental. En su catálogo se encontraban muchos de los libros más interesantes de la época, varios de los cuales estuvieron prohibidos en Gran Bretaña. <<

^[24] Victor William (Peter) Watson (1908–1956), un joven acaudalado que tras mucho viajar por el mundo decidió, en 1939, dedicar su vida a las artes. Fue cofundador, con su amigo Cyril Connolly, de la revista *Horizon*, que financió íntegramente, además de conseguir todo el material artístico de la misma. En 1948 fue uno de los fundadores del Instituto de Arte Contemporáneo. Siempre fue un admirador de los escritos de Orwell. <<

^[25] La Honorable Unity Valkyrie Mitford (1914–1948), cuarta hija del segundo lord Redesdale. A partir de 1934, año en que conoció a Hitler, fue su admiradora incondicional. En enero de 1940 fue devuelta a Inglaterra, tras años en Alemania, con heridas de bala en la cabeza. Posteriormente vivió recluida hasta su muerte. <<

^[26] Gwen O’Shaughnessy, viuda de Laurence (Eric), hermano de Eileen Blair. <<

^[27] Puerto de mar en Noruega que estuvo en poder de los británicos en abril y mayo de 1940, durante la fracasada campaña de Noruega. <<

^[28] Aneurin (Nye) Bevan (1897–1960), laborista, parlamentario, ministro de Sanidad en el gobierno laborista de posguerra. Uno de los más grandes oradores ingleses, la izquierda le tenía un gran aprecio y la derecha le temía y le repudiaba. Dimitió de su puesto en el gabinete laborista en 1951 debido a una diferencia de pareceres, aunque siguió siendo miembro del partido y fue el símbolo de sus aspiraciones socialistas. Como director de *Tribune* dio a Orwell entera libertad para escribir de lo que gustase y como gustase, incluso cuando escribía en contra de la línea laborista del momento, por ejemplo, cuando Orwell denunció al régimen soviético durante las fases cruciales del esfuerzo bélico conjunto de rusos y británicos. En 1949 Orwell dijo a un amigo suyo: “Si pudiera yo convertirme en la éminence grise de Nye, pronto pondríamos en pie a este país”. <<

^[29] G. R. Strauss, parlamentario por el Partido Laborista y codirector, con su amigo Aneurin Bevan, de *Tribune*. <<

^[30] Rayner Heppenstall. <<

^[31] Cyril Connolly. <<

^[32] Jean Chiappe (1878–1940), corso de origen, jefe de la policía de París entre 1927 y 1934; profascista, responsable de medidas severamente represivas contra la izquierda. <<

^[33] R. A. Butler (1902–1982), político conservador, subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores (1938–1941). Ministro de Hacienda y después secretario de Exteriores en el gobierno conservador de 1951–1964. <<

^[34] Samuel Hoare, vizconde de Templewood (1880–1959), político y abogado de posturas cercanas a la extrema derecha, que en la época era embajador británico en España. Como secretario de Estado de Asuntos Exteriores, en 1935 contemporizó con Italia en la guerra de Etiopía, negociando el Pacto Hoare–Laval, que entregó Etiopía a los italianos a pesar de los acuerdos internacionales existentes. <<

^[35] L. H. Myers (1881–1944), novelista, autor de *The Near and the Far*. <<

^[36] Órgano del Partido Laborista Independiente (o ILP en su sigla inglesa). <<

^[37] El mariscal Balbo, comandante de la Fuerza Aérea Italiana responsable del bombardeo de Abisinia durante la guerra de Etiopía de 1935–1936. <<

^[38] En Greenwich. Hogar de Gwen O’Shaughnessy. <<

^[39] En junio de 1939, el submarino británico *Thetis* no salió a la superficie tras su primera inmersión, nada más ser botado. Pereció toda la tripulación. <<

^[40] *El general Werner von Fritsch (1880–1939), miembro del Alto Mando alemán, de la vieja guardia, que nunca disimuló el desprecio que le inspiraba Hitler. Su muerte en combate en 1939 siempre se consideró orquestada por Hitler. <<*

^[41] *Vernon Bartlett (1894–1983), conocido periodista de inclinaciones liberales, durante muchos años escribió en el News Chronicle, en el que informó al mundo entero de las crisis mundiales relacionadas con Hitler, Mussolini y Oriente Próximo. <<*

^[42] *William Joyce, conocido con el sobrenombre de Lord Ja–Ja por su manera de hablar, era un ciudadano norteamericano que nunca adquirió la nacionalidad británica a pesar de haber vivido casi toda su vida en Inglaterra y a pesar de ser un nacionalista furibundo. Se hizo fascista, aunque la línea que propugnaba sir Oswald Mosley se le antojaba demasiado blanda. En agosto de 1939 marchó a Alemania y en 1940 obtuvo la ciudadanía alemana. Durante la primera fase de la guerra difundió propaganda en Inglaterra desde Alemania. Fue ejecutado por las autoridades británicas al final de la guerra. <<*

^[43] *Sir Oswald Mosley, baronet (1896–1980), político, parlamentario sucesivamente por el Partido Conservador, el Independiente y el Laborista. En 1931 se desvinculó del Partido Laborista para formar el Partido Nuevo. Después se volvió fanático partidario de Hitler y convirtió su partido en la Unión Británica de Fascistas. <<*

^[44] *Jacques Doriot (1898–1945), político francés que, siendo en principio comunista, se hizo líder fascista y colaborador activo de los alemanes. <<*

^[45] *Gastón Bergery, diputado francés, intelectual que pasó de la extrema izquierda a la extrema derecha y, tras la caída de Francia, fue colaboracionista. <<*

^[46] *Pueblo del condado de Hertford en el que había vivido Orwell desde 1936. <<*

^[47] *El perro de los Orwell. <<*

^[48] *David Low (1891–1965), dibujante de tiras cómicas sobre política, de planteamientos izquierdistas, que trabajó primero para el Manchester Guardian y después para el Evening Standard. <<*

^[49] *Centro de adiestramiento de la Home Guard, fundado y dirigido por Tom Wintringham con Hugh (Humphrey) Slater, en donde se enseñaban técnicas de guerrilla y de lucha callejera basándose en las experiencias de ambos en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española. <<*

^[50] *Sir Richard Rees, baronet. <<*

^[51] *En septiembre de 1940, una expedición británica en cooperación con las fuerzas francesas libres, bajo el mando del general De Gaulle, trató de recuperar el puerto de Dakar, en África Occidental, que estaba en manos del gobierno de Vichy. La expedición fue un fracaso. <<*

^[52] *J. B. Priestley (1894–1984), prolífico y popular novelista, dramaturgo y hombre de letras. Durante 1940 y 1941 dio una serie de famosas charlas semanales por la radio, apremiando a la nación a unirse en la lucha contra Hitler, para que el país fuera más democrático e igualitario. <<*

^[53] *D. R. Margesson (1890–1965), parlamentario conservador por Rugby entre 1924 y 1942, responsable de disciplina de su grupo parlamentario entre 1931 y 1940; tercamente leal a todos los primeros ministros al servicio de los cuales estuvo, respaldó a Chamberlain hasta su caída y abandono del cargo en mayo de 1940. Con Churchill siguió siendo responsable del grupo parlamentario conservador, y al cabo de seis meses fue nombrado secretario de Estado para la Guerra. Fue nombrado vizconde Margesson en 1942, cuando Churchill lo relevó del cargo. <<*

^[54] *Pierre Comert, periodista francés y ex diplomático, instalado en Inglaterra después del armisticio de 1940. <<*

^[55] *Horizon (1940–1950), revista de literatura y arte, dirigida por Cyril Connolly. La reseña de Orwell sobre Allenby: a Study in Greatness [Allenby: un modelo de grandeza], del general sir Archibald Wavell, se publicó en el número de diciembre de 1940. <<*

^[56] *La Convención Popular la organizaron los comunistas en enero de 1941, en teoría para luchar por los derechos públicos y el aumento salarial, la mejora de las medidas de protección*

antiaérea y la consolidación de la amistad con la URSS, aunque algunos historiadores defienden que su verdadero objetivo fue sabotear la economía doméstica de guerra. En julio de 1941, cuando Rusia entró en guerra, la Convención exigió que se abriese un segundo frente. Sus actividades ya habían cesado en 1942. <<

^[57] El muy reverendo Hewlett Johnson (1874–1966), deán de Canterbury de 1931 a 1963. Entre sus publicaciones destacan *El sexto socialista del mundo*, *Fuerza soviética* y *Cristianos y comunistas*. Se le conocía como “el deán rojo” por sus simpatías hacia Rusia. <<

^[58] El *Week* era un boletín comunista que sólo se distribuía por suscripción. Lo dirigía Claude Cockburn. <<

^[59] Robert Vansittart (1881–1957), caballero desde 1929, nombrado barón de Vansittart de Denham en 1941, diplomático y escritor. Subsecretario de Estado permanente para Asuntos Exteriores (1930–1938), destacado asesor diplomático de la Secretaría de Exteriores entre 1938 y 1941, famoso antes y durante la primera fase de la guerra por sus duras críticas de Alemania y los alemanes. El panfleto al que se hace referencia es *Black Record: Germans Past and Present* [Negro historial: alemanes de ayer y hoy], de 1941. <<

^[60] Lord Ironside, mariscal de campo (1880–1959). Jefe del Alto Mando Imperial entre 1939 y 1940, jefe de las Fuerzas Domésticas de Defensa en 1940. En 1918, Ironside fue comandante en jefe de las fuerzas aliadas que se enfrentaron a los bolcheviques en Arcángel, razón por la cual escogió el nombre de esa localidad rusa como parte de su título nobiliario. <<

^[61] Sebastian Haffner, periodista antinazi y expatriado, corresponsal del *Observer* para asuntos alemanes. A comienzos de año, Orwell y T. R. Fyvel habían publicado su *Ofensiva contra Alemania en la serie que codirigían*, *Searchlight Books*, que publicaba Secker & Warburg. <<

^[62] *Auxiliary Fire Service* (Servicio Auxiliar de Incendios). <<

^[63] *Women’s Auxiliary Air Force* (Cuerpo Auxiliar Femenino de la Fuerza Aérea). <<

^[64] El capitán B. H. Liddell Hart (1895–1970), experto militar y autor de numerosas obras sobre la guerra y las tácticas de guerra. Orwell hizo una reseña de su libro *The British Way in Warfare* [Estilo británico en la guerra], una personal historia del ejército inglés entre las dos guerras, publicada en el *New Statesman* el 21 de noviembre de 1942. <<

^[65] T. R. (Tosco) Fyvel (1907–1985), escritor, periodista y redactor de radio, amigo de Orwell. <<

^[66] Rudolf Hess (1894–1987), nazi alemán, segundo de Goering en la sucesión de Hitler, se lanzó en paracaídas sobre Escocia el 10 de mayo de 1941, presuntamente con una propuesta de paz para el duque de Hamilton. Fue encarcelado en Gran Bretaña y condenado a cadena perpetua por comisión de crímenes de guerra ante el tribunal internacional de Nuremberg en 1946. <<

^[67] El almirante Darlan (1881–1942), mando de la Marina francesa y político, estuvo al mando de todas las fuerzas navales francesas hasta la caída de Francia en mayo de 1940. Fue ministro de la Marina en el gobierno de Pétain, del que se le consideraba sucesor natural. Estuvo en el norte de África durante la invasión de noviembre de 1942, y su cambio al bando aliado, así como su designación de jefe de Estado de la colonia francesa en el norte de África, causó una amplia controversia. Fue asesinado en Argel por un joven francés antifascista en noviembre de 1942. <<

^[68] Actas oficiales de los debates y procedimientos de las cámaras del Parlamento británico, así llamadas por haber sido T. C. Hansard (1776–1833) el primer impresor de los debates parlamentarios en 1803. <<

^[69] Periódico de extrema derecha. <<

^[70] Sir Stafford Cripps voló a la India el 22 de marzo en un intento por forjar un compromiso de pacto con el Partido del Congreso de la India, independentista, que asegurase la cooperación de la India durante la guerra y permitiera una transición muy gradual hacia la independencia una vez que concluyera la contienda. Nehru y el Partido del Congreso no estaban dispuestos a aceptar nada que no fuera la independencia absoluta; como Cripps no tenía autorización para ofrecer tal cosa, las conversaciones se dieron por terminadas el 10 de abril y

regresó a Inglaterra. <<

^[71] Para emitirse en la India mediante el Servicio Oriental de la BBC. <<

^[72] So pretexto de padecer una enfermedad, lord Beaverbrook había dimitido como ministro de la Producción de Guerra y había abandonado el Gobierno. Las verdaderas razones políticas subyacentes siguen siendo motivo de especulación. <<

^[73] “William Hickey”, una columna de sociedad que se ha publicado en el Daily Express durante los últimos treinta y cinco años, a cargo de diversas personas. En esta época lo editaba su creador, Tom Driberg, un político izquierdista que llegó a ser parlamentario por el Partido Laborista. <<

^[74] William Empson (1906–1984), poeta y crítico, autor de *Siete tipos de ambigüedad*. En esta época trabajaba en el Servicio Oriental de la BBC que emitía en China. <<

^[75] New British Broadcasting Station, propaganda británica en inglés emitida desde Alemania. <<

^[76] Otra emisora que difundía propaganda en inglés desde Alemania. <<

^[77] Víctor Serge (1890–1947), de origen ruso, francés de adopción, uno de los primeros comunistas más cultos, autor de innumerables libros, amigo del POUM durante la Guerra Civil española. Se hizo trotskista y en 1941 se instaló en México. <<

^[78] K. S. Shelvankar, escritor y periodista indio, estuvo en Inglaterra durante la guerra como corresponsal de varios diarios de la India. <<

^[79] Churchill había llamado al orden al Daily Mirror, un diario populista de izquierdas, por haber adoptado lo que consideró una línea derrotista, esto es, crítica con la gestión gubernamental de la guerra. Tras un acalorado y famoso debate en la Cámara, el asunto quedó en nada. <<

^[80] Seudónimo de William Connor (1909–1967), nombrado caballero en 1966, periodista radical y muy conocido, que publicaba una columna personal en el Daily Mirror. <<

^[81] Sir James Grigg (1890–1964), caballero de la orden de Bath, subsecretario de Estado permanente para la guerra entre 1939 y 1942, secretario de Estado para la guerra entre 1942 y 1945. <<

^[82] Subhas Chandra Bose (1897–1945?), líder nacionalista indio y miembro izquierdista del Congreso. Era tan furibundamente antibritánico que cuando los japoneses atacaron a los norteamericanos ofreció sus servicios a Japón, organizó un ejército revolucionario indio y encabezó una campaña militar en contra de la India. Su muerte sigue siendo un misterio y está por confirmar. <<

^[83] Mulk Raj Anand. <<

^[84] A. K. Krishna Menon (1897–1974), estadista indio, abogado, escritor y periodista. En esta época residía en Inglaterra y era muy activo en la política izquierdista en Inglaterra. Fue también portavoz del Partido del Congreso de India en Inglaterra durante el período de la lucha por la independencia. En 1947, cuando a la India se le otorgó la independencia, fue nombrado alto comisario para India. Fue embajador de la India en la ONU entre 1952 y 1961. <<

^[85] La misión de Cripps en la India. <<

^[86] Thomas Henry (Tom) Wintringham (1898–1949), escritor y soldado. Prestó servicio militar en Francia en 1916–1918 con la Fuerza Aérea. Fue a España en 1936 como corresponsal de guerra; en 1937 fue nombrado comandante del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales. Fundó el Centro de adiestramiento de Osterley Park para la Home Guard. Entre sus publicaciones destacan *New Ways of War*, *Politics of Victory* y *People's War*. <<

^[87] El padre Coughlin, sacerdote y demagogo norteamericano de inequívoco sesgo fascista, desacreditado por sus superiores eclesiásticos en 1942. <<

^[88] Eileen, la esposa de Orwell. <<

^[89] Los Aliados habían invadido y tomado la isla de Madagascar, colonia francesa de gran importancia estratégica que respaldaba a Pétain. <<

^[90] En 1941, los alemanes parecían a punto de adueñarse de Siria para utilizarla como base aérea. Las fuerzas aliadas la recuperaron de los franceses de Vichy, y mantuvieron su dominio

durante el resto de la guerra. <<

^[91] F. J. Warburg, director ejecutivo de la editorial Secker & Warburg. <<

^[92] J. L. Garvin (1868–1947), periodista de derechas, director del *Observer* (1908–1942). Al comienzo de la guerra, ya con una edad muy avanzada, tuvo discrepancias con el vizconde Astor, propietario del periódico, acerca de la idoneidad de que Churchill fuera al mismo tiempo primer ministro y titular del Ministerio de Defensa: lord Astor puso en duda que fuera aconsejable. Lord Astor había hecho a su hijo David (1912–2001) titular de un paquete minoritario de acciones, y aunque David Astor pasó la guerra con la Marina, tenía voz y voto en los asuntos internos del periódico. Al final de la guerra, la familia Astor hizo del *Observer* una sociedad anónima. En 1946, David Astor pasó a ser director de la sección de internacional, y desde 1948 hasta 1975 fue director del periódico. Conoció a Orwell al comienzo de la guerra y mantuvo con él una estrecha amistad hasta su muerte. <<

^[93] Desmond Hawkins (1908–1999), novelista, crítico literario y periodista radiofónico, que hizo muchos trabajos como *free lance* para el Servicio Indio de la BBC durante la guerra. <<

^[94] Kingsley Martin (1897–1969), periodista de izquierdas, director del *New Statesman* entre 1931 y 1960. <<

^[95] William Empson, poeta y crítico; Jack Common, escritor de clase obrera, periodista y amigo de Orwell; David Owen, secretario de Cripps; Norman Cameron (1905–1953), poeta entre cuyas obras destaca *La casa del invierno*, amigo y discípulo de Robert Graves; Guy Burgess (1911–1963), educado en Eton y en Trinity College, Cambridge, brillante conversador, hombre de dotes considerables, que empleó para hacer proselitismo de la causa comunista. Después de trabajar en los Servicios Británicos de Inteligencia y en la BBC, de acuerdo con el Ministerio de Exteriores, Burgess fue funcionario de este ministerio. Sus actividades prosoviéticas no despertaron sospechas hasta que, en mayo de 1951, repentinamente viajó a Moscú con Donald Maclean, donde permaneció hasta su muerte. <<

^[96] En la pronunciación deformada, el nombre suena al “imprudente y cervecero” Bose. Ras Behari Bose, nacionalista indio que había trabajado por la independencia de su país desde 1911. Se le tuvo por responsable de la organización de ciertos movimientos terroristas, y en 1915 viajó a Japón para tratar de movilizar el apoyo de toda Asia a la Liga de la Independencia de la India, que organizó un Ejército Internacional Indio. En 1943, el liderazgo de esta facción armada pasó a manos de Subhas Chandra Bose. <<

^[97] El 20 de junio había caído Tobruk en manos de los alemanes, un duro revés en la campaña del norte de África. <<

^[98] Leslie Hore-Belisha (1898–1957), parlamentario (Partido Nacional Liberal, 1923–1942; Partido Independiente, 1942–1945). Fue secretario de Guerra en 1937, cesado por Chamberlain en 1940. Churchill no le dio un cargo en su gobierno, y a lo largo de la guerra Hore-Belisha se mantuvo al margen. <<

^[99] *Women’s Royal Naval Service* (cuerpo femenino de la Marina). <<

^[100] *Auxiliar Territory Service* (la rama femenina del ejército de tierra). <<

^[101] Peter Masefield (1914–2006), corresponsal aéreo del *Sunday Times* entre 1940 y 1943, asesor personal de lord Beaverbrook entre 1943 y 1945; hoy [1968], presidente de la Autoridad Británica de Aeropuertos. <<

^[102] Coronel Oliver Stewart, Cruz del Mérito Militar, experto en aeronáutica, periodista radiofónico y corresponsal aéreo del *Manchester Guardian*. <<

^[103] Tras el fracaso de la misión que llevó Cripps a la India, el Congreso se había vuelto cada vez más intransigente, y a comienzos de agosto Gandhi había dado inicio a una campaña de desobediencia civil. Como parte de sus intentos por restablecer el orden, el gobierno de la India tomó al asalto la sede del Congreso y se apoderó del texto del borrador original de la Resolución sobre la Independencia de la India, remitido al Comité de Trabajo del Congreso, que lo hizo publicar. <<

^[104] El mariscal Timoshenko logró llevar a cabo la retirada de su ejército a la otra orilla

del Don para defender el Volga cerca de Stalingrado. <<

^[105] Abul Kalam Azad, líder musulmán nacionalista de la India, portavoz del Congreso en las negociaciones de 1945 por la independencia. <<

^[106] Leo Amery (1873–1955), político conservador y parlamentario, secretario de Estado para la India entre 1940 y 1945. <<

^[107] All India Radio (Radio de Toda India). <<

^[108] Zulfaqar Ali Bojari, organizador de Programas Indios del Servicio Oriental de la BBC. <<

^[109] J. F. Horrabin (1884–1962), periodista e ilustrador; del ala izquierda del Partido Laborista, parlamentario entre 1929 y 1931; se labró una considerable reputación por sus mapas y atlas educativos, combinando la geografía con los hechos históricos para presentar una amplia visión de los problemas económicos mundiales. <<

^[110] Georges Kopp había sido el comandante de la unidad del POUM en la que prestó servicio Orwell. Siguieron siendo amigos hasta la muerte de Orwell; Kopp murió en 1951. Se había alistado en la Legión Extranjera de Francia en septiembre de 1939; fue capturado por los alemanes en 1940; escapó y trabajó en Francia como ingeniero y agente británico hasta 1943, cuando los Aliados lo evacuaron a Inglaterra. <<

^[111] L. F. Rushbrook–Williams, en esta época director del Servicio Oriental de la BBC. <<

^[112] El Club del Libro de Izquierdas fue fundado por Víctor Gollancz, que lo editaba, en 1936. Seguía publicando un libro al mes, de contenido antifascista o socialista, y la práctica de celebrar reuniones locales renació a mediados de 1942 con la formación de unas cincuenta sedes de encuentro. <<

^[113] Laurence Brander, escritor, había sido profesor de literatura inglesa en la India durante doce años antes de la guerra. De 1941 a 1944 estuvo empleado por la BBC como oficial de Inteligencia del Servicio Oriental. <<

^[114] En agosto, británicos y canadienses habían hecho una breve incursión contra Dieppe. Los alemanes alegaron que, durante el ataque, los británicos habían maniatado a los prisioneros alemanes, en represalia de lo cual iban a encadenar a cierto número de prisioneros británicos. Véase la “Carta al director” del Times, no publicada, del 12 de octubre de 1942:

10a Mortimer Crescent

Londres NW6

12 de octubre de 1942

Señor,

¿Me da usted su permiso para proponer una o dos reflexiones sobre la decisión adoptada por el gobierno británico de tomar represalias contra los prisioneros alemanes, que hasta la fecha ha suscitado extraordinariamente tan pocas protestas?

Al encadenar a los prisioneros, en respuesta a una acción similar por parte de los alemanes, nos rebajamos, al menos a ojos del observador de a pie, al nivel de nuestros enemigos. Cuando uno se para a pensar en la historia de los últimos diez años, es incuestionable que existe una honda diferencia moral entre la democracia y el fascismo, pero si seguimos el principio del ojo por ojo y diente por diente, sencillamente provocamos que esa diferencia crucial se olvide. Más aún: si se trata de obrar de un modo despiadado, es improbable que podamos competir con éxito frente a nuestros enemigos. Tal como acaba de anunciar la radio italiana, el principio fascista es el de dos ojos por ojo, y toda una dentadura por un diente. En un momento u otro, la opinión pública en Inglaterra mostrará su repugnancia ante las implicaciones que comporta esta afirmación, y no hace falta ser muy avisado para predecir lo que sucederá. A resultas de nuestra acción, los alemanes encadenarán a más prisioneros británicos; tendremos que actuar, en consecuencia, encadenando a más prisioneros del Eje y así seguirá la espiral hasta que, lógicamente, sean encadenados todos los prisioneros que hayan hecho ambos bandos. En la práctica, por descontado, nos invadirá la repugnancia, y luego anunciaremos que cesará el encadenamiento de prisioneros, lo cual dejará, casi con toda seguridad, a más prisioneros británicos que del Eje con grilletas y

cadena. Así, habremos actuado de manera tan bárbara como débil, perjudicando nuestro buen nombre sin haber conseguido sembrar, si ésa era la intención, el terror en el bando enemigo.

Me parece que la respuesta civilizada ante la acción de los alemanes sería más bien la siguiente. “Ustedes proclaman que van a encadenar a miles de prisioneros británicos porque media docena de alemanes fueron maniatados provisionalmente durante el ataque contra Dieppe. Eso es una hipocresía asquerosa, en primer lugar, por el historial de ustedes en los últimos diez años; segundo, porque las tropas que han hecho prisioneras deben ser protegidas hasta que lleguen a un lugar seguro, y porque maniatar a un hombre, en tal situación, es totalmente distinto de encadenar a un prisionero desvalido que ya está en un campo de internamiento. En estos momentos no podemos impedir que maltraten ustedes a nuestros prisioneros, aunque eso probablemente lo recordemos cuando llegue la hora del acuerdo de paz, pero no teman que vayamos a tomar represalias de la misma índole. Ustedes son nazis, nosotros somos hombres civilizados. Ese último acto suyo demuestra la diferencia”.

En este momento, tal vez no parezca ésta una respuesta satisfactoria, pero entiendo que a cualquiera que la lea dentro de tres meses le parecerá mejor que lo que en la actualidad estamos haciendo. Y es el deber de quienes aún pueden mantener la cabeza en su sitio protestar antes de que el proceso intrínsecamente idiota, que es la toma de represalias contra personas desvalidas, se lleve adelante.

Atentamente, [George Orwell] <<

^[115] En castellano en el original. <<

^[116] Robert Browning, “Apparent Failure”. <<

^[117] En castellano en el original. <<

^[118] Homenaje a Cataluña. <<

^[119] *The Italian soldier shook my hand / Beside the guard-room table; / The strong hand and the subtle hand / Whose palms are only able / To meet within the sound of guns, / But oh! what peace I knew then / In gazing on his battered face / Purer than any woman's! / For the flyblown words that make me spew / Still in his ears were holy, / And he was born knowing what I had learned / Out of books and slowly. / The treacherous guns had told their tale / And we both had bought it, / But my gold brick was made of gold – / Oh! who ever would have thought it? / Good luck go with you, Italian soldier! / But luck is not for the brave; / What would the world give back to you? / Always less than you gave. / Between the shadow and the ghost, / Between the white and the red, / Between the bullet and the lie, / Where would you hide your head? / For where is Manuel González, / And where is Pedro Aguilar, / And where is Ramón Fenellosa? / The earthworms know where they are. / Your name and your deeds were forgotten / Before your bones were dry, / And the lie that slew you is buried / Under a deeper lie; / But the thing that I saw in your face / No power can disinherit: / No bomb that ever burst / Shatters the crystal spirit. / <<*

^[120] Aneurin (Nye) Bevan (1897–1960), laborista, parlamentario, ministro de Sanidad en el gobierno laborista de posguerra. Uno de los más grandes oradores ingleses, la izquierda le tenía un gran aprecio y la derecha le temía y le repudiaba. Dimitió de su puesto en 1951 debido a una diferencia de pareceres, aunque siguió siendo miembro del Partido Laborista y fue el símbolo de sus aspiraciones socialistas. Como director del Tribune dio a Orwell entera libertad para escribir de lo que gustase y como gustase, incluso cuando escribía en contra de la línea laborista del momento, por ejemplo, cuando Orwell denunció al régimen soviético durante las fases cruciales del esfuerzo bélico conjunto de rusos y británicos. En 1949 Orwell dijo a un amigo suyo: “Si pudiera yo convertirme en la éminence grise de Nye, pronto pondríamos en pie este país”. <<

^[121] Philip Jordan, conocido corresponsal de guerra para el News Chronicle, cubrió las campañas del norte de África. <<

^[122] Véase el diario de guerra de 1940–1941, incluido en las pp. 21–113. <<

^[123] Se trata de los ataques aéreos alemanes contra localidades inglesas en las que no había nada de valor militar, pero sí muchas construcciones de interés histórico o artístico, que fueron alcanzadas por las bombas. Por ejemplo, el ataque sobre Canterbury. <<

^[124] Orwell reseñó *Interglossa*, de Lancelot Hogben, en el *Manchester Evening News* el 23 de diciembre de 1943. Ambos libros le servirán de apoyo en su ensayo titulado “La política y la lengua inglesa”; véase Cap. VIII. <<

^[125] Orwell reseñó *The Devil and the Jews*, de Joshua Trachtenberg, y *Why I Am a Jew*, de Edmond Fleg, en el *Observer* del 30 de enero de 1944. <<

^[126] *When Payne–Knight’s Taste was issued on the town / A few Greek verses in the text set down / Were torn to pieces, mangled into hash, / Hurlled to the flames as execrable trash; / In short, were butchered rather than dissected / And several false quantities detected; / Till, when the smoke had risen from the cinders / It was discovered that —the lines were Pindar’s!* <<

^[127] En una muy desfavorable referencia a su *Atlas of Post–War Problems*, un artículo publicado en *Time and Tide* el 8 de enero de 1944 acusaba a Horrabin, entre otras cosas, de dar por sentado que había sido una desgracia el desmembramiento del Imperio austro–húngaro después de 1918, debido a su excelente sistema de transportes, y añadía que “como denuncia del Tratado de Versalles, los mapas tendenciosos [de Horrabin] son un regalo gratuito para Goebbels”. <<

^[128] Se trata de un partido político de corte utópico y socialista, fundado en julio de 1942 por un ex parlamentario del Partido Liberal, sir Richard Acland. Orador brillante y eficaz, Acland encabezó la única oposición organizada y socialista a la tregua política interna y al gobierno de Churchill. <<

^[129] Orwell reconoció más adelante que se había confundido al atribuir la estrofa a G. K. Chesterton, y que era en realidad de A. M. Curie, sólo que se había publicado en el semanario de Chesterton, *G. K.’s Weekly*. <<

^[130] *It’s a pity that Poppa has sold his soul, /It makes him sizzle at breakfast so. / The money was useful, but still on the whole / It’s a pity that Poppa has sold his soul / When he might have held on like the Barón of Coal, / And not cleared out when the price was low. /It’s a pity that Poppa has sold his soul, /It makes him sizzle at breakfast so.* <<

^[131] *Local Defence Volunteers*, que luego serían la *Home Guard*. Constaba de civiles armados y organizados para resistir la invasión. <<

^[132] Nombre familiar dado a los vehículos anfíbios que empleaba el ejército para desembarcar en territorio enemigo. <<

^[133] Organizado por Orwell para *Tribune*. <<

^[134] En *Tribune*, el 28 de abril de 1944, Koestler había publicado un artículo en forma de carta a un joven cabo del ejército que a su vez le había escrito para pedirle consejo sobre los críticos literarios que eran de fiar. Koestler denunció los criterios aberrantes que prevalecían en las secciones de crítica literaria de casi toda la prensa. <<

^[135] Nunca hubo respuesta por parte de ninguno de los dos. <<

^[136] *You cannot hope to bribe or twist / Thank God! the English journalist: / But seeing what the man will do / Unbribed, there is no reason to.* <<

^[137] *Women’s Auxiliary Air Force* (cuerpo femenino auxiliar del ejército del aire). <<

^[138] *Auxiliar Territory Service* (rama femenina del ejército de tierra). <<

^[139] *Women’s Royal Naval Service* (cuerpo femenino auxiliar de la armada). <<

^[140] *Burman* es el primer gentilicio, inexacto donde los haya; *burmese* es el segundo. Recuérdese que la primera novela de Orwell, de 1934, se titula *Burmese Days* [La marca]. <<

^[141] Esta columna fue escrita días antes de que se publicara el artículo de Vernon Bartlett, en el *News Chronicle* del 29 de agosto, en el que muestra un deje de desacuerdo con la política prevaleciente en la prensa sobre esta cuestión. [N. del A.] <<

^[142] El término coloquial para designar entre los londinenses las bombas V1 era *doodlebug*, que significa tanto “larva de hormiga” como “varilla de zahorí”. La V1 era un aparato aéreo no pilotado que construyeron los alemanes. Emitía un petardeo irregular al acercarse, pero el motor se apagaba y era completamente silenciosa durante unos segundos, antes de que estallara el proyectil. <<

^[143] *Se trata del Palacio de Justicia en Londres.* <<

^[144] *The rain it raineth every day / Upon the just and un just feller; / But more upon the just because / The unjust has the just's umbrella. (Copla popular inglesa).* <<

^[145] *A letter to my Son [Carta a mi hijo]. Véase el artículo de esta serie del 8 de septiembre de 1944.* <<

^[146] *J. Arthur Rank, Producciones Cinematográficas.* <<

^[147] *Council for the Encouragement of Music and the Arts (Consejo para el Fomento de la Música y las Artes).* <<

^[148] *La V2 fue la bomba propulsada por un cohete que emplearon los alemanes después de la V1. La V2 era muy silenciosa en su caída, pero hacía un estruendo descomunal al caer sobre su objetivo.* <<

^[149] *En una reseña teatral publicada en Time and Tide el 4 de enero de 1941, Orwell escribió lo siguiente: “Las alegres comadres de Windsor, según suposición tradicional, fue escrita a lo largo de una sola semana por encargo de la reina Isabel, y a menudo se le pone la objeción de que el Falstaff que aparece en ella es bastante diferente del Falstaff de Enrique IV. Es cierto que la trama exige que se conduzca de una manera insufriblemente idiota —en cualquier caso, Falstaff es esa clase de personaje burlesco que jamás debería estar implicado en una ‘trama’—, pero en las escenas iniciales es el mismo de siempre, y tanto él como Pistol gozan de algunas de sus mejores intervenciones. Wolfit lo presenta a la habitual manera de comedieta, con la nariz colorada y una barriga ingobernable, lo cual es un error. Falstaff es grueso, y es bien sabido que los gruesos no tienen una gran finura de sentimientos; es además deshonesto y cobarde, y ‘causa del ingenio ajeno’. Pero es, sin embargo, un hombre sumamente inteligente, uno de los muy contados personajes shakespearianos que admiten el calificativo de ‘intelectuales’. Sería magnífico que algún actor algún día se diera cuenta de esto e interpretase a Falstaff con todo el esmero que por lo común se otorga a Hamlet. Falstaff siempre habla en prosa, aunque es una prosa altamente poética; Pistol habla en jergonza, pero en términos puramente musicales, sus intervenciones son algunas de las mejores que jamás escribió Shakespeare. No obstante, la poesía de las escenas de Falstaff nunca llega al espectador, porque es convención tratarlas a modo de farsa bajísima, soez, y se les da animación con el lanzamiento de botellas, con ataques de hipo, etcétera”.* <<

^[150] *“La esposa del farmacéutico”, en El duelo y otros relatos.* <<

^[151] *Harold J. Laski, ex presidente de la ejecutiva nacional del Partido Laborista, había denunciado al Newark Advertiser por difamación. Según su denuncia, la relación que se hizo en el Newark Advertiser del discurso que pronunció en Newark el 20 de junio de 1945, en respaldo del candidato laborista de la localidad, resultó perjudicial al dar por sobreentendido que había abogado por una revolución violenta. El tribunal desestimó la denuncia de Laski y dictaminó a favor de los acusados. El 2 de diciembre de 1945, Morgan Phillips, secretario del Partido Laborista, abrió una cuestación para ayudar a Laski a pagar las elevadas costas del juicio.* <<

^[152] *Orwell escribe sobre los “tebeos” juveniles en su ensayo “Semanarios para muchachos” (1940), incluido en El león y el unicornio y otros ensayos, publicado en esta misma colección.* <<

^[153] *Véase “Diarios de guerra”, 10 de septiembre de 1942.* <<

^[154] *propuesta de reforma de la ortografía en lengua inglesa. De hecho, Nu Speling sería la transcripción fonética aproximada y simplificada de New Spelling, es decir, “nueva ortografía”.* <<

^[155] *Ambos términos significan “hipo”, “hipido”. El primero es la grafía habitual; el segundo, la grafía arcaica y etimológica.* <<

^[156] *Convertimos sólo las menos conocidas: la vara [rod] equivale a 5.29 m; la piedra [stone] son 14 libras, o 6.35 kg; un peso cien [hundred-weight, equivalente a cien libras] son 50.80 kg* <<

^[157] *Es traducción literal de put/get a quart into a pint pot, frase hecha que significa meter algo de tamaño excesivo en un espacio muy pequeño. Como “meter España en Portugal”, según el*

refranero. <<

[158] *The emmet's inch and eagle's mile / Make lame philosophy to smile. La pulgada vale 2.54 cm; la milla, 1609 m. Son dos versos de "Augurios de inocencia", de William Blake. Los dos siguientes aclaran el sentido de estos dos: He who doubts from what he sees / Will ne'er believe, do what you please. [Quien dude de cuanto ve / haga lo que haga, nunca creará.] <<*

[159] *Es decir, "los fisgones de Cooper". Cooper (que además significa "tonelero") es Duff Cooper; véase "Diarios de guerra", 22 de marzo de 1942. <<*

[160] *"Cuando está la arboleda verde y el césped en su esplendor, / las hojas grandes y bien largas, / es placentero caminar por la floresta / y oír trinar a las avecillas. // Cantaba el arrendajo sin parar, / posado sobre el río, / tan fuerte que despertó a Robin Hood / en el robledal donde dormía". Traduzco woodwele por "arrendajo" a falta de otro nombre arcaizante de ave canora que no destaque por este rasgo. <<*

[161] *I am not, indeed, sure whether it is not true to say that the Milton who once seemed not unlike a seventeenth-century Shelley had not become, out of an experience ever more bitter in each year, more alien [sic] to the founder of that Jesuit sect which nothing could induce him to tolerate. <<*

[162] *Above all, we cannot play ducks and drakes with a native battery of idioms which prescribes egregious collocations of vocables as the basic put up with for tolerate, or put at a loss for bewilder.*

NB: los verbos compuestos de una o más preposiciones o de locuciones diversas (los llamados phrasal verbs) son abundantísimos en inglés. Put up with es, en efecto, equivalente de "tolerar", "aguantar", "soportar"; put at a loss, que literalmente sería "poner en pérdida", equivale a "desconcertar", "aturullar", "apabullar". <<

[163] *On the one side we have the free personality: by definition it is not neurotic, for it has neither conflict nor dream. Its desires, such as they are, are transparent, for they are just what institutional approval keeps in the forefront of consciousness; another institutional pattern would alter their number and intensity; there is little in them that is natural, irreducible, or culturally dangerous. But on the other side, the social bond itself is nothing but the mutual reflection of these self-secure integrities. Recall the definition of love. Is not this the very picture of a small academic? Where is there a place in this hall of mirrors for either personality or fraternity? <<*

[164] *All the "best people" from the gentlemen's clubs, and all the frantic fascist captains, united in common hatred of Socialism and bestial horror at the rising tide of the mass revolutionary movement, have turned to acts of provocation, to foul incendiarism, to medieval legends of poisoned wells, to legalize their own destruction of proletarian organizations, and rouse the agitated petty-bourgeoisie to chauvinistic fervor on behalf of the fight against the revolutionary way out of the crisis. <<*

[165] *If a new spirit is to be infused into this old country, there is one thorny and contentious reform which must be tackled, and that is the humanization and galvanization of the BBC. Timidity here will bespeak canker and atrophy of the soul. The heart of Britain may be sound and of strong beat, for instance, but the British lion's roar at present is like that of Bottom in Shakespeare's *A Midsummer Night's Dream* —as gentle as any sucking dove. A virile new Britain cannot continue indefinitely to be traduced in the eyes, or rather ears, of the world by the effete languors of Langham Place, brazenly masquerading as "standard English". When the Voice of Britain is heard at nine o'clock, better far and infinitely less ludicrous to hear aitches honestly dropped than the present priggish, inflated, inhibited, school-ma'amish arch braying of blameless bashjul mewing maidens! <<*

[166] *Innecesarias desde el contrastado punto de vista del anglosajón purista, ya que de todas ellas existen equivalentes usuales que provienen del acervo anglosajón. <<*

[167] *Interesante ilustración de esta tendencia es el modo en que los nombres de las flores que en inglés corriente se empleaban hasta hace muy poco van quedando obsoletos al favorecerse los nombres griegos: la snapdragon [boca de dragón] pasa a ser antirrhinum, la forget-me-not*

[nomeolvides] pasa a ser myosotis, etc. Cuesta mucho trabajo entender que exista alguna razón práctica que explique este cambio de moda; probablemente se deba a un alejamiento instintivo de la palabra más doméstica, a la vaga sensación de que la palabra de raíz griega es más científica. [N. del A.]. <<

^[168] Ejemplo: *Comfort's catholicity of perception and image, strangely Whitmanesque in range, almost the exact opposite in aesthetic compulsión, continues to evoke that trembling atmospheric accumulative hinting at a cruel, an inexorably serene timelessness... Wrey Gardiner scores by aiming at simple bullseyes with precisión. Only they are not so simple, and through this contented sadness runs more than the surface bitterness of resignation. (De Poetry Quarterly). [El catolicismo perceptivo y de imagen que muestra Comfort, extrañamente whitmaniano en el espectro que abarca, casi justo lo contrario en cuanto a compulsión estética, prosigue evocando esa insinuación temblorosa, ambiental, acumulativa, que remite a una intemporalidad cruel, inexorablemente serena... Wrey Gardiner da en el blanco al apuntar a dianas muy sencillas con toda precisión... Sólo que no son tan sencillas, y a través de esa tristeza satisfecha corre bastante más que la amargura superficial de la resignación]. [N. del A.]. <<*

^[169] *I returned, and saw under the sun, that the race is not to the swift, nor the battle to the strong, neither yet bread to the wise, nor yet riches to men of understanding, not yet favour to men of skill; but time and chance happenneth to them all. <<*

^[170] *Objective consideration of contemporary phenomena compels the conclusión that success or failure in competitive activities exhibits no tendency to be commensurate with innate capacity, but that a considerable element of the unpredictable must invariably be taken into account. <<*

^[171] *Los cómputos hacen referencia a las frases originales en inglés. De sobra es sabida la abundancia de palabras monosílabas y bisílabas en el mejor inglés de raigambre anglosajona. <<*

^[172] *While freely conceding that the Soviet regime exhibits certain features which the humanitarian may be inclined to deplore, we must, I think, agree that a certain curtailment of the right to political opposition is an unavoidable concomitant of transitional periods, and that the rigors which the Russian people have been called upon to undergo have been amply justified in the sphere of concrete achievement. <<*

^[173] *Es posible vacunarse contra la formación not un- [no sin] memorizando esta frase: A not unblack dog was chasing a not unsmall rabbit across a not ungreen field [Un perro no sin ser negro perseguía a un conejo que no era no pequeño a través de un campo no del todo no verde]. [N. del A.]. <<*

^[174] *Esta reseña es el último escrito que Orwell terminó y publicó en vida; trata acerca de acontecimientos de los que ya había dejado constancia en su primer diario de guerra.*

*El libro reseñado es el segundo volumen de la media docena en que Churchill desgranó sus experiencias como primer ministro durante la segunda Guerra Mundial. El título, *Their Finest Hour*, está tomado del discurso con el que remató su toma de postura al decidir hacer frente a la amenaza nazi. El párrafo en cuestión dice: "Preparémonos, pues, para cumplir con nuestro deber; y comportémonos de modo que si el Imperio británico y la Commonwealth hayan todavía de perdurar mil años, digan los hombres: 'Éste fue su más espléndido momento'" (discurso pronunciado ante la Cámara de los Comunes, 8 de junio de 1940). <<*

^[175] *Galeazzo Ciano (1903–1944), yerno de Mussolini y ministro italiano de Asuntos Exteriores. De sus Diarios, 1937–1943, hay edición española (Crítica, Barcelona, 2004). <<*